FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JESÚS M.ª NIETO IBÁÑEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 247

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN.

El apéndice final ha sido elaborado por ENRIQUE GONZÁLEZ ALONSO.

Depósito Legal: M. 42515-1997.

ISBN 84-249-1885-1. Obra completa.
ISBN 84-249-1886-X. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1997.

INTRODUCCIÓN

1. Historiografía griega e historiografía judía

Con la *Guerra de los judíos* de Flavio Josefo nos topamos con un auténtico clásico del judaísmo que es fruto y, en cierta medida, la culminación de una larga tradición de literatura hebrea en lengua griega. Además, es prácticamente la única fuente de que disponemos para el conocimiento de la toma de Jerusalén y la catástrofe del pueblo judío a partir del año 70. La Diáspora de los hebreos a través de las diferentes regiones del mundo helenístico dio lugar a una amplia literatura expresada en griego. Ya desde antiguo tenemos constancia de la existencia de comunidades judías plenamente asentadas y helenizadas, que a partir del siglo III y, sobre todo, del II a. C. emprenden una actividad propagandística y apologética para dar a conocer sus tradiciones ancestrales frente a los dominadores griegos y, luego, romanos [1].

---

[1] Un estudio de la presencia literaria del judaísmo en el ámbito cultural helenístico puede verse en P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972, I, págs. 687-716, y II, págs. 935-1003; J. R. Bartlett, *Jews in the Hellenistic World*, Cambridge, 1985; J. J. Collins, *Between Athens*

Desde el período helenístico la literatura judía muestra un gran interés por el pasado del pueblo de Israel: se seleccionan los temas, personajes, principios y momentos más destacados y gloriosos del pasado y se exponen en la lengua y forma literaria que va a alcanzar mayor difusión en estos momentos[2]. Por ello no es de extrañar que la historiografía sea uno de los géneros más fecundos del judaismo de lengua griega. Ahora bien, este género historiográfico cambia sensiblemente con el paso del período helenístico al romano, en consonancia con los cruciales acontecimientos de esta etapa para el pueblo judío[3]. Los autores helenísticos se dedicaron a reescribir el pasado bíblico, más que a narrar la historia contemporánea, que es lo que precisamente va a ocurrir bajo la dominación romana[4]. Tal es el caso de Demetrio, que escribió sobre Jacob y José, Aristeas sobre Job, Cleodemo y Pseudo-Eupólemo sobre Abrahán y Moisés o Eupólemo sobre David y Salomón, frente a los prácticamente únicos casos de historia contemporánea, como los *Libros I y II de los Macabeos*, que narraban la actividad de los judíos contra

---

and Jerusalem, Nueva York, 1986, y E. J. Bickerman, *The Jews in the Greek Age*, Cambridge, Mass., 1988.

[2] N. Fernández Marcos, «Interpretaciones helenísticas del pasado de Israel», *Cuadernos de Filología Clásica* 8 (1975), 157-186.

[3] J. M. Nieto, «Historia y mito en los últimos historiadores greco-judíos», *Estudios Clásicos* 107 (1995), 23-39.

[4] Para el estudio de los historiadores de época helenística contamos con recientes aportaciones de la mano de H. W. Attridge, «Historiography», en M. E. Stone (ed.), *Jewish Writings of the Second Temple Period*, Assen-Filadelfia, 1984, págs. 157-184, y de R. Doran, «The Jewish Hellenistic Historians before Josephus», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 20.1, 1987, págs. 246-297. En cuanto a las ediciones, con sus correspondientes introducciones y traducciones, hemos de citar las de C. R. Holladay, *Fragments from Hellenistic Jewish Authors I: Historians*, Chico (California), 1983, y L. Bombelli, *I frammenti degli storici giudaico-ellenistici*, Génova , 1986.

los seléucidas, o *Sobre los judíos* de Pseudo-Hecateo, citado por Josefo[5] como fuente para el conocimiento de la situación de los hebreos en el reinado de Alejandro Magno.

La historiografía del período imperial se centrará, más bien, en los sucesos del momento, vitales para la situación posterior del judaísmo. Hay tres fechas clave, en torno a las que girarán todas las referencias literarias, que marcan los hitos del proceso de crisis del antiguo Israel: la conquista de Palestina por Pompeyo en el 63 a. C., la destrucción del Templo de Jerusalén en el 70 d. C. por Tito y la revuelta de Bar Kokba con la consiguiente represión y última destrucción del Templo y de la Ciudad Santa por parte de Adriano en 132-135. No olvidemos tampoco que esta actitud era habitual entre los historiadores de la época, que tendían a autoelogiarse como testigos fiables de su tiempo, hasta el punto de que el escritor de historia contemporánea tenía más prestigio que el de la pasada[6]. Ello no quiere decir que se dejen de lado los relatos del pasado bíblico, sino todo lo contrario. La mayoría de estos autores escribirán los dos tipos de historia y, aún más, compondrán una historia total, integrando las leyendas bíblicas con los acontecimientos presentes. Es entonces cuando la tradición bíblica se funde con la tradición historiográfica griega de una forma consciente y explícita[7].

Esta producción historiográfica judía de época romana se ha perdido casi en su totalidad y, a excepción de Filón de Alejandría y Flavio Josefo, sólo quedan unos pocos frag-

---

[5] *Contra Apión* I 183, 205.

[6] Cf. *Guerra* I 1 y Herodiano, I 1, 3.

[7] Esta ha sido una actitud habitual en al historiogarfía bíblica, que nunca ha hecho distinción entre una edad mítica y una edad histórica; cf. A. M. Momigliano, «Il tempo nella storiografia antica», *La storiografia greca* = «El tiempo en la historiografía antigua», *La historiografía griega*, Barcelona, 1984, págs. 87 ss.

mentos, cuya cronología no siempre es fácil de precisar[8]: la *Guerra de los judíos* y *Contra Apión* de Josefo, *Contra Flaco*, la *Embajada a Cayo* y *Sobre la vida contemplativa* de Filón, *La historia de la guerra judía* de Justo de Tiberíades, persona con la que rivalizará literaria y políticamente nuestro autor, las *Memorias* de Herodes y los fragmentos de Judas y Aristón de Pela reflejan la situación presente de los hebreos bajo la dominación romana. Las adversas circunstancias que ahora vive el judaísmo hacen que no sea suficiente para su apologética propagandística repetir los más destacados pasajes bíblicos, como ocurrió en la etapa helenística, sino que ahora, conscientes de hallarse ante una época clave y transcendental, hay que ir más lejos y recoger por escrito estos momentos para defenderse y justificarse ante el mundo grecorromano[9]. No obstante, la mayor parte de estos historiadores judíos han compuesto también otras obras históricas que relatan tiempos bíblicos. Tal es el caso de las *Antigüedades bíblicas* de Josefo, *Hypothetica* y las biografías de Abrahán, José y Moisés de Filón, la *Crónica de los reyes judíos* de Justo de Tiberíades y las *Historias* de Talo.

---

[8] Los fragmentos de los historiadores judíos están reunidos en F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, II B, Leiden, 1926 (= 1986) y III C, Leiden, 1938 (=1969).

[9] Para conocer la situación de los judíos en época imperial sigue siendo básico el libro de J. Juster, *Les juifs dans l'empire romain, leur condition juridique, économique et sociale*, 2 vols., París, 1914. Para los aspectos históricos, políticos, religiosos, etc..., uno de los trabajos más completos es el de E. Schürer, *Geschichte des judischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi*, 3 vols., 4.ª ed., Leipzig, 1909, que ha sido reelaborado por G. Vermes, F. Millar y M. Black en *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ*, Edimburgo, 1973-1987. Existe traducción castellana, *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, 2 vols., Madrid, 1985.

Y, aunque con ciertos matices muy personalizadores, es en Flavio Josefo en quien vemos llegar a su máximo apogeo la tradición historiográfica judía, precisamente en un autor que ha abordado tanto la historia pasada de su pueblo como la presente, integrándola de un modo magistral en sus *Antigüedades*. Aparte de las obras ya mencionadas, Josefo es autor de una *Autobiografía,* en la que relata su vida y, sobre todo, ataca y se defiende de las acusaciones de su rival Justo de Tiberíades, y del discurso *Contra Apión,* respuesta apologética ante los ataques antisemitas, tanto literarios como políticos, que en época romana se extiende por todo el Oriente. No nos han llegado más escritos, aunque tenemos noticias de otros. Al final de las *Antigüedades,* XXII 12, el propio Josefo nos menciona otras obras en proyecto: un resumen de la *Guerra* con la historia posterior a la toma de Jerusalén y *Sobre las costumbres y las causas,* título de un trabajo sobre Dios y las Leyes citado en *Antigüedades* IV 198. Incluso Eusebio de Cesarea[10] le atribuye, erróneamente, el *Libro IV de los Macabeos* y Focio[11] habla de Josefo como autor de la obra *Sobre la esencia de todo* o *Sobre la causa de todo,* que más bien pertenece al cristiano Hipólito[12].

Como ya ocurrió en el período helenístico, los autores judíos del período romano van a seguir haciendo uso de las formas griegas en la exposición y exaltación de la historia de su pueblo, van a volver sus ojos a la propia historiografía griega para así llegar a un público más amplio, en el marco de esa propaganda y apologética señaladas más arriba.

---

[10] *Historia Eclesiástica* III 10.

[11] *Bibliotheca,* cod. 48.

[12] Muy poco probable es también que escribiera una historia de los Seléucidas; *vid.* el debate sobre esta cuestión en SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 87-88.

Desde el siglo III a. C., la historiografía griega había sido aceptada por varias culturas como vehículo de expresión, el babilonio Beroso o el egipcio Manetón, son ejemplo de ello. Esta pugna entre el deseo de integración con el Helenismo y el intento de mantenerse fiel a sus tradiciones étnicas propias es una constante en estas culturas, como también lo será entre los judíos. Estos últimos contaban, además, con una tradición muy consolidada de historiografía bíblica que, en muchos casos, se fundirá con los hábitos griegos. El punto fundamental de todo ello es el público a quien van dirigidas estas historias. Tales autores buscarán ser leídos por griegos y romanos, además de por los propios compatriotas, plenamente helenizados. Por eso hay que expresarse en lengua griega y en las formas literarias tradicionales griegas, habituales y conocidas por este posible auditorio. Ello no es óbice para que durante este período sigamos asistiendo también a un prolífico desarrollo de la literatura judía de tradición bíblica. Me estoy refiriendo a obras inspiradas en forma o contenido en el *Antiguo Testamento* que entre los siglos II a. C. y II d. C. darán lugar a un amplio elenco de apócrifos y pseudoepígrafos. Tanto estos textos «sagrados» como los históricos ya comentados son casi los únicos testimonios escritos de la historia del judaísmo en estos momentos de destrucción del Templo y de sucesivas insurrecciones, ante la ausencia prácticamente general de fuentes directas de estos acontecimientos[13]. Ahora bien, mientras que esta literatura bíblica está orientada al fortalecimiento y consuelo de la propia comunidad judía en las adversidades del momento, la historiografía adquiere un carácter apologético de justificación e, incluso, de integración ante los dominadores romanos.

---

[13] Cf. J. M. Nieto, «La historia del judaísmo de época romana en los apócrifos del *Antiguo Testamento:* la adaptación del pasado bíblico», *Sefarad* 56 (1996), 127-148.

2. La Palestina romana de Flavio Josefo

Flavio Josefo no sólo es testigo de uno de los momentos más importantes del pueblo judío, sino que además es auténtico protagonista de algunos de sus acontecimientos[14]. Mucho había cambiado la situación desde que los Asmoneos se habían librado del poder seléucida y habían creado un estado y una dinastía nacionales. Los hebreos, que a lo largo de su devenir histórico han tenido que soportar la sumisión a dominios extranjeros, disfrutaron entonces de un auténtico florecimiento. Pero la ambición de sus dirigentes y el enfrentamiento interno entre las diferentes facciones políticas, religiosas y sociales fue minando la estabilidad de este estado judío y facilitó la irrupción de Roma en Palestina. Pompeyo invade el país en el año 63 a. C. y lo anexiona a la provincia romana de Siria. No es propiamente una anexión, pues Israel mantendrá un cierto *status* independiente, aunque, eso sí, sometida a la supervisión del gobernador de Siria[15]. De ahí que los reyes asmoneos y, luego, los de la familia de Herodes permanezcan aún con determinadas prerrogativas políticas y, sobre todo, religiosas: Hircano II y Antígono son los últimos monarcas de la dinastía de los Asmoneos. Entre el 37 y el 5 a. C. permanece en el trono judío Herodes el Grande, a cuya muerte se producen disturbios populares y la división del reino en tres territorios, uno para cada hijo, Arquelao, Herodes Antipas y Filipo. A su muerte Roma fue incorporando, ahora de una forma real

[14] Para todo este período histórico, *vid.* Schürer, *Historia...*, I, págs. 323-655.

[15] Cf. P. K. Hitti, *History of Syria including Lebanon and Palestine*, 2.ª ed., Londres, 1972, págs. 280-298.

y efectiva, a su provincia de Siria los reinos de Arquelao y Filipo. Sólo el territorio de Herodes Antipas tiene cierta continuidad con Agripa I, que gobernará hasta el 44 d. C. Tras este rey el emperador Claudio convierte la totalidad de Palestina en territorio romano a las órdenes de un procurador. Un poco más tarde este mismo emperador concedió un pequeño reino a Agripa II, personaje que siempre mostrará una sumisión total a Roma, en especial durante la revuelta judía, lo que le acarreará la ampliación de sus dominios después de la guerra[16].

La política de los nuevos mandatarios romanos no acaba con los problemas internos judíos. La provincia de Judea es en este siglo I de nuestra era extremadamente heterogénea. Se detecta un notable contraste entre las ciudades helenizadas de la costa y las del interior, que no hace sino reproducir la eterna oposición entre los judíos de Palestina y los de la Diáspora, entre el apego a las tradiciones ancestrales y la apertura a nuevas culturas. A ello hay que añadir el tema de las sectas y de las fuertes desigualdades sociales. Todo ello dio lugar a movimientos ideológicos, revolucionarios, sectarios, etc... que van a desembocar en la insurrección antirromana.

En concreto, surgen brotes nacionalistas muy activos que chocan con actitudes favorables a Roma. El resultado de todo ello ya es conocido. La población judía se levanta el año 66 d. C. contra las autoridades romanas y empieza la guerra que culminará con la destrucción del Templo y de la ciudad de Jerusalén. La chispa que encendió el conflicto fue la actitud del procurador romano Gesio Floro que se atrevió a to-

---

[16] Un estudio detallado de los diferentes monarcas judíos de esta época puede verse en R. D. SULLIVAN, «The Dynasty of Judaea in the First Century», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 297-354.

car el Tesoro del Templo. Esto, junto con otras acciones criminales, levantó los ánimos del pueblo. Tras un primer momento de división en la población entre los rebeldes y los partidarios de la paz, son las clases altas sacerdotales y los fariseos los que se ponen a la cabeza de la revuelta: José, hijo de Gorión, Anano, Jesús, hijo de Safías, Eleazar, hijo de Ananías, y nuestro Josefo. A partir de aquí sería muy largo relatar todos los incidentes, intrigas y batallas que jalonan esta guerra judía contra Roma. Tras la sumisión de Galilea en el 67 por parte de Vespasiano, los ojos de las legiones están puestos en Jerusalén, donde ante el asedio surgen facciones internas enfrentadas. En el 70 la ciudad cae por fin en manos de Tito, mientras Vespasiano acababa de ser nombrado emperador.

Pero la contienda bélica no acaba ahí: toda Palestina quedó bajo el poder de la legión X Fretensis, a las órdenes de Sexto Lucilio Baso y luego de Lucio Flavio Silva, que se dedicarán a la toma de los tres reductos judíos que quedaban, Herodion, Maqueronte y Masadá. Incluso, tras la caída de estos enclaves, se produce una nueva revuelta en Egipto y Cirene que también se convierte en un fracaso y una derrota para los judíos. En definitiva, en esta obra de Josefo asistimos a los últimos momentos de la existencia nacional del pueblo judío, antes de dispersarse por gran parte del mundo conocido.

En este contexto histórico nuestro autor participa activamente de los acontecimientos de antes, durante y de después de la guerra. Él mismo fue uno de los comandantes del ejército judío sublevado en el frente septentrional de Galilea. Fue hecho prisionero en el asedio de Jotapata en el 67, y en el campamento romano tuvo lugar uno de los hechos más curiosos de la biografía de Josefo. Profetizó a Vespasiano que sería nombrado emperador, tanto él como su hijo

Tito. Como consecuencia de esta predicción, que realmente se cumplió, Josefo no sólo fue liberado, sino que llegó a ser amigo y consejero de Tito hasta que acabó la contienda. Desde entonces no se separó de la familia de los Flavios, bajo cuya protección vivió en Roma alrededor de 30 años, desde que acabó la guerra hasta finales del siglo I.

Resulta paradógico este cambio de actitud. Un personaje que procedía de la alta nobleza de Jerusalén, cuyo nombre originario era Joseph ben Matthias, un sacerdote que pretendió ser fariseo, se convierte en miembro de la corte imperial romana y adopta los *tria nomina* de la ciudadanía romana[17]. Esto le ha hecho merecedor del apelativo de «tránsfuga» y de «traidor». Un estudio más profundo de los hechos y escritos de Josefo, inmerso en los avatares de la Palestina de su tiempo, perfila esta simplista y precipitada calificación.

Josefo, incluso en Roma, continúa fiel a su pueblo y a su Dios. Su integración en la vida social y cultural del mundo greco-romano no es incompatible con el judaísmo. La Diáspora hebrea es, desde hace tiempo, un claro ejemplo de ello, y ahora, fuera de Palestina, nuestro autor es un miembro más de ese grupo de judíos desplazados de su tierra. Flavio Josefo fue un judío romano, un intermediario que trató de armonizar ambos mundos. Su actitud hacia Roma es positiva, ya que ve en ella una garantía de libertad y de independencia para Palestina. Su postura demuestra un convencido realismo político que distingue entre el Imperio Romano y sus representantes. Elogia a Julio César, Augusto, Vespasiano y Tito, mientras que recrimina de corruptos y crimina-

[17] Para un análisis de la situación e integración de los judíos, en especial de Josefo, en la sociedad romana puede consultarse la reciente aportación de M. Goodmann, «Josephus as Roman Citizen», en F. Pariente, J. Sievers (eds.), *The Greco-Roman Period*, Leiden-Nueva York-Colonia, 1994, págs. 329-338.

les a Calígula, Nerón y Gesio Floro, el último procurador de Judea durante los años 64 y 65. Como veremos con detalle después, tal actitud llevará a Josefo a exculpar a Roma de la responsabilidad en este conflicto e imputarla a una minoría nacionalista de su pueblo, dado que, a su juicio, la población judía era en general favorable a la presencia romana. En este sentido la obra de Josefo permite estudiar la relación del pueblo judío con Roma durante un período histórico fundamental para Roma y Palestina, es decir, para la Palestina romana[18].

Pero no todos los problemas de Judea residían en su enfrentamiento con Roma. El pueblo hebreo presentaba entonces una serie de conflictos sociales, en parte definidos por la guerra y sus hechos concomitant
lugar a un sinfín de esperanzas políticas
mesiánico, como lo demuestra la literatura apocalíptica apócrifa, en especial algunos de los *Oráculos Sibilinos, Jubileos, Henoc*, el *Testamento de los doce Patriarcas* y los *Salmos de Salomón,* concretamente el XVII[19]. Estos movimientos de masas fueron el caldo de cultivo de la insurrección contra Roma y no hay que perderlos de vista para poder entender de una forma completa las claves del conflicto. Nuestro autor no es una buena fuente de información para esta realidad, a pesar de que su relato presenta toda una gama de movimientos sociales, que van desde el bandolerismo tra-

---

[18] Cf. M. Hadas-Lebel, «L'évolution de l'image de Rome auprès des juifs en deux siècles de relations judéo-romaines, 164 à 70», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 20.2, 1987, págs. 715-856.

[19] Cf. Schürer, *Historia...*, II, págs. 631-713; P. Grelot, «Le Messie dans les Apocryphes de l'Ancien Testament» en E. Massaux y otros (ed.), *La venue du Messie: messianisme et eschatologie*, París, 1962, págs. 18-50; y N. Cohn, *Cosmos, chaos and the world to come. The ancient roots of apocalyptic faith = El cosmos, el caos y el mundo venidero,* Barcelona, 1995, págs. 188-237.

dicional de carácter rural al mesianismo auténtico[20]. Su inclinación filorromana es totalmente partidista y no lo disimula. Únicamente su obra deja entrever parte de este conflicto interno judío en la polémica política y literaria que Josefo mantiene con el historiador Justo de Tiberíades. Este personaje, activista también en la guerra, compuso otra *Historia de la guerra judía,* conocida también con el título de *Contra Vespasiano*[21]. Esta obra es una importante fuente complementaria de la Josefo para reconstruir los acontecimientos de Galilea y es quizá una de las pocas voces discordantes del judaísmo antirromano que ha podido traspasar la barrera de la historia oficial impuesta por Flavio Josefo[22]. Por lo poco que sabemos, la historia se centraba en la campaña de esta región anterior a la llegada de Vespasiano[23], aunque lamentablemente no nos ha llegado más que un pequeño fragmento conservado por los copistas cristianos por hacer referencia a Jesucristo[24]. Seguramente en esta obra Justo atacaría a Josefo por esa actitud «poco definida», entre judío y romano, en la contienda bélica, lo que provocaría la airada reacción que se materializa en la *Autobiografía*. Josefo le acusa de agitador y extremista, y le responsabiliza de la insurrección de su ciudad contra los romanos[25]. El hecho

---

[20] Cf. R. A. Horsley, «Josephus and the Bandits», *Jewish Studies Journal* 10 (1979), 37-63.

[21] En I 1-2 Josefo reconoce que hubo otros historiadores de esta guerra, pero que, según él, han pecado de falta a la verdad; cf. también *Autobiografía* 340, 357-360.

[22] Una exposición de las diversas interpretaciones sobre esta disputa puede verse en L. H. Feldman, «Flavius Josephus Revisited: the Man, his Writings, and his Significance», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 21.2, 1984, págs. 787-788.

[23] Cf. Holladay, *Fragments...*, págs. 371 ss.

[24] Jacoby, *Die Fragmente...*, núm. 734.

[25] *Autobiografía* 36-42, 344 y 391. En otros pasajes de este mismo libro se alude a Justo de Tiberíades: 9, 12, 17, 35, 37, 54, 65, 70 y 74.

de no tener ante nuestras manos esta otra versión escrita del mismo asunto nos impide llegar a saber la auténtica verdad sobre la guerra de los judíos contra Roma. Hemos de ser plenamente conscientes de ello a la hora de enfrentarnos al texto de Josefo, que sin lugar a duda constituye la más importante fuente para la historia del pueblo judío durante el siglo I, durante los años precedentes a la revuelta, la propia guerra contra Roma y los años inmediatamente posteriores, cuando el judaísmo pasa por un momento de reconstrucción.

3. La composición de «La guerra de los judíos»

El primer problema que se nos plantea al enfrentarnos a esta obra de Josefo es el del título de la misma. La mayoría de los manuscritos y la tradición cristiana, sobre todo los autores más tardíos, hablan de la *Destrucción del templo y de la ciudad de Jerusalén, Perì halṓseōs*[26], mientras que las ediciones modernas van encabezadas habitualmente por *Historia de la guerra judía* o simplemente *La guerra judía, Perí toû Ioudaïkoû polémou*[27]. No tenemos testimonios feacientes de cuál es el epígrafe que se remonta al propio autor, ya que Josefo emplea uno u otro término, *hálōsis* y *pólemos,* para referirse a los momentos clave de su relato[28], aunque hay que reconocer que el segundo de ellos se acomoda

[26] Por ejemplo, Jerónimo, *Comentario a Isaías* LXIV.

[27] Teófilo Antioqueno, Eusebio, Porfirio o Estéfano de Bizancio emplean los títulos de *Ioudaïkê pragmateía, Ioudaïkê historía* o similares. Es posible, como opina Thackeray en su edición, págs. VI-VIII, que los cristianos tuvieran juntas las dos obras de Josefo bajo el epígrafe de *Ioudaïkê historía,* con los subtítulos de *halṓseōs* y *Archaiología.*

[28] II 454, IV 318 y V 3.

más al relato original, que abarca toda la guerra contra Roma, y no sólo la toma de Jerusalén[29].

Ante esta doble denominación se ha llegado a hablar de dos redacciones de la obra: una versión más antigua y simple, *La destrucción del templo y de la ciudad de Jerusalén,* y otra posterior más elaborada, *La guerra de los judíos*[30]. No obstante, no se puede demostrar esta hipótesis, por lo que más bien habrá que considerar una doble tradición: el cristianismo, que fijó su atención en la conquista de Jerusalén como lo más destacado de la obra de Josefo, y una línea menos confesional, que ha transmitido una denominación más acorde con los hábitos de la historiografía clásica, similar, por ejemplo, a la *Guerra de las Galias* de Julio César o la *Guerra de Yugurta* de Salustio, entre otras.

El tema de la fecha de composición, en cambio, parece más definido. La fecha *post quem* hay que situarla en la dedicación del Templo flaviano de la Paz en el 75, en el sexto año del consulado de Vespasiano y el cuarto de Tito[31]. Este acontecimiento se cita en el último libro de la obra (VII 158). Por otra parte en la *Autobiografía* (359-361) y en el *Contra Apión* (I 50-51) Josefo manifiesta que ha entregado una copia de la *Guerra* al emperador Vespasiano, que muere en el 79. Por tanto las coordenadas cronológicas hay que situarlas entre el 75 y 79, aunque algunos autores las hacen

---

[29] *Guerra* I 1; *Antigüedades* I 4; 6; 203; XVIII 11; XX 258; *Autobiografía* 412. NIESE en su edición, pág. III, cree que el título original es el que aparece en el *Codex Parisinus* 1425, *Historía Ioudaïkoû polémou pròs Rhōmaíous.*

[30] Esta es la hipótesis de R. EISLER en su edición de la versión rusa de *La guerra*, *IESOUS BASILEIS OU BASILEUSAS*, 2 vols., Heidelberg, 1929-1930.

[31] Dión Casio LXV 15, 1.

llegar hasta el 81[32], ya en el reinado de Tito. S. J. D. Cohen[33] ha propuesto dos fechas distintas de publicación, una para los seis primeros libros, en los límites temporales antes señalados, y otra para el libro VII, una adición de la época de Domiciano, de un estilo literario notablemente distinto e inferior. Las diferencias estilísticas, en todo caso inferiores, de esta parte, así como la preeminencia dada a este emperador, hacen pensar en una composición posterior del libro, si bien hay que hacer notar que en el proemio de la obra Josefo nos habla ya de él.

Otra cuestión, no exenta de discusión, pero fundamental para clarificar la composición de la obra es el de la lengua de su redacción. El texto que nos ha llegado está en griego, que se remonta al propio Josefo, aunque no es el originario de la primera versión. Ya en el comienzo de la obra se indica que nos hallamos ante una traducción del arameo: «Por este motivo he decidido relatar con detalle, en lengua griega, a los habitantes del Imperio Romano lo que antes había escrito en mi lengua materna[34] para los bárbaros de las regiones superiores» (I 3).

---

[32] Una discusión, con bibliografía, de las diferentes hipótesis y problemas de datación puede verse en L. H. Feldman, «Flavius Josephus revisited», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II, 21.2, 1984, págs. 838-840.

[33] S. J. D. Cohen, *Josephus in Galilee and Rome: His Vita and Developement as a Historian,* Leiden, 1979, pág. 87; cf. también el artículo de S. Schwartz, «The composition and publication of Josephus' Bellum Iudaicum Book VII», *Harvard Theological Review* 79 (1986), 373-386.

[34] Presumiblemente se trata del arameo, si bien algunos apuntan a que se trataba del hebreo; cf. J. M. Grintz, «Hebrew as the Spoken and Written Language in the Last Days of the Second Temple», *Journal of Biblical Literature* 79 (1960), 32-47.

En realidad no es una simple traducción, sino una reescritura, una paráfrasis, de un relato anterior[35], sobre todo si se tiene en cuenta el concepto de Josefo sobre la traducción, de que hace un abundante uso en sus *Antigüedades*. Según él, esta última obra es una traducción de las Sagradas Escrituras[36].

El pasar del arameo al griego supone un cambio de mentalidad y de óptica por parte de nuestro autor. Josefo, que hablaba y escribía en arameo, se dirige en un primer momento sólo a los judíos no helenizados de Oriente. Cuando se traslada a Roma y se convierte en un protegido de la familia imperial pasa a ser un escritor de lengua griega que se dirige a la clase dominante del momento y también a los judíos de la Diáspora helenística, el grupo más numeroso de sus compatriotas desplazados de su tierra. Flavio Josefo podría haber compuesto su obra en latín, que sin duda aprendería durante su estancia en Roma, aunque era consciente de que el griego era la lengua «oficial» o, al menos, culta del Oriente, donde estaba dispersa la mayor parte de la población judía[37]. El haber optado por el griego y no por el latín para «internacionalizar» su obra es indicio de que, a pesar de su conversión en ciudadano romano, Josefo nunca perdió de vista sus raíces hebreas, sin que ello suponga me-

---

[35] Una discusión sobre este tema puede leerse en G. HATA, «Is the Greek Version of Josephus' Jewish War a translation or a rewriting of the first Version?», *Jewish Quaterly Review* 66 (1975), 89-108.

[36] *Antigüedades* I 5.

[37] El latín no obtuvo una cierta extensión hasta el período tardío del Imperio. Sobre el empleo del griego y del latín por los judíos de Palestina son recomendables los estudios de J. A. FITZMYER, «The Languages of Palestine in the First Century», *Catholic Biblical Quaterly* 32 (1970), 504-507, y T. RAJAK, «The Greek Language in Josephus' Jerusalem», en *Josephus. The Historian and His Society*, Londres, 1983, págs. 46-64.

nospreciar las motivaciones políticas que también guiaron a Josefo en la composición de su *Guerra*[38].

En cualquier caso, sea cual sea el texto original, el texto arameo ha desaparecido por completo[39], tanto directa como indirectamente, aunque ha habido intentos de ver rastros de ella en las versiones siríaca y eslava[40]. Como se dirá más adelante, todas las versiones conservadas derivan del griego.

La guerra de los judíos está compuesta en siete libros que se corresponden con el plan de la obra trazado por Josefo en el proemio de la misma[41]. El relato de la guerra propiamente dicha ocupa los libros III al VI, mientras que el I y II es un resumen de los acontecimientos anteriores y el VII es un añadido con las últimas operaciones militares en Palestina, Egipto y Cirene y los honores recibidos por los Flavios en Roma. Tras el proemio (1-30), la historia parte de la sublevación de los Macabeos y, a través de los reyes asmoneos, llega al final del libro I con la muerte de Herodes, abarcando desde el 167 al 4 a. C. (31-673). En esta sucesión de luchas y maquinaciones entre Hircano II y Aristobulo II, Alejandro, Antípatro, etc... Josefo sólo detalla el reinado de Herodes el Grande. Como ya hizo Tucídides, a quien Flavio Josefo sigue muy de cerca, se intentan buscar las causas y los antecedentes del enfrentamiento bélico en el análisis de la historia anterior, desde el conflicto de los judíos con el mo-

---

[38] De este aspecto hablaremos con detalle en el apartado quinto de esta Introducción.

[39] Incluso se ha llegado a decir que nunca existió tal versión, cf. Y. Baer, «Jerusalem in the times of the Great Revolt», *Zion* 36 (1971), 127-190.

[40] Cf. *infra* el apartado séptimo de esta Introducción.

[41] I 30. En otros lugares también encontramos referencia a esta división, *Antigüedades* XIII 72, 298; XVIII 11.

narca seléucida Antíoco IV Epífanes. En el libro II, que abarca desde el 4 a. C. al 66 d. C., se describen los sucesores de Herodes, Arquelao, Antipas, Filipo, Agripa I y Agripa II, y los primeros procuradores romanos (1-270). Con las actividades de los últimos procuradores se entra en las primeras llamaradas de la revuelta, como es el caso del conflicto de Cesarea (271-565) y las primeras actuaciones de Josefo en Galilea (566-646). La historia previa de la guerra, desde Judas Macabeo hasta el estallido de la misma, se corresponde con los libros XIII al XX de sus *Antigüedades judías*, y resulta de un gran interés, tanto histórico como de crítica textual, comparar los pasajes superpuestos y coincidentes. El libro III se centra en al campaña de los romanos en Galilea hasta el otoño del 67, con la llegada de Vespasiano a la región (1-34), la toma de Jotapata (106-339) y la captura de Josefo (340-408) como hechos más destacados. El IV recoge las visicitudes de finales del 67 hasta el otoño del 69: las últimas operaciones en Galilea (1-120), la toma de Gamala, la situación interna de Jerusalén con Juan de Giscala a la cabeza (121-409), los cambios políticos en Roma por la muerte de Nerón y la ascensión al trono de Vespasiano que, después de conquistar la mayor parte de Judea, marcha a Alejandría (410-663). El asedio de Jerusalén a las órdenes de Tito ocupa todo el libro V, desde la primavera hasta junio del 70. En el VI, hasta septiembre de ese mismo año, se narra la caída de Jerusalén y la quema del Templo. Con el libro VII se abordan los epílogos de la guerra, del año 70 al 74: el retorno triunfal de Tito a Roma (1-62), la toma de los últimos reductos judíos como Maqueronte (163-215) y Masadá (252-406), así como los nuevos brotes revolucionarios de Egipto y Cirene (407-453).

A lo largo del relato de todos los incidentes, intrigas y batallas de la guerra y de su historia precedente el autor de-

sarrolla una serie de *excursus* sobre aspectos geográficos, institucionales, religiosos, filosóficos, etc..., del mundo judío y romano. Así vemos en la descripción geográfica[42] de Ptolemaida (II 188-191), Galilea (III 35-58), Gennesar (III 506-521), Jericó (IV 451-475), el Mar Muerto (IV 476-485), Hebrón (IV 530-533), Egipto (IV 607-615), Jerusalén y el Templo (V 136-247), Maqueronte (VII 164-189) y Masadá (VII 280-303), la digresión sobre el ejército romano (III 70-109), que nos recuerda a las observaciones de Polibio en las guerras púnicas, y las sectas judías, en especial, sobre los esenios (II 119-166).

Como ya hemos dicho, al final de las *Antigüedades judías* (XXII 267-268) Josefo anuncia una nueva síntesis de la guerra y un relato de los hechos acaecidos hasta el año 94, fecha probable de composición de esta obra. Sin embargo nuestro autor nunca llevó a cabo tal empresa.

4. Fuentes

Según manifiesta Josefo en el proemio de su obra (I 1 ss.), su presencia directa en los hechos narrados constituye uno de los ingredientes fundamentales de su historia, aunque son diversas las fuentes que se dejan sentir a lo largo de los siete libros de *La guerra de los judíos*. El tema de las obras y autores seguidos por el autor judío es bastante complejo, habida cuenta de que, salvo excepciones, no tiene por costumbre nombrarlos en esta obra. Por otra parte, la presencia *in situ* de nuestro autor en los eventos contemporáneos tampoco es prueba de una fidelidad absoluta a la reali-

[42] Cf. P. Bilde, «The Geographic Excursus in Josephus», en F. Pariente, J. Sievers, *The Greco-Roman...*, págs. 247-267.

dad. Tal es el caso, por ejemplo, del tan importante relato de la intervención de Josefo en esta guerra, en el que el historiador se muestra muy descuidado y contradictorio, si comparamos el texto de la *Autobiografía* y de *La guerra*[43].

En lo relativo a gran parte de los acontecimientos específicos de la guerra el grueso de su información se basa en observaciones personales, relatos de tránsfugas o en otros testimonios orales de origen judío, sin que ello suponga restar importancia a las fuentes escritas. En cambio, estas últimas son imprescindibles en el caso de la historia anterior a la revuelta, que ocupa una extensión importante de la obra.

La documentación escrita que Josefo pudo consultar para la confección de su libro varía según se trate de la guerra propiamente dicha o de los acontecimientos previos de Palestina. Para lo primero, aparte de las anotaciones y apuntes que el propio Josefo hizo durante el asedio de Jerusalén[44], sabemos de la existencia de *Memorias* o *Comentarios* de los emperadores romanos que participaron en la contienda bélica, en este caso de Vespasiano y Tito. Josefo reconoce que se ha servido de estos escritos[45], y concretamente parece seguir tales *Comentarios*[46] en la descripción de las operaciones militares de Galilea, Judea y Jerusalén, en el relato de la marcha de Tito desde Egipto a Cesarea[47], así como en el ya mencionado pasaje de la organización de las legiones romanas del libro III. Igualmente hay que contar con escritos de otros personajes que también participaron en la contienda

[43] En especial *Autobiografía* 84-103 y *Guerra* II 595-623.

[44] *Contra Apión* I 49.

[45] *Autobiografía* 338, 342 y 358; *Contra Apión* I 53-56.

[46] Cf. W. Weber, *Josephus und Vespasian. Untersuchungen zu dem judischen Krieg des Flavius Josephus*, Stuttgart, 1921.

[47] IV 658 y ss.

de forma directa. Minucio Félix[48] habla de un tal Antonio Juliano, que probablemente escribió sobre la guerra de Vespasiano. Quizá se trate de Marco Antonio Juliano, procurador de Judea mencionado por Josefo[49]. La valoración que el autor hace de estas fuentes es muy diversa, por una parte va a descalificar a aquellos que, aunque estuvieron presentes en los hechos, han falsificado la verdad por su deseo de halagar a los romanos o por odio hacia los judíos, y por otra va a basar la objetividad de su relato en los testimonios escritos de los emperadores que han tomado parte en la guerra. Ese es el argumento principal de su polémica con Justo de Tiberíades, a quien reprocha el hecho de contradecirse con las *Memorias* de Vespasiano[50]. Josefo, una vez concluida su obra, se la presentó a Vespasiano, a Tito, al rey Agripa II y a otros protagonistas del momento para que refrendaran su veracidad y exactitud histórica. Tito recomendó la publicación de la obra y Agripa II escribió una serie de cartas apoyando el relato de Flavio Josefo[51].

Además, seguramente, en lugares puntuales Josefo ha seguido a otros autores romanos, aunque es algo que no es posible precisar por la desaparición de tales fuentes. Se han buscado paralelos, en su mayoría indemostrables, con la *Historia natural* de Plinio y con las *Historias* de Tácito, que pueden ser meras coincidencias o correspondencias por haber bebido de una fuente común. Desafortunadamente no han sobrevivido esas otras historias de la guerra criticadas por Josefo en el proemio de su obra, sólo conocemos el nombre de Justo de Tiberíades y poco más, por lo que no podemos calibrar el hipotético grado de dependencia con ellas.

---

[48] *Octavio* XXXIII 4.

[49] *Guerra* VI 238.

[50] *Autobiografía* 65.

[51] *Contra Apión* I 50-51 y *Autobiografía* 361-366

Hay que contar también con que Flavio Josefo durante su larga permanencia en Roma como protegido imperial ha tenido acceso a documentación política y militar sobre Palestina en los archivos oficiales.

Más claro parece, en cambio, el origen del relato de los acontecimientos anteriores al estallido bélico, desde el capítulo 31 del libro I hasta el 283 del II, es decir, desde Antíoco IV Epífanes y la revuelta macabea hasta el procurador Gesio Floro. El relato es muy desigual, solamente detalla el reinado de Herodes y la llegada al poder de Arquelao, lo que demuestra la disparidad de sus fuentes. Esta desproporción no tiene que ver directamente con la relevancia del personaje o época en cuestión, sino con la documentación escrita que existía para ello. El modelo fundamental en este período lo constituyen las *Historias* de Nicolás de Damasco, amigo y confidente griego de Herodes el Grande[52], cuyo relato terminaba con el principio del reinado de Arquelao. Para el estudio de este período cronológico podemos ayudarnos de los pasajes paralelos de las *Antigüedades judías*. En esta obra se citan nombres de otros autores, griegos y romanos, que han podido servir de modelo para nuestro autor también en el caso de *La guerra,* aunque en este caso no se haga referencia a ellos. En su mayor parte se trata de fuentes desaparecidas o de las que sólo conservamos exiguos fragmentos[53]. Existió una gran obra histórica universal de Estrabón que narraba desde Alejandro Magno hasta el

[52] Josefo no cita esta fuente en *La guerra,* pero sí en las *Antigüedades* XII 127 y XIV 9. Sobre este autor una de las últimas obras es la de B. Z. WACHOLDER, *Nicolaus of Damascus*, Berkeley, 1962, y para su relación con los textos de Josefo sigue aún vigente el trabajo de J. VON DESTINON, *Die Quellen des Flavius Josephus*, Kiel, 1882, págs. 91-120.

[53] Cf. SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 42-72, con abundante bibliografía al respecto.

principado de Augusto. Josefo se inspira en ella para el período de los Asmoneos, desde Juan Hircano hasta Antígono, al menos en los libros XIII al XV de las *Antigüedades*[54]. Tenemos noticias de un tal Timágenes de Alejandría citado por Josefo para la historia de Antíoco Epífanes[55], Aristobulo I[56] y Alejandro Janeo[57]. Quizá Posidonio de Apamea, Asinio Polión y otros historiadores menores o poco conocidos estén debajo de algunas informaciones del relato flaviano. Incluso Josefo llega a mencionar una vez[58] unas *Memorias* de Herodes, de las que no parece haberse servido para el período herodiano, aunque pudo conocerlas de segunda mano. Son, por tanto, fuentes complementarias de Nicolás de Damasco para acontecimientos de la misma etapa histórica y tal vez Josefo no los haya leído directamente, sino que sus referencias proceden del propio Nicolás de Damasco. Es éste el escritor que subyace en la historia de los Asmoneos y de Herodes en *La guerra* y en las *Antigüedades*. Las divergencias entre ambas obras de Josefo se deben a que nos hallamos ante redacciones distintas, tanto por su finalidad, por su cronología como por su forma de resumir la fuente histórica[59].

Finalmente, el libro VII, que seguramente es un añadido posterior, es más parco en cuanto a sus fuentes. Al tratar los acontecimientos posteriores a la toma de Jerusalén, obvia-

---

[54] En *Contra Apión* II 83-85 se cita a Estrabón al hablar de Antíoco Epífanes.

[55] *Contra Apión* II 84.

[56] *Antigüedades* XIII 319.

[57] *Antigüedades* XIII 344.

[58] *Antigüedades* XV 174.

[59] En la traducción, en notas a pie de página, iremos reseñando aquellos pasajes en que *Antigüedades* se aparta del relato de *La guerra*.

mente faltan los *Comentarios* de Vespasiano o Tito. Esta ausencia se deja notar demasiado, tanto en el estilo como en su argumento, que son sensiblemente inferiores a los libros precedentes. El contenido del mismo coincide en buena parte con algunos pasajes de los libros III al V de las *Historias* de Tácito y el LXVI de la *Historia romana* de Dión Casio, sin que podamos precisar la fuente común de tales autores.

5. Significado de la obra

Es realmente difícil interpretar la obra de un autor tan complejo como Flavio Josefo. Un hombre que fue judío, más exactamente de casta sacerdotal, que combatió contra Roma, que luego fue ciudadano romano y protegido imperial y que escribió su obra en griego, lengua habitual de la Diáspora, es susceptible de múltiples análisis y manipulaciones de tipo político, religioso, filosófico e histórico.

Es verdad que la tradición judía tiene un gran peso en Josefo, pero no lo es menos que su compromiso con Roma ha sido decisivo para la composición de *La guerra de los judíos*. Mientras que las *Antigüedades* y el *Contra Apión* son escritos de apología del judaísmo, que se incluyen en las formas y contenidos ya conocidos de la literatura judeohelenística de la defensa de la ley y de las tradiciones de sus antepasados frente al opresor, antes Grecia y ahora Roma, *La guerra,* por el contrario, manifiesta una clara actitud filorromana. Resulta de gran interés la comparación de la actitud de Josefo ante la revuelta en *La guerra* y en la *Autobiografía*. En esta última obra, Roma no aparece como un enemigo del pueblo judío, ya no se habla tanto de una revuelta contra el extranjero, como de una rebelión interna.

Cohen[60] observa en esta cuestión dos perspectivas diferentes, una retórica y dramática en la primera y otra apologética en la segunda, de tal manera que se puede sacar la conclusión de que mientras *La guerra* parece destinada a un público romano o, en general, pagano, la *Autobiografía* tiene como potenciales lectores a los propios judíos.

La obra es tendenciosa y poco objetiva. Las circunstancias le obligaron a ello. Josefo compuso su libro en Roma a partir del año 71, cuando fue llevado allí como protegido de la familia Flavia, de Vespasiano, primero, y de Tito y Domiciano, después. El autor ha distorsionado el relato de la revuelta judía mediante un empleo parcial de las fuentes, a pesar de la labor investigadora y crítica que se ha observado en la composición de su obra[61].

El fin primordial que persigue con este escrito es justificar y exculpar a Roma de los dramáticos acontecimientos bélicos. Aparte de los elementos de propaganda flaviana esparcidos por sus páginas, como son esos pasajes donde se destaca el papel de Vespasiano, Tito[62] o Domiciano[63], el autor intenta demostrar que el culpable de la guerra ha sido una minoría judía que odiaba a los romanos y que Josefo

---

[60] *Josephus in Galilee and Rome. His vita and development as a historian*, Leiden, 1979, págs. 84-180.

[61] Un análisis detallado del método historiográfico seguido por nuestro autor en la elaboración de sus obras puede verse en P. Villalba, *The Historical Method of Flavius Josephus*, Leiden, 1986.

[62] Tito es el principal punto de atención de Josefo, su valor como general y su compasión como hombre son los temas más repetidos: III 64; V 59, 310, y IV 92, V 316 y VI 184-185 respectivamente. No obstante, la imagen que Tito da en la *Guerra* no coincide con la que aparece en otras obras de autores romanos como Suetonio *(Tito* VII 1) o Dión Casio *(Historias* LXVI 18, 1); cf. Z. Yavetz, «Reflections on Titus and Josephus», *Greek, Roman and Bizantyne Studies* 16 (1975), 411-432.

[63] En el libro VII (85-88), seguramente un añadido de la época de Domiciano, se destaca el papel de este emperador de forma exagerada.

denomina «sicarios», «bandidos» o «tiranos». Con ello se busca también exculpar al conjunto del pueblo judío.

A pesar de esta autodefensa del propio judaísmo, sin embargo es más destacado el peso de Roma. Se elogia a los romanos y, en especial, a su ejército. La imagen que de Roma nos transmite el discurso de Agripa II en el Xisto de Jerusalén[64] no tiene nada que ver con la de un estado totalitario y militar, sino que realmente el Imperio aparece como el auténtico heredero del mundo antiguo. Mucho se ha escrito acerca del *excursus* del libro III, 70-109, sobre la legión romana y su significado. Tal vez la clave nos la dé el mismo Josefo al final de este pasaje: «Me he extendido en esta descripción no para hacer una alabanza de los romanos, sino, más bien, para consolar a los vencidos y para hacer cambiar de idea a los que pretendan sublevarse» (III 108).

Efectivamente, ésta parece ser una de las finalidades de la obra: crear en todo el Oriente la conciencia de que no merece la pena rebelarse contra el poder romano. La pacificación de toda esta zona planteó serios problemas a las autoridades imperiales. No sólo los judíos manifestaron su odio y venganza en sucesivas insurrecciones contra Trajano, entre los años 115 y 117, y contra Adriano, del 132 al 135, sino también los partos, que constituían una seria amenaza. Para estos últimos va también dirigida la obra, según consta en el prefacio de la misma[65].

Josefo, ya desde el comienzo, intentará presentarse como un historiador objetivo, como la persona idónea para relatar estos acontecimientos, ya que él ha estado en los dos campos, en el judío y en el romano, ha participado y seguido el desarrollo de la guerra y ha estado en contacto con los

---

[64] II 345-407.

[65] I 6.

principales jefes y generales. A pesar de sus buenas intenciones, su historia no es objetiva: algunos hechos están deformados por su actitud apologética judía, pero sobre todo por su fuerte inclinación filorromana. El autor silencia las hostilidades contra Roma que existían en las capas populares, así como las inquietudes de tipo mesiánico que rodearon la rebelión, al atribuir el desencadenamiento del enfrentamiento bélico a un pequeño grupo de «revolucionarios».

Lo expuesto anteriormente no quiere decir que en esta obra falten elementos de la tradición religiosa de su pueblo en la consideración de los acontecimientos históricos. Cuando Josefo describe las causas de la gran guerra contra Roma no sólo alude a acontecimientos históricos precisos, sino que también lo explica como el cumplimiento de un plan divino[66]. En el fondo late una dimensión teológica muy arraigada en la historiografía bíblica[67], pero que también cuenta con precedentes en la historiografía helenística. Josefo busca integrar la historia del presente con el pasado bíblico, y, en consecuencia, se presenta como un profeta y aduce cómo personajes de la talla de Jeremías, Ezequiel y Daniel habían previsto ya la sumisión de Palestina a Roma[68]. En tiempos difíciles para el judaísmo, como es éste, es frecuente ver la figura de Jeremías ante la destrucción de Jerusalén en época de Nabucodonosor en el 587 a. C. y el destierro de Babilonia como una emulación de las adversas circunstancias del presente[69]. La emulación de este último profeta queda pa-

[66] Cf. P. BILDE, «The causes of the Jewish war according to Josephus», *Journal for the Study of Judaism* 10 (1979), 179-202.

[67] Es el caso, por ejemplo, de *II Reyes* 17, 7-20; 23, 26-27 o de *II Crónicas* 36, 15-21.

[68] Así lo expresa en *Antigüedades* X 79 y 276.

[69] Este sentido tienen los escritos apócrifos de este período referidos a Jeremías: *Paralipómenos de Jeremías* y el *Apócrifo de Jeremías*; cf. L.

tente en las palabras que Flavio Josefo expresa para justificarse en el preciso momento de entregarse, abandonar a los judíos de Jotapata y pasarse definitivamente al bando romano: «Ya que has decidido aplastar a la raza judía, tú que eres su creador, ya que toda la Fortuna se ha puesto del lado de los romanos, y has elegido mi alma para revelar el futuro, me rindo voluntariamente y conservo la vida, y te pongo a ti por testigo de que no lo hago como traidor, sino como servidor tuyo» (III 354).

Josefo actúa como un auténtico profeta inspirado por Dios cuando pronuncia su vaticinio a Vespasiano y le anuncia que se convertirá en emperador[70]. De esta forma inviste al general romano, encargado de acabar con la sublevación judía, de una autoridad divina y transcendente[71].

El sincretismo cultural y también religioso de nuestro autor le llevará a aplicar el concepto clásico de la Fortuna y el Destino a su fe en el Dios hebreo. *Tyché* y *Theós* son para él sinónimos, y, lo que es más importante, ahora Dios, es decir, la Fortuna, se ha pasado al bando romano y ha abandonado al pueblo judío[72]. Así lo expresa en V 367: «La Fortuna está de su lado por todas partes y Dios, que lleva el poder de un sitio a otro, ahora se encuentra en Italia. Una ley, de gran vigencia entre los animales y entre los hombres, man-

---

VEGAS, «*Paralipómenos de Jeremías*», y G. ARANDA, «*Apócrifo de Jeremías sobre la cautividad de Babilonia*», en A. DÍEZ MACHO (ed.), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, vol. II, Madrid, 1982, págs. 355-442.

[70] III 392 ss.

[71] Cf. H. R. MOEHRING, «Joseph Ben Matthia and Flavius Josephus: the Jewish Prophet and Roman Historian», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 21.2 (1984), 864-944.

[72] Para estas cuestiones puede consultarse el trabajo reciente de F. TRISOGLIO, «L'intervento divino nelle vicende umane dalla storiografia classica greca a Flavio Giuseppe e ad Eusebio di Cesarea», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 21.2, 1984, págs. 977-1104.

da ceder ante los más poderosos y dejar el mando en manos de los que tienen la fuerza de las armas».

Pero no todo es casualidad o azar, la Providencia también desempeña su papel. Dios interviene en los actos de los hombres, como bien lo demuestran las Sagradas Escrituras. De esta forma, en el relato de la gran guerra de los judíos contra Roma, Flavio Josefo demuestra la total interdependencia de la dimensión política y religiosa que siempre ha dominado en el acontecer histórico de Israel.

6. La «Guerra de los judíos» como obra literaria

La lengua en que está redactada la obra de Josefo pertenece a ese ático convencional de la corriente literaria aticista, dominante en este siglo I y II d. C.[73], aunque sin llegar al extremo de artificiosidad de autores posteriores como Libanio o, en general, toda la Segunda Sofística. En Josefo se observa un esfuerzo por corregir y depurar el griego de la koiné en una línea más clásica. En el fondo están los modelos de la prosa ática que, en realidad, es la que determina la presencia de algunos rasgos gramaticales en Josefo como son el empleo del dual[74] y el optativo, ya en desuso , *-tt-* en lugar de *-ss-*, formas verbales como *édosan*[75] junto a *édōkan*[76], etc...[77]

---

[73] En Roma es en esta época cuando se inicia el gusto aticista; cf. Cicerón, *Bruto* XXXIII 51 y *El orador* VIII 25.

[74] Por ejemplo en V 73.

[75] II 410, III 31, V 420.

[76] VII 45.

[77] Para el vocabulario y usos gramaticales de Josefo, vid. H. St. J. Thackeray y R. Marcus, *A Lexicon to Josephus*, 4 vols., París, 1930-1955, y K. H. Rengstorf, *A Complete Concordance to Flavius Josephus*, 4 vols., Leiden, 1973-1983.

En este punto también hemos de traer a colación aquellos pasajes en los que nuestro autor nos habla de los «colaboradores» que ha tenido para llegar a la redacción griega de *La guerra de los judíos*. Efectivamente, la lengua materna de Josefo era el arameo, sin que ello suponga que desconociera el griego, pues, según hemos mencionado, las familias de la aristocracia judía, a la que pertenecía Josefo, iniciaban a sus hijos en esta lengua. Ahora bien, no podemos saber con certeza si Josefo sabía el suficiente griego como para redactar su historia o si, por el contrario, se sirvió de asesores[78]. Era un judío de Palestina, no de la Diáspora, donde el helenismo se había extendido en gran medida, incluso en el nivel lingüístico. Seguramente el largo tiempo que permaneció en Roma, bajo la protección imperial, le facilitó la entrada en contacto con la lengua y la literatura griegas, aunque no hasta el punto de componer una obra literaria de las características de la *Guerra*. Por ello, hay que dar la justa medida a la actividad de este o estos colaboradores, sin restar las aportaciones que Josefo haya podido haber hecho[79].

Se percibe en esta versión un esfuerzo por conseguir un estilo atractivo, e incluso retórico, hasta el punto de que se hace lo posible para evitar el hiato y conseguir una aliteración expresiva, con un léxico rigurosamente griego, que apenas deja pasar los típicos semitismos que hallamos en otras obras de la literatura judeo-helenística[80]. Los pocos

[78] En *Antigüedades* XX 263 confiesa las serias dificultades que aún tiene con la lengua griega.

[79] En *Antigüedades* XX 263 Josefo comenta que él es conocedor de la literatura griega.

[80] J. Bernardi, «De quelques sémitismes de Flavius Josèphe», *Revue des Études Grecques* 100 (1987), 18-29, ha observado algunos restos de semitismos que subsisten en la obra, en concreto aduce ejemplos del libro V.

préstamos semíticos se encuentran en el campo de las transcripciones: así vemos en los indeclinables *kómēs Belzedèk* (III 25) o *perì Gennēsàr* (II 573). Pero incluso en este caso Josefo heleniza lo más posible los nombres propios. A diferencia de los *Septuaginta* o de parte del *Nuevo Testamento,* nuestro autor suele someter a la declinación los antropónimos y topónimos hebreos: *Dauídou* (I 61), el genitivo de David, *Eleazáros* (II 236; V 250, etc...) en lugar del indeclinable *Eleázar, sỳn Ezekíāi* (II 441), o *hetérou Matthíou* (VI 114). Adopta la forma *Símōn* (II 418, 628; VI 148, etc...) en lugar de la habitual hebrea *Symeṓn.* En los nombres de ciudades Josefo opta en algunos casos por la denominación helenizada habitual en las fuentes griegas: Gennesar (*Gennēsár*) por Gennesaret (II 573), Batanea *(Batanḗ)* por Basán (III 56) o Dabarita (*Dabaritta*) en lugar de Daberat (II 595).

La obra se enmarca en las normas del género historiográfico griego tanto en los modelos literarios como en los lingüísticos. Es una prosa y una lengua artística distinta de la de sus compatriotas del *Nuevo Testamento* que también escriben en griego más o menos en la misma época. Existen algunos estudios que han buscado paralelismos de estilo, de lengua, etc. entre el texto flaviano y el de determinados autores griegos[81]. La inspiración fundamental radica, como es de esperar, en los historiadores griegos más renombrados, como Heródoto, Tucídides, Jenofonte y Polibio, en especial en el caso del segundo de ellos, que asimismo constituye el modelo del proemio de la obra. El prefacio de la *Guerra* es un ejemplo literario de erudición que demuestra hasta qué punto el autor estaba iniciado en el conocimiento de la historiografía griega, pues son muchos los lugares comunes de

[81] THACKERAY, págs. XV-XIX, y del mismo autor, *Josephus the Man and the Historian,* Nueva York, 1929 (=1967), págs. 107 ss.

esta parte[82]. Asimismo, Polibio constituye uno de los modelos más destacados de Josefo, habida cuenta de las similitudes que existen entre ambos: los dos escribieron durante su exilio en Roma y sintieron admiración por la grandeza romana y por su bienhacer para con sus pueblos respectivos, griegos y judíos[83]. Es posible ver una relación de dependencia en el *excursus* sobre la armada romana entre la *Guerra,* III 70-109, y las *Historias* de Polibio, VI 19-42, o en los lamentos por los desastres sufridos por su pueblo[84], aunque sin llegar a ese grado de historia trágica y patética que domina en Josefo y que fue tan criticada por el propio Polibio.

Fuera de estos autores también se han señalado puntos de contacto con Homero, en el empleo de ciertos vocablos arcaicos y épicos, con Demóstenes, en el caso de los muchos discursos de la obra, y con Sófocles y Eurípides para la expresión de los momentos trágicos del relato[85]. Incluso se han visto alusiones a autores latinos, Virgilio, Salustio, Cicerón, Horacio, etc... El caso más llamativo es la resonancia épica de la toma de Troya de Virgilio *(Eneida* II 250 ss.) en el asedio de Jotapata por parte de Vespasiano (III 319-328). En ambos casos la caída de la ciudad tiene lugar por la noche, cuando su población está sumergida en el sueño.

La función de los discursos en la obra de Josefo ha sido uno de los aspectos más debatidos de su estilo, donde se combina con una técnica notable el relato con alocuciones

---

[82] Cf. H. W. Attridge, *The Interpretation of Biblical History in the Antiquitates Judaicae of Flavius Josephus*, Missoula, 1976, págs. 43-51 y 57-60.

[83] Cf. R. J. H. Shutt, *Studies in Josephus*, Londres, 1961, págs. 102-106.

[84] *Historias* XXXVIII 4.

[85] Este es el caso del relato de las trágicas desgracias de la familia de Herodes, con el protagonismo de la clásica Fortuna , en I 431 ss.

en estilo directo e indirecto[86]. El grado de dependencia con la tradición historiográfica griega es evidente, si bien se ha querido ver un origen judío, sobre todo rabínico, aficionado a un lenguaje de contraposiciones y debates. Muchos son los lugares en que se inserta un discurso contrapuesto entre dos personajes: en I 620-636, por ejemplo, Herodes se enfrenta magistralmente a su hijo Antípatro ante el gobernador Varo, las palabras de Agripa II para disuadir a los judíos de la revuelta (II 345-407), el discurso del propio Josefo en Jotapata (III 362-382), de lo sumos sacerdotes Anano (IV 162-192) y Jesús (IV 239-269) frente a los Zelotes y a Simeón el Idumeo (IV 271-282), la argumentación de Josefo durante el asedio de Jerusalén (V 363-419) o el de Eleazar en Masadá (VII 232-388), sin desmerecer la calidad de algunos discursos de Tito (III 472-484; VI 34-53 y 328-350). Los modelos de esta práctica son eminentemente los clásicos de la literatura griega. Así, por ejemplo, Tucídides (II 60 y ss.) está detrás del discurso que Herodes dirige a sus tropas tras la derrota que han sufrido a manos de los árabes (I 373 ss.), concretamente las palabras que Pericles pronuncia a los atenienses desanimados por la invasión espartana y por la peste.

No obstante y a pesar de este gusto por hacer hablar a sus personajes y expresarse en los momentos culminantes del relato, sin embargo la historia de Josefo no es retórica, ni efectista, como la de los autores helenísticos Filarco o Duris tan criticada por Polibio[87], sino que busca fijar y transmitir la verdad, con las implicaciones subjetivas y personales que conlleva toda redacción de una historia. Ello no

---

[86] Un estudio de las principales piezas retóricas de la *Guerra* puede verse en H. LINDER, *Die Geschichtsauffassung des Flavius Josephus im Bellum Judaicum*, Leiden, 1972, págs. 21-48.

[87] *Historias* II 56, 11-12.

es óbice para que Josefo incluya elementos de la llamada historiografía «trágica», como la caracterización psicológica de algunos personajes y su interés por lo irracional de determinados sucesos. El pasaje de las desgracias de la familia de Herodes es un claro ejemplo de esta contaminación de la historia con ingredientes novelescos, así como la descripción de las penalidades e infortunios de los judíos en esta guerra llevan al escritor a recurrir a la dramatización de las escenas trágicas para impresionar y despertar el sentimiento. Josefo es consciente de ello: intentará no cruzar la barrera que separa la historiografía de la tragedia y pedirá perdón cuando lo haga:

«Expongo mi opinión sobre los acontecimientos según el desarrollo de los mismos y dejo que mis propios sentimientos expresen sus lamentos por las desgracias de mi patria.... Y si el que juzga mis escritos fuera demasiado insensible para compadecerse, que atribuya los acontecimientos a la historia y los lamentos al escritor» (I 9- 12).

7. Difusión y fama. Versiones

Con Josefo, y en especial con su *Guerra de los judíos*, nos topamos con una de las paradojas más llamativas de la literatura judía en lengua griega. Una obra y un autor que en principio iban dirigidos a un público judío y a un público pagano greco-romano van a encontrar sus más importantes ecos en ambientes cristianos. En efecto, es, sin ningún tipo de dudas, el cristianismo el que más ha leído, interpretado y utilizado a Flavio Josefo.

En un principio el judaísmo oficial lo ha ignorado; no ha querido contar entre sus autores nacionales con un «trai-

dor», con alguien que ha llegado a justificar la toma de Jerusalén y la destrucción de su Templo. Los sectores rabínicos, que son los que van a dominar en el judaísmo posterior al año 70, no perdonarán nunca a Josefo el haberse pasado al bando romano ni la actitud adoptada por él en su *Guerra* frente a la confrontación bélica que condujo a Israel a un largo período de crisis de identidad. Este olvido ha durado hasta casi el siglo XVI, cuando asistimos a las primeras traducciones al hebreo de textos originales de Josefo. En 1566 se publica en Constantinopla la primera traducción hebrea del *Contra Apión,* una obra puramente apologética sin apenas polémica. Tenemos que llegar hasta 1859 para ver vertida al hebreo la *Autobiografía*[88] y hasta 1923-1928 para que vea la luz la primera versión hebrea de *La guerra* en Varsovia por J. N. H. Simchoni[89]. Únicamente hay que destacar, de forma aislada, la actividad desarrollada por una comunidad judía italiana de principios del siglo X, integrada en el Imperio bizantino, que compuso en hebreo bíblico una crónica a partir de la versión latina de *La guerra de los judíos,* hecha por Hegesipo en el siglo IV, de las *Antigüedades judías,* de los libros de los *Macabeos* y otros textos tardíos.

---

[88] Vid. M. STEINSCHNEIDER, *Die Geschichtsliteratur der Juden, I. Bibliographie der hebräischen Schriften,* Francfort, 1902, págs. 89 ss.

[89] No obstante, algunos de los judíos dispersos por Europa abordarán la traducción de las obras de Josefo, aunque no en hebreo, sino en las correspondientes lenguas vernáculas, como apoyo para afianzar su identidad frente a los estados europeos. Tal es el caso del judaizante español José Semah Arias, que vertió al castellano el *Contra Apión,* publicado en Amsterdam en 1687; cf. N. FERNÁNDEZ MARCOS, «José Semah Arias traductor de Flavio Josefo», en F. DÍAZ ESTEBAN, *Los Judaizantes en Europa y la literatura castellana del Siglo de Oro,* Madrid, 1994, págs. 141-154.

Es el famoso *Sepher Yoseph ben Gorion,* el *Josippon*[90], que nos ha llegado en tres recensiones diferentes y que luego será traducido al árabe, etíope, latín, ladino y otras lenguas eslavas y de la Europa occidental[91]. En lo que a la *Guerra* concierne se trata de una reescritura, donde hay unas modificaciones muy llamativas, fundamentalmente en el relato de Masadá. Una parte importante de esta obra formará parte a partir del siglo XIII de las *Crónicas* de Yerajmiel ben Solomón, escritor judío del sur de Italia[92].

Hasta el siglo XIX el *Josippon* fue prácticamente el único nexo entre los judíos y la obra original de Flavio Josefo. Podemos decir que hasta este siglo Israel no ha levantado el veto a su historiador antiguo, que era anterior a la *Misná* y el *Talmud,* situado casi a continuación de las Sagradas Escrituras, y a pesar de algunas reticencias, su obra ha sido traducida, comentada y citada por arqueólogos, literatos, historiadores, etc., en el actual estado judío. Los acontecimientos históricos, sociales y políticos de los judíos en este siglo XX han llevado a la utilización, e incluso explotación, de la figura y temática de Josefo. En 1927 Isaac Ladman compuso el poema épico *Masadá,* basado en el célebre relato de la *Guerra,* convertido entonces en símbolo de la resistencia y supervivencia judía ante los ataques de las potencias dominadoras. La misma línea representa la trilogía del

---

[90] El autor de este libro confiesa seguir la obra de José, hijo de Matías, que confunde con José ben Gorión, uno de los más destacados activistas de la insurrección contra Roma.

[91] Todas estas versiones parten de la edición de Constantinopla en 1510, sobre un original reelaborado en Italia en el siglo XII.

[92] La historia de las diferentes recensiones, ediciones y traducciones de este texto puede verse en U. CASSUTO, *Encyclopaedia Judaica,* IX, Berlín, 1932, cols. 420-425, y en SCHÜRER, *Historia...,* págs. 160-162. La última edición es la de D. FLUSSER en dos volúmenes (Jerusalén, 1978-1980).

novelista alemán L. Feuchtwanger, *Der jüdische Krieg* (Berlín, 1932), *Die Söhne* (Amsterdam y Estocolmo, 1935) y *Der Tag wird kommen* (Estocolmo 1945) o el drama de Yehoshua Sobol, *La guerre des juifs*[93] (Hadas-Lebel, págs. 235-237). En definitiva, podemos decir que los últimos días de Jerusalén y del antiguo estado palestino han inspirado el nacionalismo judío literario en unos momentos en que parecía que la historia volvía a repetirse. Todo ello ha servido para rehabilitar la figura de Flavio Josefo emsombrecido desde sus orígenes como un traidor, a pesar de la oposición manifestada por determinados grupos sionistas[94].

Por su parte, los escritores romanos y, en general, toda la tradición literaria pagana confieren a nuestro autor una consideración de segunda fila y son muy pocos los que aluden a él[95], a pesar de que, según indica Eusebio de Cesarea[96], sus libros estaban presentes en las bibliotecas romanas. Uno de los pocos autores que citan a Josefo es Porfirio, quien en su tratado *Sobre la abstinencia* (IV 11-16) incluye la descripción flaviana de los esenios[97]. Es posible, además, que determinados relatos sobre la toma de Jerusalén en la historiografía romana se hayan inspirado en *La guerra de los judíos*. Así parece con Tácito, *Historias* V 7, 1-2, en la descripción de Sodoma[98] o en la profecía sobre Vespasiano,

---

[93] Cf. Hadas-Lebel, *Flavius Josèphe. Le juif de Rome* (= *Flavio Josefo. El judío de Roma*, Barcelona, 1994), págs. 235-237.

[94] Vid. por ejemplo C. Gigée, *La lune d'hiver*, París, 1970, Y. Yadin, *Herod's Fortress and the Zelots' Last Stand*, 2.ª ed., Londres, 1971, y Y. Baer, «Jerusalem in the Times of the Great Revolt», *Zion* 36 (1971), 127-190 (en hebreo con resumen en inglés).

[95] Cf. H. Schreckenberg, *Die Flavius-Josephus-Tradition in Antike und Mittelalter*, Leiden, 1972, págs. 68-69.

[96] *Historia Eclesiástica* III 9.

[97] *Guerra* II 119-161.

[98] *Guerra* IV 483-484.

Historias V 13, 4-5[99], o con Suetonio, *Vidas de los doce Césares* V 9, en algunos hechos destacados de la biografía de Vespasiano en relación con *La guerra*[100]. Asimismo, el libro III de la *Historia romana* de Dión Casio sigue muy de cerca el relato de la toma de Jerusalén de los libros V y VI de *La guerra*[101].

En cambio los autores cristianos aceptaron a Josefo y en especial *La guerra de los judíos* como si se tratara de algo propio. Ya en el siglo IV se sabe de una traducción de esta obra atribuida a Rufino de Aquilea[102], dos siglos antes de que empiecen a sucederse traducciones y ediciones del *corpus* flaviano[103]. Este texto latino ha sido el más difundido a lo largo de la Edad Media occidental, y casi el único medio que los cristianos han tenido para acceder a Josefo; de él derivan las primeras traducciones humanistas[104]. Los Padres de la Iglesia han manifestado una gran estima por el autor judío, incluso antes del siglo IV[105], ya que han visto en él un arma eficaz para su argumentación apologética. La destrucción del Templo y de la ciudad de Jerusalén suponía la culminación del *Antiguo Testamento*, el final del judaismo, víc-

---

[99] *Guerra* VI 312.

[100] III 400 y VI 312-313.

[101] Cf. I. Weiler, «Titus und die Zerstörung des Tempels von Jerusalem. Absicht oder Zufoll?», *Klio* 50 (1968), 151.

[102] Casiodoro, *Instituciones* XVII.

[103] La versión latina de las obras de Josefo fue editada por vez primera en 1470 en Augsburgo por J. Schüssler, si bien es mejor la edición de Basilea de 1524.

[104] Son muy frecuentes los manuscritos de esta obra en los monasterios de Occidente. Un ejemplo lo tenemos en el manuscrito latino g- II- 7 del Monasterio de El Escorial, fechado en el siglo XIII.

[105] H. Schreckenberg, *Die Flavius-Josephus...*, págs. 68 ss., recoge las citas a Josefo por parte de estos autores cristianos.

tima de sus propios pecados, y el comienzo de una nueva era cristiana sobre las cenizas del pueblo hebreo. Eusebio de Cesarea[106], que incluso le atribuye, sin fundamento, el *Libro IV de los Macabeos*, San Jerónimo (*A Eustaquia* XII 135, 8), que llega a dar el apelativo de *Graecus Livius* a nuestro autor[107], o la alta valoración que Isidoro de Sevilla tenía de él[108] son los testimonios que han marcado una pauta de adhesión en la tradición cristiana posterior.

La obra histórica de Flavio Josefo suponía el mejor garante y la forma más científica de confirmar la fe cristiana. Sus relatos venían a corroborar a los evangelios sagrados. El famoso *Testimonium Flavianum*, esa breve mención a Cristo en *Antigüedades*, XVIII 63-64 y XX 200, ha sido el pasaje más debatido en este sentido. Desde que fue citado por primera vez por Eusebio[109] se han sucedido interpretaciones polémicas al respecto, desde una fe incondicional en él hasta actitudes más críticas que consideran este testimonio una interpolación o, al menos, una manipulación cristiana. Sin perjuicio de la realidad de estas dudas sobre la valoración plenamente histórica de Josefo, su obra ha sido tenida como un auténtico «quinto evangelio», como un texto sagrado. En la civilización cristiana occidental Josefo ha sido el historiador de la Antigüedad más leído y ha contado siempre con el apoyo de los más destacados humanistas. Con la aparición de la Reforma protestante el texto de Josefo va a ser aceptado con más entusiasmo, si cabe, por luteranos y an-

---

[106] *Historia eclesiástica* III 9-10.

[107] En el capítulo 13 del *De viris illustribus*, Jerónimo cita sólo tres autores no cristianos, Séneca, Filón y entre ellos a Josefo.

[108] *Epístola* II 143 y IV 225; cf. H. Schreckenberg, K. Schubert, *Jewish Historiography and Iconography in Early and Medieval Christianity*, Assen-Minneapolis, 1992, págs. 79-80.

[109] *Historia eclesiástica* I 11, 9.

glicanos[110]. Es verdad que la obra más citada, con diferencia, en los ámbitos cristianos ha sido las *Antigüedades* y no tanto *La guerra*, que en el fondo no es sino una obra histórica, al estilo pagano, rodeada además de una intensa polémica dentro del propio judaísmo. Ya no en el ámbito doctrinal cristiano, sino en el puramente literario o histórico, la influencia del relato de *La guerra de los judíos* de Josefo es también notoria. En Francia, Jean de Léry y su *Histoire mémorable de la ville de Sancerre* (Lausana, 1574) toman como modelo el pasaje de la toma de Jerusalén para la redacción del asedio de la ciudad protestante de Sancerre por parte de las tropas papales. En España, por ejemplo, la *General Historia* de Alfonso X el Sabio utiliza su obra como fuente de información o la *Crónica de la guerra de Granada* de Diego Hurtado de Mendoza está inspirada en la historia flaviana[111]. Sin querer repetir aquí las obras y autores españoles por donde se pueden rastrear los vestigios de Josefo, tema que ya ha sido expuesto en el primer volumen de esta Biblioteca Clásica Gredos dedicado al autor judío[112], quisiera simplemente añadir el testimonio de Arias Montano. Este humanista es autor de las *Antiquitatum Iudaicarum libri IX*, publicadas en Leiden en 1593[113] y que formaban parte del tomo VIII de la Políglota de Amberes. Los nueve libros llevan nombres de personajes bíblicos y van acompañados de mapas de Palestina, planos de Jerusalén, grabados

[110] Cf. Hadas-Lebel, *Flavio...*, pág. 229.

[111] Un panorama de la presencia de Flavio Josefo en la literatura española puede verse en Y. Malkiel, «El libro indefinido de M. R. L. de M.; Josefo y su influencia en la literatura española», *Filología* 13 (1968-1969), 205-226.

[112] Vid. apartado III 1 de la Introducción de L. García Iglesias a Flavio Josefo, *Autobiografía. Contra Apión*, B. C. G. 189, Madrid, Gredos, 1994.

[113] Existen reediciones en 1660, 1696 y 1698.

del templo e índices de topónimos. Lo más interesante para nuestro tema es el hecho de que en los márgenes Arias Montano cita pasajes bíblicos y de otros autores, entre ellos los judíos Filón de Alejandría y Josefo. En este último caso se señala al Josefo hebreo, es decir al *Jossippon,* al *Hegesipo,* y al texto de Josefo propiamente dicho, lo que indica el amplio conocimiento que nuestro humanista tenía de las diversas tradiciones existentes sobre Flavio Josefo y que lógicamente van a confluir en esta obra.

Pasando ahora al tema de las versiones, además del *Josippon* y de aquella traducción latina señalada más arriba, ese mismo siglo IV es también escenario de una adaptación latina de *La guerra de los judíos.* Estoy hablando del texto conocido por *Egesippus* o *Hegesippus*[114], donde sólo se incluyen cinco de los siete libros de la obra original con supresiones, adiciones e interpolaciones cristianas[115]. Ambas versiones en latín contribuyeron a la extensión y conocimiento de Josefo en el medievo occidental y popularizaron su obra, sobre todo en al época de las Cruzadas al facilitar datos de primera mano sobre la geografía de Palestina.

Posterior es una traducción al siriaco del libro VI de la *Guerra,* el que relata la caída de Jerusalén, la parte más dramática y conocida de la obra[116]. Esta versión fue incluida

---

[114] Este título puede proceder tanto de la alteración del nombre latino de Josefo, *Iosepus, Ioseppus* o *Iosippus,* como de Hegesipo, historiador judío del siglo II convertido al cristianismo (cf. Eusebio, *Historia eclesiástica* IV 22, 8). Se ha llegado incluso a atribuir la versión a San Ambrosio y a un judío convertido llamado Isaac (JERÓNIMO, *Carta a Tito* 3, 9).

[115] Contamos con la edición crítica de V. USANI, *Hegesippi qui dicitur historiae libri V,* I, Viena-Leipzig, 1932; II, Viena, 1960 (con prefacio de C. MRAS).

[116] Este texto se ha editado en la *Traslatio Syra Pescitto Veteris Testamenti ex codice Ambrosiano, saeculim VI photolithographice edita* por

como el *Libro V de los Macabeos* en la Biblia vulgata siríaca. Las coincidencias con la versión eslava, que señalaremos a continuación, ha llevado a pensar, sin fundamento, que el texto sirio seguiría también aquella redacción aramea perdida de *La guerra,* de la que nos habla Josefo en el prefacio.

Entre los siglos x y el XIII podría fecharse la primera versión rusa de *La guerra,* realizada sobre el original griego, pero con importantes interpolaciones cristianas. No obstante, hay una serie de desviaciones respecto a la versión griega que han llevado a R. Eisler[117] a proponer que este texto ruso es una traducción de la primera composición aramea de la obra. No parece aceptable esta última hipótesis, sino que más bien las divergencias habría que achacarlas al proceso de manipulación, con sus adiciones y supresiones, a que ha sido sometido Josefo desde los diferentes ámbitos de su transmisión[118].

A. M. CERIANI en Milán en 1876-1883 en dos volúmenes. Existe traducción de H. KOTTEK, *Das sechste Buch des Bellum Judaicum nach der von Ceriani photolithographisch edirten Peschitta-Handschrift übersetzt und kritisch bearbeitet*, Berlín, 1886.

[117] *IÉSOUS...*, Heidelberg, 1929-1930, obra que ha sido traducida al inglés, abreviada y modificada por A. H. KRAPPE, *The Messiah Jesus and John the Baptist according to Flavius Josephus recently rediscovered «Capture of Jerusalem» and other Jeswish and Christian Sources,* Londres, 1931.

[118] El texto ha sido editado por V. M. ISTRIN, *La prise de Jérusalem de Josèphe le juif,* con traducción al francés por P. PASCAL, 2 vols., París, 1934-1938 (= Mónaco, 1964). Más recientemente ha salido otra edición, N. A. MESCERSKIJ, *Istorija iudeskoij vojny Josifa Flavija,* San Petersburgo, 1958, y otra traducción, N. RADOVICH, *Il testo russo antico della Guerra Giudaica*, apéndice de la edición de G. VITUCCI, Vicenza, 1974, vol. II, págs. 619-676. La edición bilingüe de H. ST. J. THACKERAY, en las obras completas de Flavio Josefo en la colección inglesa loeb, contiene en su volumen III un apéndice sobre estos textos, «The principal additional passages in the slavonic version», págs. 635-660.

Por último hemos de citar una traducción de *La guerra* y de las *Antigüedades* al griego popular llevada a cabo por el cretense Manuel Cartofílax en el siglo XVI[119], durante el conocido Renacimiento Cultural de la isla de Creta.

Aparte de estos testimonios, a tenor de la popularidad de Josefo en la Edad Media, seguramente existieron otras traducciones o versiones antiguas de *La guerra* que han desaparecido, como ocurre con una en armenio y una georgiana de las que sólo tenemos vagas noticias[120], sin olvidar ese texto arameo o hebreo primigenio del que nos habla el propio Josefo y que no ha dejado ningún rastro, a pesar de los intentos de hacerle antecesor directo de las versiones siríaca y eslava.

8. La transmisión del texto: manuscritos, ediciones y traducciones

Un inventario completo de los manuscritos conocidos de Flavio Josefo abarcaría una lista de más de cien testimonios, lo que evidencia la fama y difusión de la obra de nuestro autor a lo largo de toda la Edad Media, tanto bizantina como occidental[121]. Esta tradicion directa no es uniforme, sino

[119] Las dos versiones se guardan en la Biblioteca Vaticana, *Barberiani Graeci* 228 y 229; cf. SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus...*, pág. 64.

[120] Cf. EISLER, *IĒSOUS...*, I, pág. XLIV, 159 y 527 ss., y F. MACLER, «À propos du Josèphe arménien», *Revue d'histoire des religions* 97 (1928), págs. 13-22.

[121] Pocos son los restos que nos han llegado de época anterior; solamente tiene relativa importancia el papiro *Vindobonense* 29810, fechado a finales del siglo III d. C. y que presenta fragmentos del libro II 576-579 y 582-584 de la *Guerra*; cf. H. OELLACHER, *Griechische Literarische Papyri II*, Viena, 1939, pág. 31, y SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus...*, págs. 45-55.

que cada una de las obras ha sufrido una transmisión independiente. De los manuscritos que contienen completa la *Guerra* destacaremos fundamentalmente aquellos que han sido utilizados por la edición de B. Niese, texto que seguimos en nuestra versión castellana:

Codex Parisinus Graecus 1425, 233 fols.; siglos X-XI (P).
Codex Ambrosianus Graecus 234 (D. 50 sup.), fols. 1-69; siglo XI (A).
Codex Marcianus Graecus 383, 321 fols.; siglo XII (M).
Codex Laurentianus 69, 19, 363 fols.; siglos XI-XII (L).
Codex Vaticanus Graecus 148, 214 fols.; siglos X-XI (V).
Codex Palatinus Graecus 284, 221 fols.; siglos XI-XII (R).
Codex Urbinas Graecus 84, 291 fols.; siglo XI (C).

Estos siete códices son los que contienen el texto de la obra según la hallamos en las ediciones modernas. Dentro de ellos se diseñan dos tradiciones distintas, la formada por P, A, M y L, que parece ser la mejor, y la de V, R y C. Por su parte, el propio Niese cita en algunos casos otros testimonios manuscritos, como son:

Codex Laurentianus 69, 17, 225 fols.; siglo XII (N).
Codex Philipicus o *Chentalamensis* 6459, siglo XII (T).
Codex Vossianus Graecus F. 72, 138 fols.; siglo XV (L. B.).

Podríamos enumerar unos cincuenta manuscritos más donde se contiene, total o parcialmente, el texto griego de *La guerra* de una mayor o menor antigüedad, si bien para ello nos remitimos al catálogo más completo que existe sobre el tema. *Die Flavius-Josephus-Tradition in Antike und Mittelalter* de H. Schreckenberg (Leiden, 1972) ha dejado desfasados y anticuados todos los inventarios anteriores y es, sin duda, la obra de obligada consulta para conocer el proceso de transmisión del texto flaviano.

La intensa y extensa popularidad de la obra de Josefo entre los autores cristianos ha dado lugar, ya desde época re-

lativamente temprana, a una importante tradición indirecta, anterior y complementaria de esta transmisión manuscrita directa. Sin duda es Eusebio de Cesarea, y más exactamente su *Historia eclesiástica*, uno de los soportes de transmisión de un gran número de citas y pasajes textuales de Josefo. Junto a este Padre de la Iglesia se ha de señalar también los *Excerpta Historica* del emperador bizantino Constantino VII[122]. Tampoco podemos pasar por alto aquellos fragmentos de las *Antigüedades judías* que son paralelos con *La guerra*. Estos textos coincidentes son importantes para la crítica textual y para la historia de la transmisión del texto, si bien no son textos idénticos, sino que las *Antigüedades* se escribieron unos veinte años después de *La guerra* y tal vez las circunstancias sociales y personales del autor habían podido modificar la redacción de los mismos acontecimientos históricos.

Contamos con numerosas ediciones del texto griego desde la *editio princeps* de A. Arlenius y S. Gelenius en 1544 en Basilea[123]. Las más destacadas son la de *La guerra de los judíos* de Aben Esra (Basilea, 1559), o las obras completas de Génova de 1611 y 1634; la de Oxford de 1720, con traducción latina de Hudson; la de Amsterdam de Havercamp en 1726; la de Leipzig de Oberthür de 1782-1785; la de Cardwell, sólo de *La guerra*, Oxford, 1837, y la de París de Dindorf de 1845-1847. Sin embargo tenemos que llegar hasta 1885-1895 para ver publicada una auténtica edición crítica de los escritos de Flavio Josefo. B. Niese es artífice

[122] Cf. A. Pelletier, *Flavius Josèphe. Guerre des juifs*, I, París, 1975, pág. 24.

[123] Existe reedición de la misma en Francfort, 1617.

de esta empresa en siete volúmenes, *Flavii Josephi opera edidit et apparatu critico instruxit,* en su versión *maior* (Berlín, 1885-1895)[124], y en seis en la *minor,* ya sin aparato crítico (Berlín, 1888-1895). El tomo VI está dedicado al *Bellum Judaicum.* Casi contemporánea es asimismo el texto de S. A. Naber (Leipzig, 1888-1896), también en seis volúmenes[125].

En la edición de Niese está basada la de H. St. J. Thackeray, de la Loeb Classical Library, que ha ido apareciendo en Cambridge (Massachussetts) y Londres entre 1926 y 1965 en nueve volúmenes. *La guerra* ocupa el II y el III.

Para esta obra de Josefo que ahora nos ocupa contamos, además, en este siglo con ediciones específicas, como es la de O. Michel y O. Bauernfeind (Múnich, 1959-1969) o la de G. Vitucci (Milán, 1974)[126], con texto griego e italiano. Más reciente es la edición bilingüe, griego y francés, de *La guerra* a cargo de A. Pelletier para «Les Belles Lettres». El trabajo aún no ha sido terminado: se han publicado tres volúmenes con los cinco primeros libros de la obra en 1975, 1980 y 1984 en París.

Hemos visto ya cómo desde el final de la Antigüedad se han realizado diversas traducciones a lenguas como el latín, el siríaco, el hebreo, el eslavo, el griego popular o el armenio. Ahora pasaremos revista a las versiones en lenguas modernas realizadas sobre los textos impresos arriba señalados, y no sobre manuscritos.

---

[124] Se ha reimpreso en 1955.

[125] *Flavii Josephi opera omnia post Immanuelem Bekkerum recognovit,* V *(Bellum Judaicum* 1-4), Leipzig, 1895; VI *(Bellum Judaicum* 5-7), Leipzig, 1896.

[126] Reimpresa en 1983.

Una obra tan compleja y polémica como *La guerra de los judíos* ha recibido la atención de los más variados estudiosos y públicos tanto por parte del propio judaísmo como del occidente cristiano. A partir del humanismo son numerosas las traducciones que han ido apareciendo a las principales lenguas vernáculas de Europa, francés, holandés[127], alemán, italiano, inglés, y español, tanto individualmente como integrada dentro de la versión completa de todo el *corpus* flaviano[128].

Al francés apareció una traducción en 1492, otra en 1516 y la más conocida en1667 de la mano de A. d'Andilly. Esta última ha sido reeditada y adaptada al francés actual por C. Buchon en 1968 y 1973[129]. E incluso en el siglo XVIII se llegó a traducir al sueco esta obra de d'Andilly[130]. En la actualidad las versiones más destacadas son la de R. Harmand en dos volúmenes (París, 1912-1932) en las *Oeuvres complètes de Flavius Josèphe,* bajo al dirección de Th. Reinach, la de P. Savinel de 1977 y la de A. Pelletier, obra bilingüe comentada más arriba, donde aún faltan por aparecer los libros VI y VII.

---

[127] Ya en época reciente, desde 1564, tenemos traducciones al holandés. En Amsterdam en 1580 y en 1594, y en Leiden en 1607 y en 1659 tenemos otros testimonios de esta popularidad del autor judío en los Países Bajos.

[128] Cf. J. PAITONI, *Biblioteca degli autori antichi greci e latini volgarizzati,* II, Venecia, 1766, *s. v.* Gioseffo, págs. 96-107.

[129] *Histoire ancienne des Juifs et La guerre des Juifs contre les Romains 66-70 après J. C. Autobiographie.* Textes traduits sur l'original grec par ARNAUD D'ANDILLY, adaptés en français par J. A. C. BUCHON, préface de V. NIKIPROWETZKY.

[130] *Judiske historia, utáf Arnolds d'Andilly fransyska uttolkning pa swenska öfwersatt,* Estocolmo, 1713-1752.

La versión alemana más conocida es la de H. Climentz, que en 1900 aporta la traducción de *La guerra* en Halle[131]. Más reciente es la de H. M. Endrös, Múnich, 1965-1966[132], y la de O. von Michel y O. Bauernfeind, Darmstadt-Múnich, 1959-1969.

En inglés, aparte de la edición bilingüe de H. St. J. Thackeray, se disponía desde 1737 de la versión de W. Whinston reeditada en varias ocasiones hasta ser revisada por R. A. Shilleto en 1889-1890. En la última mitad de este sigló han visto la luz dos traducciones de *La guerra*, una de G. A. Williamson (Baltimore, 1959)[133], anotada y comentada por M. E. Smallwood, y otra de G. Cornfeld (Grand Rapids, 1982), con un gran aparato histórico y arqueológico.

También en Italia contamos con notables aportaciones: las obras completas de Josefo de F. Angiolini (Florencia, 1840-1844), cuyo volumen III lo ocupa *La guerra,* la clásica de G. Ricciotti, en cuantro volúmenes (Turin, 1937-1963), con abundantes comentarios, y la ya mencionada de G. Vitucci (Milán, 1974)·

En lengua portuguesa, aunque existen traducciones de otras obras de Josefo, sólo contamos con una de *La guerra* editada en 1956 en São Paulo por V. Pedroso en su *História dos Hebreus,* que recoge el texto portugués completo del autor judío[134].

Finalmente, antes de referirnos al caso de nuestro país, hemos de mencionar otras lenguas de menor difusión. Ya hemos hablado de la primera traducción hebrea de *La guerra* a cargo de J. N. H. Simchoni en el siglo pasado, y ahora

[131] Se ha reeditado en Leipzig en 1990.

[132] Reeditada en 1974.

[133] Existe reedición de 1981.

[134] En 1974 se han publicado, también en São Paulo, los pasajes más significativos de esta versión, en *Seleções de Flávio Josefo.*

tenemos que citar además la de S. Haggai, publicada en Jerusalén en 1964 y reeditada en 1967. La obra ha sido vertida también al húngaro por de R. Józef en 1900, con reedición de 1963, y al japonés por H. Shimmi en Tokyo, en 1972.

Desde el más reciente humanismo tenemos testimonios en España de la traducción de la obra flaviana, aunque en estos siglos XV y XVI se trata de versiones hechas a partir del texto latino atribuido a Rufino de Aquilea. De 1482 es la versión en catalán antiguo de *La guerra* por Nicolás Spindeler[135] y de 1492, en Sevilla, la primera edición en castellano de la mano de Alonso de Palencia[136] acompañada de los dos libros del *Contra Apión*. En esa misma ciudad, pero en 1532 y reimpresa en 1536[137], se vuelve a editar esta traducción, sólo de *La guerra,* con diversas modificaciones y mejoras en relación con el texto de 1492, siguiendo la edición latina de Rufino de Aquilea revisada por Erasmo.

El siglo XVI español asiste también a la publicación de una de las traducciones más conocidas de esta obra: la del humanista valenciano Juan Martín Cordero (París, 1549)[138], que ha sido reeditada incluso en este siglo. En Barcelona en 1972[139] y en Terrassa en 1988 se ha vuelto a publicar, adap-

---

[135] *VII libres dela iudayca captivitat als Emperadors...*

[136] *Siete libros dela guerra Judayca y delos dos libros contra Appion ... bueltos de latin en Romançe Castellano por el mesmo cronista (Alonso de Palencia).*

[137] *Josepho de belo judayco. Los siete libros que el autentico hystoriador Flavio Josepho escrivio dela guerra que tuvieron los judios con los romanos y la destruycion de Jerusalen hecha por Vespasiano y Tito.*

[138] En 1557 se publica en Madrid con el título *Los siete libros de Flavio Iosefo, los quales contienen las guerras de los Iudios y la destrucion de Hierusalem y d'el Templo; traduzidos agora nuevamente segun la verdad de la historia por Iuan Martin Cordero.*

[139] Existe reimpresión de 1987.

tado, el texto de Martín Cordero[140]. Más reciente es la traducción de J. A. Larraya (Barcelona, 1952), sin introducción y notas, la de E. C. S. J., incluida en la traducción de la obra italiana de J. Ricciotti (Barcelona, 1960), y la de las obras completas de Josefo por L. Farré (Buenos Aires, 1961), donde *La guerra,* sin apenas notas, ocupa el tomo IV. En Méjico, en 1982[141] se ha publicado una traducción de *La guerra de los judíos* con prólogo de S. Marichalar, pero sin citar el traductor original. Aunque en la contraportada se señale que la primera edición es la de Sevilla de 1532, esta obra no tiene nada que ver con ella, sino que, por el contrario, muestra una gran dependencia de la versión de J. A. Larraya, de 1952.

Por tanto, he emprendido la traducción de *La guerra de los judíos* de Flavio Josefo consciente de que me hallo ante una tarea casi pionera. En efecto es ésta la primera versión castellana moderna con introducción, notas e índices, en la línea filológica de la Biblioteca Clásica Gredos. Para ello hemos tomado como base el texto de la edición citada de Niese (Berlín, 1955). No obstante, al principio de cada uno de los siete libros de *La guerra* indicamos en una nota textual los pasajes en que hemos optado por lecturas divergentes, presentes en otros manuscritos o conjeturadas por otros autores. Asimismo, como es costumbre en esta colección, al final de la obra aportamos un índice, que no sólo incluye los nombres propios de persona o de lugar, sino también las personificaciones, los gentilicios y aquellos términos más destacados desde el punto de vista, institucional, histórico y religioso. Completamos nuestro trabajo con un apéndice,

[140] No obstante, esta obra ha sido objeto de diversas reediciones anteriores, como la de 1657, la de 1791 o la de Buenos Aires de 1944.

[141] Se ha reimpreso en 1988.

realizado por Enrique González Alonso, que contiene en este primer volumen un mapa de Palestina en el siglo I d. C., como ayuda para la localización de los topónimos mencionados por Josefo, y tres tablas genealógicas de los reyes seléucidas, de la dinastía de los Asmoneos y de la familia de Herodes con el fin de facilitar el seguimiento del relato histórico previo al desarrollo de la guerra contra Roma. Para el segundo volumen de esta traducción hemos reservado un plano de Jerusalén y de su Templo, que servirá para la localización de todo el escenario de la toma y destrucción de la ciudad por las tropas del emperador Tito.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía sobre Flavio Josefo es enorme e inabarcable, hasta el punto de que existen trabajos específicos dedicados a reseñarla. H. SCHRECKENBERG recoge las ediciones, traducciones y estudios sobre el autor judío desde 1470: *Bibliographie zu Flavius Josephus,* Leiden, 1968, y *Bibliographie zu Flavius Josephus. Supplementum,* Leiden, 1979. Más reciente es la obra de L. H. FELDMAN, *Josephus and Modern Scholarship (1937-1980),* Berlín-Nueva York, 1984, que incluye unos cinco mil libros y artículos sobre Josefo y que ha sido completada con el trabajo del mismo autor, *Josephus. A supplementary bibliography,* Nueva York, 1986, y la de L. H. FELDMAN, G. HATA (eds.), *Josephus, the Bible and History,* Leiden, 1989, donde el comentario de la bibliografía ocupa más de cien páginas.

En este elenco bibliográfico presentaremos una selección breve y selectiva de aquellos títulos que puedan resultar útiles para profundizar en la *Guerra de los judíos* de Josefo, tanto en su aspecto histórico como filológico. No hemos recogido aquí todas las obras, normalmente sobre aspectos puntuales, citadas en las notas de esta Introducción y del propio texto. Nos limitamos a dar referencia de aquellos trabajos sobre cuestiones generales, ya clásicos sobre el tema y que siguen sirviendo de base para la investigación posterior, y de las aportaciones relativamente recientes, estén o no reseñados en las notas. El mismo criterio seguiremos para el caso de las ediciones y traducciones, donde señalaremos únicamente las

últimas publicaciones críticas, las más accesibles y las que ofrecen un mayor interés, mientras que nos remitimos al apartado correspondiente de este Introducción para el resto.

A) Obras generales

F. M. Abel, *Geógraphie de la Palestine*, 2 vols., París, 1933-1938.

H. W. Attridge, «Historiography», en Stone, M. E. (ed.), *Jewish Writings of the Second Temple Period,* Assen-Filadelfia, 1984, págs. 157-184.

J. R. Bartlett, *Jews in the Hellenistic World,* Cambridge, 1985.

E. J. Bickerman, *The Jews in the Greek Age,* Cambridge (Massachusetts)-Londres, 1988.

J. J. Collins, *Between Athens and Jerusalem,* Nueva York, 1986.

R. Doran, «The Jewish Hellenistic Historians before Josephus», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 20.1 (1987), 246-297.

S. Freyne, *Galilee from Alexander the Great to Hadrian, 323 B. C. E. to 135 C. E.*, Notre Dame, 1980.

M. Godman, *The ruling Class of Judaea. The Origins of the Jewish Revolt against Rome A. D. 66-70,* Cambridge,1987.

M. Grant, *The Jews in the Roman World,* Londres, 1973.

—, *Herod the Great*, Nueva York, 1977.

M. Hengel, *Judaism and Hellenism. Studies in their Encounter in Palestine during the early Hellenistic Period,* trad. ingl., Londres-Filadelfia, 1974.

—, *The Zealots. Investigations into the Jewish Freedom Movement in the Period from Herod I until A. D. 70,* Edimburgo, 1989.

A. H. M. Jones, *The Herod of Judaea,* 2.ª ed., Oxford, 1967.

J. Juster, *Les juifs dans l'empire romain, leur condition juridique, économique et sociale,* 2 vols., París, 1914.

A. Momigliano, *Ricerche sull'organizazione della Giudea sotto il dominio romano,* Amsterdam, 1967(= 1934).

J. M. Nieto, «Historia y mito en los últimos historiadores greco-judíos», *Estudios Clásicos* 107 (1995), 23-39.

D. M. Rhoads, *Israel in Revolution, 6-74 c.e. Political History based on the Writings of Josephus,* Filadelfia, 1976.

S. Safrai, M. Stern (eds.), *The Jewish People in the First Century. Historical Geography, political History, social, culture and religious Life and Institutions,* 2 vols., Assen-Amsterdam, 1974-1976.

E. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi = Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, 2 vols., Madrid, 1985.

V. Tcherikover, *Hellenistic Civilisation and the Jews*, Filadelfia, 1961.

B) Ediciones y traducciones

H. Clementz, *Geschichte des Judäischen Kriegs,* 2 vols., Halle, 1990 (=1900).

G. Cornfeld, *The Jewish War,* Grand Rapids, 1982

L. Farré, *Obras completas de Flavio Josefo.* Vol. IV: *La guerra de los judíos,* Buenos Aires, 1961.

R. Harmand, *Guerre des juifs,* en Reinach, T., *Oeuvres complètes de Flavius Josèphe,* vol. V y VI, París, 1911-1922.

J. Hudson, *Flavii Josephi opera quae reperiri potuerunt omnia,* 2 vols., Oxford, 1720.

J. A. G. Larraya, *La guerra de los judíos,* Barcelona, 1952.

O. Michel, O. Bauernfeind, *Flavius Josephus. De bello judaico. Der jüdische Krieg,* 3 vols., Darmstadt-Múnich, 1959-1969.

S. A. Naber, *Flavii Josephi opera omnia.* Vol. V y VI: *Bellum Judaicum,* Leipzig, 1895-1896.

B. Niese, *Flavii Josephi opera.* Vol. VI: *Bellum Judaicum,* Berlín, 1895.

A. Pelletier, *Flavius Josèphe. Guerre des juifs, livres I-V,* 3 vols., París, 1975-1982.

G. Ricciotti, *La guerra giudaica,* 4 vols., Turín, 1937-1963.

P. Savinel, *La guerre des Juifs,* París, 1979.

H. St. J. Thackeray, *Josephus*. Vol. II y III: *The Jewish War*, Londres, 1976-1979 (=1976-1979).
G. Vitucci, *La guerra giudaica*, Milán, 1974 (=1983).
G. A. Williamson, *The Jewish War*, Baltimore, 1959 (reeditada con una nueva introducción, notas y apéndices de E. M. Smallwood en 1981).

C) Léxicos y concordancias

K. H. Rengstorf (ed.), *A complete Concordance to Flavius Josefus*, 4 vols., Leiden, 1973-1983.
A. Schalit, *Namenwörterbuch zu Flavius Josephus*, Leiden, 1968.
H. St. J. Thackeray, M. A. Marcus, *Lexicon to Josephus*, 4 vols. (hasta *emphilochōreîn*), París, 1930-1955.

D) Estudios específicos

N. Belayche, «La prière dans *La guerre des juifs* de Falvius Josèphe», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 22 (1996), 205-220.
O. Betz, K. Haacker, M. Hengel (eds.), *Josephus-Studien. Untersuchungen zu Josephus, dem antiken Judentum und dem Neuen Testament, Otto Michel zum 70. Geburtstag gewidmet*, Gotinga, 1974.
P. Bilde, *Flavius Josephus between Jerusalem and Rome. His Life, Works and their Importance*, Sheffield, 1988.
M. Bohrmann, *Flavius Josèphe, les Zélots et Yahvé: pour une relecture de la Guerre des Juifs*, Berna, 1989.
L. Brottier, «Flavius Josèphe en Galilée: les ambiguités d'une image», *Revue de Philologie* 69 (1995), 75-93.
S. J. D. Cohen, *Josephus in Galilee and Rome. His Vita and Development as a Historian*, Leiden, 1979.
—, «Masada. Literary tradition, archeological remains, and the credibility of Josephus», *Journal of Jewish Studies* 33 (1982), 385-405.

J. Von Destinon, *Die Quellen des Flavius Josephus in der Jüdische Archäologie Bücher XII-XVII = Jüdische Krieg Buch I*, Kiel, 1882.

L. H. Feldman, «Flavius Josephus revisited. The Man, his Writings and his Significance», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 21.2 (1984), 763-862.

—, «Prophets and Prophecy in Josephus», *Journal of Theological Studies* 41 (1990), 386-422.

L. H. Feldman, G. Hata (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, Detroit, 1987.

—, *Josephus, the Bible and History*, Leiden, 1989.

P. Fornaro, *Flavio Giuseppe, Tacito e l'Impero*, Turín, 1980.

M. Hadas-Lebel, *Flavius Josèphe. Le juif de Rome* (= *Flavio Josefo. El judío de Roma*, Barcelona, 1994).

H. Herwerden, «Comentationes Flavianae duae. I. Ad Flavii Josephi Antiquitatis Judaicae decadem alteram eiusque vitam observationes; II. Flavii Josephi Bellum Judaicum ope duorum codicum et conjecturisemendatum», *Mnemosyne* 21 (1893), 225-263.

R. Laqueur, *Der jüdische Historiker Flavius Josephus. Ein biographischer Versuch auf neuer quellenkritischer Grundlage*, Giessen, 1920.

H. Lindner, *Die Geschichtsauffassung des Flavius Josephus im «Bellum Judaicum»*, Leiden, 1972.

H. R. Moehring, «Joseph ben Mattia and Flavius Josephus: the Jewish prophet and Roman historian», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 21.2 (1984), 864-944.

G. M. Paul, «The presentation of Titus in the Jewish War of Josephus: two aspects», *Phoenix* 47 (1993), 56-66.

F. Parente, J. Sievers (eds.), *Josephus and the History of the Greco-Roman Period*, Leiden-Nueva York-Colonia, 1994.

A. Pelletier, *Flavius Josèphe, adaptateur de la Lettre d'Aristée. Une reaction atticisante contre la koiné*, París, 1962.

T. Rajak, *Josephus. The Historian and his Society*, Londres, 1984.

C. Saulnier, «Flavius Josèphe et la propagande flavienne», *Revue Biblique* 96 (1989), 545-562.

G. SCHMIDT, «De Flavii Josephi elocutione observationes criticae», *Jahrbüch für Klassische Philologie,* Suppl. 20 (1894), 341-550.

H. SCHRECKENBERG, H., *Die Flavius-Josephus-Tradition in Antike und Mittelalter,* Leiden, 1972.

—, «Josephus und die christliche Wirkungsgeschichte seines *Bellum Judaicum*», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 21.2 (1984), 1106-1217.

S. SCHWARTZ, *Josephus and Judaean Politics,* Leiden, 1990.

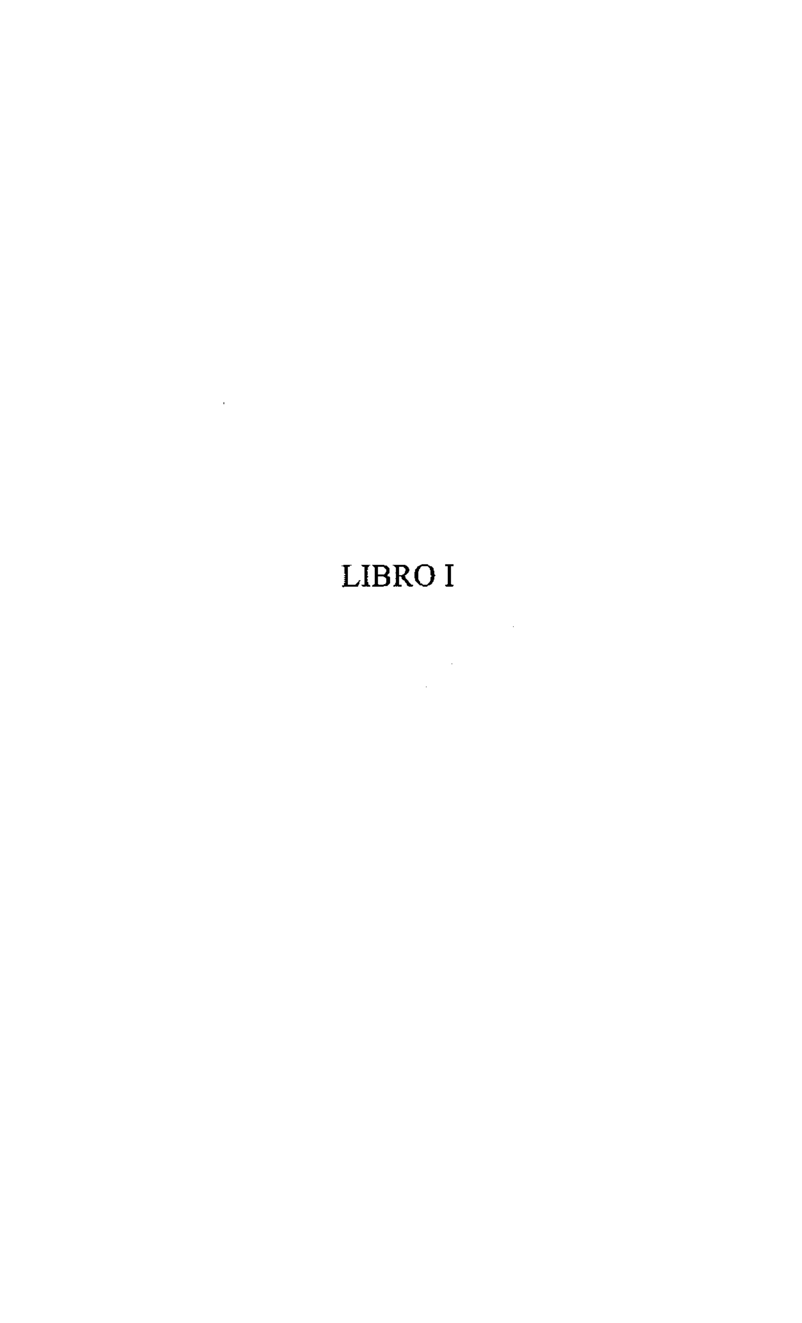
R. J. H. SHUTT, *Studies in Josephus,* Londres, 1961.

H. S. THACKERAY, *Josephus. The Man and the Historian*, Nueva York 1967 (= 1929).

P. VILLALBA I VARNEDA, *The Historical Method of Flavius Josephus,* Leiden, 1986.

D. S. WILLIAMS, *Stylometric authorship studies in Flavius Josephus and related Literature,* Lewiston, 1992.

León-Valladolid, diciembre de 1996



LIBRO I

NOTA TEXTUAL

Edición de Niese[1]	Nuestro texto
47 (23) Ἀκέδασαν	Ἀδασὰν Hudson ex *AJ* XII 408
85 (2) εἶχεν	εἶχεν ⟨ἐν τιμῇ⟩ Hudson ex *AJ* XIII 323
104 (6) διὰ μάχης	δίχα μάχης Destinon ex *AJ* XIII 393, Thackeray
117 (16) οἰκετῶν	οἰκείων Herwerden
217 (1) Σέξτου	Ἀντιστίου *Versio Latina*, Schalit, Thackeray,
392 (5) Βεντίδιος	Κυΐντος Δίδιος Hudson ex Dione Cassio LI 7
454 (5) † ἡδὺ	εἰ δὴ Thackeray
480 (2) τριχῶν	τρυχῶν coni. Niese ex *AJ* XVI 204
664 (20) Ἀντιπάτρου	Ἀντίπα *PAML*[2]
673 (1) ἑβδομήκοντα	διακοσίους *LVRC*, *Versio Latina*, Hegesipo, Thackeray

[1] Citamos el pasaje con el número del párrafo y, entre paréntesis, con el de la línea de la edición de Niese.

SINOPSIS

DESDE LA TOMA DE JERUSALÉN POR ANTÍOCO IV EPÍFANES HASTA LA MUERTE DE HERODES (167 - 4 a. C.)

1. Proemio.– 31. Toma de Jerusalén por Antíoco IV Epífanes.– 36. Matías. Judas. Jonatán y Simón Macabeo.– 54. Juan Hircano.– 70. Aristobulo.– 85. Alejandro Janeo.– 107. La reina Alejandra.– 120. Rivalidad entre Aristobulo e Hircano.– 141. Invasión de Pompeyo.– 160. Revuelta de Alejandro. Gobierno de Gabinio, Craso y Casio.– 183. Julio César y Antípatro.– 195. César interviene en el conflicto entre Antípatro y Antígono. Triunfo de Antípatro.– 204. Herodes, gobernador de Galilea.– 218. Guerra civil en el Imperio. Casio en Siria.– 225. Muerte de Antípatro. Venganza de Herodes.– 242. Embajada judía ante Marco Antonio. Herodes y Fasael, tetrarcas de Judea.– 248. Los partos invaden Siria y reponen en el trono a Antígono.– 265. Huida de Herodes. En Roma el Senado le nombra rey de los judíos.– 286. Antígono ataca Masadá.– 290. Herodes de nuevo en Palestina: Masadá, Jope y Jerusalén.– 303. Campaña de Herodes en Idumea y Galilea.– 323. Muerte de José, hermano de Herodes.– 328. Herodes en Jericó. Asedio de Jerusalén.– 354. Asesinato de Antígono. Intrigas de Cleopatra.– 364. Guerra de Herodes contra los árabes.– 386. Tras la batalla de Acio, Augusto César confirma a Herodes en el trono. Nuevos territorios.– 401. Herodes reconstruye el Templo de Jerusalén. Su actividad benefactora en otras ciudades.– 431. Los dramas de la fa-

milia herodiana.– 445. Intrigas de los hijos de Mariamme. Mediación de Augusto.– 455. Herodes ante Arquelao. Discurso al pueblo.– 467. Maquinaciones dentro de la corte. Rivalidad entre los hijos de Herodes.– 498. Arquelao, artífice de la reconciliación.– 513. Presencia de Euricles en la corte.– 534. El tribunal de Berito. Condena de Aristobulo y Alejandro.– 552. Impopularidad de Antípatro. La descendencia de Herodes.– 567. Conjuración en la corte y en Roma.– 578. Envenenamiento de Ferora. Se descubre la conjura contra Herodes.– 608. Antípatro regresa a Judea.– 620. Juicio de Herodes contra Antipatro.– 645. Herodes enferma y cambia su testamento.– 648. El suceso del águila de oro del Templo.– 656. Se agrava la enfermedad de Herodes. Ejecución de Antípatro.– 665. Muerte de Herodes. Arquelao es proclamado rey.

Proemio[2]

La guerra que los judíos han llevado a 1
cabo contra los romanos no sólo es la mayor de las que ha habido entre nosotros, sino casi también de todas las que nos han contado que han ocurrido entre las ciudades o los pueblos. Unos escriben de forma retórica sobre los acontecimientos sin haber estado presentes en ellos, sino basándose en los hechos fortuitos y discordantes que han oído.
Otros, en cambio, por adulación hacia los romanos o por 2
odio a los judíos falsifican la historia, y así sus escritos presentan en unos casos ataques y en otros elogios, pero nunca
la exactitud histórica. Por este motivo he decidido relatar 3
con detalle, en lengua griega, a los habitantes del Imperio romano lo que antes había escrito en mi lengua materna[3] para los bárbaros de las regiones superiores[4]; yo, Josefo[5],

[2] Todo este Proemio se inspira, hasta en la repetición de algunos vocablos, en el discurso con el que Tucídides inicia su *Historia*.

[3] La lengua materna de Josefo no era el hebreo, sino el arameo hablado en esta época por los judíos de Palestina, Siria y Mesopotamia. Sobre los problemas de esta hipotética traducción al griego puede consultarse el apartado 3 de la Introducción.

[4] Son los judíos de Mesopotamia, que volverá a mencionar en I 6; cf. J. Neusner, «The Jews East of the Euphrates and the Roman Empire I. 1st - 3rd centuries A.D.», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 9.1, 1978, págs. 46-49.

[5] Aunque aquí se aluda sólo a su origen judío, sin embargo el verdadero nombre de nuestro autor será el de Tito Flavio Josefo, pues al ser libe-

hijo de Matías, sacerdote de Jerusalén, de raza hebrea[6], que en un principio he luchado en persona contra los romanos y que por necesidad me he visto obligado a intervenir en los acontecimientos posteriores[7].

4 Cuando se produjo este conflicto, que como acabo de decir fue muy importante, la situación interna de Roma estaba en un mal momento[8], mientras que, entonces, entre los judíos el deseo de revolución, que estaba en plenitud de fuerzas y de medios económicos, se acrecentaba con estas circunstancias confusas. Como consecuencia de esta situación extrema, los judíos deseaban conquistar el Oriente y
5 los romanos temían perderlo. En efecto, los judíos tenían la esperanza de que todos los habitantes del otro lado del Éufrates, que también eran de su raza, se alzasen con ellos, mientras que a los romanos les molestaban sus vecinos los galos[9] y la región celta[10] estaba inquieta. Después de Nerón todo eran discordias, a muchos les seducía la ocasión de

---

rado por Vespasiano (Tito Flavio Vespasiano), recibió, entre otras prebendas, la ciudadanía romana, según se detalla en *Autobiografía* 422-425.

[6] *Autobiografía* 1 detalla la genealogía de Flavio Josefo, de origen sacerdotal por vía paterna y real por la materna, ya que se presenta como descendiente de la dinastía judía legítima de los Asmoneos.

[7] En este Proemio, Flavio Josefo expone su definición de historiador y el método histórico que ha seguido. A pesar de los deseos de objetividad son varias las reglas de la historiografía incumplidas en el relato de esta guerra contra Roma. Sobre este tema puede consultarse el apartado 5. de la Introducción y, sobre todo, la obra de P. Villalba, *The Historical...*, págs. 242-272.

[8] El Imperio Romano no estaba en un «mal momento» en el año 66 d. C., cuando empezó la guerra de los judíos. Hasta la muerte de Nerón, en el 68, no se produce ninguna desestabilización interna.

[9] Los galos, con el gobernador Víndex a la cabeza, se alzaron contra Nerón. Josefo volverá a mencionar este hecho en IV 440.

[10] Se trata de la Germania, donde se produjo la sublevación de los bátavos con Civilis en el 69 d. C. (cf. VII 75).

apoderarse del Imperio, y el ejército deseaba un cambio para así obtener alguna ganancia. Creí que no era lógico adul- 6
terar la verdad en acontecimientos de tal envergadura, y que los partos, los babilonios, los árabes más lejanos, nuestros congéneres del otro lado del Éufrates y los adiabenos[11], conocieran con exactitud a través de mi obra cómo empezó la guerra, las desgracias que provocó y cómo llegó a su fin, y que, en cambio, los griegos y los romanos que no han participado en el conflicto bélico lo ignorasen, pues sólo han tenido acceso a obras aduladoras o falsas[12].

Pues bien, se atreven a darles el nombre de historias a 7
estos escritos en los que me parece que no consiguen su propósito, además de que no cuentan nada verdadero. Al querer demostrar que los romanos son grandes, relegan siempre a los judíos y los humillan. Realmente no sé cómo 8
podrían parecer grandes los que han vencido a pequeños. No prestan atención a la duración de la guerra, ni a la cantidad de soldados romanos que perecieron en ella, ni a la grandeza de los generales que tanto se esforzaron en torno a Jerusalén y, creo, que al despreciar su buena actuación se les está quitando gloria.

Yo, por mi parte, he decidido no acrecentar los asuntos 9
concernientes a mi pueblo para así no rivalizar con los que ensalzan a los romanos, sino que voy a relatar los hechos de

---

[11] Según cuenta el propio Josefo en sus *Antigüedades* XX 17-52, los adiabenos, que habitaban la región superior del río Tigris, se habían convertido al judaísmo y su familia real había aceptado la circuncisión. Este pueblo, situado entre los partos y el Imperio Romano, tenía una gran importancia desde el punto de vista estratégico; cf. J. NEUSNER, «The conversion of Adiabene to Judaism. A new perspective», *Journal of Biblical Literature* 83 (1964), 60-66.

[12] Desafortunadamente no nos ha llegado ninguna de estas otras historias de la guerra, pues en la práctica sólo conocemos el nombre de Justo de Tiberíades y su polémica con Josefo; cf. el apartado 4 de la Introducción.

ambos bandos con exactitud. Expongo mi opinión sobre los acontecimientos según el desarrollo de los mismos y dejo que mis propios sentimientos expresen sus lamentos por las
10 desgracias de mi patria. El emperador Tito César es testigo de que a mi nación la ha destruido una lucha interna, de que los tiranos judíos[13] son los que han traído a la fuerza las manos de los romanos y el fuego contra el santo Templo. Este mismo personaje, precisamente el que lo ha saqueado, se ha apiadado a lo largo de toda la guerra del pueblo que tenían vigilado los revolucionarios, y muchas veces aplazó voluntariamente la toma de la ciudad y durante el asedio dio
11 tiempo para que los responsables se arrepintieran[14]. Si alguien viera que no actúo con verdad al hablar contra los tiranos o contra su actividad de bandidos[15] o al lamentarme por las desgracias de mi pueblo, ruego que me perdone, aunque no siga las normas de la historiografía[16]. Pues de todas las ciudades que estuvieron bajo el poder de Roma, la nuestra llegó al más alto grado de felicidad y, a la vez, a la
12 más dolorosa de las desgracias. Cuando se comparan las calamidades que todos los pueblos han tenido a lo largo de la

[13] Estos «tiranos» son los jefes de los grupos judíos que empujaron al pueblo a la revuelta contra Roma, fundamentalmente los zelotes. Según nuestro autor fue sólo una minoría la culpable de todo el enfrentamiento entre judíos y romanos.

[14] Como veremos más adelante nuestro autor intentará en todo momento disculpar a Roma por su actuación en Palestina. Precisamente el emperador Tito será el principal punto de atención de Josefo, por su valor como general y por su compasión como hombre.

[15] A esos «tiranos» los va a calificar a lo largo de toda la obra de «ladrones», «bandidos», «malhechores», etc...

[16] Uno de los principios de la historiografía es el de evitar expresar los sentimientos personales (así aparece expuesto en V 20), si bien poco más arriba, I 9, Josefo ya ha dejado claro que va a exponer su «opinión» sobre los acontecimientos y va a dejar que sus propios sentimientos «expresen sus lamentos» por ellos.

historia con las de los judíos, aquéllas me parecen inferiores. Además, el causante de ellas no ha sido una persona ajena a nuestra raza, de modo que no me es posible poner fin a mis llantos. Y si el que juzga mis escritos fuera demasiado insensible para compadecerse, que atribuya los acontecimientos a la historia y los lamentos al escritor.

Pues bien, yo mismo también criticaría con razón a los 13
griegos eruditos[17] que, a pesar de que en su época han sucedido eventos tan importantes que, en comparación, las guerras pasadas parecen sin importancia, sin embargo se convierten en jueces y ofenden a los que se dedican a contar este tipo de acontecimientos. Y aunque les superan en estilo, son inferiores, en cambio, en su propósito. Ellos escriben las historias de los asirios y medos, como si los autores antiguos
no las hubieran relatado correctamente. Y, por otra parte, 14
los historiadores modernos también son inferiores a aquéllos tanto en su habilidad de escribir como en su razonamiento de los hechos. Pues cada uno de ellos se dedicaba a escribir sobre la realidad contemporánea, y el haber estado presente en ella proporcionaba una información clara y constituía una vergüenza mentir ante personas que conocían lo
ocurrido. En efecto, es digno de elogio y de alabanza ofre- 15
cer a la memoria los hechos no conocidos y transmitir a los que vengan después los sucesos de su propia época. Una persona laboriosa no es la que cambia una organización y un plan ajenos, sino la que, además de relatar algo nuevo,

[17] Se trata de historiadores y otros escritores griegos que han hablado de los judíos, como Pitágoras de Samos, Teofrasto, Heródoto, Clearco, Hecateo de Abdera, Agatárquides, Teófilo, Teódoto, Mnáseas, Aristófanes, Hermógenes, Evémero, Conón y Zopinión, mencionados por Josefo en *Contra Apión* I 161-218. Según él estos escritores se han equivocado al relatar la historia remota del pueblo de Israel, ya que no han consultado los libros sagrados judíos.

compone de una forma particular toda una obra de historia.

16 Yo, que soy extranjero[18], ofrezco a los griegos y romanos, con unos gastos y unas fatigas muy grandes, el recuerdo de acontecimientos dichosos. Los griegos genuinos, cuando se trata de ganancias y de juicios, tienen inmediatamente la boca abierta y la lengua suelta, mientras que cuando se trata de la historia, donde es necesario decir la verdad y relatar con mucho esfuerzo todo lo que ha pasado, se callan y dejan en manos de gente mediocre y poco entendida la tarea de escribir sobre las hazañas de sus gobernantes. Sea, pues, honrada entre nosotros la verdad de la historia, ya que entre los griegos no se le presta atención.

17 Creí que ahora no era el momento oportuno de contar la historia antigua de los judíos[19], quiénes eran, cómo se libraron de los egipcios, a qué regiones llegaron en su errante existencia, en cuántas se asentaron y cómo emigraron de ellas. Y, por otra parte, es algo inútil, puesto que muchos judíos antes que yo han escrito de una forma rigurosa la historia de nuestros antepasados[20], y algunos griegos, al traducirla a su lengua materna, no se han apartado mucho de la verdad[21].

---

[18] En los textos judíos en lengua griega *allóphylos*, «extranjero», es el término utilizado para denominar a los no judíos *(goyim* en hebreo). Sin embargo, en esta obra de Josefo el vocablo tiene un significado diferente, ya que nuestro autor escribe desde el punto de vista romano, por lo que, a pesar de ser judío, es extranjero en Roma.

[19] Más tarde, en el año 93-94, Josefo escribirá sus *Antigüedades judías,* una auténtica historia universal del judaísmo, desde la creación del mundo hasta casi la época contemporánea.

[20] En efecto, son numerosos los historiadores judeo-helenísticos que expusieron en griego la historia pasada de los hebreos: Demetrio, Eupólemo, Cleódemo, Filón el Viejo, Malco, Teódoto, etc... Sus *Antigüedades judías* no son sino una obra que se inscribe en esta saga arqueológica e histórica.

[21] Para Josefo la mayor parte de los autores griegos que han escrito sobre los judíos se han equivocado en sus relatos, si bien hay algunos,

Voy a dar inicio a mi obra en el punto en que lo dejaron 18
estos historiadores y nuestros profetas. Trataré con más detalle y con el mayor esmero que pueda lo concerniente a la guerra de mi época y, en cambio, haré un breve repaso de los sucesos anteriores a mí.

Hablaré de cómo Antíoco, llamado Epífanes, tomó a la 19
fuerza Jerusalén y cómo, después de conservarla durante tres años y seis meses, fue expulsado de ella por los hijos de Asmoneo. Después, cómo sus descendientes, al disputarse el reino, arrastraron a los romanos y a Pompeyo a intervenir en el asunto; cómo Herodes, el hijo de Antípatro, acabó con
la dinastía con la ayuda de Sosio; cómo el pueblo, después 20
de la muerte de Herodes, se sublevó, cuando Augusto era el emperador de los romanos y Quintilio Varo estaba en Jerusalén. También contaré que en el duodécimo año del principado de Nerón estalló la guerra, lo que ocurrió con Cestio y lo que obtuvieron los judíos con las armas en los primeros
ataques. Relataré cómo fortificaron las ciudades vecinas, 21
cómo Nerón, que temía por el Imperio tras la derrota de Cestio, puso a Vespasiano al frente de la guerra, y cómo éste, con el mayor de sus hijos, llegó al territorio judío; con qué ejército romano y cuántos aliados se extendió por toda Galilea, y cómo aquí tomó algunas de sus ciudades totalmente a la fuerza y otras a través de un acuerdo.

En este punto también expondré lo relativo a la discipli- 22
na de los romanos en las guerras y el entrenamiento de sus legiones, la extensión y naturaleza de las dos Galileas[22] y las fronteras de Judea, además de la particularidad de la re-

---

como Demetrio Falereo, Filón el Viejo y Eupólemo, que son la excepción. Sin embargo aquí hay un error, pues Filón el Viejo y Eupólemo son escritores judíos, no griegos; cf. *Contra Apión* I 218.

[22] La Galilea Superior y la Galilea Inferior. Una descripción de estas regiones aparece en III 35-43.

gión, los lagos y fuentes que hay en ella, y contaré con precisión los sufrimientos de los que fueron capturados en cada ciudad, ya que yo mismo lo he visto o padecido. No ocultaré ninguno de mis padecimientos, dado que se lo voy a contar a personas que los conocen[23].

23 Después recordaré cómo murió Nerón, cuando los asuntos judíos se hallaban ya en una mala situación, y cómo Vespasiano, que entonces se dirigía a Jerusalén, tuvo que desistir de su propósito por su elección imperial; las señales que éste tuvo sobre el asunto y las revueltas que se produjeron
24 en Roma; cómo él mismo fue proclamado emperador por los soldados en contra de su voluntad y que, cuando fue a Egipto para poner orden en el Imperio, comenzaron los conflictos internos en Judea, cómo regresaron al poder los tíra-
25 nos y los desacuerdos que hubo entre ellos. A continuación contaré cómo Tito desde Egipto invadió por segunda vez Judea, cómo, dónde y qué cantidad de soldados reunió; cómo estaba la ciudad a causa de las luchas internas cuando él estaba allí, cuántos ataques realizó, cuántos terraplenes; hablaré de los perímetros de las tres murallas y sus medidas, de la fortificación de la ciudad y la disposición del santuario
26 y del Templo; de todas sus dimensiones exactas y las del altar, de algunas costumbres de las fiestas, de los siete grados de purificación[24] y de las funciones de los sacerdotes,

---

[23] Éste es el reto que Josefo se propone al escribir esta obra. Nuestro autor quiere dar una lección a determinados historiadores griegos que han preferido escribir la historia antigua a la contemporánea; él opta por el auténtico trabajo histórico no por una mera compilación de relatos de hechos pasados.

[24] Estos siete grados se refieren a los diferentes niveles que hay que superar para acceder al santuario, dentro de un ritual de purificación, desde la periferia de la ciudad: la colina del Templo, el atrio de los gentiles, el recinto de las mujeres, el de los hombres y el de los sacerdotes. Josefo tratará este tema en V 227 ss. y en el *Contra Apión* II 103-104; cf. el co-

de sus vestimentas y de las del sumo sacerdote, y cómo era la parte más sagrada del Templo[25], sin ocultar ni añadir nada a lo que ya se conoce[26]. Luego me referiré a la crueldad 27
de los tiranos para con los de su propia raza y a la clemencia de los romanos con los extranjeros y a las veces que Tito, por deseo de salvar a la ciudad y al Templo, convocó a los sublevados para hacer las paces. Destacaré los sufrimientos y las desgracias de mi pueblo, cuánto se vieron obligados a padecer por la guerra, las luchas internas y el hambre. No 28
pasaré por alto los infortunios de los desertores ni los castigos de los prisioneros de guerra, cómo fue incendiado el Templo contra la voluntad de César[27], cuántos bienes del Templo fueron destruidos por el fuego, la toma de la ciudad así como las señales y los signos que la precedieron, el apresamiento de los tiranos, el número de personas que fueron reducidas a la esclavitud y la suerte que obtuvo cada uno de ellos. Contaré cómo los romanos han llegado hasta el final 29
en esta guerra y han destruido totalmente todas las fortificaciones, y cómo Tito llegó y puso orden en toda la región, su regreso a Italia y su triunfo.

---

mentario de REINACH a la traducción de este pasaje y SCHÜRER, *Historia...* II, págs. 378-380.

[25] Es el *Sancta Sanctorum*, ese lugar del Templo donde sólo tenían permitida la entrada los sacerdotes. Por ello Josefo no llegará a describirlo, sino que únicamente dará sus dimensiones (cf. V 219).

[26] Lo que había dentro «ya era conocido», porque Antíoco IV Epífanes había saqueado el Templo y profanado sus partes más sagradas. Después de él son muchos los extranjeros que han entrado en el templo para descubrir sus secretos, tales como Antíoco el Piadoso, Pompeyo, Licinio Craso y Tito; cf. *Contra Apión* II 80-83.

[27] De nuevo Josefo insiste en la buena disposición del emperador Tito para con los judíos y trata de exculparle de toda responsabilidad en el desastre final.

30 He escrito todos estos acontecimientos en siete libros para los que aman la verdad, no por placer. Y lo he hecho sin dar ocasión a los que conocen los hechos o han estado presentes en la guerra para que me critiquen o acusen. Daré comienzo a mi narración por los acontecimientos que he citado en primer lugar en este sumario de los capítulos.

Toma de Jerusalén por Antíoco IV Epífanes

31 Cuando se hallaban en discordia los más poderosos de los judíos, Onías[28], uno de los sumos sacerdotes, consiguió imponerse y expulsó de la ciudad a los hijos de Tobías[29], en el mismo momento[30] en que Antíoco, llamado Epífanes, luchaba contra Ptolomeo VI por

[28] Seguramente aluda al sumo sacerdote Onías IV, hijo de Onías III. En VII 421-436 y *Antigüedades* XII 387 y XIII 62-73 se cuenta la historia de la fundación de un templo en Leontópolis, Egipto, por parte de este personaje y su destrucción en el año 73 d. C. Ptolomeo Filométor y la reina Cleopatra permitieron erigir el templo, que se basaba en una profecía de Isaías (*Isaías* XIX 19), para facilitar el desarrollo del culto a los judíos que habitaban la zona. Esta colonia de hebreos recibirá más adelante (I 190) el nombre de «territorio de Onías»; cf. H. DEL COR. «Le temple d'Onias in Égypte, réexamen d'un vieux problème», *Revue Biblique* 75 (1968), 188-205.

[29] Josefo no desarrolla el relato de los conflictos internos que provocaron el advenimiento de la dominación extranjera. *Antigüedades* XII 237 cuenta las discordias que surgieron a la muerte de Onías. Sus dos hermanos, Jesús (Jasón) y Onías (Menelao), se enfrentaron por el sumo sacerdocio. El pueblo también se dividió: los hijos de Tobías, unos de los más destacados defensores de la alianza con los griegos (cf. *I Macabeos* 1, 11), se pusieron de parte de Menelao y tuvieron que refugiarse en tierra de Antíoco ante la imposición de Jasón. La familia aristocrática de los Tobíadas, que tuvo una gran influencia en Judea desde el siglo V al II a. C., destacó en la época de Antíoco IV Epífanes como un grupo filohelenista muy radical.

[30] Concretamente el año 171 a. C. El relato sobre la toma y el saqueo de Jerusalén por parte de Antíoco IV será expuesto también por Josefo en sus *Antigüedades* XII 237-256.

la Celesiria. Entre ellos había una rivalidad por el poder,
pues ningún noble soporta someterse a uno de su misma 32
clase. Los vástagos de Tobías recurrieron a Antíoco y le pi-
dieron que les tomase a ellos como guías para invadir Judea.
El rey, que ya estaba dispuesto a ello desde hacía tiempo, se
dejó convencer y con un ejército muy grande él mismo to-
mó a la fuerza la ciudad y mató a un gran número de los par-
tidarios de Ptolomeo. Dejó libertad a sus soldados para que
hicieran pillaje y él, en persona, saqueó el Templo y prohi-
bió durante tres años y seis meses los sacrificios perpetuos 33
que tenían lugar todos los días[31]. El sumo sacerdote Onías, que
huyó a refugiarse ante Ptolomeo, recibió de éste un lugar en
la región de Heliópolis, donde fundó una pequeña ciudad y
levantó un templo similares a la ciudad y al Templo de Je- 34
rusalén. Sobre ello hablaremos en otro momento[32]. Sin em-
bargo, para Antíoco no era suficiente ni el haber conquista-
do la ciudad, sin esperarlo, ni los saqueos ni tantas muertes.
Y así, por no poder dominar sus pasiones y por el recuerdo
de lo que había padecido en el asedio de la ciudad, obligó a
los judíos a incumplir sus costumbres patrias, a no circunci-
dar a sus hijos y a sacrificar cerdos en el altar. 35

Todos desobedecieron estas normas, y las personas más notables fueron degolladas. Báquidas[33], que había sido en-

---

[31] En el año 65 a. C. se restablecieron estos sacrificios perpetuos, que tenían lugar de forma continua por la mañana y por la tarde (cf. *I Crónicas* 15; 40; *II Crónicas* 8, 11, y 31, 3). El término griego utilizado aquí, *enagismós,* es el equivalente al latino *parentatio,* ofrenda a los Manes de los difuntos. A juicio de Pelletier, en su comentario *ad loc.*, nos hallamos aquí ante el primer ejemplo de *enagismós,* habitual en el vocabulario pagano, para referirse a los sacrificios judíos.

[32] Cf. VII 421-436.

[33] Báquidas no fue enviado por Antíoco IV Epífanes, sino por Demetrio I; cf. *Antigüedades* XII 393 y *I Macabeos* 7, 8. En *Antigüedades* XII 270 a este individuo se le llama Apeles, mientras que en *I Macabeos* 2, 15

viado por Antíoco como jefe de la guarnición, asumió con su natural crueldad las impías órdenes y no permitió ningún exceso en el incumplimiento de la ley. Uno a uno atormentaba a los hombres más importantes y públicamente hacía ver a todos cada día la conquista de la ciudad, hasta que la exageración de sus ofensas hizo que la gente oprimida se atreviera a enfrentarse a él.

Matías, Judas, Jonatán y Simón Macabeo

36 Matías[34], hijo de Asmoneo[35] y uno de los sacerdotes de la aldea llamada Modín[36], acompañado por individuos de su familia, pues tenía cinco hijos, se levantó en armas y mató a Báquidas. Si bien, por temor al gran número de guarniciones enemigas, huyó in-
37 mediatamente a las montañas[37]. Lleno de valor porque se le habían unido muchas personas del pueblo, bajó de allí y entabló una batalla en la que venció a los generales de Antíoco y los expulsó de Judea. Alcanzó el poder por este éxito y gobernó con el beneplácito de los suyos por haberles librado de los extranjeros. Cuando murió, dejó el mando a Judas, el mayor de sus hijos[38].

---

y 25, al relatar este hecho, se habla de los oficiales del rey, sin dar ningún nombre concreto.

[34] Matías o Matatías, padre de los cinco hermanos Macabeos; cf. *I Macabeos* 2, 1-5.

[35] Es el antepasado de los Macabeos o Asmoneos de quien procede el nombre de la dinastía que reinó en Palestina desde el 161 al 37 a. C.

[36] Villa asmonea de Judea, a 12 Km al este de Lida. Su fama procede del hecho de haber sido la patria de Matías, padre de los Macabeos, y el lugar de su sepultura; cf. *I Macabeos* 2, 1, 15, 23, 70; 13, 25.

[37] En *Antigüedades* XII 272 Matías huyó al desierto, en lugar de a las montañas como aquí.

[38] Según *I Macabeos* 2, 4 Judas no era el mayor, sino el tercero de los cinco hijos.

Éste último, al sospechar que Antíoco no iba a permanecer tranquilo, reunió un ejército formado por soldados del país y fue el primero que hizo un acuerdo de amistad con los romanos[39]. De esta forma rechazó con un duro ataque a Epífanes, que de nuevo había penetrado en Judea[40]. Animado por este triunfo se dirigió contra la guarnición de la ciudad, pues aún no había sido aniquilada. Hizo bajar de la parte alta de la ciudad a los soldados y los reunió en la parte baja, que se llama Acra[41]. Se adueñó del Templo, purificó todo el lugar y lo amuralló, dispuso nuevos utensilios para el culto y los llevó al santuario, pues los que había antes estaban profanados, construyó otro altar y dio comienzo a los sacrificios[42]. 38 39

Cuando la ciudad acababa de recobrar sus funciones sagradas, murió Antíoco y se convirtió en heredero de su reino y del odio contra los judíos su hijo Antíoco[43]. Éste reunió cincuenta mil soldados de infantería, unos cinco mil 40 41

[39] Es un anacronismo, pues este tratado tuvo lugar con Demetrio I (162-150 a. C.), no con Antíoco IV Epífanes; cf. *I Macabeos* 8, 30-32.

[40] Siguiendo ese relato de *I Macabeos* 8, 30-32 la invasión la llevaron a cabo los generales de Antíoco Gorgias y Lisias.

[41] Es la ciudadela de la gran colina occidental, que había sido construida en época de Antíoco IV Epífanes y de la que se habla en *I Macabeos* 1, 33.

[42] En recuerdo de esta nueva consagración del Templo, después de haber sido profanado por Antíoco IV Epífanes (cf. I 32), los judíos celebrarán la fiesta de la Dedicación del Templo, la *Ḥanukka*, durante ocho días, a partir del 25 del mes de Kislev, entre noviembre y diciembre. En *Antigüedades* XII 326 Josefo llama a esta celebración «fiesta de las luces», ya que cada uno de los ocho días del festejo se enciende una nueva lámpara en el candelabro que alude al prodigio ocurrido a Judas Macabeo cuando intentó encender la lámpara del santuario y no encontró más que unas gotas de aceite, que, sin embargo, permitieron mantener el fuego durante ocho días enteros.

[43] Antíoco V Eupátor.

jinetes, ochenta elefantes[44] y penetró a través de Judea en la región montañosa[45]. Así pues, se apoderó de la aldea de Betsur[46] y Judas le salió al encuentro con su ejército en un
42 lugar llamado Betzacaría[47], donde el paso es estrecho. Antes de que las tropas entrasen en combate, su hermano Eleazar al ver el elefante más grande, que iba adornado con una gran torre y con parapetos dorados, y al sospechar que Antíoco estaba montado en él, salió corriendo a toda prisa desde sus tropas, se abrió paso entre el ejército enemigo y llegó
43 hasta el elefante. Sin embargo, a causa de la altura no le fue posible alcanzar a aquel que pensaba que era el rey, sino que golpeó al animal debajo del vientre y le hizo caer encima de él mismo. Así murió aplastado, de modo que, al preferir la gloria antes que la vida, no logró nada más que el in-
44 tento de una gran hazaña. En realidad, el que conducía el elefante era persona corriente, y en el caso de que hubiera sido Antíoco, Eleazar no hubiera obtenido otra cosa sino el parecer que había querido la muerte por la única esperanza
45 de una acción brillante. Esto fue para su hermano un presagio de lo que iba a pasar en todo el combate. Pues los judíos lucharon con fuerza durante mucho tiempo, si bien el ejército real, que era superior en cantidad y al que además acom-

---

[44] Las cifras varían en *Antigüedades* XII 366, donde se habla de cien mil infantes, veinte mil jinetes y treinta y dos elefantes. En *I Macabeos* 6, 28-47 se da otra versión de esta historia de Judas Macabeo y la batalla de los elefantes.

[45] Los hechos narrados en los párrafos 41 a 46 se repiten en *Antigüedades* XII 362-388, con diversas variaciones.

[46] Población de la zona montañosa de Judea, en la ruta entre Jerusalén y Hebrón; cf. F. M. Abel, *Géographie de la Palestine*, París, 1933-1938, II, pág. 283.

[47] Localidad a 15 kilómetrtos de Hebrón, en la ruta hacia Jerusalén, actualmente Bet Sakarige; cf. *I Macabeos* 6, 28-47.

pañaba la buena suerte[48], obtuvo la victoria. Allí murieron muchos, y Judas huyó con los que quedaban al distrito de Gofna[49]. Antíoco fue a Jerusalén y, tras permanecer en ella 46
unos días, se retiró a causa de la falta de provisiones. Allí dejó la guarnición que consideró suficiente, y llevó el resto del ejército a pasar el invierno a Siria.

Ante la retirada del rey, Judas no permaneció sin hacer 47
nada, sino que con los que se le habían unido del pueblo y con los que habían sobrevivido a la guerra luchó contra los generales de Antíoco cerca de la aldea de Adasa. Él murió en la batalla, no sin antes luchar como el mejor y matar a muchos enemigos. Pocos días después su hermano Juan también acabó su vida a causa de las maquinaciones de los partidarios de Antíoco[50].

Le sucedió su hermano Jonatán, quien además de tomar 48
precauciones con relación a la población local, reforzó su poder a través de un acuerdo de amistad con los romanos y se reconcilió con el hijo de Antíoco[51]. Pero esto no fue suficiente para su propia seguridad. El tirano Trifón, tutor del 49
hijo de Antíoco, que había conspirado ya antes contra él,

---

[48] Sobre el tema de la suerte y el destino en la obra de Josefo, *vid.* el apartado 5. de la Introducción.

[49] Gofna, al norte de Jerusalén, es una de las once divisiones administrativas de Judea, que se describirán con detalle en III 55.

[50] Las variantes de estos acontecimientos son llamativas en relación, no sólo a *Antigüedades* XII 422, sino también a *I Macabeos* 7, 39-50, y 9, 5: Judas no murió en la batalla de Edasa, sino en Elasa o en Berzet, mientras que aquí, en Edasa, cayó Nicanor, general de Demetrio.

[51] Sabemos por *I Macabeos* 11, 57, y 12, 1-4, y por *Antigüedades* XIII, en especial 145 y 187-192, que Jonatán hizo un pacto con los romanos y con otras personalidades, si bien no está muy claro a quien se refiere con este «hijo de Antíoco». Lo más probable es que se trate de Antíoco VI Dioniso, hijo de Alejandro Balas, lo que indica que Josefo ha confundido a Antíoco VI con Antíoco V, que sí era hijo de un Antioco, concretamente Antíoco IV Epífanes.

intentaba apartar a Antíoco de sus amigos. Y así, detuvo
con engaños a Jonatán cuando vino con unos pocos hom-
bres a Ptolemaida[52] a ver a Antíoco y, tras encarcelarlo, se
dirigió con el ejército contra Judea. Ahora bien, Trifón ex-
pulsado de allí por Simón, hermano de Jonatán, e irritado
por esta derrota, acabó con la vida de Jonatán.

50 Simón[53], que dirigía los asuntos de forma enérgica, to-
mó las ciudades próximas de Gazara, Jope y Jamnia[54] y
destruyó la ciudadela[55], una vez que consiguió tomar su
guarnición. Después se hizo aliado de Antíoco[56] contra Tri-
fón, a quien asediaba en Dora[57] antes de emprender la expe-
51 dición militar contra los medos. Pero aunque le ayudó a
matar a Trifón, no consiguió acabar con la codicia del rey.

---

[52] Ciudad costera en el límite occidental de Galilea, que más tarde será llamada San Juan de Acre. Ptolomeo II dio su nombre a una localidad, conocida antes como Acca, y la convirtió en uno de los puntos más importantes de la costa fenicia. El emperador Claudio le concederá el título de colonia; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, págs. 170-179.

[53] El período de Simón Macabeo se incluye también en *Antigüedades* XIII 225-227.

[54] Gazara estaba en las estribaciones de los montes de Judá, hacia la costa de Jamnia, al sur de Jope. Esta ciudad se convertirá en la residencia oficial de Juan Hircano, según leemos en *I Macabeos* 16 1, 19 ó 21. Jope es actualmente el puerto de Tel-Aviv, a 52 kilómetros al sur de Cesarea. Perdió su importancia costera con la construcción de Cesarea Marítima; cf. ABEL, *Géographie...*, II, págs. 355 ss. Con esta ciudad se relacionaba la leyenda de Andrómeda, como el propio Josefo relatará en III 420 ss. Jamnia es la bíblica Yabneel (*Josué* 15, 11), famosa por su importante puerto en la costa palestina, al sur de Jope (cf. ESTRABÓN, V 15, 2, y PLINIO, *Historia natural* V 86).

[55] Se trata del Acra de Jerusalén mencionado en I 39.

[56] Antíoco VII Sidetes, hijo de Demetrio II.

[57] En la costa mediterránea, al norte de Cesarea Marítima, a quien cedió uno de los primeros puestos en importancia portuaria. Pompeyo la incorporó directamente a la provincia de Siria; cf. ABEL, *Géographie...*, II, pág. 308.

No mucho después Antíoco envió a su general Cendebeo con tropas para devastar Judea y esclavizar a Simón. Pero 52
éste, aunque era anciano, dirigía la guerra como si fuera joven. Envió delante a sus hijos con los hombres más valientes y él mismo con una parte del ejército atacó por otra parte.
Venció en todos los ataques, pues había colocado previa- 53
mente emboscadas en diversos lugares, incluso en las montañas. Tras su brillante triunfo en esta batalla fue nombrado sumo sacerdote y liberó a los judíos de la dominación de los macedonios[58] que había durado ciento setenta años[59].

Juan Hircano

Simón murió en un banquete por la 54
conspiración de su yerno Ptolomeo, que había encerrado a la mujer de éste y a sus dos hijos y enviado algunos hombres para matar a Juan, el tercero de los hijos, lla-
mado Hircano[60]. El joven, cuando se enteró de su llegada, 55
se apresuró en ir a la ciudad, pues tenía una gran confianza en el pueblo por el buen recuerdo que conservaba de los éxitos de su padre y el odio contra la injusticia de Ptolomeo. Sin embargo, este último intentó entrar por otra puerta, pero se lo impidió el pueblo que rápidamente había aceptado a
Hircano. Ptolomeo enseguida se retiró a una de las fortifi- 56

---

[58] Los macedonios, es decir, los ejércitos de Alejandro Magno habían inaugurado la dominación griega de Jerusalén desde el 332 a. C., veinte años antes de la era seléucida. Por tanto esta dominación no había durado «ciento setenta años», sino «ciento noventa».

[59] Esta referencia cronológica se corresponde con la llamada «era seléucida», que empezaba el 1 de octubre del 312 a. C. , salvo en Babilonia que lo hacía en abril de ese mismo año. Por ello este año, el 142 a. C., es el de la liberación de Israel del yugo griego, y también constituye el inicio de una era propia de los judíos con su independencia nacional; cf. *I Macabeos* 13, 41-42, y *Antigüedades* XIII 213.

[60] Cf. *I Macabeos* 16, 16.

caciones, llamada Dagón, que hay más allá de Jericó[61]. Por su parte, Hircano[62], una vez que recibió el sumo sacerdocio de su padre e hizo sacrificios a Dios, se dirigió rápidamente contra Ptolomeo en ayuda de su madre y de sus hermanos.
57 En el ataque de la fortaleza, aunque fue superior en todo lo demás, sin embargo fue vencido por un justo sentimiento. Cuando Ptolomeo se veía abrumado por la situación, llevaba a la madre y a los hermanos a lo alto de la muralla y los torturaba a la vista de todos, y amenazaba con tirarlos desde allí si
58 no se retiraba enseguida. Ante esta visión, en Hircano podían más la compasión y el miedo que la ira; su madre, en cambio, sin ceder a los ultrajes y a la muerte que pesaba sobre ella, levantaba las manos y pedía a su hijo que no se ablandara ante los sufrimientos que recibía, ni perdonara a aquel impío, pues para ella era mejor la muerte a manos de Ptolomeo que la inmortalidad, con tal de que éste pagase su pena por los males que había cometido contra su familia.
59 Cuando Juan contemplaba la actitud de su madre y escuchaba sus súplicas, estaba decidido a atacar, pero cuando veía que ella era golpeada y torturada, se ablandaba y era domi-
60 nado totalmente por el dolor. Mientras que por esta causa se retrasaba el asedio, llegó el año del descanso, que los judíos celebran cada siete años como lo hacen el día séptimo de la semana[63]. Ptolomeo, al verse entonces libre del asedio, ma-

[61] Dagón es un enclave situado al noroeste de Jericó (destacada ciudad de la depresión de Jordán, al norte del Mar Muerto y a 23 Km oeste de Jerusalén, con resonancias bíblicas muy conocidas).

[62] Después de los Macabeos, con Juan Hircano, empieza la dinastía de los Asmoneos; cf. *Antigüedades* XIII 230-300.

[63] Es la ley del año sabático dada por Yaveh a Moisés en el monte Sinaí; cf. *Levítico* 25, 4.

tó a los hermanos y a la madre de Juan y huyó junto a Zenón, llamado Cotilas, tirano de Filadelfia[64].

Antíoco, indignado por lo que había sufrido por parte de 61
Simón, emprendió una campaña militar contra Judea y asedió a Hircano, tras acampar delante de Jerusalén. Juan Hircano abrió el sepulcro de David, que había sido el rey más rico[65], y se apoderó de algo más de tres mil talentos[66]. Con trescientos de estos talentos convenció a Antíoco para que levantase el asedio y con el resto del dinero fue el primer judío que empezó a reclutar tropas mercenarias.

Luego, cuando Antíoco emprendió el ataque contra los 62
medos, se le presentó a Hircano la ocasión de vengarse. Se dirigió contra las ciudades de Siria[67], pues pensaba que las iba a encontrar desprovistas de sus más valientes guerreros, como en realidad ocurrió. Se apoderó de Medaba y Sama- 63
ga[68], junto con las aldeas vecinas, además de Siquem[69] y

[64] Es la actual Ammán, antigua capital de los ammonitas, que recibió la helenización de manos de Ptolomeo II Filadelfo.

[65] En *Antigüedades* XIII 393 Hircano no abre la tumba de David hasta que Antíoco no ha abandonado el asedio de Jerusalén.

[66] Es una medida de peso ática equivalente a seiscientos dracmas. Es el término habitual de cuenta en la época de los Macabeos y en el *Nuevo Testamento* (cf. *II Macabeos* 3, 11, y *Mateo* 25, 15-28, por ejemplo), a pesar de que en Palestina regían el sistema monetario fenicio-helenístico y el greco-romano, según las épocas y las zonas en cuestión; cf. Y. Meshorer, *Ancient Jewish Coinage. I: Persian Period through Hasmonaeans; II: Herod the Great through Bar Cochba*, Nueva York, 1982.

[67] La expedición de Juan Hircano contra Siria se sitúa después de la muerte de Antíoco VII, en el 129 a. C.; cf. *Antigüedades* XIII 254.

[68] Estas dos ciudades se encontraban en el país nabateo, al sur de Filadelfia (Ammán). Con Aretas III Medaba fue la capital del reino (cf. *Antigüedades* XIII 18).

[69] Ciudad samaritana, al pie del monte Garizim, que tuvo un destacado protagonismo bíblico desde los tiempos de Abrahán y Jacob. En *Antigüedades* XIII 255 ss. se relata la destrucción de esta ciudad por parte de Juan

Argarizim y el pueblo de los cuteos[70], que vivían cerca del templo levantado a imagen y semejanza del de Jerusalén[71]. Asimismo, en Idumea tomó otras muchas ciudades, incluso
64 Adoreon y Marisa[72]. Llegó hasta Samaria, donde ahora está la ciudad de Sebaste[73], fundada por el rey Herodes, la rodeó por todos los sitios y puso al frente del asedio a sus hijos Aristobulo y Antígono. Como éstos no permitían pasar na-

---

Hircano. Los romanos levantarán una nueva población a 2 Km al oeste del antiguo enclave, la colonia flavia Neápolis, la actual Nablús.

[70] Los judíos llamaban cuteos a los pueblos que habitaban la región de Samaria, pues entre sus antepasados contaban con extranjeros originarios de Kutah y Babilonia; cf. *II Reyes* 17, 24.

[71] Es el templo separatista de los samaritanos que en época de Alejandro Magno construyó en el monte Garizim (cf. III 307) o Argarizim el sacerdote Manasés, tras ser expulsado de Jerusalén (cf. *Antigüedades* XI 302-303). Los apóstatas de Samaria consiguieron mantener durante doscientos años un culto propio en este monte, que para ellos constituía la sede de la divinidad. Los Asmoneos habían atacado y destruido este templo en varias ocasiones, por lo cual, cuando Pompeyo liberó a Samaria en el 64 a. C. del poder asmoneo, la ruptura entre judíos y samaritanos fue completa. Este culto separado aparece ilustrado en el *Nuevo Testamento* por el célebre episodio evangélico de la «parábola del buen samaritano» o el encuentro de Cristo con la samaritana *(Lucas* 10, 30-37; 17, 16, o *Juan* 4, 4-30). Desde el punto de vista judío, Samaria era considerada territorio extranjero y enemigo. Los *Oráculos Sibilinos*, II 62 ss., anunciarán que de Sebaste, capital de esta región, surgirá Belial, el Maligno. Por otra parte, como rechazo al judaísmo oficial, este territorio será el primero en cristianizarse (cf. *Hechos de los Apóstoles* 8, 1; 9, 31). Sobre todas estas cuestiones relacionadas con los samaritanos puede verse el libro de R. J. Coggins, *Samaritans and Jews*, Oxford, 1975.

[72] Estas eran las dos poblaciones más importantes de Idumea, en los alrededores de Hebrón. La primera es la bíblica Adoraim, citada en *II Crónicas* 11, 9.

[73] Esta ciudad recibe este nuevo nombre de Sebaste en honor de Augusto, en griego *Sebastós;* cf. I 403. En este lugar se asentará el grueso más importante de la guarnición romana de Palestina, ya que su población, predominantemente pagana desde la helenización llevada a cabo por Alejandro Magno, se pondrá de parte del poder de Roma.

da, los que estaban dentro de la ciudad llegaron a tal punto de hambre que comieron los alimentos más inauditos. Lla- 65 maron en su ayuda a Antíoco, conocido por el nombre de Aspendio[74]. Éste accedió a ofrecerles su colaboración, pero fue derrotado por el ejército de Aristobulo y, perseguido hasta Escitópolis[75] por los dos hermanos, consiguió escapar. Mientras, ellos se dirigieron contra los samaritanos, concentraron de nuevo a la gente dentro de la muralla, tomaron la ciudad, la destruyeron y esclavizaron a los que vivían en ella. A pesar de que tuvieron éxito en esta empresa, sin em- 66 bargo no calmaron su pasión, sino que llegaron con sus tropas hasta Escitópolis, saquearon la ciudad y devastaron toda la zona que hay al otro lado del monte Carmelo[76].

La envidia por los éxitos de Juan y de sus hijos dio lugar a 67 una revuelta de la población, que se agrupó y no paró hasta enfrentarse y ser vencida en una guerra abierta[77]. El resto de 68

---

[74] Antíoco VIII Epífanes Filométor, llamado también Aspendio o Gripo. No obstante en *Antigüedades* XIII 276-277 se dice que los samaritanos pidieron ayuda a Antíoco IX Ciciceno, hermanastro y rival de este Antíoco Aspendio.

[75] Ciudad de la Decápolis, en un enclave estratégico en la ribera oeste del Jordán. Su nombre semítico es Betsán *(I Macabeos* 5, 52), que ha perdurado junto a la denominación helenística de Escitópolis *(II Macabeos* 12, 29), seguramente debido a la presencia de una colonia de griegos del Ponto Euxino, el «país de los escitas». Sobre esta localidad, vid. B. Lifshitz, «Scythopolis. L'histoire, les institutions et les cultes de la ville à l'époque hellénistique et impériale», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 262-294.

[76] Monte que culmina hacia el Mediterráneo, al sur de Ptolemaida, una cadena montañosa. Este lugar ha sido muy importante en el desarrollo del culto a Yavéh, como lo atestigua el relato del profeta Elías en *I Reyes* 18. El propio Vespasiano hizo allí sacrificios para tener éxito en su campaña; cf. Tácito, *Historias*, II 78, y Suetonio, *Vespasiano* 5.

[77] Parece ser que fueron los fariseos los que provocaron esta revuelta; cf. *Antigüedades* XIII 288.

sus días Juan vivió feliz y, tras un excelente gobierno durante treinta y un años[78], murió dejando cinco hijos. Fue muy dichoso y no permitió que por su causa se le reprochase nada a la Fortuna[79]. Él era el único que gozaba de los tres privilegios más importantes: el poder sobre su pueblo, el sumo sacerdo-
69 cio y el don de la profecía[80]. Pues la divinidad se relacionaba con él para que no desconociera nada de lo que iba a ocurrir. Él previó y profetizó que sus dos hijos mayores no iban a detentar el poder. Conviene ahora relatar el final de estos dos hijos y cuánto se apartaron de la felicidad de su padre.

Aristobulo

70 Después de la muerte de su padre, el mayor de ellos, Aristobulo, convirtió su poder en una monarquía y fue el primero que se puso la diadema[81] después de cuatrocientos setenta y un años y tres meses, desde que el pueblo judío llegó a esta tierra una vez liberado
71 de la esclavitud de Babilonia[82]. Al segundo de sus herma-

---

[78] Según *Antigüedades* XX 240 Hircano murió con treinta años. Algunos manuscritos hablan de treinta y tres años.

[79] Vid. el apartado 3 de la Introducción.

[80] Las cualidades proféticas tienen una gran importancia en la obra de Josefo, tanto en su propia persona (III 351-351, 400 ss., y *Autobiografía* 1-2) como en la de otras personalidades judías (I 78 ss., II 113 y 159); vid. la reciente aportación de L. H. FELDMAN, «Prophets and Prophecy in Josephus», *Journal Theological Studies* 41 (1990), 386-422.

[81] Con Aristobulo se restaura la monarquía, que desde Saúl (*I Samuel* 8-10) había sido la forma de gobierno típica de Israel. La diadema, y no la corona, es el distintivo de la realeza judía como vamos a poder comprobar en varios pasajes del relato de Josefo.

[82] En *Antigüedades* XIII 301 se señalan cuatrocientos ochenta y un años. Ninguna de las dos cifras es adecuada, pues desde el decreto de Ciro para que los judíos volvieran de su destierro en Babilonia en el 537 a. C. hasta Aristobulo I, 104-103 a. C., han pasado cuatrocientos treinta y dos años. Por ello REINACH y THACKERAY, en sus comentarios, creen que esta

nos, a Antigono, le concedió los mismos honores que a él, pues al parecer le quería, mientras que a los otros los encadenó y encerró. También metió en prisión a su madre, que disputaba el poder con él, ya que Juan la había dejado a ella como soberana de todo el reino. Aristobulo llegó a tal punto de crueldad que dejó a su madre morir de hambre en la cárcel.

El castigo por estos hechos recayó en su hermano Antí- 72
gono, al que amaba y con el que compartía su realeza. En efecto, a éste también lo mató a causa de las calumnias que hicieron algunos malvados que había en la corte. En un principio Aristobulo no creía en lo que decían, pues quería a su hermano y pensaba que la mayor parte de estas falsas habladurías se debían a la envidia. Sin embargo, cuando 73
Antígono llegó glorioso de una campaña militar en la fiesta en la que es tradicional levantar tabernáculos en honor de Dios[83], sucedió que en aquellos días Aristobulo cayó enfermo. Antígono, al final de la fiesta, subió al Templo con hombres armados, engalanado con el mayor esplendor que le fue posible, sobre todo para rezar por su hermano. Entonces, los 74
malvados se dirigieron al rey y le informaron de la escolta

cronología de Josefo está basada en las «setenta semanas» de *Daniel* 9, 24-27, esa profecía que Daniel recibió de Dios por medio del ángel Gabriel según la cual el pueblo judío podría expiar sus pecados y la ciudad de Jerusalén volvería a ser reedificada tras setenta semanas, es decir tras cuatrocientos noventa días.

[83] Es el *Jag Hassukôt*, la fiesta de los Tabernáculos o de las Cabañas, que se celebraba del 15 al 22 del mes de Tišrí, en septiembre u octubre. Es un festejo de origen agrícola, después de haber recogido el fruto de comienzos del otoño (cf. *Deuteronomio* 16, 13), en el que se acudía en peregrinación al Templo durante siete días para dar gracias por la cosecha (*Levítico* 23, 40-43). El nombre de fiesta de las «Cabañas» procedía de las chozas que se levantaban en el campo durante el tiempo que duraba la cosecha, en especial la vendimia.

de los hombres armados y de la actitud insolente de Antígono, excesiva para una persona particular. Además le dijeron que venía con una tropa muy grande para matarle, dado que no se contentaba con tener sólo el honor de la realeza, cuan-
75 do le era posible adueñarse de ella. Aristobulo poco a poco se iba creyendo estas habladurías, muy a pesar suyo. Tomó precauciones para que no pareciera que tenía sospechas y se protegió por lo que pudiera pasar; puso a su guardia personal en una zona oscura de los subterráneos, pues él se hallaba convaleciente en un lugar que antes se llamaba Baris y que después se denominará Antonia[84]. Tras ordenar que dejaran pasar a Antígono, si estaba desarmado y que lo mataran, si venía armado, mandó a algunos hombres para que
76 le dijeran que viniera sin armas. Mientras tanto la reina, muy malévolamente, se puso de acuerdo con los conspiradores. Éstos convencieron a los que había enviado el rey para que callaran las normas dadas por Aristobulo, y dijeran a Antígono que su hermano había oído que él se había equipado en Galilea con unas armas y un atuendo militar extraordinarios, y, como no había podido verlo en persona a causa de la enfermedad, «ahora que te vas a marchar, a él le gustaría mucho verte con tus armas».

77 Cuando Antígono escuchó estas palabras, y sin que la orden de su hermano le hiciera sospechar nada, fue con las armas puestas para enseñárselas. Al llegar al paso oscuro, llamado la Torre de Estratón, lo mataron los guardias personales del rey. De esta manera se demostró claramente que una calumnia es

---

[84] Herodes el Grande fue el que levantó en este emplazamiento la Torre Antonia, en honor a Marco Antonio. Esta fortaleza estaba situada en el ángulo noroeste del muro del Templo, desde donde la guarnición romana allí establecida vigilará perfectamente toda su explanada; cf. también *Hechos de los Apóstoles* 21, 21-31.

capaz de acabar con todo afecto y disposición natural, y que no hay sentimiento tan fuerte que pueda resistir a la envidia.

En este punto es también digno de admiración el caso de 78
Judas, individuo perteneciente a la secta de los esenios que nunca se equivocó o mintió en sus predicciones[85]. Cuando éste vio a Antígono que atravesaba el Templo, dijo a sus amigos, pues a su alrededor estaban sentados muchos discípulos suyos:
«¡Ay!, para mí es hermoso abandonar la vida precisamente 79
ahora, cuando la verdad ha muerto antes que yo y una de mis profecías no se ha cumplido, ya que Antígono, ese que veis ahí vivo, debería haber sido asesinado hoy. El Destino[86] le había fijado para su muerte la Torre Estratón, que está a seiscientos estadios de aquí. Es ya la hora cuarta del día y el tiempo impide
que se cumpla mi profecía». Dicho esto, el anciano se quedó 80
pensativo y triste. Poco después llegó la noticia de que Antígono había sido asesinado en un lugar subterráneo, que también se llamaba Torre de Estratón, con un nombre igual al de la costera Cesarea[87]. Esto es lo que confundió al profeta.

Inmediatamente el arrepentimiento por el abominable cri- 81
men provocó una enfermedad en Aristobulo. Se consumía con el alma siempre atormentada por el recuerdo del asesina-

---

[85] Conocemos los casos de otros esenios que también tuvieron dotes proféticas: Simón (II 213) y Menahem (*Antigüedades* XV 373-379). Esta secta judía decía poseer dones proféticos por su conocimiento de la Biblia y por su observancia de las purificaciones. Los esenios enseñaban a sus discípulos el arte de predecir el futuro; cf. *Antigüedades* XIII 311.

[86] Sobre el concepto clásico del Destino, personificado, y el sincretismo con la ideología religiosa judía vid. el apartado 5 de la Introducción.

[87] Torre de Estratón es el nombre de una parte del palacio de los Asmoneos (cf VI 71) y de una ciudad, fundada en época persa en el siglo IV a. C. por un rey de Sidón llamado Estratón, y que con Herodes recibirá la denominación de Cesarea (cf. I 408-418), conocida como Cesarea Marítima para distinguirla de Cesarea de Filipo; cf. Schürer, *Historia...*, II, pág. 165, y el reciente estudio de A. Raban y K. G. Holum, *Caesarea Maritima. A Reprospective after two millennia*, Leiden, 1996.

to, hasta el punto de vomitar una gran cantidad de sangre por
82 estar sus entrañas desgarradas por un fuerte dolor. Uno de los criados que le cuidaban, cuando sacaba fuera esta sangre, por Providencia divina, se resbaló en el lugar en que habían matado a Antígono y derramó la sangre del criminal sobre las manchas de la víctima que aún eran visibles. Al instante se levantó un griterío por parte de las personas que lo vieron, como si
83 el criado hubiera echado adrede allí la sangre. Cuando el rey escuchó estas voces, preguntó el motivo y, como nadie se atrevió a decírselo, él insistía más en saberlo. Finalmente obligados por sus amenazas le dijeron la verdad. Aristobulo, con los ojos llenos de lágrimas y entre los mayores lamentos que po-
84 día, dijo: «No iba a pasar yo desapercibido al gran ojo de Dios por estos hechos impíos, sino que rápidamente me persigue la justicia por el asesinato de mi hermano. ¿Hasta cuándo tú, el más cruel de los cuerpos, vas a retener mi alma condenada por la muerte de su hermano y de su madre? ¿Hasta cuándo les seguiré derramando mi sangre? Que ellos reciban toda la sangre junta y que la divinidad ya no les engañe más con las libaciones de mis entrañas». Nada más decir esto murió, sin haber reinado más de un año.

Alejandro Janeo

85 Su mujer[88] liberó a sus hermanos y nombró rey a Alejandro, que además de por la edad parecía mejor que los otros por su moderación. Una vez en el poder, mató a uno de sus hermanos que también deseaba reinar, y al otro que quedaba lo trató con honor, porque a éste le gustaba vivir alejado de los asuntos públicos.

[88] La mujer de Aristobulo se llamaba Salomé o Salina, que luego será llamada Alejandra; cf. *Antigüedades* XIII 320. A la muerte de Aristobulo, entregó el reino a Alejandro Janeo y se casó con él. Aunque Josefo no mencione este dato de forma explícita se sobreentiende por las alusiones que hace en I 107.

Luchó contra Ptolomeo, llamado Látiro[89], que había to- 86
mado la ciudad de Asoquis[90]. Y aunque capturó a muchos enemigos, sin embargo Ptolomeo obtuvo la victoria. Ahora bien, cuando éste, perseguido por su madre Cleopatra, se retiró a Egipto, Alejandro sitió y se apoderó de Gadara y Amatunte[91], la mayor de las fortalezas que hay al otro lado del Jordán, y donde estaban los más preciados bienes de Teodoro, hijo de Zenón[92]. Teodoro, como se presentara sú- 87
bitamente, se apoderó de lo que era suyo y también del bagaje del rey, y mató a casi diez mil judíos. Cuando Alejandro superó esta derrota, se dirigió a la costa y allí tomó Gaza, Rafia y Antedón, ciudad que más tarde se llamará Agripíade[93] por el rey Herodes.

Así que hubo esclavizado a estas ciudades, el pueblo ju- 88
dío se sublevó contra él en una fiesta, pues es sobre todo en este tipo de celebraciones cuando suelen estallar las revuel-

[89] Ptolomeo VIII Látiro se convirtió en rey de Chipre tras ser expulsado de Egipto por Cleopatra, III; cf. *Antigüedades* XIII 328 y 358.

[90] Ciudad de la Baja Galilea, entre Séforis y Jotapata.

[91] Gadara, en la Decápolis, a 19 kilómetros al sudeste de Tiberíades, ciudad muy helenizada desde época de Antíoco III, famosa por sus fuentes termales, ha sido identificada con la actual Um el-Queis; Abel, *Géographie...*, II, págs. 323-324. Amatunte es la moderna Tell Ámmata, situada al este del Jordán, en la región de Perea.

[92] Teodoro es hijo de Zenón Cotilas, tirano de Filadelfia; cf. I 60.

[93] Gaza, antigua ciudad filistea, el puerto más importante de la costa fenicia. Rafia era una de las primeras ciudades de la costa palestina, viniendo desde Egipto, entre Gaza y Rinocorura; cf. Diodoro de Sicilia, XX 74 y Estrabón, XVI 2, 31. Antedón, ciudad helenística de la costa de Palestina, entre Gaza y Ascalón, recibió el nombre de Agripia o de Agripeo (así es como se la llamará en I 146), si bien esta denominación no llegó a consolidarse en autores, como Plinio, Ptolomeo, Esteban de Bizancio, etc.

tas judías. Y, al parecer, no habría podido dominar la insurrección, si no hubiera venido en su ayuda el ejército extranjero. Se trataba de los pisidios y cilicios, ya que no admitía a los sirios como mercenarios a causa de su odio natural contra los hebreos. Tras matar a más de seis mil insurrectos, se dirigió contra Arabia, donde venció a los galaditas y moabitas[94], y una vez que les impuso su tributo se volvió contra Amatunte. Teodoro se quedó atónito ante sus éxitos militares, por lo cual Alejandro se apoderó de la fortaleza, que había sido abandonada, y la destruyó totalmente.

89

90 Después combatió con Obedas, rey de los árabes[95], que le había preparado una emboscada en Golán[96]. Allí perdió todo su ejército, pues fue empujado a un profundo barranco y aplastado por una gran cantidad de camellos. Huyó a Jerusalén, donde el pueblo, que hacía tiempo que le odiaba, se levantó contra él por la magnitud de la desgracia acaecida.

91 Alejandro también se impuso en esta revuelta y en las sucesivas batallas acabó con no menos de cincuenta mil judíos en seis años. No obstante, no se alegraba con estos triunfos, pues con ellos consumía los bienes de su propio reino. Por

[94] Estos pueblos estaban situados en el valle del Jordán: los galaditas en su parte oriental y los moabitas en la meridional.

[95] Obedas I (aproximadamente entre el 90 y 85 a. C.), rey árabe al que sucederá Aretas III, el famoso monarca nabateo. Este pueblo, ubicado entre el mar Muerto y el golfo de Acaba, es uno de los más importantes reinos limítrofes de Israel a partir del período helenístico; vid. A. NEGEV, «The Nabateans and the provincia Arabia», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 520-686.

[96] Golán aparece citada ya en el *Antiguo Testamento (Deuteronomio* 4, 43, o *Josué* 20, 8), si bien su importancia se sitúa en época tardía, cuando dio nombre a la extensa región de la Gaulanítide, al este del lago de Gennasar.

ello dejó a un lado las armas y se dedicó a reconciliarse con sus súbditos por medio del diálogo. Sin embargo, ellos le 92 odiaron aún más por su arrepentimiento y por su inestable conducta. Cuando les preguntó el motivo de este odio y qué podría hacer para contentarles, ellos le respondieron que se muriera, pues había cometido tantos males que sólo se podrían reconciliar con él, aunque con dificultad, una vez muerto. Al mismo tiempo llamaron a Demetrio, conocido con el nombre de «el Inoportuno»[97]. Éste accedió sin dificultad por la esperanza de obtener grandes beneficios y llegó con un ejército. Los judíos se reunieron con sus aliados en los alrededores de Siquem.

Alejandro recibió a ambos con mil jinetes y con ocho 93 mil mercenarios de infantería. A su favor aún tenía unos diez mil judíos. El bando contrario contaba con tres mil soldados de caballería y catorce mil de a pie[98]. Antes de enfrentarse, los dos reyes, a través de proclamaciones públicas, intentaron que los soldados de uno y otro bando desertaran: Demetrio esperaba atraerse a los mercenarios de Alejandro y éste último a los judíos que estaban con Demetrio. Como 94 los judíos no desistieron en sus sentimientos ni los griegos en su compromiso, decidieron enfrentarse con las armas. Demetrio se impuso en la batalla, aunque los mercenarios 95 de Alejandro dieron muchas pruebas de valor y fuerza. El resultado del enfrentamiento fue distinto del esperado por ambas partes. En efecto, aunque Demetrio era el vencedor,

[97] Es Demetrio III, rey de Siria e hijo de Antíoco VIII, el último de los monarcas seléucidas que intervino en Judea. Es conocido por el sobrenombre de Filopátor, Soter y también Eucero (gr. *Eúkairos*, «el Oportuno»), no Acero (*Ákairos*, «el Inoportuno»), como se le llama aquí.

[98] Las cifras no son las mismas que en el pasaje paralelo de *Antigüedades* XIII 377.

sin embargo no permanecieron con él los que antes habían acudido a su llamada, sino que seis mil judíos se unieron a Alejandro, que había huido a las montañas, compadecidos de su derrota. Demetrio no soportó este cambio, sino que, al sospechar que de nuevo Alejandro estaba en condiciones de combatir y que todo el pueblo se volvería contra él, se retiró.

96 A pesar de la retirada de los aliados, el resto de la población no dejó a un lado sus desavenencias con Alejandro. Los judíos mantuvieron contra él una guerra continua, hasta que aniquiló a un gran número de ellos y a los demás les obligó a refugiarse en la ciudad de Bemeselis[99]. Una vez conquistada esta ciudad, los llevó a Jerusalén como prisio-
97 neros. La crueldad de Alejandro, a causa de su desmesurada ira, le llevó a la impiedad: hizo crucificar a ochocientos de estos prisioneros en medio de la ciudad y decapitó a sus mujeres e hijos ante sus propios ojos. Él veía los hechos mien-
98 tras bebía y estaba con sus concubinas. Un inmenso terror se apoderó del pueblo, de forma que la noche siguiente ocho mil adversarios de Alejandro huyeron fuera de toda Judea, y su exilio no acabó hasta que murió Alejandro. Cuando consiguió tranquilizar a su reino con estas acciones, aunque tarde y con dificultades, abandonó las armas.

99 Ahora bien, Antíoco, llamado Diónisos[100], hermano de Demetrio y último de los Seléucidas, fue de nuevo el comienzo de tumultos. Lleno de miedo Alejandro por el hecho de que éste avanzaba en campaña contra los árabes, hizo un foso profundo entre las montañas que están más allá de An-

---

[99] Esta ciudad está sin identificar. En *Antigüedades* XIII 380 no se habla de Bemeselis, sino de la localidad de Betome.

[100] Antíoco XII, hermano de Demetrio III (cf. I 92), reinó en torno al 86-85 a. C. Sin embargo, el último de los Seléucidas, antes de que Siria se convirtiera en provincia romana el 65 a. C., fue Antíoco XIII, el Asiático; cf. *Antigüedades* XIII 287.

tipatris[101] y las costas de Jope; y delante de este foso levantó un muro alto y torres de madera para así dificultar el acceso. Sin embargo esto no impidió el paso a Antíoco, pues 100
quemó las torres, cubrió de tierra el foso y pasó con su ejército. Inmediatamente se dirigió contra los árabes, sin dar mayor importancia al hecho de vengarse del que le había impedido el paso. El rey de Arabia[102], tras retirarse a un lu- 101
gar más favorable para el combate, hizo volver de repente su caballería, compuesta de diez mil jinetes, contra los soldados de Antíoco que estaban desordenados. Tuvo lugar una dura batalla y, mientras Antíoco vivió, su ejército pudo resistir, a pesar de la inmensa matanza que sufría a manos de los árabes. Cuando cayó Antíoco, que siempre se expo- 102
nía el primero al peligro y corría en ayuda de los que se desanimaban, todos cedieron. La mayor parte de ellos murieron en el combate o en la huida, mientras que todos los demás, que se habían refugiado en la aldea de Cana[103], murieron por la falta de provisiones, excepto unos pocos.

A partir de la muerte de Antíoco, los habitantes de Da- 103
masco, por odio contra Ptolomeo[104], hijo de Meneo, llamaron a Aretas y le nombraron rey de la Celesiria[105]. Éste em-

[101] En la llanura de Cafarsaba (*Antigüedades* XVI 142) levantó Herodes una ciudad en honor de su padre. Sobre las dificultades de ubicación e identificación de esta localidad, cf. SCHÜRER, *Historia...*, II págs. 228-229.

[102] Aretas III, rey de los nabateos.

[103] Aldea al sur de Idumea y al oeste del mar Muerto, en la región desértica de Négueb, ya en territorio nabateo, identificada por ABEL, *Géographie...*, II, pág. 149, con la actual Qina. No hay que confundirla con Caná de Galilea, al norte de Nazaret.

[104] Rey de Calcidia.

[105] El término griego de *Koílē Syríē,* literalmente «Siria honda» parece aludir a la larga depresión que atraviesa toda Siria, desde la llanura de Antioquía hasta el golfo de Acaba, siguiendo los valles del Orontes y del Jordán prolongados por el Mar Muerto y el Wadi Arabah. Este aspecto «hundido» en relación con las regiones vecinas es el que ha llevado a lo-

prendió una campaña militar contra Judea y en ella venció a
104 Alejandro, si bien se retiró a través de un acuerdo. Alejandró tomó Pela y se dirigió contra Gerasa[106], pues de nuevo deseaba los tesoros de Teodoro[107]. Conquistó esta ciudad tras haber rodeado sus guarniciones con un triple atrinchera-
105 miento. También sometió Golán, Seleucia y el llamado Barranco de Antíoco[108]. Asimismo, después de hacerse con la sólida fortaleza de Gamala[109] y destituir a su gobernador Demetrio a causa de las muchas acusaciones que había contra él, regresó a Judea tras una campaña de tres años completos. Fue recibido por el pueblo con alegría a causa de sus victorias, y el final de estas campañas militares supuso para él el

calizar aquí la Celesiria, de acuerdo con la referencia de ESTRABÓN, XVI 2, 1-7 y 21-22, al respecto. Sin embargo, lo más verosímil es que el término sea una adaptación de la expresión aramea *Kol Aram*, «Siria en su totalidad». Desde el siglo IV a. C. el vocablo Celesiria se especializó y pasó a designar la zona interior de la satrapía persa y seléucida del Éufrates, en contraposición de la costa, conocida más bien como Fenicia, y el norte, llamado propiamente Siria, como muy bien se dintingue en *II Macabeos* 3, 5; DIODORO DE SICILIA, V 43, y FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades* X 220; sobre estas cuestiones es recomendable el artículo de M. SARTRE, «La Syrie Creuse n'existe pas», *Actes du Colloque La Geógraphie historique du Proche-Orient, Valbonne 1985,* París, 1988, págs. 15-40.

[106] Pela estaba en el límite norte de Perea, al este de Escitópolis. Su fundación hay que atribuírsela a alguno de los monarcas helenísticos, que así recordarían la conocida ciudad homónima de Macedonia. Gerasa, ciudad helenística, a 36 kilómetros al norte de Filadelfia (Ammán), fue fundada por Alejandro Magno y que Pompeyo incorporará a la Decápolis.

[107] El tema de los tesoros de Teodoro, el hijo del soberano de Filadelfia, Zenón Cotilas, ha sido mencionado ya por Josefo en I 86-87.

[108] Seleucia era el nombre de varias ciudades helenísticas; en este caso se trata de la situada en la Gaulanítide Superior, cerca del lago Semeconitis. El barranco de Antíoco estaba situado al noreste del lago de Gennesar, en las proximidades de Seleucia.

[109] En la Gaulanítide Inferior, en frente de Tariquea, en el lado oeste del lago de Gennesar.

comienzo de la enfermedad. Afectado por la fiebre cuarta- 106
na[110] pensó que se libraría de la enfermedad si de nuevo volvía a dedicarse a la guerra. En consecuencia, por emprender expediciones inapropiadas y someter a su cuerpo a esfuerzos por encima de sus capacidades, acabó con su vida. Murió en medio de tumultos, después de haber reinado veintisiete años[111].

La reina Alejandra

Alejandro Janeo dejó el reino a su mu- 107
jer Alejandra[112], porque estaba convencido de que los judíos le prestarían gran obediencia, dado que ella, al estar muy lejos de la crueldad de su marido y al oponerse a sus crímenes, se había atraído la benevolencia del pueblo. En efecto, sus esperanzas no quedaron frustradas.
Esta débil mujer conservó el mando a causa de la fama que 108
tenía de piadosa. Cumplía muy estrictamente las tradiciones de su patria y apartaba del poder a los que quebrantaban las
leyes sagradas. De los dos hijos que tenía de Alejandro, al 109
mayor, Hircano, lo nombró sumo sacerdote debido a su edad y a que tenía un carácter demasiado tranquilo como para suponer un estorbo en el poder, mientras que al más joven, Aristobulo, a causa de su audacia, lo retuvo junto a ella como a una persona particular.

Con Alejandra acrecentaron su poder los fariseos[113], gru- 110
po judío que parecía ser más piadoso que los demás y que

---

110 Entre los diferentes tipos de fiebre se incluyen unas fiebres intermitentes, que se repiten cada tres o cuatro días y que se denominan «cuartanas»; cf. Hipócrates, *Aforismos* 2, 25.

111 De acuerdo con *Antigüedades* XIII 398 Alejandro Janeo murió en la toma de Ragala en el 78 a. C.

112 Sobre este personaje, cf. nota a I 85.

113 Este tratamiento desfavorable de la actividad de los fariseos en el reinado de Alejandra choca un poco con la formación y la ideología de Jo-

111 interpretaba con mayor exactitud las leyes. Ella, movida por un deseo apasionado de lo divino, les prestaba demasiada atención. A su vez, los fariseos, ganándose poco a poco la generosidad de la mujer, se convirtieron en los administradores del reino: expulsaban y hacían volver del destierro, soltaban y encerraban a los que querían. En resumen, ellos disfrutaban de las ventajas del poder, y ella se hacía cargo
112 de los gastos y dificultades. Era una mujer capacitada para administrar los asuntos más importantes; consiguió duplicar el ejército mediante un continuo reclutamiento y reunió una gran tropa de soldados extranjeros, de modo que así no sólo controlaba a su propio pueblo, sino que era temida entre los reyes extranjeros. Ella dominaba a los demás, y los fariseos la dominaban a ella.

113 Los fariseos acusaron a Diógenes, personaje ilustre y amigo de Alejandro, de haber aconsejado al rey la crucifixión de los ochocientos prisioneros[114] y, en consecuencia, lo mataron. También instaron a Alejandra a ejecutar a los demás que habían animado a Alejandro a realizar aquella mantanza. Y como la reina se lo consentía bajo la acusación
114 de superstición, ellos mataban a los que querían. Las personas más destacadas de las que corrían este peligro acudieron a Aristobulo. Éste convenció a su madre para que perdonase a estos hombres por tratarse de personajes de alto rango, y los expulsase de la ciudad si no los consideraba inocentes. Y ellos, una vez que obtuvieron su indulgencia, se dispersaron

---

sefo. En la enumeración de las tres corrientes religiosas del judaísmo nuestro autor da prioridad a los fariseos. Éstos constituyen el grupo más numeroso, el de mayor influencia sobre el pueblo y en él acaba por incorporarse Josefo tras su búsqueda espiritual (cf. *Autobiografía* 12), ya que en determinadas creencias fariseas encontró puntos de contacto con la filosofía estoica.

[114] Esta masacre ha sido descrita en I 97.

por el país. Alejandra envió un ejército contra Damasco, 115
bajo el pretexto de que Ptolomeo oprimía a la ciudad, y se
apoderó de ella, sin que ésta opusiera una resistencia impor-
tante. Por medio de acuerdos y regalos se atrajo el favor de 116
Tigranes, rey de Armenia, que estaba acampado junto a la
ciudad de Ptolemaida y sitiaba a Cleopatra[115]. Aquél se reti-
ró rápidamente del asedio a causa de los disturbios internos
que había provocado la invasión de Armenia por Lúculo[116].
Mientras tanto Alejandra cayó enferma. El menor de sus 117
hijos, Aristobulo, que no desaprovechó la ocasión, se apo-
deró de todas las fortalezas con la ayuda de sus criados; te-
nía muchos y todos eran favorables a él a causa de su auda-
cia. Con el dinero que obtuvo en ellas reclutó mercenarios y
se nombró rey a sí mismo. Así pues, su madre, compadecida 118
de los lamentos de Hircano, encerró a la mujer y a los hijos de
Aristobulo en la torre Antonia. Ésta era una fortaleza situa-
da en la parte norte del Templo, que antes, como ya he di-
cho[117], se llamaba Baris y que después, cuando Antonio tuvo
el mando del lugar, recibió este nombre, como las ciudades
de Sebaste y Agripíade[118] se denominaban así por Augusto
y Agripa. Alejandra murió, tras gobernar durante nueve años, 119

[115] Cleopatra Selene era hija de Ptolomeo VIII Fiscón y esposa de varios reyes seléucidas: Antíoco VIII, Antíoco IX y Antíoco X entre otros; cf. *Antigüedades* XIII 420. Según Estrabón, XVI 749, Cleopatra cayó en manos de Tigranes en la toma de Ptolemaida y fue ejecutada por él poco después.

[116] En este época el rey armenio Tigranes, que ya se había adueñado de Siria, constituía una seria amenaza para Palestina. La actuación exterior de la reina Alejandra, que compró la paz no sin importantes concesiones, y, sobre todo, la aquí mencionada invasión romana de Lúculo, acabaron con este problema.

[117] I 75.

[118] Cf. I 87.

antes de haber entablado un combate con Aristobulo por haber quitado el reino a su hermano.

Rivalidad entre Aristobulo e Hircano

120 El heredero de todo era Hircano, al que su madre en vida le había encomendado el reino, si bien Aristobulo le aventajaba en capacidad e inteligencia. Ambos entablaron una lucha por el poder en torno a la ciudad de Jericó, y en ella muchos abandonaron a
121 Hircano y se pasaron a Aristobulo. Aquél se apresuró en dirigirse con los que le quedaban a la Torre Antonia y apoderarse de los rehenes para así asegurarse su salvación. Estos rehenes eran la mujer y los hijos de Aristobulo. Sin embargo, antes de que ocurriera algo irremediable, acordaron que Aristobulo fuera el que reinara, y que Hircano disfrutara de los honores propios del hermano del rey y renunciara a lo
122 demás. De acuerdo con esto, después de reconciliarse en el Templo, frente al pueblo, y de abrazarse cariñosamente, cambiaron sus respectivas residencias: Aristobulo se quedó en el palacio real e Hircano se retiró a la casa de Aristobulo.

123 El miedo se apoderó de los demás enemigos de Aristobulo por su inesperada subida al trono, pero sobre todo de Antípatro, que le odiaba desde hacía tiempo. Éste era de raza idumea, y uno de los principales personajes de su pueblo
124 debido a su ascendencia, su riqueza y otras cualidades. Convenció a Hircano para que se refugiara en la corte de Aretas, rey de Arabia, y recobrase su reino; y al mismo tiempo también hizo lo propio con Aretas para que acogiera a Hircano y le restituyera en el poder. Para ello desacreditaba en exceso a Aristobulo y hacía muchos elogios a Hircano [y le pedía que le recibiera], ya que era conveniente que un soberano que estaba al frente de un reino tan importante echara una mano a los que sufrían alguna injusticia, dado que Hir-

cano había sido agraviado al ser privado del poder que le
correspondía por ser el mayor. Como ya hubiera predispues- 125
to a ambos, cogió por la noche a Hircano, escapó de la ciu-
dad y a través de una rápida huida consiguió salvarse en la
llamada ciudad de Petra, donde estaba la corte real de Ara-
bia. Allí dejó a Hircano bajo la protección de Aretas y le 126
convenció por medio de buenas palabras y de regalos para que
le concediera un ejército para restituir a Hircano en el trono.
Este ejército estaba compuesto de cincuenta mil soldados de
infantería y de caballería[119]. Aristobulo no resistió su ata-
que, sino que derrotado ya en la primera embestida se refu-
gió en Jerusalén. Y él habría sido capturado por la fuerza 127
inmediatamente, si en el momento oportuno el general ro-
mano Escauro[120] no hubiera levantado el asedio. Este per-
sonaje, que fue enviado de Armenia a Siria por Pompeyo el
Grande, cuando luchaba contra Tigranes[121], llegó a Damas-
co, que acababa de ser tomada[122] por Metelo y Lolio, susti-
tuyó a estos dos generales[123] y, como se enterara de lo ocu-
rrido en Judea, se apresuró a ir allí como si se tratara de una
presa fácil.

Nada más entrar en el país salieron a su encuentro em- 128
bajadores de parte de los dos hermanos para pedirle ayuda.
Los trescientos talentos[124] de Aristobulo estuvieron por en-
cima de lo que era justo. Así, Escauro aceptó esta cantidad

---

[119] Las cifras varían en relación con *Antigüedades* XIV 19, donde sólo la caballería contaba con cincuenta mil jinetes.

[120] En *Antigüedades* XIV 29-37 se da más importancia a la actuación de este general.

[121] Este rey de Armenia se sometió voluntariamente a Pompeyo, que lo aceptó en el año 66 a. C.

[122] Damasco fue tomada el 65 a. C.

[123] Pasaje obscuro; cf. las posibles interpretaciones recogidas por PELLETIER en su comentario.

[124] Cuatrocientos talentos en *Antigüedades* XIV 30.

de dinero y a través de un mensajero expresó a Hircano y a los árabes sus amenazas de un ataque de los romanos y de
129 Pompeyo, si no ponían fin al asedio de la ciudad. Aretas, asustado, se retiró de Judea a Filadelfia, y Escauro se fue de
130 nuevo a Damasco. A Aristobulo no le bastó con evitar que le capturaran, sino que reunió todo su ejército y fue detrás de sus enemigos. Entabló con ellos una batalla en un lugar llamado Papirón[125] y mató a más de seis mil soldados, entre ellos a Falión, hermano de Antípatro.

131 Hircano y Antípatro, sin la ayuda de los árabes, pusieron su esperanza en el bando contrario. Y así, cuando Pompeyo, tras entrar en Siria, se dirigía a Damasco[126], recurrieron a él y, sin llevarle regalos y con los mismos argumentos que habían utilizado con Aretas, le suplicaron que rechazara la actitud violenta de Aristobulo y que restableciera en el poder real al que le correspondía por sus cualidades y por su
132 edad. Por su parte, Aristobulo no se hallaba en una situación de inferioridad, confiado en el carácter corrupto de Escauro, sino que se presentó también investido de todos los atributos reales que le fue posible. Como sentía rechazo a la servidumbre y no soportaba estar sometido a sus intereses de un modo humillante para lo que correspondía a su dignidad, abandonó la ciudad de Dión[127].

---

[125] Esta población, citada también en *Antigüedades* XIV 33, no ha sido identificada plenamente. No obstante, A. SCHLATTER, *Geschichte Israels von Alexander dem Grossen bis Hadrian*, Stuttgart 1925[3], pág. 393 n. 1, la sitúa cerca de Jericó, mientras que PELLETIER, comentario *ad loe.*, la considera una aldea de Arabia.

[126] Pompeyo llegó a Damasco en la primavera del 63 a. C.; cf. *Antigüedades* XIV 40 ss.

[127] En *Antigüedades* XIV 47 se detalla este viaje de Aristobulo desde Damasco a Dión, y de aquí a Judea. La ciudad de Dión estaba situada al norte de Pela, en la Celesiria. Sobre la denominación de esta localidad, cf. nota a I 103.

Pompeyo se indignó mucho ante estos hechos y, ante las 133
súplicas de las personas próximas a Hircano, se dirigió contra Aristobulo con las tropas romanas y muchos aliados sirios. A través de Pela y Escitópolis llegó a Corea[128], donde 134
empieza el territorio de los judíos cuando se avanza hacia el interior. Cuando se enteró de que Aristobulo se había refugiado en Alejandreo[129], una fortaleza de las mejor dotadas que estaba situada sobre un monte elevado, le envió un mensajero para que le ordenara bajar. Él, que había sido requeri- 135
do de una forma tan despótica, prefería exponerse al peligro antes que obedecer la orden. Sin embargo, vio que la muchedumbre tenía miedo, y sus amigos le aconsejaban que tuviera en cuenta lo irresistible que era la fuerza de los romanos. Convencido por ellos bajó hasta Pompeyo y, una vez que manifestó muchos argumentos en favor de su justo derecho a ser el rey, volvió a subir a la fortaleza. Y como su 136
hermano de nuevo le llamara, bajó, habló sobre lo que era justo y se marchó sin que Pompeyo se lo impidiera. Se hallaba entre la esperanza y el temor: bajaba con la esperanza de convencer con súplicas a Pompeyo para que le confiara todo el poder, y volvía a subir a la ciudadela con el temor de que pareciera que se rendía. Pero cuando Pompeyo le orde- 137
nó que abandonara la fortaleza y le obligó a pedir por escrito a cada uno de los comandantes de estas guarniciones que se retiraran, dado que éstos tenían el encargo de no obedecer más que las órdenes escritas de su puño y letra, Aristobulo hizo lo que se le mandaba y se marchó, indignado, a Jerusalén para disponerse a luchar contra Pompeyo.

---

[128] Al sur de Escitópolis, exactamente en la frontera entre Samaria y Acrabatene; cf. Abel, *Géographie...*, II, págs. 300-301.

[129] Esta fortaleza fue fundada por Alejandro Janeo en el valle del Jordán, al sur de Escitópolis, junto a Corea; cf. Abel, *Géographie...*, II, págs. 241-242.

138 Sin embargo, Pompeyo, que no le había dejado tiempo para estos preparativos, fue inmediatamente detrás de él, y dio un nuevo impulso a esta empresa el hecho de que se enterara de la muerte de Mitrídates[130] cerca de Jericó. Ésta es la región más fértil de Judea, y en ella se producen en abundancia las palmeras y el bálsamo. De este árbol se obtiene esta sustancia que destila a través de los cortes hechos
139 con piedras afiladas en la parte baja de sus troncos. Pompeyo acampó en el lugar durante una sola noche, y al amanecer se dirigió hacia Jerusalén. Aristobulo, asustado ante su llegada, le salió al encuentro con súplicas y pudo aplacar la cólera de Pompeyo con la promesa de dinero y de entregar-
140 se él mismo junto con la ciudad. No obstante, no se cumplió nada de lo acordado, puesto que los partidarios de Aristobulo no recibieron en la ciudad a Gabinio[131], que había sido enviado en busca del dinero.

Invasión de Pompeyo

141 Pompeyo, irritado por estos hechos, mantenía a Aristobulo bajo vigilancia, y cuando iba de camino hacia la ciudad pensaba en el ataque. Se daba cuenta de que la solidez de las murallas harían difícil el asedio, de que el barranco que había delante de ellas era temible y de que el Templo que había dentro de él también estaba tan fuertemente amurallado que, aunque la ciudad fuera tomada, éste sería un segundo lugar de refugio para los enemigos.

---

[130] Rey del Ponto que había sido asesinado por su hijo Farnaces; cf. *Antigüedades* XIV 53.

[131] Aulo Gabinio, gobernador de Siria del 57 al 55 a. C., recibirá de Pompeyo el encargo de aplastar la rebelión judía capitaneada por Alejandro y Aristobulo; cf. I 160-174 y *Antigüedades* XIV 82-97.

Durante el largo tiempo que pasó dudando sobre qué 142
hacer, se produjo en el interior de la ciudad una revuelta: los partidarios de Aristobulo pretendían luchar y liberar al rey, y los de Hircano, por su parte, pensaban en abrir las puertas de la ciudad a Pompeyo. El miedo hizo que muchos estuvieran de acuerdo con esta última postura al ver la disciplina
del ejército romano. Ya vencido, el bando de Aristobulo se 143
refugió en el Templo y, una vez que cortaron el puente que le comunicaba con la ciudad[132], se prepararon para resistir hasta el final. Los demás recibieron a los romanos en la ciudad y le entregaron el palacio real. Pompeyo envió a uno de
sus generales, Pisón, con un ejército. Éste puso guarniciones 144
a lo largo de toda la ciudad, ya que no había convencido a ninguno de los que se habían refugiado en el Templo a llegar a un acuerdo. Preparaba todo lo relativo al ataque con la ayuda de los partidarios de Hircano, que estaban bien dispuestos para darle ideas y prestarle ayuda.

Él mismo en la parte septentrional[133] cubrió el foso y 145
todo el barranco con el material que trasportaron sus soldados. Era difícil llenarlo a causa de la inmensa profundidad y porque los judíos desde arriba lo impedían por todos los
medios. Los romanos no habrían concluido este trabajo, si 146
Pompeyo no hubiese aguardado al séptimo día de la semana, cuando los judíos apartan sus manos de toda actividad por causas religiosas. Levantó el terraplén e impidió que sus soldados llegaran a enfrentarse, pues los sábados los judíos

---

[132] Este puente atravesaba el valle Tiropeon y unía el Templo, en su parte suroeste, con el Xisto; cf. II 344 y VI 325.

[133] En efecto, la parte norte era la zona más fácil de asediar del Templo, y por aquí mismo es por donde Tito, después, llevará a cabo su ataque. Realmente el barranco del que nos habla Josefo no era tal, sino un foso artificial; cf. *Antigüedades* XIV 62.

147 sólo se defienden[134]. Cuando ya estaba completamente cubierto el barranco, levantó torres elevadas sobre el terraplén, acercó las máquinas que había traído de Tiro[135] y atacó la muralla. Las balistas[136] repelían a los que desde arriba impedían la acción militar. Las torres de esa parte ofrecieron una gran resistencia por su especial tamaño y esplendor.

148 Allí los romanos soportaron muchos padecimientos, y Pompeyo se admiraba de los judíos por su firmeza y, sobre todo, por el hecho de que no abandonaban sus prácticas religiosas ni siquiera cuando estaban rodeados de proyectiles por todas partes. Y como si en la ciudad hubiera una profunda paz, con exactitud se cumplían en honor de Dios los sacrificios diarios, las expiaciones y todos los ritos[137]. Incluso, en la misma toma de la ciudad, cuando eran ejecutados en torno al altar, no se apartaron de las prescripciones

---

[134] El descanso sabático se respetaba en todo momento, excepto para defenderse cuando se era atacado directamente. Este último principio fue establecido al comienzo de las luchas de los Macabeos, para impedir que los enemigos se aprovecharan de esta costumbre religiosa judía (*I Macabeos* 2, 40 ss.). No obstante, en este caso Pompeyo, que conoce muy bien esta norma hebrea, se sirve de ella y no ataca directamente, sino que prepara el asedio, mientras que los judíos no pueden impedírselo.

[135] En la costa fenicia, entre Sidón y Ptolemaida. Su hegemonía, el llamado «territorio de Tiro» (cf. *Marcos* 7, 24), se extendía hasta el alto Jordán, hasta la Galilea Superior. En este momento era una ciudad libre, que mantenía su independencia a través de una alianza con Roma.

[136] Máquinas de guerra que servían para lanzar piedras y otros artefactos contundentes. De este tipo de artillería se hablará con más detalle en los libros II y III.

[137] La mayor parte de los ritos y ceremonias cultuales tenían lugar en el atrio interior del Templo, que estaba al descubierto, mientras que los sacrificios, excepto el del incienso, se desarrollaban en el altar de la fachada este del Templo, lógicamente también a cielo descubierto, de modo que los judíos eran fácil objetivo de los ataques romanos. Para una descripción detallada del culto diario en el Templo, vid. SCHÜRER, *Historia...*, págs. 391-408.

religiosas de cada día. En el tercer mes del asedio a duras 149
penas los romanos destruyeron una de las torres y entraron en el santuario[138]. El primero que se atrevió a pasar al otro lado de la muralla fue Fausto Cornelio, hijo de Sila, y después de él dos centuriones, Furio y Fabio, a los que seguía su propia tropa. Rodearon al Templo por todas las partes y así mataron a los que iban a refugiarse en el santuario[139] y a los que aún oponían una breve resistencia.

Entonces muchos sacerdotes continuaron con sus ritos 150
sin alterarse lo más mínimo, aunque veían a los enemigos que venían contra ellos con la espada en la mano, y fueron degollados mientras realizaban sus libaciones y quemaban incienso, pues anteponían el culto a Dios a su propia salvación. La mayoría de ellos fueron asesinados por judíos del bando contrario[140] y una multitud innumerable se lanzó por los precipicios. Algunos, enloquecidos por la dura situación, prendieron fuego alrededor de la muralla y ellos mismos ardieron en él. Murieron doce mil judíos. Los romanos tu- 151
vieron muy pocos muertos, aunque sí muchos heridos.

De entre las desgracias que entonces padecieron nada 152
afectó tanto al pueblo como el hecho de que los extranjeros pusieran al descubierto el recinto sagrado del Templo, que hasta ese momento había permanecido sin ser visto. Pompeyo entró con los suyos en la cámara del santuario donde sólo estaba permitido entrar al sumo sacerdote[141], y con-

[138] *Antigüedades* XIV 66 dirá que este hecho ocurrió en el «día del ayuno», en la Olimpiada 179 bajo el consulado de Cayo Antonio y Marco Tulio Cicerón, es decir, en septiembre u octubre del 63 a. C.

[139] El interior del Templo era el santuario, que consistía en una antecámara y en otra estancia situada a continuación, el *Sancta Sanctorum*, a la que sólo podía acceder el sumo sacerdote.

[140] Los partidarios de Hircano.

[141] Cf. nota a I 149.

templaron lo que había dentro: todos los objetos completamente de oro, como el candelabro, las lámparas, la mesa, los vasos y los incensarios, una gran cantidad de perfumes y un
153 tesoro sagrado de casi dos mil talentos[142]. No tocó nada de esto ni ningún otro de los objetos sagrados, sino que al día siguiente de la toma de la ciudad mandó a los guardianes del Templo limpiar el lugar y celebrar los sacrificios según la costumbre. De nuevo Pompeyo nombró a Hircano sumo sacerdote porque en el asedio le había sido favorable y porque impidió que un gran número de individuos del lugar, que estaba dispuesto a ello, luchara junto con Aristobulo. Como consecuencia de esta actuación, que era propia de un buen general, se atrajo al pueblo por su benevolencia más
154 que por el miedo. Entre los prisioneros de guerra estaba el suegro de Aristobulo, que era también su tío[143]. Hizo decapitar a los cabecillas de la guerra, concedió magníficas recompensas a Fausto[144] y a los que habían luchado con él de forma valerosa, e impuso un tributo a la región y a la ciudad de Jerusalén.

155 Quitó a los judíos las ciudades que habían conquistado en Celesiria y las puso bajo la autoridad del general romano que se nombró para ello. De esta forma dejó sitiados a los hebreos dentro de sus propias fronteras. Reconstruyó Gadara, que había sido derribada por los judíos, para así complacer a uno de sus libertos, Demetrio, natural de esta ciudad.
156 También liberó las ciudades del interior que aún no habían

---

[142] El Templo de Jerusalén poseía considerables recursos que habían atraído la codicia de varias personalidades: tal es el caso de Heliodoro, ministro de Seleuco IV Filopátor (cf. *II Macabeos* 3, 6-40), o de Antíoco IV que los confiscó en el año 169 a. C., como se ha señalado en I 32 (cf. además *I Macabeos* 1, 20, *II Macabeos* 5, 21, y *Antigüedades* XII 249).

[143] Absalón; cf. *Antigüedades* XIV 71.

[144] Por haber sido el primer soldado que entró en la ciudad; cf. I 149.

sido destruidas: Hipo[145], Escitópolis, Pela[146], Samaria, Jamnia, Marisa, Azoto y Aretusa[147]. Igual hizo con ciudades costeras como Gaza, Jope, Dora y la que antes se llamaba Torre de Estratón, reconstruida más tarde por el rey Herodes con magníficos edificios y denominada Cesarea. Devolvió 157
estas ciudades a sus legítimos ciudadanos y las incluyó dentro de la provincia romana de Siria. Tras encomendar a Escauro que administrara con dos legiones esta zona, Judea y las comarcas que hay hasta Egipto y el Éufrates, se marchó a Roma a través de Cilicia[148] con Aristobulo y su familia como prisoneros de guerra. Este último tenía dos hijas y dos 158
hijos, uno de los cuales, Alejandro, se escapó durante el viaje, mientras que el más joven, Antígono[149], fue conducido con sus hermanas a Roma.

Entretanto Escauro, cuando invadía Arabia, tuvo que 159
detenerse por las asperezas del terreno en Petra. Allí devastó

---

[145] En la orilla oriental del lago de Gennesar, sobre una colina del mismo nombre, frente a Tariquea; cf. PLINIO, *Historia natural* V 15, 71.

[146] *Antigüedades* XIV 75 añade aquí la ciudad de Dión.

[147] Azoto es la forma griega de la ciudad de la costa cananea Asdod. Este centro helenístico importante contaba con una destacada población judía desde la época de los Macabeos (cf. *I Macabeos* 14, 34, y *Antigüedades* XIII 395). Aretusa, citada también en *Antigüedades* XIV 75, ha de situarse en la costa, al norte de Jamnia, ya que el resto de las ciudades de esta enumeración siguen esta ubicación. Por tanto, sería bastante descabellado identificarla con la Aretusa del norte de Siria, cerca de Emesa, referida por ESTRABÓN, XVI 2, 10-11, o PLUTARCO, *Antonio* 37.

[148] Una de las regiones de Asia Menor, en este caso al suroeste, que poco a poco fueron convirtiéndose en provincias romanas. Las diferentes regiones de Asia Menor, desde el Egeo al Éufrates y desde el Ponto Euxino al Mediterráneo, que fueron pasando de reinos clientes a provincias romanas han sido estudiadas por D. MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor*, Princeton, 1950, y por el volumen II 7.2 (1980) de *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*.

[149] Antígono se llamaba también Matías. Los reyes y los príncipes judíos solían llevar nombres griegos junto a los judíos.

gran parte de los alrededores y soportó algunas penalidades, pues su ejército pasó hambre. Hircano iba en su ayuda y le mandaba víveres a través de Antípatro, al que Escauro envió junto a Aretas, pues era su amigo, para que pusiera fin a la guerra a cambio de dinero. El rey de Arabia consintió en pagar trescientos talentos, y de este modo Escauro sacó su ejército de Arabia.

Revuelta de Alejandro. Gobierno de Gabinio, Craso y Casio

160 Alejandro, el hijo de Aristobulo que se había escapado de Pompeyo, al cabo de un tiempo consiguió reunir una tropa numerosa. Molestaba a Hircano y realizaba saqueos por Judea. Parecía que iba a terminar pronto con él, pues cuando llegó estaba dispuesto a reconstruir la muralla de Jerusalén que había sido derribada por Pompeyo. Habría acabado por derrocar a Hircano, si Gabinio, enviado por Escauro a Siria como su sucesor[150], no hubiera mostrado su valor en otras muchas
161 hazañas y sobre todo en el ataque contra Alejandro. Éste, temeroso ante su llegada, reunió un ejército más numeroso, compuesto de diez mil soldados de infantería y mil quinientos jinetes. También fortificó los lugares estratégicos como Alejandreo[151], Hircania y Maqueronte[152], junto a las montañas de Arabia.

162 Gabinio envió delante a Marco Antonio con una parte del ejército y él fue detrás con el grueso de las tropas. Los

---

[150] En realidad entre Escauro y Gabinio hubo otros dos gobernadores, Marcio Filipo (61-60) y Léntulo Marcelino (59-58 a. C.); cf. APIANO, *Siria* 51.

[151] Cf. I 134.

[152] Hircania, fortaleza situada entre Jerusalén y el Mar Muerto, fue levantada por Juan Hircano y servirá de refugio a los últimos asmoneos. Maqueronte estaba en los montes de Moab, en la región de Perea, ya en la frontera con el país de los nabateos.

soldados escogidos de Antípatro y el resto de las fuerzas judías, cuyos jefes eran Malico y Pitolao, se unieron con los oficiales de Marco Antonio y se enfrentaron a Alejandro. No mucho después se presentó Gabinio con sus tropas. Ale- 163
jandro, que no esperó al ejército enemigo unificado, se retiró y ya cerca de Jerusalén se vio obligado a luchar. En la batalla perdió seis mil hombres: tres mil murieron y los otros tres mil fueron hechos prisioneros. Con los que le quedaban huyó al Alejandreo.

Cuando Gabinio llegó a los alrededores del Alejandreo 164
y encontró a muchos soldados allí acampados, intentó atraérselos antes de la lucha mediante la promesa del perdón por las faltas que habían cometido. Pero, como éstos respondieron con muy poca sensatez, mató a un gran número de ellos y encerró a los demás en la fortaleza. En esta batalla se dis- 165
tinguió el oficial Marco Antonio, que siempre se había mostrado valeroso, pero nunca de esta manera. Por su parte, Gabinio, tras haber encargado a sus hombres la toma de la fortificación, se marchó a poner orden en las ciudades que no habían sido destruidas y a levantar aquellas que estaban demolidas. Por mandato suyo fueron repobladas Escitópolis, 166
Samaria, Antedón, Apolonia[153], Jamnia, Rafia, Marisa, Adoreos, Gábala, Azotos y otras muchas[154]. A cada una de ellas acudieron los colonos gustosamente.

Después de encargarse de esto, Gabinio regresó al Ale- 167
jandreo y reforzó su asedio, de modo que Alejandro, perdida ya toda esperanza, le envió mensajeros para pedir el per-

---

[153] Entre Jope y Cesarea, en el emplazamiento de la actual Tel Aršaf; cf. ABEL, *Géographie...*, II pág. 247.

[154] Cf. *Antigüedades* XIV 88, donde varía sensiblemente esta lista de ciudades.

dón por los males cometidos y entregarle las guarniciones que aún le quedaban, Hircania y Maqueronte. Asimismo des-
168 pués le entregó el Alejandreo. Gabinio, por consejo de la madre de Alejandro, destruyó totalmente estas fortificaciones, para que no volvieran a ser de nuevo el punto de apoyo de una segunda guerra. Ella estaba allí para aplacar a Gabinio, ya que temía por los prisioneros que habían sido llevados
169 a Roma, por su marido y por sus otros hijos. A continuación Gabinio condujo a Hircano a Jerusalén, le encomendó el cuidado del Templo y para el resto de la administración es-
170 tableció un gobierno aristocrático. Dividió a todo el pueblo en cinco Consejos[155]: Designó uno en Jerusalén, otro en Gadara[156], otro se constituyó en Amatunte, el cuarto correspondió a Jericó y el quinto fue designado en Séforis[157], ciudad de Galilea[158]. Los judíos, liberados de buen grado del poder de una sola persona, en adelante se rigieron por una aristocracia.

---

[155] El término griego *synódous* de este pasaje se sustituye por *synédria* en *Antigüedades* XIV 91 y en *Autobiografía* 91. Es la primera vez que se emplea este vocablo para denominar la institución judía que la tradición posterior llamará *Sanedrín*; sobre las funciones de éste y otros órganos de la administración judía puede consultarse el artículo de V. TCHERIKOVER, «Was Jerusalem a 'Polis'?», *Israel Exploration Journal* 14 (1964), 61-78.

[156] Los manuscritos presentan la lectura Gadara, aunque parece más lógico entender aquí Gazara, según reconocen THACKERAY y PELLETIER en sus comentarios, ya que Gadara fue separada del territorio judío por Pompeyo (cf. I 155). No obstante son muy normales en las fuentes las confusiones entre los nombres de estas dos ciudades.

[157] Seguramente la ciudad más importante de la Galilea Inferior, después de Tiberíades *(Autobiografía* 346). Herodes Antipas la reedificó hasta convertirla en el «ornato de Galilea» *(Antigüedades* XVIII 27). Antonino Pío la denominará Diocesarea; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, págs. 235-240, y P. CELDRÁN, «Una ciudad en la periferia del helenismo: Sephoris», *Estudios Clásicos* 107 (1995), 41-50.

[158] Esta división de Palestina fue eliminada por Julio César en el 47 a. C., cuando concedió a Hircano la etnarquía sobre los judíos; cf. I 99-200.

No mucho después Aristobulo fue el inicio de disturbios 171
al escaparse de Roma. De nuevo éste reunió a muchos judíos, unos porque deseaban el cambio y otros porque le querían desde hacía tiempo. En primer lugar se apoderó del Alejandreo e intentó reconstruir sus muros. Ahora bien, cuando se enteró de que Gabinio había enviado un ejército contra él a las órdenes de Sisena, Antonio y Serviano[159], se
retiró a Maqueronte. Despidió a la tropa inútil y solamente 172
se llevó a los hombres armados, unos ocho mil, entre los que se encontraba Pitolao, lugarteniente de Jerusalén, que se había pasado a su bando con mil soldados. Los romanos fueron detrás de ellos y, cuando se produjo el enfrentamiento armado, el ejército de Aristobulo resistió luchando valerosamente durante mucho tiempo, si bien finalmente sucumbió ante la fuerza de los romanos: murieron cinco mil, unos dos mil se refugiaron en una colina, y los otros mil, junto con Aristobulo, se dirigieron hacia Maqueronte a través de
las fuerzas romanas. La primera noche el rey acampó allí, 173
entre las ruinas, y tenía la esperanza de reunir otro ejército, si la guerra le daba un momento de tregua; también fortificó la guarnición de mala manera. Tras soportar el ataque de los romanos durante dos días más allá de sus posibilidades fue capturado junto con su hijo Antígono, que había huido con él desde Roma, llevado como prisionero a Gabinio y envia-
do por éste de nuevo a Roma. El Senado le encarceló y dejó 174
regresar a sus hijos a Judea, pues Gabinio comunicó por medio de una carta que había hecho esta promesa a la mujer de Aristobulo como compensación por la entrega de las fortalezas[160].

---

159 *Antigüedades* XIV 92, así como diversos manuscritos, contienen el nombre de Servilio, en lugar de Serviano.

160 Cf. I 168.

175 Cuando Gabinio se disponía a atacar a los partos se le opuso Ptolomeo[161]. A su regreso del Éufrates Gabinio había vuelto a poner a este soberano en el trono de Egipto con la ayuda de Hircano y Antípatro, que le proporcionaron todo lo necesario para la expedición. Antípatro le procuró dinero, armas, alimentos y tropas auxiliares, y convenció a los judíos que vigilaban los accesos a Pelusio[162] para que dejaran
176 pasar a Gabinio. Ante la partida de Gabinio el resto de Siria se sublevó, y de nuevo Alejandro, el hijo de Aristobulo, incitó a los judíos a la revuelta, reunió un gran ejército y se dispuso a matar a todos los romanos que se hallaban en la re-
177 gión. Asustado ante estos hechos, Gabinio, que ya había regresado de Egipto a causa de los tumultos, envió delante a Antípatro y así consiguió que algunos de los sublevados cambiaran de opinión. Sin embargo, treinta mil hombres continuaron con Alejandro, que deseaba entrar en combate. De esta manera, el general romano partió para la guerra. Los judíos salieron a su encuentro y se enfrentaron en los alrededores del monte Itabirion[163], donde murieron diez mil
178 hombres y el resto se dispersó en la huida. A su regreso a Jerusalén Gabinio restableció el gobierno, de acuerdo con el deseo de Antípatro. A continuación, emprendió una campaña militar y venció a los nabateos. Sin que nadie se enterara

[161] Este Ptolomeo XI Auletes es el padre de la famosa Cleopatra. En el 55 a. C. acudió a Gabinio para que le restableciera en el trono de Egipto, de donde había sido expulsado.

[162] La monarquia egipcia había encargado a los judíos desde hacía tiempo la vigilancia de las vías de acceso a Pelusio, ciudad de la costa mediterránea, a unos 35 Km al este del canal de Suez, el punto fundamental de entrada a Egipto desde el norte y del este; cf. I 190-191, VII 420 ss., *Antigüedades* XIII 62 ss. y *Contra Apión* II 64.

[163] El monte Tabor, una de las montañas sagradas del Judaísmo, al sudeste de Nazaret, donde tendrá lugar la conocida transfiguración de Cristo (*Mateo* 17, 1-9).

dejó marchar a Mitrídates y Orsanes, que habían huido de Partia, y a los soldados les dijo que se habían escapado[164].

Entonces llegó su sucesor, Craso[165], y se hizo cargo de 179 Siria. Este personaje, para la expedición que estaba organizando contra los partos, se apoderó de todo el oro que quedaba en el Templo de Jerusalén y se llevó los dos mil talentos que Pompeyo había respetado[166]. Sin embargo, tras atravesar el Éufrates perecieron él y su ejército, aunque sobre estos acontecimientos ahora no es el momento de hablar[167].

Después de la muerte de Craso, Casio[168], que se había 180 refugiado en Siria, impidió el paso a los partos, que habían emprendido la invasión de esta provincia a través del río[169]. Tras salvar la región se dirigió contra los judíos, tomó Tariquea[170], esclavizó a treinta mil judíos y mató a Pitolao que se había puesto en contacto con los partidarios de Aristobulo. Antípatro era cómplice de este asesinato. Éste estaba ca- 181 sado con una distinguida mujer de Arabia, llamada Cipros, de la que tenía cuatro hijos: Fasael, Herodes, que luego será rey, José, Ferora y una hija, Salomé. Tenía buenas relaciones con los poderosos de todos los lugares por amistad y hospitalidad. En especial se atrajo el favor del rey de Ara-

---

[164] Este *excursus* sobre las actividades de Gabinio en el reino nabateo no tienen mucho sentido en este relato. Por ello Reinach, entre otros, considera que la causa hay que buscarla en la disparidad de las fuentes utilizadas por Josefo.

[165] M. Licinio Craso fue gobernador de Siria del 54 al 53 a. C.

[166] Cf. I 153.

[167] I 152-153.

[168] C. Casio Longino, cuestor de la provincia siria, que asumió el cargo de gobernador entre el 53 y 51 a. C.

[169] El río Éufrates.

[170] Junto al lago Gennesar, al norte de Tiberíades, identificada con la bíblica Migdal o Magdala (*Josué* 15, 37), «Torre de pescados», que parece traducir el griego *tárichos:* «salazón»; cf. Abel, *Géographie...*, II, pág. 476-77.

bia[171] a causa de su matrimonio, y cuando emprendió la
182 guerra contra Aristobulo le confió sus hijos. Por su parte Casio, una vez que obligó a Alejandro por medio de un tratado a permanecer al margen de la situación, se dirigió hacia el Éufrates para impedir que los partos lo atravesaran. Sobre estos acontecimientos volveremos más adelante[172].

Julio César y Antípatro

183 Cuando Pompeyo y el Senado huyeron al otro lado del mar Jónico y César se hizo dueño de Roma y del Imperio[173], éste último liberó a Aristobulo de la prisión, le entregó dos legiones y le envió rápidamente a Siria, con la esperanza de que con él se atraería fá-
184 cilmente esta provincia y las regiones próximas a Judea. Sin embargo, la envidia acabó con la buena disposición de Aristobulo y las esperanzas de César. Aristobulo murió envenenado por los partidarios de Pompeyo y durante mucho tiempo no consiguió una tumba en su tierra patria. Su cadáver permaneció conservado en miel, hasta que Antonio se lo envió a los judíos para que lo enterraran en el panteón de los reyes.
185 Escipión[174] decapitó a su hijo Alejandro en Antioquía por orden de Pompeyo y tras ser acusado ante el tribunal por los males cometidos contra los romanos. Ptolomeo[175], hijo de Meneo, que gobernaba en Calcidia, al sur del Líbano, concedió la hospitalidad a los hermanos de Alejandro y

[171] Se trata probablemente de Malico I, sucesor de Obedas II.

[172] Josefo no vuelve a hablar de este tema en ningún pasaje de esta obra ni de las *Antigüedades*.

[173] Estos acontecimientos sucedieron en enero del 49 a. C.

[174] Q. Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica, gobernador de Siria y suegro de Pompeyo.

[175] Sobre este Ptolomeo, cf. I 103.

envió a su hijo Filipo a Ascalón[176] en su busca. Éste apartó 186
a Antigono y a sus hermanas de la mujer de Aristobulo y los llevó junto a su padre. Filipo se enamoró y se casó con una de ellas[177]. A causa de esta mujer su padre lo asesinó poco después. Tras este crimen, Ptolomeo se casó con Alejandra, y por este matrimonio se convirtió en el mayor defensor de sus hermanos.

Antípatro, después de la muerte de Pompeyo[178], cambió 187
de actitud y trató de atraerse a César. Cuando Mitrídates de Pérgamo no pudo atravesar el paso de Pelusio con el ejército que llevaba contra Egipto y tuvo que detenerse en Ascalón, Antípatro convenció a los árabes, ya que era su huésped, para que le auxiliaran, y él mismo salió a su encuentro
con unos tres mil soldados judíos. Animó a los poderosos de 188
Siria para que prestasen su ayuda, a Ptolomeo[179], que habitaba el Líbano, y a Jámblico. Por mediación de estos personajes las ciudades de la región participaron en la guerra de-
cididamente. Mitrídates, animado ya por la fuerza que le 189
daba Antípatro, se encaminó hacia Pelusio y, como no se le permitió el paso, asedió la ciudad. En el ataque Antípatro adquirió gran renombre, puesto que abrió una brecha en la

---

[176] Es una de las ciudades costeras más antiguas e importantes de la costa filistea (cf. Heródoto, I 105). Fue muy próspera en época romana, momento en que gozó de una cierta independencia (cf. Plinio, *Historia natural* V 68). Como veremos más adelante, esta población desempeñó un papel importante en la guerra contra Roma debido a la presencia en ella de una importante comunidad judía.

[177] Concretamente con Alejandra, la menor de las dos hermanas de Alejandro y Antígono.

[178] El 28 de septiembre del 48 a. C.

[179] No es el Ptolomeo, hijo de Meneo, del que se ha hablado en I 185, sino de Ptolomeo, hijo de Soemo, tal vez el tetrarca del Líbano citado en *Autobiografía* 52 y *Antigüedades* XIV 129.

muralla que tenía delante y fue el primero que entró con sus hombres en la ciudad.

190 Así se apoderó Mitrídates de Pelusio. Ahora bien, los que custodiaban la región llamada de Onías no le permitieron avanzar más adelante. Se trataba de los judíos de Egipto[180]. Antípatro les convenció no soló para que no le impidieran el paso, sino también para que proporcionaran víveres a su ejército. Ni siquiera se le opusieron los habitantes de Menfis,
191 que voluntariamente se unieron a Mitrídates. Éste recorrió el Delta y se enfrentó a los demás egipcios en un lugar que se llama Campamento de los judíos. Antípatro se dio la vuelta en la ribera del río y fue en ayuda de Mitrídates que en la
192 batalla corría peligro con toda su ala derecha. Pues con el ala izquierda había vencido ya a los que se le habían enfrentado. A continuación se lanzó contra los que perseguían a Mitrídates, mató a un número muy grande de ellos y persiguió al resto de los hombres hasta tomar su campamento. Sólo perdió a ochenta[181] de sus hombres, mientras que Mitrídates se quedó sin ochocientos de los suyos en la persecución. Este último, salvado contra toda esperanza, se convirtió ante César en un testigo digno de fe de las hazañas de Antípatro.

193 César animó a este hombre con elogios y buenas esperanzas a enfrentarse por él a otros peligros. En todas estas acciones se mostró como un guerrero muy audaz y llevaba las señales del valor en las muchas heridas que tenía en casi
194 todo su cuerpo. Después de restablecer el orden en Egipto y regresar a Siria, César le concedió la ciudadanía romana, la exención de impuestos y le convirtió en una persona envi-

[180] En VII 420 ss. y *Antigüedades* XIII 62 ss. Josefo mencionará con más detalle este «territorio de Onías» en Leontópolis, donde este sumo sacerdote levantará un Templo que emulaba al de Jerusalén; cf. nota a I 31.

[181] Cuarenta en *Antigüedades* XIV 135.

diable a causa de otros honores y por la benevolencia para con él. Por indicación suya confirmó a Hircano como sumo sacerdote.

César interviene en el conflicto entre Antípatro y Antígono. Triunfo de Antípatro

En este mismo momento, Antígono, 195
hijo de Aristobulo, acudió a César y de forma inesperada fue para Antípatro la causa de un gran ascenso. A aquél le convenía lamentarse de que su padre hubiera sido envenenado, al parecer por su enemistad con Pompeyo, y censurar la crueldad de Escipión para con su hermano[182], sin mezclar la
compasión con la envidia. Sin embargo, haciendo caso omi- 196
so de esto, acusó a Hircano y a Antípatro de haberle expulsado de una forma totalmente ilegal a él y a sus hermanos de toda su patria, de haber obrado con insolencia contra el pueblo, y de haberle prestado ayuda en la campaña contra Egipto no por su buena disposición hacia César, sino por miedo de las antiguas diferencias que había entre ellos y por librarse así de la amistad con Pompeyo.

Ante estas acusaciones Antípatro se quitó la ropa, mos- 197
tró el gran número de heridas que tenía y dijo que no había necesidad de hablar sobre su buena disposición hacia César.
Aunque él se callara, su cuerpo lo hablaba a gritos. Dijo que 198
estaba admirado de la audacia de Antígono, hijo de un enemigo de Roma, de un fugitivo de Roma, que conservaba el carácter revolucionario y sedicioso de su padre, que había intentado acusar a otras personas ante el general romano y había tratado de obtener algún beneficio, cuando él debía contentarse de estar aún vivo. Y que ahora aspiraba al poder no tanto por necesidad, sino para sublevar a los judíos y

[182] Cf. I 184-185.

servirse de sus medios contra los que le dieran ocasión de ello.

199 Cuando César escuchó estas palabras, declaró que Hircano era la persona más digna para ser sumo sacerdote[183] y permitió a Antípatro elegir un cargo. Sin embargo, éste dejó la elección de la categoría del mando en manos de la persona que le concedía este honor. Y así fue nombrado procurador de toda Judea[184] y obtuvo el permiso para levantar las
200 murallas de su patria que estaban destruidas[185]. César ordenó que estos honores fueran grabados en el Capitolio[186] como testimonio de su justicia y del valor de este hombre.

201 Antípatro, tras acompañar a César, regresó de Siria a Judea. En primer lugar reconstruyó la muralla que había sido derribada por Pompeyo y recorrió el país poniendo fin a los tumultos que había. Para ello, en cada uno de los casos, amenazaba y aconsejaba lo siguiente: si se sometían a Hircano vivirían felices y tranquilos y disfrutarían de sus pro-
202 pios bienes y de una paz general. En cambio, si se dejaban

---

[183] Según figura en el decreto de Julio César en favor de Hircano (*Antigüedades* XIV 191-212), este príncipe judío recibió también el título de etnarca, «jefe del pueblo judío».

[184] El término *epítropos*, «procurador», será el aplicado a los gobernadores enviados por Roma a Judea, cuando ésta ya no sea independiente. Sin embargo, en este caso es algo distinto, ya que Antípatro no es procurador de los romanos, sino de Hircano. Por ello un poco más adelante (I 202) Antípatro será calificado de *kēdemón*, «administrador», «protector», que no es ningún título romano, sino que indica su función en la nueva administración judía. Con estos nombramientos se anula aquella organización del territorio palestino en cinco distritos hecha por Gabinio y se recupera la unidad nacional (cf. I 170).

[185] En *Antigüedades* XIV 144 es Hircano el que recibe esta concesión.

[186] En *Antigüedades* XIV 143-155 y 190-264 están recogidos estos decretos de Julio César, si bien no hay que entenderlos al pie de la letra como auténticos.

convencer por las vanas esperanzas de los que querían sublevarse para obtener ganancias personales, le tendrán a él como a un señor en lugar de como a un protector[187], a Hircano como a un tirano en lugar de como a un rey y a los romanos y a César como enemigos en lugar de como gobernantes y amigos, dado que éstos no iban a permitir que se quitase del mando a los que ellos mismos habían nombrado.
Mientras decía esto se encargaba por sí mismo de la admi- 203
nistración del país, ya que veía que Hircano era torpe y muy poco hábil para desempeñar el cargo de rey [188]. Nombró al mayor de sus hijos, Fasael, gobernador de Jerusalén y de las regiones adyacentes, y envió a Galilea a su otro hijo, Herodes, que aún era muy joven[189], con los mismos poderes.

Herodes, gobernador de Galilea

Herodes, activo por naturaleza, ense- 204
guida encontró material de trabajo para su mente. Al enterarse de que Ezequías, jefe de una banda de ladrones[190], hacía saqueos por las zonas limítrofes de Siria con un gran número de bandidos, le capturó y le mató a él y

---

[187] Cf. nota a I 199.

[188] Hircano nunca tuvo el título de rey, sino de etnarca y de sumo sacerdote, aunque en la práctica etnarca y rey tenían unas funciones similares.

[189] Existe cierta disparidad sobre la edad que entonces, en el 47 a. C., tenía Herodes. Según *Antigüedades* XIV 158 tenía quince años, aunque si hacemos caso al dato de que este rey murió a los setenta años el 4 a. C. (cf. I 647 y *Antigüedades* XVII 148), tendríamos que hablar más bien de veinticinco o veintiséis años.

[190] Este Ezequías aparece calificado con uno de los múltiples nombres dados por Josefo a esa minoría judía contraria a Roma y para él culpable del desenlace de la guerra, «ladrones», «bandidos», etc... Por otra parte, Ezequías es el padre de Judas el Galileo, un revolucionario del que se hablará en II 56 y seguramente también en II 118. El problema de identificación de éste o de estos Judas se tratará en la nota correspondiente a esos pasajes.

205 a muchos de sus hombres. Esto resultó de gran agrado para los sirios. En las aldeas y en las ciudades Herodes era elogiado como el héroe que les había restituido la paz y sus posesiones. Por esta hazaña llegó a ser conocido por Sexto Cé-
206 sar, familiar del gran César, que gobernaba Siria[191]. Ante la buena fama de su hermano, Fasael también deseaba adquirir un renombre similar, para lo que se atrajo a los habitantes de Jerusalén mediante un gobierno en absoluto irrespetuoso
207 ni arrogante para con la ciudad. En consecuencia, el pueblo trató a Antípatro como si fuera un rey y todos le tributaron los honores propios de un señor absoluto. Ahora bien, él no cambió el afecto y la confianza hacia Hircano.

208 Sin embargo, en la prosperidad es imposible escapar a la envidia. Hircano, sin que nadie se diera cuenta, estaba dolido en su interior por la gloria de estos jóvenes; sobre todo le molestaban los éxitos de Herodes y los continuos mensajeros que corrían a anunciarle sus hazañas una por una. En la corte le provocaban muchas personas, para quienes la prudencia de Antípatro o de sus hijos suponía un obstáculo. Es-
209 tos individuos decían que al encomendar los asuntos públicos a Antípatro y a sus hijos él conservaba sólo el nombre de rey sin ningún poder. ¿Hasta cuándo cometería el error de alimentar reyes contra él mismo? Pues ellos ya no fingían ser procuradores, sino que a la vista de todos eran los señores y le menospreciaban, porque, sin que él hubiera dado ninguna instrucción o una orden escrita, Herodes había matado a muchos hombres en contra de la ley judía. Y si éste no era un rey, sino un hombre particular, era necesario que compareciera ante un tribunal para dar cuenta de ello

---

[191] Sexto Julio César era el nieto del tío paterno de Julio César, al que éste nombró gobernador de Siria en el 47 a. C., entre Q. Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica y Q. Cecilio Baso (cf. DIÓN CASIO XLVII 26, 3, y *Antigüedades* XIV 160).

ante el propio rey y ante las leyes de la patria, que no permiten matar a nadie sin antes haberlo juzgado.

Poco a poco Hircano se iba enardeciendo con estos he- 210
chos hasta que acabó por estallar en cólera y convocó a Herodes a un juicio. Éste, por consejo de su padre y por la seguridad que le conferían sus actividades, se dirigió allí no sin antes haber distribuido guarniciones por Galilea. Llegó acompañado de un grupo de hombres fuertes, de modo que no pareciera que iba con una gran tropa a derrocar a Hircano, pero que tampoco estuviera inerme ante los ataques de
la envidia[192]. Sexto César, por temor de que al joven, al es- 211
tar rodeado de enemigos, le ocurriera alguna desgracia, envió a Hircano unos mensajeros con la orden expresa de absolver a Herodes de la acusación de asesinato. Hircano, que además estaba decidido a ello porque quería a Herodes, lo dejó libre[193].

Herodes, como pensaba que se había librado de este pro- 212
ceso contra la voluntad del rey, se refugió en Damasco junto a Sexto, dispuesto a desobedecerle si le volvía a citar. De nuevo los malvados incitaban a Hircano y le decían que Herodes se había ido lleno de cólera y que se estaba preparando para venir contra él. El rey creyó estas habladurías y no sabía qué hacer, pues veía que su enemigo era más fuerte.
Herodes, desde que fue nombrado gobernador[194] de Celesi- 213
ria y Samaria por Sexto César, se había hecho temible no

[192] Al parecer Herodes actuó ante el Gran Consejo o Sanedrín de una forma burlona y provocativa, según se detalla en *Antigüedades* XIV 171-173.

[193] *Antigüedades* XIV 177 no nos informa de que Hircano diera la absolución inmediata a Herodes, sino de que aplazó la sentencia para más adelante y así facilitar la huida de Herodes.

[194] El término griego es *stratêgós,* con un sentido muy amplio y genérico, pero que indica una subordinación a las autoridades romanas.

sólo por su simpatía entre el pueblo, sino también por su poder. Hircano tenía tanto miedo que esperaba que de un momento a otro viniera contra él con un ejército.

214 Y no se equivocó en su presentimiento. En efecto, Herodes, indignado por la amenaza de este juicio, reunió una tropa y la condujo a Jerusalén para derrocar a Hircano. Y rápidamente hubiese cumplido su propósito, si su padre y su hermano no hubiesen ido a su encuentro y no hubieran aplacado su cólera. Le pidieron que limitase su venganza sólo a amenazas y a amonestaciones, y que perdonase al rey, por quien había llegado a tanto poder. Además, si estaba furioso porque le había llamado a juicio, era necesario que le agradeciera el haber sido absuelto; y no debía ver sólo la parte oscura ni ser un ingrato con quien le había sal-
215 vado la vida. Y si consideramos que Dios es el que decide el éxito de la guerra, entonces la injusticia tendrá más fuerza que la campaña militar. Por ello, no era necesario que él pusiera toda la esperanza en la victoria, pues iba a luchar contra un rey y contra un compañero, que siempre había sido su bienhechor y nunca su adversario, salvo cuando por consejo de personas malvadas hizo recaer sobre él la sombra de la injusticia. Herodes se dejó convencer por estas razones, pues creía que para sus propósitos era suficiente el haber demostrado su fuerza ante el pueblo.

216 Mientras tanto en Apamea[195] se produjeron entre los romanos disturbios y una guerra civil[196]: Cecilio Baso por

---

[195] Ciudad siria, al sur de Antioquía, junto a las fuentes del río Orontes; cf. ESTRABÓN, XVI 2, 7. Un estudio bastante completo sobre esta ciudad puede verse en J. y J. CH. BALTY, «Apamée de Syrie, archéologie et histoire. Des origines à la Tetrarchie», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 103-134.

[196] El conflicto bélico de la ciudad siria de Apamea está narrado en *Antigüedades* XIV 268-276. En el otoño del 45 a. C. Cecilio Baso, parti-

su buena disposición hacia Pompeyo había asesinado a Sexto César y se había apoderado de su ejército, lo que provocó que los demás generales de César en venganza por esta muerte atacaran a Baso con todas sus tropas. Antípatro 217
envió ayuda a estos generales a través de sus hijos, dado que ambos eran amigos suyos, el César que había muerto y el que aún estaba vivo. Como la guerra se alargaba, desde Italia vino Murco para suceder a Antistio[197].

Guerra civil en el Imperio. Casio en Siria

En este momento es cuando estalló 218
entre los romanos la gran guerra, cuando Casio y Bruto mataron a traición a César, que había estado en el poder durante tres años y siete meses[198]. Este asesinato dio lugar a una gran revuelta y a que los poderosos constituyeran partidos rivales. Cada uno de éstos se fue con aquel del que pensaba que iba a obtener beneficios para sus expectativas personales. Por su parte, Casio marchó a Siria para hacerse cargo de las fuerzas militares de Apamea. Allí recon- 219
cilió a Murco, a Baso y a las legiones sublevadas, y liberó a Apamea del asedio. Tras asumir el mando del ejército, recorrió las ciudades imponiéndoles unos impuestos y unos tributos por encima de sus posibilidades.

Se ordenó a los judíos la entrega de setecientos talentos. 220
Antípatro, asustado por la amenaza de Casio, encargó la re-

---

dario de Pompeyo, se vio cercado en la ciudad de Apamea por el ejército cesariano de Antistio.

197 Cayo Antistio Veto, gobernador de Siria en el 45 a. C., que según Dión Casio (XLVII 27, 2-5) continuó el asedio a Cecilio Baso en Apamea tras la muerte de Sexto Julio César.

198 En *Antigüedades* XIV 270 se dirá «tres años y seis meses». Desde la batalla de Farsalia, el 9 de agosto del 48 a. C., a la muerte de Julio César, el 15 de marzo del 44 a. C., hay casi «tres años y siete meses».

caudación del dinero a sus hijos y a algunos otros conocidos para así hacerlo cuanto antes. Entre éstos se encontraba Malico, uno de sus enemigos; a tanto le forzó la necesidad. Herodes
221 rodes fue el primero que se ganó la estimación de Casio cuando le entregó la parte que a él le correspondía de Galilea, cien talentos. Por ello se convirtió en uno de sus mejores amigos. En cambio, a los demás Casio les echó en cara
222 su lentitud y se encolerizó contra las ciudades. Después de esclavizar a Gofna, Emaús y otras dos ciudades[199] menos importantes, fue contra Malico para matarlo, porque no se daba prisa en hacer la recaudación del tributo. Si bien Antípatro se atrajo rápidamente el favor de Casio mediante la entrega de cien talentos, y así libró a Malico y a las demás ciudades de la destrucción.

223 Después de que Casio se retiró, Malico se olvidó del favor que le había hecho Antípatro y urdió una conspiración contra la persona que muchas veces le había salvado para quitarse del medio al que era un obstáculo a sus injusticias. Antípatro, que temía la fuerza y la maldad de ese hombre, cruzó el Jordán y reunió un ejército para defenderse del
224 complot. Al verse descubierto, Malico se atrajo a los hijos de Antípatro de una forma impúdica. Engatusó y convenció con muchas excusas y juramentos a Fasael, gobernador de Jerusalén, y a Herodes, encargado del arsenal, para que actuaran de intermediarios entre él y su padre. Y así Malico de

---

[199] Emaús es la actual Amwas, a unos 16 kilómetros al sur de Lida y que recibió en la Antigüedad también el nombre de Nicópolis. Su importancia estratégica y militar la convirtió en la capital de una de las toparquías de la administración judía, como veremos en II 567. En cualquier caso, no hay que confundir esta ciudad con la Emaús, cercana a Jerusalén, citada por *Lucas* 24, 13, donde tuvo lugar el encuentro de Cristo con sus discípulos después de la resurrección; cf. ABEL, *La Géographie...*, II, págs. 314-316. Las «otras dos ciudades» son Lida y Tamna; cf. *Antigüedades* XIV 275.

nuevo es salvado por Antípatro, que disuadió a Murco[200], el entonces gobernador de Siria, que estaba dispuesto a matarlo por sus actos revolucionarios.

Muerte de Antípatro. Venganza de Herodes

Cuando estalló la guerra de César el 225
joven[201] y Antonio contra Casio y Bruto,
Casio y Murco reclutaron un ejército en
Siria. Y como les pareció que Herodes les
era de una gran utilidad, le nombraron
prefecto[202] de toda Siria y le entregaron tropas de infantería
y de caballería. Casio le prometió que después de la guerra
le haría rey de Judea. Sucedió que el poder y las expectati- 226
vas de su hijo fueron la causa de la ruina de Antípatro. En
efecto, Malico, por miedo ante estos hechos, sobornó con
dinero a uno de los coperos del rey para que echara veneno
en la bebida de Antípatro. Éste murió en un banquete víctima de la perversidad de Malico. Era un hombre emprendedor en la administración de los asuntos públicos que había restituido y mantenido a Hircano en el poder.

Por su parte Malico, que estaba bajo sospecha del enve- 227
nenamiento, lo negó y convenció al pueblo, que estaba irritado contra él. Reunió soldados para aumentar su fuerza, puesto que sospechaba que Herodes no iba a permanecer tranquilo. Realmente así ocurrió: se presentó enseguida con
un ejército para vengar a su padre. Sin embargo, al aconse- 228

[200] C. Estayo Murco fue gobernador de Siria en el 44 a. C.

[201] Es decir, Augusto. Este emperador es designado con diversos nombres como éste, el de César o el de Sebastós; para ello vid. el Índice de nombres propios.

[202] No se trata de «procurador», *epítropos,* en sentido estricto y técnico, sino *epimelētḗs,* «prefecto», es decir encargado o responsable de algo a las órdenes de un mando superior, en este caso del gobernador de Siria, Estayo Murco, que ha dejado en manos de Herodes las tropas reclutadas.

jarle su hermano Fasael que no se enfrentara públicamente a ese hombre, ya que si no el pueblo se amotinaría, Herodes aceptó entonces las excusas de Malico, declaró que le dejaba libre de sospechas y organizó unos solemnes funerales para su padre.

229 A continuación Herodes se dirigió a Samaria, que se hallaba agitada por una revuelta interna, restableció la situación y volvió con sus soldados a Jerusalén para celebrar la fiesta[203]. Sin embargo Hircano, por mandato de Malico que temía la llegada de Herodes, le envió la orden para que no introdujera extranjeros entre la población mientras se celebrasen los ritos de purificación. Pero Herodes, por menosprecio hacia esta excusa y hacia la persona que le había im-
230 puesto esta prohibición, entró de noche en la ciudad. De nuevo Malico se dirigió a él para lamentarse por Antípatro. Herodes, que apenas podía mantener su indignación, lo disimuló y escribió a Casio una carta donde se quejaba de la muerte de su padre, pues áquel también odiaba a Malico por otras razones. Casio le mandó un mensaje de respuesta en el que le aconsejó que se vengara del asesinato de su padre, y en secreto encomendó a sus tribunos que fueran en ayuda de Herodes para una acción justa.

231 Cuando Casio se apoderó de Laodicea[204], personajes poderosos, procedentes de todas partes, acudieron a él con regalos y coronas. Herodes fijó este momento para su ven-

[203] Por la época en que nos encontramos, el otoño, seguramente se trate de la fiesta de los Tabernáculos (cf. *Antigüedades* XIV 285).

[204] Ciudad de la costa de Siria, al sur de Antioquía, frente a Chipre. Casio había recuperado este enclave, ocupado por P. Cornelio Dolabela, que se había adueñado de Asia Menor y había invadido Siria (cf. Dión Casio XLVII 29-30). El origen del conflicto hay que buscarlo en Marco Antonio, quien a la muerte de Julio César asignó a Dolabela la provincia de Siria, que antes estaba en manos de Casio.

ganza. Por su parte Malico, que se encontraba en Tiro, lo sospechó y decidió sacar en secreto a su hijo, que estaba como rehén en esa ciudad y él mismo se dispuso a huir a Judea. Su falta de esperanza por salvarse le llevó a planear 232 acciones más importantes, puesto que esperaba que el pueblo se sublevara contra los romanos, al estar Casio dedicado a la guerra contra Antonio, y a convertirse el mismo Malico en rey tras deponer sin dificultad a Hircano.

Sin embargo, el Destino se burló de sus esperanzas. He- 233 rodes, que presentía sus propósitos, invitó a cenar a Malico y a Hircano. Entonces envió a algunos de los criados que estaban a su servicio aparentemente para que prepararan la cena, aunque en realidad era para dar a los tribunos la orden de salir a tenderle una emboscada. Aquéllos, sin olvidar las 234 órdenes de Casio, se dirigen con sus espadas a la playa que está delante de la ciudad, donde rodearon a Malico y lo mataron a golpes. Al instante, Hircano, lleno de miedo, cayó al suelo desmayado. Cuando a duras penas consiguió reponerse, preguntó a Herodes quién había matado a Malico. Al 235 responderle uno de los tribunos que «era una orden de Casio», dijo: «Casio nos ha salvado a mí y a mi patria al dar muerte a quien maquinaba contra nosotros dos». No está claro si Hircano dijo esto porque así lo sentía o porque aceptaba lo ocurrido por miedo. De una manera o de otra, así se vengó Herodes de Malico.

Cuando Casio se marchó de Siria, de nuevo se produjo 236 en Jerusalén una revuelta: Helice[205] se levantó con un ejército contra Fasael para vengarse de Herodes, en la persona de su hermano, por la muerte de Malico. Se daba la

[205] No tenemos noticias seguras de este personaje, tal vez se trate de un rebelde judío nacionalista que se enfrentó contra Herodes por su política filorromana (cf. A. SCHALIT, *König Herodes, der Mann und sein Werk*, Berlín, 1969, pág. 58).

circunstancia de que Herodes estaba en Damasco con el general Fabio y no pudo ir en ayuda de Fasael a causa de una
237 enfermedad. No obstante Fasael venció por sí mismo a Helice, y acusó a Hircano de ingratitud por haber colaborado con Helice y haber permitido que el hermano de Malico se apoderara de las fortalezas. En efecto, se había adueñado de muchas de ellas, incluso de Masadá[206], la más importante de todas.

238 Nada le sirvió al hermano de Malico para hacer frente al poder de Herodes, que, cuando se curó de su enfermedad, recobró las otras fortalezas y le hizo salir de Masadá en actitud de rendición. También expulsó de Galilea a Marión, tirano de Tiro, que se había apoderado ya de tres fortalezas. Perdonó a todos los habitantes de esta ciudad, que había hecho prisioneros. Incluso a algunos de ellos los dejó machar con regalos, de modo que así consiguió para sí el favor de
239 aquella ciudad y el odio para el tirano. Marión había recibido su poder de Casio, quien estableció tiranos en toda Siria. Por odio hacia Herodes colaboró en el retorno de Antígono[207], hijo de Aristobulo, sobre todo debido a Fabio, a quien Antígono había comprado con dinero para que le ayudara en su regreso. Ptolomeo[208], el cuñado de Antígono, era el que financiaba todos los gastos.

240 Herodes les hizo frente con sus tropas en las entradas de Judea y los venció. Expulsó a Antígono y regresó a Jerusalén, donde fue aplaudido por todos por su gloriosa acción. Los que antes no le aceptaban, ahora intentaban reconciliarse con él por sus lazos de matrimonio con la familia de Hir-

---

[206] Fortaleza situada en la margen occidental del Mar Muerto, al sur de Engadí, en la cumbre de una peña asislada que dominaba toda la zona y de la que tendremos muchas ocasiones de hablar más adelante.

[207] Antígono el hijo de Aristobulo II; cf. I 173.

[208] Es Ptolomeo de Calcidia, hijo de Meneo; cf. I 185-186.

cano[209]. Pues antes se había casado con una mujer noble del país, llamada Dóride, de la que tuvo a su hijo Antípatro. Ahora, al unirse con Mariamme, hija de Alejandro, el hijo de Aristobulo, es decir, nieta de Hircano, se había convertido en pariente del rey[210]. 241

Embajada judía ante Marco Antonio. Herodes y Fasael, tetrarcas de Judea

Cuando César y Antonio, tras matar a Casio en Filipo[211], se retiraron a Italia y a Asia respectivamente, las diferentes ciudades enviaron embajadas a Antonio, que estaba en Bitinia[212]. También acudieron allí los nobles judíos para acusar a Fasael y a Herodes de que se habían apoderado del gobierno de forma violenta y de que a Hircano sólo le habían dejado el nombre honorífico de rey. Herodes, que estaba allí para replicar a estas acusaciones y que se había ganado a Antonio con no poco dinero, le convenció de tal manera que éste ni siquiera escuchó a sus enemigos. Y de esta forma se libró entonces de sus enemigos. 242

Después de esto, cien cargos públicos judíos acudieron a Dafne[213], cerca de Antioquía, ante Antonio, que ya estaba 243

---

[209] Herodes trató de atraerse el favor de los Asmoneos mediante el matrimonio con Mariamme, que era nieta de Hircano por doble vía: su padre, Alejandro, era hijo de Aristobulo, el hermano de Hircano, y su madre, Alejandra, era hija de Hircano. Esta boda tendrá lugar más adelante, en I 344.

[210] En I 199 ss. ya se ha señalado que el auténtico título de Hircano no era el de rey, sino el de etnarca y sumo sacerdote.

[211] Esta batalla de Filipo (42 a. C.) supuso un serio revés para Herodes y Fasael, ya que en ella murió su amigo y protector Casio.

[212] Esta región del sur de Asia Menor, entre el reino de Pérgamo y el del Ponto, se había convertido en provincia romana en el 67 a. C.; cf. nota a I 157.

[213] Lugar próximo a Antioquía, donde había un santuario dedicado a Apolo. Seleuco I consagró este lugar, rico en laureles, cipreses y fuentes,

esclavizado por el amor de Cleopatra. Éstos pusieron a la cabeza de la embajada a los más destacados en dignidad y elocuencia de entre ellos, y acusaron a los dos hermanos. Mesala[214] salió en su defensa e Hircano se puso de su lado por el parentesco familiar que tenía con Herodes y Fasael.
244 Tras escuchar a ambas partes, Antonio preguntó a Hircano cúales eran los más aptos para gobernar. Al responderle que eran los partidarios de Herodes, él se alegró de ello, puesto que en una ocasión había sido huésped de su padre, acogido por Antípatro, cuando llegó a Judea con Gabinio[215], y así nombró tetrarcas a los dos hermanos y les encomendó la administración de toda Judea[216].

245 Ante la indignación de los embajadores, Antonio cogió y encarceló a quince de ellos con la intención de matarlos, y a los demás los expulsó de una forma vergonzosa. Como consecuencia de ello se produjo en Jerusalén una revuelta aún mayor. Enviaron de nuevo mil embajadores a Tiro, donde Antonio se preparaba para ir a Jerusalén. Éste último mandó al gobernador de Tiro contra los artífices de este motín para castigar a los que capturase y reforzar la autoridad de los tetrarcas establecidos por él.

246 Antes de que ocurriera esto, Herodes había ido con Hircano a la costa y había dado consejos a los embajadores pa-

---

al culto de Apolo en recuerdo de la leyenda mitológica de la metamorfosis de la ninfa Dafne; cf. ESTRABÓN, XVI 2, 6.

[214] M. Valerio Mesala Corvino fue cónsul en el 31 a. C., orador famoso y amigo de literatos, como Horacio, Ovidio y Tibulo. Durante la guerra civil se puso del lado de Marco Antonio y, después, de Augusto.

[215] Cf. I 162 ss.

[216] Este título aparece por primera vez en Judea y en origen designa al «jefe de la cuarta parte de un territorio» (ESTRABÓN XII 5, 1). En este caso concreto alude a un cargo secundario, inferior al de etnarca. Hircano seguirá siendo el etnarca, aunque en realidad sólo conservará la autoridad religiosa, pues de hecho Herodes y Fasael controlarán el poder civil.

ra que con sus rivalidades insensatas no fueran la causa de su propia destrucción y atrajeran la guerra contra su patria. Pero como los judíos se pusieron aún más furiosos, Antonio envió a los soldados y así mató e hirió a muchos. Los muertos fueron sepultados y los heridos fueron socorridos por petición de
Hircano. A pesar de todo, los que consiguieron escapar no se 247
quedaron quietos, sino que soliviantaron a la ciudad y así provocaron tanto a Antonio que éste ejecutó a los prisioneros.

Los partos invaden Siria y reponen en el trono a Antígono

Después de dos años, Barzafranes, sá- 248
trapa de los partos, ocupó Siria junto con Pacoro, el hijo del rey[217]. Lisanias, que ya había recibido el mando a la muerte de su padre Ptolomeo, hijo de Meneo, convenció[218] al sátrapa, con la promesa de mil talentos y quinientas mujeres, para que restableciera a Antígono en el trono y de-
pusiera a Hircano. Inducido por estas promesas, Pacoro 249
avanzó él mismo a lo largo de la costa y ordenó a Barzafranes que lo hiciera por el interior. Entre las ciudades costeras, Tiro no aceptó a Pacoro, mientras que Ptolemaida y Sidón[219] sí lo acogieron. Entonces Pacoro entregó a uno de los coperos reales, que se llamaba como él, una parte de la caballería y le encomendó penetrar en Judea para enterarse de las actividades de los enemigos y ayudar a Antígono en lo que le hiciera falta.

[217] En el 40 a. C. tuvo lugar la invasión del territorio romano por los partos. Este pueblo constituía una sería amenaza para el poder de Roma y a él va dirigida también esta obra, según consta en el Proemio (I 6), para disuadirle de estas posibles rebeliones.

[218] En *Antigüedades* XIV 331 es el propio Antígono el que ejecuta este hecho.

[219] Al norte de Tiro, es una de las ciudades más relevantes de Fenicia, ya desde el tercer milenio. Pompeyo reconoció su independencia en el 64 a. C. y Augusto aumentó más tarde su territorio de forma considerable.

250 Ante los saqueos que se realizaban en el Carmelo, muchos judíos acudieron a Antígono y se le ofrecieron voluntarios para proceder a la invasión. Antígono los envió delante para que ocuparan un lugar llamado Drimos[220]. Allí se produjo una batalla en la que rechazaron a los enemigos. Los persiguieron hasta Jerusalén, y, como aumentaba el número de sus partidarios, avanzaron hasta el palacio real.
251 Hircano[221] y Fasael les hicieron frente con una aguerrida tropa, y en el ágora tuvo lugar un combate. Los partidarios de Herodes hicieron retroceder a los enemigos, los encerraron en el Templo y en las casas cercanas pusieron sesenta
252 hombres para que los custodiaran. Ahora bien, el pueblo, que era contrario a los dos hermanos, atacó y quemó estas guarniciones. Herodes, irritado por esta pérdida, se enfrentó al pueblo y acabó con la vida de mucha gente. La matanza era continua, pues todos los días se producían choques entre los diversos bandos.

253 Al acercarse el momento de la fiesta, llamada Pentecostés[222], todas las zonas próximas al Templo y el conjunto de la ciudad se llenaban de gente procedente del campo, y en su mayor parte armada[223]. Fasael se encargaba de la custodia

---

[220] Literalmente «encinar», del griego *drymós*.

[221] En *Antigüedades* XIV 335 leemos Herodes y Fasael, lo que parece más lógico por el sentido del relato.

[222] Pentecostés es el nombre griego de la Fiesta de las Semanas, que se festejaba el día 6 del mes de Siván, entre nuestros meses de mayo y junio, siete semanas después de Pascua. Es una celebración de origen agrario, que prescribe la peregrinación a Jerusalén para ofrecer las primicias en el Templo; cf. *Éxodo* 23, 16, y *Levítico* 23, 17.

[223] La obra de Josefo testimonia bastante bien el carácter rural de gran parte de esta revuelta contra Roma, como ya ocurrió en la sublevación macabea (cf. *I Macabeos* 2, 1, y *II Macabeos* 12, 1). La base de todo ello está en un tradicional desequilibrio social entre la población rural y urbana, que ya se detectaba en el *Antiguo Testamento* (cf. *II Reyes* 11, 18-20, y *Zacarías* 12, 7). Sobre estos aspectos resulta útil la consulta del estudio de

de la muralla, y Herodes, con unos pocos soldados, del palacio real. Éste se lanzó en el suburbio de la ciudad contra los enemigos, que estaban desordenados, y mató a un gran número de ellos. A todos les hizo huir, a unos los encerró en la ciudad, a otros en el Templo, y a otros en el campo atrincherado que estaba fuera de las murallas. Entonces Antígo- 254
no pidió que se dejara entrar a Pacoro[224] como mediador. Fasael lo aceptó y acogió al parto en la ciudad y le hospedó a él y a sus quinientos jinetes, que en apariencia habían venido para acabar con la revuelta, aunque en realidad había sido para ayudar a Antígono. Con engaños convenció a Fa- 255
sael para que enviara embajadores a Barzafranes para poner fin a la guerra. Aunque Herodes intentó muchas veces disuadirle y le aconsejó que matara al traidor y que no se entregara a sus maquinaciones, ya que los bárbaros no son de fiar por naturaleza[225], sin embargo Fasael salió de Jerusalén con Hircano. Pacoro, a fin de que hubiera menos sospechas respecto a él, dejó con Herodes a algunos de sus soldados de caballería llamados «Libres»[226] y acompañó a Fasael con los demás jinetes.

S. Applebaum, «Judaea as a Roman Province: the Contryside as a Political Economic Factor», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 379 ss.

[224] Parece ser que se trata no del hijo del rey, sino del copero, que se llamaba también Pacoro, pues en I 249 se dice que el príncipe envió delante a su copero a Judea para ayudar a Antígono.

[225] Este desprecio hacia los extranjeros por parte de Josefo se expresa en varios pasajes de esta obra. Realmente es bastante ambigua la delimitación de lo que es «extranjero» en este autor, ya que en unas ocasiones se pronuncia desde la óptica de un judío, y en otras desde la de un romano; cf. nota a I 16.

[226] Doscientos jinetes y diez «Libres», según *Antigüedades* XIV 342. «Libres» designaba a un grupo destacado de la armada de los partos, que mayoritariamente estaba formada por esclavos; cf. Justino, *Compendio de la Historia Universal de Pompeyo Trogo* XLI 2, 5.

256 Al llegar a Galilea, encontraron a sus habitantes sublevados y armados. Acudieron al sátrapa, persona muy astuta que encubría sus maquinaciones con muestras de amistad. Les entregó regalos, pero mientras se retiraban les tendió
257 una emboscada. Se dieron cuenta de la trama cuando fueron conducidos a un enclave de la costa llamado Ecdipa[227]. En este lugar oyeron hablar de la promesa de mil talentos[228] y de que Antígono iba a ofrecer a los partos la mayor parte de sus propias mujeres entre las quinientas que había asegura-
258 do entregarles. También notaron que siempre los bárbaros les vigilaban por la noche, y hace ya tiempo que les hubieran cogido, si no esperaran apresar antes a Herodes en Jerusalén, para que éste, al enterarse de lo ocurrido a ellos, no tomara las correspondientes precauciones. Y no se trataba solamente de palabras, sino que ya habían visto a los guar-
259 dianes delante de ellos. Fasael no se atrevió a abandonar a Hircano, a pesar de que Ofelio le aconsejó muchas veces que huyera, pues éste conocía por Saramala, el más rico entonces de Siria, todo el plan de la traición. Acudió al sátrapa y le echó en cara su maquinación y, sobre todo, el hecho de que se hubiera comportado así por dinero. Él le daría por su salvación más de lo que le había prometido Antígono por el
260 reino. Barzafranes hábilmente rechazó las sospechas con excusas y juramentos y se fue junto a Pacoro[229]. Inmediatamente los partos que habían quedado allí con esa orden detuvieron a Fasael y a Hircano, mientras éstos lanzaban contra ellos muchas maldiciones por su perjurio y su perfidia.

261 Mientras tanto, el copero enviado contra Herodes le preparaba una emboscada para apresarle y le hacía salir de las

---

[227] Forma helenizada de la ciudad bíblica de Aczib (cf. *Jueces* 1, 31), en la costa entre Tiro y Ptolemaida.

[228] Cf. I 248.

[229] En este caso se trata del hijo del rey, no del copero.

murallas con engaños, según las órdenes que había recibido. Pero Herodes, que ya desde el principio tenía sospechas de los bárbaros y que entonces se había enterado de que unas cartas dirigidas a él para informarle de la traición habían caído en poder de los enemigos, no quiso salir fuera de los muros, a pesar de que Pacoro le decía de forma fehaciente que viniera al encuentro de los que le traían dichas cartas, dado que éstas no estaban en manos enemigas y no versaban sobre ninguna conjuración, sino de lo que había llevado a cabo Fasael. Pero se daba la circunstancia de que 262
Herodes ya sabía por otros que su hermano había sido apresado. Mariamme, la hija de Hircano[230], la más prudente de las mujeres, acudió a él y le pidió que no saliera y que no se fiase de los bárbaros, cuyas maquinaciones eran ya manifiestas.

Mientras los hombres de Pacoro estudiaban cómo reali- 263
zar en secreto su traición, pues no era posible imponerse abiertamente sobre un hombre tan poderoso, Herodes, tomándoles la delantera, se dirigió por la noche con sus más allegados a Idumea[231], sin que los enemigos se enteraran. Cuando 264
los partos se dieron cuenta de ello, emprendieron la persecución. Aquél ordenó que su madre, sus hermanas y su joven prometida, junto con su madre, y su hermano menor, continuasen el viaje, mientras él con sus ayudantes se dedicaba a hacer frente a los bárbaros con firmeza. Mató a mu-

---

[230] El pasaje es dudoso desde el punto de vista textual y son diversas las conjeturas ofrecidas por los editores para subsanar este error: Mariamme no es la hija de Hircano, sino su nieta; la hija se llamaba Alejandra (cf. *Antigüedades* XIV 151).

[231] El bíblico país de Edom, al sur de Judea, en la frontera con Egipto y con Arabia. Juan Hircano la incorporó al estado asmoneo; cf. I 63 y *Antigüedades* XIII 255-258.

chos de ellos en cada uno de los ataques y se apresuró a llegar a la fortaleza de Masadá.

Huida de Herodes. En Roma el Senado le nombra rey de los judíos

265 En la huida comprobó que los judíos eran más molestos que los partos, pues no dejaban de acosarles y durante un período de tiempo demasiado largo les presentaron batalla a sesenta estadios de la ciudad de Jerusalén[232]. Herodes obtuvo allí la victoria y acabó con la vida de muchos de sus enemigos. En recuerdo de este triunfo levantó una ciudad, la adornó con un palacio muy suntuoso y en ella construyó una ciudadela muy fortificada a la que de dio su propio nombre, Hero-
266 dio[233]. Mientras huía se le iba añadiendo cada día más gente, y en Resa, en Idumea, su hermano José salió a su encuentro y le aconsejó que se librara de la mayor parte de sus seguidores, pues Masadá no podría recibir a tanta gente;
267 eran más de nueve mil. Herodes obedeció este consejo y dispersó por Idumea a los hombres que le resultaban menos útiles, después de haberles dado provisiones para el viaje. Se quedó con los más fuertes y junto con sus más directos allegados se puso a salvo en la fortaleza[234]. Él se marchó a Petra, en Arabia, no sin antes dejar allí ochocientos centinelas para que cuestodiaran a las mujeres y los víveres necesarios para aguantar un asedio.

268 En Jerusalén los partos se dedicaron al pillaje. Entraron en las casas de los que habían huido y en el palacio real, sin respetar más que los bienes de Hircano, que eran no más de

---

[232] *Antigüedades* XIV 356 enumera los peligros que acompañaron a Herodes en su huida y que aquí son silenciados.

[233] En I 419 ss. se hablará con más detalle sobre esta fortaleza próxima a Jerusalén.

[234] Masadá.

trescientos talentos. En los demás casos encontraron menos de lo que esperaban, porque Herodes, al sospechar desde hacía tiempo la deslealtad de los bárbaros, había llevado a Idumea sus tesoros más preciados, y de igual manera habían obrado todos los suyos. Tras los saqueos los partos llegaron 269
a tal punto de insolencia que esparcieron por toda la región una guerra, que aún no había sido declarada, devastaron la ciudad de Marisa, y no sólo nombraron rey a Antigono[235], sino que también le entregaron encadenados a Fasael y a Hircano para que los sometiera a tormentos. Antígono en 270
persona le arrancó con los dientes las orejas a Hírcano[236], que le suplicaba de rodillas, para que, si cambiaban las cosas, ya no pudiera asumir de nuevo el sumo sacerdocio, pues para desempeñar este cargo no había que tener ningún defecto corporal[237].

Sin embargo, el valor de Fasael fue más destacado. Al 271
no poder hacer uso de un arma ni de sus manos, se anticipó a Antígono y se golpeó la cabeza contra una piedra. Así demostró Fasael que él era un digno hermano de Herodes y que Hircano era la persona más despreciable. Murió de un modo muy valiente y obtuvo un final acorde con lo que había hecho en su vida. Existe otra versión de su muerte, según la 272
cual Fasael recobró el sentido después del golpe, pero un médico, enviado por Antígono en apariencia para curarle, le llenó la herida de un veneno destructor, que le causó la muerte. Sea cual sea la verdad, en ambas versiones se trata de una causa gloriosa. Asimismo se cuenta que antes de morir, al enterarse a través de una mujer de que Herodes se ha-

---

[235] El hecho de que Antígono recibiera de manos de los partos el título regio que sólo podía conferir Roma, será aprovechado por Herodes para que el Senado condene al asmoneo y lo declare enemigo de la República.

[236] Este detalle se omite en *Antigüedades* XIV 366.

[237] *Levítico* 21, 17-23.

bía escapado, dijo: «Ahora me voy contento, puesto que dejo vivo al que se va a vengar de mis enemigos».

273 Así murió Fasael. Los partos, aunque habían fracasado en cuanto a las mujeres[238], que era lo que más deseaban, entregaron el gobierno de Jerusalén a Antígono y se llevaron encadenado a Hircano a Partía.

274 Herodes, que pensaba que su hermano aún vivía, se apresuraba en llegar a Arabia para conseguir dinero del rey. Sólo de esta forma esperaba saciar la avaricia de los bárbaros en favor de Fasael. Pensaba que si el árabe[239] se había olvidado de la amistad que tenía con su padre y no se mostraba generoso para dárselo como regalo, le podría prestar el dinero del rescate y tomar como garantía al hijo del prisio-
275 nero que debía liberar. Llevaba con él a su sobrino, que tenía siete años[240]. Estaba dispuesto a dar trescientos talentos a través de los tirios que se le habían ofrecido como garantía. Sin embargo, el Destino fue más rápido que sus esfuerzos y, una vez muerto Fasael, el amor de Herodes hacia su hermano ya no tenía sentido. Por otra parte, no encontró
276 ninguna señal de amistad entre los árabes. Su rey, Malco, le dio la orden de salir rápidamente del país, bajo la excusa de que los partos le habían mandado a través de un mensajero expulsar a Herodes de Arabia. Pero en realidad era porque quería conservar el dinero que había recibido de Antípatro y no verse en la deshonra de no dar nada a sus hijos, que pasaban necesidad, en compensación por los beneficios que

---

[238] En *Antigüedades* XIV 365 se hablará de la huida de aquellas mujeres que fueron prometidas por Lisanias al sátrapa Barzafranes (I 248).

[239] Se trata del rey nabateo Malco I, que sucedió a Obedas en el 56 a. C., y a quien se nombrará un poco más adelante.

[240] Es el hijo de Fasael que se llamaba también igual que su padre.

había recibido de su padre[241]. Tuvo como consejeros de esta actitud desvergonzada a aquellos que querían acabar con los bienes que Antípatro les había dejado en depósito. Estas personas eran las más poderosas de su corte.

Cuando Herodes descubrió que los árabes eran sus ene- 277
migos, precisamente por los mismos motivos por los que esperaba que iban a ser sus más fieles amigos, dio a los mensajeros la respuesta que su pasión le dictaba y se volvió a Egipto. La primera noche acampó junto a un templo del país y así reunió a los que se habían ido quedando atrás. Al día siguiente, al llegar a Rinocorura[242], recibió la noticia de la
muerte de su hermano. Lleno de tanto dolor que se veía li- 278
bre de preocupaciones, prosiguió su marcha hacia adelante. Más tarde el árabe cambió de parecer y envió rápidamente unos mensajeros para hacer volver al ofendido. Pero Herodes se les había adelantado y estaba ya en Pelusion. Allí, como no pudo encontrar pasaje en la flota que estaba estacionada, acudió a las autoridades. Éstas, en consideración a
su fama y a su rango, le escoltaron hasta Alejandría. Cuan- 279
do llegó a la ciudad, fue recibido con gran esplendor por Cleopatra, que esperaba tenerle como general de la expedición que estaba preparando. Sin embargo, Herodes rechazó las peticiones de la reina y zarpó rumbo a Roma, sin temer el rigor del invierno ni los disturbios que entonces había en Italia[243].

---

241 El padre de Herodes, que era idumeo, había estado en buenas relaciones con los nabateos; cf. I 123 y *Antigüedades* XIV 10.

242 Ciudad costera en el límite entre Palestina y Egipto, seguramente en la desembocadura del «Torrente de Egipto» citado en *Números* 34, 5. Sobre el origen del nombre griego de este enclave véase IV 662 y ESTRABÓN, XVI 2, 31.

243 Seguramente se refiera al conflicto que había en los años 41-40 a. C. entre el partido de Marco Antonio y Augusto en la conocida como «guerra de Perugia».

280 Después de los peligros que corrió cerca de Panfilia[244], por los que tuvo que arrojar al mar la mayor parte del cargamento de la nave, a duras penas pudo salvarse en Rodas, isla que había pasado muchas penalidades en la guerra contra Casio. Allí fue recibido por sus amigos Ptolomeo y Safinio. Aunque no tenía mucho dinero, mandó construir una trirre-
281 me muy grande. En ella navegó con sus amigos hasta Bríndisi, y de allí a Roma. En primer lugar acudió a Antonio, por la amistad que éste había tenido con su padre[245], y le expuso sus desgracias y las de su familia: cómo había dejado sitiados en la fortaleza a sus familiares más queridos y cómo había navegado en medio del invierno para suplicarle ayuda.
282 Antonio se compadeció de este cambio de situación. En recuerdo de la hospitalidad de Antípatro y, sobre todo, por el valor de la persona que tenía delante de él, decidió entonces nombrar rey de los judíos al que antes él mismo había hecho tetrarca[246]. Y no le movía menos el odio que sentía hacia Antígono que su amistad con Herodes, pues a aquél le tenía como una persona insidiosa y enemiga de los roma-
283 nos. Más favorable aún se mostró César, que recordaba las campañas militares que Antípatro había llevado a cabo en Egipto con su padre[247], la hospitalidad y su buena disposición en todos los aspectos, así como el espíritu emprendedor
284 de Herodes a quien tenía ante su vista en ese momento. Reunió al Senado, y en él Mesala y, luego, Atratino[248] presenta-

---

[244] Sobre las diferentes regiones de Asia Menor y su sumisión a Roma, véase nota a I 157.

[245] Cf. I 162 ss. y 244.

[246] I 244.

[247] César, es decir, Augusto, recuerda las campañas llevadas a cabo por su padre adoptivo, Julio César, con Antípatro; cf. I 187.

[248] L. Sempronio Atratino, que entonces, 40 a. C., era augur. Sobre Mesala, cf. nota a I 243.

ron a Herodes y expusieron los favores de su padre y su fidelidad hacia los romanos. Asimismo, hicieron ver que Antígono no sólo era un enemigo por las rivalidades que antes habían tenido con él, sino también porque ahora había obtenido el reino con la ayuda de los partos y había despreciado a los romanos. El Senado se quedó conmovido ante estas declaraciones y cuando Antonio se adelantó para decir que para la guerra contra los partos[249] convenía que Herodes fuese rey, todos votaron a favor[250]. Acabada la sesión del 285
Senado, Antonio y César salieron de él con Herodes en medio de ellos. Los cónsules y los demás magistrados iban delante para ofrecer un sacrificio y poner el decreto en el Capitolio. En el primer día de su reinado Antonio ofreció un banquete a Herodes.

Antígono ataca Masadá

Mientras tanto Antígono sitiaba a los 286
que estaban en Masadá. Esta gente tenía todo tipo de provisiones, si bien le faltaba el agua. Por ello José, hermano de Herodes, planeaba huir al país de los árabes con doscientos de sus allegados, ya que se había enterado de que Malco se había arrepentido de los errores cometidos con Herodes. Rápidamente habría huido de la fortaleza, si la 287
misma noche en que iba a salir no hubiera caído una copiosa lluvia. En efecto, las cisternas se llenaron de agua de tal manera que ya no era necesario escaparse, sino que salieron contra los soldados de Antígono y, unas veces en campo

[249] Ya hemos dicho en nota a I 248 cómo los partos constituían en este momento una seria amenaza para Roma y eran su mayor enemigo en Oriente.

[250] Desde este momento desaparece en Palestina legalmente la dinastía asmonea, si bien Herodes va a tener que conquistar el reino que en la práctica aún seguía en manos del último de los Asmoneos, Antígono.

abierto y otras en emboscadas, mataron a muchos de ellos. Sin embargo, la situación no les fue favorable en todas las ocasiones, sino que hubo veces en que tuvieron que retirarse derrotados.

288 Entonces, el general romano Ventidio[251], enviado para expulsar a los partos de Siria, penetró en Judea detrás de ellos, bajo el pretexto de ayudar a las tropas de José, aunque
289 en realidad era para sacarle dinero a Antígono. Estableció su campamento muy cerca de Jerusalén y, cuando obtuvo una gran cantidad de dinero, se retiró con la mayor parte de su ejército. Dejó a Silón con algunos soldados. No se llevó a todos sus hombres para que no fuera demasiado evidente la ganancia que había obtenido con ello. Por su parte Antígono, que tenía la esperanza de que los partos le prestarían de nuevo su auxilio, intentaba mientras tanto atraerse a Silón a fin de que nada se opusiera a sus propósitos.

Herodes, de nuevo en Palestina: Masadá, Jope y Jerusalén

290 Herodes, que ya había arribado desde Italia hasta Ptolemaida y que había reunido un gran ejército de extranjeros y de judíos, atravesó Galilea en su marcha contra Antígono. Colaboraron con él Ventidio y Silón, a los que Delio, enviado por Antonio, había convencido para que restituyeran a Herodes en el
291 trono. Ventidio se dedicaba entonces a acabar con las revueltas provocadas por los partos en las ciudades, mientras que Silón, que se había dejado corromper por el dinero de Antígono, permanecía en Judea. A Herodes no le faltaban

[251] Publio Ventidio Baso recibió de Marco Antonio el encargo de dirigir la campaña contra los partos en el 39 a. C., después del tratado de Brindis (cf. Dión Casio XLIX 21). En estas empresas en Oriente Ventidio contará con la ayuda de general romano Silón, del que se tratará seguidamente en I 290-302.

fuerzas, pues cada día en su avance iban aumentando sus tropas y, salvo unas pocas excepciones[252], toda Galilea estaba de su lado. La empresa más importante que tenía en ese 292
momento era Masadá y liberar a los suyos del asedio, y Jope era un obstáculo para ello. Era preciso antes conquistar esta ciudad, que era hostil, para que cuando fueran hacia Jerusalén no dejaran detrás de ellos ninguna fortaleza en manos enemigas. Se unió con él Silón, que así encontró de buen grado un pretexto para irse de Jerusalén. Los judíos fueron detrás de él en persecución, y Herodes fue a su encuentro con un pequeño destacamento, de modo que consiguió enseguida ponerlos en fuga y salvar a Silón, que se defendía con dificultad.

Después de tomar Jope, Herodes se dirigió a Masadá pa- 293
ra liberar a los suyos. En su marcha se le iba uniendo la gente del país, unos por la amistad que habían tenido con su padre, otros por su fama, otros en reconocimiento de los favores que habían recibido de ambos, y la mayoría por la esperanza que tenían de que con toda seguridad iba a ser rey.
Así reunió un ejército difícil de vencer. Mientras él avanza- 294
ba, Antígono le tendía emboscadas y trampas en los lugares más apropiados, si bien con ello produjo poco o ningún daño a los enemigos. Herodes rescató fácilmente a los suyos de Masadá, se apoderó de la fortaleza de Resa[253] y marchó hacia Jerusalén. Se le unieron los soldados de Silón y mucha gente de la ciudad que se había quedado asombrada de su fuerza.

Los guardianes del lado oeste de la ciudad de Jerusalén 295
les lanzaban flechas y dardos, pues habían establecido su cam-

---

[252] Herodes sí va a encontrar algún tipo de oposición en Galilea: el caso de Ezequías comentado en I 204 ss. y los acontecimientos que se reseñarán en I 304 ss.

[253] Esta plaza fuerte se encontraba en Idumea; cf. I 266.

pamento en este lugar, y los demás salían en grupos y atacaban a los que estaban en las posiciones de vanguardia. En primer lugar Herodes proclamó por medio de un heraldo a lo largo de la muralla que él había venido para el bien del pueblo y para la salvación de la ciudad, sin intención de vengarse de sus enemigos declarados, sino para dar una
296 amnistía incluso a los más contrarios a él. Pero como los partidarios de Antígono se pusieron a dar gritos y no dejaron que nadie escuchara el mensaje ni se cambiara de bando, Herodes dio a los suyos la orden de defenderse a partir de ese momento de los que estaban en las murallas. Éstos con dardos obligaron a todos a abandonar en poco tiempo las torres.

297 En este momento es cuando Silón puso al descubierto su corrupción. Este personaje incitó a muchos soldados a que manifestaran a gritos que les faltaban víveres, a que pidieran el dinero para comprar la comida y que se les llevara a lugares apropiados a pasar el invierno, puesto que todos los alrededores de la ciudad habían sido asolados por las tropas de Antigono. Después levantó el campamento e intentó reti-
298 rarse. Herodes se reunió con los oficiales de Silón y con la totalidad de su ejército y les pidió que no le abandonaran, dado que a él le habían enviado allí César, Antonio y el Senado. Les prometió que en ese mismo día solucionaría sus
299 necesidades. Después de hacer esta petición, inmediatamente recorrió en persona toda la región e hizo un acopio tan grande de provisiones que acabó con todos los problemas que planteaba Silón. Y para que en los días sucesivos no faltara el aprovisionamiento escribió a los habitantes de Samaria, que era una ciudad favorable a él, para que lleva-
300 ran a Jericó trigo, vino, aceite y ganado. Cuando Antígono se enteró de ello, extendió por todo el país la orden de impedir el paso y de tender emboscadas a los que transporta-

ban los víveres. Le obedecieron, y una gran cantidad de gente armada se reunió más arriba de Jericó. Se colocaron en las montañas para vigilar a los que traían las provisiones.
Pero Herodes no se quedó sin hacer nada, sino que se pre- 301
sentó en Jerusalén con diez cohortes, cinco romanas y cinco judías, que estaban compuestas también de una mezcla de mercenarios y de algunos jinetes. Encontró abandonada la ciudad; las zonas altas estaban ocupadas por quinientos
hombres con sus mujeres e hijos. Los hizo prisioneros, aun- 302
que después los liberó. En cambio, los romanos entraron y saquearon el resto de la ciudad; encontraron las casas llenas de todo tipo de objetos valiosos. Tras dejar una guarnición en Jericó, el rey se retiró y condujo al ejército romano a los cuarteles de invierno de las ciudades aliadas de Idumea, Galilea y Samaria. A su vez, Antígono consiguió por medio del soborno que Silón[254] acogiera una parte de su ejército en Lida[255] para así atraerse el favor de Antonio.

Campaña de Herodes en Idumea y Galilea

Los romanos vivían en la abundancia 303
sin preocuparse por la guerra, y Herodes no permanecía inactivo, sino que ocupó Idumea con dos mil soldados de infantería y cuatrocientos jinetes. Envió allí a su hermano José para que no tuviera lugar ninguna revuelta a favor de Antígono, y él mismo, tras llevar a Samaria a su madre y a sus parientes que había liberado de Masadá y tras

---

[254] *Antigüedades* XIV 403 ss. parece indicar que hubo algún tipo de entendimiento entre Antígono y el general romano Silón, a pesar de que este último seguía la política favorable a Herodes dictada por Marco Antonio.

[255] Nombre helenístico de la bíblica Lod, en la llanura costera palestina, a 17 kilómetros al sur de la actual Tel-Aviv; cf. Abel, *Géographie...*, II, pág. 370.

ponerlos en un lugar seguro, se fue a someter el resto de Galilea y a expulsar de la región a las guarniciones de Antígono.
304 Llegó a Séforis en medio de una gran nevada y se adueñó de la ciudad sin necesidad de combate, pues los soldados que la defendían habían huido antes del asalto. A sus partidarios, que estaban desfallecidos por el invierno, los pudo reanimar con la abundancia de víveres que allí había. A continuación atacó a los bandidos de las cuevas[256], que recorrían gran parte de la zona causando a sus habitantes males
305 mayores que la guerra. Envió delante de él a la aldea de Arbela[257] tres compañías de infantería y un escuadrón de caballería, y a los cuarenta días llegó con el resto de las tropas. Los enemigos, sin asustarse ante su llegada, salieron armados a su encuentro con la experiencia de los guerreros y la
306 osadía de los bandidos. En la lucha, con el ala derecha desbarataron el ala izquierda de Herodes. Éste rápidamente se dio la vuelta desde la parte derecha del ejército, que estaba bajo sus órdenes, fue en su auxilio e impidió que los suyos huyeran. Se lanzó contra sus perseguidores y acabó con sus ímpetus, hasta que los enemigos se retiraron al no poder resistir los ataques que sufrían de frente.
307 Herodes en su persecución hasta el Jordán mató a una gran parte de ellos; el resto se dispersó al otro lado del río, de modo que así Galilea se libró del terror en que vivía, con la única salvedad de los bandidos que se ocultaron en las
308 cavernas. Para acabar con ellos hacía falta más tiempo. Por ello, Herodes en primer lugar dio a sus soldados el fruto de

---

256 De nuevo Josefo vuelve a tratar el tema de los «bandidos» que se refugiaban en cuevas, que no son sino esos grupos de resistencia que se oponían a la presencia de Roma en Palestina; cf. I 204 ss.

257 Este lugar, famoso por sus cuevas (cf. *Antigüedades* XII 421 y XIV 412 y *Autobiografía* 188), hoy es la ciudad de Irbid, al noroeste de Tiberíades y junto al lago de Gennesar.

su trabajo y les repartió ciento cincuenta dracmas de plata y una cantidad mucho mayor a sus oficiales. Después los envió a sus cuarteles de invierno. A Ferora, el menor de sus hermanos, le encargó el aprovisionamiento de víveres y el amurallamiento del Alejandreo. Éste cumplió ambas órdenes.

Mientras tanto, Antonio se hallaba en Atenas y Ventidio 309
llamó a Silón y a Herodes para luchar contra los partos[258], si bien les encomendó que antes pusieran en orden los asuntos de Judea. Herodes, gustoso, dejó que Silón se reuniera con Ventidio y él en persona partió contra los bandidos de las
cuevas. Estas cavernas, situadas en montañas escarpadas, 310
eran inaccesibles por todos los sitios, salvo por unos senderos tortuosos y muy estrechos. De frente, la roca llegaba hasta unos barrancos muy profundos y toda ella se inclinaba sobre los precipicios, de forma que el rey se lo estuvo pensando durante mucho tiempo por la dificultad del lugar,
aunque finalmente optó por un plan muy peligroso. Bajó 311
por medio de cuerdas a sus hombres más fuertes, metidos en cajones, hasta las entradas de las cuevas. Éstos mataron a los bandidos junto con sus familias y atacaron con fuego a los que resistían. Y como Herodes quería salvar a algunos de ellos, proclamó a través de un heraldo que les perdonaría si vinieran a él. Sin embargo, ninguno de ellos acudió voluntariamente, sino que incluso muchos de los que fueron obligados a ello prefirieron la muerte a ser prisioneros[259].
Allí también uno de los ancianos, padre de siete hijos, ante 312

[258] Es la segunda invasión de los partos, en el 38 a. C., cuando fueron totalmente derrotados por Ventidio, incluido el príncipe Pacoro que murió en la batalla.

[259] En *Antigüedades* XIV 427, en cambio, hay algunos que intentaron negociar y que acabaron por rendirse.

la súplica de ellos y de su madre para que les dejase salir a entregarse según lo prometido, los mató de la siguiente manera: ordenó a sus hijos salir uno a uno y él mismo se colocó a la entrada de la cueva y les iba dando muerte según pasaban por ella. Cuando Herodes vio esta escena desde lejos, se conmovió y alargó su brazo derecho hacia el anciano pa-
313 ra pedirle que perdonara a sus hijos. Sin embargo él no cedió ante sus palabras, sino que reprochó a Herodes su bajeza y, además de a sus hijos, degolló también a su mujer. Tras arrojar sus cuerpos por el precipicio, finalmente acabó por tirarse él mismo.

314 Así sometió Herodes a las cuevas y a los que habitaban en ellas. Después de dejar al mando de Ptolomeo tropas suficientes para hacer frente a cualquier levantamiento, regresó a Samaria con tres mil soldados de infantería y seiscien-
315 tos de caballería para atacar a Antígono. Entonces, ante esta retirada de Herodes, los que tenían por costumbre sublevarse en Galilea[260] se llenaron de confianza, mataron por sorpresa al general Ptolomeo y devastaron la región. Luego se refugiaron en lugares pantanosos y difíciles de localizar.
316 Cuando Herodes se enteró de esta revuelta, rápidamente fue en ayuda de Galilea: puso fin a la vida de muchos de los sediciosos y con asedios liberó todas las fortalezas. Impuso un impuesto de cien talentos a las ciudades como castigo por su sublevación.

317 Una vez expulsados ya los partos y muerto Pacoro[261], Ventidio, por orden de Antonio, mandó a Herodes una uni-

---

[260] Para Josefo son éstos los nacionalistas antirromanos, que generalmente incluyen a los «bandidos de las cuevas». Herodes encontró una importante resistencia en Galilea, a pesar de los intentos de Josefo por minimizarla; cf. I 291-292.

[261] Cf. nota a I 309.

dad de mil jinetes y dos legiones para auxiliarle en su lucha contra Antígono. Este último pidió por carta a Maquera, general de estas tropas, que viniera en su ayuda, le expresó sus muchas quejas por los actos violentos de Herodes y le prometió dinero por su colaboración. No obstante, Maquera[262], 318
como no quería menospreciar al que le había enviado con esta misión y como, además, Herodes le ofrecía una cantidad mayor, no consintió participar en la traición, sino que fingió ser su amigo y fue a espiar los planes de Antígono, sin hacer caso a Herodes que se lo desaconsejaba. Sin em- 319
bargo, al darse cuenta Antígono de sus intenciones, no le permitió entrar en la ciudad y le mantuvo fuera de sus muros como si de un enemigo se tratase, hasta que Maquera se retiró avergonzado a Emaús junto a Herodes. Enfurecido por este fracaso mató a todos los judíos que se encontró, y no perdonó ni siquiera a los seguidores de Herodes, sino que a todos los consideró partidarios de Antígono.

Herodes, irritado por estos hechos, se dispuso a hacer fren- 320
te a Maquera como a un enemigo. Pero, una vez dominada su indignación, se fue a ver a Antonio para denunciar los delitos de Maquera. Éste, cuando se dio cuenta de sus errores, enseguida fue en busca del rey y con muchas súplicas consiguió reconciliarse con él. Herodes, por su parte, no desistió de su 321
idea de ir a ver a Antonio. Al enterarse de que él con un gran ejército asediaba Samosata[263], ciudad importante cercana al Éufrates, se apresuró a ir allí, pues veía que entonces era la ocasión oportuna para demostrar su valentía y ganarse más el

---

[262] La ambigüedad de este personaje queda patente, sobre todo si lo comparamos con su actuación en el pasaje paralelo de *Antigüedades* XIV 435, donde se deja sobornar por Antígono.

[263] Capital del reino de Comagene, pequeño territorio situado entre el Éufrates y el Tauro; vid. la nota siguiente.

322 favor de Antonio. Su llegada puso fin al asedio: aniquiló a muchos bárbaros y consiguió un gran botín, de modo que Antonio, que ya desde hacía tiempo estaba admirado de su valor, vio ahora confirmada su opinión y acrecentó sus honores y sobre todo sus esperanzas de reinar. Por otra parte, el rey Antíoco se vio obligado a entregar Samosata[264].

Muerte de José, hermano de Herodes

323 Mientras tanto en Judea Herodes pasaba por un mal momento. Había dejado a su hermano José al frente de todos los asuntos, con la orden de que no emprendiera el ataque contra Antígono hasta que él regresara, dado que Maquera, por lo que antes había hecho, no era un aliado seguro. Sin embargo José, cuando se enteró de que su hermano estaba muy cerca, se olvidó de su recomendación y salió hacia Jericó con cinco cohortes que Maquera le había enviado. Iba a ese lugar para apoderarse de
324 trigo, puesto que entonces se hallaban en pleno verano. José puso fin a su vida no sin mostrar una gran valentía en la lucha contra los enemigos, que estaban en las montañas y en lugares poco accesibles Las tropas romanas fueron destruidas totalmente. Las cohortes habían sido reclutadas recientemente en Siria, sin que en ellas hubiera ningún soldado de los llamados «veteranos», que habrían podido ayudar a unos individuos inexpertos en la guerra.

---

[264] «El rey Antíoco» es Antíoco I, soberano de Comagene; sobre la familia real imperante en este territorio puede consultarse al obra de R. D. Sullivan, «The Dynasty of Commagene», *Aufstieg und Niedergang der romischen Welt* II 8, 1977, págs. 732-798. Sobre la toma de Samosata puede completarse este pasaje con los relatos de *Antigüedades* XIV 441-447, Dión Casio XLIX 22, 1-2, y Plutarco, *Antonio* 34.

La victoria no fue suficiente para Antígono, sino que su 325
ira llegó a tal extremo que ultrajó incluso el cuerpo muerto de José. Antígono, que se había apoderado de los cadáveres, cortó su cabeza, aunque su hermano Ferora le daba cincuenta talentos para rescatarla. Tras la victoria de Antígono la situa- 326
ción de Galilea empeoró de tal manera que sus partidarios cogieron y ahogaron en el lago a los más destacados de los que apoyaban a Herodes. También hubo muchas defecciones en Idumea[265], donde Maquera había vuelto a amurallar una de las fortificaciones llamada Gitta[266]. Herodes ignoraba estos 327
hechos. Después de la toma de Samosata, Antonio encomendó a Sosio el mando de Siria y ordenó que prestara su ayuda a Herodes en el ataque contra Antígono; mientras, él se marchó a Egipto. Sosio[267] envió a Judea dos legiones como aliadas de Herodes, y un poco detrás iba él con el resto de las fuerzas.

Herodes en Jericó. Asedio de Jerusalén

Cuando Herodes se encontraba en Daf- 328
ne, cerca de Antioquía, unos sueños[268] le anunciaron claramente la muerte de su hermano. Herodes dio un salto en la cama cuando llegaron los mensajeros con la mala noticia. Apenas lamentó su desgracia y, tras dejar para otro momento la manifestación del duelo, se encaminó a

---

[265] En *Antigüedades* XIV 450 se trata de Judea, no de Idumea.

[266] En Idumea, al sur de Hebrón.

[267] C. Sosio, gobernador de Siria en el 38-37 a. C., acabó con la conquista de la región: derrotó definitivamente a Antígono y entronizó a Herodes.

[268] Josefo confiere en su obra una gran importancia a los sueños con valor premonitorio, que junto con las profecías desempeñan un papel destacado en el desarrollo de la acción, ya que es una de las formas de manifestarse la voluntad divina. El estudio más completo del fenómeno onírico en el historiador judío, que cuenta con modelos tanto en la tradición bíblica como en la griega, es el de R. Gnuse, *Dreams and Dream Reports in the Writings of Josephus*, Leiden, 1996.

329 marchas forzadas contra los enemigos. Llegó al Líbano, donde reclutó a ochocientos hombres de la montaña como aliados suyos, y allí se le unió una legión romana. Con estas fuerzas, antes de amanecer, entró en Galilea e hizo retroceder hasta el lugar de donde venían a los enemigos que salían
330 a su encuentro. Atacó varias veces la guarnición, pero, antes de que se apoderara de ella, una terrible tormenta le obligó a acampar en las aldeas de alrededor. Sin embargo, cuando pocos días después se le unió la segunda legión de Antonio[269], los enemigos, asustados ante esta fuerza militar, abandonaron de noche la fortaleza.

331 A continuación, a través de Jericó se apresuró en ir rápidamente a vengarse de los asesinos de su hermano. Allí le sucedió un prodigio divino[270]: contra toda esperanza se salvó, por lo que adquirió la fama de que era un hombre querido por Dios. Aquella noche cenaron con él muchas personas importantes, y cuando acabó el banquete, después de que
332 todos salieran, la casa se derrumbó inmediatamente. Herodes, que interpretó este presagio como un anuncio de peligros y, a la vez, de superación de los mismos en la guerra que iba a emprender, puso en marcha su ejército muy de mañana. Unos seis mil enemigos, que habían bajado de las montañas, empezaron a atacar a los soldados que estaban en las posiciones de vanguardia. Como no se atrevían a luchar cuerpo a cuerpo contra los romanos, les lanzaban de lejos piedras y dardos, de modo que consiguieron herir a muchos. Incluso el propio Herodes, que iba a caballo a través de sus tropas, fue herido en el costado por un dardo.

---

[269] La segunda de las dos legiones enviadas por Sosio a Judea para apoyar a Herodes; cf. I 327.

[270] La creencia de Josefo en los signos premonitorios es una muestra más de su fe en la Providencia divina que se sirve de estos prodigios, de sueños y de otros elementos proféticos para manisfestar su voluntad.

Antígono, que quería demostrar su superioridad no sólo 333
en audacia sino también en el número de sus fuerzas, envió a Papo, uno de sus compañeros, con un ejército contra Samaria. El objeto de esta expedición era combatir a Maquera. 334
Herodes, por su parte, entró en territorio enemigo y sometió cinco pequeñas poblaciones. Mató a dos mil de sus habitantes, incendió sus casas y regresó al campamento, que se había instalado en las proximidades de la aldea llamada Cana[271].

Cada día se le iba uniendo un mayor número de judíos 335
de Jericó y del resto de la región; unos por odio hacia Antígono y otros movidos por los éxitos de Herodes, si bien a la mayoría les impulsaba un deseo irreflexivo de cambio. El monarca judío deseaba enfrentarse al enemigo, y los hombres de Papo, que no temían ni el número ni el arrojo de Herodes, salieron a su encuentro llenos de valor. Cuando se 336
produjo la lucha entre los dos ejércitos, la línea enemiga resistió durante un breve espacio de tiempo, pero Herodes, por el recuerdo de la muerte de su hermano y porque tenía la intención de vengarse de los culpables de su asesinato, acabó rápidamente con los que estaban enfrente de él y a continuación se volvió contra los que aún quedaban agrupados y les hizo huir a todos. Tuvo lugar una gran matanza: la 337
gente se refugió en la aldea de donde había salido, mientras él pisaba los talones a los últimos provocando una innumerable matanza entre ellos. Entró detrás de los enemigos dentro de la aldea. Allí todas las casas estaban llenas de soldados y sus tejados repletos de gente que atacaba desde arriba. Una vez que acabó con los de fuera, tiró las paredes 338
de las habitaciones y sacó a los que se hallaban en el inte-

---

[271] Aunque los códices traen el nombre de Cana, sin embargo THACKERAY y PELLETIER, siguiendo el pasaje paralelo de *Antigüedades* XIV 458, creen que es un error por Isana, enclave el norte de Jerusalén, en las proximidades de la frontera de Judea y Samaria.

rior. Provocó el derrumbamiento de los tejados y así mató en masa a muchos de ellos; los soldados, por su parte, recibían con espadas a los que escapaban de las ruinas. La cantidad de cadáveres era tan grande que los vencedores no
339 podían pasar por las calles. Los enemigos no resistieron esta derrota. Un gran número de ellos, que se había reagrupado, cuando vio los muertos a lo largo de la aldea, se dispersó y huyó. Y entonces Herodes, animado por esta victoria, habría marchado hacia Jerusalén, si no se lo hubiera impedido una violenta tormenta. Esto fue para él un estorbo para la consecución del éxito total y salvó de la derrota a Antígono, que ya estaba dispuesto a abandonar la ciudad.

340 Al atardecer, Herodes dejó que sus amigos, que estaban fatigados, se retiraran a descansar y él en persona, que aún estaba acalorado por la batalla, fue a bañarse como un simple soldado. Solamente le seguía un sirviente. Cuando iba a entrar en el baño, le salió a su encuentro uno de los enemigos con una espada en la mano, a continuación le salió un se-
341 gundo, luego un tercero y así otros muchos. Estos individuos se habían escapado de la batalla y se habían refugiado con armas en el baño, donde habían permanecido llenos de miedo sin que nadie se diera cuenta de su presencia. Pero cuando vieron al rey, aunque estaba desarmado, asustados y temblorosos pasaron corriendo a su lado hasta llegar a la salida. Y como por suerte allí no había nadie más para que apresara a estos soldados y Herodes se contentó con que no le hubieran hecho ningún daño, todos ellos consiguieron huir.

342 Al día siguiente, en castigo por la muerte de su hermano hizo decapitar a Papo, general de Antígono que había muerto en la batalla, y su cabeza la envió a Ferora, ya que era
343 Papo el que había asesinado a José[272]. Cuando el invierno

[272] Cf. I 323-324.

llegaba a su fin, Herodes se dirigió a Jerusalén y llevó hasta sus murallas un ejército. Hacía ya tres años que había sido nombrado rey en Roma[273]. Levantó su campamento delante del Templo, pues por ese lugar era fácil de atacar la ciudad, según antes ya lo había hecho Pompeyo[274]. Repartió el tra- 344
bajo entre sus soldados: cortó los árboles, ordenó levantar tres terraplenes y sobre ellos construir torres. Tras dejar al frente de las actividades a sus hombres más diligentes, se marchó a Samaria para casarse con la hija de Alejandro, hijo de Aristobulo, que, como ya hemos dicho[275], era su prometida. Llevó a cabo este matrimonio como algo complementario del asedio, pues menospreciaba a sus enemigos.

Después de la boda regresó a Jerusalén con una tropa 345
aún más grande. Sosio se reunió con él con un importante ejército de caballería e infantería, que había enviado por el interior mientras él avanzaba a través de Fenicia. La totali- 346
dad de las fuerzas sumaba once unidades de infantería y seis mil jinetes, aparte de los aliados sirios que constituían un gran destacamento. Acamparon cerca de la muralla norte. Herodes confiaba en el decreto del Senado que le había nombrado rey, y Sosio en Antonio, que le había enviado al mando de este ejército para auxiliar a Herodes.

En la ciudad la muchedumbre judía se sublevó de diver- 347
sas maneras. La gente más débil se reunió en las proximidades del Templo y, como si estuviera poseída por la divinidad, se dedicó a componer numerosos oráculos inspirados por Dios en relación con las circunstancias del momento. Los más atrevidos habían formado diversos grupos de bandidos, sobre todo para saquear los alrededores de la ciudad y no dejar víveres ni a los caballos ni a los hombres. Los 348

[273] Cf. I 284.

[274] Cf. I 145.

[275] De la boda de Herodes con Mariamme se ha tratado ya en I 240-241.

guerreros más disciplinados se encargaron de hacer frente al asedio, mantuvieron lejos de las murallas a los que levantaban los terraplenes y siempre planeaban algún nuevo obstáculo para contrarrestar las máquinas de guerra de los adversarios, si bien en nada superaban a sus enemigos tanto como en la construcción de minas subterráneas.

349 El rey Herodes preparó emboscadas contra las correrías de los bandidos con las que puso fin a estas actividades, y ante la falta de víveres hizo que se transportaran desde lejos. Su superioridad sobre los soldados judíos la consiguió por la experiencia de los romanos, aunque los enemigos siempre
350 mostraron una enorme audacia. Se enfrentaban abiertamente a los romanos, lo que significaba una muerte segura, pero a través de las minas subterráneas se presentaban de improviso en medio de ellos, y antes de que una parte de la muralla fuese derribada, levantaban otra que la sustituyera. En definitiva, ni sus manos ni su mente cejaban en su empeño,
351 pues estaban decididos a resistir hasta el final. A pesar de que les cercaba un ejército muy considerable, aguantaron el asedio durante cinco meses, hasta que una unidad escogida de soldados de Herodes escaló la muralla con audacia y entró en la ciudad; detrás de ellos iban los centuriones de Sosio. En primer lugar se apoderaron de las zonas próximas al Templo, y, a continuación, por todas partes se produjo una gran matanza ante el avance del ejército, ya que los romanos estaban irritados por lo mucho que duraba el asedio y los judíos fieles a Herodes trataban de no dejar vivo ningún
352 adversario[276]. Fue degollada muchísima gente que estaba apiñada en las callejas y en las casas, e incluso la que se había refugiado en el Templo. No hubo compasión con los

[276] La toma de Jerusalén por Herodes tuvo lugar el año 37 a. C., también en la fiesta en sábado, concretamente en el vigésimo séptimo aniversario del asalto de Pompeyo (cf. *Antigüedades* XIV 487-488).

niños, ni con los ancianos ni con la debilidad de las mujeres. Aunque el rey había dado la orden de actuar con clemencia, sin embargo nadie dejó quieta su mano, sino que locos se lanzaban contra personas de todas las edades. Entonces Antígono, sin tener en cuenta su suerte pasada ni su suerte presente, bajó de la ciudadela[277] y se arrojó a los pies de Sosio. Éste no se apiadó de su desgracia, sino que se burló de él y le llamó «Antígona». Pero no le trató como a una mujer, ni le dejó sin vigilancia, sino que lo encadenó y lo puso bajo custodia. 353

Asesinato de Antígono. Intrigas de Cleopatra

Una vez sometidos sus enemigos, Herodes se dedicó entonces a reforzar su poder sobre sus aliados extranjeros que iban en grupo a ver el Templo y los objetos sagrados que en él había. El rey se lo impidió: a unos con consejos, a otros con amenazas y, a veces, a otros con las armas, pues pensaba que la victoria sería peor que la derrota, si aquéllos veían alguno de los objetos que estaba prohibido ver[278]. Contuvo los saqueos que se producían en la ciudad, y ante Sosio insistió en que si los romanos vaciaban la ciudad de bienes y de hombres, le dejarían a él como rey de un desierto, y añadió que le parecía poco importante reinar sobre todo el mundo a cambio de tantos ciudadanos muertos. Al responderle Sosio que era justo que sus soldados se dedicaran al pillaje por lo que habían padecido en el asedio, Herodes dijo que iba a darles a cada uno de 354 355 356

[277] Fortaleza de la parte norte del Templo; cf. nota a I 75.

[278] A diferencia de la conquista de Pompeyo, cuando las tropas romanas entraron hasta el interior incluso del santuario, cuyo acceso estaba vedado para los propios judíos (cf. I 152), ahora, en cambio, se evita esta profanación.

ellos una paga de su propio dinero. De esta forma cumplió su promesa y salvó lo que quedaba de su patria. A cada soldado le entregó magníficos regalos, a sus oficiales de acuerdo con su correspondiente dignidad, y al propio Sosio con una generosidad digna de un rey, de manera que nadie se
357 marchó sin que le faltara dinero. Sosio, después de consagrar a Dios una corona de oro, levantó el campamento y se fue de Jerusalén para llevar a Antígono como prisionero ante Antonio. El hacha acabó con la vida de Antígono, como merecía su cobardía, aunque hasta el final conservó una vana esperanza de vivir[279].

358 El rey Herodes hizo distinciones entre los ciudadanos: a sus partidarios los hizo aún más favorables a él a través de los honores que les otorgó, y, en cambio, ejecutó a los secuaces de Antígono. Ante la falta de dinero, convirtió en monedas todos los adornos que tenía y se las envió a Antonio y
359 a los que estaban con él. Pero ni así pudo comprar totalmente el verse libre de preocupaciones, pues Antonio, afectado ya por el amor de Cleopatra, estaba dominado absolutamente por la pasión. Cuando ésta dejó de perseguir a su familia hasta el punto de no dejar con vida a nadie de su propia san-
360 gre[280], se dedicó entonces a matar a los extranjeros[281]. Calum-

[279] Las fuentes son contradictorias sobre la consideracion del rey Antígono. La opinión desfavorable de Josefo, heredada de Nicolás de Damasco, contrasta con la idea transmitida por Estrabón, citado en *Antigüedades* XV 9-10, según la cual era grande el afecto que los judíos sentían hacia el asmoneo Antígono. En cualquier caso la decapitación de Antígono ordenada por Antonio supone la humillación de la monarquía tradicional judía para así preparar el camino de aceptación del nuevo rey Herodes.

[280] Concretamente a dos de sus hermanos; cf. *Antigüedades* XV 89.

[281] Acusó de complicidad con los partos y ejecutó a Lisanias, el hijo de Ptolomeo, rey de Calcidia; cf. *Antigüedades* XV 92.

nió ante Antonio a los personajes más notables de Siria y le convenció para que los ejecutara, para así apoderarse sin problemas de los bienes de cada uno de ellos. Y como su ambición alcanzó incluso a los judíos y a los árabes, esta mujer planeaba en secreto acabar con la vida de sus respectivos reyes, Herodes y Malco[282].

Antonio, que se mostró prudente en parte de sus peticio- 361
nes, consideró que era un sacrilegio matar a hombres honrados y a reyes tan importantes, aunque hirió a sus amigos en algo muy parecido a esto: les arrebató muchas regiones de sus territorios, en especial el palmeral de Jericó, en el que se produce el bálsamo[283], y se lo entregó a Cleopatra junto con todas las ciudades de este lado del río Eléutero[284], salvo Tiro y Sidón. Cuando se adueñó de estos lugares, Cleopatra 362
acompañó hasta el Éufrates a Antonio, que entonces dirigía una campaña militar contra los partos[285], y llegó hasta Judea a través de Apamea y Damasco. Allí Herodes aplacó su hostilidad con espléndidos regalos, recuperó en alquiler por doscientos talentos anuales los territorios de su reino que le habían sido arrebatados y escoltó a Cleopatra hasta Pelusio con todos los honores. No mucho después vino de Partía Anto- 363
nio con Artabaces, hijo de Tigranes[286], como prisionero que iba a regalar a Cleopatra. Nada más llegar le entregó a este personaje como obsequio, además del dinero y de todo el botín que había obtenido.

---

[282] Sobre este rey nabateo, cf. I 274.

[283] Este producto es el que hace famosa a la región de Jericó como la más fértil de Judea; cf. I 138.

[284] Este río, al norte de Tiro, servía de frontera entre Fenicia y Siria.

[285] Marco Antonio no combatió entonces contra los partos, sino contra los armenios; cf. PLUTARCO, *Antonio* 52-53, y DIÓN CASIO XLIX 29-41.

[286] Artabaces, hijo de Tigranes, no era rey de los partos, sino de Armenia.

Guerra de Herodes contra los árabes

364 Cuando estalló la guerra de Acio, Herodes se preparó para ir en ayuda de Antonio, pues ya se había librado de los conflictos de Judea y se había apoderado de Hircania, fortaleza controlada por la
365 hermana de Antigono[287]. Sin embargo, Cleopatra astutamente impidió que aquél compartiese los peligros de Antonio. En efecto, según ya hemos dicho[288], maquinaba contra ambos monarcas, y persuadió a Antonio para que encargase a Herodes el mando de la guerra contra los árabes. De esta forma, si triunfaba, ella se convertiría en la soberana de Arabia, y, en caso contrario, sería reina de Judea. En ambos casos derrocaría a uno de los reyes por medio del otro.

366 El plan era ventajoso para Herodes. Empezó por reunir una gran caballería para tomar represalias contra los enemigos y la envió contra ellos en los alrededores de Dióspolis[289]. Obtuvo la victoria, a pesar de la dura resistencia que opusieron. A consecuencia de este triunfo se produjo entre los árabes una gran revuelta. Un número incalculable de ellos se congregó en Canata, en la Celesiria[290], y allí aguardó

---

[287] Como se ha dicho en I 158, Antígono tenía dos hermanas. Una de ellas, la menor, llamada Alejandra, se casó con Filipo y, luego, con Ptolomeo, el hijo de Meneo (cf. I 186). No conocemos el nombre de la segunda de las hermanas ni sabemos de ellas se refugió en esta fortaleza de Hircania.

[288] I 360.

[289] Ciudad de la Celesiria no identificada. No puede tratarse de Lida (I 302), ya que ésta localidad recibirá el nombre de Dióspolis en una época posterior a la que ahora se está tratando. PELLETIER, comentario *ad loc.*, cree que es la ciudad de Dión citada en I 132, con una denominación simplificada: «Ciudad de Dión» o «Dióspolis».

[290] Canata se suele identificar con las ruinas de Kanawât, al este del Jordán. PLINIO, *Historia natural* V 74, la incluye entre las ciudades de la Decápolis; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, págs. 194-197. Sobre la Celesiria, cf. nota I 103.

a los judíos. Herodes se presentó en este lugar con un ejérci- 367
to, intentó dirigir la guerra con gran prudencia y ordenó fortificar el campamento. Sus hombres no le obedecieron, sino que, animados por la anterior victoria, se precipitaron contra los árabes, a quienes acosaron tras ponerles en fuga en el primer ataque. Pero en esta persecución Herodes fue objeto de emboscadas: Atenión[291], un general de Cleopatra que siempre había sido su adversario, levantó contra él a los habitantes de Canata. Los árabes recobraron nuevo valor 368
con la incorporación de la gente de este lugar, se dieron la vuelta y, tras reagrupar el conjunto de sus fuerzas en una zona rocosa y de difícil acceso, hicieron huir a las tropas de Herodes y llevaron a cabo una gran matanza entre ellas. Los que se salvaron de esta batalla huyeron a Ormiza[292], donde los árabes sitiaron su campamento y se apoderaron de él con todos sus hombres.

No mucho después llegó Herodes en ayuda de esta des- 369
gracia, aunque ya era tarde. La causa de este desastre fue la desobediencia de sus oficiales, ya que si este ataque no se hubiera producido de improviso, Atenión no habría encontrado el momento oportuno para su emboscada. No obstante, Herodes se vengó después de los árabes a través de las incursiones que sin cesar hacía en su territorio, para que así nunca olvidaran que esa había sido su única victoria. En el 370
séptimo año de su reinado[293], cuando la guerra de Acio se hallaba en su momento culminante, le sobrevino otra des-

[291] Gobernador del territorio con el que Antonio obsequió a Cleopatra, a pesar de que el Senado nunca confirmó estas donaciones; cf. *Antigüedades* XV 96 y 116, y Dión Casio XLIX 41.

[292] Esta ciudad, que aún no ha sido identificada, no aparece en el pasaje paralelo de *Antigüedades* XV 118.

[293] El reinado de Herodes empieza a contarse desde la toma de Jerusalén el año 37 a. C.

gracia enviada por Dios[294] en el momento en que se encontraba tomando represalias contra sus enemigos. Al empezar la primavera un terremoto produjo la muerte de innumerables reses y de treinta mil hombres, si bien el ejército no re-
371 sultó afectado, pues estaba acampado al aire libre. En este momento los rumores[295], que siempre exageran las desgracias ocurridas, aumentaron en gran manera el valor de los árabes. En consecuencia, al creer que toda Judea había sido devastada y que se iban a apoderar de una región deshabitada, sacrificaron a los embajadores, que entonces les habían
372 enviado los judíos, y entraron en Judea. La muchedumbre se asustó ante esta invasión y estaba desmoralizada por la magnitud de las continuas calamidades. Entonces Herodes reunió al pueblo e intentó darles ánimos para que se defen-
373 dieran con estas palabras[296]: «Me parece que el miedo que ahora os domina es irracional. Es natural que os hayáis asustado ante las catástrofes enviadas por la Providencia, pero es propio de personas cobardes el hacerlo ante una invasión de hombres. Por lo que a mí respecta, estoy tan lejos de sentirme atemorizado de los enemigos, después de sufrir el terremoto, que sospecho que Dios ha puesto este cebo a los árabes para que así nos venguemos de ellos. Los enemigos

[294] El concepto clásico del Destino se une en Josefo con el de Providencia divina. Dios interviene en los asuntos de los hombres. Esta idea es la que convierte a la historia de nuestro autor en una emulación de la historia sagrada y es así como lo han comprendido los autores cristianos; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[295] Esta personificación del rumor o de la fama aparece de forma más clara en III 432 ss. Se ha querido ver aquí una reminiscencia de Virgilio, concretamente de *Eneida* IV 173-175; cf. los correspondientes comentarios de Thackeray y Pelletier.

[296] Detrás de este discurso parecen estar las palabras de Pericles para reanimar a los atenienses abatidos por la guerra y la peste (Tucídides, II 60 ss.).

han venido confiados no tanto en sus armas y fuerzas, como en nuestras propias desgracias. Pero realmente es engañosa la esperanza que se basa en las desdichas de los demás en lugar de en la fuerza de uno mismo. La buena o mala suerte 374
no son algo estable para los hombres, sino que se puede ver que la Fortuna va de un lado a otro. Esto lo podemos aprender de nuestra propia experiencia: aunque nosotros ganamos en la primera batalla, sin embargo los enemigos fueron los triunfadores, y, como es lógico, ahora, cuando creen que van a imponerse, van a ser derrotados, pues el exceso de confianza da inseguridad, mientras que el miedo enseña a proceder con precaución. Por ello, al menos a mí, vuestro temor me hace cobrar ánimos. Cuando tuvisteis más osadía de 375
la que era necesaria y, contra mi opinión, atacasteis a los enemigos, entonces Atenión aprovechó este momento para tender su emboscada. En cambio ahora, vuestra desconfianza y vuestro aparente desánimo son para mí una prueba segura de la victoria. Es preciso que mantengamos esta actitud mien- 376
tras esperamos entrar en combate, y que luego en la acción nos llenemos de valor y demostremos a los impíos que ninguna desgracia, provocada por los hombres o por la Providencia, humillará la valentía de los judíos, mientras vivan, ni nadie permitirá que se adueñe de sus bienes un árabe, que muchas veces estuvo a punto de ser su prisionero. Que no 377
os preocupen las convulsiones de los elementos inanimados ni creáis que el terremoto es anuncio de otra catástrofe[297]. Los fenómenos debidos a estos principios son naturales, y para los hombres no tienen otra consecuencia que el daño que les producen en ese momento. Antes de la peste, del

[297] También Tucídides, I 23, 3, recurre a la intervención de los fenómenos de la naturaleza para demostrar la importancia de los hechos narrados por él. En el caso de Josefo se necesita la actuación directa de Dios para adecuarse al teocratismo hebreo tradicional.

hambre y de los temblores de tierra podría producirse una señal de menor duración, si bien estos cataclismos están limitados por su propia magnitud. Pues ¿qué males mayores nos podría ocasionar la guerra que el terremoto, aunque fué-
378 ramos derrotados en ella? Por otra parte, hay un importante signo premonitorio de destrucción para los enemigos que no procede ni de causas naturales ni de fuerzas ajenas a ellos. Éstos mataron cruelmente a nuestros embajadores, sin tener en cuenta las leyes humanas, y los sacrificaron a Dios, adornados con coronas, como víctimas propiciatorias por esta guerra. Pero no escaparon a la poderosa mirada de Dios ni a su invencible diestra, sino que enseguida nos van a pagar su castigo por ello, si ahora nos llenamos del valor de nuestros padres y procedemos a tomar venganza por la violación de
379 los tratados. Que todos vayan al combate no para defender a su mujer, ni a sus hijos, ni a la patria, que está en peligro, sino para vengarse por nuestros embajadores, que nos guiarán en la guerra mejor que los vivos. Yo mismo me expondré al peligro antes que vosotros, si estáis dispuestos a obedecerme, pues debéis tener bien presente que vuestra valentía es irresistible, si por alguna temeridad no cometéis ningún error»[298].

380 Cuando Herodes vio que el ejército se había fortalecido con estas palabras, hizo sacrificios a Dios[299] y, a continua-

[298] Este discurso es bastante diferente en el pasaje de *Antigüedades* XV 127-146. En esta arenga, así como en otras, Josefo se inspira en Tucídides, y en este caso parece hacerlo en las palabras dirigidas por Pericles a los atenienses con motivo de la peste (II 60-64); sobre la importancia de los discursos en la obra de Flavio Josefo, vid. el apartado 6 de la Introducción.

[299] Las leyes religiosas judías sólo permitían hacer sacrificios dentro del Templo, no en medio del campo, como aquí se indica. Es posible, por tanto, que nos hallemos ante una costumbre pagana más adoptada por el rey Herodes.

ción, cruzó el río Jordán con sus tropas. Acampó en las proximidades de Filadelfia, cerca de los enemigos, y les lanzó algunos pequeños ataques para apoderarse de una fortificación, situada entre ambos bandos, pues deseaba entrar en combate rápidamente. Se daba la circunstancia de que aquéllos habían enviado delante a algunos hombres para que tomaran la fortaleza. Pero los soldados del rey enseguida los 381
expulsaron y se hicieron dueños de la colina. Cada día él en persona dirigía sus tropas, las ponía en orden de batalla e incitaba a los árabes a luchar. Pero como ninguno de ellos se decidía a salir a su encuentro, pues les dominaba un terrible pavor y su general Eltemo estaba sobrecogido por el miedo más que todos ellos, Herodes avanzó más adelante y deshizo las empalizadas de su fortificación. En este punto, 382
los árabes se vieron forzados a entrar en combate, en desorden y mezclada la infantería con la caballería. Eran superiores a los judíos en número, pero inferiores en valor, aunque ellos también eran audaces por la poca esperanza que tenían de vencer.

Por ello, mientras resistieron, no tuvieron muchas pérdi- 383
das, pero al volver la espalda, muchos murieron a manos de los judíos y muchos fueron pisoteados por los suyos. Cinco mil perecieron en la huida, y los demás se apresuraron a refugiarse en las empalizadas. Herodes los rodeó y los sitió. La falta de agua hizo que la sed se adueñara de ellos cuando iban a ser tomados por la fuerza de las armas. El rey se com- 384
portó de forma arrogante con sus embajadores y, aunque le ofrecieron quinientos talentos como rescate, siguió presionándoles aún más. Cuando ya la sed ardía en ellos, salieron en tropel a entregarse voluntariamente a los judíos, de modo que en cinco días fueron hechos prisioneros cuatro mil árabes, y el sexto día los que todavía resistían salieron a luchar empujados por su falta de esperanza. Contra éstos fue Hero-

385 des y aún consiguió matar a siete mil de ellos. Al castigar a Arabia con un ataque tan grande y apaciguar el orgullo de sus hombres, aumentó su fama hasta tal punto que esta nación le eligió protector suyo.

Tras la batalla de Acio, Augusto César confirma a Herodes en el trono. Nuevos territorios[300]

386 Sin embargo enseguida, a causa de su amistad con Antonio, se apoderó de Herodes un motivo de inquietud por su propia situación, ya que César[301] había vencido en la batalla de Acio[302]. No obstante su temor era mayor de lo que en realidad le ocurría, pues César no consideraba que había vencido totalmente a Antonio mien-
387 tras éste aún tuviera a Herodes por aliado. El rey decidió salir al encuentro del peligro y navegó hasta Rodas, donde se encontraba César. Compareció ante él sin la diadema[303], con la vestimenta y el aspecto de una persona particular, pero con el orgullo de un rey, y sin ocultar la verdad le habló
388 directamente de esta manera: «César, yo he sido nombrado rey por Antonio y reconozco que le he ayudado en toda ocasión. Y no negaré que, si los árabes no me lo hubieran impedido, sin duda tú me habrías visto ayudarle con las armas. De todas formas, en la medida de lo posible, le envié un destacamento de ayuda y muchas decenas de miles de

---

[300] A partir de aquí la narración no coincide plenamente con *Antigüedades* XIV. En esta última obra se sigue un orden cronológico, mientras que en la *Guerra* se opta por seleccionar momentos determinados del reinado de Herodes, como veremos a continuación.

[301] César Augusto; cf. nota a I 283.

[302] La guerra de Acio tuvo importantes repercusiones en la política de Herodes: el rey judío estuvo al lado de Antonio en todo el conflicto, pero, cuando César Augusto lo venció, Herodes no tuvo ningún reparo en pasarse al bando del nuevo vencedor.

[303] El distintivo de la realeza era la diadema, no la corona; cf. nota a I 70.

medidas de trigo, y ni siquiera después de la derrota de Acio abandoné a mi benefactor. Fui su mejor consejero, dado que 389
ya no podía ser su aliado, y le dije que la única solución para su desastrosa situación era la muerte de Cleopatra. Si acababa con ella, le prometí dinero, murallas seguras, un ejército y yo mismo como aliado en la guerra que llevaba a cabo contra ti. Pero su pasión por Cleopatra y Dios, que es 390
el que te ha concedido el poder, han tapado sus oídos[304]. Por ello, he sido vencido junto con Antonio y, siguiendo su propia suerte, he renunciado a la diadema. Me presento ante ti con la esperanza de salvación puesta en mi fidelidad, y con la idea de que se sabrá qué clase de amigo he sido, sin tener en cuenta la persona de quien lo fui».

César le replicó de esta manera: «Ten por segura tu sal- 391
vación y desde ahora reina con una garantía mayor. Pues al defender tanto la amistad eres digno de ser rey de mucha gente. Intenta ser también leal con los que han tenido mejor suerte, pues yo, por mi parte, tengo extraordinarias esperanzas puestas en tus cualidades personales. Antonio ha hecho bien al obedecer a Cleopatra antes que a ti, ya que a causa de su insensatez te he conseguido para mí. Me parece que 392
ya has empezado a ayudarnos, según me ha escrito Quinto Didio[305] que le mandaste ayuda contra los gladiadores[306]. Ahora con un decreto confirmo tu realeza, y a partir de este

---

[304] Sobre la intervención de Dios en los hechos de los hombres y, por tanto, en el desarrollo de la historia, vid. el apartado 5 de la Introducción.

[305] Fue gobernador de Siria entre la batalla de Acio y la muerte de Antonio (de septiembre del año 31 a agosto del 30 a. C.). Seguramente recibiría este cargo de manos de Antonio, si bien tras Acio se puso del lado de Augusto; cf. *Antigüedades* XV 195 y Dión Casio LI 7.

[306] Estos gladiadores fueron enviados por Cleopatra a Cícico en ayuda de Antonio, pero fueron interceptados por Quinto Didio en colaboración con Herodes. Este hecho le supuso a Herodes una excelente forma de atraerse el favor de Augusto.

momento intentaré concederte más favores para que no eches de menos a Antonio».

393 Cuando César Augusto dio pruebas de su benevolencia para con el rey con estas palabras y le colocó la diadema sobre su cabeza, publicó en un decreto este beneficio, en el que expresaba muchos y excelentes elogios de su persona. Herodes aplacó el ánimo de César con presentes para interceder por Alexas[307], uno de los amigos de Antonio que le había pedido este favor. Sin embargo aquí se impuso la indignación de César, que acusaba a este individuo de muchas
394 acciones graves, y rechazó la petición. Después, Herodes recibió por primera vez con toda la pompa real a César, que se dirigía a Egipto a través de Siria. Cabalgó junto a él, cuando pasaba revista a sus tropas cerca de Ptolemaida, y le agasajó con un banquete a él y a todos sus amigos. Además repartió entre el resto de sus hombres todas las provisiones
395 necesarias para celebrarlo. También se preocupó de proporcionar abundante agua al ejército que se dirigía hacia Pelusio a través de una zona seca, y lo mismo hizo a su regreso. A sus soldados no les faltó ninguna provisión. Entonces, a César y a sus hombres les pareció que el reino de Herodes era demasiado pequeño en relación con lo que les
396 había ofrecido. Por consiguiente, cuando llegó a Egipto, una vez ya muertos Cleopatra y Antonio, no sólo aumentó sus honores, sino también su reino, puesto que le entregó la región de la que se había apoderado Cleopatra[308]; también Gadara, Hipo y Samaria y, además, las ciudades costeras de
397 Gaza, Antedón, Jope y la Torre de Estratón. Como guardia personal le regaló cuatrocientos gálatas, que antes habían constituido el cuerpo de escolta de Cleopatra. Pero nada im-

[307] En *Antigüedades* XV 197 y PLUTARCO, *Antonio* 72, se le llama Alejandro, no Alexas.

[308] Es el territorio donado por Antonio a Cleopatra; cf. I 361-362.

pulsó tanto a César a hacer estas donaciones como la generosidad de quien las recibía.

Después del primer período de la era de Acio[309], incor- 398
poró a su reino el territorio llamado Traconítide, y la región próxima a él de Batanea y Auranítide[310] por la siguiente causa. Zenodoro, que tenía en renta las tierras de Lisanias[311], no dejaba de enviar bandidos de la Traconítide contra los habitantes de Damasco. Éstos últimos buscaron la ayuda de Varrón, gobernador de Siria, y le pidieron que comunicase a César su situación. Cuando César se enteró de ello, mandó la orden de acabar con la banda de forajidos. Entonces Va- 399
rrón llevó a cabo una expedición militar contra ellos, dejó el país libre de estos individuos y quitó del medio a Zenodoro. Más tarde, César entregó esta comarca a Herodes, para que así no volviera a convertirse en base de operaciones para los bandidos que actuaban contra Damasco. Asimismo al regresar después de diez años a Siria, lo nombró procurador de

[309] Con la victoria de Acio se inicia un sistema de cómputo que imita el de las Olimpíadas. En el año 28 a. C. se celebraron los primeros juegos atléticos destinados a conmemorar este evento, en el 24 a. C. los segundos y así sucesivamente.

[310] Estas tres regiones se hallaban en la franja que hay entre Siria y el país de los nabateos; cf. ABEL, *Géographie...*, II págs. 155-156.

[311] Zenodoro seguramente uno de los soberanos de las regiones en que se dividió el antiguo reino de Calcidia o de Calcis de Ptolomeo y Lisanias. DIÓN CASIO LIV 9, 3, le llama tetrarca y le asigna el territorio de Ulata y Panias, así como la zona circundante, por el norte y el noroeste, con el lago de Gennesar. Con el nombre de «reino de Lisanias» se conoce tanto a Iturea como a Calcidia, dependiendo de las épocas. Este territorio originario, identificado con las zonas del Líbano (POLIBIO, V 45, 8-9, y ESTRABÓN, XVI 753-755), fue gradualmente dividiéndose en pequeños reinos. SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 721 ss. distingue dos Lisanias distintos: el primero sería el mencionado aquí, rey de Calcidia, mientras que el segundo, que será citado en II 215, será el rey de Abilene, con capital en Abila.

toda esta provincia, de modo que los demás procuradores no 400 podían hacer nada sin que él estuviera de acuerdo[312]. Una vez que murió Zenodoro, le entregó toda la zona que hay entre la Traconítide y Galilea. Lo más importante de todo era para Herodes que César le quería a él en segundo lugar después de a Agripa[313], y que este último también le estimaba a él después de a César. Por ello alcanzó un nivel muy alto de felicidad, su espíritu tuvo aspiraciones mayores y su ambición más importante se dedicó a asuntos religiosos.

Herodes reconstruye el Templo de Jerusalén. Su actividad benefactora en otras ciudades

401 En el año decimoquinto[314] de su reinado reconstruyó el Templo y volvió a levantar, en una extensión doble de la que antes tenía, la zona que había alrededor de él. Gastó en ello sin escatimar nada y con un lujo insuperable. Daban prueba de esta obra los grandes pórticos que rodeaban el Templo y la ciudadela que estaba en su parte norte. Los primeros los reconstruyó desde los cimientos, mientras que la ciudadela la restauró con un gran esplendor, similar al de un palacio real, y la llamó Antonia

[312] No es una subordinación total de los procuradores de Siria a Herodes, sino que éstos han de tener al rey judío como a un consejero. Por otra parte, la confianza que Augusto había depositado en Herodes es perfectamente constatable en los diversos cargos que va asumiendo el monarca: gobernador, prefecto, procurador, ... cf. I 199-200 y 225.

[313] M. Vipsanio Agripa fue yerno, amigo íntimo y colaborador de Augusto. En el año 15 a. C. viajó a Judea y mantuvo muy buenas relaciones con Herodes.

[314] En *Antigüedades* XV 380 se trata del decimoctavo año del reinado de Herodes, es decir, el 20-19 a. C., lo que parece estar más de acuerdo con la realidad. La reconstrucción continuó después de la muerte de Herodes hasta el 8 d. C.

en honor de Antonio[315]. Levantó su propio palacio real[316] en 402
la zona alta de la ciudad con dos amplios y muy bellos edificios, con los que ni siquiera un templo podía compararse. Les puso el nombre de sus amigos, al uno le llamó Cesareo y al otro Agripeo.

Sin embargo, Herodes no sólo se limitó a dejar el re- 403
cuerdo y el nombre de estos personajes en edificios, sino que su generosidad llegó incluso a dedicarles ciudades enteras. En Samaria rodeó una ciudad[317] con una espléndida muralla de veinte estadios de longitud y transladó a ella seis mil colonos, a los que entregó una tierra muy fértil. En el centro de esta ciudad erigió un templo muy grande con un terreno sagrado de tres estadios y medio a su alrededor, que se lo dedicó a César. A esta población la denominó Sebaste, y a sus habitantes les concedió unas leyes privilegiadas.

Después de esto, cuando César le concedió otros terri- 404
torios[318], erigió en ellos un templo de mármol blanco junto a las fuentes del río Jordán, en un lugar llamado Panion[319].
Aquí se encuentra una montaña de una altura inmensa; en la 405
parte baja de uno de sus lados se halla una cueva oscura, por donde se abre un precipicio escarpado y un abismo muy profundo con una gran cantidad de agua tranquila, para la que no hay cuerda suficiente que llegue hasta el fondo de

---

[315] Cf. nota a I 75.

[316] Josefo describirá este palacio, construido en el año 24 a. C., en V 156-183.

[317] Cf. nota a I 118. El nombre helenístico de Samaria es Samarítide, que leemos ya en *I Macabeos* 10, 30.

[318] Cf. I 398 y 400.

[319] Esta ciudad será llamada después Cesarea de Filipo y Neronia (cf. nota a II 168). El templo aquí mencionado y dedicado a Augusto fue construido en la zona próxima a la gruta del dios Pan, como detalla *Antigüedades* XV 363.

406 ella. Por debajo y en la parte exterior de la cueva brotan las fuentes que algunos dicen que dan origen al Jordán. Sobre esta cuestión hablaremos con más detalle en los capítulos siguientes[320].

407 Asimismo el rey construyó en Jericó otros edificios mejores y más apropiados para acoger a sus huéspedes entre la fortaleza de Cipros[321] y el antiguo palacio, y les dio el nombre de sus amigos[322]. En resumen, no es posible nombrar ningún lugar de su reino, que fuera idóneo para ello, en el que no hubiera nada en honor de César. Cuando llenó de templos su propio territorio, extendió estas muestras de consideración por el resto de la provincia y en muchas ciudades erigió monumentos dedicados a César.

408 Al darse cuenta de que una de las ciudades costeras, llamada Torre de Estratón[323], estaba ya en mal estado y que por su situación estratégica podía ser beneficiaria de su generosidad, la reconstruyó totalmente con piedra blanca y la adornó con un magnífico palacio, donde, más que en otros
409 lugares, dio prueba de su natural grandeza de espíritu. Entre Dora y Jope, donde estaba situada esta ciudad, no había ningún puerto en toda la costa, de manera que quien navegara desde Egipto a Fenicia tenía que anclar en medio del mar a causa de la amenaza del viento del suroeste. Este viento, aunque sople débilmente, arroja olas tan grandes contra las rocas que su reflujo hace que se conmueva una gran parte
410 del mar. Pero el rey consiguió dominar la naturaleza a fuerza de gastos y de prodigalidad, y así construyó un puerto

---

[320] Cf. III 509 ss.

[321] Esta fortaleza se llamaba así en recuerdo de la madre de Herodes; cf. I 417.

[322] Es decir, Augusto y Agripa.

[323] Torre de Estratón, llamada desde entonces Cesarea, tardó en reconstruirse doce años, del 22 al 10 a. C.; cf. *Antigüedades* XV 341.

más grande que el del Pireo[324], al que dotó de otros profundos fondeaderos en sus partes más hondas.

Aunque la naturaleza del lugar obstaculizaba totalmente 411 sus propósitos, luchó con ella para que la robustez de su construcción soportase la presión del mar, y, a la vez, para que su belleza diera la impresión de que no había existido ninguna dificultad en su ejecución. Tras tomar las medidas de la extensión del puerto en relación con las del Pireo, según hemos señalado, arrojó al mar, a una profundidad de veinte brazas, una piedras que, en su mayor parte, tenían cincuenta pies de largo, nueve de alto y diez de ancho, aunque algunas eran aún más grandes. Una vez que cubrió el 412 fondo, agrandó el muro que sobresalía del mar hasta doscientos pies de anchura. Cien de los pies estaban construidos para hacer frente a las embestidas de las olas, por lo que se los denominó «rompeolas», y los otros cien servían de apoyo para un muro de piedra que rodeaba todo el puerto. A lo largo de este muro se levantaban grandes torres; la más importante y hermosa de todas era la llamada Drusion, en honor de Druso, hijastro de César[325]. Había también una 413 gran cantidad de lugares abovedados donde podían albergarse los que llegaban al puerto, y delante de ellos se extendía alrededor un amplio paseo, hecho de piedras, para las personas que desembarcaran. El acceso al puerto estaba orientada al norte, pues en este lugar el viento septentrional es el más tranquilo. En su entrada había tres colosos, a cada uno de

[324] De los tres puertos que hay en el Pireo, el más grande, conocido propiamente con este nombre, alcanza una extensión de casi cuatro kilómetros de perímetro en su dársena, dos kilómetros de ancho por casi tres de largo, de acuerdo con el plano a escala de la edición de Pausanias de N. D. Papachatzis, Atenas, 1974, I, págs. 100-101.

[325] Nerón Claudio Druso es hijo de Livia, esposa en segundas nupcias de Augusto.

sus lados, sobre unas columnas. Las estatuas de la izquierda, según se entra en el puerto, estaban apoyadas en una sólida torre, y las de la derecha en dos enormes peñascos erguidos y unidos entre sí, que eran más altos que la torre que estaba
414 en el otro lado. Junto al puerto se encontraban también unas casas de piedra blanca. Las calles de la ciudad, que estaban dispuestas a la misma distancia las unas de las otras, desembocaban en el puerto. Frente a la entrada se alzaba sobre una colina un templo dedicado a César, que destacaba por su belleza y por sus proporciones. En él se hallaba una estatua de César más grande que la imagen de Zeus en Olimpia[326], con la que mostraba semejanzas, y también había un coloso de Roma[327], similar al de Hera en Argos[328]. Herodes dedicó la ciudad a la provincia romana, el puerto a los que navegaran por ella y el honor de esta fundación se lo consagró a César; por ello se llamó Cesarea[329].

415 Los demás edificios que construyó, el anfiteatro, el teatro y el ágora[330], también eran dignos de este nombre. Asi-

---

[326] La estatua de Zeus en Olimpia era una de las siete maravillas del mundo. La imagen, hecha de oro y marfil, era la obra más importante del escultor Fidias y alcanzaba hasta trece metros de altura. Una descripción bastante precisa de la misma la hallamos en PAUSANIAS, V 11, y en ESTRABÓN, VIII 3, 30.

[327] Aunque el templo estaba construido en honor de Augusto, sin embargo también lo estaba en el de Roma. Según nos transmite SUETONIO, *Augusto* 52, el emperador sólo permitía erigir templos dedicados en común a él y a Roma.

[328] PAUSANIAS, II 22-24, menciona dos templos de esta diosa en Argos: el de Hera Antea, en el ágora, y el de Hera Acrea, en la subida a la acrópolis, junto al templo de Apolo.

[329] De esta forma Cesarea se convirtió en la capital de Judea (cf. TÁCITO, *Historias* II 78).

[330] Estas construcciones eran indicio del grado de helenización de esta zona; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, págs. 250 ss.

mismo instituyó unos juegos quinquenales[331], a los que dio el apelativo de César, y él en persona concedió grandes premios cuando los inauguró en la Olimpiada ciento noventa y dos[332]. En estos certámenes participaban de la generosidad real no sólo los vencedores, sino también los que obtenían el segundo puesto y el tercero. Volvió a construir la 416
ciudad costera de Antedón, que había sido devastada por la guerra, y le puso por nombre Agripeo[333]. Hizo grabar su nombre en la puerta que él había erigido en el Templo[334], pues sentía un gran afecto hacia este amigo.

Herodes amaba a sus familiares más que a ninguna otra 417
persona. A su padre le dedicó una ciudad, que fundó en la llanura más hermosa de su reino, llena de ríos y árboles, y le puso por nombre Antípatris[335]. A su madre le consagró una fortaleza muy segura y muy agradable, más arriba de Jericó,

---

[331] A pesar de la postura oficial del judaísmo, que rechazaba los juegos de tipo pagano (cf. *I Macabeos* 1, 14-15, y *II Macabeos* 4, 9-17), sin embargo a partir del reinado de Herodes son muchos los lugares en los que florecerán las competiciones atléticas: Jerusalén (II 44 y *Antigüedades* XV 268), Jericó (I 659), Tiberíades (II 618), etc... Incluso tenemos noticias de deportistas judíos que tomaron parte en este tipo de competiciones y que formaban parte de asociaciones atléticas; cf. C. Diem, *Theorie der Gymnastik=Historia de los deportes*, trad. esp., Barcelona, 1966, págs. 263-267, y, en general para este tema, H. A. Harris, *Greek Athletics and the Jews*, Cardiff, 1976. No obstante, no está de más consultar el reciente libro de U. Hübner, *Spiele und Spielzeug im antiken Palästine*, Friburgo, 1992, donde se recoge toda una larga serie de juegos y competiciones que se venían realizando entre los judíos desde época pretérita.

[332] Entre el año 12 y el 9 a. C.

[333] En I 87 y 118 se la denomina Agripíade.

[334] Esta «Puerta de Agripa» no está identificada. Pelletier, en el comentario a su traducción francesa, págs. 181-182, cree que no se trataba de una puerta, sino de una inscripción dedicada a Vipsanio Agripa en la fachada del Templo de Jerusalén restaurada por Herodes.

[335] En honor de su padre Antípatro; cf. nota a I 99.

418 que rodeó de murallas y le llamó Cipros[336]. A su hermano Fasael le dedicó la torre que lleva su nombre en Jerusalén, cuya forma y majestuoso tamaño expondremos más tarde[337]. Igualmente, a otra ciudad que fundó en el valle, al norte de Jericó, le llamó Fasaelis.

419 Cuando dejó a la posteridad el recuerdo de sus familiares y amigos, no se olvidó de sí mismo, sino que levantó una fortificación en una montaña orientada hacia Arabia y la bautizó con su propio nombre, Herodio. El mismo nombre puso a una colina artificial, que tenía la forma del pecho de una mujer y que estaba situada a sesenta estadios de Je-
420 rusalén, si bien puso más empeño en embellecerla[338]. Rodeó su cumbre con torres redondas y el resto lo llenó de palacios muy lujosos, de forma que no sólo el interior de estos edificios presentaba un aspecto majestuoso, sino que también la riqueza resplandecía en los muros exteriores, en las almenas y en los tejados. A fuerza de muchos gastos trajo desde lejos una gran cantidad de agua, y llevó a cabo la subida por medio de una escalera de doscientos peldaños de un mármol muy blanco, dado que la colina era lo suficientemente alta y
421 totalmente artificial. En la parte baja de la montaña edificó también otras construcciones, capaces de guardar su mobiliario y dar hospedaje a sus amigos. De esta manera la fortaleza parecía una ciudad, ya que tenía de todo, aunque por sus dimensiones no era más que un palacio.

422 Después de haber concluido tantas edificaciones, hizo alarde de su generosidad en muchísimas ciudades extranje-

---

[336] Cf. I 407.

[337] V 166-169.

[338] El primer Herodio no está identificado, mientras que el segundo, al sudeste de Belén, fue levantado por Herodes en recuerdo de su victoria sobre los judíos aliados de los partos (cf. I 265). Este lugar servirá de tumba a este rey (cf. I 673).

ras[339]. Construyó gimnasios en Trípoli[340], Damasco y Ptolemaida, una muralla en Biblos[341], exedras, pórticos, templos y ágoras en Berito[342] y Tiro, teatros en Sidón y Damasco, un acueducto en la ciudad costera de Laodicea, en Ascalón fuentes y baños suntuosos, y además columnatas admirables por su arquitectura y sus dimensiones. Hay lugares a los que dotó de parques y prados. Muchas ciudades recibieron terri- 423
torios de Herodes, como si formaran parte de su reino. A otras les concedió gimnasiarcas[343] anuales y perpetuos y, como hizo en Cos[344], les fijó unas rentas para que siempre conservaran este honor. Dio trigo a todos los que lo necesi- 424
taban; a Rodas le hizo entrega de dinero muchas veces y de diversas maneras para la construcción de barcos[345], y el templo de Apolo Pitio[346], que había sido destruido por un

[339] L. Robert, *Études épigraphiques et philologiques*, París, 1938, págs. 136 ss., presenta un catálogo de los beneficios otorgados por Herodes a las ciudades griegas de Asia Menor, como prueba de la imitación de una práctica habitual entre los soberanos helenísticos por parte del rey judío.

[340] A 97 kilómetros al norte de Beirut. Su nombre griego, «Tres ciudades», parece deberse a los tres barrios de la ciudad (arvadio, tirio y sidonio), según relata Diodoro de Sicilia, XVI 41.

[341] Ciudad fenicia al norte de Beirut, actualmente Jebel. Fue famosa en la Antigüedad por ser exportadora de papiro a todo el mundo helenístico; cf. Heródoto, II 100.

[342] Actual Beirut, en el Líbano.

[343] Es el magistrado encargado de la dirección de un gimnasio, responsable de los juegos, ejercicios atléticos, etc... que recibían de la ciudad dinero, las «rentas» mencionadas aquí, para hacer frente a los pagos de los maestros, de las compras de aceite, etc.

[344] Por *I Macabeos* 15, 23, y *Antigüedades* XIV 112-113 sabemos que en Cos existía una destacada colonia judía.

[345] En I 280-281 se informa de cómo Herodes se sirvió de los barcos de Rodas.

[346] En general, sobre los cultos de Apolo Pitio, véase L. R. Farnell, *The Cults the Greek States*, 5 vols., Nueva York, 1977(= 1896-1909), págs. 214 ss. Para el caso concreto de Rodas, cuyo templo de Apolo ha si-

incendio, lo volvió a levantar a su costa con una belleza
425 mayor que antes. ¿Hay que hablar de los regalos que hizo a los licios y a los samios o de su prodigalidad con toda Jonia, según cada una de sus necesidades? ¿No están Atenas, Lacedemonia, Nicópolis[347] y Pérgamo[348], en Misia[349] repletas de donativos de Herodes? ¿No cubrió con marmol pulido la amplia avenida de veinte estadios de longitud de Antioquía, en Siria, por donde se evitaba pasar a causa del barro que había, y la adornó con un pórtico de igual longitud para protegerse de la lluvia?

426 Se podría decir que estos beneficios sólo afectaban a las ciudades que los recibieron, pero su generosidad con los eleos no sólo fue una donación común para Grecia, sino para todo el mundo al que llegó la fama de los Juegos Olímpi-
427 cos. Cuando Herodes vio que estas competiciones estaban en crisis por la falta de dinero y que el único vestigio de la antigua Grecia estaba a punto de desaparecer[350], no sólo fue

---

do localizado al sur de la acrópolis, junto al teatro y al estadio, FARNELL cita inscripciones, del siglo III a. C., con dedicatorias a Apolo Pitio en diversos puntos de la isla, como Lindo o Camiro (cf. nota 168, pág. 397, y nota 27L, pág. 365), a las que hay que añadir los testimonios recogidos por M. SEGRE, «Epigraphica», *Bulletin de la Société Archéologique d'Alexandrie* 34 (1941), págs. 29-32.

[347] Ciudad fundada por Augusto cerca de Acio para conmemorar su victoria sobre Marco Antonio. Con Nerón se convertirá en la capital de la nueva provincia de Epiro.

[348] En el 133 a. C. Roma heredó el reino de Atalo III de Pérgamo, lo que supuso el comienzo de la provincia romana de Asia en Anatolia; cf. nota a I 157.

[349] Región del noroeste de Asia Menor, entre Frigia y Lidia. El 129 a. C. fue anexionada a la provincia romana de Asia; cf. nota a I 157.

[350] Con la conquista romana los Juegos Olímpicos entran en una etapa de decadencia, que llega a su punto más bajo en el siglo I, cuando Sila saquea el santuario de Olimpia; cf. C. DURÁNTEZ, *Las Olimpiadas griegas*, Madrid, 1977, págs. 32-36. Sobre la actividad de Herodes en este contexto

durante ese quinquenio el agonoteta[351] de los juegos en los que estuvo cuando navegaba hacia Roma[352], sino que también fijó unas sumas de dinero a perpetuidad para que nunca se olvidara que él había presidido estos juegos. Sería in- 428
terminable enumerar las deudas y los tributos que perdonó. Tal es el caso de los habitantes de Fasaelis, de Balanea[353] y de las aldeas de Cilicia, a las que eximió de sus impuestos anuales. Pero el miedo de ser envidiado o de parecer ambicioso, pues favoreció a las ciudades más que sus propios señores, redujo muchas veces sus muestras de generosidad.

Tenía una constitución física acorde con su espíritu. Siem- 429
pre fue un gran cazador, sobre todo por su dominio de la equitación. En una ocasión acabó en un sólo día con cuarenta animales, ya que en esta zona se crían jabalíes y hay una gran cantidad de ciervos y asnos salvajes. En la guerra era 430
un luchador irresistible. Muchos, incluso en los ejercicios gimnásticos, se asombraban al ver su destreza en el lanzamiento de la jabalina y su excelente puntería con el arco. Además de sus cualidades físicas y psíquicas gozó también de buena suerte. Pocas veces resultó vencido en un combate, y, cuando lo fue, él no tuvo la culpa[354], sino que se debió a la traición de algunos o a la temeridad de sus soldados[355].

---

es imprescindible el trabajo de M. Lämmer, «Eine Propaganda-Aktion des Königs Herodes in Olympia», *Kölner Beiträge zur Sportwissenschaft* 1 (1973), 160-173.

351 Magistrado encargado de la organización de los concursos atléticos.

352 Ésta sería su segunda visita a Roma, en el 12 a. C. (cf. I 452-466 *Antigüedades* XVI 90 ss.), o la tercera, en una fecha sin precisar entre el año 9 y el 8 a. C., aunque hay serias dudas sobre este tercer viaje; cf. Schalit, *König*..., pág. 613, y Schürer, *Historia*..., págs. 382-383.

353 Al sur de Laodicea, en la costa de Siria frente a Chipre.

354 En *Antigüedades* XVII 191-192 se evita esta exculpación de Herodes.

355 Tal es el caso de la derrota de las tropas herodianas ante los árabes por no obedecer sus órdenes; cf. I 366-368.

Los dramas de la familia herodiana[356]

431 Ahora bien, el Destino castigó sus éxitos de fuera con desgracias dentro de su propia familia: la causa de sus desdichas fue una mujer de la que estaba muy
432 enamorado. Nada más subir al trono, repudió a la mujer con la que se había casado cuando era un simple ciudadano, llamada Dóride y nacida en Jerusalén, y contrajo matrimonio con Mariamme[357], hija de Alejandro, el hijo de Aristobulo, que fue el origen de las discordias de su casa ya desde el principio, pero sobre todo desde el mo-
433 mento en que él regresó de Roma. En primer lugar, Herodes expulsó de la ciudad a Antípatro, el hijo que había tenido con Dóride, a causa de los hijos que tenía con Mariamme, y sólo le permitió regresar a ella en las fiestas. Luego, ejecutó a Hircano[358], el abuelo de su mujer, que había venido junto a él desde Partia, por sospechas de conspiración[359]. Barzafranes hizo prisionero a este personaje cuando invadió Siria, pero sus compatriotas del otro lado del Éufrates pidieron
434 clemencia por él. Y si entonces Hircano hubiera hecho caso a los que le aconsejaban que no cruzara el río para ir junto a Herodes, no habría muerto. El matrimonio de su nieta con Herodes supuso para él un cebo mortal. Fue allí con su con-

[356] En el relato de las calamidades familiares de Herodes nos vamos a encontrar con numerosos artificios literarios tomados de la tragedia griega, sobre todo de Eurípides: la personificación de la Fortuna o Destino, el demonio maligno (I 556, 596, 599, 613, 628), las cabezas de la Hidra (I 588), el espíritu vengador que conduce al Hades (I 556), las sombras de personas muertas de forma injusta (I 599, 607), etc... Sobre el léxico trágico utilizado en estos pasajes, vid. el apartado 6 de la Introducción con su correspondiente bibliografía.

[357] Cf. I 240-241.

[358] *Antigüedades* XV 183-187 detallará que este hecho ocurrió antes de que Herodes se presentase a Augusto en Rodas; cf. I 387.

[359] Cf. I 273.

fianza puesta en esta boda y por su gran deseo de regresar a su patria. Sin embargo a Herodes no le movió a realizar esta ejecución el hecho de que aquél hubiera intentado conseguir el trono, sino porque era a Hircano a quien correspondía ser rey[360].

Tuvo cinco hijos con Mariamme, dos mujeres y tres va- 435
rones[361]. El más joven murió cuando estaba estudiando en Roma, y a los dos mayores les dio una educación regia por el origen noble de su madre y porque éstos habían nacido cuando él ya estaba en el trono. Pero la causa más importan- 436
te de todo ello era el amor que sentía por Mariamme, que cada día encendía con más fuerza la pasión de Herodes, hasta el punto de que no se daba cuenta de las desdichas que sufría por causa de esta mujer. El odio de Mariamme hacía Herodes era tan grande como el amor que éste sentía por ella. Aquélla estaba indignada por la actuación de Herodes 437
y, como el hecho de ser amada por él le permitía hablar con libertad, le reprochó abiertamente el haber ejecutado a su abuelo Hircano y a su hermano Jonatán[362]. Pues ni a éste, aunque era un muchacho, perdonó Herodes. Le concedió el sumo sacerdocio cuando tenía diecisiete años, pero acabó con su vida inmediatamente después de conferirle este honor. La causa fue que en una fiesta, cuando se revistió de los ornamentos sagrados y se acercó al altar, la muchedum-

---

[360] La reina Alejandra había encomendado el reino a Hircano, en lugar de a su hermano Aristobulo; cf. I 120 y *Antigüedades* XV 174 ss.

[361] Las mujeres eran Selampsio y Cipros; los varones, Alejandro, Aristobulo y otro cuyo nombre no conocemos; cf. *Antigüedades* XVIII 130.

[362] Este hermano de Mariamme recibe el nombre de Aristobulo en *Antigüedades* XV 23-58. En nota a I 158 ya hemos hablado de la costumbre que existía entre los asmoneos de tener dos nombres, uno judío y otro griego.

bre se puso a llorar. Entonces, el joven fue enviado de noche a Jericó y allí murió ahogado en una piscina por los gálatas[363].

438 Por ello Mariamme censuraba a Herodes, e injuriaba gravemente a su hermana[364] y a su madre. Pero mientras él callaba a causa de su amor, una tremenda indignación se apoderó de estas mujeres. Calumniaron a Mariamme de adulterio, lo que precisamente iba a encender con mayor intensidad la
439 cólera de Herodes. Entre otras muchas invenciones que hicieron para convencerle, la acusaron de que había enviado un retrato suyo a Antonio, cuando estaba en Egipto, y que así, con un desenfreno desmesurado, ella desde lejos se había expuesto a un hombre que sentía una pasión loca por las
440 mujeres y que podía forzarla. Esta acusación cayó sobre Herodes, como si fuera un rayo, y lo transtornó, sobre todo porque su amor había despertado en él los celos y porque pensaba en la gran astucia de Cleopatra que había acabado con la vida del rey Lisanias y del árabe Malco[365]. Por consiguiente, calculaba su peligro no en función de la pérdida de su mujer, sino de su propia vida.

441 Cuando se disponía a salir de viaje[366], confió su mujer a José, el marido de su hermana Salomé, que era una persona

[363] No está claro quiénes son estos gálatas o galos. Tal vez haga alusión a los cuatrocientos galos de Cleopatra (cf. I 397 y *Antigüedades* XV 217), lo que sería un anacronismo, ya que Herodes recibió esas tropas en el año 30 a. C., mientras que Aristobulo (Jonatán) murió ahogado cinco años antes.

[364] Salomé.

[365] En I 360 se habla de las intrigas de Cleopatra para acabar con la vida, entre otros, de Maleo, aunque no se llega a mencionar en ningún momento su muerte. Sobre Lisanias, cf. I 398.

[366] Antonio le había hecho ir a Laodicea para dar explicaciones sobre la muerte de Aristobulo (Jonatán) en el 34 a. C.; cf. *Antigüedades* XV 64 ss.

leal y favorable a causa de su parentesco con él. Confidencialmente le dio la orden de ejecutarla, si Antonio le mataba a él. Pero José, que no tenía ninguna malicia, sino que quería demostrar a la mujer el amor que el rey sentía por ella y que no podía soportar estar separado de su esposa, aunque estuviera muerto, le desveló el secreto. Después de regresar 442
Herodes[367] y de que en la intimidad hiciera a Mariamme muchas promesas de amor y le dijera que nunca había querido a otra mujer, ella le contestó: «Muy bien has demostrado ya el amor que me tienes con la orden que has dado a José para matarme».

Nada más escuchar su secreto, Herodes se quedó atónito 443
y dijo que José no habría revelado nunca su orden si antes no hubiera seducido a Mariamme. Dominado por la pasión se tiró de la cama e iba de un lado para otro por el palacio. Entonces su hermana Salomé aprovechó este momento para calumniarla y confirmó las sospechas que tenía contra José. Herodes, lleno de unos celos desmedidos, mandó ejecutar inmediatamente a ambos[368]. Pero a su arrebato le sucedió el 444
remordimiento y, cuando cedió su enfado, de nuevo volvió a arder su amor. La llama de su pasión era tan grande que le parecía que Mariamme no había muerto y a causa de su locura le hablaba como si estuviera viva, hasta que con el tiempo comprendió su desgracia y se llenó de una pena similar al amor que sentía en vida por ella.

---

[367] Sobre los sucesos ocurridos en la corte durante la ausencia de Herodes vid. *Antigüedades* XV 71-74 y 80 ss.

[368] De acuerdo con *Antigüedades* XV 218-236 Mariamme fue ejecutada cinco años después que José, en el 29 a. C.

Intrigas de los hijos de Mariamme. Mediación de Augusto

445 Los hijos heredaron el odio de su madre y sin dejar de pensar en el crimen de su padre le consideraban un enemigo, ya desde que estudiaban en Roma[369], pero sobre todo al volver a Judea. Esta aversión iba aumentando en ellos a la vez que
446 la edad. Cuando llegaron al momento de casarse, uno lo hizo con la hija de su tía Salomé[370], que había sido la acusadora de su madre, y el otro contrajo matrimonio con la hija de Arquelao[371], rey de Capadocia. Y entonces a su odio aña-
447 dieron la sinceridad en sus palabras. Las personas que se dedican a calumniar tomaron como pretexto su audacia y algunas de ellas dijeron claramente al rey que sus dos hijos conspiraban contra él, y que el que se había casado con la hija de Arquelao preparaba su huida, confiado en su suegro,
448 para ir a acusarle delante del propio César. Harto Herodes de las calumnias, llama a Antípatro, el hijo que había tenido con Dóride[372], para que actúe de defensa frente a sus otros hijos, y empieza a tratarle con más honores en todos los aspectos.

449 Este cambio de situación resultó insoportable para ellos. Al ver que el hijo de una madre de clase baja adquiría más importancia que ellos, no pudieron soportar su indignación debido a su origen noble, sino que demostraron su enfado
450 ante cada una de las humillaciones. De este modo, mientras ellos cada día se enfrentaban a Herodes, Antípatro era respetado por sus propios méritos: era muy hábil en adular a su

---

[369] Sus dos hijos Alejandro y Aristobulo habían permanecido en Roma durante cinco años; cf. *Antigüedades* XV 342.

[370] Berenice.

[371] Glafira.

[372] Antípatro y Dóride habían sido desterrados de la corte para no causar problemas a los hijos de Mariamme; cf. I 432-433.

padre y en inventar todo tipo de calumnias contra sus hermanos, unas veces las contaba él mismo, y otras lo hacía a través de sus amigos, hasta que sus hermanos perdieron toda esperanza de ser reyes. En el testamento y públicamente 451
Antípatro era ya el sucesor de Herodes. En efecto, fue enviado como rey ante César[373], investido de la pompa y los demás ornamentos reales, excepto la diadema[374]. Con el paso del tiempo consiguió introducir a su madre en el lecho de Mariamme. Se sirvió de dos armas para atacar a sus hermanos, la adulación y la calumnia, y también trabajó sin descanso para que el rey ejecutara a sus propios hijos.

Por consiguiente, Herodes llevó a su hijo Alejandro has- 452
ta Roma y lo acusó ante César de intento de envenenamiento[375]. Pero éste, que por fin encontró aquí la posibilidad de expresar libremente sus quejas ante un juez con más experiencia que Antípatro y más prudente que Herodes, por vergüenza no habló de los delitos de su padre, sino que rechazó con fuerza las acusaciones que se le hacían. Demostró que 453
su hermano, que corría la misma suerte que él, era también inocente, y se lamentó de la maldad de Antípatro y de la deshonra que había caído sobre ellos. Junto con su intachable conciencia, su mejor ayuda fue la elocuencia, pues era un excelente orador. Y al final, cuando dijo que su padre 454
podía condenarlos si admitía la acusación, hizo llorar a todos y llevó a César a desestimar las imputaciones que se les

[373] En el año 13 a. C. Antípatro acompañó a Vipsanio Agripa a Roma, que regresaba después de su actividad en Asia Menor; cf. *Antigüedades* XVI 86.

[374] Sobre la diadema como símbolo de la monarquía judía, vid. nota a I 70.

[375] Este encuentro de Herodes con sus dos hijos y Augusto se produjo en Aquilea el año 12 a. C., según detalla el pasaje paralelo de *Antigüedades* XVI 9-126.

hacían y a reconciliarlos enseguida con Herodes. Hicieron las paces bajo estas condiciones: ellos obedecerían a su padre en todo, y él dejaría el trono al que quisiera.

Herodes ante Arquelao. Discurso al pueblo

455 A continuación el rey regresó de Roma y, aunque parecía que había perdonado a sus hijos de las inculpaciones de que eran objeto, sin embargo no acabó con sus sospechas. Le acompañaba Antípatro, la causa fundamental de su odio, que no mostraba su enemistad en público por respeto a la persona que había propiciado
456 la reconciliación. Cuando Herodes a lo largo de la costa de Cilicia ancló en Eleusia, le recibió Arquelao con una calurosa hospitalidad, le agradeció la liberación de su yerno[376] y se alegró por su reconciliación, ya que él antes había escrito a sus amigos de Roma para que apoyaran a Alejandro en este proceso. Arquelao acompañó a Herodes hasta Cefirio[377] y le hizo entrega de regalos por un valor de treinta talentos.
457 Al llegar Herodes a Jerusalén, reunió al pueblo, presentó a sus hijos y pidió excusas por haber estado fuera de la ciudad. Expresó abundantes muestras de gratitud a Dios y a César por haber acabado con los problemas que inquietaban a su familia y por haber proporcionado a sus hijos algo más valioso que el propio reino, a saber, la concordia entre ellos.
458 «Yo», dijo él, «haré que esta concordia sea más sólida. César me ha nombrado soberano del reino y juez de mi sucesor, y yo, en mi propio beneficio, le doy en respuesta la siguiente decisión: proclamó reyes a mis tres hijos que están aquí pre-

[376] Como se ha dicho en I 446 Alejandro estaba casado con Glafira, la hija de Arquelao.

[377] Con este nombre se denominan varios cabos y promontorios orientados al viento del sudeste. En concreto aquí se trata de uno de los de Cilicia, cerca de Solos; cf. ESTRABÓN, XIV 5, 9.

sentes y pido que primero Dios y después vosotros estéis de acuerdo con mi resolución. A uno le concedo el derecho de sucesión por su edad, y a los otros por su origen noble. El reino es tan grande que sería suficiente aunque fueran más hijos. Por tanto respetad a los que César ha reconciliado y su 459
padre ha nombrado herederos del trono, sin darles honores injustos ni desiguales, sino a cada uno según su edad. Pues cuando se honra a uno más de lo que merece por su edad, no se le contenta tanto como, en cambio, se perjudica a la persona que se menosprecia. Yo designaré a los parientes y 460
amigos[378] que han de estar junto a ellos, y les haré garantes de su armonía, pues sé perfectamente que las malas compañías dan lugar a las disputas y a las riñas, mientras que, si son buenas, ello hará que se mantenga el afecto. A pesar de 461
todo, en estas circunstancias pido que pongan en mí sus esperanzas no sólo estas personas que les van a acompañar, sino también los oficiales de mi ejército, pues a mis hijos les he entregado el honor real, pero no el reino. Ellos disfrutarán de las ventajas del poder real, como si gobernaran, pero sobre mí recaerá la responsabilidad del gobierno, aunque yo no lo quiera. Que cada uno de vosotros tenga en cuenta 462
mi edad[379], mi forma de vida y mi piedad. No soy ni tan mayor como para perder enseguida la esperanza de vivir, ni me he entregado al placer que acaba incluso con los jóvenes. Hemos honrado tanto a Dios, que alcanzaremos una edad muy avanzada. Los que se ganen la amistad de mis 463
hijos para destruirme recibirán de mí un castigo por lo que han hecho contra ellos. Yo intento restringir los honores que

---

[378] Estos títulos cortesanos de «parientes» y «amigos», heredados de los persas, que establecen una relación personal con el rey, han tenido un extenso desarrollo con los seléucidas y en general con las monarquías helenísticas, como es ésta de Herodes (cf. *I Macabeos* 10, 65, 89).

[379] Herodes tenía entonces 61 años.

les corresponden a los hijos, que he engendrado, no por envidia hacia ellos, sino porque sé que en los jóvenes los hala-
464 gos excesivos dan lugar a la temeridad. De esta forma, creo que todos serán favorables a mí, es decir a mis hijos, si cada uno de los que entren en contacto con ellos sabe que si se porta bien recibirá de mí un premio, mientras que si se dedica a promover revueltas verá que su maldad es inútil incluso para la persona a quien dirija sus adulaciones. En efecto, a ellos les conviene que yo conserve el reino, y a mí que ellos
465 estén en armonía. Y vosotros, queridos hijos, en primer lugar tened presente la sagrada naturaleza, cuyo afecto mantienen incluso los animales salvajes, en segundo lugar a César, que nos ha reconciliado, y por último a mí, que os pido algo que podría perfectamente imponeros como una orden: sed hermanos. Os concedo la vestimenta y los honores reales. Pido a Dios que confirme mi decisión, siempre que perma-
466 nezcáis en armonía». Cuando acabó de decir estas palabras, abrazó cariñosamente a cada uno de sus hijos y despidió a la multitud. Algunos hacían votos para que todo resultara como Herodes había dicho, mientras que otros, los que deseaban un cambio, fingían no haber oído nada.

Maquinaciones en la corte. Rivalidad entre los hijos de Herodes

467 Sin embargo, los hermanos se fueron en discordia, y se separaron con peores sospechas los unos de los otros. Alejandro y Aristobulo estaban disgustados por el hecho de que se le hubiera concedido a Antípatro el derecho de primogenitura. Y, por su parte, a Antípatro no le gustaba que a sus hermanos
468 se les hubiera otorgado el segundo rango. Éste, que tenía un carácter muy astuto, sabía estar callado y disimulaba con gran habilidad el odio que sentía hacia ellos, mientras que sus hermanos, por su origen noble, decían todo lo que pen-

saban. Muchos se dedicaban a incitarles, y un gran número de personas fingían ser sus amigos para espiarles. Todo lo 469
que se decía en el círculo de Alejandro era rápidamente conocido por Antípatro, y las noticias, ampliadas, pasaban de éste a Herodes. El joven, sólo con hablar, ya era acusado de irresponsabilidad y sus palabras eran transformadas en calumnias; todo lo que expresaba con cierta franqueza, aunque fueran palabras insignificantes, era convertido en algo exagerado. Antípatro tenía siempre a individuos que se encar- 470
gaban de provocar para que sus mentiras parecieran auténticas. De modo que si se confirmara uno solo de sus falsos rumores, ello daría credibilidad a todo lo demás. Sus amigos, o por naturaleza eran muy discretos o por medio de regalos se veían obligados a no contar ninguno de sus secretos, de forma que se podría decir, sin equivocarse, que la vida de Antípatro era un misterio de maldad. Corrompió con dinero a los familiares de Alejandro o los sobornó por medio de adulaciones, de modo que así los convirtió en traidores y espías de todo lo que su hermano hacía o decía. Como si de un autor teatral se tratara, se encargaba de todo 471
y hacía llegar a Herodes sus calumnias por los medios más acertados: él representaba el papel de hermano y dejaba que otros actuaran de delatores. Cuando se decía algo en contra de Alejandro, Antípatro acudía en su defensa y, en un primer momento, desmentía la acusación, si bien después lo iba confirmando suavemente y así provocaba la indignación del rey. Todo lo achacaba a una conspiración para que pa- 472
reciera que Alejandro maquinaba para matar a su padre. Sin embargo, nada daba tanta credibilidad a sus calumnias como el hecho de que Antípatro saliera en su defensa.

Herodes, que estaba irritado por esta situación, cada día 473
aminoraba su afecto hacia los jóvenes y lo aumentaba hacia Antípatro. La gente de la corte hizo lo mismo, unos de for-

ma voluntaria y otros a la fuerza, como ocurrió con Ptolomeo[380], su amigo más preciado, con los hermanos del rey y con toda su familia. Pues Antípatro controlaba todo y lo que más le dolía a Alejandro era que también la madre de Antípatro[381] lo dominaba todo, ya que ésta le daba consejos contra ellos con una dureza peor que una madrastra, y les tenía más odio por ser los hijos de una reina que por ser sus
474 hijastros. Todos se dedicaban a adular a Antípatro por la esperanza que les inspiraba. Las órdenes del rey obligaron a todos a separarse de los dos hermanos, dado que había recomendado a sus más allegados que no trataran con Alejandro ni prestasen atención a sus asuntos. Herodes era temido no sólo por los súbditos de su reino, sino también por sus amigos del extranjero, ya que César no había conferido a ningún rey un poder tan grande que pudiera reclamar a los individuos que huyeran de él, aunque se hallaran en una ciudad
475 que no estaba en sus dominios[382]. Los jóvenes no conocían las calumnias, por lo cual estaban más desprotegidos ante ellas. Su padre no les echaba en cara nada abiertamente. No obstante, poco a poco se fueron dando cuenta de su frialdad y de que se irritaba cada vez más de acuerdo con las desgracias que le acaecían. Antípatro dispuso también contra ellos a su tío Ferora y su tía Salomé, pues al hablar con ella con tanta familiaridad, como si fuera su esposa, la incitaba contra los
476 dos jóvenes príncipes. La mujer de Alejandro, Glafira, colaboraba en este odio, pues hacía alarde de su origen noble[383]

---

[380] Amigo de Herodes y Arquelao citado también en I 280. Volverá a aparecer en I 667 como ministro de finanzas y custodio del sello del monarca judío (cf. *Antigüedades* XVI 181).

[381] Dóride.

[382] Herodes fue un *rex socius* en el Imperio romano, pero con ciertos privilegios, como es éste de poder ejercer su autoridad fuera de sus fronteras.

[383] Glafira era hija del rey Arquelao; cf. I 446.

como si fuera la soberana de todas las mujeres del palacio, al ser ella descendiente de Témeno[384], por parte de padre, y de Darío, el hijo de Histaspes, por parte de madre[385]. A la 477
hermana de Herodes le reprochaba muchas veces la bajeza de su estirpe y también a las esposas del monarca, que habían sido elegidas por su belleza física y no por su origen. Tenía un gran número de esposas[386], ya que entre los judíos era tradicional casarse con varias y al rey le gustaba poseer muchas. Todas ellas odiaban a Alejandro a causa de la actitud soberbia y de las injurias de Glafira.

El propio Aristobulo se enfrentó con su suegra Salomé, 478
que ya antes estaba enfadada por las calumnias de Glafira. En efecto, Aristobulo echaba en cara muchas veces a su mujer[387] su origen humilde, pues él se había casado con una mujer de clase baja, mientras que su hermano Alejandro lo había hecho con una princesa. Berenice contó esto a Salomé 479
entre llantos, y añadió que los partidarios de Alejandro habían anunciado que, cuando llegaran al poder, pondrían a trabajar a las madres de los demás hermanos en los telares con las esclavas, y a ellos como escribas de las aldeas, y así se burlarían de la buena educación que habían recibido. Salomé no contuvo su indignación ante estas palabras y se lo trasladó todo a Herodes. Como ella hablaba contra su propio yerno, su testimonio fue considerado totalmente creíble. Sufrió otra calumnia más que vino a encender la cólera del 480
rey. Oyó que los jóvenes príncipes invocaban frecuentemen-

[384] Uno de los Heraclidas de quien procede la dinastía macedonia de los Teménidas (cf. Heródoto, VIII 137-138, y Tucídides, II 99). Pérdicas, descendiente de Témeno, había llegado desde Argos y se había adueñado de Macedonia.

[385] Esta hipotética genealogía está ausente de *Antigüedades* XVI 193.

[386] En I 562-563 tenemos la lista de estas mujeres.

[387] Berenice.

te a su madre, que se lamentaban y que lanzaban maldiciones contra él; y que muchas veces, cuando Herodes repartía algunos de los vestidos de Mariamme entre sus nuevas esposas, ellos las amenazaban con que enseguida iban a llevar puestos harapos en lugar de la indumentaria real.

481 Por ello, aunque Herodes temía la insolencia de los jóvenes, sin embargo aún tenía esperanzas de cambiar su comportamiento. Cuando iba a partir por mar hacia Roma[388] les llamó y les amenazó con breves palabras como rey, y como padre les dio muchas advertencias, les exhortó a que amasen a sus hermanos y dijo que les perdonaba sus ofensas
482 anteriores, si en adelante mejoraban su actitud. Ellos rechazaron las calumnias y expresaron que éstas eran falsas y que los hechos eran su mejor defensa. Por otra parte, también era preciso que el rey no prestase fácilmente crédito a las murmuraciones, puesto que nunca faltarán mentirosos mientras haya alguien que los crea.

483 Como padre pudieron rápidamente convencerle con estas palabras y así acabaron de momento con su temor, aunque más tarde fueron objeto de una desgracia. Se dieron cuenta de que Salomé y su tío Ferora eran sus enemigos. Los dos eran temibles y malvados, sobre todo Ferora, que participaba de todos los honores reales salvo de la diadema[389]. Tenía una renta personal de cien talentos y disfrutaba de toda la región del otro lado del Jordán que había recibido en donación de su hermano[390]. Herodes le había nombrado tetrarca con el permiso de César y le había honrado con una boda real al darle en matrimonio la hermana de su propia mujer. Después de la muerte de ésta, le entregó a la mayor

---

[388] De este hipotético viaje no tenemos más noticias que ésta y una alusión que aparece en *Antigüedades* XVI 270-271.

[389] Entre los judíos era este el simbolo del poder real; cf. I 70.

[390] La región de Perea.

de sus hijas[391] con una dote de trescientos talentos. Sin embargo, Ferora rechazó este matrimonio real por el amor a una esclava[392]. Herodes se irritó por este hecho y casó a su hija con su sobrino[393], que luego murió a manos de los partos. Más tarde Herodes olvidó su enfado y perdonó a Ferora por esta locura. 484

485 Ferora había sido acusado hacía ya tiempo, cuando aún vivía la reina[394], de participar en el envenenamiento del rey, pero ahora se presentó un gran número de delatores que Herodes, a pesar de que sentía un gran afecto hacia su hermano, acabó por creerlo y sentir miedo ante ello. Tras torturar a muchas personas sospechosas fue contra los amigos de Ferora. Ninguno de ellos reconoció abiertamente la conspi- 486
ración, sino que dijeron que Ferora se estaba preparando para escaparse a Partia con su amante y que le había ayudado en este plan y en esta huida Costobar, marido de Salomé, con el que el rey la había casado después de ejecutar a su primer esposo por adulterio[395]. Ni siquiera Salomé se libró 487
de las acusaciones, pues su hermano Ferora la calumnió de haber pactado un matrimonio con Sileo[396], procurador de Obe-

[391] Selampsio, la hija de Mariamme; cf. I 435.

[392] Finalmente se casará con esta esclava; cf. I 506, 568-569.

[393] Hijo de su hermano Fasael, y que también se llamaba así; cf. I 274-275 y 566 y *Antigüedades* XVII 22. Reinach, en su comentario, hace notar aquí un error de índole textual o tal vez un anacronismo, ya que los partos acabaron con Fasael, no con su hijo homónimo, y, además, esto tuvo lugar antes de que ocurrieran estos hechos; cf. I 271-272.

[394] Mariamme.

[395] Sobre el primer esposo de Salomé, José, cf. I 441-443. Salomé se divorciará pronto de Costobar, que, además, también será ejecutado por Herodes (cf. *Antigüedades* XV 252).

[396] En *Antigüedades* XVII 225 se dice que este matrimonio nunca llegó a realizarse, porque Sileo no quería someterse a las costumbres religiosas judías.

das, rey de Arabia, que era muy enemigo de Herodes[397]. Salomé rechazó esta y todas las acusaciones de Ferora y así fue perdonada. Asimismo, el rey absolvió a Ferora de las imputaciones que se le hacían.

488 Esta tempestad doméstica se volvió contra Alejandro y fue a parar enteramente sobre su cabeza. Había tres eunucos muy queridos por el rey, como lo demuestran las funciones que desempeñaban: uno servía el vino, otro la co-
489 mida, y el otro le acostaba y dormía con él. Alejandro, con grandes regalos, los corrompió para sus prácticas sexuales. Cuando Herodes se enteró de este hecho, los eunucos fueron sometidos a tormento y confesaron inmediatamente sus relaciones con Alejandro. También refirieron lo que él les
490 había prometido y cómo les había engañado al decirles que no tenían que poner sus esperanzas en Herodes, un viejo sin vergüenza que tenía el pelo teñido, a no ser que por esto le consideren una persona joven, si no que debían confiar en él. Pues él iba a heredar el reino, aunque Herodes no quisiera, y rápidamente se iba a vengar de sus enemigos e iba a hacer felices y prósperos a sus amigos, sobre todo a
491 ellos. Asimismo, los eunucos dijeron que existía un grupo de poderosos que honraban en secreto a Alejandro y que generales y oficiales del ejército se veían con él a escondidas.

---

[397] Obedas II, rey nabateo, gobernó entre Malico I y Aretas IV, en la época de la campaña dirigida por Elio Galo contra los árabes meridionales. Dejó la administración del reino en manos de su ministro Sileo, que, al parecer, lo envenenó en el 9 a. C. Sileo, ministro de Obedas II y de Aretas IV, intrigaba en Roma contra su propio soberano. En I 536 intentó también enfrentar a Herodes con Augusto. Por estas y otras actividades del mismo tipo el emperador le condenó por traición; cf. *Antigüedades* XVI 336-353.

Estas noticias asustaron tanto a Herodes, que no se 492
atrevió de momento a contarlas, sino que por medio de
espías se enteraba de todo lo que hacía o decía de noche y
de día y al instante ejecutaba a los sospechosos. Una te- 493
rrible falta de legalidad se apoderó del reino, dado que ca-
da uno forjaba las calumnias según su enemistad o su
odio, y muchos se sirvieron del espíritu sanguinario del
rey para ir contra sus adversarios. Las mentiras enseguida
eran consideradas auténticas, y los castigos se sucedían de
forma instantánea. El que antes había acusado a uno, aho-
ra él mismo era el objeto de las calumnias y era ejecutado
a la vez que ese otro. El peligro de muerte que sentía el
rey le llevó a reducir las investigaciones judiciales. Pero 494
llegó a tal extremo de crueldad que miraba con malos ojos
a los que no habían sido acusados por nadie, e incluso se
portó con dureza con sus amigos. A muchos les negó el
acceso al palacio, y atacó con la palabra a los que no po-
día hacerlo con su propia mano. Antípatro añadió más des- 495
gracias a las que ya tenía Alejandro: reunió un grupo de
parientes y no hubo calumnia que dejara sin decir. A He-
rodes le entró tanto miedo por las historias e invenciones
de Antípatro que le parecía ver a Alejandro que venía so-
bre él con la espada empuñada. Por ello, inmediatamente 496
lo detuvo, lo encarceló y sometió a torturas a sus amigos.
Muchos de ellos murieron en silencio, sin decir nada que
no supieran. En cambio otros, obligados a mentir por los
dolores de los tormentos, dijeron que Alejandro con su
hermano Aristobulo maquinaba contra él y que se prepa-
raba para matarlo, durante una cacería, y luego huir a Ro-
ma. El rey daba crédito de buena gana a estas increíbles 497
acusaciones, a pesar de que habían sido obtenidas a la
fuerza, y se consolaba de no haber encarcelado a su hijo
injustamente.

Llegada de Arquelao para promover la reconciliación

498 Alejandro, como vio que era imposible convencer a su padre de lo contrario, decidió hacer frente a la situación. Compuso cuatro escritos contra sus enemigos en los que reconocía la conspiración y declaraba que la mayoría de ellos eran cómplices, sobre todo Ferora y Salomé; y que ésta una vez, por la noche, había entrado en su habitación y se había acostado con él contra la
499 voluntad del propio Alejandro. Estos textos, que manifestaban numerosas y terribles acusaciones contra los más importantes personajes, llegaron a las manos de Herodes. Entonces Arquelao se presentó rápidamente en Judea por temor hacia su yerno y hacia su hija, y con su ayuda, muy hábil y
500 astuta, consiguió apartar de ellos la amenaza del rey. Nada más encontrarse con Herodes le dijo a gritos: «¿Dónde está mi malvado yerno? ¿Dónde veré la cabeza parricida que voy a descuartizar con mis propias manos? A mi hija la haré lo mismo que a su buen marido, pues aunque no haya intervenido en la conspiración está mancillada por ser la esposa
501 de un personaje de tal calaña. Siento también admiración por ti, pues a pesar de que has sido objeto de intrigas, sin embargo permites que Alejandro esté aún vivo. He regresado de Capadocia [398] con la idea de ver cómo mi yerno había recibido ya su castigo desde hacía tiempo, y con el propósito de que tú me des noticias acerca de mi hija, a la que casé con Alejandro por respeto hacia ti. Pero ahora hemos de tomar una decisión sobre ambos: si tú eres un padre tan débil que no te atreves a castigar a un hijo insidioso, intercambiemos nuestras manos para que así el uno sustituya al otro en su venganza».

---

[398] El reino de Capadocia, en la región oriental de Anatolia, fue anexionado como provincia del Imperio Romano el 17 d. C.; cf. nota a I 157.

Con estos gritos convenció a Herodes, aunque éste aún 502 seguía manteniendo su postura. Herodes dio a Arquelao los escritos de Alejandro para que los leyera y ambos se detenían a comentar cada uno de los capítulos. Arquelao tomó esto como pretexto para su estratagema y poco a poco fue echando la culpa a los individuos que aparecían en esos documentos y a Ferora. Cuando vio que el rey daba crédito a 503 sus palabras, dijo: «Hay que tener cuidado, no sea que la conspiración haya sido tramada por esta gente malvada contra el joven, y no por este último contra ti. Realmente no sé por qué motivo iba a cometer un crimen de tal envergadura, él que ya disfrutaba de los honores reales y tenía la esperanza de ser tu sucesor. Es muy posible que algunos lo hayan persuadido, al tratarse de una persona que está en una edad fácil de convencer, y se hayan servido de él para sus fechorías. Este tipo de gente no sólo engaña a los jóvenes, sino también a los mayores, y acaban con las familias más ilustres y con reinos enteros.

Herodes aprobó sus palabras, calmó por un tiempo su 504 enfado contra Alejandro y se irritó contra Ferora, pues él era el tema principal de los cuatro libros de Alejandro[399]. Cuando Ferora vio el cambio de actitud del rey y la gran influencia que sobre él tenía la amistad de Arquelao, intentó salvarse de una forma vergonzosa, ya que no podía hacerlo honrosamente. Abandonó a Alejandro y recurrió a Arquelao. Sin embargo, éste le dijo que sólo podría perdonarle to- 505 das las imputaciones que se le habían hecho y que le señalaban como un traidor del rey y como el causante de las desgracias del joven príncipe, si renunciaba a sus maldades, si dejaba de negarlo, y si estaba dispuesto a reconocer las acusaciones, así como a pedir perdón a un hermano que aún

[399] Sobre la conspiración de Ferora, cf. I 486.

le amaba. Y para ello, el propio Arquelao le ayudaría de todas las maneras posibles.

506 Ferora hizo caso a estas indicaciones y se preparó para dar un aspecto digno de mucha lástima. Se vistió de negro y con lágrimas en los ojos se arrojó a los pies de Herodes para pedirle perdón, como ya había hecho muchas veces. Reconoció que era un miserable, pues era culpable de todo lo que se le acusaba; se lamentó de su mente perturbada y de su lo-
507 cura, cuya causa dijo que era el amor hacia su mujer. Una vez que Arquelao consiguió que Ferora se presentara como acusador y testigo de sí mismo, abogó por él e intentó apaciguar el enfado de Herodes contándole casos que habían pasado en su familia: el propio Arquelao, aunque había sufrido afrentas más duras por parte de su hermano, sin embargo dio más importancia al derecho de la naturaleza que al de la venganza. Pues en los reinos, al igual que en un cuerpo de gran tamaño, cuando se inflama alguna de sus partes por el peso que soporta, no es necesario amputarla, sino curarla con más cuidado.

508 Con otros muchos razonamientos de este tipo Arquelao hizo que Herodes aplacara su cólera contra Ferora, si bien él mismo seguía indignado contra Alejandro. Se puso a decir que quería el divorcio de su hija y que se la iba a llevar con él, hasta que consiguió que Herodes saliera en defensa del joven Alejandro y dejara que su hija continuara casada con el príncipe. Por su parte Arquelao, de todo corazón, dijo a Herodes que podía casar a su hija con quien quisiera, salvo con Alejandro, pues lo que más le agradaba era mantener las
509 relaciones matrimoniales con Herodes. En cambio, el rey contestó que aceptaría a su hijo Alejandro como un favor del propio Arquelao, si no se rompía el matrimonio, teniendo en cuenta que ellos ya tienen hijos y el joven príncipe siente un gran amor por su mujer. Y si ella se queda con él le produci-

ría vergüenza por sus fechorías, mientras que si se la lleva de allí le provocaría una desesperación en todos los aspectos, dado que las personas de carácter exaltado se suavizan con el trato familiar. Arquelao a duras penas accedió, se reconcilió 510 con Alejandro y puso en armonía al padre con el hijo. Sin embargo dijo que era totalmente necesario enviarle a Roma para parlamentar con César[400], pues él mismo le había escrito al emperador sobre todas estas cuestiones.

Éste fue el final de la estrategia de Arquelao para salvar 511 a su yerno. Tras la reconciliación ellos celebraron banquetes y se hicieron muestras de afecto. Cuando Arquelao se marchó, Herodes le dio como regalo setenta talentos, un trono de oro, piedras preciosas, eunucos y una concubina llamada Paniquis. A los amigos de Arquelao también les concedió honores, a cada uno de acuerdo con su categoría. De igual 512 manera, las grandes personalidades de la corte le hicieron magníficos regalos a Arquelao por mandato del rey. Herodes y sus magnates le acompañaron hasta Antioquía.

Presencia de Euricles en la corte

No mucho tiempo después llegó a Ju- 513 dea un hombre bastante más importante que la estratagema de Arquelao, y que no sólo acabó con la reconciliación conseguida por aquél con Alejandro, sino que también fue para él la causa de su ruina. Era un lacedemonio llamado Euricles[401] que entró en el reino por afán de ri-

---

[400] No está claro que Alejandro haya ido a Roma, mientras que Herodes sí parece haber hecho personalmente este viaje (cf. *Antigüedades* XVI 270-272). En nota a I 427 ya hemos hablado de los problemas sobre este hipotético tercer viaje.

[401] Cayo Julio Euricles fue un espartano que se enfrentó a Antonio en la batalla de Acio, por lo que Augusto le recompensó con la ciudadanía romana; cf. PLUTARCO, *Antonio* 67, PAUSANIAS, II 3, 5, y ESTRABÓN, VIII 5, 1.

quezas, puesto que Grecia no era ya suficiente para mante-
514 ner su nivel de gastos. Los espléndidos regalos que hizo a Herodes fueron un cebo para obtener inmediatamente mayores beneficios. No obstante, a estas simples donaciones no les daba importancia, si no llevaba a cabo con sangre sus
515 negocios en el reino. Sedujo al rey con adulaciones, con una hábil elocuencia y con falsas alabanzas de su persona. Tan pronto como se dio cuenta del carácter de Herodes, intentó complacerle con sus palabras y con sus hechos, de modo que se convirtió en uno de sus más importantes amigos. Así, tanto el rey como toda su corte sentían un gran aprecio por el espartano a causa de su patria[402].

516 Cuando Euricles se enteró del punto débil de la familia, de las diferencias que había entre los hermanos y de cuál era la disposición de su padre respecto a cada uno de ellos, se apresuró a establecer relaciones de hospitalidad con Antípatro y fingió que era un antiguo compañero de Arquelao para así hacerse amigo de Alejandro. Por ello, éste lo acogió enseguida con dignidad y a continuación se lo presentó a su
517 hermano Aristobulo. Euricles interpretaba todos estos personajes y unas veces mostraba uno, y otras, otro: era, sobre

[402] En el enfrentamiento entre judíos y seléucidas en el siglo II a. C. se extiende una tradición que apoya una conexión entre espartanos y hebreos como hermanos de un mismo linaje. El rey espartano Areo había escrito al sumo sacerdote de Jerusalén, Onías I, para informarle de este origen común que se basaba en la leyenda mitológica del matrimonio de Abrahán con Quetura. Heracles se casará con una de las descendientes de esta unión como un episodio más dentro de la hazaña de su lucha contra el gigante Anteo de Libia; cf. *I Macabeos* 12, 5-22, *II Macabeos* 5, 9, y el texto del historiador judeo-helenístico Cleodemo, recogido por JOSEFO (*Antigüedades* I 240-241) y EUSEBIO DE CESAREA (*Preparación Evangélica* IX 20, 3-4). Tal amistad y hermandad con Esparta, que reconoce a Abrahán como antepasado de ambos, va a perdurar en la conciencia de los judíos durante bastantes siglos.

todo, un espía a sueldo de Antípatro y, a la vez, un traidor de Alejandro. Al primero le echaba en cara que, a pesar de que era el mayor de los hermanos, no prestaba atención a los individuos que le ponían trampas a sus aspiraciones, y a Alejandro le reprochaba que él, que había nacido y estaba casado con princesas, permitía que heredara el reino el hijo de una mujer de origen humilde, sobre todo cuando tenía en
Arquelao la más importante de las ayudas. Al fingir ser ami- 518
go de Arquelao se convirtió en un consejero fiable para el joven. En consecuencia, Alejandro, sin ocultar nada, le manifestó sus quejas contra Antípatro y dijo que no le extrañaba que Herodes, después de matar a su madre, intentara privarles de su realeza. Ante estas palabras Euricles simuló lamen-
tarse y compadecerse. Tras hacer que Aristobulo le hiciera 519
el mismo tipo de declaraciones e implicar a ambos en las acusaciones contra Herodes, se dirigió a Antípatro para darle a conocer estos secretos. Además añadió la mentira de que los dos hermanos estaban preparando una conspiración y ya sólo les quedaba venir contra él con las espadas desenvainadas. Euricles fue recompensado con una cantidad de dinero por estas delaciones y se puso a elogiar a Antípatro ante su
padre. Al final, se hizo cargo de la muerte de Aristobulo y 520
Alejandro y se convirtió en su acusador ante su padre. Acude a Herodes y le dice que viene a salvarle la vida en pago de los favores que de él ha recibido y a devolverle la luz por su hospitalidad. Le contó que desde hacía ya tiempo estaba afilada la espada y que Alejandro tenía levantada su mano derecha contra él, aunque él mismo rápidamente se lo había
impedido al fingir ayudarle. Pues Alejandro decía que Hero- 521
des no se contentaba con haber gobernado un pueblo extranjero y con haber deshecho el reino, tras el asesinato de su madre, sino que además ha establecido como sucesor a un bastardo y ha dejado el reino de sus antepasados al funesto

Antípatro. Añadía que él iba a tomar venganza por las almas de Hircano y de Mariamme, pues no era conveniente que Antípatro recibiera el trono de un padre de tal calaña sin de-
522 rramamiento de sangre. Cada día eran más los motivos que le indignaban, de tal manera que todo lo que decía era objeto de calumnias. Cuando hacía alusión al origen noble de otras personas, su padre le injuriaba sin razón con estas palabras: «El único noble es Alejandro, que ofende a su padre por su origen humilde». Cuando en las cacerías está callado,
523 resulta molesto, y sus elogios son considerados ironías. En todos los casos ve que su padre se comporta duramente con él, mientras que lo hace de forma cariñosa sólo con Antípatro. Por causa de este hermano suyo él estaba dispuesto a morir si su conspiración no llegaba a buen término. Si conseguía matarlo, la base de su salvación sería en primer lugar su suegro Arquelao, al que recurriría con facilidad, y en segundo lugar César, que hasta ahora desconocía el carácter
524 de Herodes. En efecto, Alejandro no llegaría ante César como antes, temeroso por la presencia de su padre ni respondería solamente a las acusaciones que se le hacían, sino que empezaría por proclamar las desgracias de su pueblo y los impuestos que están oprimiendo a la gente hasta acabar con su vida; después hablaría del lujo y de la actividad en la que se gasta el dinero obtenido a precio de sangre, de los que se han enriquecido a costa nuestra, de las ciudades que han si-
525 do favorecidas por Herodes y a qué precio[403]. Allí trataría también de conseguir información sobre su abuelo y sobre su madre, y denunciaría los crímenes del reino; con todos estos argumentos no podría ser juzgado como parricida.

---

[403] Alejandro se refiere aquí sobre todo a los dispendios de Herodes en regiones que no eran judías; cf. I 422-428.

Una vez que Euricles manifestó tales falsedades contra 526
Alejandro, expresó muchos elogios hacia Antipatro en el sentido de que él era el único que amaba a su padre y que por ello hasta ahora había sido un obstáculo para la conspiración. Así el rey, que aún no estaba totalmente calmado por las acusaciones anteriores[404], se enfadó de una manera implacable. De nuevo Antípatro, aprovechando el momento, 527
envió a otros acusadores contra sus hermanos para que dijeran que ellos habían negociado en secreto con Jucundo y Tirano, que antes habían sido jefes de la caballería real[405] y que habían sido desposeídos del mando a causa de algunas desavenencias. Herodes, muy irritado por estas acusaciones, inmediatamente sometió a tortura a estos hombres. Sin em- 528
bargo ellos no confesaron ninguna de las calumnias. No obstante, fue presentada una carta de Alejandro al jefe de la fortaleza del Alejandreo en la que le pedía que le acogiera a él y a su hermano Aristobulo, tras haber matado a su padre, y que le proporcionara armas y otros apoyos. Alejandro re- 529
plicó que esta carta era una artimaña de Diofanto. El tal Diofanto era el secretario del rey, hombre audaz y capaz de imitar las letras de cualquier persona, que tras realizar muchas falsificaciones fue finalmente ejecutado por esta causa. Herodes sometió también a tormento al jefe de la fortaleza sin conseguir que éste dijera nada sobre las acusaciones imputadas a Alejandro.

Aunque vio que las pruebas no tenían consistencia, sin 530
embargo ordenó vigilar a sus hijos, sin quitarles por ello libertad de movimientos. A Euricles, en cambio, que era el destructor de su familia y el causante de toda esta perversidad, le nombró su salvador y bienhechor y le recompensó

[404] Recuérdense las imputaciones de que habían sido objeto los jóvenes príncipes en la corte; cf. I 467-498.

[405] En *Antigüedades* XVI 314 se los denomina «guardias de corps».

con cincuenta talentos. Este personaje, antes de que se conociese la verdad sobre lo que había ocurrido, se apresuró a ir a Capadocia, donde obtuvo dinero de Arquelao y se atrevió a decir que había propiciado la reconciliación de Hero-
531 des con Alejandro. Partió hacia Grecia para invertir en el mismo tipo de perversidades el dinero conseguido con malas artes. Fue acusado ante César en dos ocasiones y condenado con el destierro por haber provocado revueltas en Acaya y por haber saqueado sus ciudades. Este fue el castigo que recayó sobre él por su vileza contra Alejandro y Aristobulo.

532 Es justo traer ahora a colación la figura de Evarato de Cos frente a la del espartano Euricles. Este individuo era uno de los más allegados amigos de Alejandro y había llegado a Judea al mismo tiempo que Euricles. Cuando el rey le preguntó sobre aquellas acusaciones, él juró que nunca
533 había oído nada de eso a los jóvenes. Sin embargo a los príncipes no les sirvió de nada este testigo, ya que Herodes sólo estaba dispuesto a escuchar a los malvados y únicamente le resultaba grata la persona que creía lo mismo que él y compartía su indignación.

El tribunal de Berito. Condena de Aristobulo y Alejandro

534 Por otra parte, Salomé excitó también la crueldad de Herodes contra sus hijos. Aristobulo, que quería inmiscuirla a ella, que era su suegra y su tía, en sus peligros, le envió un mensajero para que le dijera que se pusiera a salvo, puesto que el rey se disponía a ejecutarla por las calumnias que ya antes le habían hecho. Se le acusaba de que al preparar la boda con el árabe Sileo[406] había contado a escondidas los secretos del

[406] Cf. nota a I 487.

rey a esta persona enemiga. Este fue el último golpe que hizo sumergirse definitivamente a los jóvenes, sacudidos ya por la tormenta. Salomé fue corriendo al rey a contarle la recomendación que le había hecho Aristobulo. Herodes ya no aguantó más, sino que encarceló a los dos hijos en lugares separados y envió a Volumnio[407], comandante de su ejército, y a Olimpio, uno de sus amigos, para que le hicieran llegar por escrito a César estas denuncias. Éstos navegaron 536 hasta Roma y le entregaron las cartas del rey. César se disgustó mucho por los jóvenes, pero consideró que no era necesario quitar al padre la potestad sobre sus hijos. Por escri- 537 to le nombró juez de la situación y le dijo que haría bien si analizaba la conspiración en una asamblea en la que estuvieran presentes sus propios familiares y los gobernadores de las provincias. Los jóvenes serían condenados a muerte, si se les hallaba culpables, mientras que se les castigaría apropiadamente, en el caso de que sólo hubieran preparado su huida.

535

Herodes accedió a estas propuestas y se presentó en Be- 538 rito, lugar que César había fijado para reunir el tribunal. Lo presidían los gobernadores romanos, según la orden escrita de César: Saturnino[408], sus legados, Pedanio y con ellos estaba el procurador Volumnio, también los parientes y amigos del rey, Salomé y Ferora, así como los nobles de toda Siria, excepto el rey Arquelao[409]. Herodes tenía sospechas

[407] En I 538 aparece con el título de procurador. Schalit, *König...* distingue entre este Volumnio, amigo de Herodes, y Volumnio, el procurador de Siria, citado en I 538 y 542, y en *Antigüedades* XVI 277, 280, 283, 344 y 369.

[408] Cayo Sencio Saturnino, gobernador de Siria entre el 9 y el 6 a. C.

[409] Arquelao era el rey de Capadocia y aquí se le incluye entre los nobles sirios, lo que hace pensar que entonces este reino estaba bajo la jurisdicción del gobernador romano de Siria.

539 de este último, ya que era suegro de Alejandro. Con mucha prudencia evitó hacer comparecer a sus hijos, puesto que sabía que al verlos se produciría una compasión total, y si Alejandro tomaba la palabra, fácilmente refutaría las acusaciones. Por ello sus hijos estaban custodiados en Platana[410], aldea del territorio de Sidón.

540 El rey Herodes se puso en pie y expuso detalladamente la situación, como si los dos jóvenes estuvieran allí presentes. No dio mucho relieve a su acusación de conspiración, dado que no tenía pruebas suficientes para ello, pero sí lo hizo en el caso de la gran cantidad de ultrajes, de burlas, de insultos y de faltas que habían lanzado contra él, y declaró ante los allí presentes que estas ofensas le habían hecho más daño que la propia muerte. Luego, como nadie le replicara, él se quejó de que estaba condenado a obtener una amarga victoria sobre sus hijos, y pidió la opinión de cada uno de
541 ellos. En primer lugar Saturnino expresó su condena a los jóvenes, pero sin aplicarles la pena de muerte. No le parecía justo a él, que tenía allí presentes a sus tres vástagos, votar a favor de la muerte de los hijos de otro. Apoyaron también
542 su decisión los dos legados[411] y algunos otros más. Volumnio fue el primero que dio una sentencia dura, y después de él todos votaron la sentencia de muerte para los jóvenes príncipes, unos por adulación y otros por odio hacia Herodes, pero ninguno porque estuviera indignado contra ellos.
543 Desde este momento toda Siria y Judea estuvieron expectantes ante la conclusión de este drama. Nadie sospechaba

[410] En la costa mediterránea, entre Sidón y Berito (Beirut).

[411] Saturnino iba acompañado de sus hijos, que desempeñaban los cargos de legados de las legiones de Siria. Josefo acaba de decir que tenía tres hijos, aunque parece que sólo dos eran legados. Sin embargo puede tratarse de un error, dado que en el pasaje paralelo de *Antigüedades* XVI 369 se habla de los tres hijos de Saturnino, què también eran legados todos ellos.

que la crueldad de Herodes iba a llegar al punto de asesinar a sus propios hijos. El rey se llevó a sus hijos a Tiro y de allí se embarcó hacia Cesarea, mientras planeaba la forma de acabar con ellos[412].

Un viejo soldado del rey, llamado Tirón, cuyo hijo era 544
muy allegado y amigo de Alejandro, y que sentía un gran afecto personal por los jóvenes, llegó a tal extremo de indignación que se volvió loco. Empezó por ir gritando que se había pisoteado la justicia, que la verdad había desaparecido, que la naturaleza había sido trastocada, que la vida estaba llena de injusticias y todas aquellas expresiones que el dolor hace decir a una persona a quien no le importa ya vivir. Y al final se atrevió a ir incluso ante el rey y le dijo: 545
«Me parece que eres la persona más infeliz de todas, pues haces caso a personas malvadas en contra de tus seres más queridos. Ahora confías frente a tus propios hijos en Ferora y Salomé, a quienes has condenado a muerte muchas veces. Éstos pretenden quitarte a tus herederos legítimos y dejarte sólo a Antípatro, dado que prefieren un rey que les resulte más fácil de manejar. Ten cuidado de que la muerte de sus 546
hermanos no provoque algún día odio contra él entre sus soldados. No hay nadie que no sienta compasión por los dos jóvenes, y son muchos los oficiales que expresan públicamente su indignación.» A la vez que decía esto nombró a los que estaban irritados por esta situación. Inmediatamente el rey arrestó a esas personas, al anciano y a sus hijos.

Entonces, un barbero de la corte, de nombre Trifón, se 547
presentó allí como poseído por Dios y se delató a sí mismo con estas palabras: «Ese Tirón ha intentado convencerme para que al afeitarte te matara con la navaja, y me prometió

---

[412] Como se refiere en *Antigüedades* XVI 370-372, Nicolás de Damasco aconsejó a Herodes suspender o aplazar la ejecución, pues en Roma existía una opinión muy desfavorable sobre este hecho.

548 muchos presentes por parte de Alejandro». Cuando Herodes escuchó estas acusaciones sometió a tormento a Tirón, junto con su hijo, y al barbero. Pero como aquéllos lo negaron, y éste no dijo nada más, dio la orden de torturar con más du-
549 reza a Tirón. Su hijo por compasión prometió al rey confesarlo todo, si perdonaba a su padre. Como Herodes accedió, aquél dijo que su padre, inducido por Alejandro, tenía la intención de acabar con su vida. Unos dijeron que esto había sido una invención para salvar a su padre de la desgracia, y otros, en cambio, que era la verdad.

550 Herodes acusó en la asamblea a los oficiales y a Tirón, y puso al pueblo en guardia contra ellos. Allí mismo son ejecutados, incluido el barbero, a golpes con palos y piedras.
551 El rey envió a sus propios hijos a Sebaste, que no está muy lejos de Cesarea, y ordenó estrangularlos. Una vez cumplido sin dilación su mandato, estableció que sus cadáveres fueran conducidos a la fortaleza del Alejandreo para ser enterrados allí con su abuelo materno Alejandro. Éste fue el final de Alejandro y Aristobulo[413].

Impopularidad de Antípatro. La descendencia de Herodes

552 Aunque Antípatro tenía así asegurada la sucesión del reino, sin embargo surgió en el pueblo un odio implacable contra él, pues nadie desconocía que había sido el inductor de todas las calumnias contra sus hermanos. Por otra parte se apoderó de él un gran temor al ver que cada vez eran más los muertos de su familia. Alejandro tenía dos hijos con Glafira, Tigranes[414] y Alejandro; Aristobulo y Berenice, la hija de Salomé, tenían tres hijos,

[413] Esta muerte tuvo lugar el año 7 a. C.

[414] Augusto nombró a Tigranes rey de Armenia, aunque finalmente murió ejecutado por orden de Tiberio; cf. *Antigüedades* XVIII 139 y TÁCITO, *Anales* VI 46.

Herodes, Agripa y Aristobulo, y dos hijas, Herodías y Ma-
riamme. Herodes, tras ejecutar a Alejandro, envió a Glafira 553
con su dote a Capadocia, y a Berenice, la viuda de Aristobu-
lo, la casó con un tío materno de Antipatro[415]. Este último
había planeado este matrimonio para reconciliarse con Salo-
mé, que mantenía algunas diferencias con él. Se atrajo tam- 554
bién a Ferora con regalos y con otras atenciones, y a los
amigos de César les envió grandes cantidades de dinero a
Roma. Incluso abrumó con sus presentes a todo el grupo de
Saturnino que se encontraba en Siria. Pero cuanto más rega-
los daba, tanto más era odiado, ya que no lo hacía por gene-
rosidad, sino por miedo. Sucedía que los que recibían sus 555
presentes no mejoraban su actitud hacia él, mientras que los
que no eran objeto de sus favores se convertían en sus peo-
res enemigos. A pesar de ello, cada día seguía haciendo do-
naciones con mayor abundancia, pues veía que el rey, en
contra de sus esperanzas, se preocupaba de los huérfanos y
en arrepentimiento por haber asesinado a sus padres se apia-
daba de sus hijos.

En una ocasión Herodes reunió a sus parientes y ami- 556
gos[416], llevó allí a los niños y con los ojos llenos de lágri-
mas les dijo: «Un espíritu funesto me ha quitado a los padres
de estos niños, pero la natural compasión por su orfandad
me insta a cuidar de ellos. Por ello, si fui un padre muy in-
feliz, intentaré ser un abuelo que se preocupe intensamente
de ellos y haré que, cuando yo ya no esté, las personas que
me son más queridas se encarguen de su tutela. Así, Ferora, 557
uno en matrimonio a tu hija[417] con el mayor de estos hijos

[415] Este tío materno se llamaba Teudión, como luego se especificará en I 592.

[416] Sobre este título de la corte de Herodes, cf. nota a I 460.

[417] No conocemos el nombre de esta hija de Ferora.

de Alejandro[418], para que te veas obligado a protegerle. En tu caso, Antípatro, casaré a la hija de Aristobulo con tu hijo[419], pues así serás el padre de una huérfana. Con la her-
558 mana de esta última[420] se unirá mi hijo Herodes, cuyo abuelo materno era sumo sacerdote[421]. Que mi decisión se lleve a cabo, y que ninguno de mis amigos impida su ejecución. Pido a Dios que los una en matrimonio para bien de mi reino y de mi descendencia y que mire a estos niños, aquí presentes, con ojos más favorables que a sus padres».

559 Tras decir estas palabras, lloró y juntó las manos derechas de los niños; después abrazó cariñosamente a cada uno de ellos y disolvió la asamblea. Al punto Antípatro se quedó apesadumbrado y era evidente para todos su pesar. Sospechaba que el honor dado por su padre a los huérfanos le iba a ocasionar su propia ruina y que, además, correría peligro de perder el reino, si los hijos de Alejandro contaban con la ayuda de Ferora, que era tetrarca[422], además de la de Arque-
560 lao. Tuvo en cuenta también su propio odio y la compasión que los huérfanos provocaban en el pueblo, el cariño que los judíos sentían por sus hermanos, cuando estaban vivos, y el recuerdo que aún guardaban de ellos, tras ser ejecutados por él. En consecuencia, decidió por todos los medios acabar con estos matrimonios.

---

[418] El mayor de los hijos de Alejandro sería Tigranes, según lo expuesto en I 552. No obstante, en *Antigüedades* XVIII 139 se dice que el primogénito se llamaba Alejandro.

[419] No sabemos nada sobre cómo se llamaba este hijo de Antípatro. La hija de Aristobulo es Mariamme, citada en I 552.

[420] Es la famosa Herodías, que causó la muerte de Juan el Bautista.

[421] Este Herodes, que se llamaba como su padre, era hijo de Mariamme, la hija del sumo sacerdote Simón, el hijo de Boeto (cf. *Antigüedades* XV 320 ss. y XVIII 109).

[422] Cf. I 483.

Temía actuar con astucia ante su padre, que era duro y 561
muy desconfiado, si bien se atrevió a ir ante él y pedirle directamente que no le quitara los honores que le había conferido, y que no le dejara sólo el título de rey, mientras que depositaba el poder en manos de otros. En efecto, él no estaría al frente de la situación, si el hijo de Alejandro contaba con su abuelo Arquelao y con su suegro Ferora. Le pidió que no llevara a 562
término estas bodas, pues en el palacio había ya una numerosa familia. El rey tenía nueve mujeres y siete hijos: Antípatro era hijo de Dóride, Herodes de Mariamme, la hija del sumo sacerdote, Antipas y Arquelao de la samaritana Maltace, y con ella tuvo también una hija, Olimpíade, que se casó con su sobrino José[423]. De Cleopatra, la de Jerusalén, nacieron Herodes y Filipo, y de Palas, Fasael. Tuvo también otras hijas, Ro- 563
xana y Salomé, la una de Fedra y la otra de Élpide. Además, contaba con dos mujeres que no le dieron ningún hijo, una prima y una sobrina suya. A parte de estos hijos, engendró también de Mariamme dos hijas[424], hermanas de Alejandro y Aristobulo. Ante tan numerosa descendencia, Antípatro rogó a Herodes que modificase los matrimonios previstos.

El rey se irritó mucho cuando vio la actitud de Antípatro 564
hacia los huérfanos, y empezó a sospechar sobre los hijos que había ejecutado, en el sentido de que aquéllos podían haber sido objeto de las calumnias de su hermano. Entonces 565
Herodes le respondió muy enfadado y le dijo que se fuera de allí. Pero más tarde, convencido por los halagos de Antípatro, cambió de actitud y casó con este último a la hija de Aristobulo y a su hijo con la hija de Ferora[425].

---

[423] Es el hijo de su hermano José, que murió en el ataque a Jericó; cf. I 323-324.

[424] Selampsio y Cipros.

[425] Sobre los nombres de estos personajes, cf. nota a I 557.

566 Es posible calibrar la fuerza de las adulaciones de Antípatro en este momento, si tenemos en cuenta que Salomé en una situación parecida no consiguió nada. Pues, efectivamente, cuando Salomé, aunque era su hermana, le pidió a través de Livia[426], la mujer de César, permiso para casarse con el árabe Sileo, Herodes le juró que, si no renunciaba a esta idea, la consideraría su mayor enemiga[427]. Al final, aunque ella no quería, la unió en matrimonio con uno de sus amigos, Alexas; además, casó a una de las hijas de Salomé con el hijo de Alexas y a la otra con el tío materno de Antípatro[428]. Por su parte, a una de las hijas[429] que él tuvo con Mariamme la casó con Antípatro, el hijo de su hermana, y a la otra[430] con Fasael, el hijo de su hermano.

Conjuración en la corte y en Roma

567 De esta manera Antípatro acabó con las esperanzas de los huérfanos y organizó los matrimonios como mejor le convenía. Él se hallaba seguro ante sus buenas expectativas, pero su confianza, unida a su maldad, le hizo insoportable. Como no podía librarse del odio que todos sentían hacia él, se procuró su seguridad a través del terror. Para ello contó con la colaboración de Ferora, que ya tenía por seguro que Antípatro iba a ser rey.
568 En la corte se fraguó una conspiración de mujeres, que pro-

---

[426] La mujer de César Augusto, Livia, en II 167-168 y en *Antigüedades* XVII 10 recibe el nombre de Julia. Tras la muerte de Augusto en el 14 d. C. su esposa recibió el honor de llevar el nombre de la *Gens Julia;* cf. SUETONIO *(Augusto* 101) y TÁCITO, *(Anales* I 8).

[427] Cf. nota a I 487.

[428] El hijo de Alexas es Costobar (cf. I 486). El tío materno de Antípatro es Teudión (cf. I 553) y la hija de Salomé que se casó con él, Berenice, viuda de Aristobulo (cf. I 446).

[429] Cipros.

[430] Selampsio.

vocó nuevos disturbios. La esposa de Ferora[431], junto con su madre, con su hermana y con la madre de Antípatro, se comportaba con mucho descaro en el palacio, y se atrevió a meterse incluso con las dos hijas del rey[432]; por este motivo Herodes sentía un gran desprecio hacia ella. A pesar del odio que el rey les tenía, estas damas controlaban a las demás personas de la corte. Únicamente Salomé se enfrentó a 569
ellas e informó al rey de que aquella reunión de mujeres era perjudicial para sus asuntos. Cuando ellas se enteraron de la denuncia de Salomé y de la indignación que había despertado en Herodes, dejaron de reunirse públicamente y de demostrarse su amistad. Al contrario, cuando el rey las oía, fingían discutir entre sí, y también Antípatro entre ellas disimulaba estar enfrentado abiertamente con Ferora. Sin em- 570
bargo estas mujeres se reunían en secreto y por la noche celebraban banquetes. La vigilancia que había sobre ellas hacía más sólidos sus acuerdos. Pero Salomé sabía todo lo que hacían y se lo contaba a Herodes.

La ira del rey se encendió sobre todo contra la mujer de 571
Ferora, pues Salomé lanzaba muchas calumnias contra ella. Convocó a sus amigos y familiares y expuso muchas acusaciones contra esta mujer, en especial su actitud insolente contra sus hijas; le echó en cara el haber comprado a los fariseos para que se metieran con el monarca judío[433] y de haberle enemistado con su hermano por medio de brebajes

---

[431] En I 484 se menciona el matrimonio de Ferora con esta esclava, a la que prefirió en lugar de a la hija de Herodes.

[432] Roxana y Salomé; cf. I 563.

[433] Los fariseos se negaron a prestar el juramento de fidelidad al emperador. Herodes les multó por ello, si bien fue la mujer de Ferora la que se hizo cargo del pago de la multa. Como consecuencia de ello los fariseos predijeron que el reino no continuaría en manos de Herodes, sino que iría a parar a las de esta mujer, a las de Ferora y a las de sus hijos; cf. *Antigüedades* XVII 41-45.

572 mágicos. Al final, dirigió la palabra a Ferora y le dijo que escogiera entre su hermano o su mujer. Como éste rápidamente respondió que prefería antes morir que perder a su mujer, Herodes, sin saber qué hacer, se volvió hacia Antípatro y le ordenó que no hablara con Ferora, ni con su mujer, ni con ninguna otra persona de su entorno. Antípatro en apariencia cumplía esta prohibición, si bien por la noche se
573 reunía con ellos en secreto. Por temor a que Salomé le espiara planeó un viaje a Roma por medio de los amigos que tenía en Italia. Éstos escribieron a Herodes y le dijeron que era necesario que Antípatro fuera enseguida junto a César. El rey, sin dilación, lo envió con una extraordinaria escolta y con mucho dinero. También le entregó, para que lo llevara, el testamento en el que Antípatro era designado rey y Herodes, el hijo de Mariamme, la hija del sumo sacerdote, sucesor de Antípatro[434].

574 Sileo, el árabe, partió en barco hacia Roma. Sin obedecer la orden de César pretendía enfrentarse a Antípatro por el proceso judicial que recientemente había emprendido antes contra Nicolás[435]. Sileo[436] mantenía con su rey Aretas una importante polémica, pues había acabado con la vida de diversos amigos del rey, fundamentalmente con la de Soe-
575 mo, uno de los personajes más poderosos de Petra. Por medio de una gran cantidad de dinero convenció a Fabato, ad-

---

[434] Para que el testamento tuviera validez tenía que ser ratificado por el emperador.

[435] *Antigüedades* XVI 352 ss. detallan este proceso, que ya hemos mencionado en nota a I 536. Sileo, ministro entonces de Aretas IV, maquinaba en Roma contra su rey. Árabes contrarios a Sileo apoyaron y dieron pruebas a Nicolás para acusarle ante Augusto. El emperador condenó a Sileo y le impuso el pago de una multa, que se menciona más abajo en I 575. Ahora este personaje vuelve a intrigar en la capital del Imperio para salvarse de la condena anterior mediante la acusación contra Antípatro.

[436] Cf. nota a I 487.

ministrador de César, para que le ayudara contra Herodes. Sin embargo éste último consiguió separar a Fabato de Sileo con una suma aún mayor, y a través de él le exigió el pago establecido por César. Sileo, que no quería pagar, acusó a Fabato ante César, en el sentido de que no era administrador
de sus intereses, sino de los de Herodes. Fabato, que aún 576
gozaba de una gran estima por parte del rey, se irritó ante estas acusaciones y se convirtió en traidor de los secretos de Sileo. Dijo al rey que Sileo había sobornado con dinero a su guardia personal Corinto, con el que había que tener cuidado. Herodes creyó estas palabras, pues Corinto se había
criado en su reino, a pesar de ser de origen árabe. Inmedia- 577
tamente lo apresó no sólo a él, sino también a otros dos árabes que halló en su compañía, el uno era amigo de Sileo y el otro jefe de tribu. Estos dos confesaron por medio de torturas que habían sobornado con mucho dinero a Corinto para que matara a Herodes. Tras ser interrogados también ante Saturnino, gobernador de Siria, fueron enviados a Roma.

Envenenamiento de Ferora. Se descubre la conjura contra Herodes

Herodes seguía forzando a Ferora pa- 578
ra que se separara de su esposa y no encontraba modo de castigar a esta mujer contra la que tenía muchos motivos de odio, hasta que su irritación llegó al extremo de
expulsar a su hermano y a ella. Ferora re- 579
cibió esta afrenta con buen ánimo, se retiró a su tetrarquía[437] y juró que sólo la muerte de Herodes acabaría con su destierro y que no volvería mientras él estuviera vivo. Nunca regresó, ni siquiera cuando su hermano estuvo enfermo y se lo pidió insistentemente, pues antes de morir quería darle al-
gunas instrucciones. Sin embargo, Herodes, en contra de lo 580

[437] Perea; cf. I 483.

que esperaba, se salvó, y no mucho tiempo después fue Ferora el que cayó enfermo. El rey actuó, entonces, de una manera más comedida: fue a ver a su hermano y le atendió con afecto. Ferora no superó esta enfermedad y murió pocos
581 días después. Aunque Herodes lo amó hasta el último día, sin embargo corrió el rumor de que lo había envenenado. Llevó el cadáver a Jerusalén, proclamó en todo el pueblo un gran duelo y le honró con brillantes funerales. Así fue el final de uno de los asesinos de Alejandro y Aristobulo[438].

582 Con la muerte de Ferora empezó el castigo que ahora se dirigía contra Antípatro, el principal ejecutor del crimen. Algunos de sus libertos acudieron cabizbajos ante el rey y le dijeron que su hermano había sido envenenado. Le contaron que su mujer le había ofrecido un plato preparado de una manera extraña, y que nada más comerlo había caído en-
583 fermo. Por otra parte, dos días antes la madre y la hermana habían traído de Arabia a una mujerzuela entendida en brebajes para que hiciera un filtro amoroso para Ferora. Pero en su lugar le había dado un veneno mortal a instancias de Sileo, que era conocido de esta mujer.

584 El rey se llenó entonces de un sinfín de sospechas y sometió a tormento a las criadas y a algunas mujeres libres. Una de ellas, obligada por el dolor, gritó: «Dios, que gobierna cielo y tierra, castigue a la culpable de nuestras desgracias, a la madre de Antípatro»[439]. A partir de esto, Herodes
585 empezó a ir más lejos en su búsqueda de la verdad. La mujer le dio a conocer la amistad de la madre de Antípatro con Ferora y con sus mujeres, así como sus encuentros secretos

---

[438] Josefo culpa también de la muerte de los dos jóvenes príncipes a Ferora, que colaboró en las maquinaciones de Antípatro, para así exculpar en lo posible a Herodes de la ejecución de sus hijos; cf. I 483 ss.

[439] Dóride, que por mediación de su hijo había adquirido una influencia importante en la corte de Herodes.

y el hecho de que Ferora y Antípatro bebían con ellas durante toda la noche, cuando regresaban de haber estado con el rey, sin que nunca hubieran estado presentes ningún criado ni ninguna sirvienta. Estas denuncias las hizo una de las mujeres libres.

Herodes torturó a las esclavas por separado. Todas con- 586
fesaron exactamente lo mismo que ya se había revelado antes; y además dijeron que, según lo acordado, Antípatro se había retirado a Roma y Ferora a Perea[440], puesto que muchas veces comentaban que Herodes, después de acabar con Alejandro y Aristobulo, iría contra ellos y contra sus mujeres. Lo mejor era huir lo más lejos posible de aquella fiera, dado que no tendría miramientos con ningún otro, tras matar a Mariamme y los hijos de ella. Añadieron tam- 587
bién que muchas veces Antípatro se lamentaba ante su madre diciendo que él tenía ya canas, mientras su padre estaba cada día más joven[441]; y que moriría antes que él, sin haber reinado realmente. Si alguna vez moría Herodes —¿cuándo ocurrirá esto?— disfrutaría de la sucesión al trono durante muy poco tiempo. Las cabezas de la Hidra[442], es decir, los 588
hijos de Aristobulo y Alejandro, empezaban a crecer poco a poco, y su padre había privado a Antípatro de las esperanzas que había puesto en sus propios hijos, pues el rey no había nombrado sucesor al trono, para cuando aquél muriera, a ninguno de sus vástagos, sino a Herodes, el hijo de

---

440 Cf. I 553 y 597.

441 Según se acaba de decir en I 579, Herodes estaba ya enfermo. Por tanto seguramente el hecho de que «Herodes estaba cada día más joven» aluda a la costumbre ya señalada de teñirse el pelo por parte del monarca judío, en contraste con las «canas de Antípatro»; cf. I 490.

442 Es muy clara esta imagen que alude a las hazañas de Heracles con la hidra de Lerna. Este ser monstruoso tenía un gran número de cabezas que volvían a crecer cuando se las decapitaba.

Mariamme. En este aspecto el rey estaba totalmente delirando al creer que su testamento iba a tener vigencia, ya que él mismo se estaba ocupando de acabar con su descen-
589 dencia. A pesar de ser el padre que más odiaba a sus hijos, sin embargo aborrecía mucho más a su hermano[443]. Recientemente Herodes había dado a Antípatro cien talentos para que no hablara con Ferora. Cuando éste último le preguntó, «¿Qué daño le hemos hecho?», Antípatro le respondió: «¡Ojalá que nos quite todo y nos permita vivir desnudos. Ya no es posible escapar de esta fiera homicida, que no nos permite expresar nuestro afecto abiertamente. Ahora nos encontramos a escondidas, pero lo haremos a la vista de todos el día que tengamos el valor y la fuerza de los hombres valientes».

590 Ésta fue la declaración de las mujeres torturadas, que también aludieron a que Ferora planeaba huir con ellas a Petra. Herodes creyó estas palabras por la mención que habían hecho de los cien talentos, pues sólo había tratado este tema con Antípatro. Su irritación fue dirigida en primer lugar contra Dóride, la madre de Antípatro: le quitó todos los adornos que le había regalado, y que valían muchos talen-
591 tos, y la expulsó de la corte por segunda vez[444]. En cambio después de las torturas, se reconcilió y se ocupó de las mujeres de Ferora. No obstante, él estaba lleno de miedo y se alteraba ante cualquier sospecha, de forma que sometió al tormento a mucha gente que no era responsable de nada por temor a que alguno de los culpables quedase impune.

592 Entonces Herodes volvió su mirada hacia Antípatro, el samaritano, que era intendente de su hijo Antípatro. Por medio de torturas le sacó que Antípatro había enviado a Egipto

[443] Ferora.

[444] Herodes había expulsado a Dóride por primera vez cuando se casó con Mariamme; cf. I 432.

a Antífilo, uno de sus amigos, en busca de un veneno mortal contra él; que Teudión, el tío de Antípatro, lo había recibido de sus manos y se lo había dado a Ferora. A esta persona le había encargado Antípatro que matara a Herodes cuando él estuviera en Roma, para así quedar libre de sospechas. Y también se enteró de que Ferora había entregado el veneno
a su mujer. El rey mandó a buscarla y le ordenó que rápi- 593
damente trajera el veneno que le habían dado. Ella salió, como si fuera a buscarlo, y se tiró desde el tejado para de esta forma evitar demostrar su culpabilidad y los ultrajes a que la sometería el rey. Pero, según parece, la Providencia divina, que buscaba vengarse de Antípatro, hizo que ella no se golpeara en la cabeza, sino en otras partes de su cuerpo, y
así se salvó. La condujeron ante el rey y éste la hizo volver 594
en sí, pues por el golpe había perdido el sentido. Le preguntó por qué se había tirado y le juró que, si decía la verdad, la dejaría libre de todo castigo, mientras que, si mentía, destrozaría su cuerpo con torturas hasta que no quedara ni un solo miembro para enterrar.

Ante estas palabras la mujer estuvo en silencio durante 595
un momento y exclamó: «¿Por qué voy a guardar los secretos, si Ferora está muerto?, ¿Por qué voy a salvar a Antípatro, que nos ha destruido a todos nosotros? Escucha, rey, y que Dios, que no puede ser engañado, sea testigo de mi ver-
dad. Cuando tú estabas llorando junto a Ferora, en el mo- 596
mento en que éste estaba muriéndose, entonces él me llamó y me dijo: 'Mujer, estaba equivocado sobre los sentimientos de mi hermano hacia mí, ya que sentía odio hacia una persona que me quiere tanto y planeaba matar a quien se encuentra tan afectado antes de que se haya producido mi muerte. Yo recibo mi merecido por mi impiedad; tráeme aquel veneno que Antípatro te dejó para que lo guardaras contra Herodes y destrúyelo rápidamente ante mis ojos, para

597 que no me lleve al Hades su espíritu vengador[445].' De acuerdo con sus órdenes traje el veneno y ante su mirada arrojé la mayor parte de él al fuego, si bien me quedé con un poco por lo que pudiera pasar y por miedo hacia ti.»

598 Cuando acabó de hablar le enseñó la caja que contenía el poquísimo veneno que quedaba. El rey torturó a la madre y al hermano de Antífilo; ellos confesaron que Antífilo había traído la caja desde Egipto y dijeron que el veneno se lo había dado un hermano suyo que era médico en Alejandría.
599 Los espíritus vengadores de Alejandro y Aristobulo, que merodeaban por todo el palacio, se convirtieron en inquisidores y delatores de los secretos y sometieron a investigación a las personas que estaban más lejos de toda sospecha. Se descubrió que incluso Mariamme, la hija del sumo sacerdote, estaba enterada de la conspiración. Así lo confesa-
600 ron sus hermanos obligados por la tortura. El rey se vengó en el hijo de la audacia de su madre: quitó de su testamento a Herodes, el hijo de Mariamme, a quien antes había nombrado sucesor de Antípatro[446].

601 Además de estos personajes también fue interrogado Batilo, el último testigo de la trama de Antípatro. Éste era un liberto suyo que había traído otra pócima mortal[447], hecha de veneno de áspid y de substancia de otras serpientes, para que, en el caso de que el primer veneno no hiciera su efecto, Ferora y su mujer se sirvieran de él contra el rey.

---

[445] Es bastante frecuente en la literatura judía en lengua griega de los siglos II a. C. al II d. C. la presencia de elementos de la mitología, la epopeya y la tragedia helénicas, incluso en temas de escatología y de la doctrina del mundo de ultratumba; cf. T. F. Glasson, *Greek Influence in Jewish Eschatology*, Londres, 1961.

[446] Cf. I 573 y 582.

[447] Según cuenta *Antigüedades* XVII 79, este liberto había llegado de Roma, donde se encontraba Antípatro.

Adujo también como prueba de su actitud desvergonzada 602
contra su padre las cartas que Antípatro había escrito contra sus hermanos. Estos dos hijos del rey, Arquelao y Filipo, eran ya dos muchachos de una gran inteligencia que recibían su educación en Roma. Antípatro intentó librarse de 603
ellos, puesto que ponían resistencia a sus planes. Redactó contra ellos unas cartas, en las que puso la firma de sus amigos de Roma; y con dinero sobornó a algunos para que escribieran que los dos jóvenes hablaban muy mal de su padre, que se lamentaban públicamente de Alejandro y Aristobulo y que no les parecía nada bien que Herodes les llamara. Precisamente lo que más inquietaba a Antípatro era el hecho de que su padre los hubiera mandado venir.

Incluso antes de su partida, cuando aún estaba en Judea, 604
pagó dinero para que desde Roma enviaran este tipo de cartas contra ellos. Para que no pareciera sospechoso iba a ver a su padre y defendía a sus hermanos, en el sentido de que parte de lo que decían las cartas era mentira, y parte eran pecados de juventud. Intentó entonces confundir las prue- 605
bas, de modo que no pareciera que había dado grandes sumas de dinero a los que habían redactado tales cartas contra los hermanos. Compró vestidos lujosos, tapices con mucho colorido, copas de plata y oro y muchos otros objetos valiosos, para incluir el dinero pagado como soborno a aquellas personas en el conjunto de los gastos hechos en estos bienes. Realizó un desembolso de doscientos talentos, y achacó la mayor parte de ellos al proceso judicial contra Sileo[448].
Todas estas perversidades, incluso las más pequeñas, fueron 606
descubiertas junto con sus mayores fechorías, cuando todas las torturas le señalaban a gritos como parricida y las cartas volvían a apuntarle como el asesino de sus hermanos. Sin

[448] Cf. I 574.

embargo, ninguno de los que habían ido a Roma contó a Antípatro lo sucedido en Judea. No regresó hasta que pasaron siete meses desde que se demostró su culpabilidad, dado
607 que era muy grande el odio que todos sentían hacia él. Tal vez los espíritus vengadores de los dos hermanos asesinados enmudecieron a las personas que querían revelar los crímenes. Escribió una carta desde Roma en la que anunciaba su próximo regreso y la despedida llena de honores que César le había propiciado.

Antípatro regresa a Judea

608 El rey, que deseaba echar mano al traidor y que temía que, si éste se enteraba, tomase medidas contra él, le envió una carta en la que fingía sentir un gran aprecio por él y en la que le exhortaba a regresar enseguida. En caso de que volviera rápidamente, él olvidaría las acusaciones que pesaban contra su madre, ya que Antípatro también sabía que ella había sido expulsada
609 del palacio[449]. Sin embargo, poco antes este último había recibido en Tarento una carta sobre la muerte de Ferora[450] que le produjo una gran pena. Algunos elogiaron este sentimiento hacia su tío, aunque, según parece, se debía al fracaso de la conspiración y no lloraba a Ferora, sino a su cómplice. Le entró entonces miedo por lo que había hecho, y porque ya se hubiera descubierto el asunto del veneno.
610 Entonces, cuando recibió en Cilicia la carta de su padre, que hemos mencionado más arriba[451], dispuso inmediatamente su regreso. Al anclar en Celenderis[452] empezó a pensar en los males de su madre y en ese momento su alma le profeti-

---

[449] Cf. I 590.
[450] Cf. I 580.
[451] I 608.
[452] Puerto de Cilicia.

zó lo que iba a pasar[453]. Sus amigos más prudentes le aconsejaron que no acudiera ante su padre hasta que no se enterase del motivo por el que su madre había sido expulsada de la corte, pues tenían miedo de que se le incluyera a él también en las calumnias contra su madre. Mientras, sus compañeros más imprudentes, que deseaban ver su patria antes que preocuparse por la suerte de Antípatro, le animaban a que se apresurara en acudir allí para que con su tardanza no ofreciera a su padre un fácil motivo de sospecha ni diera pie para que le calumniaran. Pues, si ahora se maquina algo contra Antípatro, se debe a que no está allí presente, ya que nadie se atrevería hacer nada con él delante. Sería ilógico verse privado de beneficios seguros a causa de sospechas inciertas, en lugar de acudir inmediatamente a su padre para recibir de él un reino que es incapaz de mantener por sí mismo. Antípatro se dejó convencer con estos razonamientos, pues su espíritu así se lo aconsejaba, y continuó su viaje hasta el puerto de Augusto en Cesarea[454].

611 612 613

En contra de lo esperado se encontró allí con una inmensa soledad, ya que todos le evitaban y nadie se atrevía a salir a su encuentro. Siempre le habían odiado, si bien ahora podían expresarse abiertamente contra él. Además, el miedo que sentían hacia el rey hacía que muchos se apartasen de él, pues por toda la ciudad corría la mala fama de Antípatro y él era el único que no estaba enterado de ello. Nunca hubo una persona que fuera despedida con más pompa que él, cuando zarpó para Roma, y que luego fuera recibido de una manera tan poco honrosa. Entonces presintió las desgracias de su familia, pero disimuló aún con más mezquindad. Aun-

614 615

[453] Sobre la importancia de la profecía en Josefo, vid. nota a I 68.
[454] La ciudad se llamaba Cesarea y el puerto *Sebastòs limên.*

que por dentro estaba lleno de miedo, sin embargo se esforzaba por dar el aspecto de una persona con dominio de sí
616 mismo. Ya no le era posible escaparse ni evitar lo que tenía a su alrededor. Ni tampoco entonces se le había informado con claridad de lo que ocurría en el interior de la corte, pues así lo había prohibido el rey con amenazas. No obstante, le quedaba la única esperanza positiva de que quizá no se hubiera descubierto nada, y de que tal vez, si se habían enterado de algo, él aclararía la situación con desvergüenza y engaños, precisamente los únicos medios que tenía para salvarse.

617 Con esta idea se presentó en el palacio sin sus amigos, debido a que ya en la primera puerta se les había impedido su entrada de un modo humillante. En ese momento se encontraba allí Varo[455], el gobernador de Siria. Antípatro se
618 acercó a su padre y lleno de valor fue a abrazarlo. Herodes levantó sus manos hacia él, volvió su cabeza y le dijo a gritos: «¡Esto es propio de un parricida!; ¡Quiere abrazarme, cuando está acusado de crímenes tan grandes! Muérete, cabeza impía, y no me toques hasta que no te hayas librado de las imputaciones que penden sobre ti. Te someteré a un tribunal y tu juez será Varo, que ha llegado en el momento oportuno. Vete y prepara para mañana tu defensa; yo te doy
619 esta tregua para tus fechorías.» Lleno de miedo y sin poder responder nada a estas palabras, Antípatro se retiró. Su madre y su mujer[456] fueron ante él y le expusieron con detalle todas las pruebas que le acusaban. Entonces él se concentró y organizó su defensa.

---

[455] P. Quintilio Varo, gobernador de Siria del 6 al 4 a. C.

[456] Aunque Josefo no diga su nombre, esta esposa de Antípatro era, según *Antigüedades* XVII 92, la hija de Antígono, el rey de Judea anterior a Herodes.

Juicio de Herodes contra Antípatro

Al día siguiente el rey convocó a sus 620
familiares y amigos a una reunión, a la que también llamó a los compañeros de Antípatro. El propio Herodes, junto con Varo, ocupó la presidencia y ordenó que hicieran entrar a todos los denunciantes. Entre éstos estaban incluidos algunos de los criados de la madre de Antípatro, que poco antes habían sido detenidos por llevar a su hijo unas cartas de ella que decían lo siguiente: «Puesto que tu padre se ha enterado de todo, no te presentes ante él, si an-
tes no recibes alguna ayuda de parte de César». Cuando es- 621
tas personas se reunieron con los demás, llegó Antípatro y de rodillas a los pies de su padre le dijo: «Padre, te pido que no me condenes antes de haber escuchado mi defensa con objetividad, ya que, si quieres, te demostraré que soy inocente».

Herodes le gritó que guardara silencio y dijo a Varo: «Es- 622
toy convencido de que tú, Varo, y cualquier juez honrado considerará culpable a Antípatro. Sin embargo, también temo que aborrezcas mi suerte y que creas que me merezco todo tipo de desgracias por haber engendrado a unos hijos de tal calaña. Creo que por este motivo hay que tenerme más lástima, pues he sido el más cariñoso de los padres con
unos seres tan miserables. Nombré herederos del reino a mis 623
otros hijos[457], cuando aún eran jóvenes, y, como se educaron en Roma, los hice amigos de César y personas envidiables para los demás reyes. Sin embargo, vi que eran traidores y su muerte benefició sobre todo a Antípatro. En efecto, le conferí plena seguridad a este hijo mío, ya que era joven
y era mi sucesor. Pero esta fiera malvada, que ha colmado 624
ya mi paciencia, ha dirigido su insolencia contra mí. Le ha

[457] Aristobulo y Alejandro.

parecido que mi vida es muy larga, mi vejez le ha resultado pesada y no ha soportado ser rey si antes no cometía un parricidio. Pero verdaderamente él ha obrado con justicia conmigo, pues tras hacerle venir del campo, donde estaba desterrado, y menospreciar a los hijos que yo tenía de una reina,
625 le nombré heredero al trono. Reconozco, Varo, mi locura. Yo provoqué a aquellos hijos contra mí, cuando a causa de Antípatro puse fin a sus justas esperanzas. ¿Cuándo he favorecido tanto a aquellos hijos como a Antípatro? A éste casi le entrego en vida el poder, y públicamente en el testamento le he nombrado heredero; le he asignado una renta de cincuenta talentos[458], y le he hecho generosas entregas de mis propios bienes. Ahora, cuando zarpa para Roma, le he dado trescientos talentos, y es el único de toda la familia a quien he
626 recomendado a César como salvador de su padre.¿Qué impiedad cometieron mis otros hijos como la de Antípatro? ¿Qué pruebas hubo contra ellos tan clara como la que de-
627 muestra esta traición? Y el parricida ha osado hablar y de nuevo esperaba tapar la verdad con engaños. Varo, ten cuidado con él, pues yo conozco a esta fiera y presiento las palabras que va a utilizar y sus lamentos fingidos. Éste es el que un día, cuando aún vivía Alejandro, me aconsejaba que tuviera cuidado con él y que no confiara mi persona a nadie. Éste es el que me llevaba a acostar a la cama y miraba por si alguien me había preparado una trampa. Éste es el que vigilaba mis sueños y el que me daba tranquilidad. Éste es el que consolaba mi pena por el asesinato de mis hijos y el que valoraba los sentimientos de los hermanos que aún vivían.
628 Él era mi protector, mi guardia personal. Varo, cuando recuerdo sus maldades, una a una, y su hipocresía, no me pue-

[458] En *Antigüedades* XVI 250 se dirá que eran doscientos talentos, en lugar de cincuenta.

do creer que aún siga vivo y me asombro de haberme escapado de un traidor tan cruel. Pero ahora, ya que un espíritu vengador está dejando mi casa vacía y está levantando constantemente contra mí a las personas que me son más queridas, lloraré mi injusta suerte y lamentaré mi soledad. Ninguno de los que tiene sed de mi sangre conseguirá escapar, aunque todos mis hijos sean condenados.»

Al decir estas palabras se enmudeció por la emoción e 629
hizo una señal a Nicolás[459], uno de sus amigos, para que expusiera las pruebas. Entonces Antípatro, que había estado arrodillado a los pies de su padre, levantó la cabeza y gritó:
«Padre, tú mismo has hecho la defensa por mí. ¿Cómo es 630
que yo soy un parricida, cuando reconoces que siempre he sido tu guardián? Dices que mi piedad filial es un invento y una hipocresía. ¿Y yo que soy tan astuto en todo lo demás, cómo no me he dado cuenta de que no es fácil cometer un crimen tan grande sin que se enteren los hombres, y de que es imposible que no lo sepa el juez celestial, que todo lo ve
y que está presente en todos los sitios?¿Acaso no conocía 631
yo la muerte de mis hermanos, a los que Dios castigó[460] de esta manera por su mala idea contra ti? ¿Qué es lo que me ha provocado ir contra ti? ¿La esperanza de ser rey? No, porque yo ya reinaba. ¿La sospecha de ser odiado por ti? Tampoco, pues ¿tú no me amabas? ¿Qué más podía temer? Nada, ya que con tu protección era yo el que producía miedo en los demás. ¿Tal vez la falta de dinero? ¿Pero quién
había que pudiera gastar más que yo? Padre, si yo era el 632
hombre más criminal de todos y tenía el alma de una bestia salvaje, ¿Acaso no me hubieran hecho sucumbir tus favo-

[459] Es el historiador Nicolás de Damasco del que se ha hablado en el apartado 4 de la introducción.

[460] Sobre el papel de la Providencia divina en el desarrollo de la historia vid. nota a I 370.

res, cuando me trajiste del campo, según tú mismo has dicho, cuando me elegiste entre tantos hijos, cuando me nombraste rey, aunque tú aún estabas vivo, y cuando me obsequiaste
633 con una prodigalidad que provocaba envidias? Desgraciado de mí, ese amargo viaje fue el origen de todo. Entonces propicié que me envidiaran y di más tiempo para que me prepararan una trampa. Pero, padre, yo emprendí este viaje por ti y por tus asuntos, para que Sileo no despreciara tu vejez. Roma es testigo de mi piedad filial y también lo es César, el amo del mundo, que muchas veces me llamaba «Filopátor»[461]. Toma, padre, esta carta, que es más digna de crédito que las calumnias que me están haciendo aquí. Ésta es mi única defensa, es la prueba que yo tengo de mi amor hacia
634 ti. Acuérdate de que yo me embarqué en este viaje de mala gana, pues conocía el odio que existía en el reino contra mí. Pero tú, padre, has provocado involuntariamente mi ruina, al obligarme así a dar oportunidad a los envidiosos para que me calumnien. Vengo aquí para hacer frente a mis acusaciones. Yo, un parricida, vengo aquí, después de haber recorri-
635 do tierra y mar sin haber sufrido ningún percance. Sin embargo, no sientas afecto por mí sólo por esta prueba, puesto que he sido condenado ante Dios y ante ti, padre. Aunque ya estoy sentenciado, te suplico que no creas a las otras personas que torturaste, sino que sea a mí a quien se queme con el fuego, que el hierro atraviese mis entrañas, que no exista compasión para mi infame cuerpo. Si yo soy un parricida,
636 no debo morir sin ser antes torturado». Con estos gritos, lágrimas y lamentos despertó la compasión de todos los que allí estaban presentes, incluido Varo. Sólo Herodes, lleno de

[461] Este epíteto, «amante de su padre», era el habitual de diversos monarcas como Seleuco IV, Antíoco IX, Demetrio III, Antíoco X o Ptolomeo IV; cf. también I 417. Es posible ver aquí una cierta ironía, pues ese último rey había asesinado a su madre y, tal vez, también a su padre.

ira, se mantuvo sin derramar lágrimas, pues sabía que las acusaciones eran fundadas.

En ese momento Nicolás[462], por orden del rey, expuso la astucia de Antípatro y, cuando desbarató la compasión que había despertado en el auditorio hacia él, presentó una dura acusación: le hizo culpable de todos los males del reino, sobre todo del asesinato de sus hermanos, y le demostró que éstos habían muerto a causa de sus calumnias. Añadió que él también conspiraba contra los que aún vivían, como si éstos fueran sus adversarios en la sucesión al trono. Si se ha atrevido a preparar un veneno contra su padre, ¿cómo no lo iba a hacer contra sus hermanos? Una vez que entró en el tema de las pruebas del veneno, relató todas las denuncias y expresó su indignación sobre Ferora por el hecho de que Antípatro le había convertido en fratricida y por haber corrompido a las personas más queridas del rey para llenar todo el palacio de su perversidad. Acabó su exposición tras enumerar y probar otras muchas acusaciones. 637 638

Varo ordenó a Antípatro que se defendiera. Pero éste solamente dijo, «Dios es mi testigo de que no he cometido ninguna injusticia», y se quedó en silencio. Entonces Varo le pidió el veneno y se lo dio a uno de los presos condenados a muerte para que lo bebiera. El presó murió al instante. Varo habló en privado con Herodes, escribió a César un informe sobre el juicio y partió al día siguiente. El rey encarceló a Antípatro y envió mensajeros a César para que le informasen de su desgracia. 639 640

A continuación se descubrió que Antípatro también había conspirado contra Salomé, pues uno de los sirvientes de Antífilo llegó de Roma con unas cartas de una criada de Li- 641

[462] *Antigüedades* XVII 106-126 detalla las palabras de Nicolás de Damasco e incluso incluye un discurso en forma directa.

via[463], llamada Acmé. Esta mujer informaba al rey de que entre las cartas de Livia había hallado unas de Salomé y que se
642 las remitía en secreto como muestra de afecto hacia él. Esta correspondencia de Salomé incluía injurias muy duras contra el rey y una acusación muy grave. Antípatro había falsificado estas cartas y por medio de sobornos había convencido
643 a Acmé para que se las mandara a Herodes. Esto se demostró por una carta que esta criada había escrito a Antípatro y en la que le decía: «He escrito a tu padre y le he enviado aquellas cartas, como tú querías. Estoy convencida de que el rey no perdonará a tu hermana, cuando las lea. Una vez que todo esto acabe, harás bien en acordarte de lo que me has prometido».

644 Tras sacar a la luz esta carta y las que se habían urdido contra Salomé, el rey empezó a sospechar si tal vez no habrían sido también falsificadas las cartas que existían contra Alejandro[464]. Estaba muy afectado por la idea de que casi mata a su hermana a causa de Antípatro. Por consiguiente, ya no aplazó para más tarde el castigo de todos estos crímenes.

Herodes enferma y cambia su testamento

645 Sin embargo, cuando ya procedía a ir contra Antípatro, una grave enfermedad se lo impidió. A pesar de ello, escribió a César sobre Acmé y sobre las maquinaciones que habían existido contra Salomé.
646 Pidió el testamento y lo cambió: nombró rey a Antipas[465], sin tener en cuenta a sus hermanos mayores, Arquelao y Filipo, ya que Antípatro también los había calumniado[466]. Le-

[463] Sobre este nombre de la mujer de Augusto, cf. nota a I 566.

[464] Una de estas cartas, la dirigida por Alejandro al jefe de la fortaleza del Alejandreo, ha sido mencionada en I 528-529.

[465] Hijo de Herodes y Maltace; cf. I 562.

[466] Sobre estas calumnias, cf. I 602-603.

gó a César mil talentos, además de otros objetos en especie, unos quinientos talentos a su mujer, a sus hijos, a sus amigos y a sus libertos. A todos los demás les dejó una gran cantidad de tierras y de dinero y honró a su hermana Salomé con magníficos regalos. Estas son las modificaciones que llevó a cabo en su testamento.

Su enfermedad iba empeorando, puesto que él era ya 647
una persona anciana y estaba en un momento de desánimo. Tenía casi setenta años y tenía el alma tan deshecha por las desdichas de sus hijos que ni con buena salud disfrutaba de la vida. Su enfermedad se hacía más intensa por el hecho de que aún vivía Antípatro, al que había decidido matar, no como algo secundario, sino como algo importante cuando él recobrara su salud.

El suceso del águila de oro del Templo

En medio de estas desgracias tuvo lugar una revuelta popular. Había en la ciudad dos doctores[467] que parecían conocer al detalle las leyes de la patria y que por ello gozaban de una fama muy destacada en todo el pueblo: Judas, el hijo de Sarifeo y el otro Matías, 648
el hijo de Margalo. Muchos eran los jóvenes que acudían a 649
ellos, cuando explicaban las leyes, y todos los días reunían un ejército de adolescentes. Al enterarse éstos de que el rey se hallaba sumido en la tristeza y en la enfermedad, dijeron entre sus conocidos que ahora era el momento más idóneo de vengar a Dios y destruir todo lo que se había hecho en contra de las costumbres ancestrales. Estaba prohibido que 650
en el Templo hubiera estatuas, bustos o representaciones de

[467] En griego *sophistaí*. Josefo utiliza este vocablo o *patríōn exēgetaí nómōn (Antigüedades* XVII 149) o *hierogrammateîs* (VI 291) para designar a los «maestros» o «doctores» expertos en la Escritura y en la Torá, es decir, a los que luego se conocerán por «rabinos».

algún ser vivo. El rey había colocado encima de la gran puerta un águila de oro[468]. Los dos doctores exhortaban entonces a destruirla y decían que, aunque se arriesgaran por ello, era hermoso morir por la ley de sus antepasados. Los que mueran en esta hazaña tendrán un alma inmortal y conservarán por siempre una sensación de felicidad[469], mientras que las personas sin nobleza y que desconocen su sabiduría sienten tanto apego a la vida que prefieren morir de una enfermedad que hacerlo por una causa noble.

651 Mientras estas dos personas hacían estas arengas, corrió el rumor de que el rey se estaba muriendo, de forma que los jóvenes cobraron más osadía para dedicarse a su empresa. A medio día, cuando por el Templo paseaba mucha gente, se descolgaron desde el techo con unas cuerdas gruesas y rom-
652 pieron el águila dorada a hachazos. Rápidamente se le comunicó este hecho al comandante del rey[470]. Éste llegó allí con muchos soldados y capturó a unos cuarenta jóvenes,
653 que condujo ante el rey. Cuando, en primer lugar, Herodes les interrogó si se habían atrevido a destruir el águila de oro, ellos respondieron que sí; a continuación, a la cuestión de por orden de quién lo habían hecho, dijeron que por la ley

---

[468] Es la puerta reconstruida por Herodes a la entrada del santuario, cuando restauró el Templo de Jerusalén (cf. I 401 y V 207-212). La colocación de este águila evidencia el grado de helenización a que llegó la corte herodiana. Esta representación simbolizaba en Oriente el poder divino de los soberanos y, además, en los templos griegos era habitual colocar en el frontón un águila como adorno escultórico.

[469] La doctrina judía sobre el más allá, concretamente la de los fariseos y de los esenios será expuesta con detalle en II 162-163 y II 154 ss., III 374 y VII 344-346, respectivamente.

[470] Seguramente sea el «Comandante del Templo», encargado de mantener el orden en este lugar y de asistir al sumo sacerdote; cf. II 409 y *Hechos de los Apóstoles* 4, 1, y 5, 26. En este último caso citado también aparece designado con el vocablo griego *stratēgós*.

de su patria. Cuando les preguntó por qué estaban tan contentos, si iban a ser condenados, ellos replicaron que después de la muerte iban a disfrutar de una felicidad mayor.

El rey se indignó tanto con estas respuestas que, sin ha- 654
cer caso de su enfermedad, acudió ante la asamblea del pueblo[471]. Allí hizo muchas acusaciones contra estos hombres, en el sentido de que eran sacrílegos y que bajo la excusa de la ley buscaban objetivos más importantes. Pidió
que se les castigara como personas impías. El pueblo, por 655
temor a que se acusara a mucha gente, le ruega que primero castigue a los que han planeado la acción, luego a los que han sido cogidos con las manos en la masa, y que aleje su cólera de los demás. El rey accedió, no sin poner antes muchas pegas. Quemó vivos a los que se habían descolgado desde el tejado y también a los dos doctores; entregó a los demás presos a los verdugos para que los ejecutaran.

Se agrava la enfermedad de Herodes. Ejecución de Antípatro

A partir de entonces la enfermedad se 656
adueñó de todo su cuerpo con múltiples dolores. La fiebre no era alta, pero tenía un picor insoportable por toda la piel, dolores continuos en el intestino, una inflamación en los pies como la de un hidrópico, el vientre hinchado y una gangrena en su pene que producía gusanos. Además sufría asma, tenía dificultades para respirar y espasmos en todos los miembros de su cuerpo. Como consecuencia de ello los profetas inspirados por Dios[472] decían que estas enfermedades eran un castigo por ha-

---

[471] Esta asamblea tuvo lugar en Jericó, si nos atenemos a lo expuesto en *Antigüedades* XVII 161, y a ella Herodes tuvo que asistir en litera a causa de su enfermedad.

[472] En *Antigüedades* XVII 167 se dice que el día en que Herodes mandó matar a los doctores, por la noche, hubo un eclipse de luna. Este sería

657 ber matado a los doctores[473]. Pero Herodes, a pesar de su lucha contra tantos dolores, se aferraba a la vida, esperaba salvarse y pensaba en la forma de curarse. Cruzó el Jordán y tomó las aguas termales de Calírroe, que desembocan en el lago Asfaltitis[474], y que son potables a causa de su sabor dulce. Allí los médicos recomendaron meter todo su cuerpo en aceite caliente. Cuando lo sumergieron en una bañera llena de aceite, él se desmayó y sus ojos se quedaron como
658 los de un muerto. Se produjo entonces un griterío entre los que le estaban atendiendo; con este ruido el rey volvió en sí. Al perder ya toda esperanza de curación, ordenó repartir entre sus soldados cincuenta dracmas y grandes cantidades de dinero entre sus oficiales y amigos.

659 Herodes regresó a Jericó en tan mal estado que se atrevió a enfrentarse a la propia muerte y a planear una acción impía. Reunió a los personajes más destacados de cada una de las aldeas de toda Judea y ordenó encerrarlos en el lla-
660 mado «hipódromo»[475]. Llamó a su hermana Salomé y a su

---

el mal presagio que anunciaría la muerte del monarca. Teniendo en cuenta este dato y la Pascua posterior los astrónomos han podido precisar la fecha exacta de este fallecimiento, el día 11 de abril del año 4 a. C.; cf. el comentario de Pelletier al respecto.

[473] La afirmación de que esta enfermedad es un castigo divino también aparece expresada en *Antigüedades* XVII 168.

[474] Las «aguas termales de Calírroe» estaban en la zona de Maqueronte, al nordeste del lago Asfaltitis. Este lago, donde desemboca el Jordán, famoso por su salinidad, que es seis veces mayor que la de las aguas del Océano, y por carecer de todo tipo de flora y fauna, recibirá más tarde el nombre de Mar Muerto. En el *Antiguo Testamento* las denominaciones son muy diversas: Mar Salado *(Josué* 3, 16), Mar de Araba *(Deuteronomio* 3, 17) o Mar Oriental *(Zacarías* 14, 8). El nombre helenístico de Asfaltitis se debe a la gran cantidad de asfalto, conocido como betún de Judea, que flotaba en su superficie; cf. Abel, *Géographie*... I, págs. 167-169 y 498-505.

[475] La helenización llegó incluso a las zonas más orientales de Judea. Jericó, donde Herodes residió frecuentemente, contaba con importantes

marido Alexas y les dijo: «Sé que los judíos van a celebrar con una fiesta mi muerte; sin embargo, podré ser llorado por otros motivos y podré tener un brillante funeral, si vosotros queréis atender mis recomendaciones. En cuanto yo muera, enviad a los soldados contra estos hombres que están aquí guardados y matadlos, para que así toda Judea y todas las familias lloren a la fuerza por mí.»

Mientras daba estas órdenes, llegaron cartas[476] de sus 661
embajadores de Roma en las que se decía que Acmé había sido ejecutada y que Antípatro había sido condenado a muerte por orden de César. También se añadía en ellas que César
le daba permiso para desterrarle, si su padre quería. El rey 662
se contentó con esto por un instante; pero de nuevo, forzado por la falta de alimentos y por una tos convulsiva, y vencido por los dolores, se dispuso a adelantarse al Destino. Cogió una manzana y pidió un cuchillo, pues él acostumbraba a cortar lo que comía. Luego, cuando vio que nadie se lo podía impedir, levantó su mano derecha con la intención de clavarse el cuchillo. Pero su primo Aquiab corrió a detener-
lo y le cogió su mano. Inmediatamente se produjo un in- 663
menso griterío en el palacio, como si el rey estuviera muriéndose. Nada más oirlo, Antípatro cobró ánimos y lleno de alegría pidió a los guardianes que le desataran y le dejaran libre por dinero. El jefe de la guardia no sólo se negó a ello,
sino que además corrió a contar este hecho al rey. Herodes 664
dio un grito con más fuerza de lo que podía hacerlo en su estado de enfermedad y al instante envió a sus guardias para que mataran a Antípatro. Mandó enterrar su cadáver en Hir-

edificios griegos, como un teatro *(Antigüedades* XVII 161), un anfiteatro (I 666 y *Antigüedades* XVII 194) y el hipódromo aquí señalado. Sobre la práctica del atletismo griego en Palestina, vid. nota a I 415.

[476] Estas cartas eran la respuesta a la correspondencia enviada por Herodes a Augusto sobre estos hechos; cf. I 645.

cania y de nuevo modificó su testamento. Designó como sucesor suyo a Arquelao, su hijo mayor y hermano de Antípatro, y como tetrarca a Antipas.

Muerte de Herodes. Arquelao es proclamado rey

665 Murió cinco días después de la muerte de su hijo. Su reinado duró treinta y cuatro años, desde que se hizo con el poder tras el asesinato de Antígono, y treinta y siete años desde que fue nombrado rey por los romanos[477]. En todo lo demás gozó de una buena suerte, como ningún otro, pues, aunque no era una persona noble, consiguió el trono y después de conservarlo durante tanto tiempo se lo dejó a sus hijos. Sin embargo fue el ser más des-
666 graciado en los asuntos familiares. Antes de que el ejército se enterara de su muerte, Salomé fue con su marido a liberar a los presos, que el rey había ordenado ejecutar[478]. Ella dijo que el rey había cambiado de idea y que dejaba a cada uno irse a su casa. Una vez que éstos se marcharon, Salomé reveló a los soldados lo sucedido y les convocó a una asamblea con el resto del pueblo en el anfiteatro de Jericó. Allí acudió
667 Ptolomeo[479], a quien el rey había confiado el anillo con el sello real[480], hizo un elogio del rey, habló a la muchedumbre y leyó la carta que había dejado para sus soldados, en la que les hacía muchas recomendaciones para que estuvieran bien
668 dispuestos hacia su sucesor. Después de esta carta Ptolomeo abrió y leyó los codicilos, en los que nombraba a Filipo he-

---

[477] El asesinato de Antígono se produjo en el 37 a. C. (cf. 351 y 357). Herodes fue nombrado rey por los romanos en el 40 a. C. (cf. I 284).

[478] Son los prisioneros del hipódromo de Jericó aludidos poco antes en I 659-660.

[479] Este era «el más preciado de sus amigos»; cf. I 473.

[480] El anillo con el sello del rey simbolizaba la autoridad real y servía para dar autenticidad a sus actos. En II 24 veremos cómo este anillo será entregado a Augusto, a quien Herodes nombró garante de su testamento.

redero de la Traconítide y de los territorios vecinos[481], a Antipas tetrarca[482], como ya hemos señalado más arriba[483], y a
Arquelao rey. A este último también le encomendaba llevar a 669
César su sello y los documentos del reino, una vez rubricados. En efecto, César tenía autoridad sobre sus disposiciones y era el garante de su testamento. En el resto de las cuestiones había que respetar su anterior testamento.

En seguida se produjo un griterío entre los que aclamaban 670
a Arquelao. Los soldados, por escuadrones, se acercaron junto con el pueblo a expresarle su afecto y pidieron para él la protección de Dios. A continuación se encargaron de los funera-
les del rey. Arquelao no escatimó ningún lujo, sino que dispu- 671
so todos los ornamentos reales para hacer el acompañamiento del cadáver. El féretro era de oro con piedras preciosas, la tela era de púrpura bordada, en ella estaba el cuerpo envuelto también en púrpura. En la cabeza tenía una diadema, sobre ella
una corona de oro y en la mano derecha el cetro. Alrededor 672
del féretro estaban sus hijos y el grueso de sus familiares, detrás los lanceros, el batallón tracio, los germanos y los galos,
todos ellos con su equipamiento de guerra. Al frente iba el 673
resto de la tropa, con sus armas y siguiendo en orden a sus oficiales y capitanes. A continuación venían quinientos criados y libertos con los aromas. El cadáver fue acompañado a lo largo de setenta estadios[484] hasta el Herodio, donde se le enterró según sus disposiciones. Así fue el final de Herodes.

---

[481] Gaulanítide, Batanea y Panias; cf. *Antigüedades* XVII 188-190.

[482] De Galilea y Perea; cf. *Antigüedades* XVII 188.

[483] I 664.

[484] Esta cifra no puede ser correcta. El cortejo fúnebre desde Jericó hasta el Herodio pasó por Jerusalén, por lo que la distancia es de ciento cincuenta estadios: lo que dista Jericó de Jerusalén (cf. IV 474), cincuenta estadios, más otros sesenta, de Jerusalén al Herodio (cf. I 265 y 419). No obstante son diversas las lecturas que presentan los códices al respecto.



LIBRO II

NOTA TEXTUAL

EDICIÓN DE NIESE	NUESTRO TEXTO
59 (1) βηθαραμινενθα	Βηθαράμαθα coni. Niese
95 (18) ἰννάω	Ἴναν *LR*
409 (10-11) Καίσαρος	καὶ Καίσαρος *PAML*
443 ((4) δήμῳ	δημίῳ Holwerda
487 (17) ἴσου † μοίρας	ἰσοτιμίας *MLVRC*
566 (17) Νέου	Ἀνανίου Hudson
566 (18) περὶ	ὑπὲρ coni. Niese
607 (3-4) εἰ μὴ καλῶς ὑμῖν ἐβουλευσάμην, κολάζετε	⟨μὴ⟩ κολάζετε Thackeray
636 (49) ἀνόπλους	ἐνόπλους Destinon

SINOPSIS

DESDE LA SUBIDA AL TRONO DE ARQUELAO HASTA EL COMIENZO DE LA INSURRECCION CONTRA ROMA (4 a. C - 66 d. C)

1. El reinado de Arquelao. Su impopularidad.– 14. Arquelao y Antipas en Roma.– 39. Sabino provoca una revuelta en Jerusalén. 55. Anarquía en Judea, Idumea y Galilea.– 66. Varo acude en ayuda de Sabino.– 80. Augusto divide el reino de Herodes entre Arquelao, Antipas y Filipo.– 101. El falso Alejandro.– 111. Crueldad de Arquelao.– 117. Coponio primer procurador de Judea.– 119. Las tres sectas judías: los esenios.– 162. Los fariseos.– 164. Los Saduceos.– 167. Los tetrarcas Filipo y Antipas.– 169. Pilato procurador de Judea.– 178. Agripa es nombrado rey por Calígula.– 184. Calígula ordena colocar su estatua en el Templo.– 188. Ptolemaida y Petronio.– 204. El nuevo emperador Claudio. Reinado y muerte de Agripa.– 223. Agripa II, rey de Calcidia, y Cumano procurador de Judea.– 232. Conflicto entre judíos y samaritanos.– 247. El nuevo procurador Félix. Muerte de Claudio.– 250. Nerón amplía el reino de Agripa.– 254. Los sicarios y los falsos profetas.– 266. Tumultos entre judíos y sirios en Cesarea.– 271. Los últimos procuradores. Los crímenes de Gesio Floro. Revueltas populares.– 309. Intervención de Berenice. Sublevación de Jerusalén contra las provocaciones de Gesio Floro.– 333. Mediación de Cestio.– 345. Discurso de Agripa para evitar la guerra.– 405. Agripa es expulsa-

do de Jerusalén.– 408. Empieza la revuelta. Divisiones internas entre los judíos.– 425. Intervención de los sicarios.– 433. Manahem, jefe de los sediciosos. Derrota de la guarnición romana.– 457. Matanza de judíos en Cesarea y Siria.– 487. Tumultos en Alejandría entre griegos y judíos.– 499. La campaña de Cestio Galo. Ocupación de Galilea.– 513. Cestio Galo asedia Jerusalén. Su retirada.– 536. Los judíos reorganizan la defensa de Jerusalén.– 569. Josefo gobernador judío de Galilea.– 585. Juan de Giscala.– 595. Levantamiento de Tariquea.– 614. Hostilidades de Juan de Giscala contra Josefo.– 632. Rebelión de Tiberíades y Séforis.– 647. Jerusalén se prepara para la guerra.– 652. La actividad de Simón, hijo de Giora, en Acrabatene e Idumea.

El reinado de Arquelao. Su impopularidad

La necesidad de ir a Roma fue para Arquelao el origen de nuevos disturbios. Lloró a su padre durante siete días y ofreció al pueblo un magnífico banquete fúnebre. Esta costumbre judía era causa de pobreza para mucha gente, pues existía la obligación de invitar a todos, y si uno no lo hacía, se le consideraba impío. Después de esto, Arquelao se vistió de blanco[1] y fue al Templo, donde el pueblo lo recibió con múltiples palabras de aprobación. 1
El monarca desde un lugar elevado, sobre un trono de oro, 2
les agradeció su participación en los funerales de su padre y los honores que le tributaban a él como si ya fuera seguro su reinado. No obstante, dijo que de momento no sólo no tomaría el poder, sino ni siquiera los títulos reales hasta que le confirmara como sucesor César, que según el testamento de

[1] En la tradición judía el atuendo de luto era el saco, como vemos, por ejemplo, en *II Reyes* 6, 30 o *Jeremías* 6, 26, y al parecer de tono oscuro (cf. *Isaías* 50, 3). Sin embargo, en este caso concreto de Arquelao, miembro de una monarquía vasalla de Roma, hemos de ver una impronta del uso romano, que en la vestimenta de duelo empleaba el color blanco con un simbolismo bastante claro (cf. PLATÓN, *República,* 729D-E, y CICERÓN, *Leyes* II 22, 55 y 62). PLUTARCO, *Cuestiones romanas* 26, comenta esta peculiar costumbre, en contraposición con el color negro de los ritos funerarios griegos.

3 Herodes era el soberano de todo[2]. No aceptó la corona que le ofreció el ejército en Jericó[3]. No obstante, él les daría numerosas recompensas, tanto a los soldados como al pueblo, por su afecto y por su buena voluntad, cuando fuese nombrado definitivamente rey por los que detentaban el poder, puesto que intentaría comportarse con ellos en todos los aspectos mejor que su padre.

4 La muchedumbre, satisfecha por estas palabras, intentó comprobar rápidamente sus intenciones con demandas importantes. Unos gritaron que bajara los impuestos, otros que quitase las tasas[4], y algunos dijeron que se liberara a los presos. Arquelao, que quería atraerse al pueblo, accedió volun-
5 tariamente a todas sus peticiones. A continuación hizo sacrificios y celebró un banquete con sus amigos[5]. Entonces esa noche, cuando ya había acabado el luto oficial por el rey, se reunió un grupo numeroso de personas que querían provocar una revuelta y empezó un duelo particular por aquellos que habían sido castigados por Herodes por haber destruido el

[2] Como se ha dicho en I 669, Augusto era el garante del testamento de Herodes. Además, la dependencia de los reyes judíos del poder romano era en esta época total, hasta el punto de que ninguno de ellos podía ejercer la autoridad real ni llevar el título de rey sin la explícita sanción del emperador. Sobre este tema pueden citarse las monografías de D. C. Braund, *Rome and the Friendly King*, Londres, 1984, y M. R. Cimma, *Reges Socii et amici populi Romani*, Milán, 1976.

[3] Cf. nota a I 56.

[4] Son los impuestos que gravaban las compras y ventas públicas y también los derechos de peaje; cf. *Antigüedades* XVII 205.

[5] Entre los ritos judíos del duelo figuraba un convite o banquete fúnebre, que se celebraba después del entierro (*Jeremías* 16, 5-7), donde se menciona la ofrenda de un «pan de duelo» (*Ezequiel* 24, 17, y *Oseas* 9, 4). Sin embargo, en este caso de Arquelao se trata más bien de un banquete de carácter oficial, según la costumbre romana de la época, como ocurría también con el color blanco del luto mencionado más arriba, que no tiene nada que ver con las costumbres de los judíos en estos trances.

águila de oro de la puerta del Templo[6]. No disimulaban sus 6
lamentos, sino que sus penetrantes gemidos, su ordenado
canto fúnebre y sus golpes de pecho resonaban por toda la
ciudad. Esto lo hacían en honor de unos hombres que, según
decían ellos, habían perecido en el fuego en defensa de las
leyes de sus antepasados y en defensa del Templo. Gritaban 7
que era preciso tomar venganza de estos héroes en las perso-
nas favoritas de Herodes, y en primer lugar había que acabar
con el sumo sacerdote nombrado por él, ya que les convenía
elegir a una persona más piadosa y más intachable[7].

Arquelao se enfureció ante estos gritos, pero dejó para 8
más tarde su venganza porque quería partir enseguida de allí.
Temía que, si se enfrentaba entonces a la muchedumbre, la
revuelta le impediría marcharse. Por ello, intentó calmar a
los sublevados por medio de la persuasión más que por la
fuerza y envió en secreto a su comandante[8] para que les invi-
tara a deponer su actitud. Sin embargo, cuando Arquelao se 9
acercó al Templo, antes de que llegara a decir alguna pala-
bra, los sublevados le echaron a pedradas y también hicieron
lo mismo con muchos de los que él mismo envió después pa-
ra que entraran en razón. A todo respondieron con ira y de-
mostraron que no se quedarían sin hacer nada si aumentaba
el número de sus seguidores. Entonces empezaba ya la fiesta 10
de los Ácimos, que los judíos llaman Pascua[9] y en la que

---

[6] Los doctores, Judas, Matías y sus discípulos; cf. I 648-655.

[7] Tras el incidente del águila de oro, Herodes nombró sumo sacerdote a Joazar, en sustitución de Matías; cf. *Antigüedades* XVII 164.

[8] Seguramente sea también el «Comandante del Templo», del que se ha hablado en I 652.

[9] Antigua fiesta cananea adoptada por los hebreos, que se celebraba entre el 15 y el 21 del mes de Nisán, entre nuestros meses de marzo y abril. Desde el atardecer del día anterior estaba prohibido tener levadura en casa y comer pan fermentado durante los días de la celebración, de ahí el nombre de fiesta de los Ácimos (*Éxodo* 12, 15 y 19).

tienen lugar muchos sacrificios. Acudió para la ceremonia
una gran cantidad de gente del campo, y los que estaban de
luto por los doctores ejecutados se reunieron en el Templo y
11 buscaban refuerzos para su revuelta. Temeroso ante estos he-
chos y antes de que la enfermedad se propagara por todo el
pueblo, Arquelao envió en secreto a un tribuno con su cohor-
te y le ordenó que sometiera a la fuerza a los cabecillas de la
sedición. Toda la muchedumbre se irritó al verlos y mató a
pedradas a muchos soldados de la cohorte; el tribuno a duras
12 penas pudo salvarse, aunque resultó herido. A continuación,
como si no hubiera ocurrido nada malo, estos individuos vol-
vieron a los sacrificios. Para Arquelao era evidente que ya no
podía contener a la multitud sin provocar una matanza. Mandó
a todo el ejército contra ellos: envió a la infantería agrupada
13 a través de la ciudad y a la caballería por la llanura. Cayeron
de improviso sobre los que estaban realizando sus sacrifi-
cios, mataron a unos tres mil y al resto los dispersaron por
las montañas de los alrededores. Después vinieron los heral-
dos de Arquelao con la orden de que cada uno se fuera a su
casa. Todos se retiraron y dejaron la fiesta.

Arquelao y Antipas en Roma

14 El propio Arquelao bajó a la costa con
su madre y con sus amigos Popla, Ptolo-
meo y Nicolás, y dejó a Filipo[10] al frente
del palacio[11] y de sus asuntos personales.
15 También le acompañaron Salomé[12], con
sus hijos, los sobrinos y los yernos del rey, en apariencia pa-

[10] La madre de Arquelao era Maltace (cf. I 562). A Popla se le llama Ptola en *Antigüedades* XVII 219. Sobre Ptolomeo, cf. nota a I 473. Nicolás es el historiador y secretario de Herodes Nicolás de Damasco. Filipo es el tetrarca de la Traconítide, hermanastro de Filipo (cf. I 668).

[11] O, tal vez, «los asuntos del reino», según señala PELLETIER en su comentario.

[12] Hermana de Herodes.

ra apoyar la sucesión de Arquelao, pero en realidad para acusarle por los sacrilegios cometidos en el Templo.

En Cesarea salió a su encuentro Sabino, el procurador 16
de Siria[13] que iba a Judea para hacerse cargo de la custodia de los bienes de Herodes. Pero le impidió seguir más adelante la presencia de Varo[14], a quien Arquelao había hecho venir por medio de Ptolomeo, tras habérselo pedido insistentemente. Entonces Sabino, para agradar a Varo, ya no fue a 17
las fortalezas a impedir a Arquelao el acceso a los tesoros de su padre, sino que prometió no hacer nada hasta que César tomara una decisión al respecto; mientras tanto permaneció en Cesarea. Pero cuando se fueron estas dos personas 18
que suponían un obstáculo para él, Varo a Antioquía[15] y Arquelao a Roma, acudió rápidamente a Jerusalén y se apoderó del palacio. Mandó venir a los jefes de las fortalezas y a los administradores e intentó conocer las cuentas de los bienes que allí había y tomar posesión de estas guarniciones. Ahora bien, los guardianes no desoyeron las órdenes de 19
Arquelao, sino que siguieron custodiando todo, pues se les había confiado su cuidado en nombre de César más que en el de Arquelao.

En este momento también había llegado allí Antipas pa- 20
ra disputarse el trono con Arquelao, pues creía que el testamento[16], en el que él aparecía como rey, tenía más valor que el codicilo[17]. Salomé y muchos familiares que habían

---

[13] Según *Antigüedades* XVII 221, Sabino era el encargado de la administración del Tesoro imperial.

[14] Quintilio Varo, gobernador de Siria; cf. I 617.

[15] Como se expondrá en II 40-41, antes de ir a Antioquía pasará por Jerusalén para dejar una legión como protección para la ciudad.

[16] Es el testamento citado en I 646.

[17] Cf. I 668.

21 viajado con Arquelao prometieron ayudarle[18]. Antipas también se atrajo el favor de su madre[19] y de Ptolomeo, el hermano de Nicolás, que parecía tener una influencia decisiva en el asunto, pues gozaba de la confianza de Herodes al ser el más preciado de sus amigos. Tenía puestas grandes esperanzas en el orador Ireneo[20] a causa de su habilidad en el lenguaje. Por ello no hizo caso a los que le aconsejaban que cediera ante Arquelao, pues era mayor que él y porque el
22 testamento del codicilo le dejaba a él como sucesor. En Roma se inclinaron a su favor todos sus parientes que odiaban a Arquelao. Todos estos querían ante todo una autonomía bajo el poder de un gobernador romano[21], pero en el caso de que esto no fuera posible, preferían que el rey fuera Antipas.
23 Sabino también colaboró en este aspecto con él, pues en unas cartas dirigidas a César denunció a Arquelao y expresó
24 muchos elogios hacia Antipas. Los partidarios de Salomé prepararon la relación de acusaciones y se la entregaron a César. A continuación, Arquelao hizo un escrito con los puntos más destacados de sus derechos y se lo mandó junto con el anillo[22] y las cuentas del reino a través de Ptolomeo.

[18] Cf. II 14-15.

[19] Cf. II 14.

[20] Herodes se había rodeado de personajes de cultura griega, a los que encomendó las más importantes funciones del estado: Nicolás de Damasco (I 574), Ptolomeo (I 280) y este rétor Ireneo entre otros.

[21] Esta autonomía supondría volver al *status* de la época de los Asmoneos, en la que los judíos se regían por un sumo sacerdote, en lugar de por un rey, aunque ahora bajo el poder directo de Roma. Diodoro de Sicilia, XL, fr. 2, recoge una opinión extendida entre algunos judíos en el siglo I según la cual, habida cuenta de la evolución de la monarquía, fundamentalmente en el caso de Herodes, la nación hebrea no debía ser gobernada por un rey, sino presidida por un sumo sacerdote.

[22] El anillo del sello confiado por Herodes a Ptolomeo en I 67.

Cuando César estudió una por una las alegaciones de ambas 25
partes, la grandeza del reino, la magnitud de sus ingresos, ade-
más del número de los hijos de Herodes, y cuando leyó las
cartas de Varo y Sabino sobre estos asuntos, convocó una
reunión de los principales personajes romanos, en la que por
primera vez sentó a su hijo adoptivo Cayo[23], hijo de Agripa
y de su hija Julia, y dio la palabra a los dos bandos.

Entonces se levantó Antipatro, el hijo de Salomé, que 26
era el orador más hábil de los adversarios de Arquelao, y
expuso su acusación. Dijo que Arquelao fingía ahora dispu-
tar por el reino, cuando de hecho hacía tiempo que actuaba
como rey, y que en este momento se estaba burlando de lo
que César dijera en esta reunión, pues no había aguardado a
que éste decidiese la sucesión al trono. Pues tras la muerte 27
de Herodes había mandado en secreto a personas soborna-
das para que le pusieran la corona, se había sentado en el
trono, había concedido audiencias como si de un rey se tra-
tase, había remodelado cargos en el ejército y otorgado as-
censos, además al pueblo le había prometido todo lo que le 28
pedían como a un rey y había liberado a los presos encarce-
lados por su padre bajo acusaciones muy graves. Y ahora
viene ante su señor para pedirle la sombra de un reino, de
cuya parte fundamental ya se ha apoderado antes, de modo
que así convierte a César en señor de títulos y no de reali-
dades. Antípatro le echó en cara también el haberse burlado 29
incluso del duelo por su padre, pues por el día tenía un as-
pecto triste y por la noche se emborrachaba hasta llegar a la

---

[23] Cayo César, nacido de Julia, la hija de Augusto y Escribonia, y de M. Vipsanio Agripa, el amigo de Augusto y de Herodes. Su presencia en este consejo se debe al hecho de que el emperador le tenía como posible sucesor, aunque su muerte prematura, en el año 3 d. C., deshizo sus planes; cf. DIÓN CASIO LX 2.

orgía. Entonces añadió que la revuelta del pueblo había tenido lugar a causa de la indignación que le produjeron estos
30 hechos. Como parte principal de todo su discurso se centró en la cantidad de gente que fue degollada en las proximidades del Templo, personas que habían ido a la fiesta y habían sido asesinadas cruelmente mientras hacían sus propios sacrificios[24]. En el Templo se amontonó un número tan grande de cadáveres que no lo habría podido provocar ni siquie-
31 ra un ataque extranjero producido de improviso. Su padre, que presentía esta crueldad de su hijo, nunca le consideró digno ni siquiera de tener la esperanza de reinar, hasta que, al encontrarse más enfermo del espíritu que del cuerpo, fue incapaz de pensar con serenidad y no supo ni a quién ponía como sucesor suyo en el codicilo[25]. Además no podía reprochar nada a la persona que había incluido como heredero en el testamento, que redactó cuando gozaba de buena salud
32 corporal y tenía el espíritu libre de toda aflicción[26]. No obstante, si alguien da más importancia a la decisión de un enfermo, el propio Arquelao se ha hecho a sí mismo indigno del reino por los crímenes que ha cometido contra él. ¿Qué clase de gorbernante sería, cuando recibiera el poder de manos de César, si antes de tenerlo ha ejecutado a tanta gente?

33 Antípatro, después de exponer muchas acusaciones de este tipo y de presentar como testigos de cada una de estas imputaciones a la mayoría de sus parientes, acabó su discur-
34 so. En defensa de Arquelao se levantó Nicolás y manifestó que había sido necesaria la matanza del Templo, puesto que los individuos que habían sido ejecutados no sólo eran enemigos del reino, sino también del propio César, que era su

[24] Estos hechos han sido narrados en II 13.

[25] Sobre el agravamiento de la enfermedad de Herodes y su consiguiente cambio de testamento, cf. I 652 ss.

[26] Cf. I 645 ss.

juez. En relación con las otras imputaciones demostró que 35
los mismos que le acusaban le habían aconsejado llevar a término estas acciones. Consideraba que el codicilo tenía más valor que el testamento sobre todo por el hecho de que
estableció a César como garante del heredero. La persona 36
que tuvo la prudencia de confiar el poder al señor del mundo, no puede haberse equivocado en cuanto a la elección de su sucesor; y la persona que conocía al que iba a realizar el nombramiento eligió con sensatez al que iba a ser designado heredero.

Cuando Nicolás expuso todos sus argumentos, Arquelao 37
se acercó y se postró en silencio ante las rodillas de César. Éste lo levantó con mucho cariño y así evidenció que Arquelao merecía suceder a su padre, si bien no le dijo nada
que le diera seguridad. Disolvió la asamblea y durante aquel 38
día meditó consigo mismo lo que allí había escuchado: si era necesario nombrar un sucesor de los que aparecían en el testamento[27] o repartir el poder entre toda la descendencia de Herodes, pues esta familia era tan grande que parecía necesitar ayuda.

Sabino provoca una revuelta en Jerusalén

Antes de que César decidiese nada al 39
respecto, murió Maltace, madre de Arquelao, que estaba enferma. Desde Siria llegaron unas cartas de Varo que hablaban de
la sublevación de los judíos[28]. Varo sabía 40
de antemano que iba a suceder esto, y como había ido a Je-

[27] Arquealo o Antipas.

[28] De aquí a II 79 se va a hacer alusión a lo que que es conocido como «guerra de Varo» en el *Contra Apión* I 34 y que también parece ser el motivo de la mención de algunos apócrifos, como el *Testamento de Moisés* VI 8. El gobernador romano de Siria, Varo, acabó cruelmente con una insurrección judía en el año 4 a. C.

rusalén después de la partida de Arquelao para detener a los amotinados y era evidente que el pueblo no iba a permanecer sin reaccionar, dejó en la ciudad una de las tres legiones
41 que él había traído desde Siria. Él mismo regresó a Antioquía. Pero Sabino[29], que vino después, dio a los judíos un motivo para sublevarse, ya que obligó a los guardianes a entregar las fortalezas y encomendó una seria búsqueda de los tesoros del rey. Para ello contaba no sólo con la confianza de los soldados que había dejado Varo, sino también con una gran cantidad de esclavos propios, a los que armó para ha-
42 cer uso de ellos como instrumento de su codicia. Cuando llegó la fiesta de Pentecostés[30] (así llaman los judíos una festividad que tiene lugar siete semanas después de Pascua y que toma su nombre de ese número de días), no fue la habitual celebración la que congregó al pueblo, sino su indig-
43 nación ante la situación del momento. Acudió una multitud innumerable desde Galilea, Idumea, Jericó y Perea[31], al otro lado del Jordán, si bien destacaba por el número y por la audacia de sus hombres la población natural de la propia Judea.
44 Esta gente se dividió en tres grupos y levantó tres campamentos: uno al norte del Templo, otro al sur, cerca del hipódromo[32] y el tercero al oeste, junto al palacio real. De este modo rodearon a los romanos por todos los lados y los sitiaron.

---

[29] Cf. nota a I 16.

[30] De esta fiesta ya se ha hablado en I 253.

[31] Región judía de la Transjordania, en el margen oriental del Mar Muerto. Josefo describirá este territorio en III 44-45, que tiene como ciudades destacadas Amatunte, Gadara, denominada en IV 473 «capital de Perea», Abila y Julia.

[32] Como prueba de la extensión de los Juegos atléticos griegos en Palestina en época de Herodes está la existencia de este tipo de edificios en Jerusalén, como un estadio o el hipódromo aquí mencionado, y cuya localización exacta desconocemos.

Sabino, que temía la cantidad y las intenciones de estas 45
personas, enviaba constantemente mensajeros a Varo para
pedirle que viniera enseguida en su ayuda, puesto que si tar-
daba en venir su legión sería aniquilada. El propio Sabino se 46
subió a la torre más alta de la fortaleza, llamada Fasael en
honor del hermano de Herodes muerto a manos de los par-
tos[33], y desde allí hizo señas a los soldados de la legión para
que atacaran a los enemigos, pues a causa del miedo no se
atrevía a bajar con sus hombres. Los soldados le obedecie- 47
ron, entraron en el Templo[34] y libraron con los judíos una
dura batalla. En esta lucha, mientras nadie les atacó desde
arriba, los romanos se impusieron por su experiencia gue-
rrera sobre unos individuos inexpertos. Pero cuando un gran 48
número de judíos se subió a los pórticos y lanzó flechas a
las cabezas de los soldados, cayeron muchos de ellos y no
resultaba fácil defenderse de los que tiraban desde arriba ni
resistir a los que luchaban cuerpo a cuerpo. Al verse ataca- 49
dos por ambos lados, los romanos quemaron los pórticos, ad-
mirables construcciones por su tamaño y por su magnificen-
cia. Muchos judíos murieron sobre estos pórticos al verse
envueltos de repente en las llamas, muchos también perecie-
ron a manos de los enemigos al saltar sobre ellos, algunos
se arrojaron desde el muro por la parte de atrás y otros, de-
sesperados, se mataron con sus propias espadas para no ser
pasto del fuego. Todos los que bajaban de los muros y se 50
encontraban con los romanos eran fácilmente vencidos a
causa del miedo que tenían. Como unos estaban muertos y
otros se habían dispersado llenos de pánico, los soldados

---

[33] Es la torre que Herodes dedicó a su hermano en Jerusalén; cf. I 271 y 418; V 166-169.

[34] Según el comentario de PELLETIER, no se trataría del Templo propiamente, sino del atrio.

romanos se precipitaron sobre el tesoro de Dios, que se encontraba desprotegido, y se llevaron unos cuatrocientos talentos[35]. De esta cantidad Sabino sólo recibió lo que no fue robado por los soldados.

51 La destrucción de edificios y la pérdida de vidas humanas hicieron que muchos más judíos se unieran a la rebelión con más ardor contra los romanos; rodearon el palacio real y amenazaron con matar a todos, si no se iban rápidamente. Prometieron inmunidad a Sabino, si aceptaba retirarse con
52 las legiones. La mayor parte de las tropas reales, que habían desertado, se unieron a ellos. Sin embargo de parte de los romanos estaba el grupo más belicoso, el de los tres mil sebastenos[36] a las órdenes de Rufo y Grato: este último estaba al mando de la infantería del rey, y Rufo, de la caballería;
53 ambos tenían una fuerza decisiva en la guerra por su valor y su inteligencia incluso sin sus tropas. Los judíos mantenían su asedio, y al mismo tiempo que intentaban el ataque de los muros de la fortaleza daban gritos a los hombres de Sabino para que se retiraran de allí y no fueran un impedimento para la autonomía de su patria, que iban a conseguir después de
54 mucho tiempo. Sabino quería irse de allí, pero desconfiaba de las promesas y sospechaba que esta actitud indulgente era el cebo para caer en una emboscada. Por ello, mientras esperaba la ayuda de Varo, resistió el asedio.

---

[35] El tesoro sagrado se hallaba dentro de la cámara del santuario, donde sólo tenían permiso para entrar los sacerdotes; cf. nota a I 152. En *Antigüedades* XVII 264 estos cuatrocientos talentos son solamente la cantidad de que se apropió Sabino.

[36] Son los soldados reclutados en Sebaste, es decir, Samaria. Tal vez estas tropas tengan que ver con la Cohorte Augusta *(speîra Sebastê)* citada en *Hechos de los Apóstoles* 27, 1. Este cuerpo volverá a aparecer más adelante en II 58, 63, 74 y 236.

Anarquía en Judea, Idumea y Galilea

Entonces se produjeron revueltas por 55 muchos lugares del país y la situación del momento hizo que muchos aspiraran al trono. En Idumea se levantaron en armas dos mil soldados que antes habían estado a las órdenes de Herodes y se enfrentaron a las tropas reales. Aquiab[37], primo del rey, luchó contra ellos desde los lugares más fortificados sin llegar a encontrarse frente a frente en la llanura. En Galilea, en Séforis, Judas, el hijo del jefe 56 de bandidos Ezequías[38], que antaño había devastado la región y que el rey Herodes había conseguido someter, reunió a mucha gente, saqueó los arsenales reales, armó a sus hombres y combatió contra los que aspiraban a conseguir el poder.

En Perea uno de los esclavos del rey, Simón, que estaba 57 convencido de su belleza y de su estatura, se puso una diadema[39] y con un grupo de bandidos que había reunido incendió el palacio real de Jericó[40] y otras muchas residencias lujosas, y así con el fuego consiguió fácilmente su botín. Y 58 habría acabado por quemar cualquier casa que tuviera buena apariencia, si no hubiera salido a su encuentro Grato, el comandante de la infantería real, con los arqueros de Traconítide y con las tropas más belicosas de Sebaste. Muchos 59 habitantes de Perea murieron en la batalla. Grato impidió el

---

[37] Es aquel que en I 662 impidió el suicidio del rey Herodes.

[38] Cf. nota a I 204.

[39] Para parecer un rey, ya que la diadema era el símbolo de la monarquía judía; cf. nota a I 70. Las *Historias* de TÁCITO, V 9, mencionan también este episodio.

[40] El rey Herodes levantó a la salida de esta ciudad un magnífico palacio sobre el que ya existía de la monarquía asmonea; cf. E. NETZER, «The Winter Palaces of the Judaean Kings at Jericho at the end of the second Temple Period», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 228 (1971), 1-13.

paso al propio Simón, cuando intentaba darse a la fuga por
un escarpado barranco, y en la huida le dio un golpe de lado
que le cortó el cuello. También ardió el palacio de Batarama-
ta[41], cerca del Jordán, a manos de algunos otros sublevados
60 en Perea. Incluso entonces, un pastor se atrevió a pretender
el trono. Se llamaba Atrongeo. Lo que le hacía albergar tal
esperanza era su fuerza corporal y un espíritu que desprecia-
ba la muerte, además de tener cuatro hermanos iguales a él.
61 A cada uno de ellos le encomendó un grupo de hombres ar-
mados y en sus incursiones los utilizó como generales y sá-
trapas[42]. Mientras él, como si fuera un rey, se encargaba de
62 los asuntos de mayor envergadura. En ese momento se puso
una diadema en la cabeza, aunque continuó durante mucho
tiempo saqueando la región con sus hermanos. Para ellos lo
más importante era matar a los romanos y a los hombres del
rey; pero el judío que caía en sus manos, tampoco se libraba
63 de ellos, si eso les daba algún beneficio. En una ocasión, en
las proximidades de Emaús, se atrevieron a rodear a toda
una unidad de romanos que llevaban provisiones y armas a
la legión. Mataron con flechas a su centurión Ario y a cua-
renta de los más valientes soldados. El resto, que iba a sufrir
el mismo fin, consiguió escapar gracias a la ayuda prestada

[41] Es la Bat-Haram del *Antiguo Testamento (Josué* 13, 27), situada en la Perea al este del Jordán, tal vez la actual Tell Iktanu, a 17 kilómetros al este de Jericó. Antipas la reconstruyó y le dio el nombre de Julia o de Livia en honor de la mujer de Augusto, llamada también de estas dos maneras; cf. nota a I 566.

[42] Es el título de los gobernadores del Imperio persa de los Aqueménidas adoptado en algún momento por Alejandro Magno y los Seléucidas. En Palestina era suficientemente conocido este cargo, ya que Judea, Samaria, los amoritas y los edomitas constituyeron en época persa una división de la satrapía de Transeufratena. En este contexto de Josefo se intenta expresar así la relación tan estrecha que existía entre Atrongeo y sus hermanos, similar a la del Gran Rey con sus sátrapas.

por Grato y los sebastenos. Durante toda la guerra llevaron 64
a cabo muchas correrías de este tipo contra los propios judíos y contra los extranjeros, pero después de un tiempo fueron capturados tres de ellos: el mayor por Arquelao, y los otros dos por Grato y Ptolomeo. El cuarto pactó con Arquelao su rendición[43]. Este era el final que les esperaba al 65
pastor y a sus hermanos, si bien entonces llenaron toda Judea de una guerra de bandidos.

Varo acude en ayuda de Sabino

Cuando Varo recibió las cartas de 66
Sabino y de sus oficiales, sintió temor por toda la legión y se dispuso a ir en ayuda de ella. Cogió las otras dos legiones y los 67
cuatro escuadrones de caballería que estaban con ellas y fue a Ptolemaida[44]. Dio la orden de que también acudieran allí las tropas auxiliares enviadas por los reyes y príncipes. Al pasar por la ciudad de Berito se le añadieron también mil quinientos soldados. Cuando reunió en Ptole- 68
maida al resto de las tropas aliadas y se le unió el árabe Aretas[45] con un importante destacamento de caballería y de in-

---

[43] Parece omitirse el destino del quinto de los hermanos, pues en II 60 se ha dicho que eran cinco hermanos, incluido Atrongeo.

[44] Los escuadrones eran las alas de caballería auxiliares de las legiones, formadas normalmente por quinientos jinetes. No obstante, existían también unidades de caballería, en sentido estricto, que formaban parte de una legión romana y que lo componían ciento veinte soldados. En la provincia de Siria estaban estacionadas tres legiones, que aumentarán a cuatro con Tiberio. De ellas sólo conocemos con certeza el nombre de dos: la VI *Ferrata* (cf. TÁCITO, *Anales* II 79) y la X *Fretensis (Anales* XIII 40). Seguramente las otras fueron la III *Gallica (Anales* XIII 40) y la XII *Fulminata (Anales* XV 6, 7); cf. R. SYME, «Some notes of the Legions under Augustus», *Journal of Roman Studies* 23 (1933), 13-33.

[45] Aretas IV, monarca nabateo del 9 a. C. al 40 d. C. Sobre el enfrentamiento de Herodes con los nabateos, en especial con Sileo, ministro del

fantería por el odio que sentía hacia Herodes, envió rápidamente una parte de su ejército a Galilea, en la zona próxima a Ptolemaida, bajo las órdenes de Cayo, uno de sus amigos. Este personaje hizo huir a los enemigos que se le enfrentaban, tomó e incendió la ciudad de Séforis y esclavizó a sus
69 habitantes. El propio Varo se dirigió con todas sus tropas a Samaria, pero perdonó a la ciudad, pues vio que ella no había participado en las revueltas de las otras poblaciones. Acampó cerca de una aldea llamada Arus[46]: ésta era propiedad de Ptolomeo[47] y por este motivo había sido saqueada por los árabes, que también estaban en contra de los amigos
70 de Herodes. De allí marchó a Safo[48], otra aldea fortificada, que también devastaron al igual que todas las poblaciones vecinas por las que pasaron. Todo se llenó de fuego y de muerte, y nada podía resistirse ante el saqueo de los árabes.
71 También ardió Emaús, una vez que huyeron sus habitantes, pues así lo ordenó Varo por la indignación que le produjo la matanza de los soldados de Ario[49].

72 Desde allí Varo se dirigió a Jerusalén y nada más aparecer él con su ejército los campamentos judíos se fueron dis-
73 persando. Los soldados huyeron por el campo, mientras que los habitantes de la ciudad le recibieron y así se libraron de ser acusados de haber participado en la revuelta. Dijeron que no se habían sublevado y que, al verse obligados a re-

---

mencionado rey, puede leerse lo relatado en I 478 ss. y 574 ss., así como sus correspondientes notas.

[46] Esta población samaritana no está totalmente identificada: tal vez se trate de la actual Haris, a unos veinte kilómetros al sur de Samaria; cf. Abel, *Géographie...*, pág. 251.

[47] El amigo de Herodes encargado de guardar el anillo con el sello real.

[48] Safo, o Samfo en *Antigüedades* XVII 290, puede ser la actual Saffa, a unos doce kilómetros al noroeste de Emaús; cf. Abel, *Géographie...*, II, pág. 448.

[49] Cf. II 63.

cibir a la multitud a causa de la fiesta[50], más que luchar al lado de los insurrectos habían sido asediados junto con los romanos. Antes habían salido a su encuentro José[51], el pri- 74
mo de Arquelao, y Rufo con Grato, que dirigían al ejército real y a los sebastenos[52], así como los soldados de la legión romana con su indumentaria habitual. Sin embargo, Sabino, que no quería encontrarse de frente con Varo, había partido de la ciudad en dirección a la costa. Varo envió a una par- 75
te de su ejército por el campo para apresar a los culpables de la sedición. De los muchos hombres que le llevaron detenidos encarceló a los que le parecieron menos alborotadores, mientras que crucificó a los que eran más culpables, unos dos mil.

Le llegó la noticia de que en Idumea aún quedaban diez 76
mil hombres armados. Varo despidió a los árabes cuando se dio cuenta de que éstos no actuaban como aliados, sino que combatían según sus intereses personales y que por su odio hacia Herodes causaban al país males mayores de los que él quería, y en consecuencia se fue rápidamente con sus legiones contra los rebeldes. Pero éstos, por consejo de Aquiab[53], 77
se rindieron antes de llegar a las manos. Varó libró de las acusaciones a la mayor parte de ellos, pero envió a sus cabecillas a César para que los juzgara. César perdonó a todos 78
salvo a ciertos parientes del rey[54], pues entre ellos había algunos que estaban unidos a Herodes por vínculos familiares y ordenó castigarlos por haber luchado contra un rey de su

---

[50] La fiesta de Pentecostés; cf. II 42.

[51] Es el hijo del hermano de Herodes, llamado también José, que murió camino de Jericó; cf. I 323-324.

[52] Cf. nota a II 52.

[53] Cf. nota a II 55.

[54] Este título de «pariente», habitual en la corte judía, no indica necesariamente ningún tipo de relación familiar con el rey; cf. nota a I 460.

79 familia. Varo regresó a Antioquía tras haber puesto orden de esta forma a la situación de Jerusalén y haber dejado allí como guarnición a la misma legión que estaba antes.

Augusto divide el reino de Herodes entre Arquelao, Antipas y Filipo

80 En Roma Arquelao se vio implicado de nuevo en otro proceso judicial contra los judíos, que antes de la rebelión, con el permiso de Varo, habían ido allí en embajada para pedir la autonomía de su pueblo[55]. Éstos eran cincuenta, pero contaron
81 con el apoyo de más de ocho mil judíos[56] de Roma. César convocó un consejo de autoridades romanas y de amigos suyos en el templo de Apolo Palatino[57], edificio construido por él y dotado de una admirable suntuosidad. La muchedumbre judía se colocó junto a los embajadores, enfrente,
82 con sus amigos, estaba Arquelao. En cambio, los amigos de sus parientes no se pusieron ni con unos ni con otros: no querían apoyar a Arquelao por el odio y envidia que sentían hacia él, pero sentían vergüenza de ser vistos por César jun-
83 to a los acusadores. También se hallaba allí Filipo, el hermano de Arquelao, que Varo había enviado con una escolta en prueba de amistad por dos motivos: para que defendiera a Arquelao y para que recibiera una parte de la herencia de Herodes, en caso de que César repartiese sus bienes entre todos sus descendientes.

---

[55] Sobre el significado de esta «autonomía» ya hemos hablado en la nota a II 22.

[56] Esta cifra puede darnos idea de la importancia numérica de la colonia judía en Roma, que habitaba una amplia barriada en la ribera derecha del Tíber. Un panorama general de la situación de los hebreos en la capital del Imperio puede leerse en el tratado de Filón de Alejandría, *Embajada a Cayo*.

[57] Este templo había sido construido por Augusto en el 28 a. C.; cf. Dión Casio, LIII 3, y Suetonio, *Augusto* XXIX 1.

Cuando a los acusadores se les dio la palabra, expusie- 84
ron en primer lugar los crímenes de Herodes y dijeron que
habían tenido que sufrir no a un rey, sino al más cruel de los
tiranos que haya existido nunca. Y aunque son muy nume-
rosos los que han sido ejecutados por él, sin embargo los
que han sobrevivido han padecido tales sufrimientos que
consideran felices a los que han muerto. Pues no sólo tortu- 85
ró a sus subordinados, sino también a sus ciudades: acabó
con sus propias poblaciones, embelleció las de los extranje-
ros[58] y entregó la sangre de Judea a los pueblos de fuera. En 86
lugar de la antigua felicidad y de las leyes de los antepasa-
dos, llenó al pueblo de pobreza y de una injusticia extrema.
En resumen, en pocos años los judíos soportaron con Hero-
des más infortunios que los que habían padecido sus antepa-
sados desde que, en tiempos del reinado de Jerjes, abando-
naron Babilonia y regresaron a su patria[59]. Llegaron a tal 87
extremo de resignación y estaban tan acostumbrados al su-
frimiento que toleraron voluntariamente esta dura esclavitud
y también a su sucesor. Después de la muerte de su padre 88
rápidamente proclamaron rey a Arquelao, el hijo de aquel
tirano, lloraron con él la muerte de Herodes e hicieron votos
por su heredero. Arquelao, como si estuviera afectado por el 89
hecho de parecer el hijo bastardo[60] de Herodes, empezó su

---

[58] La actividad benefactora de Herodes se extendió también a diversas ciudades no judías como Trípoli, Damasco, Biblos, Rodas, Cos, etc... ; cf. I 422-430.

[59] No es el famoso retorno a la patria en el 537 a.C., bajo el reinado de Ciro, sino aquella otra segunda vez que el pueblo judío regresó a su tierra, con el profeta Esdras a la cabeza, después del correspondiente destierro en Babilonia con Artajerjes I (465-424 a. C), que Josefo confunde con Jerjes I (*Antigüedades* XI 120).

[60] Herodes tuvo diez esposas, de las cuales la samaritana Maltace ocupaba el cuarto lugar cronológico. Arquelao no era un hijo bastardo, ya que la ley judía permitía la poligamia, y más en el caso de los reyes.; cf. la lista

reinado con la ejecución de tres mil ciudadanos[61]. ¡Tantas víctimas ofreció a Dios por su gobierno, y con tantos cadá-
90 veres llenó el Templo durante la fiesta! Por ello era lógico que los supervivientes de tantas maldades hicieran frente algún día a las desgracias, que quisieran recibir los golpes en la cara, según las leyes de la guerra, y que pidieran a los romanos que se compadecieran de lo que quedaba de Judea y que no dejasen sus restos en manos de personas que los
91 iban a desgarrar cruelmente. Era mejor que unieran su país con el de Siria y la administraran sus propios gobernadores, pues de esta forma se verá que los que ahora son acusados de rebeldes y enemigos saben obedecer a unos jefes justos.
92 Los judíos pusieron fin a su acusación con este ruego. Entonces se levantó Nicolás, refutó todas las inculpaciones que se habían hecho contra los reyes y acusó al pueblo de ser insubordinado e insumiso con sus príncipes. Involucró también en ello a todos los parientes de Arquelao que se habían pasado al bando de los acusadores.

93 Después de que César escuchó a ambas partes, disolvió el consejo y pocos días después dio la mitad del reino a Arquelao y le concedió el título de etnarca[62]. Prometió nom-
94 brarle también rey, si se hacía merecedor de ello. La otra mitad del reino la dividió en tetraquías y se las entregó a los otros dos hijos de Herodes: una a Filipo y la otra a Antipas, que estaba en pugna con Arquelao por la sucesión al trono.
95 Antipas recibió Perea y Galilea con una renta de doscientos talentos. Filipo se quedó con Batanea, Traconítide, Auraní-

---

completa de las mujeres de Herodes en I 562-563 y *Antigüedades* XVII 19-32.

[61] Cf. II 13.

[62] Este título es de rango superior al de tetrarca (cf. nota a I 244). Los asmoneos lo llevaban antes de ser reyes (*I Macabeos* 14, 47) y fue el cargo conferido por César a Hircano II (I 199-200 y *Antigüedades* XIV 191).

tide[63] y algunas partes del territorio de Zenón[64] en las proximidades de Ina[65] con una renta de cien talentos. La etnarquía de Arquelao estaba formada por Idumea, toda Judea y Samaria, que estaba exenta de la cuarta parte de sus impuestos por no haber participado en la sublevación con las demás ciudades. Obtuvo también como ciudades súbditas suyas la Torre de Estratón[66], Sebaste, Jope y Jerusalén, pues las poblaciones griegas de Gaza, Gadara e Hipo habían sido separadas del reino y anexionadas a Siria. La renta del territorio asignado a Arquelao ascendía a cuatrocientos talentos[67]. Además de los bienes que Herodes le había dejado en su testamento, Salomé fue nombrada señora de Jamnia, Azoto y Fasaelis[68]. Cesar le regaló el palacio de Ascalón[69]. De todo esto ella obtenía una renta de sesenta talentos, si bien César estableció que la heredad[70] de Salomé estuviera dentro de la

(margin: 96, 97, 98)

[63] Sobre estas tres regiones, vid. nota a I 398.

[64] En el pasaje paralelo de *Antigüedades* XVII 319 y en I 398-400 se le llama Zenodoro.

[65] Ina no ha sido totalmente identificada, aunque parece ser que se encontraba al norte de la Gaulanítide. Otros editores proponen aquí la lectura Panias o Jamnia, si bien hay que deshechar este último caso, ya que contradice la afirmación de II 98, según la cual Salomé será nombrada señora de Jamnia; cf. los comentarios correspondientes de Thackeray y de Pelletier.

[66] Cesarea Marítima.

[67] En *Antigüedades* XVII 320 son seiscientos talentos, en lugar de cuatrocientos.

[68] Sobre esta ciudad fundada por Herodes en honor de su hermano, vid. I 418.

[69] Dentro de su actividad benefactora para con las ciudades de Palestina (cf. I 422), Herodes había levantado en Ascalón un palacio que constituía una más de sus residencias reales; cf. Abel, *Géographie...*, II, págs. 252-253.

[70] Salomé disfrutó de estas prerrogativas hasta su muerte en el 10 d. C., fecha en que dejó sus propiedades en herencia a la emperatriz Livia; cf. *Antigüedades* XVIII 31.

99 toparquía[71] de Arquelao. Todos los demás familiares de Herodes recibieron lo que les había legado en su testamento. A parte de esto, César dio a sus dos hijas[72], que aún estaban solteras, quinientos mil dracmas de plata y las casó con los
100 hijos de Ferora[73]. Después de haber hecho esto con el patrimonio real, dividió entre ellos los mil talentos que Herodes le había dejado como regalo[74], aunque se quedó con algunos objetos de poco valor para así honrar la memoria del difunto.

El falso Alejandro

101 En este momento un joven, judío de nacimiento, aunque criado en Sidón en casa de un liberto romano, por su parecido físico se hizo pasar por Alejandro, el hijo al que había ejecutado Herodes[75], y
102 se fue a Roma con la esperanza de no ser descubierto. Colaboraba con él un compatriota suyo que conocía todos los asuntos del reino. Éste, por indicación del joven, decía que los que habían sido enviados para matarle a él y a Aristobulo se habían compadecido de estos dos hijos de Herodes y los habían sustituido por unos cuerpos parecidos a ellos.
103 Con estas historias engañó a los judíos de Creta[76] y consi-

[71] Es la unidad administrativa en que se dividía el territorio judío. Como Josefo expondrá en III 54-55, Judea contó en algún momento con once toparquías.

[72] Roxana y Salomé; cf. I 563.

[73] Es el hermano menor de Herodes que murió envenenado; cf. I 580.

[74] En *Antigüedades* XVII 323 se dirá que Herodes dejó a Augusto mil quinientos talentos. En este punto hay que traer a colación el pasaje de I 646, donde se decía que el rey dejó otros quinientos talentos para los familiares del emperador.

[75] La ejecución de los dos jóvenes príncipes, Alejandro y Aristobulo, ha sido narrada en I 551.

[76] Creta albergaba diversas comunidades judías, ya que al parecer esta isla había dado hospitalidad a numerosos hebreos. Así lo atestiguan algunas inscripciones de la zona: M. GUARDUCCI, *Inscriptiones Creticae*, I, Roma,

guió una espléndida ayuda para su viaje por mar hacia Melos[77]. El falso Alejandro obtuvo aquí muchos más recursos y, gracias a la gran verosimilitud de su relato, convenció a los que le dieron hospitalidad para que le acompañaran en su navegación hasta Roma. Llegó a Dicearquía[78], donde re- 104
cibió de los judíos de aquel lugar numerosísimos presentes y fue escoltado como rey por los amigos de su padre. El parecido físico con el hijo de Herodes era tan evidente, que los que habían visto a Alejandro y le conocían bien juraban que era él. Toda la población judía de Roma salió a verlo, y ha- 105
bía una muchedumbre inmensa en las callejuelas por donde le llevaban. Los melios estaban tan locos que le conducían en una litera y ellos mismos le sufragaban una comitiva real.

César, que conocía los rasgos de Alejandro, ya que He- 106
rodes lo había acusado ante él[79], se dio cuenta de que se trataba de un falso parecido antes de ver al individuo en cuestión. No obstante, para que aún hubiera algún resquicio de esperanza positiva, envió a Celado[80], uno de los que mejor conocía a Alejandro, y le ordenó que trajera al joven ante su presencia. Cuando Celado lo vio, rápidamente se percató de 107
que su rostro era diferente y, al observar que todo su cuerpo era más rudo y parecido al de un esclavo, comprendió toda la

---

1935, pág. 12, n. 17, y II, Roma, 1939, pág. 179, n. 8, y A. C. Bandy, «Early christian inscriptions of Crete», *Hesperia* 32 (1963), 227-247. El propio Josefo se había casado con una mujer judía, natural de la isla de Creta, según confiesa en *Autobiografía* 427. A estas comunidades judías se dirigirá la evangelización encomendada por San Pablo a Tito en la *Epístola a Tito*.

[77] Isla griega al norte de Creta.

[78] Es el nombre griego de Puteoli, el puerto cercano a Nápoles donde desembarcó San Pablo en su primer viaje (cf. *Hechos de los Apóstoles* 27, 7, y 28, 13).

[79] Cuando Herodes llevó a su hijo a Roma; cf. I 452.

[80] Según leemos en *Antigüedades* XVII 323 éste era un liberto de Augusto.

108 trama[81]. Además le indignó mucho la audacia de sus palabras. Cuando le preguntaban por Aristobulo, contestaba que aquél se había salvado, pero que le habían dejado adrede en Chipre para librarle de las traiciones, pues había menos posibilidades
109 de que les atacaran, si estaban separados. Celado lo llevó aparte y le dijo: «César te perdonará la vida en recompensa, si dices quién te ha convencido a llevar a cabo este engaño». Aquél dijo que iba a revelarle el nombre de la persona y le siguió hasta llegar ante César. Confesó quién había sido el judío que se había servido de su parecido con Alejandro en su propio beneficio, puesto que en cada ciudad había recibido más regalos de los que nunca obtuvo el auténtico Alejandro
110 mientras vivió. César se rió de estas palabras y mandó al falso Alejandro a galeras por su buen aspecto físico y ordenó ejecutar al individuo que le había persuadido a hacer de impostor. Por su parte los melios habían pagado ya suficientemente su insensatez con el dinero que habían invertido en esta empresa.

Crueldad de Arquelao

111 Tras tomar posesión Arquelao de su etnarquía[82], se comportó cruelmente no sólo con los judíos, sino también con los samaritanos por los problemas que había tenido antes con ellos. Estos dos pueblos enviaron embajadores a César contra él, por lo cual en el noveno año de su reinado[83] Arquelao fue desterrado a Vien-

[81] El pasaje paralelo de *Antigüedades* XVII 332-333 presenta al propio Augusto como la persona que descubre el engaño, no a su liberto Celado.

[82] A partir de este punto Flavio Josefo ya no dispone de los escritos de Nicolás de Damasco, cuyos últimos fragmentos mencionan el reparto del reino de Herodes. Por ello la narración será más sumaria y condensada hasta el estallido de la guerra en el año 66 d. C., cuando nuestro autor relate hechos contemporáneos a él.

[83] En décimo año leemos en *Autobiografía* 5, *Antigüedades* XVII 342 y en Dión Casio LV 27.

ne[84], ciudad de la Galia, y sus bienes fueron confiscados por el Tesoro imperial. Antes de que César le llamase, dicen que 112 tuvo el siguiente sueño: soñó que veía nueve espigas, grandes y llenas de granos, que eran devoradas por unos bueyes. Mandó llamar a los adivinos y a algunos caldeos[85] les preguntó qué significaba esa visión onírica. A pesar de que unos 113 le dieron una interpretación y otros otra distinta, sin embargo un tal Simón, que era esenio, dijo que las espigas simbolizaban los años y los bueyes el cambio de situación política, ya que estos animales al arar la tierra la revuelven. En consecuencia, Arquelao reinaría el mismo número de años que las espigas y moriría después de verse envuelto en diversos cambios políticos[86]. A los cinco días de haber escuchado estas palabras, Arquelao fue citado a juicio por César.

Creo que merece la pena traer a colación el sueño que 114 tuvo su mujer Glafira, hija de Arquelao, el rey de Capadocia, y que antes fue mujer de Alejandro, hermano del Arquelao del que ahora estamos hablando, el hijo del rey Herodes que le condenó a muerte, según ya hemos expuesto[87]. Glafi- 115 ra, después de morir Alejandro, se casó con Juba, rey de

[84] En la Galia Narbonense, capital de los alóbrogos, en la orilla izquierda del Ródano; cf. Dión Casio, LV 27, y Estrabón, XVI 2, 46.

[85] Caldeo en el sentido de «mago» y «adivino», ya que Caldea fue en la Antigüedad el principal centro de irradiación de este tipo de prácticas mágicas, astrológicas, adivinatorias, etc... Este sentido genérico del término caldeo lo vemos ya en Heródoto, I 181, 183, y en *Daniel* 1, 4; 2, 2, por ejemplo.

[86] Esta visión onírica de Arquelao y su interpretación se inscriben en una conocida tradición bíblica, cuyos más destacados ejemplos los tenemos en los sueños descifrados por José en el *Génesis* 37, 6-7; 40, 16-17 y 41, 22 ss. Sobre la importancia y función de los sueños en la obra de Josefo, cf. nota a I 328.

[87] I 446 y 553.

Libia[88], y a su muerte se retiró viuda a la casa de su padre[89]. Cuando el etnarca Arquelao la vio, se enamoró de ella de tal manera que inmediatamente repudió a su esposa Mariamme[90]
116 y se casó con aquella mujer. Poco tiempo después de llegar a Judea, Glafira soñó que Alejandro aparecía delante de ella y le decía: «Era suficiente para ti el matrimonio con el rey de Libia, sin embargo no te ha bastado con él y has vuelto de nuevo a mi casa para casarte por tercera vez y ahora, desvergonzada mujer, con mi propio hermano[91]. Pero yo no te voy a permitir esta afrenta y, aunque no quieras, te llevaré conmigo». Glafira vivió sólo dos días, tras haber contado este sueño.

Coponio primer procurador romano de Judea

117 El territorio de Arquelao fue convertido en provincia y fue enviado como procurador Coponio, que pertenecía a la clase ecuestre de los romanos, y recibió de César todos los poderes, hasta el de condenar a muerte[92]. Durante su gobierno un galileo, llamado

---

[88] Juba II, famoso rey, escritor e historiador de Numidia y Mauritania. Estuvo casado en primer matrimonio con Cleopatra Selene, hija de Marco Antonio y Cleopatra, y, después, con Glafira; cf. PLUTARCO, *Sertorio* IX 6, y DIÓN CASIO 51, 15, 6; 53, 26, 2.

[89] La boda entre Arquelao y Glafira se celebró antes del 6 d. C., fecha en la que aún vivía Juba (cf. ESTRABÓN, XVII 3), por lo que se supone que el rey de Mauritania había repudiado previamente a Glafira.

[90] Es bastante difícil que ésta sea la Mariamme citada en I 552, hija de Berenice y Aristobulo, el vástago de Herodes.

[91] El *Levítico* 18, 16; 20, 21, y *Deuteronomio* 25, 5-6, prohibían el matrimonio con la mujer viuda del propio hermano, y, en cambio, obligaba a ello cuando esta unión anterior había sido estéril. En este caso no se está cumpliendo esta ley tradicional judía, pues Glafira había tenido ya dos hijos con Alejandro; cf. *Antigüedades* XVII 341.

[92] El territorio de Arquelao fue puesto bajo la directa administración romana, como un anejo a la provincia de Siria, pero sin integrarse totalmente

Judas[93], incitó a sublevarse a los habitantes del lugar, pues les reprochaba que soportasen el pagar tributos a los romanos y que, además de a Dios, se sometiesen a otros señores mortales. Este individuo era un doctor[94] de una secta propia que no tenía nada que ver con las demás[95].

Las tres sectas judías: los esenios

Los judíos tienen tres tipos de filoso- 119
fía: los seguidores de la primera son los fariseos, los de la segunda son los saduceos, y los de la tercera, que tienen fama de cultivar la santidad, se llaman esenios[96].

---

en ella. Se le otorgó un gobernador propio de rango ecuestre, que solamente en algunas materias estaba subordinado al legado imperial de Siria. A pesar de todo Siria y Judea son provincias distintas, y así lo confirma TÁCITO para el año 17 d. C., *Anales* II 42. El primer procurador de esta región es Coponio, que desarrolló su cargo entre el 6 y 9 d. C. a las órdenes del legado de Siria P. Sulpicio Quirino. Este último fue el autor del famoso censo de Quirino, mencionado en *Lucas* 2, 1-5, y detallado en *Antigüedades* XVIII 1 ss.

[93] Judas de Galilea o de Gamala *(Antigüedades* XVIII 4) es el fundador de los zelotes. No está totalmente admitida su identificación con el Judas, hijo de Ezequías, de I 204 y de II 56.

[94] Sobre el significado del término «doctor», cf. nota a I 648.

[95] En *Antigüedades* XVIII 23-25 Josefo incluye a los zelotes como la cuarta secta judía, después de los fariseos, saduceos y esenios. Hay una clara diferencia política entre los tres primeros y estos ultimos: mientras que aquéllos no buscaban sustituir la autoridad romana por la judía, éstos propugnaban que no había que obedecer a otro señor sino a Dios. Los zelotes buscaban el advenimiento material y terreno del reino de Dios, y ellos son los protagonistas de la conocida escena bíblica de «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» *(Mateo* 22, 15-22, *Marcos* 12, 13-17, y *Lucas* 20, 20-26). Josefo, paradójicamente, considera a esta secta el punto de partida de todas las catástrofes del siglo I, cuando en realidad se trataba de un grupo surgido como reacción nacionalista a la conquista romana (cf. *Antigüedades* XVIII 6-10).

[96] Los esenios ya existían en el siglo II a. C. El propio Josefo los cita en tiempos de Jonatán (cf. *Antigüedades* XIII 171) y en época de Aristobulo I menciona a un tal Judas; cf. I 78-80. La regla de esta secta fue ha-

Estos últimos son de raza judía y están unidos entre ellos
120 por un afecto mayor que el de los demás. Rechazan los placeres como si fueran males, y consideran como virtud el dominio de sí mismo y la no sumisión a las pasiones. Ellos no aceptan el matrimonio, pero adoptan los hijos de otros, cuando aún están en una edad apropiada para captar sus enseñanzas, se comportan con ellos como si de hijos suyos se
121 tratara y les adaptan a sus propias costumbres. No desaprueban el matrimonio ni su correspondiente procreación, pero no se fían del libertinaje de las mujeres y están seguros de que ninguna de ellas es fiel a un solo hombre.

122 Desprecian la riqueza y entre ellos existe una admirable comunidad de bienes. No se puede encontrar a nadie que sea más rico que los otros, pues tienen una ley según la cual los que entran en la secta entregan sus posesiones a la orden, de modo que no existe en ninguno de ellos ni la humillación de la pobreza ni la vanidad de la riqueza, sino que el patrimonio de cada uno forma parte de una comunidad de
123 bienes, como si todos fueran hermanos. Consideran el aceite como una mancha, y si uno, sin darse cuenta, se unge con este producto, tiene que limpiarse el cuerpo, ya que ellos dan mucho valor al tener la piel seca y vestir siempre de blanco[97]. Los encargados de la administración de los asun-

---

llada entre los manuscritos de Qumrán descubiertos a partir de 1947 cerca del Mar Muerto. El texto que aquí comienza es una de las fuentes fundamentales para el conocimiento de este grupo judío, además de los textos de FILÓN, *Todo hombre honrado es libre*, el fragmento de *Hipotética*, recogido en la *Preparación evangélica* de EUSEBIO DE CESAREA, VIII 11, 1-18, y la *Historia natural* de PLINIO, V 15-73. En general, sobre los esenios en la obra de Flavio Josefo, vid. T. S. BEALL, *Josephus' description of the Essenes illustrated by Dead Sea Scrolls*, Cambridge, 1988.

[97] La vestimenta blanca apunta a un origen y a un carácter sacerdotal de esta secta, ya que es éste el color de los sacerdotes; cf. *Éxodo* 28, 39-43.

tos de la comunidad son elegidos a mano alzada y todos ellos, indistintamente, son nombrados para las diversas funciones.

124 No tienen una sola ciudad, sino que en todas las ciudades hay grupos numerosos de ellos[98]. Cuando llega un miembro de la secta de otro lugar, le ofrecen sus bienes para que haga uso de ellos como si fueran propios, y se aloja en la casa de personas que nunca ha visto, como si de familiares se tratara. Por ello, viajan sin llevar encima absolutamente 125 nada, sólo armas para defenderse de los bandidos. En cada ciudad se nombra por elección a una persona para que se ocupe de la ropa y de los alimentos de los huéspedes de la secta. En la forma de vestir y en su aspecto físico se parecen 126 a los niños educados con una disciplina que provoca miedo. No se cambian de ropa ni de calzado hasta que no están totalmente rotos o desgastados por haberlos usado mucho tiempo. Entre ellos no venden ni compran nada, sino que 127 cada uno da al otro y recibe de él lo que necesita. Por otra parte, sin que exista trueque, también les está permitido recibir bienes de las personas que quieran.

128 Muestran una piedad peculiar con la divinidad. Antes de salir el sol no dicen ninguna palabra profana, sino que rezan algunas oraciones aprendidas de sus antepasados como si suplicaran a este astro para que aparezca[99]. A continuación 129 cada uno es enviado por los encargados a trabajar en lo que sabe. Después de haber hecho su tarea diligentemente hasta

---

98 Según *Antigüedades* XVIII 20 y Filón, *Todo hombre honrado...* 75, llegaron a ser hasta cuatro mil.

99 Ni esto, ni la expresión de los «rayos de Dios» de II 148, quiere decir que los esenios adoraran al sol, sino que, más bien, siguiendo a Reinach, en su comentario *ad loc.*, hay que ver aquí una imagen o símbolo del sol como representación de la divinidad, a pesar de que parece ser una idea, en principio, ajena al judaísmo.

la quinta hora[100], se reúnen de nuevo en un mismo lugar, se
ciñen un paño de lino[101] y de esta manera se lavan el cuerpo
con agua fría. Tras esta purificación acuden a una habita-
ción privada, donde no puede entrar nadie que no pertenez-
ca a la secta. Ellos mismos, ya purificados, pasan al interior
130 del comedor como si de un recinto sagrado se tratara. Se
sientan en silencio, el panadero les sirve uno por uno el pan
y el cocinero[102] les da un solo plato con un único alimento.
131 Antes de comer el sacerdote reza una oración y no está
permitido probar bocado hasta que no concluya la plegaria.
Al acabar la comida de nuevo pronuncia otra oración, de
modo que tanto al principio como al final honran a Dios
como dispensador de la vida. Luego se quitan la faja blanca,
como si fuera un ornamento sagrado, y regresan a sus traba-
132 jos hasta la tarde. Al regreso de sus faenas cenan de la mis-
ma forma que en la comida, junto con sus huéspedes, en el
caso de que se dé la circunstancia de que tengan alguno en
su casa. Ningún grito ni agitación enturbia su hogar; se ceden
133 la palabra por turno entre ellos. El silencio que se respira den-
tro hace pensar a la gente de fuera que celebran un terrible
misterio. Sin embargo, la causa de ello es su constante so-
briedad y el hecho de que sólo comen y beben para saciarse.

134 En los demás asuntos no hacen nada sin que se lo orde-
ne su encargado. No obstante, hay dos aspectos que depen-
den sólo de ellos mismos: la ayuda a los demás y la compa-
sión. Se les permite prestar auxilio a las personas que ellos
consideren oportunas, cuando éstas se lo pidan, y entregar

---

[100] Es decir, las once de la mañana, según el sistema horario romano seguido por Josefo y que también vemos en el *Nuevo Testamento*.

[101] En *Éxodo* 28, 42, y 39, 28, a los sacerdotes se les prescribe también un calzón de lino para disimular su desnudez.

[102] En *Antigüedades* XVIII 22 se añade que la comida era preparada también por sacerdotes.

alimentos a los necesitados. En cambio, no les es posible dar nada a sus familiares sin la autorización de sus superiores. Moderan muy bien su ira, controlan sus impulsos, guar- 135
dan fidelidad y colaboran con la paz. Todas sus palabras tienen más valor que un juramento, pero tratan de no jurar[103], pues creen que esto es peor que el perjurio. Ellos dicen que ya está condenada toda persona que no pueda ser creída sin invocar a Dios con un juramento. Estudian con 136
gran interés los escritos de los autores antiguos[104], sobre todo aquellos que convienen al alma y al cuerpo. En ellos buscan las propiedades medicinales de las raíces y de las piedras para curar las enfermedades.

A los que desean ingresar en la secta no se les permite 137
hacerlo inmediatamente, sino que permanecen fuera durante un año y se les impone el mismo régimen de vida de la orden: les dan una pequeña hacha, el paño de lino antes mencionado[105] y un vestido blanco[106]. Después de haber dado 138
durante este tiempo pruebas de su fortaleza, avanzan aún más en su forma de vida y participan de las aguas sagradas para sus purificaciones, pero todavía no son recibidos en la vida comunitaria[107]. Tras demostrar su constancia, ponen a

---

[103] Los esenios solamente tenían permitido jurar en el momento de ingresar en la secta (cf. II 139-142). *Antigüedades* XV 371 relatará cómo Herodes dispensó a los esenios del juramento político de fidelidad que impuso a toda la población judía.

[104] No hay que entender aquí necesariamente los libros de la Biblia, ya que, como se dirá un poco más adelante (II 142), la secta poseía su propia literatura, de la que han aportado numerosos testimonios los hallazgos de Qumrán.

[105] Del hacha se hablará más adelante en II 148. El paño de lino se mencionó en II 129.

[106] Como ya se ha dicho en II 123, el blanco es el color preferido por esta secta judía, como también es el color por antonomasia de los sacerdotes; cf. *Éxodo* 28, 39-42.

[107] Es decir, en las comidas en común descritas en II 129-133.

prueba su caratácter durante otros dos años y de esta forma,
si son considerados dignos de ello, son admitidos en la co-
139 munidad. Antes de empezar la comida colectiva, pronuncian
terribles juramentos ante los demás hermanos de la secta: en
primer lugar juran venerar a la divinidad, después practicar
la justicia con los hombres, no hacer daño a nadie, ni por
deseo propio ni por orden de otro, abominar siempre a las
140 personas injustas y colaborar con las justas, ser fiel siempre
a todos, sobre todo a las autoridades, pues nadie tiene el po-
der sin que Dios se lo conceda[108]. Y si llegan a ocupar un
cargo, juran que nunca se comportarán en él de forma inso-
lente ni intentarán sobresalir ante sus subordinados por su
forma de vestir o por alguna otra marca de superioridad.
141 Hacen el juramento de que siempre van a amar la verdad y a
aborrecer a los mentirosos; de que mantendrán sus manos
limpias del robo y su alma libre de ganancias ilícitas; de que
no ocultarán nada a los miembros de la comunidad ni reve-
larán nada a las personas ajenas a ella, aunque les torturen
142 hasta la muerte. Además, juran que transmitirán las normas
de la secta de la misma forma que ellos las han recibido,
que se abstendrán de participar en el bandidaje[109] y que
igualmente conservarán los libros de la comunidad y los
nombres de los ángeles[110]. Con estos juramentos obtienen
garantías de las personas que ingresan en la secta.

143 Echan de la comunidad a los que cogen en un delito
grave. Muchas veces el individuo expulsado acaba con una

[108] Esta expresión es la misma que Josefo pone en boca del esenio Manahem, cuando éste predice el reinado a Herodes en *Antigüedades* XV 373-374.

[109] Algunos esenios formaron parte de esos grupos de «bandidos» que actuaron en la insurrección contra Roma. Tal es el caso de Juan el Esenio de II 567.

[110] Cf. nota a II 136.

muerte miserable, pues a causa de sus juramentos y de sus costumbres no puede ni siquiera recibir comida de la gente ajena a la secta. Así, alimentado de hierbas, muere con su
cuerpo consumido por el hambre. Por ello, se compadecie- 144
ron de muchos de ellos y volvieron a acogerlos cuando iban a expirar, ya que creían que la tortura de haber estado a pun-
to de morir era suficiente castigo por sus pecados. En los asun- 145
tos judiciales son muy rigurosos e imparciales. Para celebrar un juicio se reúnen no menos de cien, y su decisión es inamovible. Después de Dios honran con una gran veneración el nombre de su legislador[111], y si alguien blasfema contra
él, es condenado a muerte. Para ellos es un hecho noble obe- 146
decer a los ancianos y a la mayoría, de tal manera que cuando están reunidas diez personas uno no hablará, si nueve no
están de acuerdo. Evitan escupir en medio de la gente y a la 147
derecha[112], y trabajar el día séptimo de la semana con un rigor mayor que el de los demás judíos. Ellos no sólo preparan la comida el día anterior al sábado, para no encender el fuego en ese día[113], sino que ni siquiera se atreven a mover
algún objeto de sitio ni a ir a hacer sus necesidades. Para es- 148
te último acto el resto de los días cavan un hoyo de un pie de hondo con una azada, pues ésta es la forma de la pequeña hacha[114] que dan a los neófitos. Se cubren totalmente con su manto para no molestar a los rayos de Dios[115] y se colocan
sobre él. Después rellenan el hoyo con la tierra que han sa- 149

[111] Moisés es el legislador por antonomasia del judaísmo.

[112] Reinach, comentario *ad loc.*, observa que esta prohibición también existe en el Talmud de Jerusalén *(Berakoth* III 5), aunque sólo durante el rezo.

[113] Esta norma ya existía en *Éxodo* 35, 3.

[114] Cf. II 137.

[115] Cf. nota a II 128. Esta prescripción guarda un gran parecido con la que aparece en *Deuteronomio* 23, 13-15, cuando se dan las recomendaciones necesarias para conseguir la pureza del campamento y así impedir que Dios vea algo inconveniente en él.

cado antes. Para ello eligen los lugares más solitarios. Y aunque esta evacuación de los excrementos sea algo natural, sin embargo tienen la costumbre de lavarse después de hacerlo, como si estuvieran sucios.

150 Según el tiempo que lleven en la práctica ascética se dividen en cuatro clases[116]. Los más recientes son considerados de una categoría inferior a los más veteranos, de tal manera que si éstos últimos tocan a algunos de aquéllos, se lavan
151 como si hubieran estado con un extranjero. Viven también muchos años, la mayoría de ellos superan los cien años, y creo que esto se debe a la simplicidad de su forma de vida y a su disciplina. Desprecian el peligro, acaban con el dolor por medio de la mente, y creen que la muerte, si viene acompa-
152 ñada de gloria, es mejor que la inmortalidad. La guerra contra los romanos ha demostrado el valor de su alma en todos los aspectos[117]. En ella han sido torturados, retorcidos, quemados, han sufrido roturas en su cuerpo y han sido sometidos a todo tipo de tormentos para que pronunciaran alguna blasfemia contra su legislador[118] o comieran alguno de los alimentos que tienen prohibidos. Pero ellos no cedieron en ninguna de las dos cosas, ni tampoco trataron nunca de atraerse el favor de sus verdugos mediante súplicas ni lloraron
153 ante ellos. Con sonrisas en medio de los tormentos y con bromas hacia sus ejecutores entregan alegres su alma[119], como si la fueran a recibir de nuevo.

---

[116] Estas cuatro clases u órdenes han de entenderse en relación con los grados de admisión en la secta. Los tres escalones inferiores son los novicios que se hallan en el primero, segundo y tercer año de prueba (cf. II 137-138), y el último se corresponde con al aceptación definitiva dentro de la comunidad.

[117] Tal es el caso de Judas el Esenio, uno de los activistas contra Roma; cf. II 567 y III 11, 19.

[118] Moisés; cf. nota a II 145.

[119] Esta actitud de alegría ante la muerte es típica de una serie de personajes que se han enfrentado a un poder políticamente opresor contra las

En efecto, entre ellos es muy importante la creencia de 154
que el cuerpo es corruptible y de que su materia es perecedera, mientras que el alma permanece siempre inmortal[120]. Ésta procede del más sutil éter y atraída por un encantamiento natural se une con el cuerpo y queda encerrada en él igual que si de una cárcel se tratara. Cuando las almas se liberan 155
de las cadenas de la carne, como si salieran de una larga esclavitud, ascienden contentas a las alturas. Creen, al igual que los hijos de los griegos, que las almas buenas irán a un lugar más allá del Océano, donde no hay lluvia, ni nieve ni calor, sino que siempre le refresca un suave céfiro que sopla desde el Océano. En cambio, para las almas malas establecen un antro obscuro y frío, lleno de eternos tormentos. Me 156
parece que los griegos, según esta misma idea, asignaron las Islas de los Bienaventurados a sus hombres valientes, que llaman héroes y semidioses[121], mientras que para las almas de los seres malos les tienen reservado el lugar de los impíos en el Hades, donde la mitología cuenta que algunos personajes, como Sísifo, Tántalo, Ixión o Ticio[122], reciben

---

leyes judías: el caso de los Macabeos frente a los Seléucidas (*I Macabeos* 2, 50; *II Macabeos* 6, 28; 7, 2) o los doctores ejecutados por Herodes a causa del incidente del águila de oro (I 648-655).

[120] Sobre la creencia en el más allá entre los esenios el trabajo más completo es el de E. PUECH, *La Croyance des esseniens en la vie future: immortalité, resurrection, vie eternelle? Histoire d'une croyance dans le judaïsme ancien*, 2 vols., Paris, 1993.

[121] Cf. Éste es el destino de la raza de los héroes en Hesíodo, *Trabajos y días* 167-173.

[122] Josefo inserta aquí a cuatro personajes de la mitología griega, que se han convertido en paradigmas de castigo. Sísifo fue condenado por Zeus a empujar eternamente una piedra gigante hasta lo alto de una pendiente. Cuando ésta llegaba a lo más alto, volvía a caer y Sísifo de nuevo tenía que hacerla subir; cf. *Odisea* XI 593-600. Tántalo es conocido también por el castigo que tuvo que sufrir en el Hades, a pesar de que son varias las versiones sobre él: la tradición más conocida es aquella que cuenta

su castigo. De esta forma establecen, en primer lugar, la creencia de que el alma es inmortal y, en segundo lugar, exhortan
157 a buscar la virtud y a alejarse del mal. En efecto, los hombres buenos se hacen mejores a lo largo de su vida por la esperanza del honor que van a adquirir después de la muerte, y los malos refrenan sus pasiones por miedo a sufrir un castigo eterno cuando mueran, aunque en esta vida puedan
158 pasar desapercibidos. Esta es la concepción teológica de los esenios sobre el alma y esto es lo que constituye un cebo irresistible para las personas que han probado, aunque sea una sola vez, su sabiduría.

159 Entre ellos también hay algunos que aseguran predecir el futuro[123], pues desde niños se han instruido con los libros sagrados, con varios tipos de purificaciones y con las enseñanzas de los profetas. Es raro que se equivoquen en sus predicciones, ya que esto no ha ocurrido nunca.

160 Hay otra orden de esenios que tiene un tipo de vida, unas costumbres y unas normas legales iguales a las de los otros, pero difieren en su concepción del matrimonio[124]. Creen que los que no se casan pierden la parte más importante de la vida, es decir, la procreación, y, más aún, si todos tuvieran la misma idea, la raza humana desaparecería

---

cómo este personaje permaneció en el Infierno eternamente debajo de una enorme roca, que siempre amenazaba con caer, aunque nunca llegaba a hacerlo; cf. *Odisea* XI 582 ss. El castigo que Ixión, rey de los lapitas, recibió de Zeus fue también eterno, ya que había probado la ambrosía de la inmortalidad: atado a una rueda encendida, que giraba sin cesar, fue lanzado por los aires; cf. APOLODORO, *Epítome* I 20. Ticio es un gigante, hijo de Zeus, que por instigación de Hera atacó a Leto. Pagó su culpa en el Infierno, donde dos serpientes, o dos águilas, devoraban su hígado eternamente, dado que éste volvía a crecer; cf. *Odisea* XI 576 ss.

[123] Sobre las dotes proféticas de los esenios, vid. nota a I 78.

[124] Ni FILÓN, *Hipotética* XI 14-17, ni PLINIO, *Historia natural* V 73, conocen esta rama esenia que acepta el matrimonio.

enseguida. De acuerdo con esta creencia, someten a las mu- 161
jeres a una prueba durante tres años y se casan con ellas, cuando tras tres períodos de purificación demuestran que pueden parir[125]. Mientras están embarazadas, los hombres no tienen relaciones con ellas, lo que demuestra que se casan por la necesidad de tener hijos y no por placer. Las mujeres se bañan vestidas y los hombres lo hacen con sus partes cubiertas. Tales son las costumbres de los esenios[126].

Los fariseos

De los otros dos grupos de judíos ci- 162
tados antes[127], los fariseos, que tienen fama de interpretar las leyes con rigor y que son los que dirigen la secta más importante[128], todo lo atribuyen al Destino y a
Dios[129]. Sin embargo para ellos el obrar con justicia o sin 163
ella depende en gran medida del hombre, aunque el Destino interviene también en cada caso. Afirman que toda alma es incorruptible y que sólo la de los seres buenos pasa a otro cuerpo, mientras que la de los malos sufre un castigo eterno[130].

---

125 Esta prueba de purificación de la mujer está ya recogida en *Levítico* 15, 19, y se refiere al estado impuro de los siete días de la menstruación mensual. Por ello, habida cuenta además de los problemas textuales de este pasaje, habría que pensar, más bien, no en «tres años», sino en «tres meses».

126 En relación con los textos de Filón y de Plinio, en este pasaje Josefo omite, entre las costumbres esenias, el rechazo de los sacrificios de animales, la agricultura como ocupación predominante y la repulsa a la esclavitud.

127 II 119.

128 Ya hemos dicho en nota a I 110 cómo Josefo considera a esta secta la más importante de todas y cómo acaba por incorporarse a ella.

129 Sobre estos conceptos de Destino, Dios, Providencia..., vid. el apartado 5 de la Introducción.

130 La concepción de los fariseos sobre la vida de ultratumba también aparece en I 650, III 374, *Antigüedades* XVIII 14 y *Contra Apión* II 218.

Los saduceos[131]

164 Por su parte los saduceos, que son la otra secta, rechazan totalmente el Destino y sostienen que Dios está al margen del hecho de obrar o de contemplar el mal.
165 Dicen que el bien y el mal dependen de la elección de los hombres y que éstos se comportan de una u otra manera según la voluntad de cada uno. No creen en la pervivencia del alma después de la muerte[132], ni en los cas-
166 tigos ni premios del Hades[133]. Los fariseos se quieren entre sí y buscan estar en buenas relaciones con la comunidad. En cambio los saduceos, incluso entre ellos, tienen un carácter más tosco y se comportan con los suyos con la misma falta de educación que con los extraños. Y esto es lo que tenía que decir sobre las escuelas filosóficas de los judíos.

Los tetrarcas Filipo y Antipas

167 Cuando la etnarquía de Arquelao se convirtió en provincia, los otros hijos de Herodes el Grande, Filipo y Herodes, llamado Antipas, se encargaron del gobierno de sus propias tetrarquías. Salomé, al morir[134], dejó a Julia, la esposa de Augusto, su toparquía, Jamnia y los

---

[131] Al contrario que los fariseos, este grupo, descendiente del sumo sacerdote Sadoc (cf. *II Samuel* 8, 17), era un partido sacerdotal abierto a los acuerdos con las autoridades romanas.

[132] El Evangelio recoge el argumento esgrimido por los saduceos para ridiculizar la creencia en la inmortalidad, cuando le preguntan a Cristo por un marido que ha tenido siete mujeres y quieren saber quién de ellas será su esposa después de la resurrección (*Mateo* 2, 23-28).

[133] Realmente esta expresión no tiene aquí mucho sentido, ya que se trata de un término de la ultratumba griega, no judía. Es, entonces, un caso de artificio literario procedente de la erudición de Josefo, aunque no hay que olvidar que en el *Nuevo Testamento* se emplea también con frecuencia el vocablo Hades para traducir el hebreo *Sheol* (*Mateo* 11, 23, o *Efesios* 4, 9); cf. nota a I 596.

[134] Según *Antigüedades* XVIII 31 Salomé murió cuando era procurador Marco Ambivio, que desempeñó su cargo en Judea entre el 9 y el 12 d. C.

palmerales de Fasaelis. Después de que el Imperio Romano 168
pasó a manos de Tiberio, hijo de Julia, a la muerte de Augusto, que había reinado durante cincuenta y siete años, seis meses y dos días[135], Herodes Antipas y Filipo continuaron con sus tetrarquías. Filipo fundó la ciudad de Cesarea en Panias, cerca de las fuentes del Jordán, y la ciudad de Julia[136] en la Gaulanítide Inferior; por su parte Herodes fundó Tiberíades en Galilea y en la Perea otra ciudad llamada también Julia[137].

Pilato procurador de Judea

Cuando Pilato fue enviado por Tiberio 169
como procurador a Judea[138], llevó de noche a escondidas a Jerusalén las efigies de César[139], que se conocen por el nombre
de estandartes. Este hecho produjo al día siguiente un gran 170
tumulto entre los judíos. Cuando lo vieron los que se encon-

[135] El cómputo no es exacto: desde la muerte de Julio César, el 15 de marzo del 44 a. C., a la de Augusto, el 19 de agosto del 14 d. C., han pasado cincuenta y siete años, cinco meses y cuatro días; cf. las propuestas de REINACH, comentario *ad loc.*, para solucionar este desfase.

[136] Cesarea de Filipo (cf. *Mateo* 16, 13, y *Marcos* 8, 27) era llamada así en honor de su fundador y para distinguirla de Cesarea Marítima. El tetrarca la levantó en Panias, territorio donde se hallaba el Panion, la gruta dedicada a Pan en las fuentes del Jordán y un lugar helenizado ya desde el siglo III a. C., según informa POLIBIO, XVI 18, 2, y XXVIII 1, 3. Esta localidad será llamada después Neroníades por Agripa II (cf. *Antigüedades* XX 211). La ciudad de Julia, en la orilla septentrional del lago de Gennesar, al norte de la desembocadura del Jordán, sustituyó a la bíblica Bet-Saida y recibió el nombre en recuerdo de la hija de Augusto y Escribonia; cf. II 25.

[137] En la orilla occidental del lago Gennesar se levantó Tiberíades, en honor de Tiberio, protector de Herodes Antipas. El propio lago recibirá después esta misma denominación; cf. *Antigüedades* XVIII 36-38. Julia, en la región de Perea, a diferencia de la de la Gaulanítide Inferior, recibió este nombre en honor de la mujer de Augusto; cf. nota a II 59.

[138] Después de Coponio (cf II 117), Marco Ambivio, Annio Rufo y Valerio Grato, es Poncio Pilato el procurador de Judea del 26 al 36 d. C.

[139] Son los bustos o medallones de César que remataban los estandartes legionarios.

traban allí, se quedaron atónitos porque habían sido profanadas sus leyes, que prohíben la presencia de estatuas en la ciudad. Además, un gran número de gente del campo acudió también allí ante la indignación que esta situación ha-
171 bía provocado entre los habitantes de la ciudad. Se dirigieron a Cesarea[140] y pidieron a Pilato que sacara de Jerusalén los estandartes y que observara las leyes tradicionales judías. Pero como Pilato se negó a ello, los judíos se tendieron en el suelo, boca abajo, alrededor de su casa y se quedaron allí sin moverse durante cinco días y sus correspondientes noches.

172 Al día siguiente Pilato tomó asiento en la tribuna del gran estadio[141] y convocó al pueblo como si realmente desease darles una respuesta. Entonces hizo a los soldados la señal acordada para que rodearan con sus armas a los judíos.
173 Éstos se quedaron estupefactos al ver inesperadamente la tropa romana formada en tres filas a su alrededor. Mientras, Pilato les dijo que les degollaría, si no aceptaban las imágenes de César y dio a los soldados la señal de desenvainar sus es-
174 padas. Pero los judíos, como si se hubiesen puesto de acuerdo, se echaron al suelo todos a la vez con el cuello inclinado y dijeron a gritos que estaban dispuestos a morir antes que no cumplir sus leyes. Pilato, que se quedó totalmente maravillado de aquella religiosidad tan desmedida, mandó retirar enseguida los estandartes de Jerusalén.

---

[140] Esta ciudad era la residencia habitual de los procuradores romanos; el palacio que Herodes construyó allí servía de Pretorio; cf. I 414.

[141] Herodes había construido en esta ciudad diversos edificios griegos, como un teatro de piedra, un anfiteatro, un circo, un estadio y un teatro. Además este rey había institucionalizado unos juegos atléticos quinquenales; cf. I 415 y *Antigüedades* XV 341, XVI 137, XVIII 57.

Después de estos hechos, Pilato provocó otra revuelta al 175
gastar el Tesoro Sagrado, que se llama Corbán[142], en la construcción de un acueducto para traer el agua desde una distancia de cuatrocientos estadios[143]. El pueblo se indignó ante este proceder y, como Pilato se hallaba entonces en Jerusalén, rodeó su tribuna dando gritos en su contra. Sin em- 176
bargo Pilato, que había previsto ya este motín, distribuyó entre la multitud soldados armados, vestidos de civil, y les dio la orden de no hacer uso de las espadas, sino de golpear con palos a los sublevados. Desde su tribuna él dio la señal convenida. Muchos judíos murieron a golpes y otros mu- 177
chos pisoteados en su huida por sus propios compatriotas. La muchedumbre, atónita ante esta desgraciada matanza, quedó en silencio.

Agripa es nombrado rey por Calígula

Entonces Agripa[144], hijo de aquel 178
Aristobulo que había sido asesinado por su padre Herodes, acudió a Tiberio[145] para acusar al tetrarca Herodes Antipas. Pero, al no aceptar Tiberio esta acusación, se quedó en Roma para ganarse los favores de diversos personajes importantes, en especial de Cayo, hijo de Germánico[146], que aún era un simple ciudadano. Agripa, en una 179
ocasión en que fue invitado por Cayo a un banquete, le hizo

[142] Este término aparece también en *Mateo* 27, 6. En *Contra Apión* I 167, *Corbán* es además el nombre de un juramento, cuya traducción es «ofrenda a Dios».

[143] En *Antigüedades* XVIII 60 son sólo doscientos estadios.

[144] *Antigüedades* XVIII 126 ss. y 143 ss. da muchos más detalles sobre las actividades de Agripa.

[145] Sobre el asesinato de Aristobulo, cf. I 551. La visita de Agripa a Roma tuvo lugar en el año anterior al de la muerte de Tiberio, es decir en el 36 d. C.; cf. *Antigüedades* XVIII 126.

[146] Es el próximo emperador, Cayo César Calígula.

todo tipo de cumplidos y al final levantó las manos y expre-
só públicamente sus deseos de verle pronto como soberano
180 del mundo, cuando Tiberio muriera. Uno de los criados[147]
de Agripa se lo contó a Tiberio. Este último se enfureció y
encerró severamente a Agripa en la cárcel durante seis me-
ses, hasta que él mismo murió tras haber reinado veintidós
años, seis meses y tres días[148].

181 Después de que Cayo fue nombrado César, liberó de la
prisión a Agripa y le hizo rey de la tetrarquía de Filipo, pues
éste había muerto[149]. Cuando Agripa tomó el mando de su
reino, levantó la envidia y la ambición del tetrarca Herodes.
182 Su mujer Herodías[150] era sobre todo la que le incitaba a con-
seguir el trono. Ella le reprochaba su apatía y le decía que se
veía privado de un poder mayor por no querer acudir ante
César, pues si éste había nombrado rey a una persona parti-
cular, ¿cómo no iba a hacerlo con él, que era un tetrarca?
183 Herodes, persuadido por estos razonamientos, llegó ante Ca-
yo, que castigó su ambición con el destierro a la Galia. Cayo
entregó la tetrarquía de Herodes a Agripa, que le había acom-
pañado para acusarlo[151]. Herodes murió en el destierro de la
Galia acompañado de su mujer.

---

147 Un liberto, cochero de Agripa, llamado Eutico en *Antigüedades* XVIII 168.

148 En realidad el reinado de Tiberio duró veintidós años, seis meses y veintiocho días.

149 La muerte de Filipo acaeció el año vigésimo del reinado de Tiberio, es decir el año 34 d. C.; cf. *Antigüedades* XVIII 106.

150 Sobre este personaje cf. I 557. Herodías estaba casada con un hijo de Herodes y Mariamme, llamado también Herodes o Filipo (cf. I 557, *Antigüedades* XVIII 109 y *Marcos* 6, 17). En este momento Herodías estaba unida ilegítimamente a Antipas. La ambición de esta mujer es descrita en *Marcos* 6, 17-29, cuando acaba con la vida de Juan el Bautista por denunciar su comportamiento indigno.

151 En *Antigüedades* XVIII 247 el que acompaña a Herodes Antipas a Roma no es Agripa, sino un liberto suyo llamado Fortunato.

Calígula ordena colocar su estatua en el Templo

Cayo César llegó a tal punto de insolencia con la Fortuna que quiso ser llamado y considerado un dios, dejó a la patria sin sus más distinguidos personajes y llevó su impiedad incluso hasta Judea[152]. Envió a Jerusalén a Petronio[153] con un ejército para que pusiera en el Templo sus estatuas y, en el caso de que los judíos se negaran a ello, le mandó matar a los que se opusieran y esclavizar al resto del pueblo. Pero he aquí que Dios se interesó por estas órdenes. Petronio se dirigió desde Antioquía a Judea con tres legiones[154] y con muchos aliados de Siria. Algunos judíos no estaban seguros de que pudiera estallar la guerra y, en cambio, otros, aunque sí lo creían, no tenían medios para defenderse. Nada más llegar el ejército a Ptolemaida, rápidamente se extendió el miedo entre toda la población.

184
185
186
187

Ptolemaida y Petronio

188 Ptolemaida es una ciudad costera de Galilea situada junto a la Gran Llanura[155]. Está rodeada de montañas: por el este, a sesenta estadios, están los montes de Galilea, al sur, a ciento veinte estadios, el Carmelo, y al norte la cima más alta de todas, que los habitantes de la zona llaman la «Escalera de los Tirios»[156] y que está

[152] La *Embajada a Cayo* de Filón de Alejandría, en especial los capítulos 76-113, recuerda las sangrientas revueltas de Alejandría durante la década del 30 d. C. y las consiguientes matanzas de judíos por parte del emperador Calígula.

[153] P. Petronio, gobernador de Siria del 39 al 41 ó 42 d. C.

[154] En *Antigüedades* XVIII 262 son sólo dos legiones.

[155] Con este nombre se conoce la fértil llanura de la ciudad de Esdrelón, regada por el río Quisón, en un lugar estratégico con los montes de Galilea, al norte, y el Carmelo y las colinas de Samaria, al sur.

[156] Esta montaña estaba situada al norte de Galilea, en la zona que limitaba con el territorio de Tiro; cf. Abel, *Géographie...*, I pág. 306.

189 a cien estadios de allí. A unos dos estadios de la ciudad corre un río muy pequeño, llamado Beleo[157], y junto a él está la tumba de Memnón[158], que tiene cerca un paraje de cien
190 codos digno de admiración. Es una fosa honda y de forma circular, que produce arena de vidrio. Cuando las numerosas naves que llegan allí acaban con esta arena, la cavidad se vuelve a llenar por los vientos que, como si lo hicieran a propósito, arrastran desde fuera la arena normal que esta mina rápidamente la convierte toda ella en vidrio. Pero me
191 parece que es más admirable que esto el hecho de que el vidrio que sale fuera de aquí se convierte de nuevo en arena corriente. Tal es la naturaleza de este sitio.

192 Los judíos, con sus mujeres y niños, se reunieron en la llanura que está junto a Ptolemaida y rogaron a Petronio primero, por sus leyes patrias y, en segundo lugar, por ellos mismos. El gobernador romano cedió ante la muchedumbre y ante sus súplicas y dejó las estatuas y su ejército en Pto-
193 lemaida. Se marchó a Galilea, donde convocó al pueblo y a todos sus ilustres personajes en Tiberíades. Les habló del poder de los romanos y de las amenazas de César y, además,
194 les demostró que su petición no tenía sentido. Pues, efectivamente, todos los pueblos sometidos habían erigido en cada una de sus ciudades, junto con los demás dioses, las esta-

---

[157] El río Beleo, así como el tema de las arenas de vidrio, aparece también en Tácito, *Historias* V 7, y Plinio, *Historia natural* XXXVI 190.

[158] Es el hijo de Eos y de Titono. Participó en la guerra de Troya en apoyo de Príamo. Sus hazañas eran narradas en los poemas cíclicos, *Pequeña Ilíada* y *Etiópida*. Después de morir en la batalla a manos de Aquiles, son diversas las tradiciones que fijan el lugar de su tumba, Siria, Susa, Bactriana, Egipto, Tebas..., y, en consecuencia, son varias las estatuas que le recuerdan en el Mediterráneo oriental (cf. Estrabón XVII 1, 40). Seguramente una de ellas sea esta que Josefo cita en este pasaje; cf. Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie*, XVI, cols. 649-654.

tuas de César y el que sólo los judíos se opusieran a ello era casi un acto de rebelión y de insolencia.

No obstante, los judíos alegaron la ley y las costumbres 195
de su pueblo, que no permitían erigir ninguna imagen de Dios, y menos de un hombre, no sólo en el Templo, sino tampoco en ningún otro lugar del país. Ante estos razonamientos Petronio respondió: «Yo también tengo que cumplir la ley de mi señor, y si no la cumplo y os perdono, seré castigado justamente. No soy yo el que luchará contra vosotros, sino el que me ha enviado; tanto yo mismo, como vosotros, estamos a sus órdenes». Ante estas palabras la muchedumbre 196
gritó que estaba dispuesta a soportar cualquier tipo de sufrimiento por la ley. Petronio les pidió silencio y les dijo «¿Lucharéis, entonces, contra César?» Los judíos manifes- 197
taron que dos veces al día ofrecían víctimas por César y por el pueblo romano[159], y si él quería erigir allí sus estatuas, antes tenía que sacrificar a todo el pueblo judío, pues ellos estaban dispuestos a ser inmolados junto con sus hijos y sus mujeres. Con esta respuesta Petronio se quedó admirado y 198
se compadeció de la incomparable religiosidad de aquellos hombres y de su decidida disposición a morir. Entonces de nuevo volvieron a separarse sin llegar a ningún acuerdo.

---

[159] Augusto había instituido este sacrificio de un buey y dos corderos en el Templo de Jerusalén; cf. la *Embajada a Cayo* de Filón, 157. Para los judíos éste era un hecho muy excepcional, pues, como se dice en *Contra Apión* II 77, «concedemos a los emperadores este honor supremo que negamos a cualquier otro hombre». Este sacrificio de las autoridades gentiles, que se siguió cumpliendo hasta el estallido de la revuelta en el 66 d. C., era la única forma en que el judaísmo podía participar de alguna manera del culto de Augusto y Roma practicado en las demás provincias. Además, en el caso de Calígula se ofrecieron tres hecatombes especiales: cuando ascendió al trono, cuando se recuperó de una grave enfermedad y al empezar su campaña en Germania, según nos informa Filón, *Embajada a Cayo* 356.

199 En los días siguientes convocó en privado a muchos individuos importantes y reunió al pueblo en una asamblea pública[160]. Allí unas veces les exhortaba, otras les daba consejos y, en la mayor parte de los casos, les amenazaba con el poder de Roma, con la cólera de Cayo y con lo que él
200 mismo estaba obligado a hacer ante esta situación. Pero como ellos no cedían ante ninguno de estos intentos y, al ver que el campo corría el peligro de quedarse sin sembrar, pues el pueblo había estado en él cincuenta días sin hacer nada[161], a pesar de ser la época de la siembra, Petronio los con-
201 vocó por última vez y les dijo: «Es mejor que sea yo el que se enfrente al peligro, pues o con la ayuda de Dios convenzo a César y consigo felizmente salvarme junto con vosotros o, si él se enfada por ello, estoy dispuesto a dar mi vida por un pueblo tan numeroso como el vuestro». Despidió entonces a la multitud, que hizo votos por su suerte, y con
202 su ejército se volvió de Ptolemaida a Antioquía. Desde aquí mandó rápidamente a César una carta donde le informaba de su expedición a Judea y de las peticiones del pueblo. Le decía, además, que si no quería acabar con esta nación y con sus hombres, era preciso que los romanos siguieran respe-
203 tando sus leyes y que él revocase sus órdenes. Cayo respondió a esta misiva de una forma desproporcionada y amenazó de muerte a Petronio por tardar en cumplir lo que le había encomendado. Sin embargo, sucedió que los mensajeros de esta carta permanecieron tres meses en el mar a causa de las tempestades y, en cambio, otros, que llevaban la noticia de la muerte de Cayo, tuvieron una buena navegación. En consecuencia, Petronio recibió el mensaje sobre

---

[160] En *Antigüedades* XVIII 269 se especifica que esta reunión tuvo lugar en la ciudad de Tiberíades.

[161] En *Antigüedades* XVIII 272 se habla únicamente de cuarenta días.

esta muerte veintisiete días antes que la carta amenazante que César había escrito contra él.

El nuevo emperador Claudio. Reinado y muerte de Agripa

Después de haber mantenido el poder 204
durante tres años y ocho meses[162], Cayo fue asesinado y las tropas de Roma[163] dieron el mando a Claudio. El Senado, a pro- 205
puesta de los cónsules Sentio Saturnino y Pomponio Segundo, encargó la vigilancia de la ciudad a tres cohortes[164] que le eran fieles y se reunió en el Capitolio para votar la guerra contra Claudio a causa de la crueldad de Cayo. También se decidió restaurar la constitución aristocrática, igual a la que existía antes, o elegir por votación a la persona que fuera digna de ocupar el mando.

Sucedió que por aquel entonces se hallaba en Roma 206
Agripa y que tanto el Senado como Claudio, que estaba en el campamento[165], le llamaron para pedirle consejo y para que les ayudara en lo que ellos necesitaran. Agripa, al ver que el ejército había convertido ya a Claudio en César, acudió ante él. Éste le envió al Senado como embajador suyo para 207
que informara de lo que él pensaba: en primer lugar, que los soldados le habían elevado al poder a la fuerza, y que creía que no era justo menospreciar el entusiasmo de los soldados y que era arriesgado oponerse al destino, pues también es un peligro el ser nombrado emperador. En segundo lugar, 208

[162] De nuevo en este caso el cómputo del reinado de Calígula tampoco es totalmente correcto, ya que este emperador estuvo en el poder tres años y diez meses.

[163] La guardia pretoriana.

[164] Cuatro cohortes, según *Antigüedades* XIX 188.

[165] Es el campamento de los pretorianos, que Sejano había establecido en el 23 a. C. al nordeste de Roma, en el Castro Pretorio.

que él gobernará como un buen príncipe, no como un tirano, ya que será suficiente el honor del título y consultará a todo el pueblo para cada una de las cuestiones. Y si él no había sido una persona moderada por naturaleza, la muerte de Cayo sería un ejemplo suficiente para actuar con prudencia.

209 Este es el mensaje que Agripa transmitió. El Senado contestó que no iba a soportar una esclavitud voluntaria, cuando contaba con la confianza del ejército y con sus sabias resoluciones. Una vez que Claudio recibió esta respuesta del Senado, volvió a enviar a Agripa para que les dijera que él no estaba dispuesto a traicionar a los que le eran fieles y que se veía forzado a luchar contra ellos, precisamente
210 las personas contra las que menos deseaba enfrentarse. En cualquier caso, era necesario señalar un lugar para el combate fuera de la ciudad, dado que sería algo abominable que por una mala decisión suya se mancharan los templos de la patria con sangre de la misma raza. Agripa, tras escuchar estas palabras, se las comunicó a los senadores.

211 Entretanto uno de los soldados fieles al Senado sacó su espada y gritó: «Soldados, ¿qué nos pasa para que queramos matar a nuestros propios hermanos y enfrentarnos a parientes nuestros que apoyan a Claudio, nosotros que tenemos un emperador irreprochable y que tenemos tantas razones que nos unen a aquellos contra los que vamos a ir con las ar-
212 mas?» Cuando acabó de decir esto, atravesó por medio del Senado y se llevó fuera con él a todos sus camaradas. Los patricios inmediatamente se llenaron de miedo ante la deserción; mas, luego, al no haber otra forma de salvarse, fueron
213 detrás de los soldados para presentarse ante Claudio. Delante de la muralla salieron a su encuentro con las espadas desenvainadas los más ardientes aduladores de la Fortuna. Los senadores que iban delante habrían sufrido algún daño antes

de que Claudio se hubiera enterado del ataque de sus soldados, si Agripa no hubiese ido a comunicarle el peligro de la situación y a decirle que si no impedía la agresión de los que estaban furiosos contra los patricios, acabaría con las personas que dan esplendor al poder y sería el emperador de un desierto.

Después de escuchar a Agripa, Claudio contuvo el ímpe- 214
tu del ejército, recibió al Senado en su campamento con grandes honores y fue con ellos a hacer sacrificios a Dios
para agradecer su llegada al poder imperial. A continuación 215
hizo entrega a Agripa de todo el reino de su abuelo y, además, le anexionó la Traconítide y la Auranítide, que Augusto había dado a Herodes, y también otra región llamada
«reino de Lisanias»[166]. Claudio comunicó al pueblo esta 216
donación a través de un edicto y encargó a los magistrados que grabasen la entrega en tablas de bronce y que las pusie-
ran en el Capitolio. Asimismo, concedió el reino de Calcidia 217
a su hermano Herodes, que también era yerno suyo por su matrimonio con Berenice[167].

Con un reino tan grande pronto Agripa se llenó de ri- 218
quezas, si bien no disfrutó de ellas durante mucho tiempo. Empezó a construir una muralla en torno a Jerusalén[168] de

[166] Sobre el territorio que Augusto había dado a Herodes, cf. I 298. El «reino de Lisanias» ya había sido entregado por Calígula a Agripa (cf. *Antigüedades* XVIII 237), por lo que ahora se trata de la confirmación de unos derechos anteriores. En nota a I 398 ya hemos intentado definir los territorios que incluía. Calígula desgajó del antiguo reino Itureo una región, en su parte oriental, con centro en la ciudad de Abila, al noroeste de Damasco, que se extendía por parte del Líbano.

[167] Este Herodes, hermano de Agripa, se casó, en primer lugar, con una hija de Antípatro (cf. I 557), luego con Mariamme, una nieta de Herodes (cf. *Antigüedades* XVIII 134) y, finalmente, con Berenice, la hija de su hermano Agripa.

[168] Al norte de la ciudad, para proteger el suburbio de Bezeta.

tal envergadura, que, si la hubiera terminado, habría impo-
219 sibilitado el asedio de los romanos. Sin embargo murió en Cesarea antes de que su obra alcanzara la altura necesaria[169], tras reinar durante tres años y haber estado antes al
220 frente de sus tetrarquías otros tres años. Dejó tres hijas, que había tenido con Cipros[170], Berenice, Mariamme y Drusila[171], y un hijo, nacido de la misma mujer, llamado Agripa. Pero como éste era aún muy joven[172], Claudio transformó de nuevo sus reinos en una provincia y envió como procuradores a Cuspio Fado[173] y, después, a Tiberio Alejandro[174], que mantuvieron el país en paz, sin modificar sus costum-
221 bres. Después murió Herodes, rey de Calcidia, que dejó dos hijos, Bereniciano e Hircano, de su sobrina Berenice, y Aristobulo, de su primera mujer Mariamme. También falleció otro hermano suyo, Aristobulo, un simple particular
222 que dejó a una hija llamada Jotape. Como ya he dicho, los

[169] Los trabajos de la muralla se detuvieron antes de morir Agripa. En V 152 se dirá que fue el propio Agripa el que suspendió la construcción, mientras que en *Antigüedades* XIX 326-327 fue el gobernador de Siria, Vibio Marso, que seguía las órdenes del emperador Claudio.

[170] Esta mujer de Agripa era hija de Fasael, el sobrino de Herodes el Grande, y de Selampsio, la hija de la asmonea Mariamme.

[171] Drusila luego se casará con el procurador Félix; cf. *Antigüedades* XX 142 y *Hechos de los Apóstoles* 24, 24.

[172] Este Agripa, conocido como Agripa II, tenía entonces diecisiete años y recibía su educación en Roma; cf. *Antigüedades* XIX 354 y 360.

[173] Desempeñó el cargo de procurador entre los años 44 y 46; cf. *Antigüedades* XIX 363-365.

[174] Estuvo en este puesto del 46 al 48; cf. *Antigüedades* XX 100-102. Este personaje era de familia judía, sobrino de Filón de Alejandría, y más tarde será prefecto de Egipto (II 309) y desempeñará un papel importante en la toma de Jerusalén por Tito al convertirse en comandante de las tropas romanas (VI 237); cf. J. Schwartz, «Note sur la famille de Philon d'Alexandrie», en *Mélanges Isidore Lévy*, Bruselas, 1953, págs. 591-602.

tres[175] eran hijos de Aristobulo, el hijo de Herodes[176]. Aristobulo y Alejandro, los hijos de Herodes y Mariamme, murieron ejecutados por su padre[177]. Los descendientes de Alejandro reinaron en la Gran Armenia[178].

Agripa II, rey de Calcidia, y Cumano, procurador de Judea

Después de la muerte de Herodes, el rey de Calcidia, Claudio entregó el reino de su tío a Agripa, hijo de Agripa[179]. Después de Tiberio Alejandro, Cumano[180] fue el procurador del resto de la provincia, y con él se produjeron tumultos y otra ma- 223
tanza de judíos. El pueblo se había reunido en Jerusalén en 224
la fiesta de los Ácimos[181] y la cohorte romana estaba situada encima del pórtico del Templo, pues los soldados vigilan siempre las fiestas desde allí para que no haya ninguna rebelión por parte de la muchedumbre congregada. Entonces uno de los soldados se levantó la túnica, se agachó indecentemente y se volvió para enseñar su trasero a los judíos y
producir un ruido acorde con su postura[182]. La multitud se 225

[175] Es decir, Agripa, Herodes de Calcidia y Aristobulo.

[176] Herodes el Grande.

[177] Cf. I 534-551.

[178] Los hijos de este Alejandro fueron Tigranes y Alejandro (cf. I 557). Tigranes IV fue nombrado rey de Armenia por Augusto. Más tarde, un hijo de este último Alejandro, llamado Tigranes V, recibió el título de rey de Armenia de manos de Nerón; cf. *Antigüedades* XVIII 139-140 y TÁCITO, *Anales* II 3.

[179] Es decir, Agripa I y Agripa II.

[180] Ventidio Cumano, procurador desde el 48 al 52; cf. TÁCITO, *Anales* XII 54.

[181] Sobre esta fiesta véase nota a II 10.

[182] A propósito de la obscenidad de este soldado, REINACH, en su comentario, trae a colación un pasaje de las *Sátiras* de HORACIO, I 9, 69-70: *Hodie tricesima sabbata: vin tu / curtis Iudaeis oppedere?*, como una

enfureció ante este hecho y pidió a gritos a Cumano que castigara al soldado. Los jóvenes menos prudentes y la parte del pueblo más dispuesta por naturaleza a los tumultos se dispusieron a luchar, cogieron piedras y se las lanzaron a los
226 soldados. Y Cumano, por temor a que estallara una revuelta de todo el pueblo contra él, envió más tropas. Cuando éstas entraron en los pórticos, los judíos se llenaron de un pánico irresistible, que les hizo escapar del Templo y huir a la ciu-
227 dad. La gente se amontonó con tanta violencia en las salidas, que murieron más de treinta mil judíos[183] pisoteados y aplastados entre sí. De esta forma la fiesta fue motivo de duelo para todo el pueblo y de llanto para cada una de las familias.

228 Después de este desastre, las bandas de ladrones[184] provocaron otra revuelta. En el camino público que conduce a Betoron[185] unos bandidos salieron al encuentro de un tal Esteban, un esclavo de César, y le robaron lo que llevaba.
229 Cumano envió soldados a las aldeas vecinas para que le trajeran atados a sus habitantes, pues les acusaba de no haber perseguido y capturado a los ladrones. Entonces, uno de estos soldados encontró en una aldea el libro de la sagrada Ley,
230 lo rompió y lo tiró al fuego. Los judíos se conmovieron, igual que si toda su tierra hubiera sido quemada. Nada más enterarse de este hecho, movidos por su celo religioso, co-

---

muestra de las expresiones antisemitas y de desprecio contra los judíos en la Roma de esa época.

[183] En *Antigüedades* XX 112 sólo se mencionan veinte mil judíos.

[184] En el pasaje paralelo de *Antigüedades* XX 113 no se habla de «ladrones», sino de «partidarios de innovaciones». Como ya indicamos en nota a I 119 Josefo identifica a los revolucionarios con toda clase de bandas de malhechores a lo largo de su obra.

[185] Al noroeste de Jerusalén, en la ruta hacia Jope. Como veremos con detalle en II 546 ss., existían dos aldeas contiguas con este nombre, la Superior y la Inferior; cf. Abel, *Géographie...*, II, págs. 274 ss.

mo si de algo mecánico se tratara, acudieron todos a Cesarea, ante Cumano, y le pidieron que no dejara impune al que
de esta forma había ultrajado a su Dios y a su Ley. Y como 231
el pueblo no iba a quedarse tranquilo, si no conseguía lo que querría, creyó que lo mejor era traer al soldado y ordenó condenarle a muerte ante sus acusadores. De esta manera los judíos se retiraron.

Conflicto entre judíos y samaritanos

También estalló un conflicto entre 232
galileos y samaritanos[186]. En una aldea llamada Gema, que está situada en la Gran Llanura de Samaria[187], fue ejecutado un galileo cuando muchos judíos su-
bían a Jerusalén para la fiesta[188]. A consecuencia de esto un 233
gran número de galileos acudieron para luchar contra los samaritanos. Por su parte, sus personajes más distinguidos se dirigieron ante Cumano y le pidieron que, antes de que tuviera lugar algo irreparable, fuese a Galilea para castigar a los culpables de esta muerte. Pues sólo de esta forma el pueblo se dispersaría sin entablar combate. Cumano dejó la resolución de estas peticiones para después de los asuntos que entonces le ocupaban y despidió a estas personas sin
haber llegado a ningún acuerdo[189]. Cuando se supo en Jeru- 234

[186] Este enfrentamiento aparece relatado también en TÁCITO, *Anales* XII 54

[187] Gema, población en la frontera norte de Samaria, al sur de la Gran Llanura de Esdrelón (cf. nota a II 188), tal vez sea la actual Djenin o la bíblica En-Gannim (*Josué* 19, 21); cf. ABEL, *Géographie...*, II 317. Parece ser que es la misma aldea que en III 48 y en *Antigüedades* XX 118 aparece con el nombre de Ginea.

[188] Lógicamente se trata también de la fiesta de los Ácimos que se ha señalado en II 224.

[189] En *Antigüedaes* XX 119 se dirá, en cambio, que Cumano fue sobornado por los samaritanos.

salén la noticia del asesinato, la muchedumbre se levantó, abandonó la fiesta y fue a Samaria sin ningún general que la dirigiera y sin hacer caso a ninguno de los magistrados que
235 intentaban retenerla. Un tal Eleazar, hijo de Dineo, y Alejandro[190] eran los jefes de los bandidos y de los revolucionarios que había entre esta multitud. Tales individuos se precipitaron contra los vecinos de la toparquía de Acrabatene[191], los asesinaron sin respetar ninguna edad e incendiaron las aldeas.

236 Cumano con un ala de caballería, conocida con el nombre de los sebastenos[192], partió de Cesarea en ayuda de los que habían sufrido esta devastación. Hizo prisioneros a muchos de los seguidores de Eleazar y aún mató a muchos
237 más. Por otra parte, los magistrados de Jerusalén, vestidos con sacos y con ceniza en la cabeza[193], salieron corriendo al encuentro del resto de la población, que había ido a luchar contra los samaritanos, para suplicarles que regresaran y que no provocasen a los romanos contra Jerusalén por tomar represalias contra los samaritanos. Les pidieron que se apiadasen de su patria, del Templo, de sus hijos y de sus mujeres, ya que todos ellos corrían el peligro de perecer por ven-
238 gar a un solo galileo. Los judíos hicieron caso a sus palabras y se dispersaron. Sin embargo, muchos de ellos se dedica-

---

[190] A Alejandro no se le nombra en *Antigüedades* XX 121.

[191] En el centro de Samaria, al sudeste de Siquem y al norte de Gofna. En III 55 se la denomina Acrabata; cf. SCHÜRER, *Historia*..., II, pág. 260 nota 32.

[192] Cf. nota a II 52.

[193] El saco, tela basta que se usaba como vestido de penitencia o duelo (*Jeremías* 6, 26), era también la indumentaria del suplicante y del pecador penitente (*Isaías* 52, 5, y I *Macabeos* 3, 47), como vemos en este pasaje de Josefo. También la ceniza, sobre la cabeza, se empleaba en señal de duelo y penitencia (*II Samuel* 13, 19, e *Isaías* 61, 3).

ron al pillaje[194], dada la impunidad del momento, y por todo el país se produjeron saqueos y revueltas de la mano de los seres más audaces. Los notables de Samaria acudieron a Ti- 239
ro para ver a Umidio Cuadrato[195], que entonces era gobernador de Siria, y le pidieron que castigara a los que habían devastado su tierra. Asistieron también personajes importan- 240
tes judíos y el sumo sacerdote Jonatán[196], hijo de Anano, que dijeron que los samaritanos habían provocado la revuelta a causa de la muerte del galileo y que el culpable de lo sucedido era Cumano que no había querido perseguir a los autores del crimen.

Cuadrato, entonces, dejó para más tarde la solución de 241
este conflicto entre samaritanos y judíos, y les dijo que, cuando fuera a los lugares en cuestión, él examinaría cada una de las cuestiones. A continuación se marchó a Cesarea, donde crucificó a todos los que Cumano había encarcelado[197]. De allí se dirigió a Lida, donde escuchó de nuevo 242
a los samaritanos. Mandó que le trajeran a dieciocho judíos[198], que, según le habían informado, habían formado parte del combate, y los decapitó con un hacha. Envió a Cé- 243
sar a otros dos de los más destacados personajes y a los sumos sacerdotes Jonatán y Ananías, al hijo de éste, Anano, y

[194] Más bien habría que pensar en que estos judíos se unieron a los grupos de insurrectos y revolucionarios que ya actuaban en la región; cf. nota a II 228.

[195] C. Umidio Durmio Cuadrato, gobernador de Siria del 50 al 60, estaba autorizado para intervenir en los asuntos del procurador de la vecina Palestina, en este caso Ventidio Cumano; cf. nota a II 117.

[196] Jonatán tiene el título de «general del Templo» en *Antigüedades* XX 131, en lugar del de sumo sacerdote.

[197] Según *Antigüedades* XX 129, Cuadrato se marchó a Samaria. Los encarcelados que crucificó son los bandidos de Eleazar; cf. II 236.

[198] En *Antigüedades* XX 130 son sólo cinco judíos, uno de ellos llamado Dorto.

a algunos otros notables judíos. Lo mismo hizo con los sa-
244 maritanos más distinguidos. Dio a Cumano y al tribuno Céler la orden de navegar hasta Roma para dar explicación de lo sucedido a Claudio. Tras tomar estas medidas, subió de Lida a Jerusalén y, al ver que el pueblo celebraba en paz la fiesta de los Ácimos[199], regresó a Antioquía[200].

245 En Roma César escuchó a Cumano y a los samaritanos en presencia de Agripa[201], que apoyaba decididamente a los judíos, y de muchos individuos importantes, que estaban del lado de Cumano. Condenó a los samaritanos, mandó ejecu-
246 tar a los tres más destacados y desterró a Cumano. A Céler lo envió encadenado a Jerusalén y ordenó entregarlo a los judíos para que lo ultrajaran y, después de arrastrarlo por la ciudad, le cortaran la cabeza.

El nuevo procurador Félix. Muerte de Claudio

247 Después de estos acontecimientos, el emperador Claudio envió a Félix[202], hermano de Palante, como procurador de Judea, de Samaria, de Galilea y de Perea. En lugar de Calcidia[203] a Agripa le concedió un reino más grande: la provincia que había sido de Fili-

---

[199] Los tumultos han durado un año, ya que en II 224 se dijo que habían empezado también en la fiesta de los Ácimos. No obstante, en *Antigüedades* XX 133 se habla de una «fiesta nacional», sin precisar más.

[200] Antioquía era la sede del gobernador de Siria.

[201] Es Agripa II, hijo de Agripa I y de Cipros (cf. II 220), quien por mediación de Agripina, esposa de Claudio, influyó en Roma a favor de los judíos.

[202] Liberto de Antonia, madre de Claudio, ocupó el cargo de procurador en Palestina desde el 52 al 60; cf. TÁCITO, *Historias* V 9. En los *Anales* de este mismo autor se precisa, aunque no parece ser del todo cierto, que Félix era gobernador de Samaria, mientras que Cumano lo era de Galilea.

[203] El reino de Calcidia o Calcis, que en II 223 Claudio le había concedido a Agripa II, fue incorporado a la provincia de Siria.

po[204], es decir, la Traconítide, la Batanea y la Gaulanítide, y además le anexionó el reino de Lisanias y la tetraquía que antes perteneció a Varo[205]. Claudio gobernó el Imperio du- 248
rante trece años, ocho meses y veinte días y murió dejando a Nerón como su sucesor en el poder. Por intrigas de su mu- 249
jer Agripina había adoptado a Nerón como su heredero en el mando, a pesar de que tenía un hijo legítimo, Británico, de su primera esposa Mesalina y una hija, Octavia, que había casado con Nerón. Además tenía una hija de Petina, Antonia.

Nerón amplía el reino de Agripa

Puesto que ya es de sobra conocido, 250
omitiré todas las veces que Nerón desafió a la suerte, transtornado por su exceso de dicha y riqueza, de qué manera asesinó a su hermano, a su mujer y a su madre, cómo después volvió su crueldad contra los personajes más destacados, y cómo al final, llevado por su locura, fue a pa- 251
rar al escenario de un teatro; solamente pasaré a relatar lo sucedido a los judíos bajo el reinado de este emperador.

Entregó la Armenia Menor[206] a Aristobulo, el hijo de He- 252
rodes[207], para que reinara sobre ella, incorporó al reino de

[204] Cf. II 95.

[205] Batanea es el nombre helenístico de Basán, región fértil de la Transjordania, junto al lago de Tiberíades. Esta región formó parte de las posesiones del rey Herodes; cf. I 398. Sobre el reino de Lisanias, cf. II 215. Varo era, seguramente, el tetrarca de un pequeño dominio en la región del Líbano. Tal vez sea el ministro de Agripa II citado en *Autobiografía* 48-61, que aparece como descendiente de Sohemo, tetrarca del Líbano.

[206] Este pequeño reino, que limitaba ya con el Ponto y el Cáucaso, estaba al norte y al este de la Armenia más conocida, es decir, de la Armenia Mayor. Ambos son reinos clientes de Roma en una zona estratégica, entre las provincias orientales del Imperio y los partos y las tribus caucásicas; cf. M. Y. CHAUMONT, «L'Arménie entre Roma et les Parthes. I. De l'avenèment d'Auguste à Dioclétien», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 9.1, 1976, págs. 71-194.

[207] Se refiere a Herodes de Calcidia, el nieto de Herodes el Grande; cf. II 221.

Agripa cuatro ciudades con sus toparquías, Abila[208] y Julia en la Perea y Tariquea y Tiberíades en Galilea. Para el resto
253 de Judea nombró procurador a Félix[209]. Éste capturó a Eleazar[210], el jefe de los bandidos que durante veinte años había devastado el país, junto con muchos hombres de su banda, y los envió a Roma. Fue muy grande el número de ladrones que crucificó y de gente, acusada de complicidad, a la que castigó.

Los sicarios y los falsos profetas

254 Después de haber hecho esta limpieza en la región, surgió en Jerusalén otro tipo de malhechores, llamados sicarios[211], que mataban a la gente a pleno día en medio
255 de la ciudad. Esto ocurría sobre todo en los días de fiesta, pues ellos se mezclaban con la multitud. Con unos pequeños puñales que llevaban escondidos debajo de sus ropas herían a sus enemigos. Luego, cuando sus víctimas caían al suelo, los asesinos se unían a la muchedum-

[208] En el pasaje paralelo de *Antigüedades* XX 159 no se menciona esta ciudad. No es fácil identificar plenamente esta localidad, ya que existen al menos tres lugares con este nombre. Seguramente se trate de Abila, ciudad de la Decápolis al este de Gadara, y que no hay que confundir con Abila, una de las poblaciones más importantes del reino de Lisanias, al noroeste de Damasco; cf. Schürer, *Historia...*, II, págs. 190-191.

[209] Confirma el nombramiento hecho anteriormente por Claudio, pues Félix ya era procurador; cf. II 247.

[210] Cf. II 235.

[211] En latín este término es sinónimo de «asesino». Etimológicamente su nombre procede del latín *sica,* pequeño puñal curvo que usaban estos individuos para matar a sus oponentes cuando se mezclaban entre la multitud, en especial en las fiestas. Estos sicarios pertenecen a esos sectores nacionalistas que se oponían a la dominación romana, similares a los Zelotes o esos «grupos de bandidos», tan citados por Josefo. Sin embargo, los sicarios son mucho más violentos, activos y fanáticos en su protesta armada.

bre indignada, de modo que no se les podía descubrir a causa de la confianza que inspiraban. Al primero que mataron 256
fue al sumo sacerdote Jonatán[212], y después de él cada día morían muchos a manos suyas. El miedo era más inosoportable que la propia desgracia, ya que todos, como si estuvieran en una guerra, esperaban la muerte de un momento a otro. La gente espiaba desde lejos a sus enemigos, y no se 257
fiaba ni siquiera de los amigos, cuando se acercaban. No obstante, eran asesinados en medio de estas sospechas y precauciones, pues tan grande era la rapidez y la habilidad de tales malhechores para pasar inadvertidos.

Aparte de éstos apareció otro grupo de bandidos, que 258
tenían las manos más puras, pero sus intenciones eran también más impías. Esta banda acabó con el bienestar de la ciudad en no menor medida que los asesinos. Hombres menti- 259
rosos y embaucadores que, bajo el pretexto de estar inspirados por Dios[213], buscaban innovaciones y cambios. Incitaron a la multitud a actuar como si estuvieran poseídos por la divinidad y la llevaron al desierto con la idea de que allí Dios les mostraría las señales de su liberación[214]. Como esto pa- 260
recía ser el principio de una revuelta, Félix envió tropas armadas de caballería e infantería que acabaron con la vida de

[212] Cf. II 240. *Antigüedades* XX 162-164 informan de que Félix se sirvió de estos Sicarios para acabar con la vida de Jonatán.

[213] Como hemos expuesto en el apartado 2 y 5 de la Introducción Josefo silencia el mesianismo y los sentimientos apocalípticos de gran parte de estos «revolucionarios» antirromanos.

[214] En los años anteriores de la guerra son muchos los «iluminados» que arrastrarán a sus discípulos al desierto (tal es el caso de Teudas citado en *Antigüedades* XX 97 o los falsos profetas a los que se refiere *Mateo* 24 24 ss). El desierto ha sido siempre en el judaísmo un lugar importante de revelación. Allí es donde surgen varias comunidades religiosas, como los esenios, Qumrán, etc...

261 muchos de ellos. Sin embargo, el falso profeta egipcio[215] causó a los judíos males mayores que éstos. Se presentó en el país un charlatán que se ganó la fama de profeta. Reunió
262 a unas treinta mil personas[216] engañadas por él, y las llevó desde el desierto al llamado Monte de los Olivos[217], desde donde era posible penetrar por la fuerza en Jerusalén, y, tras imponerse sobre la guarnición romana, reinar sobre el pueblo como un tirano, para lo que tomaría como guardia per-
263 sonal a los que entraran con él. Sin embargo Félix se adelantó a su ataque y le salió al encuentro con las tropas romanas. Todo el pueblo participó en la defensa de la ciudad, de modo que, cuando se produjo el choque entre ambos, el egipcio huyó con unos pocos, mientras que la mayoría de sus hombres murió o fue capturada. El resto de la banda se dispersó y cada uno se escondió en su propia casa.

264 Pero cuando esto estaba ya solucionado, de nuevo surgió otra inflamación, como ocurre en un cuerpo enfermo. En efecto, charlatanes y bandidos se unieron para incitar a mucha gente a la revuelta y a animarles a obtener su libertad. Amenazaban de muerte a los que eran sumisos al poder de Roma y decían que matarían a los que aceptaran voluntaria-
265 mente la esclavitud. Divididos en grupos saqueaban a lo largo del país las casas de los individuos poderosos, los mataban e incendiaban las aldeas. En consecuencia toda Judea se llenó de su locura. Cada día esta guerra se hacía más intensa.

---

[215] Un tribuno romano identificó a este falso profeta con San Pablo, cuando detuvo a este último en Jerusalén, según narran *Hechos de los Apóstoles* 21, 38; F. PARIENTE, «L'episodio dell'Egiziano in *Acta* 21, 38. Qualche osservazione sulla possibile dipendenza degli *Atti degli Apostoli* da Flavio Giuseppe», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo* 112 (1978), 360-376.

[216] En *Hechos de los Apóstoles* 21, 38, se habla de cuatro mil personas.

[217] El Monte de los Olivos, llamado Getsemaní, se encontraba al este de Jerusalén, frente al Templo, al otro lado del valle del Cedrón.

Tumultos entre judíos y sirios en Cesarea

En Cesarea estalló otro conflicto, cuando los judíos que vivían allí se sublevaron contra los sirios[218]. La población hebrea decía que la ciudad era de ellos, pues su fundador había sido un judío: el rey Herodes. Por su parte los sirios reconocían que el fundador había sido un judío, pero afirmaban que la ciudad era de los griegos, ya que Herodes no habría erigido estatuas y templos en una ciudad para los judíos[219]. Los dos bandos dis- 267
cutían por este asunto. El enfrentamiento les llevó a tomar las armas. Todos los días se producían combates entre los más audaces de ambas partes, pues los ancianos judíos no podían contener a sus hombres belicosos y para los griegos suponía una vergüenza el ser vencidos por los judíos. Estos últimos eran superiores por su riqueza y por su fuerza física, 268
mientras que los griegos contaban con la protección de los soldados, dado que la mayor parte de las tropas romanas de la región habían sido reclutadas en Siria y, por ello, estaban dispuestos a ir en ayuda de esta población como si fueran sus compatriotas. Las autoridades se preocupaban de apaci- 269
guar la revuelta, cogían a los más rebeldes y los castigaban con el látigo y con la cárcel. Sin embargo, el sufrimiento de estos prisioneros no producía miedo a los demás ni les hacía retirarse, sino que les incitaba aún más a la revuelta. En una 270
ocasión en que los judíos habían resultado vencedores, Félix

---

[218] La población de Cesarea Marítima era predominantemente gentil, aunque era muy importante el elemento judío; así lo expresa el propio Josefo en III 284. Sobre este conflicto, así como sobre las contradicciones de este relato de Josefo en relación con el mismo tema de las *Antigüedades*, véase L. Levine, «Jewish-Greek Conflict in first-century Caesarea», *Journal of Jewish Studies* 24 (1974), 381-397.

[219] Sobre las construcciones de tipo helenístico levantadas por Herodes en esta ciudad, vid. I 414.

se presentó en el ágora[220] y ordenó con amenazas que se marcharan de allí. Pero, como los judíos no le obedecieron, envió contra ellos a sus soldados, que acabaron con la vida de un gran número de ellos y saquearon sus posesiones. No obstante, como el conflicto aún seguía, escogió a los más notables de ambos bandos y los mandó en embajada ante Nerón para que trataran con él las cuestiones relativas a sus derechos.

Los últimos procuradores. Los crímenes de Gesio Floro. Revueltas populares

271 Festo[221] sucedió a Félix como procurador y se dedicó a ir contra la parte más corrupta de la región: capturó a la mayoría de los bandidos y ejecutó a no pocos
272 de ellos. Sin embargo, el sucesor de Festo, Albino[222], no dirigió los asuntos de la misma forma, y no hubo ninguna clase de maldad que deja-
273 se de lado. No sólo en los asuntos públicos robó y despojó a todos de sus bienes y agobió al conjunto del pueblo con impuestos, sino que también entregó a sus familiares, mediante el pago de un rescate, a los bandidos que habían sido capturados por los consejos locales[223] o por los anteriores procu-

---

220 Construida también por Herodes el Grande; cf. I 415.

221 Porcio Festo, procurador de Palestina desde el año 61 al 62.

222 Procurador del 62 al 64. Entre la muerte de Festo y la llegada de Albino, Jerusalén se vio en una anarquía total, que el sumo sacerdote Anano aprovechó para acabar con sus enemigos; cf. *Antigüedades* XX 199-203.

223 Las ciudades, tanto las helenísticas, como las propiamente judías, estaban dotadas de un órgano de gobierno comunitario y representativo para los asuntos locales, llamado «consejo». En el caso de las ciudades griegas se emplea el término *boulé*, y en el de las judías *synédrion*. Sin embargo, Josefo abusa de la terminología específica griega y aplica el vocablo *boulé* a zonas judías, como vemos en el caso de Jerusalén. En las localidades hebreas existía el consejo de ancianos o sanedrín, es decir, el *synédrion*; cf. nota a I 170.

radores; sólo el que no daba dinero se quedaba en la cárcel como un malhechor. De esta forma se acrecentó el valor de 274
los que en Jerusalén querían sublevarse. Los poderosos se atrajeron a Albino con dinero, de tal manera que les concedió impunidad para realizar sus actos revolucionarios y el sector del pueblo al que no le gustaba estar en paz se unió al grupo de cómplices de Albino. Cada uno de estos crimina- 275
les tenía a sus órdenes una banda que dirigía como un jefe de bandidos o como un tirano, y se servía de sus hombres para hacer saqueos entre la gente honrada. Como conse- 276
cuencia de ello las víctimas de estos atropellos no decían nada sobre unos hechos que tendrían que causarles indignación, mientras que los que aún no habían sido afectados, por miedo a que a ellos les pasara lo mismo, adulaban a esta gente, que merecía ser castigada. En resumen, en ningún sitio se podía hablar con libertad, en muchos aspectos existía una tiranía y las semillas de la futura destrucción habían sido esparcidas entonces por la ciudad.

A pesar de la maldad de Albino, sin embargo resultó ser 277
una persona muy honrada en comparación con su sucesor Gesio Floro[224]. Albino realizaba sus perversidades a escondidas y con disimulo, mientras que Gesio se vanagloriaba públicamente de sus ilegalidades contra el pueblo y, como si fuera un verdugo enviado para castigar a los condenados, realizó todo tipo de rapiñas y de agravios. Era una persona 278
muy cruel en situaciones que eran dignas de piedad, y no mostraba ningún pudor en cometer acciones vergonzosas. No hay nadie que haya dado tanta desconfianza a la verdad, ni que haya planeado formas tan astutas para hacer el mal. Le parecía poca cosa sacar provecho de la gente de forma indi-

[224] Gesio Floro, que asumió su procuratela a finales del año 64, es el último procurador romano antes de la revuelta.

vidual, por lo que saqueó a ciudades enteras y arruinó a pueblos enteros. Poco le faltó para proclamar públicamente por todo el país que estaba permitido dedicarse al bandidaje, con la condición de que se le dejara a él una parte del botín.
279 Como resultado de su codicia todas las ciudades quedaron vacías y muchos tuvieron que abandonar sus costumbres patrias y refugiarse en provincias extranjeras[225].

280 Mientras Cestio Galo[226] estuvo al frente de la provincia de Siria, nadie se atrevió a enviarle una embajada para hablar en contra de Floro. Pero cuando Cestio se presentó en Jerusalén en la fiesta de los Ácimos, el pueblo, en una cantidad no menor de tres millones de personas[227], le rodeó para pedirle que se apiadara de los infortunios de su nación y
281 para decirle a gritos que Floro era la peste de su país. Este último, que estaba presente al lado de Cestio, se reía de estas quejas. Cestio, tras calmar a la multitud y darles garantías de que en el futuro Floro iba a ser más moderado, regre-
282 só a Antioquía. Floro le escoltó hasta Cesarea. Entonces le estaba engañando, pues ya planeaba la guerra contra la nación, con la que pensaba que iban a quedar ocultas sus mal-
283 dades. Él temía que, si había paz, los judíos le iban a acusar ante César, mientras que, si les provocaba a sublevarse, con un mal mayor impediría la investigación de sus crímenes, en

---

[225] En este punto concluye el paralelismo de relatos entre la *Guerra* y las *Antigüedades*.

[226] Ocupó este cargo seguramente del 63 al 66, fecha en que Vespasiano recibió de Nerón la dirección de la guerra; cf. III 64-69.

[227] La cifra no deja de ser bastante exagerada. Según los cálculos de J. Beloch, *Die Bevölkerung der Griechisch-Römischen Welt*, Roma, 1968 (= 1886), págs. 247 ss., la población de Palestina en tiempos de Nerón era de unos dos millones de habitantes y la de Jerusalén no llegaba a cien mil. A pesar de este caso concreto, los datos de la obra de Josefo parecen estar bastante acordes con la realidad; cf. A. Byatt, «Josephus and population numbers in first century Palestine», *Palestine Exploration Quaterly* 105 (1973), 51-60.

comparación, menores. En consecuencia, cada día aumentaba las calamidades del pueblo para que así se amotinaran.

Entretanto los griegos de Cesarea, que habían ganado 284
ante Nerón el proceso sobre el gobierno de la ciudad[228], llegaron con el texto de la sentencia. Este fue el comienzo de la guerra, en el duodécimo año del gobierno de Nerón, en el decimoséptimo del reinado de Agripa, en el mes de Artemisio[229]. El pretexto de esta guerra fue desproporcionado 285
con la magnitud de las desgracias que ocasionó. Los judíos de Cesarea tenían la sinagoga[230] junto a un terreno que pertenecía a un griego de esta ciudad y muchas veces habían tratado de adquirir este lugar mediante el pago de una cantidad muy superior a su valor. Pero aquél, además de no hacer ca- 286
so a sus peticiones y de despreciarlos, construyó en el terreno unos talleres y dejó a los judíos un acceso estrecho y muy difícil para llegar a la sinagoga. Enseguida los jóvenes más audaces saltaron allí para impedir la obra. Sin embargo, 287
como Floro se opuso a este acto de violencia, los notables de los judíos, entre los que se encontraba Juan el publicano, no tuvieron otro remedio que convencer a Floro para que abandonara las obras mediante el pago de ocho talentos de plata. El procurador, que prometió hacerlo sólo para obtener 288
dinero, cuando lo consiguió se marchó de Cesarea a Sebaste[231] y dejó que la revuelta se desarrollara libremente, como si hubiera vendido a los judíos la licencia para luchar.

---

[228] *Cf.* II 270.

[229] Es éste un mes del calendario macedónico, que corresponde con el hebreo Iyyar y nuestro mayo. Josefo sigue en toda esta obra el calendario macedonio.

[230] En la obra de Flavio Josefo, la sinagoga, que luego va a ser el centro de la vida nacional de los judíos, no es una institución activa ni relevante. Las alusiones a ella son mínimas y esporádicas: *Antigüedades* XVI 43 y *Contra Apión* II 175, por ejemplo.

[231] Es decir, Samaria; cf. I 118.

289 Al día siguiente, sábado, cuando los judíos estaban reunidos en la sinagoga, un rebelde de Cesarea dio la vuelta a una olla, la colocó a la entrada de la sinagoga y sacrificó en ella unos pájaros. Este hecho produjo una gran indignación entre los judíos, pues se trataba de una ofensa a sus leyes
290 y de una profanación del lugar[232]. Las personas moderadas y pacíficas pensaban que había que recurrir a las autoridades, mientras que los sediciosos y los impetuosos jóvenes estaban ansiosos por luchar. Además, los rebeldes de Cesarea estaban ya preparados, puesto que eran ellos los que habían acordado enviar allí al individuo que hizo el sacrificio en cuestión.
291 Inmediatamente se produjo el combate. Se personó Jucundo, el jefe de la caballería, que tenía órdenes de impedir el enfrentamiento, retiró de allí la olla e intentó calmar los disturbios. Pero como éste no pudo contener la violencia de los habitantes de Cesarea, los judíos cogieron los libros de la Ley y se retiraron a Narbata[233]. Este es el nombre de una región suya que está situada a sesenta estadios de Cesarea.
292 Doce judíos destacados acudieron con Juan a Sebaste para quejarse de esta situación ante Floro y pedirle ayuda, no sin recordarle con delicadeza los ocho talentos[234]. El procurador los detuvo y los metió en la cárcel, acusados de haberse llevado de Cesarea los libros de la Ley.

---

[232] El sacrificio de dos pájaros dentro de una olla había sido establecido por *Levítico* 13, 45-46, para los leprosos, en el caso de que se curaran de su enfermedad. En este caso hay que ver aquí una burla hacia los judíos, pues existía una leyenda según la cual los judíos habían sido expulsados de Egipto, con Moisés a la cabeza, por estar afectados de la lepra. Así lo testimonia en el siglo III a. C. el historiador egipcio Manetón, recriminado por Josefo en *Contra Apión* I 229, 279-287.

[233] Entre Samaria y Cesarea; en II 509 se la llamará toparquía de Narbatene.

[234] Cf. II 287.

Los habitantes de Jerusalén se indignaron ante estos acon- 293
tecimientos, aunque todavía contuvieron su enfado. Pero Flo-
ro, como si no quisiera otra cosa más que encender la guerra,
ordenó que del Tesoro sagrado se sacaran diecisiete talentos,
bajo el pretexto de que César los necesitaba[235]. Al instante el 294
pueblo se levantó y corrió al Templo. Invocaban a grandes
gritos el nombre de César y le pedían que les librara del tirano
Floro. Algunos de los amotinados proferían contra el procu- 295
rador insultos groseros e iban con una cesta pidiendo limosna
para él, igual que si de un pobre y desgraciado se tratara. Es-
tos hechos no saciaron la codicia de Floro, sino que, al con-
trario, le empujaron más aún a conseguir dinero. Y así, aun- 296
que él debía ir a Cesarea para apagar el fuego de la guerra que
allí había estallado y para poner fin a las causas de la revuelta,
por lo que él había cobrado ya ocho talentos[236], sin embargo
se dirigió a Jerusalén con un ejército de caballería y de infan-
tería[237] con el fin de intervenir allí con las armas romanas y
expoliar a la ciudad con terror y amenazas.

El pueblo, que quería poner en vergüenza a Floro para 297
que así no llevara a término sus intenciones, salió al encuen-
tro de los soldados con aclamaciones y se dispuso a recibir
al procurador de una forma cortés. Éste envió delante de él al 298
centurión Capitón con cincuenta jinetes para ordenar a los
judíos que se retiraran y que no fingieran ahora cordialidad
con alguien al que antes tanto habían insultado. Y si eran 299
personas nobles y auténticas, debían burlarse de él en su pre-
sencia y demostrar que son amantes de la libertad no sólo

[235] Según se dirá en II 403-405, los judíos aún no habían pagado el tributo al emperador, por lo cual es posible que estos diecisiete talentos formaran parte de tal impuesto.

[236] Estos talentos han sido ya citados en II 287 y 292.

[237] Como se expresará en II 332, este ejército de Floro estaba formado sólo por una cohorte con una unidad de infantería y un destacamento auxiliar de caballería; cf. nota a II 67.

300 con palabras, sino también con las armas. La muchedumbre se asustó al oír esto y, cuando irrumpieron en medio de ella los jinetes de Capitón, se dispersó antes de haber saludado a Floro o de haber manifestado obediencia a las tropas. Los judíos se retiraron a sus casas, donde pasaron la noche llenos de miedo y de humillación.

301 Floro se alojó entonces en el palacio real. Al día siguiente se sentó en un estrado, que mandó colocar delante del edificio. Los sumos sacerdotes, los poderosos y la parte más noble de la ciudad acudieron allí y se colocaron delante de su tribu-
302 na. El procurador les ordenó que le entregaran a las personas que le habían insultado, y les dijo que si no le facilitaban los culpables, tomaría venganza con ellos mismos. Estos personajes manifestaron que el pueblo tenía sentimientos pacíficos y le pidieron perdón para aquellos que habían hablado contra él.
303 Pues no es de extrañar que entre tanta gente hubiera algunos jóvenes muy atrevidos e imprudentes, y es imposible señalar a cada uno de los culpables, dado que están arrepentidos y
304 niegan lo que han hecho. Y si él quería la paz para su pueblo y conservar la ciudad para los romanos, era necesario que perdonara a unos pocos culpables en favor de muchos inocentes, en lugar de provocar a un pueblo tan bien intencionado
305 por causa de un pequeño número de gente malvada. Pero Floro se encendió aún más con estos razonamientos y gritó a las tropas que saquearan el llamado «mercado de arriba»[238] y que mataran a todos los que encontraran. Los soldados, que además de cumplir la orden de su general deseaban obtener ganancias, no devastaron sólo el lugar indicado, sino que entra-
306 ron en todas las casas y degollaron a sus ocupantes. La gente huía por las calles estrechas y los romanos mataban a los que

[238] En la zona llamada también «Ciudad Alta» en el suroeste de Jerusalén, que no ha de confundirse con la Ciudadela o Acra, situada en el sudeste, que se ha mencionado en I 39.

veían. Se cometió todo tipo de vandalismo. Detuvieron a muchas personas pacíficas y las condujeron ante Floro, que, tras
mandar azotarlas, las crucificó. Unos tres mil seiscientos fue 307
el número total de los que murieron aquel día, contando a las mujeres y a los niños, pues ni siquiera se respetó a los recién
nacidos. Lo que empeoró esta desgracia fue el hecho de que 308
los romanos obraran con una crueldad hasta entonces desconocida. Puesto que Floro se atrevió a lo que antes nadie había hecho, a saber, azotar delante de su tribuna y crucificar a ciudadanos de la orden ecuestre, que, a pesar de ser judíos, gozaban también de la dignidad romana[239].

Intervención de Berenice. Sublevación de Jerusalén contra las provocaciones de Gesio Floro

En este preciso momento el rey Agri- 309
pa se puso de camino hacia Alejandría para dar la enhorabuena a Alejandro[240], a quien Nerón había confiado Egipto y le
había nombrado su gobernador. Una gran 310
tristeza se apoderó de su hermana Berenice[241], que se hallaba en Jerusalén y que

[239] Judíos convertidos en ciudadanos romanos no eran raros en el Imperio. Conocemos el caso de tres personajes famosos: el de Antípatro, padre de Herodes, el de Tiberio Julio Alejandro, citado a continuación, que llegó a alcanzar el orden ecuestre (cf. II 220) y el del apóstol San Pablo. Este último se sirve de su ciudadanía romana para evitar ser azotado y crucificado, así como para hacer uso del derecho de apelación a la justicia personal del emperador; cf. *Hechos de los Apóstoles* 22, 26-29 y 25, 10-12, y el trabajo de B. Doer, «'*Civis romanus sum*'; der Apostel Pauls als römischer Bürger», *Helikon* 8 (1968), 3-76.

[240] Es Tiberio Alejandro, del que se ha hablado en II 220, que en este momento era prefecto de Egipto.

[241] Esta hermana del monarca judío estuvo casada con Herodes de Calcidia (cf. II 217). Más tarde, viuda, se unirá con el rey de Cilicia Polemón. Vivió mucho tiempo con su hermano Agripa II, lo que dio lugar a una serie de rumores sobre sus incestuosas relaciones (cf. *Antigüedades* XX 145-146). En Roma tuvo bastante influencia en la corte por su amor y amistad con Tito; cf. Tácito, *Historias* II 2, Dión Casio, LXVI 15, y Suetonio, *Tito* 7.

veía los ultrajes de los soldados. Muchas veces ella había
enviado ante Floro a sus oficiales de caballería y a sus guar-
311 dias personales para que pusieran fin a la matanza. Pero el
procurador romano no le hizo caso, pues no pensaba ni en
el número de muertos ni en el origen noble de la mujer que
le hacía estas súplicas, sino sólo en las ganancias que había
312 obtenido de sus rapiñas. Incluso los soldados llegaron a en-
furecerse contra la reina. Las tropas romanas, no sólo tortu-
raban y ejecutaban a los prisioneros en su presencia, sino
que también la habrían matado a ella, si no se hubiera apre-
surado a refugiarse en el palacio real, donde pasó la noche
con su guardia, llena de miedo, ante un posible ataque de los
313 soldados. Berenice había viajado a Jerusalén para cumplir
una promesa que había hecho a Dios. Existe la costumbre
de que los que padecen una enfermedad u otro mal hacen
voto de abstenerse de beber vino y de afeitarse la cabeza en
los treinta días anteriores a aquel en el que van a hacer sus
314 sacrificios[242]. Esto es lo que entonces estaba haciendo Be-
renice. Acudió descalza delante del estrado de Floro para
suplicarle, y, además de no obtener de él ninguna considera-
ción, puso en peligro su propia vida.

315 Esto ocurrió el día dieciséis del mes de Artemisio[243]. Al
día siguiente la muchedumbre, llena de un inmenso dolor, se
reunió en el «mercado de arriba»[244] para lamentarse con tre-
mendos gritos por los muertos, aunque resonaban más las vo-

---

[242] Es el llamado «voto nazareato» prescrito por *Números* 6, 2-21. Esta práctica antigua prohíbe durante un cierto tiempo cortarse el cabello, tomar bebidas fermentadas y acercarse a un cadáver o a cualquier otra impureza como medio de consagrarse a Dios. En las Escrituras son varios los ejemplos de esta promesa temporal a Dios, incluso en el judaísmo tardío y en los tiempos neotestamentarios: *Jueces* 13, 5-7, 14; 16, 17; *I Samuel* 1, 11; *I Macabeos* 3, 49; *Lucas* 1, 14, y *Hechos de los Apóstoles* 18, 18; 21, 23-26.

[243] Cf. nota a II 284.

[244] Sobre este lugar, cf. II 305.

ces contrarias a Floro. Los poderosos y los sumos sacerdotes, 316
asustados ante este comportamiento, se rasgaron sus vestiduras y uno por uno se postraron ante ellos para pedirles que depusieran su actitud y que no provocasen a Floro a cometer un acto irreparable que viniera a sumarse a las calamidades ya padecidas. La muchedumbre de manifestantes obedeció rápidamente 317
por respeto hacia las personas que se lo pedían y por la esperanza de que Floro no cometiera ya más ofensas contra ellos.

Floro no estaba contento con que se calmara la revuelta, 318
por lo que intentó reavivarla de nuevo. Llamó a los sumos sacerdotes y a los nobles y les dijo que la única prueba de que el pueblo no se iba a sublevar ya más era que acudieran al encuentro de las tropas que venían desde Cesarea. Dos eran las cohortes que acudían hacia allí. Mientras los sumos sacerdotes 319
y los notables convocaban al pueblo, el procurador envió a decir a los centuriones de las cohortes que prohibiesen a sus hombres devolver el saludo a los judíos y, en el caso de que dijeran algo contra él, que utilizaran sus armas. Los sumos sacerdotes 320
congregaron a la muchedumbre en el Templo y le rogaron que saliera al encuentro de los romanos y recibiera a las cohortes, antes de que ocurriera un desastre irreparable. Los rebeldes no hicieron caso a estas palabras y la multitud, a causa de los que habían muerto, se puso de lado de los más revolucionarios.

Entonces, todos los sacerdotes y todos los servidores de 321
Dios sacaron en procesión los objetos sagrados[245] y se pusieron los ornamentos[246] que acostumbran a llevar en los

---

[245] En la cámara del santuario estaban guardados los objetos utilizados en el culto: el candelabro, los vasos, los incensarios de oro, los recipientes de bronce, las bandejas de plata, etc... Algunos de estos utensilios han sido mencionados en la toma del Templo por las tropas de Pompeyo en I 152.

[246] Los ornamentos de los sacerdotes se guardaban en el atrio del Templo y un funcionario se encargaba de su custodia, como se mencionará en VI 390.

actos litúrgicos, y junto con los citaristas y los cantores de himnos con sus instrumentos[247] se pusieron de rodillas y suplicaron al pueblo que preservase los ornamentos sagrados y que no provocase a los romanos a saquear los Tesoros
322 de Dios. Se podía ver a los mismísimos sumos sacerdotes con la cabeza llena de ceniza[248] y con el pecho descubierto por haberse rasgado las vestiduras. Llamaban por su nombre a cada uno de los nobles y al pueblo, de forma colectiva, y les pedían que tuvieran cuidado con no cometer ninguna pequeña ofensa que permitiera entregar la patria a unas per-
323 sonas que deseaban devastarla. Pues, ¿qué ganarían los soldados con el saludo de los judíos? ¿Qué solución habría para lo que ya habían padecido, si no salían al encuentro de las
324 cohortes? En cambio, si ellos, como es costumbre, recibían a los soldados, quitarían a Floro el pretexto de la guerra, salvarían la patria y evitarían más sufrimientos. Además, supondría una terrible debilidad el hecho de hacer caso a un pequeño grupo de sediciosos[249], cuando es necesario que un pueblo tan numeroso obligue a estas personas a comportarse bien.

[247] El Templo de Jerusalén contaba con un nutrido número de músicos que acompañaban los holocaustos diarios y otras actividades solemnes. Aunque en origen no eran levitas, con el tiempo se les incluyó en este grupo (cf. *I Crónicas* 6, 16-32; 15, 16-19). Los instrumentos más frecuentes eran los címbalos, el arpa, la cítara y la lira, según leemos, por ejemplo, en *I Macabeos* 4, 54.

[248] Cf. nota a II 237.

[249] Esta es la idea que Josefo ha querido destacar desde el principio de esta obra (cf. I 10 y 27): la guerra contra Roma ha sido promovida por un pequeño grupo de judíos, mientras que la mayoría era partidaria de la presencia de Roma en Palestina. Este principio que nuestro autor expone con bastante claridad es uno de los objetivos que persigue la redacción de este libro, como ya hemos expuesto en el apartado 5 de la Introducción.

Con estas palabras amansaron a la muchedumbre y también calmaron a los sediciosos, a unos con amenazas y a otros por el respeto que ellos merecían. A continuación, en calma y en orden, se pusieron al frente de la multitud y salieron al encuentro de los soldados; al llegar cerca de ellos les saludaron. Pero, como las tropas no les contestaran, el grupo de rebeldes empezó a gritar contra Floro. Ésta era la señal que habían recibido los romanos para atacar a los judíos. Enseguida las tropas les rodearon y les golpearon con palos. La caballería iba detrás de los que huían y los pisoteaba. Muchos cayeron heridos a manos de lo romanos y aún fueron más los que perecieron al empujarse unos a otros. Fue tremendo el número de personas que se agruparon en las puertas. La huida fue muy lenta para todos, ya que cada uno se apresuraba por salir el primero. Los que resbalaban morían de una forma terrible: ahogados y aplastados por la muchedumbre que pasaba por encima de ellos quedaron tan desfigurados que no había ninguno que pudiera se reconocido por sus familiares para ser enterrado. Los soldados se precipitaron contra ellos y golpeaban sin miramientos a los que se encontraban. Empujaban a la muchedumbre a través del llamado barrio de Bezeta[250] para así abrirse paso a la fuerza y apoderarse del Templo y de la Torre Antonia. Por su parte Floro, que también pretendía lo mismo, sacó sus tropas del palacio real y luchaba por llegar a la fortaleza. Pero fracasó en su propósito, pues el pueblo le hizo frente e impidió su agresión. Se distribuyeron por los tejados para atacar a los romanos. Éstos, heridos por los dardos lanzados desde arriba y sin fuerzas para atravesar la multitud que im-

Margin section numbers: 325 (line 1), 326 (line 7), 327 (line 12), 328 (line 19), 329 (line 25).

[250] Es el barrio que Agripa I incluyó dentro de la nueva muralla que había levantado en la parte norte de Jerusalén; cf. II 218.

pedía el paso por las callejuelas, se retiraron al campamento que estaba en las proximidades del palacio.

330 Los sublevados, por temor a que de nuevo volviera Floro y se adueñara del Templo desde la Torre Antonia, se subieron rápidamente a los pórticos que comunican el Templo
331 con la Antonia y cortaron el paso. Este hecho enfrió la avaricia de Floro, pues deseaba los Tesoros de Dios y, por ello quería llegar a la Torre Antonia. Así, al estar destruidos los pórticos, dio marcha atrás a su plan y convocó a los sumos sacerdotes y al consejo. Les dijo que él abandonaría la ciudad, pero que dejaría allí la guarnición que ellos considera-
332 ran oportuna. Los judíos prometieron mantener totalmente el orden y no permitir ninguna sublevación, con la condición de que les dejara solamente una cohorte que no fuera la que había luchado contra ellos, ya que el pueblo sentía odio hacia ella por lo que le había hecho sufrir[251]. Floro dejó allí otra cohorte, como ellos pedían, y se fue a Cesarea[252] con el resto del ejército.

Mediación de Cestio

333 Sin embargo Floro maquinó otro pretexto para la guerra. Escribió a Cestio[253] una carta en la que mentía sobre la rebelión de los judíos. Les echaba a ellos la culpa del comienzo de las hostilidades y decía que los propios judíos eran los responsables de lo que

[251] Los judíos no aceptan aquella cohorte de Floro que había producido una masacre en el llamado «mercado de arriba» (cf. II 296 y 305 ss.). El procurador romano en lugar de estas tropas dejará una de las otras dos cohortes, que en II 318 se dice que habían llegado de Cesarea.

[252] Cesarea Marítima; cf. nota a I 80.

[253] En efecto, Cestio era el superior de Floro por ser gobernador de la provincia de Siria, a la que estaba subordinada Judea en algunas cuestiones; cf. nota a II 117 y 239.

habían padecido. Por su parte, los magistrados de Jerusalén
no se callaron, sino que ellos y, también, Berenice escribie-
ron a Cestio y le contaron los ultrajes que Floro había co-
metido contra la ciudad. Cuando Cestio leyó las cartas de 334
ambas partes, consultó a sus oficiales. Éstos opinaban que el
propio Cestio debería ir con un ejército para reprimir la su-
blevación, en el caso de que ya hubiera estallado, o para ha-
cer más sólida la fidelidad de los judíos, en el caso de que
hubieran permanecido leales. En cambio a Cestio le pareció
mejor enviar a uno de sus amigos para que examinara la si-
tuación e informase fielmente sobre las intenciones de los
judíos. Mandó allí a Napolitano, uno de sus tribunos, que en
Jamnia[254] se encontró con el rey Agripa, cuando regresaba
de Alejandría, y le informó de quién le enviaba y con qué
motivo.

Allí también estaban presentes para saludar al rey los 336
sumos sacerdotes judíos, los nobles y el Consejo[255]. Des-
pués de presentarle sus respetos, se lamentaron de sus pro-
pias desgracias y le expusieron la crueldad de Floro. Agripa 337
se indignó, pero hábilmente volvió su ira contra los judíos,
aunque se compadecía de ellos. Quería rebajar su orgullo
para que así, al darles a entender que en su opinión no ha-
brían padecido ninguna injusticia, no tomaran venganza de
los romanos. Pero aquéllos, que eran personas de buena po- 338
sición y, a causa de sus riquezas, amantes de la paz, com-
prendieron la benevolencia de los reproches del rey. El pue-
blo también salió a sesenta estadios de Jerusalén para dar la
bienvenida a Agripa y a Napolitano. Las mujeres de los que 339
habían sido asesinados corrían delante llorando, mientras el

---

[254] Esta ciudad, en la llanura filistea, no se hallaba de paso en el camino entre Jerusalén y Cesarea. Por lo cual lo más seguro es que Napolitano se encontrara allí a propósito con el rey Agripa; vid. nota a I 50.

[255] Cf. nota a II 273.

pueblo, al escucharlas, también se lamentaba. Pedía a Agripa que les ayudara y gritaba contra Napolitano todo lo que habían sufrido con Floro. Llegaron hasta la ciudad, donde
340 les mostraron la plaza desierta y las casas devastadas. A continuación, por medio de Agripa convencieron a Napolitano para que recorriera la ciudad hasta Siloé[256], solamente con un criado, con objeto de que viera cómo los judíos obedecían a todos los romanos y que sólo sentían odio hacia Floro a causa de los excesos de crueldad que había cometido con ellos. Cuando Napolitano en su recorrido de la ciudad se dio cuenta suficientemente del carácter sumiso de los
341 judíos, subió al Templo. Convocó allí al pueblo, le hizo muchos elogios por su fidelidad para con los romanos y le exhortó insistentemente a mantener la paz. Después de hacer las reverencias a Dios, desde el lugar que le estaba permitido[257], volvió junto a Cestio.

342 La muchedumbre judía se dirigió al rey y a los sumos sacerdotes y les pidió que enviaran embajadores a Nerón para acusar a Floro, y para no parecer sospechosos de rebelión por guardar silencio ante una matanza tan grande. Realmente daría la impresión de que eran ellos los que primero habían hecho uso de las armas, si no se adelantaban a de-

---

[256] La piscina o estanque de Siloé, situado en el extremo sureste de Jerusalén. Allí confluye el agua de la fuente de Guijón o de la Virgen, desde la época del rey Ezequías, a través de un túnel de unos seiscientos metros excavado en la roca (cf. *II Reyes* 20, 20).

[257] Napolitano, que no era judío, no podía acceder más que al «atrio de los gentiles». En el Templo de Jerusalén los extranjeros no podían atravesar, bajo pena de muerte, la balaustrada que separaba esta parte de la reservada a los judíos. Las autoridades romanas respetaban este principio, hasta el punto de permitir que se aplicara la pena de muerte a sus propios ciudadanos en caso de que incumplieran esta prescripción. El propio Antíoco el Grande había sancionado ya esta norma; cf. V 193-194 y *Antigüedades* XIII 145, XV 417.

nunciar al que había empezado la guerra. Era evidente que 343
los judíos no se estarían quietos, si se ponían impedimentos a aquella embajada. A Agripa no le gustaba elegir por votación a los acusadores de Floro, pero tampoco le convenía en absoluto ver a los judíos enardecidos por ir a la guerra.
Convocó, entonces, al pueblo en el Xisto[258] y situó junto a 344
él a su hermana Berenice, en un lugar visible, en la residencia de los Asmoneos. Pues, efectivamente, este palacio está por encima del Xisto, al otro lado de la ciudad alta, y había un puente[259] que unía el Templo con el Xisto. Allí Agripa pronunció las siguientes palabras[260]:

Discurso de Agripa para evitar la guerra

«Yo no habría venido ante vosotros ni 345
habría osado daros consejos, si viera que todos estáis dispuestos a enfrentaros a los romanos y que la parte más honesta y más pura del pueblo no quiere la paz. Es inútil un discurso sobre lo que hay que hacer, cuando todo el auditorio está de acuerdo en obrar mal. Pero, ya que a unos os 346
empuja a luchar una juventud, que aún no ha conocido los

[258] Al este del Acra (cf. I 39) se hallaba una gran ágora, rodeada de una columnata y llamada Xisto, que, al parecer, estaba dedicada a la práctica de ejercicios atléticos. Tal vez se trate del Gimnasio levantado por Jasón y del que se habla en *II Macabeos* 4, 9-12. No se ha conseguido identificar con claridad su ubicación: es posible que estuviera en el valle del Tiropeon, que separaba la Ciudad Alta (cf. II 305) del Templo, o en la ladera de la colina occidental donde estaba esa parte alta de Jerusalén.

[259] Cf. I 143.

[260] Aquí empieza una de las más extensas y notables piezas retóricas de esta obra. Esta reelaboración literaria de las palabras de Agripa se basan seguramente en algún documento oficial romano, tal vez en los *Commentarii* de los emperadores que hemos señalado en el apartado 4 de la Introducción; cf. E. Gabba, «L'Imperio Romano di Agrippa II (Ioseph, B. I. II, 345-401)», *Rivista storica dell'Antichità (Scritti in memoria di Gianfranco Tibiletti)* 6-7 (1976-1977), 189-194.

desastres de la guerra, a otros una irracional esperanza de libertad y a algunos una cierta codicia y la posibilidad de obtener ganancias de los más débiles en un momento de confusión, pensé que yo debía convocaros a todos para deciros lo que creo que es más conveniente, de modo que así todos éstos entren en razón y cambien de idea y, a la vez, para que la gente de bien no sufra las consecuencias de la
347 mala decisión de algunos. Que nadie se irrite contra mí, si escucha algo que no le agrada. Los que irremediablemente han optado por sublevarse podrán seguir pensando lo mismo después de mi alocución, mientras que, si todos no guardáis silencio, mi discurso no llegará ni siquiera a los que desean
348 escucharlo. Sé que muchas personas dan un color trágico a los actos violentos de los procuradores y a sus propios elogios de la libertad; por eso yo, antes de pasar a ver quiénes sois y contra quienes pretendéis luchar, empezaré por examinar uno por uno toda esa mezcla de pretextos que aducís.
349 Si queréis vengaros de los que han sido injustos con vosotros, ¿Por qué hacéis esos elogios de la libertad? Si consideráis que la servidumbre es algo insoportable, no tienen sentido las quejas contra los gobernantes, puesto que, aun en el caso de que éstos se comportaran con mesura, la sumisión
350 seguiría siendo igual de vergonzante. Considerad cada uno de estos motivos por separado y la poca solidez de las razones que tenéis para ir a la guerra. Empecemos por las acusaciones contra los procuradores. Es necesario someterse a
351 las autoridades, y no provocarlas. Cuando por pequeñas ofensas hacéis grandes reprobaciones, volvéis contra vosotros mismos a esas personas a las que acusáis, pues éstas os maltratarán a la luz pública en lugar de hacerlo a escondidas y con un cierto respeto. No hay nada que haga frente a los golpes como el hecho de aguantarlos, y la paciencia de los
352 agredidos provoca la confusión entre los agresores. Consi-

deremos que las autoridades romanas son insoportablemente duras. Sin embargo, ni todos los romanos ni César, contra los que ahora queréis luchar, os han tratado injustamente. Ningún gobernador malvado ha sido enviado bajo sus órdenes. Los que están en Occidente no pueden ver lo que pasa en Oriente, ni es fácil que desde allí se enteren rápidamente de lo que ocurre aquí. Sería ilógico luchar contra tanta gente 353
por culpa de un solo hombre y enfrentarse por causa tan poco importante a un pueblo tan poderoso, que ni siquiera conoce nuestras quejas. Además vuestros males tendrán una 354
rápida solución, ya que no estará siempre el mismo procurador y probablemente sus sucesores serán más moderados. En cambio la guerra, cuando ya ha estallado, no es fácil soportarla ni librarse de ella sin padecer calamidades. Pero 355
ahora ya no es momento de que deseéis la libertad, dado que era necesario que hubieseis luchado antes para no perderla. Realmente es duro el haber conocido la esclavitud, y es justo luchar para no llegar a ella. Todo el que ha sido 356
sometido, después de escaparse, se convierte en un esclavo rebelde, no en un amante de la libertad. Cuando Pompeyo invadió nuestra tierra[261] era el momento de haber hecho todo lo posible para evitar la entrada de los romanos. Pero 357
nuestros antepasados y sus reyes, aunque tenían mucha más riqueza, más fuerza física y más valor que vosotros, sin embargo no resistieron ni a una pequeña parte del poder romano. Y vosotros que habéis heredado de vuestros ancestros la esclavitud, pero que sois inferiores a esas primeras generaciones que fueron sometidas ¿os queréis levantar contra toda la fuerza de los romanos?

Ahí tenéis el ejemplo de los atenienses, que una vez en- 358
tregaron su ciudad a las llamas por la libertad de los grie-

[261] Cf. I 131 ss.

gos[262], y que al soberbio Jerjes, que navegaba por tierra y caminaba por el mar[263], sin retroceder ante el océano con un ejército más grande que Europa, lo persiguieron como a un esclavo, mientras huía en una sola nave. Estos atenienses que en torno a la pequeña Salamina[264] aplastaron la inmensa Asia, ahora son esclavos de los romanos, y las órdenes de Italia son las que rigen a la ciudad que estuvo al frente de la Hé-
359 lade. Los lacedemonios, tras las Termópilas y Platea, después de que Agesilao explorara Asia[265], acogen complacien-
360 temente a los mismos señores. Y los macedonios, que aún

[262] Ante la invasión de Jerjes, los atenienses, a las órdenes de Temístocles, evitaron el encuentro en tierra con los persas y abandonaron Atenas para refugiarse en Salamina, Egina y Trecén. En el 480 a. C. Jerjes saqueó y quemó la acrópolis, donde estaba refugiada la única guarnición de la ciudad.

[263] Se alude aquí al canal excavado por Jerjes en el monte Atos para evitar rodear la península de Acte, en la Calcídica (cf. Heródoto, VII 22-24), y al puente de barcos que estableció en el Helesponto para unir Grecia con Asia y así invadirla con mayor facilidad en las Guerras Médicas (Heródoto, VII 33, 36).

[264] En el desarrollo de las Guerras Médicas la batalla de Salamina supuso una victoria total para los griegos. Ante el ataque de Jerjes en el 480, los atenienses abandonaron su ciudad y provocaron el combate naval en torno a esta pequeña isla del golfo sarónico.

[265] El estrecho desfiladero de las Termópilas, que protegía la entrada de la Grecia central, fue defendido por un destacado ejército espartano, con Leónidas a la cabeza, ante el ataque frontal de los persas de Jerjes. La resistencia de los espartanos, hasta morir, supuso un importante retraso para las fuerzas enemigas y se convirtió en un modelo de disciplina y valor para todos los griegos; cf. Heródoto, VII 201-225. La batalla de Platea, en el 479 a. C., significó una rotunda victoria para Grecia sobre los persas, que conocieron aquí su último intento de dominar a los griegos. Agesilao, rey espartano junto con Lisandro, llevó a cabo con éxito una campaña militar contra los persas Tisafernes y Farnabazo en Asia Menor entre los años 397 al 394 a. C., según relata Jenofonte en *Helénicas* III 4-25 y IV 1-8.

alardean de Filipo y ven esa Fortuna[266] que con Alejandro extendió el poder sobre todo el mundo habitado, aguantan un cambio tan grande y se inclinan ante aquellos que han si-
do favorecidos por el Destino. También se han sometido 361
muchas otras naciones que tienen más motivos para exigir la libertad. Solamente vosotros rechazáis servir a los amos del mundo. ¿En qué ejército, en qué armas habéis puesto vuestra confianza? ¿Dónde está vuestra flota que se adueñará de los mares de los romanos? ¿Dónde hay tesoros sufi-
cientes para pagar vuestras expediciones? ¿Acaso creéis que 362
vais a luchar contra los egipcios o contra los árabes? ¿No os dais cuenta de la supremacía romana? ¿No vais a medir vuestra propia debilidad? ¿No es cierto que nosotros hemos sido vencidos muchas veces por los pueblos vecinos, mientras que el ejército romano nunca ha sido derrotado en todo el
mundo habitado? Pero ellos han buscado algo más que eso, 363
pues no les ha bastado tener al oriente todo el Éufrates, al norte el Istro, al sur la Libia[267] explorada hasta las regiones del desierto, y al occidente Gades[268], sino que han intentado encontrar otra tierra habitada al otro lado del océano y han llevado sus armas hasta los pueblos bretones, hasta entonces
desconocidos. ¿Es que vosotros sois más ricos que los ga- 364
los, más fuertes que los germanos, más sabios que los griegos, más numerosos que todos los habitantes del mundo?
¿Qué os mueve a levantaros contra los romanos? «Es dura la 365

---

[266] Sobre la personificación de la Fortuna o Destino en Josefo, vid. apartado 5 de la Introducción.

[267] El Istro es el río Danubio. «Libia» se emplea en la literatura grecoromana, ya desde Heródoto (II 32, por ejemplo), para designar a todo el norte de África, e incluso a todo el continente. No obstante, Josefo, un poco más adelante, II 381, enumerará los diferentes pueblos que habitaban esta zona.

[268] Cádiz.

esclavitud», dirá alguien. Pero más duro es para los griegos, que a pesar de ser el pueblo más noble de todos los que han existido bajo el sol y de ocupar un territorio muy grande, sin embargo obedecen a seis fasces romanas[269]. Al mismo número de insignias consulares están también sometidos los macedonios[270], que podían reclamar la libertad con más de-
366 recho que vosotros. ¿Y las quinientas ciudades de Asia?[271] ¿No obedecen a un solo gobernador y sus fasces consulares, sin tener ninguna guarnición militar? ¿Para qué hablar de los heníocos, de los colcos, del pueblo de los tauros[272], de las naciones del Bósforo y de las zonas próximas al Ponto y la
367 laguna Meótide[273]? Estos pueblos, que hasta entonces no habían conocido un jefe, ni siquiera propio, ahora están sometidos a tres mil soldados y cuarenta naves largas aseguran la paz en un mar que antes era innavegable y salvaje[274].
368 ¿Cuánto podrían decir en favor de la libertad Bitinia, Capadocia, Panfilia, Licia y Cilicia[275], que pagan un tributo sin

[269] Son las fasces de los lictores, es decir, las insignias que llevaban los guardias personales encargados de escoltar al gobernador de Grecia, un procónsul de rango pretoriano. Este país, sometido a Roma en el 146 a. C., se había convertido en la provincia senatorial de Acaya en el 27 a. C.

[270] Macedonia también era una provincia senatorial.

[271] Asia constituía también una provincia senatorial bajo el mando de un gobernador de rango consular. Las *Vidas de los Sofistas* de FILÓSTRATO, II 1, 4, da esta cifra de quinientas ciudades para esta provincia, lo que parece realmente un poco exagerado.

[272] Los heníocos y los colcos estaban establecidos al sur del Cáucaso, al este y al sudeste del Mar Negro. Los tauros son habitantes del surdeste del Quersoneso Táurico, la actual Crimea.

[273] El Mar de Azof.

[274] Esta zona pasó a formar parte del Imperio en el 63 d. C., cuando fue derrocado el rey del Ponto Polemón II.

[275] Sobre estos reinos clientes de Asia Menor y su conversión en provincias romanas, véase nota a I 157.

que se les obligue con las armas? Y los tracios[276], que habi-
tan un territorio de una anchura de cinco días de marcha y
siete de largo, más abrupto y mucho más protegido que el
vuestro, con un frío intenso que impide el acceso a los inva-
sores, ¿no obedecen a una guarnición romana de dos mil
soldados?[277] Sus vecinos los ilirios, que viven en la región 369
limitada por el Istro hasta Dalmacia, ¿no están sometidos
solamente a dos legiones[278], con las que ellos mismos hacen
frente a las incursiones de los dacios[279]? Y los dálmatas, 370
que tantas veces se habían rebelado por la libertad y que, a
pesar de ser siempre vencidos, reunían sus fuerzas con la
única idea de volverse a sublevar,[280] ¿no viven ahora en paz
a las órdenes de una legión romana?[281] Pero si hay alguna 371
nación que tenga grandes motivos para poder alzarse, éstos
son sobre todo los galos, que tienen las siguientes defensas
naturales: al oriente los Alpes, al norte el río Rin, al sur los
Pirineos y a occidente el océano. Pero, a pesar de tener tales 372
protecciones a su alrededor, de estar formados por trescien-

---

[276] Tracia fue provincia romana en el año 46 d. C.

[277] Se trata de las dos legiones establecidas en la Mesia, provincia con la que hacía frontera por el noroeste Tracia.

[278] Se refiere también a las dos legiones de Mesia: la VIII *Augusta* y la VII *Claudia*; cf. Tácito, *Historias* II 85.

[279] Al norte del Danubio los dacios, unificados bajo su rey Decébalo, habían planteado serios problemas durante el reinado de Domiciano. Trajano sometió este territorio en dos campañas entre el 101 y el 106 y convirtió la Dacia en provincia romana.

[280] Polibio, XXXII 13, 4-9, y Apiano, *Iliria* 11, describen la rudeza y desobediencia de los dálmatas, que se resistieron a Roma y atacaron a sus aliados en diversas ocasiones. L. Cecilio Metelo dirigió la famosa guerra dálmata que acabó por someter esta zona definitivamente entre los años 119 y 117 a. C.

[281] Según Tácito, *Historias* III 50, la legión XI *Claudia*.

tas cinco naciones[282], de tener en su propio territorio, por así decirlo, las fuentes de su prosperidad y de llenar a casi todo el mundo con sus bienes, sin embargo no se oponen a ser una fuente de recursos para los romanos y dejan que éstos
373 administren su propia riqueza. Y soportan esta situación, no por debilidad de espíritu o por su origen innoble, pues han luchado durante ochenta años[283] por su libertad, sino que sucumbieron ante el poder romano y ante su Fortuna, que es la que les ha proporcionado más éxitos que las armas. Pues bien, estos galos sirven a mil doscientos soldados[284], un núme-
374 ro poco inferior al de todas sus ciudades[285]. Ni tampoco les bastó a los iberos el oro que había en su tierra para combatir por la libertad, ni la gran distancia que por tierra y por mar les separaba de Roma, ni las belicosas tribus de lusitanos y cántabros[286], ni la proximidad del océano que produce una ma-
375 rea que da miedo incluso a la gente del lugar. Los romanos llevaron sus ejércitos más allá de las columnas de Hércules, pasaron las montañas de los Pirineos a través de las nubes y así sometieron a los iberos. Una sola legión[287] ha sido sufi-

---

[282] APIANO, *Galia* I 2, habla de cuatrocientas naciones y PLUTARCO, *César* 15, de trescientas. Según REINACH, comentario *ad loc.*, estas «naciones» son los *pagi* o «cantones» en que se dividía una *civitas*.

[283] Exactamente han pasado setenta y cinco años desde que Fulvio Flaco creara la provincia Narbonense, en el 125 a. C. , hasta el final de la campaña militar de César, en el año 51 a. C.

[284] Se refiere a las dos cohortes urbanas establecidas en Lyon, la XVII y la XVIII; cf. el comentario correspondiente de REINACH.

[285] De acuerdo con APIANO, *Galia* I 2, y PLUTARCO, *César* 15, en esta región había más de ochocientas ciudades.

[286] Alusión a las campañas contra los lusitanos, entre el 155 y 133 a. C., y contra los cántabros, del 29 al 19 a. C., cuando el propio Augusto en persona se hizo cargo de las operaciones para pacificar el norte de Hispania.

[287] La legión VI *Victrix,* que permaneció en España hasta el 69 d. C. , fecha en que proclamó emperador a Galba; cf. TÁCITO, *Historias* V 16, y SUETONIO, *Galba* 10.

ciente para custodiar a un pueblo tan difícil de combatir y tan apartado. ¿Quién de vosotros no ha oído hablar de los 376 numerosísimos germanos? Muchas veces habéis visto la fuerza y la estatura de su cuerpo, ya que los romanos en todos los lugares tienen esclavos de esta raza. Habitan un territo- 377 rio inmenso, su valor es mayor que su cuerpo, su alma desprecia la muerte y su ira es peor que la de los animales más salvajes, pero el Rin pone límite a su ardor. Cuando ocho legiones romanas los sometieron[288], los prisioneros fueron esclavizados y el resto de la población huyó para salvarse. Mirad también las fortificaciones de los britanos, vosotros 378 que confiáis en las murallas de Jerusalén. Pues también a éstos, a pesar de estar rodeados por el océano y de vivir en una isla casi tan grande como la tierra habitada por nosotros[289], han subyugado los romanos después de navegar hasta ellos. Cuatro legiones[290] guardan esta isla tan extensa. ¿Qué necesidad hay de hablar más, si también los partos, el pueblo más guerrero de todos, que ha dominado a tantas 379 naciones y que estaba provisto de un grandísimo poder, envían rehenes a Roma y en Italia se puede ver a la nobleza de Oriente esclavizada bajo el pretexto de la paz[291]? Y ahora, 380 cuando casi todos los que viven bajo el sol están sometidos al dominio romano ¿vosotros sois los únicos que vais a lu-

[288] En tiempos de Vespasiano entre la Germania Superior y la Inferior había ocho legiones: la I *Adiutrix*, la VIII *Augusta*, la XI *Claudia*, la XVI *Gemina*, la VI *Victrix*, la XXI *Rapax*, la XXII *Primigenia* y la X *Gemina*, que procedente de España se había unido a las anteriores.

[289] No parece que se trate de «todo el mundo habitado», sino sólo de Palestina.

[290] La II *Augusta*, la IX *Hispana*, la XIV *Gemina Martia Victrix* y la XX *Valeria Victrix*.

[291] Los *Anales* de Tácito, XV 29, cuentan la historia del rey de Armenia Tiridates I, que en el año 66, cuando fue a Roma a recibir de Nerón el título real, permaneció allí como un auténtico rehén.

char contra ellos sin tener en cuenta el final de los cartagineses, que sucumbieron bajo la diestra de Escipión[292], a pesar de su orgullo por el gran Aníbal y por su noble ori-
381 gen fenicio? Ni los cireneos, descendientes de los lacedemonios[293], ni los marmáridas, tribu que se extiende hasta la región seca, ni los sirtes, terribles sólo con oírlos, ni los nasamones, ni los moros, ni la inmensa multitud de los
382 númidas[294] han quebrantado el valor de los romanos. También sometieron totalmente aquella tercera parte del mun-

---

[292] Publio Cornelio Escipión, conocido como el Africano, fue el héroe de de la victoria de Roma frente a los cartagineses en el 220 a. C. en la batalla de Zama.

[293] Aunque Cirene había sido ya colonizada por griegos guiados por Bato en el 631, sin embargo se intensificó la presencia helena en el 573 con la llegada de colonos dorios procedentes fundamentalmente de Lacedemonia. Inicia aquí Josefo una enumeración de algunos de los pueblos que dibujaban la gran variedad tribal del norte de África. Roma mostró desde el principio un destacado interés por dominar esta franja de la costa africana para así garantizar la paz frente a los posibles ataques procedentes de los desiertos del sur. Para una visión general de esta zona en la Antigüedad puede consultarse el libro de F. Decret y M. Fantar, *L'Áfrique du Nord dans l'antiquité*, París, 1981.

[294] El pueblo de los marmáridas estaba ubicado en el norte de África, entre Egipto y la Cirenaica, al sur de la Gran Sirte; cf. Estrabón, XIII 798, 825, y Diodoro de Sicilia, III 49, 1. Los sirtes habitaban la Sirte, que era una zona poco profunda del Mar Mediterráneo entre Tunicia, Tripolitana y Cirenaica. En la Antigüedad se distinguían dos Sirtes, la Gran Sirte, el actual Golfo de Sidra, en Libia, al norte de la Pequeña Sirte, el Golfo de Qâbes. Los nasamones eran una de las tribus de Libia, también de la zona de las Sirtes; cf. Estrabón, XVII 3, 20. Los moros *(mauri)*, eran una tribu que habitaba el antiguo reino del monarca Boco. Se trata de Mauritania, tal como ésta era conocida en la historiografía antigua, a saber, la zona que se extiende desde el Atlántico hasta la desembocadura del río Ampsaga en la Numidia. Los númidas son otro de los pueblos del norte de África, entre Mauritania y el territorio cartaginés.

do[295], cuyas naciones no es fácil de enumerar, limitada por el Océano Atlántico y las columnas de Hércules y que nutre hasta el Mar Rojo a una grandísima cantidad de etíopes. Es- 383
tos pueblos, además de las cosechas anuales, que alimentan durante ocho meses a la población de Roma, pagan todo tipo de tributos, aportan de forma voluntaria las contribuciones necesarias para la administración del Imperio y, al contrario de vosotros, no consideran como un ultraje ninguna de las órdenes, aunque solamente está con ellos una legión[296].
Pero ¿qué necesidad hay de ir tan lejos para demostraros el 384
poder romano, cuando es posible hacerlo con el caso de
Egipto, que está tan cerca? Tampoco rechaza la dominación 385
de Roma este país, que al extenderse hasta Etiopía y hasta la Arabia Feliz, es el puerto de la India y tiene siete millones quinientos mil habitantes[297], sin contar los que viven en Alejandría, como se puede ver por la recaudación de los tributos. No obstante, Egipto tiene en Alejandría un punto importante para la insurrección a causa de la gran cantidad de personas que viven en ella y de su riqueza, además de por su extensión. Tiene treinta estadios de largo y no menos de 386
diez de ancho[298]. Cada mes proporciona a los romanos un tributo mayor que el que vosotros dais en un año y, junto con el dinero, envía a Roma trigo para cuatro meses[299]. La ciudad de Alejandría está protegida por todas partes por desiertos infranqueables, por mares sin puerto, por ríos o por

[295] África.

[296] La legión III *Augusta*.

[297] Diodoro de Sicilia, I 31, transmite la cifra de siete millones para Egipto y en XVIII 52 añade que Alejandría alcanzaba hasta trescientos mil habitantes.

[298] Estas medidas no coinciden totalmente con las expuestas por Estrabón, XVII 1, 8: diez estadios de largo y entre siete y ocho de ancho.

[299] Pues como se acaba de decir en II 383, las regiones de África proporcionan el trigo a Roma durante los ocho meses restantes.

387 pantanos. Pero nada de esto ha tenido tanta fuerza como la Fortuna romana: dos legiones[300], asentadas en esta ciudad, frenan al profundo Egipto y al mismo tiempo a la nobleza
388 de Macedonia[301]. ¿Qué aliados de guerra vais a conseguir vosotros de las zonas deshabitadas? Pues en el mundo habitado todos son romanos. A no ser que pongáis nuestras esperanzas más allá del Éufrates y penséis que van a venir a
389 ayudarnos nuestros hermanos de raza los adiabenos[302]. Sin embargo, éstos no entrarán en una guerra de tal envergadura por una causa absurda, ni se lo permitirán los partos, en caso de que ellos tomaran esta mala decisión. Estos últimos tienen cuidado de no romper la tregua con Roma y se considerará que han violado el tratado, si alguno de los pueblos que están bajo su dominio se alza contra los romanos[303].
390 Sólo nos queda refugiarnos en la alianza divina. Pero Dios también está de parte de los romanos[304], puesto que sin él
391 habría sido imposible crear un poder tan grande. Tened en cuenta lo difícil que será mantener puros vuestros preceptos religiosos, aunque luchéis contra enemigos inferiores, y pen-

---

[300] En el 67 d. C. estaban allí la III *Cirenaica* y la XXII *Dejotariana*; cf. TÁCITO, *Historias* V 1.

[301] Es decir, a los reyes de la dinastía de los Ptolomeos.

[302] Como se ha dicho en I 6 y en *Antigüedades* XX 17 ss. la familia real de Adiabene se había convertido al judaismo.

[303] En este discurso de Agripa II se expresa perfectamente una de las finalidades de la obra de Josefo: disuadir a todo el Oriente, concretamente a los partos y a los judíos del otro lado del Éufrates, de una posible insurrección contra Roma; cf. el Prefacio y el apartado 5 de la Introducción. No obstante, DIÓN CASIO, LXVI 4, 3, no creía que los judíos del Imperio Romano y los de territorio parto estuvieran dispuestos a ayudar a los rebeldes de Jerusalén.

[304] Este tipo de expresiones (cf. también I 390, III 393 ó V 367) son un ejemplo de esa «teología» flaviana que busca dar una autoridad divina y transcendente a la actuación romana en Judea y, en definitiva, presentar la guerra contra los judíos como fruto del designio divino.

sad que, si os veis obligados a transgredir las leyes, por las que esperáis tener a Dios por aliado, haréis que él os dé la espalda. Si observáis el precepto de los sábados sin realizar 392
ninguna actividad, seréis vencidos fácilmente, como lo fueron vuestros antepasados por Pompeyo, quien hizo más intenso el asedio precisamente en esos días en los que los sitiados observaban el descanso[305]. Y si en la guerra trans- 393
gredís la ley de vuestros padres, no sé para qué vais a seguir luchando, pues vuestra única preocupación es la de no abolir ninguna de vuestras costumbres patrias. ¿Cómo vais a lla- 394
mar a Dios en vuestra ayuda, si incumplís voluntariamente su culto? Todos los que emprenden una guerra confían en la ayuda divina o humana. Pero cuando probablemente faltan la una y la otra, los que van a luchar eligen una derrota segura. ¿Qué os impide matar con vuestras propias manos a 395
vuestros hijos y a vuestras mujeres y quemar esta patria tan hermosa? Si llegáis a este extremo de locura, os evitaréis, al menos, la vergüenza de la derrota. Lo mejor, amigos míos, 396
lo mejor es prever la tormenta que se avecina mientras el barco todavía está en el puerto, antes que zarpar para morir en medio de la tempestad. Pues los que de forma imprevista se ven envueltos en las calamidades nos inspiran compasión, mientras que el que se lanza a un seguro desastre es merecedor también del oprobio. A no ser que alguno crea que va 397
a emprender la guerra mediante un pacto y que los romanos, cuando nos venzan, nos tratarán con moderación y no quemarán nuestra sagrada ciudad ni matarán a toda nuestra raza para servir de ejemplo a los demás pueblos. Y los que consigáis sobrevivir no encontraréis un lugar a donde huir, pues todas las naciones tienen a los romanos como señores o te-

[305] Alude a las obras de asedio de Jerusalén en sábado por parte de Pompeyo; cf. I 146.

398 men tenerlos. Pero el peligro no sólo afecta a los judíos de aquí, sino también a los que habitan las demás ciudades[306], pues no hay pueblo en todo el mundo donde no haya una
399 parte de nuestra nación[307]. Si vosotros vais a la guerra, los enemigos los matarán y la sangre judía llenará todas las ciudades por culpa de la mala decisión de unos pocos. Serán perdonados los que realicen estas ejecuciones. Pero en caso de que no se lleve a cabo esta matanza, pensad que es también un crimen alzarse en armas contra unas personas tan
400 humanas. Si no os compadecéis de vuestros hijos y mujeres, al menos tened piedad de esta vuestra metrópoli y de sus sagrados recintos. Preservad el santuario y conservad para vosotros mismos el Templo[308] y sus objetos sagrados, pues los romanos, cuando os derroten, no los respetarán, ya que se les ha pagado con ingratitud por haberlos tratado antes
401 con consideración. Pongo por testigos a vuestros sagrados lugares, a los santos ángeles de Dios y a nuestra patria co-

---

[306] Agripa II alude al peligro de que esta guerra afecte a la amplia Diáspora judía. Sin embargo, más allá de Palestina y de las zonas limítrofes la participación en la revuelta y las consecuencias de la misma fueron bastante modestas. Los judíos de la Diáspora y de Palestina nunca van a luchar juntos: la Diáspora se mantuvo al margen de la gran guerra del 66, luego fue muy activa en la heroica rebelión contra Trajano, del 115 al 117, y dejó solos a los hebreos de Judea en la conocida sublevación de Bar Kochba contra Adriano entre el 132 y 135; cf. E. M. Smallwood, *The Jews under Roman Rule*, Leiden, 1976, págs. 356-388.

[307] En términos similares se expresa también Josefo en *Contra Apión* II 282, Filón, *Embajada a Cayo* 281-283, al reproducir la carta de Agripa I al emperador Calígula, y Estrabón, XIV 7, 2. Un habitante de cada diez del Imperio Romano era judío, es decir, entre seis y ocho millones. En concreto en Egipto uno de cada ocho era de raza hebrea; cf. J. Juster, *Les juifs dans l'empire romain, leur condition juridique, économique et sociale*, París, 1914, págs. 209-212.

[308] Para la ubicación del santuario dentro del Templo, vid. nota a I 149.

mún de que no he omitido nada que convenga a vuestra salvación. Si tomáis la decisión debida, disfrutaréis conmigo de la paz, mientras que, si os dejáis llevar por la pasión, os enfrentaréis al peligro sin mí».

Cuando acabó de hablar, rompió a llorar junto con su 402
hermana. Sus lágrimas calmaron bastante el ímpetu del pueblo. La muchedumbre gritaba que no luchaban contra los romanos, sino contra Floro, por los males que habían padecido con él. Ante estos gritos el rey Agripa replicó: «Pero 403
vuestros hechos son propios de gente que está en guerra contra los romanos: no habéis dado el tributo a César[309] y habéis demolido los pórticos de la Torre Antonia. Os libra- 404
réis de la acusación de rebelión, si reconstruís estos pórticos y si pagáis el impuesto, pues la fortaleza no es de Floro ni es a Floro al que vais a dar vuestro dinero».

Agripa es expulsado de Jerusalén

El pueblo, convencido por estas pala- 405
bras, subió al Templo con el rey y con Berenice para empezar la reconstrucción de los pórticos. Mientras, los magistrados y los miembros del consejo[310] iban por las aldeas recaudando el tributo. Enseguida reunieron los cuarenta talentos que les faltaban. De esta foma Agripa alejó 406
entonces la amenaza de guerra. A continuación trató de convencer al pueblo para que obedeciera a Floro hasta que César enviara a otro procurador que lo sustituyera. Los judíos, indignados por esta recomendación, insultaron al rey y lo desterraron de la ciudad. Algunos de los amotinados se atrevieron incluso a lanzarle piedras. El rey, cuando vio que 407
era imposible contener el ardor de los rebeldes e indignado

309 Cf. nota a II 293.

310 En el caso de Jerusalén sería más correcto hablar del sanedrín que del consejo; cf. nota a II 273.

por los ultrajes recibidos, envió a Cesarea, ante Floro, a los magistrados y a los notables judíos para que aquél eligiera de entre ellos a los que debían recaudar los impuestos por la región. Hecho esto, Agripa se retiró a su reino[311].

Empieza la revuelta. División interna entre los judíos

408 En este momento, algunos de los que más incitaban a la guerra se reunieron para asaltar una fortaleza llamada Masadá. Tras apoderarse de ella por sorpresa, degollaron a la guarnición romana y pusieron en su lugar a otros soldados suyos.
409 Al mismo tiempo, Eleazar, hijo del sumo sacerdote Ananias, un joven muy audaz que entonces era el comandante del Templo[312], convenció a los que oficiaban los cultos religiosos para que no aceptaran ofrendas y sacrificios de ningún extranjero[313]. Éste fue el comienzo de la guerra contra los romanos, dado que significaba rechazar las víctimas ofreci-
410 das por los romanos y por César. A pesar de que los sumos sacerdotes y los notables judíos les pidieron con insistencia que no acabaran con la costumbre de hacer sacrificios por los gobernantes, sin embargo ellos no cedieron. Confiaban mucho en su gran número, pues contaban con la parte más destacada de los rebeldes, y, sobre todo, tenían sus ojos puestos en el comandante del Templo, Eleazar.

411 Ante esta situación se reunieron los ciudadanos influyentes con los sumos sacerdotes y con los principales fariseos para deliberar sobre las ya irremediables desgracias del momento. Se tomó la decisión de intentar convencer a los sediciosos con palabras, y se convocó al pueblo delante de

---

[311] Los territorios de este reino han sido fijados en II 247 y 252.

[312] Sobre este cargo, cf. nota a I 652.

[313] En II 197 se ha hablado de la importancia de este culto romano en el Templo de Jerusalén.

la puerta de bronce que está en el interior del Templo, en la
parte que da hacia el este[314]. Empezaron por expresar su 412
malestar por el intento de rebelión y por arrastrar a su patria
a una guerra de tal calibre. Después les hicieron ver que era
absurda la excusa que ponían, pues sus antepasados habían
adornado el Templo, en gran parte, gracias a los extranjeros
y siempre habían aceptado las ofrendas hechas por pueblos
foráneos[315]. Y que no sólo no habían prohibido los sacrifi- 413
cios de nadie, pues esto sería algo muy impío, sino que ade-
más habían expuesto alrededor del Templo estas ofrendas,
que han permanecido ahí durante tanto tiempo y que aún se
pueden ver[316]. Sin embargo ahora, al incitar a los romanos a 414
empuñar las armas contra ellos y al querer que les declaren
la guerra, posibilitan la introducción de un nuevo culto ex-
tranjero y corren el riesgo de que se acuse de impiedad a Je-
rusalén, pues los judíos son el único pueblo donde un ex-
tranjero no podrá adorar a Dios ni hacer sacrificios. Y si 415
alguien propusiera esta ley solamente para un simple ciuda-
dano, ellos se indignarían como si se tratara de una norma
inhumana, en cambio permiten que los romanos y César
estén fuera de la ley. Por consiguiente, existe el temor de 416

---

[314] Esta puerta será descrita con detalle en V 201.

[315] *II Macabeos* 3, 2, menciona esta práctica en el caso del rey Seleuco IV. El propio Josefo nos transmite más noticias a este respecto: el caso de Alejandro Magno que hizo sacrificios en Jerusalén (cf. *Antigüedades* XI 329-330) , el de Ptolomeo III (cf. *Contra Apión* II 48) o Antíoco VII Sidetes (cf. *Antigüedades* XIII 242-243).

[316] Era muy frecuente que los gentiles dejaran en el Templo ofrendas votivas. Por ejemplo, los monarcas ptolemaicos hicieron un gran número de regalos (cf. *II Macabeos* 3, 2; 5, 16, y *Contra Apión* II 48-49), Sosio, cuando colaboró con Herodes en la conquista de Jerusalén, ofreció una corona de oro (cf. *Antigüedades* XIV 488), e incluso los emperadores, como Augusto y su esposa Julia, ofrendaron vasos sagrados (cf. FILÓN, *Embajada a Cayo* 157).

que, después de haber abolido los sacrificios en favor de Roma, se les prohíba también realizar los suyos, y de que la ciudad quede al margen de la legalidad, si no entran pronto en razón y permiten de nuevo la inmolación de las víctimas para así reparar el ultraje, antes de que llegue a oídos de las personas ofendidas.

417 Mientras exponían estos razonamientos, hicieron comparecer ante el pueblo a los sacerdotes expertos en sus tradiciones patrias para que les expusieran que todos sus antepasados habían aceptado los sacrificios de los extranjeros. Ninguno de los amotinados les hizo caso, ni tampoco cedieron los encargados del culto. De esta forma dieron paso al
418 comienzo de la guerra. Cuando los ciudadanos poderosos se dieron cuenta de que ya no podían impedir la revuelta y de que la cólera de los romanos caería primero sobre ellos, no quisieron que se les echara la culpa de ello y enviaron unos embajadores a Floro, con Simón, hijo de Ananías, a la cabeza, y otros a Agripa, entre los que se encontraban personajes de la talla de Saúl, Antipas y Costobar[317], que pertenecían a
419 la familia del rey. A ambos les pidieron que fueran a Jerusalén con un ejército para acabar con la rebelión, antes de que
420 fuera imposible dominarla. Para Floro este hecho fue una estupenda noticia y, como quería que estallara la guerra, no
421 dio ninguna respuesta a los embajadores. En cambio Agripa, que estaba preocupado de la misma manera por los sublevados y por aquellos contra los que se estaba preparando la guerra, que quería conservar a los judíos dentro del Imperio de Roma, sin perder su Templo y su metrópoli, y que era consciente de que esta revuelta no le iba a proporcionar ningún beneficio, envió para defender al pueblo a dos mil jinetes de Auranítide, Batanea y Traconítide, a las órdenes

[317] En II 556 se especificará que Saúl y Costobar son hermanos.

del jefe de la caballería Darío y del general Filipo[318], hijo de Jácimo.

Los notables judíos, junto con los sumos sacerdotes y 422
con todo el pueblo que deseaba la paz, se llenaron de valor con estos refuerzos y se apoderaron de la Ciudad Alta[319],
pues los rebeldes ocupaban la parte baja y el Templo. No 423
dejaban de lanzarse piedras y de hacer uso de las hondas. Constantemente iban las flechas de un lado a otro. Había ocasiones en que salían en grupos y se enfrentaban cuerpo a cuerpo. Los amotinados eran superiores por su audacia, mientras que los partidarios del rey lo eran por su expe-
riencia. Estos últimos luchaban, sobre todo, para apoderarse 424
del Templo y expulsar a los que profanaban el santuario, mientras que los rebeldes de Eleazar querían tomar la Ciudad Alta para así incorporarla a las posiciones que ya ocupaban. Durante siete días tuvo lugar una gran matanza entre ambos bandos, sin que ninguno de ellos cediera la parte del territorio que había conquistado.

Intervención de los sicarios

Al día siguiente era la fiesta de la Xi- 425
loforia[320], en la que era costumbre que todos llevaran leña al altar para que al fuego, que siempre tiene que estar encendido[321], no le faltara nunca combustible. Durante esta celebración los que ocupaban el Templo impidieron el

[318] Las actividades de este personaje, lugarteniente del rey Agripa, son mencionadas en *Autobiografía* 46 ss. y en *Antigüedades* XVII 29-31.

[319] Cf. nota a II 305.

[320] El 14 del mes de Ab, en la primera quincena de nuestro agosto, tenía lugar la fiesta de las ofrendas de árboles, de la leña que ardía en el altar del Templo. Esta celebración aparece ya en *Nehemías* 10, 35, junto con una serie de prescripciones encaminadas al mantenimiento del culto en el Templo de Jerusalén.

[321] Ya el *Levítico* 6, 6, y 24, 2-4, prescribe este fuego perpetuo en el altar.

acceso al culto a sus adversarios y cobraron nuevas fuerzas para continuar sus ataques, cuando se incorporaron a ellos muchos sicarios[322] que se habían infiltrado entre el pueblo llano, pues este era el nombre que se daba a los bandidos que llevaban escondidos puñales en los pliegues de su ropa.
426 Las fuerzas del rey fueron vencidas por el número y la audacia de los rebeldes y se vieron obligados a retirarse de la Ciudad Alta. Entonces los otros se precipitaron sobre la casa del sumo sacerdote Ananías y el palacio de Agripa y Bere-
427 nice[323] y les prendieron fuego. A continuación incendiaron los archivos[324] para hacer desaparecer los contratos de los préstamos y así impedir que se cobraran las deudas. De esta forma se uniría a ellos la gente endeudada y los pobres se levantarían contra los ricos impunemente. Como los que se hallaban al cargo de la oficina de los archivos habían huido, quemaron el
428 lugar. Cuando acabaron con los puntos neurálgicos de la ciudad, se dirigieron contra sus enemigos. Entonces, algunos de los poderosos y de los sumos sacerdotes se escondieron en ga-
429 lerías subterráneas[325], y otros huyeron con los soldados del rey al palacio situado más arriba[326] y cerraron inmediatamente sus puertas. Con ellos estaba el sumo sacerdote Ananías, su hermano Ezequías y los que habían ido como embajadores ante Agri-

[322] Cf. nota a II 254.

[323] Seguramente se trata del palacio de los Asmoneos o, más exactamente, de alguno de los anexos construidos por Agripa II; cf. *Antigüedades* XX 189 ss.

[324] Este archivo estaba situado en el Acra, junto al lugar de reunión del Sanedrín; cf. el comentario de Reinach al respecto.

[325] Jerusalén estaba minada por un gran número de galerías subterráneas que desempeñaron un papel bastante importante en las actividades de asedio y defensa de la ciudad; cf. por ejemplo el caso de la toma de esta ciudad por Herodes en I 350.

[326] El palacio del rey Herodes, que como se dijo en I 402 estaba situado en la parte alta de la ciudad.

pa[327]. Entonces los amotinados, contentos con su victoria y con lo que habían incendiado, pusieron fin a sus hostilidades.

Al día siguiente, que era el día quince del mes de Lo- 430
os[328], atacaron la Torre Antonia y, tras asediar a su guarnición durante dos días, cogieron a sus soldados, los ejecutaron y quemaron la fortaleza. Seguidamente se dirigieron al 431
palacio, en el que estaban refugiados los partidarios del rey, se distribuyeron en cuatro grupos e intentaron el asalto a las murallas. Ninguno de los que estaba dentro se atrevía a salir a causa de la cantidad de individuos que los sitiaban. Se colocaron a lo largo de los muros y de las torres y disparaban a los que se acercaban. Muchos de los bandidos cayeron al pie de las murallas. El combate no se interrumpió ni de 432
noche ni de día, ya que los rebeldes creían que los sitiados se rendirían ante la falta de alimentos, mientras que los de dentro confiaban en que los sitiadores harían lo mismo a causa de la fatiga.

Manahem, jefe de los sediciosos. Derrota de la guarnición romana

Entretanto, un tal Manahem, hijo de 433
Judas, llamado el Galileo[329], un terrible doctor[330] que en tiempos de Quirino[331] había reprochado a los judíos el hecho de someterse a los romanos además de a

[327] Cf. II 418.

[328] Mes del calendario macedónico que equivale al mes de Ab hebreo y, más o menos, a nuestro agosto.

[329] Cf. nota a II 118.

[330] Sobre el sentido de este término, vid. nota a I 648.

[331] P. Sulpicio Quirino fue el encargado de realizar en Judea, como legado imperial, un censo de sus habitantes y propiedades en el 6 ó 7 d. C., según menciona también *Lucas* 2, 1-5. Sobre los problemas planteados acerca de la cronología de este censo y otras cuestiones adyacentes pueden consultarse las obras de SCHALIT, *König...*, págs. 274-281, y SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 515-550.

Dios, se retiró a Masadá con un grupo de allegados[332].
434 Abrió a la fuerza el depósito de armas de Herodes, que allí había, y armó a sus hombres y a otros bandidos para hacer de ellos su guardia personal. Llegó a Jerusalén como un rey, se hizo jefe de la revuelta y se encargó de dirigir el asedio.
435 Pero no tenían máquinas y, al ser atacados desde arriba, les era imposible minar la muralla a la luz del día. Entonces, desde un lugar muy distante cavaron una galería subterránea que llegara hasta una de las torres, la apuntalaron y luego prendieron fuego a los maderos que la sujetaban y salieron
436 fuera. Cuando se quemaron totalmente los soportes, la torre se desplomó súbitamente, pero apareció otro muro que estaba construido detrás[333]. Los sitiados, que preveían esta operación, quizá también porque se produjo algún temblor de la torre cuando era minada, habían levantado una segunda
437 protección. Al ver este muro inesperado, los asaltantes, que estaban ya confiados en dominar la situación, se quedaron atónitos. Por su parte, los de dentro enviaron embajadores a Manahem y a los jefes de la revuelta con la petición de que les permitieran salir mediante un acuerdo. Esto se les permitió sólo a los soldados del rey y a los nativos del lugar, que
438 abandonaron la fortaleza. Un desánimo se adueñó de los romanos cuando se quedaron solos, pues ya no podían hacer frente a tan gran cantidad de gente y para ellos suponía una vergüenza pedir unos acuerdos de capitulación, además de
439 que no se fiarían de ellos, aunque se los concedieran. Por ello, abandonaron el campamento, que era fácil de tomar, y huyeron a las torres del palacio real, llamadas Hípico, Fa-

---

[332] Cf. II 408.

[333] Este sistema de defensa basado en construir un muro de refuerzo en la parte interior de la ciudad ha sido ya utilizado en la toma de Jerusalén por Herodes en I 350.

sael y Mariamme[334]. Los hombres de Manahem se lanzaron 440
sobre los lugares que habían abandonado los soldados y mataron a todos los que se encontraban y que no les había dado tiempo salir de allí. Robaron su bagaje y quemaron el campamento. Estos hechos tuvieron lugar el día sexto del mes de Gorpieo[335].

Al día siguiente fue detenido el sumo sacerdote Ana- 441
nías, que estaba escondido en las proximidades del canal[336] del palacio real, y fue ejecutado por los bandidos junto con su hermano Ezequías[337]. Los amotinados pusieron cerco a las torres y establecieron allí la guardia para que no escapa-
ra ninguno de los soldados. La conquista de los lugares for- 442
tificados y la muerte del sumo sacerdote Ananías había enardecido a Manahem hasta llegar a la crueldad. Éste, que creía que no existía otro igual a él para dirigir la situación,
se convirtió en un tirano insoportable. Sin embargo, los 443
hombres de Eleazar se sublevaron contra él. Entre ellos se decían que, después de haberse levantado contra los romanos por afán de libertad, no debían entregar esta libertad a un verdugo de su propia patria y aguantar a un jefe que, aunque no hubiera cometido ningún acto violento, sin embargo era inferior a ellos. Y si era necesario que alguno estuviera al frente del Estado, cualquiera sería más apropiado que aquél.
Se pusieron de acuerdo y le echaron mano en el Templo. Allí 444
había subido a rezar, con su actitud arrogante y vestimenta
real, pertrechado de partidarios suyos armados. Los hom- 445

[334] Estas tres torres de la parte norte del palacio de Herodes serán descritas en V 163-171.

[335] Mes del calendario macedónico, que se corresponde con el hebreo Elul y con septiembre en el cómputo juliano.

[336] Como se describirá en V 181, había un gran número de canales en los jardines del palacio real.

[337] Cf. II 429.

bres de Eleazar se precipitaron contra él y el resto del pueblo, lleno de rabia, cogió piedras y las lanzó contra el sabio Manahem, pues pensaban que acabarían con toda la revuel-
446 ta, una vez que este personaje fuera eliminado. Los partidarios de Manahem resistieron durante un tiempo, pero cuando vieron que toda la multitud venía contra ellos, cada uno huyó por donde pudo. Se produjo, entonces, la matanza de los hombres que se iban encontrando, y se buscaba a los que
447 se habían escondido. Se salvaron unos pocos, que habían huido ocultamente a Masadá. Con ellos iba Eleazar, hijo de Jairo, de la familia de Manahem, que más tarde fue el tirano
448 de Masadá[338]. Capturaron al propio Manahem, que se había refugiado en un lugar llamado Ofla[339] y que estaba escondido allí de un modo humillante, lo arrastraron a la vista de todos y, tras someterlo a muchos tormentos, acabaron con su vida. Lo mismo ocurrió con sus lugartenientes y con Absalón, el más famoso ejecutor de su tiranía.

449 Como dije[340], el pueblo había colaborado en estos hechos por la esperanza de que así hubiera alguna solución para el conjunto de la revuelta. Sin embargo, los conspiradores no mataron a Manahem para acabar con la guerra, sino para
450 seguir luchando con más seguridad. Y así, aunque el pueblo pedía a los soldados muchas veces que levantaran el asedio, sin embargo ellos ponían más empeño en continuarlo. Cuando los hombres de Metilio, que era el prefecto romano, ya no pudieron resistir más, enviaron emisarios ante los partidarios de Eleazar con la única petición de poder salvar sus vidas me-

---

338 VII 275-388.

339 Cerro rocoso situado en la zona sudeste de Jerusalén, entre el Templo y la Ciudad de David. A los pies de esta colina brota la fuente Guijón y sobre ella se asentaba el palacio real de David; cf. *II Crónicas* 27, 3, e *Isaías* 32, 14.

340 II 445.

diante una capitulación y con la promesa de entregar sus armas y todo lo que tenían. Los rebeldes aceptaron su demanda 451
y les enviaron a Gorion, hijo de Nicomedes, a Ananías, hijo de Sadoc, y a Judas, hijo de Jonatán, para que establecieran con ellos los tratados y los juramentos. Hecho esto, Metilio bajó con sus soldados. Mientras estos últimos estuvieron arma- 452
dos, ninguno de los sediciosos les atacó ni dio muestras de sus malas intenciones. Pero cuando, según lo pactado, los romanos entregaron sus escudos y sus espadas y ya se disponían a retirarse sin sospechar nada, los hombres de Eleazar 453
fueron contra ellos, los rodearon y los mataron. Los romanos no se defendían ni pedían clemencia, solamente reclamaban a gritos que se cumplieran los tratados y los juramentos. Con esta crueldad fueron asesinados todos, excepto 454
Metilio, pues fue el único que suplicó que le perdonaran la vida con la promesa de convertirse en judío e, incluso, de circuncidarse[341]. No obstante, la pérdida de los romanos no fue muy considerable, ya que se habían perdido unos pocos soldados de un ejército inmenso, mientras que para los judíos este acontecimiento suponía ya el preludio de su destrucción. La gente se puso a hacer manifestaciones de duelo 455
públicamente, al ver que ya había motivos insalvables para ir a la guerra y que la ciudad estaba manchada por un crimen tan grande que hacía esperar lógicamente un castigo divino[342], aunque no se tratara de la venganza de los romanos. La ciudad se llenó de tristeza y todas las personas moderadas estaban inquietas ante el hecho de que ellos fueran

---

[341] Flavio Josefo manifiesta en *Autobiografía* 113 su oposición a obligar a los gentiles a adoptar las normas religiosas judías.

[342] La guerra de Roma contra los judíos es considerada por Josefo como un castigo divino, como el resultado de un plan de Dios fijado ya de antemano. Esta idea ha sido retomada por los cristianos en su lucha apologética contra el judaísmo; cf. apartado 5 de la Introducción.

456 castigados por culpa de los rebeldes. Pues la matanza había tenido lugar en sábado, día en el que los judíos, por su religión, no realizan ningún trabajo, ni siquiera las labores normales[343].

Matanza de judíos en Cesarea y en Siria

457 El mismo día y a la misma hora, como si de una Providencia divina se tratara, los habitantes de Cesarea asesinaron a los judíos que vivían en su ciudad[344], de tal manera que en una hora degollaron a más de veinte mil y toda Cesarea[345] quedó vacía de judíos. Pues Floro también capturó a los que huían y los llevó encadena-
458 dos a los astilleros. Todo el país se revolvió ante este desastre de Cesarea. Los judíos se distribuyeron en grupos y saquearon las aldeas de Siria y las ciudades próximas de
459 Filadelfia, Hesbón[346], Gerasa, Pela y Escitópolis. Después fueron contra Gadara, Hipo y la Gaulanítide, y, tras sembrar la destrucción y la quema por unos lugares y por otros, llegaron a Cadasa[347], ciudad de los tirios, Ptolemaida, Gaba y
460 Cesarea[348]. No resistieron a sus ataques ni Sebaste ni Asca-

---

343 Según una tradición judía, conservada en el *Megillath Taanith* VI (b), estos hechos tuvieron lugar el día 17 del mes de Elul, es decir Gorpieo en el calendario macedónico.

344 En II 292 se ha dicho que los judíos se trasladaron a Narbata, por lo cual o permanecieron en la ciudad o regresaron después de los primeros tumultos contra ellos.

345 Cesarea Marítima; cf. I 80.

346 En la Transjordania, actual Tell Hesban, al sur de Ammán; cf. ABEL, *Géographie...*, II, págs. 348-349.

347 La ciudad bíblica de Quedes (*Jueces* 4, 6), al noroeste del lago Merom, en la frontera de Galilea y Tiro; cf. ABEL, *Géographie...*, II, pág. 416.

348 Gaba es la actual Jeba, en Galilea, a 10 kilómetros al norte de Jerusalén. La ciudad fue construida por Herodes para los veteranos de su caballería, según se dirá en III 36 y *Autobiografía* 115. Seguramente sea la Geba del Carmelo citada por PLINIO, *Historia natural* V, 75. Esta Cesarea

lón y, una vez que estas localidades fueron arrasadas por el fuego, devastaron Antedón y Gaza. En los alrededores de cada una de estas ciudades fueron saqueadas también muchas aldeas y tuvo lugar una gran matanza entre los hombres que capturaban.

Por su parte los sirios no mataron a un número menor 461
de judíos, sino que ellos mismos también degollaron a los que se encontraban en las ciudades, no sólo por odio, como ocurría antes, sino ahora también para adelantarse al peligro
que se les avecinaba. Unos disturbios terribles se apodera- 462
ron de toda Siria: todas las ciudades se dividieron en dos bandos, y la única forma de salvarse era que los unos se an-
ticiparan a dar muerte a los otros. Pasaban los días entre 463
sangre, y las noches, por el miedo, eran aún peores. Pues cada uno de los sirios, aunque creía que se había librado de los judíos, sin embargo tenía bajo sospecha a los simpatizantes de los hebreos. Nadie se atrevía decididamente a matar a este grupo ambiguo que había entre ellos, pero temían a esta población mixta como si fueran claramente extranje-
ros. Incluso los que antes habían parecido más pacíficos eran 464
ahora empujados por la avaricia a cometer crímines contra los enemigos. Se robaban impunemente los bienes de las personas asesinadas y se llevaban a sus propias casas los despojos de las víctimas, como si se tratara de una batalla. Era considerado un individuo famoso aquel que más provecho había sacado, dado que éste era el que había asesinado a más gente.
Se podían ver las ciudades llenas de cadáveres sin sepultar y 465
tirados en el suelo los cuerpos de ancianos, de niños pequeños y de mujeres, a las que no habían dejado nada que cu-

---

parece bastante improbable que se trate de Cesarea Marítima, la sede del procurador romano. Más lógico sería entender aquí Cesarea de Filipo, situada en Galilea, como los otros enclaves aquí citados.

briera su pudor. Toda la provincia se llenó de desgracias inenarrables, pero aún peor que las crueldades que tenían lugar cada día era la tensión que producía la amenaza de nuevos males.

466 Hasta este momento, los judíos habían tenido enfrentamientos con extranjeros. Sin embargo, al invadir Escitópolis, se granjearon la enemistad de los hebreos que vivían en aquella zona[349]. Éstos, tras anteponer su propia seguridad a sus comunes raíces judías, apoyaron a los habitantes de Escitópolis y combatieron contra sus propios compatriotas. Sin embargo, el hecho de que pusieran tanto empeño llevó a
467 los escitopolitanos a sospechar de ellos. Los de Escitópolis temían que los judíos tomaran de noche la ciudad y justificaran su defección ante sus hermanos de raza con una gran matanza entre sus habitantes. Por ello, les ordenaron trasladarse con sus familias al bosque sagrado[350], si querían confirmar su lealtad y demostrar su fidelidad a un pueblo ex-
468 tranjero. Los judíos acataron la orden sin sospechar nada.

---

[349] Escitópolis, a pesar de ser en origen una ciudad gentil (cf *II Macabeos* 12, 29-31), contaba con una importante población judía desde que a finales del siglo II a. C. pasó a manos de Alejandro Janeo. Este enfrentamiento fratricida entre judíos en Escitópolis, la bíblica Betsán, es reseñado también en *Autobiografía* 26.

[350] No podemos precisar con exactitud cuál era este «bosque sagrado», aunque sí podemos delimitar bastante su naturaleza. Seguramente se trate del recinto sacro que rodeaba el santuario de Dioniso o de Zeus, divinidades muy importantes del panteón de Escitópolis (cf. A. ROWE, «The Topography and History of Beth-Shean», en *Publications of the Palestine Section of Museum of the University of Pennsylvania*, I, Filadelfia, 1930, págs. 44 ss.). PAUSANIAS nos testimonia la existencia de este tipo de bosques consagrados a Dioniso (II 37, 1) y también a Zeus (II 15, 2, y V 10, 1). Incluso en Esmirna tenemos constancia de un bosque sagrado dedicado a Zeus Acreo, «Zeus de la Montaña» (*Corpus Inscriptionum Graecarum* II, 3146), precisamente la misma advocación que encontramos en la ciudad de Escitópolis.

Durante dos días los escitopolitanos permanecieron quietos, para que no desconfiaran de ellos, pero a la tercera noche buscaron el momento en que unos no estaban en sus puestos de guardia y otros estaban durmiendo, para así matar a todos, más de trece mil personas, y apoderarse de todos sus bienes.

Conviene también contar lo que le ocurrió a Simón, hijo 469
de un tal Saúl, hombre famoso por su fuerza física y por su audacia, que hizo uso de estas cualidades para perjudicar a
sus propios compatriotas. Todos los días salía a asesinar a 470
muchos de los judíos que atacaban Escitópolis, y, a menudo, hacía que todos huyeran, de modo que todo el combate
dependía sólo de él. Pero sufrió un justo castigo por haber 471
ejecutado a gente de su misma raza: cuando los escitopolitanos cercaron a los judíos, que estaban en el bosque sagrado[351], y les lanzaron flechas, Simón desenvainó su espada y no se lanzó contra ninguno de los enemigos, pues vio que eran muchísimos, sino que gritó en un tono conmovedor:
«Escitopolitanos, sufro el castigo que merezco por lo que he 472
hecho con vosotros; pues hemos matado a tantos compatriotas nuestros por haberos sido fieles. Por ello, como ya hemos podido comprobar perfectamente que los extranjeros no son de fiar y como hemos cometido la mayor impiedad con nuestros propios hermanos, debemos morir por nuestras propias manos, como malditos, pues no conviene perecer
por las del enemigo. Esto será para mí el castigo apropiado 473
de mi crimen y un elogio de mi valor, para que ninguno de los enemigos se jacte de haberme matado ni se vanglorie
con mi derrota». Una vez dicho esto, volvió sus ojos, a la 474
vez compasivos y llenos de ira, hacia su familia, pues tenía
mujer, hijos y unos padres ancianos. En primer lugar cogió 475

[351] Cf. II 467.

a su padre por su pelo blanco y le clavó la espada, a continuación a su madre, que se ofreció voluntariamente, y después a su mujer y a sus hijos, que estaban a punto de entregarse a su espada antes de caer en manos de los enemigos.
476 Cuando acabó con toda la familia, se colocó encima de los cadáveres, en un lugar visible para todos, extendió su mano derecha, para que así a nadie le pasara inadvertido, y se hundió toda la espada en su garganta. Fue digno de lástima este joven por su fortaleza física y por la tenacidad de su espíritu, pero sufrió lo que se merecía por haber confiado en los extranjeros[352].

477 Tras la matanza de Escitópolis, las demás ciudades[353] se levantaron cada una de ellas contra los judíos que vivían en su territorio. Los de Ascalón ejecutaron a dos mil quinientos, los de Ptolemaida mataron a dos mil y detuvieron a mu-
478 chos. También los tirios masacraron a una gran cantidad de judíos, aunque fueron más los que encarcelaron. De igual manera, los de Hipo y los de Gadara se libraron de los más osados y pusieron bajo custodia a los menos atrevidos. Lo mismo hizo el resto de las ciudades de Siria, según el odio o

---

[352] En I 252 hemos visto ya este tipo de expresiones poco favorables hacia los extranjeros, así como la peculiaridad de su presencia en la obra de Josefo, un autor que a veces habla como judío, y a veces como romano; cf. también nota a I 16.

[353] La localidades que a partir de aquí se citan no pertenecen a la región propiamente judía, sino que se trata de ciudades helenísticas. Con el levantamiento macabeo había cambiado sensiblemente la población de Palestina. Desde ese momento el elemento judío fue ganando terreno y se fueron creando comunidades hebreas en lugares donde los habitantes eran predominantemente gentiles; cf. los estudios de F. M. Abel, «Topographie des campagnes macabéennes», *Revue Biblique* 32 (1923), 495-521; 33 (1924), 210-217, 371-387; 34 (1925), 194-216, y 35 (1926), 206-222, 510-534.

el miedo que cada una de ellas sintiera hacia la población judía. Únicamente Antioquía, Sidón y Apamea respetaron a 479 sus habitantes extranjeros y no dejaron matar ni apresar a ningún judío. Quizá no daban importancia a las revueltas judías porque tenían una población propia más numerosa y, yo creo, que sobre todo era porque sentían lástima de una gente que no mostraba ningún afán revolucionario. Los ha- 480 bitantes de Gerasa tampoco se metieron con los judíos que convivían en su ciudad, sino que escoltaron hasta la frontera a los que querían abandonar su territorio. También se urdió 481 una conspiración contra los judíos en el reino de Agripa[354]. El propio monarca había ido a Antioquía a ver a Cestio Galo y dejó al cargo del gobierno a Noaro, uno de sus amigos que era pariente del rey Soemo[355]. Llegaron de Batanea 482 setenta personajes, ciudadanos distinguidos por su nobleza y por su inteligencia, para pedir un ejército con el que tuvieran una protección suficiente para hacer frente a los sediciosos en caso de que entre ellos se produjera alguna revuelta. Pero Noaro envió por la noche a algunos de los soldados del 483 rey para que los mataran a todos. Se atrevió a cometer esta acción sin el consentimiento de Agripa y, arrastrado por su desmesurada codicia, cometió impiedad con la gente de su propia raza y provocó la ruina del reino. Se dedicó a cometer actos crueles contra su pueblo hasta que Agripa, enterado de ello, no se atrevió a ejecutarlo por consideración hacia

---

[354] Los territorios que comprendía este reino han sido expuestos en II 93-98 y 252.

[355] Tal vez haya que entender Varo en lugar de Noaro, ya que cuando Josefo relata estos mismos hechos en *Autobiografía* 48-61 menciona a un tal Varo, descendiente de Soemo, tetrarca del Líbano. Soemo era rey de Emesa, al norte de Siria; cf. R. D. SULLIVAN, «The Dynasty of Emesa», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 198-219.

484 Soemo, sino que lo destituyó del cargo[356]. Por su parte los amotinados se apoderaron de una fortaleza llamada Cipros, que estaba encima de Jericó, mataron a su guarnición y re-
485 dujeron a escombros sus fortificaciones. En estos mismos días la multitud judía de Maqueronte[357] intentaba convencer a la guarnición romana para que abandonara y entregara la
486 fortaleza. Los romanos, para evitar que tomaran el lugar a la fuerza, acordaron con ellos retirarse bajo ciertas condiciones. Cuando rcibieron garantías de ello, entregaron la plaza fuerte, que los de Maqueronte ocuparon y convirtieron en una guarnición suya.

Tumultos en Alejandría entre griegos y judíos

487 En Alejandría siempre habían existido conflictos entre la población indígena y la judía, desde que Alejandro[358] concedió a los judíos vivir en la ciudad con los mismos derechos que los griegos, en recompensa por haber colaborado con él de una forma muy activa
488 en su campaña contra Egipto[359]. Este privilegio se mantuvo con sus sucesores, que les asignaron un barrio propio, para que conservaran más pura su forma de vida, sin mezclarse con extranjeros[360]. Además les permitieron llevar el nombre

---

[356] *Autobiografía* 61 ss. da el nombre de la persona que sustituyó a Varo, Ecuo Modio.

[357] Sobre esta fortaleza de Perea, véase nota a I 161.

[358] Se refiere, obviamente, a Alejandro Magno.

[359] Sobre la presencia de los judíos en Alejandría pueden leerse los pasajes de *Antigüedades* XX 7 ss., XIX 280 ss., y de *Contra Apión* I 186-194, y, en todo caso, consultarse las obras de H. I. Bell, *Jews and Christians in Egypt*, Londres, 1924, y P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, 2 vols., Oxford, 1972.

[360] El barrio judío estaba ubicado cerca del palacio real, al nordeste de Alejandría (cf. *Contra Apión* II 35). Los textos de Josefo no son unánimes a la hora de identificar al monarca griego que les concedió este lugar de

de macedonios. Cuando los romanos ocuparon Egipto, ni el primer César ni ninguno de los que hubo después permitieron que disminuyeran las prerrogativas que los judíos habían obtenido de Alejandro. Pero constantemente tenían cho- 489
ques con los griegos y, aunque las autoridades castigaban todos los días a muchos individuos de los dos bandos, sin embargo la revuelta era cada vez más intensa. Entonces, co- 490
mo había desórdenes en los demás lugares, la situación se inflamó más entre ellos. Cuando estaban reunidos en asamblea los alejandrinos para deliberar sobre la embajada que iban a enviar a Nerón, un grupo numeroso de judíos entró en el anfiteatro junto con los griegos. Al verlos sus adversa- 491
rios, se pusieron inmediatamente a llamarles a gritos «enemigos» y «espías». Luego se lanzaron sobre ellos para echarles mano. Todos los judíos se dispersaron y huyeron, solamente cogieron a tres hombres que arrastraron con la idea de quemarlos vivos. Toda la población judía se alzó en su defensa. 492
Empezaron por tirar piedras a los griegos, luego cogieron antorchas, fueron al anfiteatro y amenazaron con quemar hasta el último hombre del pueblo que allí estaba reunido. Y enseguida hubieran llevado a cabo esta acción, si Tiberio Alejandro[361], el gobernador de la ciudad, no hubiera aplacado su cólera. En un primer momento éste no se sirvió de las 493
armas para hacerles entrar en razón, sino que les mandó a personalidades de prestigio para que les pidieran poner fin a sus hostilidades y no provocar al ejército romano contra ellos. Sin embargo, los rebeldes se rieron de estas palabras e insultaron a Tiberio. El gobernador, al darse cuenta de que 494
los sediciosos no pondrían fin a sus actos hasta que no sufrieran un golpe importante, les envió las dos legiones ro-

---

residencia: según *Contra Apión* II 36 fue el mismo Alejandro Magno, mientras que en *Antigüedades* XII 8 se habla de Ptolomeo Soter.

[361] Tiberio Alejandro era entonces prefecto de Egipto; cf. nota a II 220.

manas que estaban en la ciudad[362] y con ellas a dos mil soldados que para desgracia de los judíos habían llegado casualmente entonces de Libia. No sólo les dio la orden de matarlos, sino también de saquear sus bienes y de quemar sus
495 casas. Las tropas romanas entraron en el barrio llamado Delta[363], donde estaba concentrada la población judía, y cumplieron, no sin derramamiento de sangre, lo que se les había encomendado. Los judíos consiguieron resistir durante bastante tiempo, pues se habían agrupado y habían colocado en las posiciones de vanguardia a sus mejores hombres armados. Pero en cuanto retrocedieron, fueron totalmente masa-
496 crados. Se los mató de muy diversas formas: unos fueron cogidos en medio del campo y otros dentro de sus casas, que los romanos saquearon y quemaron. No tuvieron piedad
497 de los niños pequeños ni respeto con los ancianos, sino que iban matando a gente de todas las edades, hasta que todo el barrio se inundó de sangre y quedaron amontonados cincuenta mil cadáveres. Y no habría sobrevivido nadie, si no hubieran acudido a suplicar. Tiberio Alejandro se compa-
498 deció de ellos y ordenó a los romanos que se retiraran. Los soldados, acostumbrados a obedecer, abandonaron la matanza inmediatamente, pero fue difícil calmar a las capas populares de Alejandría, por el odio tan grande que sentían hacia los judíos, y a duras penas se las pudo apartar de los cadáveres.

[362] Cf. nota a II 387.

[363] Alejandría estaba dividida en cinco barrios, denominados cada uno de ellos con las primeras letras del alfabeto griego. Los judíos ocupaban dos de estos distritos; cf. Filón, *Contra Flaco* 8 y *Embajada a Cayo* 20.

La campaña de Cestio Galo. Ocupación de Galilea

Éste fue el desastre que tuvo lugar en 499
Alejandría. Pero como en todos los lugares los judíos estaban siendo atacados, a Cestio[364] le pareció que ya no era oportuno permanecer sin hacer nada. Se trajo de 500
Antioquía la duodécima legión completa, dos mil soldados seleccionados de las otras legiones[365], seis cohortes de infantería y cuatro alas de caballería. A estas tropas añadió los contingentes aliados de los reyes: dos mil jinetes de Antíoco[366] y tres mil soldados de a pie, todo ellos arqueros, el mismo número de soldados de infantería de Agripa y algo menos de dos mil de caballería. Les seguía también Soe- 501
mo[367] con cuatro mil hombres, un tercio eran jinetes y la mayor parte arqueros. Con estas fuerzas Cestio se dirigió a Ptolemaida. Fueron reclutadas también de las ciudades mu- 502
chas tropas auxiliares, inferiores en experiencia a los soldados, pero llenaban esa falta de conocimiento con su ardor y con su odio hacia los judíos. Agripa en persona acompañaba a Cestio para encargarse de la marcha de la expedición y de lo que necesitara. Cestio avanzó con una parte del ejército 503
contra una ciudad fortificada de Galilea, llamada Cabul, que hace frontera entre la región judía y Ptolemaida. La encon- 504
tró sin gente, puesto que su población había huido a las montañas, y repleta de todo tipo de riquezas. A los soldados les permitió que saquearan estos bienes, y él prendió fuego a la ciudad, a pesar de que sintió admiración por la belleza

---

[364] Cestio Galo ocupaba el cargo de gobernador de Siria; cf. nota a II 280.

[365] Como informa TÁCITO, *Anales* IV 5, en Siria había cuatro legiones: la III *Gallica*, la VI *Ferrata*, la X *Fretensis* y la XII *Fulminata*.

[366] Antíoco IV, rey de Comagene, en el norte de Siria.

[367] Es el rey de Emesa citado en II 481, que no hay que confundir con Soemo, tetrarca del Líbano, padre del Varo aludido también en nota a II 481.

de los edificios que tenía, similares a los que hay en Tiro,
505 Sidón y Berito. A continuación recorrió la región y, tras saquear todo lo que encontró e incendiar las aldeas de los al-
506 rededores, regresó a Ptolemaida. Mientras los sirios y, sobre todo, los de Berito estaban aún entretenidos con los pillajes, los judíos se llenaron de valor, pues se enteraron de que Cestio se había marchado, cayeron inesperadamente sobre los soldados que habían quedado atrás y mataron a unos dos mil.

507 Cestio salió de Ptolemaida y en persona se trasladó a Cesarea, pero envió delante de él, a Jope[368], una parte del ejército con la orden de establecer allí una guarnición, en el caso de que pudiera apoderarse de la ciudad, y de esperarle a él y al resto de las tropas, si los habitantes del lugar se da-
508 ban cuenta de su llegada. Rápidamente, por mar y por tierra, atacaron la ciudad por los dos frentes y se apoderaron de ella con facilidad. La población no tuvo tiempo de huir ni menos aún de prepararse para luchar; los romanos cayeron sobre ellos, mataron a todos junto con sus familias y saquea-
509 ron e incendiaron la ciudad. Murieron ocho mil cuatrocientos. Asimismo, Cestio envió a la toparquía de Narbatene[369], limítrofe con Cesarea, un cuerpo numeroso de caballería, que arrasó el país, asesinó a una gran cantidad de gente del lugar, hizo pillaje con sus bienes y prendió fuego a sus aldeas.

510 Cestio envió a Galilea a Cesenio Galo, comandante de la duodécima legión, y le entregó las tropas que conside-
511 ró necesarias para someter a aquel pueblo. La ciudad más fortificada de Galilea, Séforis, recibió a este personaje con

---

368 Sobre esta ciudad véase nota a I 50.

369 En II 291 se la denomina Narbata. Esta toparquía no aparece en la lista de los distritos en que se dividía el territorio judío dada por Josefo en III 54-55 ni en Plinio, *Historia natural* V 70.

aclamaciones, y las demás ciudades permanecieron tranquilas ante la actitud prudente de Séforis. Los rebeldes y los bandidos huyeron a un monte, llamado Asamón[370], situado en el centro de Galilea, frente a Séforis. Galo condujo sus fuerzas contra ellos. Esta gente, mientras ocupó posiciones 512
elevadas, se defendió fácilmente de los ataques de los romanos y mató a cerca de doscientos enemigos. Sin embargo, cuando los soldados romanos los rodearon y se colocaron en lugares más altos que ellos, enseguida sucumbieron. Como estaban armados a la ligera no resitieron un combate cuerpo a cuerpo con los legionarios, dotados de armas pesadas, ni pudieron escapar, en su retirada, de la caballería, de tal manera que perdieron la vida más de dos mil y tan sólo unos pocos consiguieron esconderse en lugares de difícil acceso.

Cestio Galo asedia Jerusalén. Su retirada

Cuando Galo vio que en Galilea ya no 513
había ningún elemento revolucionario, regresó con su ejército a Cesarea. Por su parte, Cestio partió con todas sus fuerzas contra Antípatris[371]. Al enterarse de que una tropa importante de judíos se había congregado en la llamada Torre de Afec[372], envió contra ellos un destacamento. Estos soldados, antes de empezar el combate, hicieron 514

[370] Monte situado al sur de Jotapata y al norte de la llanura de Asoquis.

[371] Sobre esta ciudad levantada por Herodes en honor de su padre, cf. I 99 y 417.

[372] En el *Antiguo Testamento* son varios los enclaves que tienen este nombre. Lo más probable es que haya que identificar el topónimo de la antigua ciudad cananea (cf. *Josué* 12, 18, y *I Samuel* 4, 1) con la actual Tell Ras el-'Ain, a 8 kilómetros de Tel-Aviv. En este lugar estratégico, en el paso de las montañas de la llanura de Jezreel, frente a la Torre de Afec levantó Herodes en el 9. a. C. la fortaleza de Antípatris; cf. ABEL, *Géographie...*, II 245-6.

que los judíos, llenos de miedo, se dispersaran. Llegaron al campamento, que estaba vacío, y lo incendiaron a la vez
515 que a las aldeas de alrededor. Desde Antípatris Cestio marchó a Lida, donde encontró la ciudad sin gente, pues toda su población había subido a Jerusalén para la fiesta de los Ta-
516 bernáculos[373]. Sin embargo, después de matar a cincuenta hombres que fueron sorprendidos por casualidad y de prender fuego a la ciudad, siguió adelante. Subió a través de Betorón y acampó en un lugar llamado Gabaón[374], que dista cincuenta estadios de Jerusalén.

517 Cuando los judíos vieron que la guerra se acercaba ya a su capital, abandonaron la fiesta y fueron corriendo en busca de las armas. Llenos de valor por su gran número acudieron al combate desordenados, dando gritos y sin tener en cuenta el descanso sabático, pues era sábado, el día más
518 respetado entre ellos[375]. El coraje que les apartó del cumplimiento de este precepto religioso les hizo también imponerse en la lucha. Cayeron sobre los romanos con una fuerza tan grande que desbarataron sus líneas de batalla y avanza-
519 ron a través de ellas provocando una matanza. También habría estado en peligro Cestio con todo su ejército, si la caballería no se hubiese dado la vuelta y junto con la infantería, que aún no había sido afectada, no hubieran acudido en ayuda de aquella parte de la falange que desfallecía. Murie-

[373] Sobre esta celebración véase nota a I 73.

[374] Población al noroeste de Jerusalén, donde se ubicaba un monte con un importante santuario del culto de Yavéh (*II Samuel* 21, 6). *Antigüedades* VII 283 fija una distancia de cuarenta estadios, en lugar de los cincuenta del presente texto.

[375] El primero y el último día de la semana en la que se celebraba la fiesta de los Tabernáculos era un sábado, y como tal exigía el cumplimiento de la correspondiente norma judía; cf. *Levítico* 23, 35-36. Como ya hemos indicado en nota a I 146, ya en época de los Macabeos se estableció el principio de no respetar el descanso sabático al ser atacados.

ron quinientos quince romanos: trescientos soldados de infantería y el resto de caballería. Por su parte, los judíos tu- 520
vieron veintidós pérdidas. Los que mostraron mayor valentía entre estos últimos fueron Monobazo y Cenedeo, parientes de Monobazo, rey de Adiabene[376], y luego Níger el pereo y Silas el babilonio[377], que se habían pasado a los judíos después de haber combatido al lado del rey Agripa. Los judíos 521
se retiraron a la ciudad, cuando fue rechazado el ataque frontal. Sin embargo, Simón, hijo de Giora[378], en el momento en que los romanos subían a Betoron, les atacó por detrás, desbarató la mayor parte de su retaguardia, cogió muchas de sus mulas de carga y se las llevó a la ciudad. Durante los 522
tres días que Cestio permaneció en el lugar, los judíos ocuparon las zonas altas y vigilaban los accesos, de modo que era evidente que no se iban a quedar quietos cuando los romanos se dispusieran a emprender la marcha.

Entonces Agripa, al ver que los romanos corrían peligro 523
a causa de la gran cantidad de enemigos que rodeaba las montañas, consideró conveniente negociar con los judíos para convencerlos a todos de que abandonaran la guerra o para apartar del grupo de los adversarios al que no estuviera de acuerdo con ellos. Les envió a sus amigos, Borcio y Fe- 524
bo, muy conocidos por los judíos, con la promesa de que Cestio haría un tratado con ellos y de que los romanos les perdonarían con toda seguridad sus faltas, si deponían sus

---

[376] La familia real de Adiabene se había convertido recientemente al judaísmo; cf. II 388-389.

[377] Este personaje seguramente sea uno de aquellos judíos de Babilonia con los que Herodes el Grande colonizó la región de Batanea para proteger esta zona de las incursiones de los árabes; cf. *Antigüedades* XVIII 23 ss. y *Autobiografía* 54.

[378] Uno de los jefes de los zelotes que desempeñará un papel muy activo en la defensa de Jerusalén; cf. IV 503-508.

525 armas y se pasaban a su bando. Pero los rebeldes, que temían que toda la multitud se pusiera de parte de Agripa por la esperanza de amnistía, se precipitaron contra los embaja-
526 dores del rey y los asesinaron. A Febo lo mataron antes de que dijera nada, mientras que Borcio pudo escapar herido. A la gente del pueblo que protestó por esta acción la golpearon con palos y con piedras y la empujaron hasta el interior
527 de la ciudad. Cestio, que vio que estas disputas internas entre los judíos eran el momento oportuno para atacarlos, llevó contra ellos a todo su ejército y les persiguió en su reti-
528 rada hasta Jerusalén. Levantó su campamento en un lugar llamado Escopo[379], que está a siete estadios de la capital. Durante tres días no asaltó la ciudad, quizá porque esperaba que los asediados cedieran en algo, sino que envió a muchos soldados a las aldeas de alrededor para que recogieran trigo. Pero al cuarto día, que era el treinta del mes de Hiperbereteo[380], puso su ejército en orden de batalla y fue contra Jeru-
529 salén. El pueblo estaba sometido por los sediciosos, que, asustados ante la disciplina de los romanos, se retiraron de las zonas exteriores de la ciudad[381] y se refugiaron en el in-
530 terior y en el Templo. Cestio continuó su marcha y prendió fuego a Bezeta, llamada también «Ciudad Nueva»[382] y el lugar conocido por el nombre de «Mercado de las Vigas de Madera»; después llegó a la Ciudad Alta[383] y acampó en-

---

379 Colina al norte de Jerusalén. En *Antigüedades* XI 329 este monte recibe el nombre semítico de Safein, que significa «atalaya», «observatorio», por la buena vista que desde allí se disfrutaba.

380 Mes del calendario macedónico, que equivale al hebreo Tišrí y a nuestros meses de octubre o noviembre.

381 El barrio exterior de Jerusalén, Bezeta, no quedó totalmente resguardado al no poderse concluir la muralla iniciada por Agripa I (cf. II 218).

382 Cf. nota a II 328.

383 El «Mercado de las Vigas de Madera» no está identificado. Sobre la Ciudad Alta, cf. nota a II 305.

frente del palacio real[384]. Si en este preciso momento hu- 531
biera querido forzar la entrada a través de las murallas, se habría apoderado inmediatamente de la ciudad y habría tenido lugar el fin de la guerra. Sin embargo, el prefecto del campamento, Tiranio Prisco, y la mayoría de los comandantes de la caballería, sobornados por el dinero de Floro, le
hicieron desistir de este propósito. Este fue el motivo por el 532
que la guerra se alargó durante tanto tiempo y por el que los judíos se vieron desbordados por desgracias irreparables.

Mientras esto ocurría, muchos ciudadanos importantes, 533
convencidos por Anano, el hijo de Jonatán[385], llamaron a
Cestio con la idea de abrirle las puertas de la ciudad. Pero 534
éste, airado, no les hizo caso ni se fió mucho de ellos y dio largas al asunto, hasta que los rebeldes, enterados de la traición de los hombres de Anano, los echaron de la muralla y a pedradas los empujaron hasta sus casas; por su parte, ellos mismos repartidos en las torres disparaban contra los
romanos que trataban de escalar las murallas. Durante cinco 535
días el ataque fue imposible, a pesar de que los romanos lo intentaron por todos los sitios. Pero, el sexto día, Cestio con un grupo numeroso de soldados selectos y con los arqueros
trató de asaltar la parte norte del Templo. Los judíos se lo 536
impedían desde los pórticos y en muchas ocasiones rechazaron a los que se acercaban a la muralla. Pero al final se replegaron, obligados por la gran cantidad de flechas que caían
sobre ellos. Los romanos de las primeras filas apoyaron sus 537
escudos en el muro, los que iban detrás pusieron también sus escudos sobre éstos y lo mismo hicieron los siguientes. De esta forma se protegieron con lo que ellos llaman «tortu-

[384] Es el palacio de Herodes, no el de los Asmoneos; cf. II 429 y 439 ss.

[385] Es aquel sumo sacerdote que se convirtió en la primera víctima de los sicarios; cf. II 256.

ga»[386]: las flechas lanzadas desde arriba resbalan y quedaban sin efecto, y así los soldados minaban la muralla, sin ser alcanzados, y se disponían a quemar la puerta del Templo.

538 Un miedo terrible se adueñó de los sediciosos, y muchos salían ya corriendo de la ciudad, como si ésta fuera a ser conquistada inmediatamente. Ante estos hechos el pueblo se llenó de valor y, según se retiraban los malvados, el resto de la gente se acercaba para abrir las puertas y recibir a Cestio
539 como bienhechor. El procurador romano se habría apoderado de la ciudad en poco tiempo, si hubiera insistido un poco más en el asedio. Pero creo que Dios, a causa de los criminales, se había apartado ya de esta ciudad sagrada y por ello impidió que la guerra acabara aquel día.

540 Cestio, sin darse cuenta del estado de desesperación de los sitiados ni de la actitud favorable del pueblo, llamó de repente a sus soldados, renunció a sus esperanzas y levantó el campo de la ciudad, sin ningún tipo de razón y sin haber su-
541 frido ninguna derrota[387]. Ante esta retirada inesperada los bandidos, llenos otra vez de valor, fueron detrás de los soldados de la retaguardia y mataron a un gran número de

---

[386] Este tipo de formación, conocida con el nombre de *testudo*, no hay que confundirla con la máquina de guerra homónima, que servía también para golpear con el ariete sin peligro de ser alcanzado por arriba; cf. POLIENO, *Estratagemas* VI 3, y VITRUVIO X, 19 62. Además este último autor (X 20, 69 y 21, 71-76) cita otros artefactos, denominados también «tortugas», que los romanos utilizaban para otros fines, como podía ser el llenado de fosos.

[387] Las causas de esta retirada de Cestio Galo no están muy claras, aunque seguramente se debieron a las inesperadas dificultades de esta operación militar, en especial a la fuerte hostilidad de la población y a la inexpugnabilidad del Templo con las máquinas de asedio que utilizaba el ejército romano. Cestio sufrió con este hecho un serio revés, como recogen las *Historias* de TÁCITO, V 10, aunque seguirá siendo gobernador de Siria todavía durante un cierto tiempo; cf. *Autobiografía* 373, 394.

hombres de la caballería y de la infantería. Cestio pernoctó 542
entonces en el campamento cercano al monte Escopo, y al día siguiente, al continuar su retirada, provocó a los enemigos contra ellos: los judíos atacaron a los soldados de las últimas filas y los masacraron, y, colocados a ambos lados
del camino, les disparaban por los flancos. Los hombres de 543
la retaguardia no se atrevían a volverse contra los que les herían por detrás, pues creían que les perseguía una multitud inmensa de gente, ni tampoco se pusieron a repeler a los que les acosaban por los flancos, ya que ellos llevaban un armamento pesado y temían que se deshiciera el orden de su formación, mientras que veían que los judíos estaban armados a la ligera y bien dispuestos para hostigarles. En consecuencia, los romanos padecieron mucho, sin que ellos pu-
dieran causar ningún mal a los enemigos judíos. Acosados 544
por todo el camino, los soldados romanos fueron cayendo y abandonando sus posiciones en la falange. Cuando hubieron tenido ya muchas bajas, entre las que se encontraban Prisco, general de la legión VI[388], el tribuno Longino y el comandante de un ala de la caballería, llamado Emilio Jucundo[389], a duras penas llegaron a Gabaón, a su anterior campamento, no sin antes haber abandonado la mayoría de sus
bagajes. Allí Cestio permaneció dos días sin saber qué ha- 545
cer. Al tercer día, como vio que los enemigos eran muchos más que ellos y que todos los alrededores estaban llenos de judíos, comprendió que este retraso le había perjudicado y

---

[388] No parece que este Prisco sea el Tiranio Prisco aludido en II 531. De acuerdo con REINACH, comentario *ad loc.*, hay que ver aquí un personaje distinto. La legión VI *Ferrata*, que formaba parte de la guarnición de Siria; cf. nota a II 186.

[389] Seguramente, siguiendo también la opinión de REINACH, este personaje sea el mismo que el jefe de la caballería de Cesarea citado en II 291.

que aumentaría el número de los enemigos, si se quedaba aún más tiempo.

546 Para poder huir con más rapidez, ordenó abandonar aquello que impidiera la marcha del ejército. Mataron a las mulas, a los burros y también a las bestias de carga, excepto a las que transportaban las municiones y las máquinas de guerra. Se quedaron con ellas para usarlas y, sobre todo, porque temían que los judíos las cogieran y las utilizaran contra ellos. Después de esto, Cestio condujo su ejército hacia Betoron[390]. En la
547 llanura los judíos les hostigaron con menor intensidad, pero, cuando entraron en lugares angostos para descender por los desfiladeros, unos se adelantaron y les cerraron el paso, otros empujaban a los de la retaguardia hasta el barranco, mientras toda la tropa en masa se colocó en un lugar elevado donde se estrechaba el camino y cubrió de flechas a la
548 falange romana. Aquí la infantería tenía dificultades para defenderse, si bien el peligro era aún mayor para la caballería, pues, acosada desde arriba por las flechas, no podía avanzar en orden por el camino y, además, el terreno no
549 permitía atacar a los enemigos con los caballos. A ambos lados había precipicios y barrancos, en los que perecerían si resbalaban. Ningún romano encontraba un lugar para huir ni una forma de defenderse, sino que, al verse sin escapatoria, se pusieron a quejarse y a lamentarse llenos de desesperación. En cambio, a ellos les llegaba el eco del grito de guerra de los judíos y de sus exclamaciones de alegría y de fu-

[390] Esta ciudad consta de dos zonas distintas, Betoron Superior y Betoron Inferior, separadas ambas por un desfiladero en pendiente de más de un kilómetro. Este lugar ha sido escenario de famosas batallas en la historia bíblica: por ejemplo, en *Josué* 10, 10, cuando Josué socorre a los habitantes de Gabaón, en la lucha de Saúl contra los filisteos *(I Samuel 13, 18)*, y en *I Macabeos* 3, 24, que relata la derrota que sufrió en este punto el general de Antíoco IV Epífanes, Sarón, a manos de Judas Macabeo.

ror. Y por poco no cogen a todo el ejército, junto con Ces- 550
tio, si no hubiera llegado la noche, en la que los romanos huyeron a Betoron[391], mientras que los judíos ocuparon todas las posiciones de alrededor y vigilaron su salida.

Entonces Cestio renunció a continuar el camino al des- 551
cubierto y decidió huir. Seleccionó a unos cuatrocientos soldados de entre los más valientes y los colocó sobre los tejados con la orden de gritar las voces que se dan los centinelas de los campamentos, para que los judíos creyeran que todo el ejército permanecía aún en el lugar. Mientras, él, con el resto de sus hombres, avanzó en silencio treinta estadios.
Al amanecer, cuando los judíos descubrieron que el campa- 552
mento estaba vacío, fueron contra los cuatrocientos soldados que los habían engañado, acabaron rápidamente con
ellos a flechazos y marcharon detrás de Cestio. Pero éste, 553
que por la noche había recorrido un gran trecho, huyó por el día con más fuerza, de modo que los soldados, llenos de angustia y de miedo, abandonaron las helépolis, las oxibelas y otras muchas máquinas[392] que luego recogieron los judíos
y las utilizaron contra los que las habían dejado allí. Siguie- 554
ron a los romanos en su persecución hasta Antípatris. Des-

[391] Lógicamente, en este caso, se trata de Betoron Inferior, a donde se dirigían las tropas romanas en descenso por el desfiladero.

[392] La helépolis, literalmente «tomadora de ciudades», era una máquina de asalto, que consistía en una torre, normalmente hecha de madera y cuero, móvil y equipada de artillería en la plataforma superior y de un ariete o catapulta en la parte inferior. Diodoro de Sicilia, X 58, 2-3, y XIII 54-55 describe este tipo de torres. La oxibela era una catapulta de artillería menor que servía para el lanzamiento de flechas o dardos. Sobre este tipo de máquinas y de armamento, que ya utilizaban los griegos desde varios siglos antes (cf. Eneas el Táctico, *Poliorcética* XXXII), así como, en general, sobre la poliorcética en la Antigüedad, vid. E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery: Historical development*, Oxford, 1969.

pués, como no les dieron alcance, se volvieron. Se apoderaron de las máquinas, despojaron los cadáveres, recogieron el botín que habían abandonado los romanos y regresaron a Je-
555 rusalén entonando cantos de triunfo. Los judíos tuvieron muy pocas pérdidas, mientras que cayeron cinco mil trescientos soldados de infantería y cuatrocientos ochenta de caballería entre los romanos y sus aliados. Estos hechos tuvieron lugar el día octavo del mes de Díon[393] del duodécimo año del reinado de Nerón[394].

Los judíos reorganizan la defensa de Jerusalén

556 Tras el desastre de Cestio, muchos de los notables judíos se retiraron de la ciudad, igual que se abandona un barco a punto de hundirse. Los hermanos Costobar y Saúl[395], junto con Filipo[396], el hijo de Jácimo, que era el general del campamento del rey Agripa, salieron corriendo de la ciudad y acudieron a Cestio.
557 Más tarde contaremos[397] el caso de Antipas que sitiado con estos personajes en el palacio real no quiso escaparse, y que
558 luego fue ejecutado por los rebeldes. Cestio envió a Saúl y a sus hombres, que así se lo pidieron, a Acaya a ver a Nerón para que le informaran de su delicada situación y acusaran a Floro de haber dado inicio a la guerra. Pues Cestio tenía la

---

[393] Este mes del calendario macedónico es el Marḥván hebreo, entre el octubre o noviembre actuales.

[394] Más bien se trataría del decimotercer año del reinado de Nerón. Este emperador subió al trono el 13 de octubre del año 54 y la batalla de Betoron tuvo lugar, según Niese, en su comentario *ad loc.*, el 25 de noviembre del 66.

[395] Cf. II 418.

[396] En *Autobiografía* 46-51 se cuenta cómo este individuo escapó de Jerusalén tras la toma del palacio real.

[397] IV 140.

esperanza de que, al desviar la cólera del emperador contra Floro, reduciría su propio riesgo.

Josefo, gobernador judío de Galilea

Mientras tanto los habitantes de Damasco, enterados de la derrota de los romanos, se dispusieron a matar a los judíos 559
que vivían en su ciudad. Creían que sería una empresa fácil, pues ya desde hacía tiempo los habían concentrado en el gimnasio[398] a causa de las sospechas que tenían de ellos. Sin embargo, temían a sus propias mujeres, ya que todas, salvo unas pocas, se habían 560
convertido a la religión judía. Por tanto su mayor preocupación fue que ellas no se enteraran del plan. Acudieron contra los judíos, que estaban reunidos y desarmados en un lugar estrecho, y en menos de una hora degollaron impunemente a todos ellos, diez mil quinientos hombres[399]. 561

Cuando regresaron a Jerusalén los que habían persegui- 562
do a Cestio, hicieron que se pasaran a su bando los partidarios que aún quedaban de los romanos, a unos por la fuerza y a otros por medio de la persuasión. Los reunieron en el Templo y nombraron un gran número de generales para la
guerra. Designaron a José, el hijo de Gorion, y al sumo sa- 563
cerdote Anano[400] como la máxima autoridad de todos los

[398] Damasco poseía un gimnasio y un teatro griegos construidos por Herodes el Grande; cf. I 422.

[399] Cuando en VII 368 se recuerde esta matanza, se hablará de dieciocho mil víctimas. Esta importante población judía de Damasco será la base de la comunidad cristiana citada en *Hechos de los Apóstoles* 9, 2 y *II Corintios* 11, 32.

[400] Anano, hijo de Anano, el Anás del *Nuevo Testamento*, fue nombrado sumo sacerdote por Agripa II, aunque lo depuso de su cargo tres meses después el procurador Albino a causa de la muerte de Santiago, primo de Jesucristo (cf. *Antigüedades* XX 197-203). Era un saduceo contrario al movimiento de los zelotes, pero moderado y partidario de una

asuntos de la ciudad y, sobre todo, se les encomendó re-
564 construir sus murallas. Sin embargo, a Eleazar, hijo de Simón, aunque se había apoderado del botín de los romanos y del dinero arrebatado a Cestio, además de gran parte del tesoro público, no le encomendaron este cargo, pues sabían que tenía un carácter tiránico y que los zelotes, que estaban bajo sus órdenes, actuaban como si fueran sus guardias persona-
565 les. Poco después, la necesidad de dinero y los engaños de Eleazar hicieron que el pueblo le entregara el poder supremo.

566 Se eligieron otros generales para Idumea, Jesús, hijo de Safa, uno de los sumos sacerdotes, y Eleazar, hijo del sumo sacerdote Ananías[401]. Ordenaron someterse a la autoridad de los generales a Níger[402], que entonces había gobernado Idumea y que también se le conocía por el nombre del «Pereo», porque había nacido en Perea, al otro lado del Jordán.
567 Tampoco se olvidaron del resto del país, sino que enviaron como generales a José, el hijo de Simón, a Jericó, a Manasés a Perea, y a Juan, el esenio, a la toparquía de Tamna[403]. A este último se le asignó también Lida, Jope y Emaús.
568 Juan, hijo de Ananías, fue nombrado gobernador de Gofna y Acrabatene, y Josefo[404], hijo de Matías, de las dos Galileas,

---

postura intermedia en el conflicto con Roma. Esta actitud atrajo el odio de la muchedumbre hacia él y le costó la vida en la toma de Jerusalén por los idumeos (cf. IV 315-321).

[401] Seguramente se trate del mismo personaje citado en II 409. No obstante, las variantes de la tradición manuscrita dejan abierto el problema de la identificación de este sumo sacerdote Ananías.

[402] Cf. II 520.

[403] Al noroeste de Judea, en la frontera con Samaria, donde se decía que estaba la tumba de Josué; cf. *Josué* 19, 50, y *Jueces* 2, 9.

[404] Es nuestro historiador, que participó activamente en esta guerra contra Roma. En su *Autobiografía* 28 ss. describe con más detalle y justifica su intervención en estos hechos. La misión de Josefo en Galilea aparece expuesta de una forma bastante clara en este pasaje de *La guerra*, mientras que en la *Autobiografía* hay bastantes aspectos oscuros y confu-

y también pusieron bajo su mando a Gamala[405], la ciudad más fortificada de esa región.

Cada uno de estos generales desempeñó su cargo según 569
su disposición y capacidad. Por su parte Josefo, cuando llegó a Galilea, empezó por atraerse el afecto de los habitantes del lugar, pues sabía que de esta forma obtendría un gran
éxito, aunque fracasase en lo demás. Se dio cuenta de que 570
podría ganarse a los poderosos si compartía con ellos el poder, y de que también conquistaría a todo el pueblo, si les daba la mayor parte de sus órdenes a través de personas de su tierra y conocidas suyas. Así, eligió entre los ancianos del pueblo a los setenta más prudentes y los nombró magis-
trados de toda Galilea[406]. En cada ciudad estableció siete 571
jueces para los procesos menores, pues ordenó dejar para él y para los setenta ancianos las causas más importantes y los juicios de homicidio.

Tras fijar las normas de convivencia interna en cada una 572
de las ciudades, se ocupó de la seguridad exterior. Josefo, 573
que era consciente de que los romanos empezarían por invadir Galilea, fortificó los enclaves más convenientes: Jotapata, Bersabé[407] y Selame, además de Cafareco, Jafa, Segof[408], el llamado monte Itabirion, Tariquea y Tiberíades.

---

sos, ya que esta última obra fue escrita veinte años más tarde con unas intenciones apologéticas evidentes; vid. el apartado 2 de la Introducción.

[405] Sobre esta ciudad de la Gaulanítide, cf. nota a I 105.

[406] Cf. *Autobiografía* 79.

[407] Jotapata es la actual Khirbet Gefat, en la Galilea Inferior, a unos 12 Km al noroeste de Séforis. La ciudad estaba levantada sobre una colina rodeada de profundos barrancos, como se describirá ampliamente en III 158 ss. Bersabé, citada ya en el *Génesis* 21, 31-33, a propósito de la historia de Abrahán, es la más meridional de las ciudades importantes de Israel, al sur de Idumea.

[408] Cafareco es una localidad de la Baja Galilea, entre Jotapata y Jafa. En cambio, en *Autobiografía* 188 se lee Cafarat. Jafa es la moderna Yafa, la

También amuralló las cuevas de los alrededores del lago de Gennesar[409] en la llamada Galilea Inferior, y en la Galilea Superior la llamada Roca de Acabaros, Sef, Jamnit y Me-
574 rot[410]. En la región de Gaulanítide reforzó las defensas de Seleucia, Sogane[411] y Gamala. Solamente dejó que los habitantes de Séforis levantaran ellos mismos sus murallas, pues vio que tenían bastante dinero y que estaban dispuestos a ir
575 a la guerra[412] sin que nadie les diera órdenes. De igual modo

bíblica Jafia (cf. *Josué* 19, 12), a 2 kilómetros al suroeste de Nazaret. En *Autobiografía* 230 se la llama la «aldea más importante de Galilea». Segof, según Abel, *Géographie...*, II, pág. 461, se trata de Sogane de Galilea, a unos 4 kilómetros al sur de Gabara, que aparece citada en *Autobiografía* 188, y que no hay que confundir con Sogane de Gaulanítide, mencionada en II 574 y en *Autobiografía* 187.

[409] Estas cuevas son las cuevas de Arbela, citadas en I 304-305. El lago de Gennesar o de Gennesaret, atravesado por el río Jordán, propiciaba en el norte de Palestina una fértil región con un clima casi tropical. Josefo describirá este lugar en III 506-521; cf. también Plinio, *Historia natural* V 15.

[410] La Roca de Acabaros aparece mencionada como Acarabe en *Autobiografía* 188, se hallaba en un lugar rocoso y escarpado de la Galilea Superior. Sef es la actual Safed, en la ruta entre San Juan de Acre (Ptolemaida) y el lago de Gennesar; cf Abel, *Géographie...*, II, pág. 456. Jamnit, en la Galilea Superior, es identificada por Abel, *Géographie...*, II, pág. 354, con Kh. Benit o Ibnit, a 4 kilómetros al norte de Safed. En el pasaje paralelo de la *Autobiografía* 188 en lugar de Jamnit leemos Jamnia, que lógicamente puede ser la ciudad costera citada en I 50, 156, 166; II 98, 167 y 337. Merot es la bíblica Merom (*Josué* 11, 5), en la Galilea Superior, al sur de Giscala; cf. Abel, *Geógraphie...*, II, pág. 385.

[411] En la Gaulanítide Superior, a 9 kilómetros al nordeste del lago de Gennesar.

[412] Parece un poco extraña esta actitud de Séforis, que antes había acogido favorablemente a Cestio Galo (cf. II 511) y que luego hará lo mismo con Vespasiano (cf. III 30-32). En *Autobiografía* 30-31 y 104 ss. Josefo ofrece una visión distinta de la participación de esta ciudad en la revuelta.

Juan, el hijo de Leví, fortificó Giscala[413] por sus propios medios, por indicación de Josefo[414]. En los demás trabajos de fortificación estuvo presente Josefo en persona para colaborar en su realización y para dar las instrucciones necesarias. Asimismo, reclutó en Galilea una tropa de más de 576
diez mil hombres jóvenes y a todos ellos los equipó con armas viejas que él había reunido.

Luego, al darse cuenta de que la fuerza de los romanos 577
era invencible[415] sobre todo por su disciplina y por la práctica de las armas, dejó a un lado la instrucción militar, que sólo se consigue con la experiencia. No obstante, como vio que la disciplina se debía al gran número de oficiales, dividió el ejército de una forma muy parecida a la de los romanos y estableció más mandos militares. Fijó diferentes gra- 578
dos entre los soldados y los puso bajo las órdenes de decuriones, centuriones y tribunos, y sobre ellos a oficiales de unidades mayores. También les enseñó a mandarse seña- 579
les, los toques de corneta para entrar en combate y para retirarse, los ataques por las alas, los movimientos envolventes y cómo la parte del ejército que iba ganando tenía que ir en ayuda de la que flaqueaba y compartir la suerte de los que estaban en peligro. Además, les habló de todo lo que contri- 580
buye a la firmeza del alma y a la resistencia del cuerpo. Pero, sobre todo, les ejercitó para la guerra cuando les explicó detalladamente el buen orden de los romanos y cuando les dijo que iban a enfrentarse a unos hombres que por su fuerza física y por la constancia de su espíritu dominaban casi

---

[413] Al norte de la Galilea Superior.

[414] Esta afirmación no coincide con *Autobiografía* 45 y 189, donde Juan de Giscala, que era enemigo de Josefo, fortificó la ciudad sin consultarle.

[415] Sobre este tema Josefo se extenderá en III 70-109.

581 todo el mundo habitado. Añadió también que iba a comprobar su disciplina en la guerra, incluso antes de empezar el combate, si dejaban de cometer sus delitos habituales, como el robo, el bandidaje, la rapiña, el engañar a gente de su misma raza y el creer que es algo beneficioso el perjudicar a
582 sus más íntimos amigos. Efectivamente, se obtiene más éxito en la guerra cuando todos los que luchan tienen buena conciencia, mientras que los hombres de mal corazón no sólo han de luchar contra los enemigos que les atacan, sino también contra el propio Dios.

583 Josefo siguió haciendo a sus hombres muchas exhortaciones de este tipo. Había reunido un contingente dispuesto para ir a la guerra de sesenta mil soldados de infantería y trescientos cincuenta de caballería, además de unos cuatro mil quinientos mercenarios, en los que él había puesto su mayor confianza. También disponía a su alrededor de una guar-
584 dia personal de seiscientos hombres escogidos. Las ciudades mantenían fácilmente a todo el ejército, excepto a los mercenarios. Cada una de ellas enviaba a la guerra la mitad de sus hombres reclutados y se quedaba con el resto para proporcionarles los víveres necesarios. De esta foma unos se dedicaban a las armas y otros al trabajo; los soldados daban protección a estos últimos por las provisiones que les enviaban.

Juan de Giscala[416]

585 Cuando Josefo estaba administrando de este modo Galilea, se levantó contra él un individuo insidioso de Giscala, un hijo de Leví, llamado Juan, el más perverso y astuto de todos los que han destacado por su maldad. Fue pobre desde sus inicios, y su miseria supuso

[416] El retrato de Juan de Giscala que aquí se inicia presenta, a juicio de THACKERAY, comentario *ad loc.*, un gran parecido con el que SALUSTIO hace de Catilina; cf. *Conjuración de Catilina* 5.

durante mucho tiempo un obstáculo para su mezquindad.
Dispuesto a mentir, hábil para hacer creer sus falsedades, 586
consideraba el engaño como una virtud y hacía uso de él
contra sus mayores amigos. Fingía ser amable y la esperan- 587
za de obtener ganancia le hacía ser muy sanguinario. Siempre tenía grandes aspiraciones y alimentaba sus deseos con viles argucias. Era un bandido que actuaba por su cuenta, pero que luego encontró colaboradores para su audacia, en un principio pocos, mas luego fueron aumentando de acuer-
do con la buena marcha de sus actividades. Se preocupaba 588
de no reclutar a gente que se dejase coger con facilidad y preferia a los que destacaban por la fuerza física, por la tenacidad de su espíritu y por su experiencia guerrera. Reunió un grupo de hasta cuatrocientos hombres, que, en su mayor parte, habían huido de la región de Tiro y de sus aldeas[417].
Con ellos hizo pillaje por toda Galilea y acosó a mucha gen- 589
te que estaba inquieta ante una guerra inminente.

Sin embargo, la falta de dinero le frenó cuando deseaba 590
ser general y tenía las mayores aspiraciones. Al ver Juan que Josefo estaba contento con su espíritu emprendedor, empezó por convencerle para que le confiara la reconstrucción de los muros de su patria, en lo que obtuvo muchas ga-
nancias a costa de los ricos[418]. Luego planeó la más astuta 591
comedia. Con el pretexto de que los judíos de Siria evitaban utilizar el aceite que no hubiera sido elaborado por sus com-

[417] No podemos saber con certeza si este ejército personal reclutado por Juan de Giscala estaba formado sólo por judíos. En *Autobiografía* 372 se habla de los «*xénoi* llegados de Tiro», pero el término griego *xénoi* en este contexto puede significar tanto «extranjeros» como «mercenarios».

[418] En *Autobiografía* 71-72 Josefo manifiesta su oposición a Juan de Giscala, que pidió permiso para vender el trigo de César, de la Galilea Superior, y con el dinero obtenido reconstruir las murallas de su ciudad natal.

patriotas[419], pidió permiso para enviarles este producto a la
592 frontera. Con una moneda de Tiro, que valía cuatro dracmas áticos[420], él compraba cuatro ánforas y por el mismo precio sólo vendía media ánfora. Como Galilea producía mucho aceite y entonces había habido una buena cosecha, y dado que Juan era el único que tenía el monopolio para enviar una gran cantidad de este aceite poblaciones que carecían de ella, reunió una suma inmensa de dinero que rápidamente utilizó contra la persona que le había proporcionado este tra-
593 bajo[421]. Creía que, si acababa con Josefo, él mismo asumiría el gobierno de Galilea, y por ello ordenó a sus bandidos que saquearan con más fuerza, para que así, al producirse muchos tumultos en la región, él pudiera entonces o matar en una emboscada al general Josefo, cuando viniera en ayuda de la situación, o bien, si éste no hacía nada ante la actividad de los bandidos, le acusaría de negligencia ante la gente
594 del país. Además, desde hacía tiempo había hecho correr el rumor de que Josefo iba a entregar el mando del país a los

---

[419] En *Antigüedades* XII 120 se menciona también esta prohibición judía de utilizar aceite extranjero, ya que podía contaminarse en recipientes no purificados. Sobre este tema puede consultarse el reciente artículo de M. BOHRMANN, «L'huile dans le judaïsme antique», *Dialogues d'histoire ancienne* 15 (1989), 65-73.

[420] El sistema monetario de Palestina era tanto fenicio-helenístico, como griego o romano, dependiendo de las épocas. En el comercio es posible ver gran variedad de monedas de estos tres sistemas. Concretamente aquí se cita una moneda de Tiro, es decir, un siclo en el sistema fenicio-helenístico, equivalente a un tetradracma; sobre este tema, véase la nota a I 61.

[421] Esta historia de la reventa del aceite se incluye también en *Autobiografía* 74-75, aunque con algunas variantes: los judíos no son los de Siria, sino solamente los de Cesarea de Filipo, y la ganancia de Juan de Giscala fue de diez veces el precio normal, frente a ocho en el presente relato.

romanos. Juan llevaba a cabo muchas maquinaciones de este tipo para arruinar a Josefo.

Levantamiento de Tariquea

Mientras esto sucedía, algunos jóvenes 595
de la aldea de Dabarita, que formaban parte de la guardia de la Gran Llanura[422], hicieron una emboscada contra Ptolomeo, el intendente de Agripa y Berenice, y se adueñaron de todo el bagaje que llevaba y en el que había muchos vestidos lujosos, una gran cantidad de copas de plata
y seiscientas monedas de oro[423]. Como no podían esconder 596
todo lo que habían robado, se lo llevaron a Josefo, a Tari-
quea[424]. Éste les censuró por haber cometido un acto violen- 597
to contra los hombres del rey y entregó lo que le habían traído a Aneo[425], el hombre más poderoso de Tariquea, con la intención de que lo devolviera a sus dueños en el momento
oportuno. Este hecho puso a Josefo en un gran peligro. En 598
efecto, los saqueadores, descontentos por no haber obtenido nada del botín y, a la vez, sospechando que Josefo tenía la idea de regalar a los reyes lo que ellos habían conseguido con su esfuerzo, salieron de noche a recorrer las aldeas y extendieron entre todos la acusación de que Josefo era un traidor. También llenaron de desórdenes las ciudades vecinas, de modo que al amanecer se reunieron contra Josefo
diez mil hombres armados. La multitud se congregó en el 599

---

[422] Dabarita es la ciudad bíblica de Daberat, en la falda oeste del monte Itabirion *(Josué* 19, 20); cf. Abel, *Géographie...*, II, pág. 301. La Gran Llanura es la de Esdrelón; cf. II 188.

[423] En el pasaje paralelo de *Autobiografía* 126-131 la víctima no es Ptolomeo, sino su mujer, y las monedas de oro son sólo quinientas.

[424] Esta ciudad era el lugar habitual de residencia de Josefo, en la orilla oeste del lago de Gennesar y, al sur, muy cerca de Tiberíades.

[425] En *Autobiografía* 131 se citan dos amigos del rey Agripa II, Dasión y Janeo, como intermediarios entre Josefo y Aneo.

hipódromo de Tariquea[426] y lanzó muchos gritos de indig-
nación contra el traidor: unos pedían lapidarlo y otros que-
marlo. Juan[427] era el que incitaba a la gente, y con él un tal
Jesús, hijo de Safias, que entonces era magistrado de Tibe-
600 ríades. Los amigos y los guardias personales de Josefo,
asustados ante el ataque de la muchedumbre, huyeron todos,
salvo cuatro. El propio Josefo, que estaba durmiendo, se le-
601 vantó cuando ya le iban a prender fuego. Estos cuatro ami-
gos[428], que se habían quedado con él, le aconsejaron huir,
pero éste, sin amedrentarse ante la soledad en que se encon-
traba ni ante la cantidad de gente que venía contra él, salió a
su encuentro, tras haberse rasgado las vestiduras y haberse
echado ceniza sobre la cabeza[429], con las manos en la espal-
602 da y su espada colgada del cuello. Ante este espectáculo,
sus allegados y, en especial, los habitantes de Tariquea, se
compadecieron de él, pero la gente del campo y de los alre-
dedores, para quien Josefo resultaba una persona molesta, le
insultaron y le ordenaron que rápidamente entregara el dine-
603 ro público y que confesara la traición de sus pactos. Por el
aspecto que presentaba creían que no iba a negar nada de lo
que ellos sospechaban, sino que confesaría que había intenta-

---

[426] El hecho de que una ciudad tan pequeña y poco importante como Tariquea tuviera un hipódromo (cf. también *Autobiografía* 132 y 138) demuestra el grado de desarrollo que alcanzaron en Palestina los juegos atléticos griegos, a pesar de que el judaismo se oponía, al menos de una forma teórica, a estas actividades paganas.

[427] Según *Autobiografía* 134 no es Juan de Giscala el que incita al tumulto, sino Jesús, el hijo de Safias.

[428] En *Autobiografía* 137 se trata sólo de un guardia personal, llamado Simón.

[429] El rasgarse las vestiduras es algo habitual en la historia bíblica, y era señal de luto, de tristeza ante una desgracia (cf. *II Samuel* 13, 19) o de enojo e ira (*Jeremías* 36, 24; *Hechos de los Apóstoles* 22, 23). Sobre el significado de la ceniza, vid. nota a II 237.

do provocar la compasión para así obtener el perdón. Sin embargo, para él esta humildad era el preámbulo de una estratagema. Con el propósito de provocar divisiones internas entre los que se oponían a él, una vez que se le concedió la palabra para confesar todos los motivos de las quejas de esta gente, dijo: «Yo no quería devolver este dinero a Agripa ni quedármelo yo mismo, pues nunca tendría por amigo a un enemigo vuestro ni consideraría ganancia aquello que origine un perjuicio al bien común. Ciudadanos de Tariquea, yo veía que vuestra ciudad estaba muy necesitada de protección y que no tenía dinero para la construcción de una muralla, y temía que el pueblo de Tiberíades y las demás ciudades se apoderasen del botín, por lo que preferí quedarme en secreto con el dinero para construir una muralla en torno a vuestra ciudad. Si esto no os parece bien, os daré el dinero que a mí me han entregado para que vosotros os repartáis el botín. En cambio, si he tomado una decisión favorable a vosotros, no castiguéis a vuestro benefactor».

604
605
606
607

608 Tras estas palabras, los de Tariquea le aclamaron, mientras que los de Tiberíades y los demás le insultaron y le amenazaron. Unos y otros dejaron a un lado a Josefo y riñeron entre sí. Éste, por su parte, se llenó de ánimo al ver la gente que le apoyaba, pues los de Tariquea eran unos cuarenta mil, y habló a la muchedumbre con mayor libertad. Les hizo muchos reproches por su precipitación y dijo que con el dinero que tenía iba a construir una muralla para Tariquea y que también iba a proporcionar seguridad a las demás ciudades, pues no les faltaría dinero, si se ponían de acuerdo con él para ir contra los que podían suministrarles fondos y no se sublevaban contra la persona que se los proporcionaba.

609

610 Entonces el resto de la multitud, que se vio engañada, se retiró llena de enfado. Pero dos mil hombres armados[430]

[430] Se habla sólo de seiscientos en *Autobiografía* 145.

fueron contra Josefo, que se había apresurado a esconderse
611 en su casa, y se colocaron ante la puerta con amenazas. Ante esta situación Josefo se sirvió de un segundo engaño: subió al tejado, calmó el tumulto con un movimiento de la mano derecha y dijo que no sabía qué es lo que pedían, pues no se podía oír ya que todos gritaban a la vez. Él haría todo lo que le pidieran, si enviaban dentro a hablar tranquilamente con él
612 a un grupo de personas elegidas entre ellos. Tras oír estas palabras, pasaron al interior de la casa los individuos más distinguidos junto con las autoridades[431]. Josefo los obligó a ir a la zona más apartada de la casa, cerró la puerta del patio y los azotó hasta dejar al desnudo sus entrañas. Mientras, la multitud permanecía en torno a la casa, pues creía que los que estaban dentro negociaban extensamente sus peticiones.
613 Sin embargo, de repente abrió las puertas, dejó salir a los hombres llenos de sangre y produjo tanto miedo a los que protestaban fuera, que tiraron sus armas y huyeron.

Hostilidades de Juan de Giscala contra Josefo[432]

614 Con estos hechos aumentó el odio de Juan y tramó contra Josefo una segunda trampa. Simuló estar enfermo y escribió una carta a Josefo para que le permitiera tomar las aguas termales de Tiberíades
615 con el fin de curarse[433]. Éste, que no sospechó la artimaña, pidió por escrito a los lugartenientes de la ciudad que pro-

---

[431] De acuedo con el relato de *Autobiografía* 147 en casa de Josefo únicamente entra un delegado de la multitud.

[432] En los pasajes paralelos de *Autobiografía* 84-103 este episodio de Tiberíades se inserta antes del de Tariquea, es decir, en orden inverso al expuesto en la *Guerra*, lo que parece más acorde con el desarrollo cronológico de los acontecimientos.

[433] La proximidad de unas importantes fuentes termales atrajo una destacada población a esta ciudad a través de Herodes Antipas entre el 17 y 22 a. C. Sus aguas eran famosas en la Antigüedad; cf. Plinio, *Historia natural* V 15.

porcionasen a Juan alojamiento y manutención. Después de disfrutar de ello durante dos días, llevó a término aquello, por lo que había ido allí: sobornó a unos con mentiras, y a otros con dinero y les convenció para que se levantaran contra Josefo. Silas, que por orden de Josefo se encargaba de la 616
custodia de la ciudad, cuando se enteró de estas artimañas, le escribió rápidamente una carta donde le relataba esta conspiración. Al recibir Josefo la noticia[434], se puso en camino de noche y con paso rápido llegó al amanecer a Tiberíades. Todo el pueblo salió a su encuentro. Pero Juan, aun- 617
que sospechaba que venía contra él, fingió estar enfermo y le envió a uno de sus allegados[435] para que le dijese que no podía ir a recibirlo. Pero cuando Josefo reunió a los habitan- 618
tes de Tiberíades en el estadio[436] para exponerles los mensajes que le habían enviado, Juan mandó en secreto unos hombres armados con la orden de matarlo. El pueblo gritó 619
al ver que desenvainaban sus espadas. Cuando Josefo escuchó las voces, se dio la vuelta y, al ver que la espada estaba ya cerca de su garganta, se lanzó a la costa, pues estaba hablando al pueblo desde una colina de seis codos de alto. Saltó con dos de sus guardias personales[437] a una barca, que estaba anclada cerca de allí, y huyó al interior del lago.

Rápidamente sus soldados cogieron las armas y corrie- 620
ron contra los conspiradores. Entonces Josefo, que temía que estallara una guerra civil y se perdiera la ciudad por

[434] Josefo se encontraba entonces en Cana, a poco más de veinte kilómetros de Tiberíades; cf. *Autobiografía* 86.

[435] En *Autobiografía* 91 es el propio Juan de Giscala en persona el que sale al encuentro de Josefo.

[436] Este estadio, citado también en III 539 y *Autobiografía* 92 y 331, confirma la idea señalada en nota a II 599 en relación con el hipódromo de Tariquea.

[437] Según *Autobiografía* 96 se trataba sólo de un guardia personal, de nombre Jacob, y de un tal Herodes de Tiberíades.

culpa de la envidia de unos pocos, envió a los suyos la orden de que no se preocupasen más que de salvar su propia vida y que no mataran ni pidieran cuentas a ninguno de los
621 culpables. Sus hombres obedecieron sus palabras y permanecieron tranquilos, pero la gente de los alrededores, al enterarse de la conjuración y de su autor, se unieron contra Juan, que se había apresurado a refugiarse en Giscala, su pa-
622 tria. En todas las ciudades los galileos se unieron a Josefo; se presentaron muchas decenas de millares de hombres armados que gritaban que habían venido para luchar contra Juan, el traidor de todos, y que iban a prenderle fuego a él y
623 a la ciudad que lo había acogido. Josefo les dijo que agradecía su buena disposición, pero frenó su ímpetu, pues prefería vencer a sus enemigos con la razón antes que matarlos.
624 Hizo una lista con los nombres de los que en cada ciudad habían apoyado la sublevación de Juan, y la gente denunció decididamente a sus propios conciudadanos. A través de unos heraldos difundió la amenaza de que aquellos que en cinco días[438] no abandonaran a Juan sufrirían el saqueo de sus bienes y la quema de sus casas junto con sus familias. In-
625 mediatamente se pasaron a su bando tres mil personas[439], que acudieron ante Josefo y arrojaron las armas a sus pies[440]. Con los hombres que le quedaban, unos dos mil fugitivos sirios[441], Juan se dedicó de nuevo a realizar conspiraciones
626 secretas, en lugar de llevar a cabo una guerra abierta. A es-

[438] Veinte días en *Autobiografía* 370.

[439] La cifra asciende a cuatro mil en la narración de *Autobiografía* 371.

[440] De nuevo nos encontramos ante otra alteración cronológica de los hechos. En *Autobiografía* 268-272 este episodio de la proscripción ordenada por Josefo se incluye en la narración bastante después del tema de los emisarios de Jerusalén (189-132), que aquí se cuenta a continuación.

[441] En este punto parece muy acertada la conjetura de REINACH, que considera más oportuno leer aquí tirios, en lugar de sirios, siguiendo el relato paralelo de *Autobiografía* 372 y lo que se ha expuesto en II 588.

condidas envió mensajeros a Jerusalén para que acusaran a Josefo de tener un ejército demasiado importante, y para que dijeran que pronto iba a venir como tirano de la capital, si antes no se lo impedían. El pueblo, que ya tenía noticia de estas acusaciones, no les hizo caso, pero, por envidia, los poderosos y algunos de los magistrados enviaron en secreto dinero a Juan para que reclutara una tropa de mercenarios y así luchara contra Josefo. Incluso decidieron por votación quitarle el cargo de jefe del ejército[442]. No obstante, 628
no les pareció suficiente esta decisión. Mandaron a dos mil quinientos hombres armados y a cuatro personajes destacados, Joesdro, el hijo de Nomico, Ananías, hijo de Sadoc, y Simón y Judas[443], los hijos de Jonatán, todos ellos hábiles oradores, para que cambiaran la buena opinión que el pueblo tenía de Josefo. También tenían el encargo de permitirle dar explicaciones de sus actos, si éste se presentaba por voluntad propia, y en cambio, le considerarían como un enemigo, si pretendía mantenerse a la fuerza en su cargo. Los 629
amigos de Josefo le hicieron llegar el aviso de que un ejército había partido de Jerusalén contra él, pero no le dijeron el motivo de ello, pues los enemigos habían decidido esta acción en secreto. Por esta misma razón, como él no había tomado ninguna precaución, cuatro ciudades se pasaron inmediatamente al bando contrario, según iba llegando a ellas el ejército enemigo, Séforis, Gabara[444], Giscala y Tiberíades.

---

[442] *Autobiografía* 189-332 se extiende en este episodio del intento de sustitución de Josefo.

[443] El número de soldados no pasa de seiscientos, mientras que también se añaden trescientos ciudadanos en *Autobiografía* 200. En *Autobiografía* 197 no se menciona a ningún Joesdro, sino a un tal Joazar, y se nombra a un tal Jonatán en lugar de a Judas.

[444] Una de las aldeas más importantes de Galilea (*Autobiografía* 123), al norte de Sogane. ABEL, *Géographie...*, II, pág. 322, considera que la correcta es la forma Garaba, en lugar de Gabara.

630 Pero en poco tiempo Josefo volvió a recuperar estas ciudades[445] sin hacer uso de las armas. Con estratagemas se apoderó de los cuatro jefes[446] y de los mejores soldados y los envió
631 de nuevo a Jerusalén. El pueblo se indignó mucho contra estos individuos y los habría matado junto con los que les habían enviado, si aquéllos no se hubieran dado prisa en huir.

Rebelión de Tiberíades y Séforis

632 Desde este momento Juan, por miedo a Josefo, se encerró dentro de los muros de Giscala. Unos pocos días después se sublevó de nuevo Tiberíades y sus habitantes pidieron la ayuda del rey Agripa[447].
633 Pero Agripa no llegó en la fecha convenida y aquel mismo día apareció un pequeño grupo de jinetes romanos, por lo que declararon publicamente proscrito de la ciudad a Josefo.
634 Inmediatamente le llegó a éste en Tariquea la noticia de esta defección. Sin embargo, él había enviado a sus soldados a recoger provisiones[448] y no se atrevía a enfrentarse solo a los rebeldes ni a quedarse allí, pues temía que, si se retrasaba, los soldados del rey se presentarían en la ciudad antes que él. Además, al día siguiente no iba a tener un día laborable,
635 pues era sábado. Entonces, planeó engañar a los sediciosos mediante una artimaña: ordenó cerrar las puertas de Tariquea para que nadie contara lo que tramaba a aquellos que iban a ser atacados por él. Reunió todas las embarcaciones

---

[445] Excepto Giscala, que estaba bajo el poder de Juan; cf. II 632.

[446] Cf. II 628.

[447] El pasaje paralelo de *Autobiografía* 155-178 coloca esta revuelta de Tiberíades antes del episodio de los emisarios de Jerusalén narrado en II 626-627.

[448] Esta afirmación no coincide con la expresada en *Autobiografía* 159, donde se dice que los soldados habían sido enviados por Josefo a sus casas a descansar, ya que al día siguiente era sábado.

del lago, doscientas treinta con no más de cuatro marineros en cada una, y con ellas se dirigió rápidamente hacia Tiberíades. Después de apartarse de la ciudad a una distancia 636
desde donde no era fácil verlos, dio la orden de que las barcas vacías se quedaran flotando en el lago, mientras él con sólo siete de sus guardias personales armados se acercó lo más posible para ser visto. Cuando los enemigos, que aún le 637
insultaban, le vieron desde la muralla, se llenaron de miedo y creyeron que todas las embarcaciones estaban llenas de soldados. Arrojaron sus armas y les hicieron señales con las manos para suplicarles que perdonaran a la ciudad.

Josefo les lanzó un gran número de amenazas y les re- 638
prochó que ellos, que habían sido los primeros en ir a la guerra contra los romanos, ahora gastaban sus fuerzas en discordias internas y así hacían lo que más deseaban sus enemigos. Además, se esforzaban por destruir al encargado de su seguridad y no se avergonzaban de cerrar las puertas de la ciudad a la persona que había construido sus murallas. No obstante, dijo que recibiría a los emisarios que vinieran a pedirle disculpas y que a través de ellos confirmaría la lealtad de la ciudad de Tiberíades. Enseguida bajaron diez de los más impor- 639
tantes ciudadanos de Tiberíades. Josefo los recogió en una de las barcas y los llevó lejos de allí. También mandó que vinieran otros cincuenta hombres del consejo[449], los más distinguidos, como si quisiera que ellos también dieran testimonio de sus promesas. Luego con otros pretextos fue llamando a 640
unos y a otros, en apariencia para concretar el tratado. Cuan- 641
do las embarcaciones ya estaban llenas, ordenó a sus pilotos navegar rápidamente hacia Tariquea y encerrar a estos hombres en la cárcel. De esta forma capturó y llevó en barcas has-

[449] Sobre este órgano de la administración local, vid. nota a II 273.

ta Tariquea a todo el Consejo, que estaba formado por seiscientos miembros, y a unos dos mil ciudadanos.

642 Los que quedaron en Tiberíades gritaban que el culpable de la revuelta era un tal Clito y pedían que se le castigara, pero Josefo decidió no matar a nadie, sino que mandó desembarcar a uno de sus guardias, Leví, para que cortase las
643 manos a Clito. Sin embargo, Leví se negó a ello, por temor a ir sólo ante tantos enemigos. Y Clito, que vio que Josefo estaba lleno de furia en la barca y que estaba dispuesto a bajar él en persona a castigarlo, le pidió desde la orilla que le deja-
644 ra una de las dos manos. Josefo le hizo la seña de que estaba de acuerdo, pero con la condición de que él mismo se amputara su propia mano; entonces Clito sacó la espada y con la mano derecha se cortó la izquierda, pues tan grande era el
645 miedo que le producía Josefo. De esta manera, con unas barcas vacías y siete guardias capturó al pueblo y sometió de nuevo a Tiberíades. Pero pocos días después, cuando vio que de nuevo esta ciudad se había alzado junto con Séforis, dejó
646 a sus soldados que la saquearan. A pesar de todo, devolvió el botín a los habitantes de Tiberíades y también a los de Séforis. Pues, en efecto, una vez que sometió a estas poblaciones quiso darles una advertencia con este saqueo, si bien al devolverles los bienes se atrajo de nuevo su afecto.

Jerusalén se prepara para la guerra

647 Entonces se acabaron los conflictos de Galilea y, tras calmarse las revueltas internas, se dispusieron a hacer los prepara-
648 tivos para ir contra los romanos. En Jerusalén el sumo sacerdote Anano[450] y todos los poderosos que no eran favorables a Roma repararon los
649 muros y muchas máquinas de guerra. En toda la ciudad se forjaban flechas y armaduras; grupos de jóvenes se dedica-

[450] Cf. nota a II 563.

ban a la instrucción militar sin ningún orden y en todos los lugares reinaba el tumulto. Era terrible el desaliento de la gente moderada y muchos se lamentaban ante la perspectiva de las próximas desgracias. Los presagios[451] eran vistos de 650
forma negativa por los que querían la paz, mientras que eran interpretados a su gusto por los partidarios de la guerra. Incluso antes de que llegaran los romanos, la situación era, poco más o menos, la de una ciudad que estaba próxima a la destrucción. Sin embargo, Anano se preocupaba de ir aban- 651
donando poco a poco la preparación de la guerra y de hacer que los rebeldes y la insensatez de los llamados Zelotes se dedicaran a una actividad más útil para el interés de todos, pero fue víctima de la violencia y más adelante contaremos[452] cuál fue su final.

La actividad de Simón, hijo de Giora, en Acrabatene e Idumea

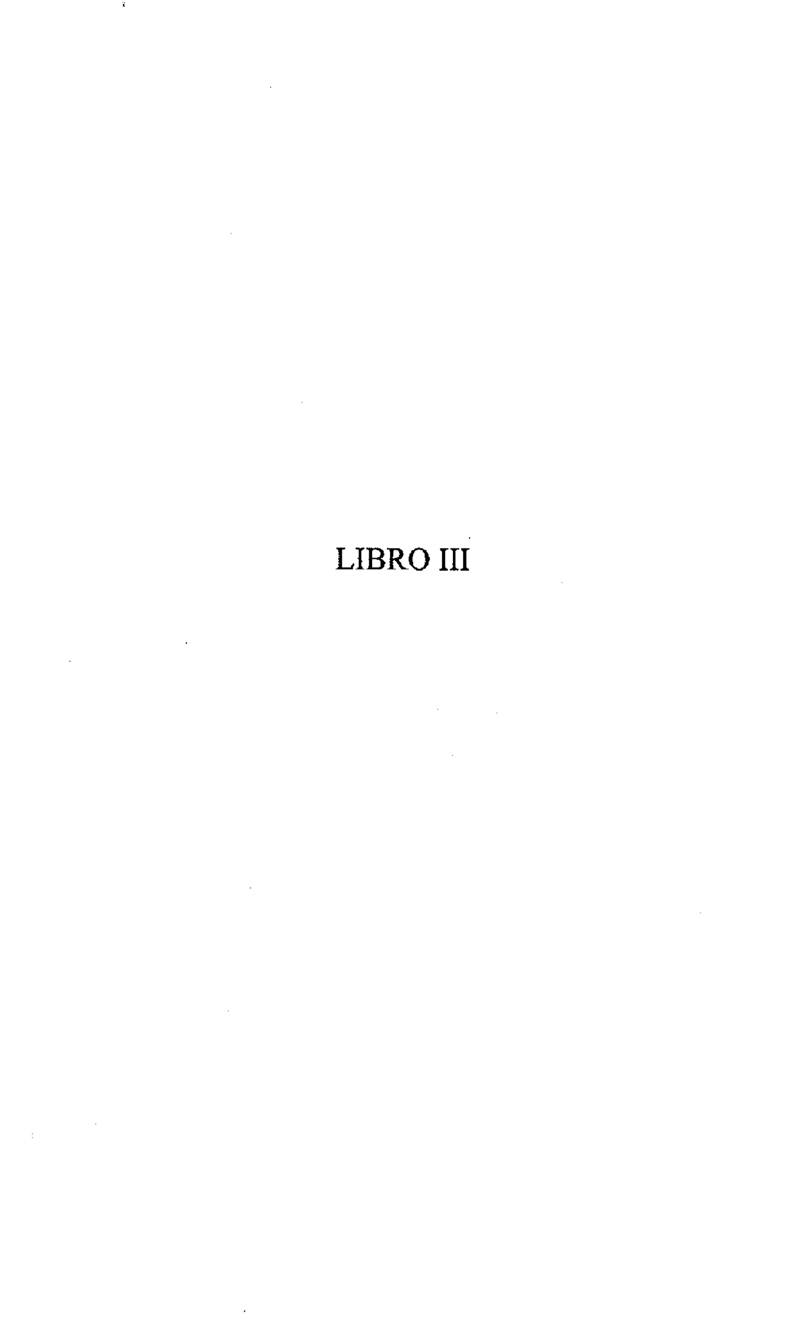
En la toparquía de Acrabatene, Si- 652
món, el hijo de Giora[453], reunió a muchos sediciosos y se dedicó al pillaje. No sólo saqueaba las casas de los ricos, sino que también maltrataba a sus personas, y era evidente, ya desde entonces, que empezaba a actuar como un tirano. Cuando Anano y los magistra- 653
dos enviaron contra Simón un ejército, éste se refugió con sus hombres entre los bandidos de Masadá, desde donde se dedicó a devastar Idumea hasta la muerte de Anano y de los demás enemigos. Como consecuencia de ello las autoridades 654
de esta región, a causa de la gran cantidad de asesinatos y de los frecuentes saqueos, reunieron un ejército y establecieron guarniciones en las aldeas. Esto es lo que ocurría en Idumea.

---

451 Algunos de estos presagios se describirán en VI 288-315. Sobre la importancia de estos elementos en la obra de Josefo, vid. nota a I 331.

452 IV 315-325.

453 Cf. nota a II 521.



LIBRO III

NOTA TEXTUAL

Edición de Niese	Nuestro texto
18 (8-9) τῷ πολέμῳ	τῶν πολεμίων coni. Niese
60 (10) ἀτρεμοῦντα τάς τε πόλεις	ἀτρεμοῦντάς τε κατὰ πόλεις coni. Niese
130 (9) ἔχει	ἔχοι *ALVRC*
356 (10) οὓς κατέφησεν	καὶ κατήφησαι *MVRC*
447 (5) Ἔνναβρις	Σεναβρὶς *MR*
450 (13) Τοῦφα	Σαπφία Schalit

SINOPSIS

LA CAMPAÑA DE GALILEA. DESDE LA LLEGADA DE VESPASIANO HASTA LA CAÍDA DE TARIQUEA (66 - otoño del 67 d. C.)

1. Nerón envía a Vespasiano para acabar con la revuelta.– 9. Los judíos atacan Ascalón.– 29. Vespasiano en Ptolemaida y Séforis.– 35. Galilea.– 44. Perea.– 48. Samaria.– 51. Judea.– 56. El reino de Agripa.– 59. La guarnición romana de Séforis ataca Galilea.– 64. Tito y Vespasiano unen sus tropas en Ptolemaida.– 70. *Excursus* sobre el ejército romano.– 110. Plácido ataca Jotapata.– 115. Vespasiano entra en Galilea. Retirada del ejército de Josefo.– 132. Toma de Gadara. Inquietud de Josefo.– 141. La ciudad de Jotapata es sitiada por las tropas de Vespasiano.– 289. Trajano y Tito se apoderan de Jafa.– 307. Matanza de samaritanos en el monte Garizim.– 316. Toma de Jotapata.– 340. Josefo se esconde en una cueva. Los romanos le descubren.– 361. Discurso de Josefo a sus compañeros.– 392. Josefo se entrega a los romanos.– 399. Josefo ante Vespasiano. Su profecía.– 409. Vespasiano en Cesarea Marítima y Escitópolis. Fin de los piratas judíos de Jope.– 432. Jerusalén ante la noticia de la caída de Jotapata.– 443. Vespasiano es recibido por el rey Agripa. Rebelión en Tariquea y Tiberíades.– 462. Tito ante la toma de Tariquea.– 506. El lago de Gennesar. El Jordán y sus fuentes.– 522. Combate naval en el lago de Gennesar. Final de los judíos de Tariquea.

Nerón envía a Vespasiano para acabar con la revuelta

Cuando Nerón se enteró del desastre 1
de Judea[1], se llenó por dentro, como era de esperar, de miedo y de terror, aunque públicamente se comportaba con arrogancia y parecía enfadado. Decía que estos he- 2
chos se debían más a la negligencia de los generales romanos que al valor de los enemigos, y creía que por la dignidad del Imperio él tenía que despreciar los males acaecidos y dar la apariencia de que su alma estaba por encima de todas las desgracias. Sin embargo, las preocupaciones evidencia- 3
ban la turbación de su espíritu, cuando él meditaba a quién debía encomendar el agitado Oriente. Esa persona tendría que castigar la revuelta de los judíos e impedir que este mal se extendiera también por los pueblos de alrededor que estaban ya contagiados por él[2]. Sólo encontró a Vespasiano[3] 4
adecuado para sus necesidades y capaz de hacerse cargo de una guerra de tal magnitud. Era un hombre que había estado en campañas militares desde su juventud, que, ya hace tiem-

---

[1] El emperador se hallaba en ese momento en Acaya, según se ha dicho en II 558.

[2] El temor al peligro que los partos suponían para Roma es uno de los ingredientes de esta obra de Josefo, como ya hemos expuesto en el apartado 5 de la Introdución.

[3] Sobre la carrera política y militar del futuro emperador Vespasiano, vid. Tácito, *Historias* II 5 ss., *Agrícola* 13 ss., y Suetonio, *Vespasiano*.

po, había pacificado para Roma el Occidente, que se hallaba
revuelto por obra de los germanos, y que antes había con-
quistado con las armas Britania, hasta entonces desconoci-
5 da[4]. De esta forma, Vespasiano había hecho que Claudio, el
padre[5] de Nerón, obtuviera los honores de un triunfo sin
que le supusiera ningún esfuerzo.
6 Nerón estimó que estos hechos eran un buen presagio y
vio que Vespasiano era una persona madura y con experien-
cia[6], que sus hijos serían una gran prueba de su lealtad y
que su juventud los convertiría en la mano derecha de la in-
teligencia de su padre. Tal vez lo dispuso así Dios para fa-
7 cilitar el acceso de Vespasiano al Imperio[7]. En consecuen-
cia, envió a este hombre para que asumiera la jefatura de los
ejércitos de Siria, después de haberle hecho muchos halagos
y lisonjas, de acuerdo con lo que demandaba la urgente si-
8 tuación del momento. Desde Acaya[8], donde estaba con Ne-
rón, Vespasiano envió a su hijo Tito a Alejandría para recoger
la decimoquinta legión[9], mientras él atravesó el Helesponto
y llegó por tierra a Siria, donde reunió las tropas romanas y
numerosas fuerzas aliadas de los reyes vecinos.

---

[4] Cf. II 378.

[5] Padre adoptivo; cf. II 249.

[6] En este momento, 66 d. C., Vespasiano tenía cincuenta y siete años, pues había nacido el 9 d. C.

[7] Josefo va preparando el camino para justificar la profecía sobre el futuro mandato de Vespasiano, también como resultado de un plan divino; cf. III 399-408.

[8] En esta época, «Acaya» es la denominación de la provincia romana de Grecia; cf. nota a II 365.

[9] Se trata de la legión XV *Apollinaris* que se encontraba en Alejandría tras haber combatido a los partos; cf. TÁCITO, *Anales* XV 25-26.

Los judíos atacan Ascalón

Tras la derrota de Cestio[10], los judíos, 9
llenos de júbilo por su inesperada suerte,
eran incapaces de contener su ímpetu y,
como si la Fortuna les empujara a ello,
aumentaban la intensidad de la guerra.
Agruparon enseguida a todos los hombres más belicosos
que tenían y se dirigieron hacia Ascalón. Es una ciudad an- 10
tigua situada a quinientos veinte estadios[11] de Jerusalén,
que siempre ha sido odiada por los judíos[12]. Por ello les pa-
reció entonces que era el enclave más adecuado para sus
primeros ataques. Al frente de la expedición iban tres hom- 11
bres de reconocida fuerza e inteligencia, Níger el pereo, Silas
el babilonio y Juan el esenio[13]. Por su parte, Ascalón estaba 12
fuertemente amurallada, pero casi no tenía a nadie que la
defendiera, pues estaba protegida por una cohorte de infan-
tería y por un ala de caballería[14] a las órdenes de Antonio.

Los judíos, enardecidos, marcharon con más rapidez y 13
entraron a la ciudad enseguida, como si vinieran desde muy
cerca. Antonio, que no era ajeno a la inminente llegada de 14
esta gente, hizo salir antes a la caballería, sin temer el gran
número ni la audacia de los enemigos, resistió con fuerza
sus primeras embestidas y rechazó a los que se acercaban a
las murallas. Los judíos se hallaban en clara dificultad, pues 15

---

[10] La derrota de Cestio en el asedio a Jerusalén ha sido narrada en II 513-556.

[11] Es decir, casi noventa y cinco kilómetros.

[12] Este odio se había plasmado en la quema de la ciudad por parte de los judíos, según se ha narrado en II 460. *La embajada a Cayo* de FILÓN, 205, señala también esta animad versión hebrea hacia Ascalón. Sobre esta ciudad, véase la nota a I 185.

[13] Niger el pereo y Silas el babilonio han sido mencionados en II 520 y 566-568. Juan el esenio era general en el noroeste de Judea; cf. II 567.

[14] Se trata del cuerpo auxiliar de caballería que tenían las legiones romanas, formado por quinientos jinetes; cf. nota a II 67.

ellos, sin experiencia en la guerra, luchaban contra gente ex-
perta, infantería contra caballería, tropas desordenadas con-
tra otras bien disciplinadas, personas armadas al azar contra
legionarios totalmente equipados, hombres movidos más
por el sentimiento de ira que por la cordura contra soldados
bien dispuestos, que obedecían en todo las indicaciones de
16 sus jefes. Pues nada más quedar deshechas las primeras fa-
langes por acción de la caballería, los hebreos huyeron, y al
caer sobre los que detrás de ellos atacaban las murallas, se
convertían en enemigos los unos de los otros, hasta que to-
dos cedieron ante la presión de los jinetes y se dispersaron
por toda la llanura, que era muy extensa e idónea para la ca-
17 ballería. Este hecho, que fue de una gran ayuda para los roma-
nos, provocó una inmensa matanza entre los judíos: la caba-
llería romana retrocedía y se volvía contra los que escapaban
y así, al abrirse camino entre los que se amontonaban en la
carrera, mataba a una gran cantidad de enemigos. Además,
los jinetes, por grupos, rodeaban a los judíos por cualquier si-
tio por donde éstos huyeran, los envolvían con sus caballos y
18 los alcanzaban fácilmente con sus flechas. A los judíos les pa-
recía que estaban solos, a pesar de su gran número, ya que su
situación era desesperada mientras que los romanos, aunque
eran pocos, creían que eran más que los enemigos por el éxito
19 que tenían en la batalla. Pero como los judíos soportaban la
situación adversa por la vergüenza que suponía huir rápida-
mente y por la esperanza de un cambio de suerte, y como los
romanos no se cansaban hasta conseguir su victoria, el com-
bate duró hasta el atardecer, cuando ya habían perecido diez
20 mil judíos y dos de sus generales, Juan y Silas. Los demás, en
su mayor parte heridos, se refugiaron en Caalis[15], una peque-

[15] Algunos manuscritos presentan la lectura *Sállis*. En cualquier caso esta localidad de Idumea, sea Salis o Caalis, no ha sido suficientemente identificada.

ña población de Idumea, junto con Niger, el único jefe que
les quedaba vivo. En cambio, en esta batalla sólo resultaron 21
heridos unos pocos romanos.

No obstante, a pesar de una derrota tan grande, los ju- 22
díos no calmaron sus ánimos, sino que más bien el sufri-
miento aumentó su audacia. Sin prestar atención a los cadá-
veres que estaban a sus pies se dejaron llevar a una segunda
matanza, en recuerdo de sus hazañas anteriores. No dejaron 23
pasar el tiempo suficiente para curarse sus heridas, sino que
reunieron todas sus tropas y se dirigieron de nuevo contra
Ascalón con más valor y con más gente que antes. Pero tu- 24
vieron la misma Fortuna que en el asalto anterior, junto con
su inexperiencia y con su situación de inferioridad en otros
aspectos de la guerra. Los judíos cayeron de improviso en 25
las emboscadas, que Antonio les había tendido en el cami-
no, y se vieron rodeados por la caballería antes de entablar
combate. En consecuencia, otra vez sucumbieron más de
ocho mil, mientras el resto huyó. Entre estos últimos se en-
contraba Níger, que había hecho muchas demostraciones de
audacia en la huída. Empujados por la presión de los ene-
mígos llegaron a una torre fortificada de una aldea llamada
Belzedec[16]. Los hombres de Antonio, que no querían perder 26
el tiempo por una fortaleza, que era difícil de tomar, ni que-
rían dejar vivo al jefe y al más valiente de los enemigos,
prendieron fuego a la muralla. Cuando ardió la torre, los 27
romanos se retiraron contentos porque pensaban que Níger
también había perecido. Sin embargo, éste saltó desde la to-
rre a la cueva más recóndita de la fortaleza y se salvó. Des-
pués de tres días, cuando sus hombres le buscaban entre
llantos para enterrarle, Niger les llamó. Tras salir de su es- 28
condite, hizo que todos los judíos se llenaran de una alegría

[16] Aldea desconocida.

inesperada, pues tenían el convencimiento de que la Providencia divina le había salvado para que fuera su general en los combates venideros[17].

Vespasiano en Ptolemaida y Séforis

29 Vespasiano, después de reunir sus tro-
pas, se trasladó a Ptolemaida desde Antio-
quía, que es la capital de Siria y que es la
tercera ciudad más importante del mundo
sometido a los romanos[18] por su magni-
tud y por su prosperidad. En Antioquía se encontró con el
rey Agripa, que salió a recibirle con todas sus tropas perso-
30 nales. Cuando llegó a Ptolemaida, vinieron a su encuentro
los habitantes de la ciudad de Séforis, en Galilea, los únicos
31 que todavía se mantenían en paz en esta región[19]. Estos úl-
timos, sin olvidarse de su propia seguridad y de la fuerza de
los romanos, antes de la llegada de Vespasiano, prometieron
fidelidad a Cesenio Galo[20], que les concedió protección y
32 dejó en la ciudad una guarnición. Entonces recibieron con
afecto al general y le prometieron vivamente ser sus aliados
33 en contra de sus propios compatriotas. Vespasiano, a peti-
ción de los habitantes de Séforis, les entregó para su seguri-
dad todos los soldados de caballería y de infantería que él
creía necesarios para hacer frente a los judíos, en caso de
34 que éstos se alzaran. Pensaba que la pérdida de Séforis su-
pondría un importante riesgo para la inminente guerra, ya

[17] En efecto, Níger seguirá en esta guerra contra Roma hasta que los Zelotes acaben con él en el asedio de Jerusalén; cf. IV 359-362.

[18] Los dos primeros puestos los ocupaban Roma y Alejandría respectivamente.

[19] En II 510 se ha dicho que los habitantes de Séforis estaban dispuestos a ir a la guerra.

[20] Cesenio Galo era el comandante de la legión XII; cf. II 510-513.

que era la ciudad más importante de Galilea[21], una fortaleza construida en un lugar muy seguro que sería un enclave de protección para toda la región.

Galilea

Hay dos Galileas, la llamada Galilea 35
Superior y la Inferior. Ambas están rodeadas por Fenicia y Siria. Limitan por occidente con los territorios de Ptolemaida y del Carmelo, monte que antes era de
los galileos y ahora lo es de los tirios. Junto al Carmelo está 36
Gaba, la ciudad de los Caballeros, llamada así porque viven en ella los soldados de caballería licenciados por el rey Herodes. Limitan al sur con Samaria y Escitópolis hasta las 37
aguas del Jordán. Al oriente hacen frontera con Hipo, Gadara y la Gaulanítide, donde también se encuentran los límites
del rey Agripa. Al norte está Tiro y el territorio de los ti- 38
rios[22]. La llamada Galilea Inferior llega en longitud desde Tiberíades hasta Cabul, que en la parte costera está próxima
a Ptolemaida. De ancho[23] se extiende desde la aldea llama- 39
da Xalot[24], en la Gran Llanura, hasta Bersabé. Este es el comienzo de la Galilea Superior, cuya anchura abarca hasta la aldea de Baca[25], que hace frontera con el territorio de los

---

[21] En *Autobiografía* 3-38 se dirá que Séforis se había convertido en la capital de Galilea por su sumisión a los romanos, mientras que, en realidad, la ciudad más importante de esta región era Tiberíades.

[22] El dominio de Tiro se extendía hasta el alto Jordán, es decir, hasta la alta Galilea.

[23] Josefo, como es habitual entre los autores antiguos, da la longitud de la región de este a oeste, y la anchura de sur a norte.

[24] Localidad situada en la Gran Llanura de Esdrelón, en la frontera de Galilea, que también se cita en *Autobiografía* 227. Algunos manuscritos ofrecen la lectura *Exalòth*. Sobre la Gran Llanura de Esdrelón, vid. nota a II 188.

[25] En el extremo noroccidental de la Baja Galilea.

40 tirios. La longitud de la Galilea Superior se prolonga desde Tela[26], una aldea cercana al Jordán, hasta Merot.

41 Las dos Galileas, a pesar de tener una extensión tan grande y de estar rodeadas por pueblos extranjeros, han resistido
42 siempre a todo intento de guerra. En efecto, los galileos están acostumbrados a luchar desde niños y en todo momento han tenido una población numerosa. Los hombres nunca han sido cobardes ni le ha faltado gente al país, pues es totalmente fértil, tiene abundantes pastos y está lleno de árboles de todo tipo, de forma que incluso una persona a quien no le gustara la agricultura se sentiría atraído por estas ventajas.
43 Toda la región está dedicada al cultivo, y no hay ninguna parte de su suelo que esté sin aprovechar. Pero, además, hay muchas ciudades y la mayoría de las aldeas están muy pobladas en todos los lugares a causa de la fertilidad de la tierra, hasta el punto de que la más pequeña de ellas tiene más de quince mil habitantes[27].

Perea

44 En líneas generales, aunque en extensión Perea es más grande que Galilea, sin embargo es inferior en recursos. Pues mientras Galilea está toda ella cultivada y es muy fértil, Perea, en cambio, aunque es más grande, es en su mayor parte un desierto, es una región áspera y demasiado agreste para producir frutos de cultivo.

---

[26] En la frontera norte de Galilea, en la orilla suroeste del lago Semeconitis, identificada con la aldea árabe de El-Teleil; cf. Abel, *Géographie...*, II, pág. 481.

[27] Estas cifras no pueden ser exactas. En *Autobiografía* 230-235 se dice que en Galilea había unas doscientas cuatro aldeas, que a un mínimo de quince mil habitantes cada una daría una cifra de más de tres millones. Sobre la población de Palestina en esta época, vid. J. Beloch, *Die Bevölkerung...*, pág. 246, donde se apunta que los pobladores de esta Galilea llegarían a unos cuatrocientos mil.

No obstante, hay también zonas que son cultivables y muy 45
productivas; sus llanuras están llenas de árboles de diversos
tipos, en especial, se cultiva el olivo, la vid y la palmera.
Perea está, asimismo, regada por torrentes, que bajan desde
las montañas, y por fuentes de las que fluye constantemente
el agua suficiente, incluso cuando aquéllos se secan en el
verano. Su longitud abarca desde Maqueronte hasta Pella, y 46
su anchura de Filadelfia al Jordán[28]. Con Pela, ciudad de la 47
que hemos hablado antes, limita al norte, a occidente con el
Jordán, al sur están las fronteras de Moab y al oriente Ara-
bia y Hesbonítide[29], además de Filadelfia y Gerasa.

Samaria

El territorio de Samaria se halla entre 48
Galilea y Judea. Empieza en la llanura, en
la aldea llamada Ginea[30], y acaba en la
toparquía de Acrabatene. Su naturaleza no
difiere en nada de la de Judea. Las dos 49
son zonas montañosas y, a la vez, llanas, tienen tierras apro-
piadas para la agricultura, son muy fértiles, poseen muchos
árboles y están llenas de frutos silvestres y de cultivo. Prác-
ticamente en todos los lugares sus tierras son secas por natu-
raleza, si bien reciben abundantes lluvias. No obstante, todo 50
el agua que hay en sus fuentes es muy dulce, y debido a la

[28] En los límites de Perea se incluye Maqueronte (sobre esta fortaleza, en la frontera de Arabia, vid. nota a I 161), pero se excluyen Pela y Filadelfia, que pertenecían a la Decápolis. De esta forma su territorio es inferior al de Galilea, lo que contradice lo expresado por Josefo en III 44.

[29] Moab es la denominación geográfica de la meseta de Transjordania, entre el mar Muerto y el desierto de Arabia. Hesbonítide es el territorio de la Hesbón del *Antiguo Testamento*; cf. II 458 y *Antigüedades* XII 233, XV 294.

[30] Seguramente se trata de la aldea de Gema, citada en II 232; cf. la nota correspondiente.

gran cantidad de rico pasto los ganados producen más leche que en otras regiones. La prueba más importante de la prosperidad y de la abundancia de estas regiones es el hecho de que ambas están muy pobladas de gente.

Judea

51 Entre Samaria y Judea está situada la aldea llamada Anuat Borceos[31]. Esta población es el límite de Judea al norte, al sur, si tenemos en cuenta su longitud, hace frontera con una aldea próxima a los términos de Arabia, que los judíos de la zona la denominan Jardán[32]. En anchura[33] Judea se extiende desde el río Jordán
52 hasta Jope. En el centro exacto de la región está la ciudad de Jerusalén, por lo que algunos la llaman con razón el ombli-
53 go del país[34]. Además, Judea cuenta con las ventajas del
54 mar, pues se extiende en la costa hasta Ptolemaida[35]. Está dividida en once distritos[36] y al frente de ellos está la real ciu-

[31] Es la actual Ain-Berqit, situada a diecinueve kilómetros al sur de Nabulus, en la ruta de Jerusalén; cf. Abel, *Géographie...*, II, pág. 244.

[32] Seguramente se trate de la actual Tel-Arad, a treinta kilómetros al sur de Hebrón.

[33] En el caso de esta región la longitud y la anchura se dan en sentido inverso al señalado en II 38-39, al hablar de los límites de Galilea.

[34] Esta expresión es bastante frecuente en los autores judíos y cristianos. En *Ezequiel* 38, 12, se llegará a decir incluso que Jerusalén es el «ombligo del mundo». No obstante, esta ciudad no es el centro exacto de Judea, sino que está un poco al nordeste.

[35] Judea no tenía costa, ya que entre ella y Ptolemaida estaba Samaria y parte de Galilea y del territorio fenicio. Sin embargo, esta expresión, que en principio es incomprensible, puede entenderse en sentido geológico, más que geográfico, pues las montañas de Judea acaban en el monte Carmelo, al sur de Ptolemaida.

[36] Distritos o toparquías es el término utilizado para designar a las unidades administrativas en que se dividía el territorio judío. Plinio, *Historia natural* V, 14, 70, da una lista de las toparquías judías que no coinci-

dad de Jerusalén, que domina a toda la región, igual que hace la cabeza con el cuerpo. Las demás poblaciones están repartidas en toparquías. Después de Jerusalén está Gofna, 55
luego Acrabata[37], Tamna, Lida, Emaús, Pella, Idumea, Engadi[38], Herodio y Jericó.

El reino de Agripa

A continuación[39] se hallan Jamnia y 56
Jope, que dominan las comarcas de alrededor, luego la región de Gamala, la Gaulanítide, Batanea y Traconítide, que forman parte del reino de Agripa. El territorio de 57
Agripa empieza en los límites del Líbano y en las fuentes del Jordán y llega al lago Tiberíades[40], en anchura, mientras que en longitud[41] abarca desde la aldea llamada Arfa hasta Julia[42]. En este reino hay una mezcla de población judía y siria[43].

---

de totalmente con ésta: omite Idumea y Engadi, incluye Jope y sustituye Pela por Betletefa.

[37] Es la toparquía de Acrabatene, de la que se ha hablado en III 48; cf. también nota a II 235.

[38] A orillas del Mar Muerto, identificado con Tell el-Jurn, a 28 Km al este de Hebrón; cf. Abel, *Géographie...*, II, págs. 316 ss.

[39] Josefo añade poblaciones que tenían una población judía importante, aunque en realidad no eran toparquías. Jamnia y Jope eran dos ciudades marítimas que tenían una administración propia (cf. II 67 y 97), y el resto era el territorio de Agripa en el norte.

[40] Conocido también con el nombre de lago de Gennesar, en cuya orilla está enclavada la ciudad de Tiberíades.

[41] Sobre la «anchura» y la «longitud», cf. nota a III 39.

[42] Arfa, al este de Traconítide, está sin identificar. Julia es la bíblica Bet-Saida, al norte del mar de Galilea; cf. nota a II 168.

[43] Sobre los límites del reino de Agripa, incrementados por Nerón y Vespasiano, puede consultarse el trabajo de Th. Frankfort, «Le royaume d'Agrippa II et son anexion par Domitien», en *Hommage à Albert Grenier*, Bruselas, 1962, págs. 659-672.

58 Con la mayor brevedad posible hemos descrito Judea y sus alrededores.

La guarnición romana de Séforis ataca Galilea[44]

59 Las tropas de ayuda que Vespasiano había enviado a Séforis, mil jinetes y seis mil soldados de infantería a las órdenes del tribuno Plácido, después de acampar en la Gran Llanura[45], se separaron. La infantería se estableció en la ciudad para proporcionarle protección, mientras que la caballería se quedó en el campo.
60 Las dos unidades hacían frecuentes salidas y recorrían las zonas de alrededor para causar daños importantes a los hombres de Josefo. Cuando éstos permanecían sin moverse dentro de las ciudades, los romanos saqueaban las zonas exteriores y, cuando se atrevían a salir fuera, los empujaban de
61 nuevo hacia dentro. Josefo fue contra Séforis[46] con la esperanza de apoderarse de ella, pues él mismo, antes de que ésta se separase de los galileos, la había rodeado de murallas para que ni siquiera los romanos pudieran tomarla[47]. Por ello fracasó en sus esperanzas, pues se vio incapaz de forzar o de convencer a los habitantes de Séforis para que se en-
62 tregaran. Sin embargo, esto no hizo más que intensificar la guerra en el país. Los romanos, indignados por este ataque, ni de noche ni de día dejaban de devastar los campos, de hacer pillaje con sus bienes, de matar a los que eran aptos para llevar armas y de esclavizar a los hombres que no ser-
63 vían para ello. Toda Galilea se llenó de fuego y de sangre, y

[44] Después de esta digresión geográfica, Josefo continúa la narración de III 33.

[45] Es decir, Gran Llanura de Esdrelón; cf. nota a II 188.

[46] En *Autobiografía* 395 ss. se narra un ataque a esta ciudad, si bien se sitúa antes de la llegada de Vespasiano.

[47] Cf. II 574.

no hubo miseria ni calamidad que no padeciera. Las ciudades amuralladas por Josefo eran el único refugio para la gente que huía.

Tito y Vespasiano unen sus tropas en Ptolemaida

Por su parte, Tito, cuando pasó de 64
Acaya a Alejandría[48] con una rapidez mayor de la que es normal en el invierno, asumió el mando de las tropas, para lo que él había sido enviado allí, y enseguida, a marchas forzadas, llegó a Ptolemaida. En esta ciudad 65
se encontró a su padre con dos legiones, la quinta y la décima, que eran las más famosas, y a ellas añadió la legión decimoquinta que él traía[49]. Detrás iban dieciocho cohor- 66
tes[50]. De Cesarea llegaron también otras cinco cohortes y un ala de caballería, y de Siria otras cinco alas de caballería. Diez de las cohortes tenían mil soldados de infantería cada 67
una de ellas, mientras que las otras trece contaban, cada una, con seiscientos infantes y ciento veinte jinetes. Se reunió 68
también un importante número de tropas auxiliares de los reyes Antíoco, Agripa y Soemo[51], que enviaron cada uno de ellos dos mil soldados de infantería con arcos y mil jinetes; Malco de Arabia[52] mandó mil jinetes, además de cinco mil infantes, que en su mayor parte eran arqueros. Por consi- 69
guiente, todo el ejército, contando las fuerzas de los reyes, ascendía a sesenta mil soldados, tanto de infantería como de

[48] De este viaje se ha hablado en III 8.

[49] Son las legiones V *Macedonica*, X *Fretensis* y XV *Apollinaris;* cf. TÁCITO, *Historias* V, 1.

[50] Una cohorte es la décima parte de una legión y se compone de unos seiscientos soldados.

[51] Antíoco es Antíoco IV, rey de Comagene; cf. II 500. Soemo, el rey de Emesa; cf. II 501.

[52] Malco II, rey nabateo del 40 al 70 d. C.

caballería, sin incluir aquí a los numerosos criados que les acompañaban[53]. Estos últimos, debido a su experiencia en asuntos militares, podrían ser contados también entre los combatientes, pues en la paz siempre están al lado de sus señores en sus prácticas militares, y participan también con ellos en los peligros de la guerra, de modo que, salvo en el caso de sus amos, estos siervos tienen más experiencia y más fuerza que nadie[54].

Excursus sobre el ejército romano[55]

70 En este aspecto hay que admirarse de la previsión de los romanos, que forman a sus esclavos para servirse de ellos no sólo en las tareas de la vida diaria, sino tam-
71 bién en la guerra. Si además tenemos en cuenta el resto de su disciplina militar, veremos que son dueños de un Imperio tan grande como resultado de su propio esfuerzo, no como si ello fuera un regalo de la Fortuna[56].
72 Pues no empiezan a hacer uso de las armas sólo cuando hay guerra, ni mueven sus manos, que han estado sin hacer nada en tiempo de paz, únicamente cuando tienen necesidad de

[53] La cifra no es exagerada, si sumamos las unidades auxiliares de sirios y de árabes a las fuerzas romanas mencionadas: cada legión estaba formada por seis mil ciento veinte hombres, un ala de caballería tenía entre quinientos y mil jinetes y una cohorte unos seiscientos soldados.

[54] Estos siervos son los *caloni* de las fuentes romanas, esclavos personales de los soldados que acompañaban a sus señores en las campañas militares; cf. Tito Livio, IX 37, XXVII 18 y Tácito, *Historias* II 87.

[55] Esta digresión sobre el ejército romano muestra un gran parecido con la que incluye Polibio, VI 19-42, en su narración de las Guerras Púnicas, que es el documento clásico y más completo de que disponemos sobre este tema.

[56] Esta frase parece contradecir lo fundamental de la teología flaviana, que hace depender la suerte de esta guerra del capricho de la Fortuna, es decir, de Dios, como artífice de un plan divino en el sentido conocido del teocratismo hebreo, según veremos, por ejemplo, en III 354.

ello, sino que, como si hubieran nacido dotados de armas, no dan tregua a sus ejercicios ni esperan el momento propicio para practicar. Sus actividades no se diferencian en nada 73
de una lucha auténtica, ya que todos los días cada uno de los soldados romanos se entrena con todas sus fuerzas, como si estuviera en guerra. Por ello resisten la lucha con tan- 74
ta facilidad. En efecto, ni el desorden les aparta de su acostumbrada disciplina, ni el miedo les altera, ni les domina la fatiga; en consecuencia siempre vencen con firmeza sobre los enemigos, que no están tan adiestrados como ellos. No 75
nos equivocaríamos si dijéramos que sus ejercicios son combates sin sangre y que sus combates son ejercicios sangrientos. Ni los enemigos pueden sorprenderlos fácilmente con 76
un ataque imprevisto, ya que, cuando ponen pie en territorio hostil, no entran en combate antes de fortificar su campamento[57]. Los romanos no levantan su campamento a la lige- 77
ra ni en un terreno desigual, ni se dedican todos los hombres a su construcción, ni lo hacen desordenadamente. Cuando encuentran un lugar desigual, lo allanan y señalan un espacio cuadrado para levantar el campamento[58]. Los soldados van 78
acompañados de una gran cantidad de obreros y de herramientas para esta obra[59].

---

[57] La importancia del campamento en la organización militar romana aparece reseñada en la narración de varios autores, como es el caso de Tito Livio, XLIV 39.

[58] Una descripción bastante pormenorizada del campamento romano, que en parte muestra algunas coincidencias con ésta, la podemos encontrar en Polibio, VI 27 ss., cf. P. Fraccaro, «Polibio e l'accampamento romano», *Athenaeum* (1934), 154-161.

[59] Más adelante, en III 117 y 468, se mencionará a estos hombres especializados en esta actividad y que, según Vegecio, II 11, eran bastante numerosos. En notas sucesivas se aludirá al *Epítome militar* de Vegecio, que aunque escriba en época del emperador Teodosio, ya a finales del si-

79 El espacio interior lo distribuyen para las tiendas, mientras que, fuera, el recinto presenta el aspecto de una muralla y está provisto de torres colocadas a la misma distancia las
80 unas de las otras. Entre las torres ponen las oxibelas, las catapultas, las balistas y las máquinas que sirven para arrojar
81 objetos, todas ellas preparadas para disparar[60]. Se levantan cuatro puertas, una en cada lado del recinto, que facilitan la entrada de las bestias de carga y son amplias para que
82 salgan las tropas, en caso necesario. En su interior el campamento está dividido en calles bien dispuestas: en medio están las tiendas de los oficiales y en su parte central se halla el
83 pretorio[61], de un modo similar al de un templo. De esta manera parece una ciudad[62] surgida de repente, con su mercado, con sus zonas para los artesanos y con los lugares desde donde los centuriones y los tribunos[63] administran justicia, en ca-
84 so de que surja alguna rivalidad entre ellos. El recinto amurallado y todo lo que hay dentro se construye antes de que dé tiempo a pensarlo, ya que es grande el número y el conocimiento de las personas que trabajan en ello. En caso de ser necesario, hacen un foso, por fuera, alrededor del campamento con una profundidad y una anchura de cuatro codos.

---

glo IV, sin embargo supone una importante recopilación de materiales tomados de épocas anteriores.

[60] Sobre las oxibelas, cf. nota a II 553. Las balistas eran, en griego, *lithobóla* o *petrobóla*, «lanzadoras de piedras», aunque también arrojaba objetos de materiales contundentes, como podía ser el plomo. Sobre este tipo de maquinaria, vid. Marsden, *Greek and Roman...*

[61] Es decir, la tienda del general, del jefe.

[62] Con palabras similares se expresa Polibio, VI 31, al describir también el campamento romano.

[63] Es muy posible que el término griego *taxíarchoi* no designe a unos simples tribunos, sino a oficiales de rango superior, según leemos un poco más adelante en III 87.

Una vez que se han protegido de esta forma, acampan 85
por compañías, en silencio y en orden. Todas las demás actividades también son llevadas a cabo por ellos con disciplina y seguridad: cada uno recoge, por grupos, la leña, los víveres y el agua, si les hace falta. Pues ni la comida ni la cena 86
pueden hacerla individualmente cuando quieran, sino que todos comen juntos. Las trompetas anuncian la hora de dormir, la de hacer guardia y la de levantarse; no hay nada que no se haga sin que se dé la orden. Al amanecer cada uno de 87
los soldados acude a saludar a sus centuriones, y éstos a sus tribunos, y con ellos van todos los oficiales ante el general en jefe. Este último, como es habitual, les da la contraseña y 88
las demás órdenes para que las hagan llegar a sus subordinados. Esto también lo observan en la lucha: se dan la vuelta rápidamente hacia el lugar donde se precise, y actúan agrupados tanto en sus ataques como en sus retiradas.

Cuando hay que abandonar el campamento, la trompeta 89
da la señal: nadie se queda sin hacer nada, sino que, nada más recibir la orden, levantan las tiendas y disponen todo para la salida. Las trompetas vuelven a sonar para anunciar 90
que hay que prepararse. Colocan enseguida el bagaje sobre los mulos y las bestias de carga, y los soldados permanecen de pie junto a ellos, como si estuvieran dispuestos a salir corriendo desde la línea de partida de una carrera. Luego queman el campamento, pues para ellos es fácil volverlo a levantar en el mismo lugar y así evitan que los enemigos puedan aprovecharse de él alguna vez. Por tercera vez el 91
sonido de las trompetas indica que hay que partir[64], de esta forma meten prisa a los que por cualquier motivo se han retrasado, para que nadie quede fuera de su sitio. El heraldo, 92

[64] POLIBIO, VI 40, también menciona estos tres toques de trompeta: el primero para levantar las tiendas y preparar el bagaje, el segundo para cargar las bestias y el tercero ya para ponerse en marcha.

que está a la derecha del general, les pregunta tres veces en la lengua de su patria[65] si están preparados para luchar. Los soldados responden también tres veces a grandes gritos y con coraje que están dispuestos a ello. Incluso se adelantan a la pregunta del heraldo y, llenos de un espíritu guerrero, levantan su brazo derecho a la vez que gritan.

93 Después todos se ponen en camino y marchan en silencio y en orden, cada uno ocupa su propio lugar como si estuviera en el combate. Los soldados de infantería llevan coraza,
94 casco y una espada a cada lado. La espada de la izquierda es mucho más larga, mientras que la de la derecha no mide
95 más de un palmo[66]. Los infantes escogidos, que forman la guardia del general, llevan una lanza y un escudo, y el resto de la falange porta una jabalina y un escudo alargado[67], además de una sierra, una cesta, una piqueta, un hacha, una correa, una hoz, una cadena y provisiones para tres días. Así, la infantería va casi tan cargada como los mulos. Por su
96 parte, la caballería tiene una espada larga en su parte derecha, una oblonga jabalina en la mano, un escudo alargado atravesado al costado del caballo y en una carcasa lleva colgados tres o más venablos, con puntas anchas y casi tan grandes como las lanzas. Sus cascos y corazas son iguales a
97 los de todos los soldados de infantería. Los jinetes escogidos, que forman la guardia del general, portan las mismas

[65] Obviamente, en latín.

[66] La espada más larga era el *gladius* y la más corta el *pugio* o puñal, que medía unos veinticinco centímetros. POLIBIO, VI 23, sitúa la espada larga a la derecha, como es lo habitual en las estatuas romanas, y no menciona ninguna espada corta.

[67] La lanza es el *hasta* latina. Los escudos son el escudo redondo *(parma)* y el alargado *(scutum)*. La jabaina es el *pilum*.

armas que la caballería que va en las alas. Siempre se decide a sorteo la legión que ha de ir a la cabeza de la expedición[68].

Así es como los romanos hacen sus marchas y levantan 98
sus campamentos, y estas son sus diferentes armas. En los combates no se hace nada sin debatirlo antes, ni se improvisa nada, sino que la reflexión va siempre por delante de toda acción y realizan lo que han decidido. Por ello, rara vez se 99
equivocan y, en caso de que esto ocurra, fácilmente remedian sus errores. Creen que es mejor equivocarse, después 100
de haber tomado una decisión, que tener éxito gracias a la suerte, pues los bienes que surgen por casualidad llevan a la imprevisión, mientras que la reflexión, aunque alguna vez dé mal resultado, supone una buena lección para no volver a caer en el error. Además, la persona que disfruta de los 101
éxitos que suceden al azar no es autora de ello, mientras que las desgracias que tienen lugar contra todo lo previsto suponen, al menos, el consuelo de haber decidido correctamente.

En sus ejercicios militares no sólo fortalecen sus cuer- 102
pos, sino también sus almas, y, además, se adiestran también con el miedo. En efecto, sus leyes castigan con la pena 103
de muerte no sólo la deserción, sino también cualquier pequeña desidia. Los generales son más terribles que las leyes, pues a pesar de los honores que dan a los valientes no dejan de parecer crueles con los soldados que castigan. La obe- 104
diencia de los romanos hacia sus generales es tan grande que todo el ejército es en la paz una institución bien ordenada y en la guerra forma un solo cuerpo. De esta manera 105
tan compacta están organizadas sus filas, así de ligeros son sus movimientos, tan atentos están sus oídos a las órdenes,

[68] En el relato de Polibio, VI 40, no se echaba a suertes, sino que existía un turno para ir en la cabeza de la marcha.

tan abiertos sus ojos a las señales y tan dispuestas sus ma-
106 nos para entrar en acción. Por ello actúan con rápidez y tardan en caer. Cuando luchan con este orden, no hay lugar donde hayan sido vencidos por el número de los enemigos, por las estratagemas de guerra o por las dificultades del terreno, ni tampoco por la Fortuna, pues para ellos es más se-
107 gura la victoria que la suerte. ¿Qué tiene de extraño, entonces, que un pueblo, donde la reflexión precede a la acción y donde el ejército cumple los planes con tanta eficacia, tenga como límites de su Imperio el Éufrates al oriente, el Océano a occidente, al sur las zonas más fértiles de Libia[69] y al norte el Istro[70] y el Rin? No obstante, podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que este Imperio es inferior a los propios romanos, sus dueños[71].

108 Me he extendido en esta descripción no para hacer un elogio de los romanos, sino, más bien, para consolar a los vencidos y hacer cambiar de idea a los que pretendan suble-
109 varse[72]. Además, la organización del ejército romano podría ser de interés para las personas cultas que no lo conozcan. Ahora retomo el relato que dejé cuando empecé esta digresión.

---

[69] Es decir, África; cf. II 115.

[70] El Danubio.

[71] Estas ideas expuestas en este *excursus* por Josefo muestran una similitud con las palabras del discurso del rey Agripa II del libro II, 345-407, para convencer a los judíos de lo inútil de su revuelta contra Roma.

[72] Éste es el verdadero objeto de la digresión sobre el ejército romano: disuadir a los judíos, en especial a los que habitan Babilonia, de futuras sublevaciones contra el poder de Roma, así como a los partos, según se ha expuesto ya en el discurso del rey Agripa, II 388-390; cf.el apartado 5 de la Introducción.

Plácido ataca Jotapata[73]

Vespasiano se quedó con su hijo Tito 110
en Ptolemaida hasta que organizó sus tropas. Mientras, Plácido recorría Galilea y hacía una gran matanza entre los prisioneros que cogía, ya que éstos eran los galileos más débiles y los que más abatidos estaban por la huida.
Al ver Plácido que los soldados se refugiaban en las ciuda- 111
des fortificadas por Josefo, se dirigió contra Jotapata, el enclave mejor defendido de todos, pues creía que se apoderaría de ella con facilidad al primer asalto, y que así se granjearía una importante fama entre sus jefes y a éstos les sería de gran ayuda para futuras operaciones. Pensaba que, si caía esta ciudad, la mejor fortificada de todas, las demás se rendirían atemorizadas. Pero erró en su esperanza, pues los ha- 112
bitantes de Jotapata, que se habían enterado de su llegada, salieron a esperarle delante de la ciudad y se lanzaron de improviso contra los romanos. Los judíos, que eran muchos y que estaban preparados para la guerra y llenos de valor porque iban a luchar en defensa de su patria, que corría peligro, y de sus mujeres e hijos, en poco tiempo les hicieron huir. Hirie- 113
ron a muchos romanos, pero mataron sólo a siete, ya que se retiraron en orden y, al tener sus cuerpos totalmente protegidos, recibieron únicamente heridas superficiales, mientras que los judíos, que iban armados a la ligera, tiraban desde lejos en lugar de atreverse a enfrentarse cuerpo a cuerpo con soldados bien armados. Cayeron también tres hombres ju- 114
díos y unos pocos fueron heridos. Plácido, cuando se vio sin fuerzas para asaltar la ciudad, huyó de allí.

---

[73] Tras esta digresión Josefo vuelve a la narración de los hechos de Ptolemaida (III 64) y del tribuno Plácido (III 59).

Vespasiano entra en Galilea. Retirada del ejército de Josefo

115 Vespasiano, que pretendía él mismo invadir Galilea, organizó su ejército para que marchara según la costumbre romana
116 y partió de Ptolemaida. Mandó que fueran delante las tropas auxiliares, armadas a la ligera, y los arqueros para hacer frente a los ataques repentinos de los enemigos y para que rastreasen los bosques que hicieran sospechar que allí se podían preparar emboscadas. Detrás iba un destacamento de infantería y
117 de caballería romanas con armamento pesado. A continuación marchaban diez hombres de cada una de las centurias con su propio equipamiento y con los instrumentos necesa-
118 rios para medir el trazado del campamento[74]. Les seguían los zapadores para enderezar los caminos sinuosos, allanar los pasos difíciles y talar previamente los árboles que impidieran el acceso, de modo que el ejército no tuviera que sopor-
119 tar una marcha difícil. Luego Vespasiano ordenó que fueran sus bagajes y los de sus oficiales y un numeroso grupo de
120 jinetes para que les dieran protección. Detrás cabalgaba el propio Vespasiano con un destacamento de soldados escogidos de infantería, de caballería y de lanceros. A continuación iba la caballería propia de la legión, pues cada una de
121 éstas tiene ciento veinte jinetes[75]. Les seguían las mulas con
122 las helépolis[76] y con las demás máquinas de guerra. A con-

[74] Estos «constructores del campamento» formaban parte de esos operarios que acompañaban a las legiones romanas y de los que se ha hablado en nota a III 78 a propósito del texto de Vegecio, II 11.

[75] Sobre las diferentes unidades de caballería, vid. nota a II 67.

[76] Estas máquinas han sido descritas ya en II 553. Propiamente la helépoli designa una torre de asedio, por lo cual en este contexto habrá que pensar en que las mulas de carga llevaban las piezas desmontadas de estas máquinas o que Josefo se refiere aquí, en sentido amplio, al ariete o a las catapultas que se colocaban en esta torre de asalto, cuya anchura podía alcanzar hasta 22 metros y la altura 45 (cf. Diodoro de Sicilia (XX 48).

tinuación marchaban los legados de las legiones, los prefectos de las cohortes y los tribunos junto con sus soldados escogidos. Después iban las enseñas, donde se contiene el 123 águila, que va al frente de toda legión romana, ya que el águila es la reina y la más fuerte de todas las aves. Para ellos esto simboliza su poder y es un presagio de que vencerán allí donde vayan. A estos estandartes sagrados les siguen las trom- 124 petas y, detrás, la falange con sus efectivos distribuidos en filas de seis. Luego venía un centurión[77] que, como es habitual, vigilaba el buen orden de la marcha. A la infantería le 125 seguía toda la servidumbre de cada legión, que llevaba los bagajes de los soldados en mulos y en otros animales de carga. Al final de todas las legiones iba la multitud de mer- 126 cenarios, que estaba protegida en la retaguardia por infantes, por soldados de armamento pesado y por un gran número de jinetes.

De esta forma llegó Vespasiano con sus tropas a las fron- 127 teras de Galilea, donde acampó y contuvo a sus soldados que estaban deseosos de entrar en combate. Ponía su ejército a la vista de los enemigos para infundirles miedo y para darles la oportunidad de rendirse, en el caso de que antes de luchar reconsideraran su decisión. No obstante, al mismo tiempo se preparaba para asediar las fortalezas. Sólo con ver al 128 general muchos se arrepintieron de haberse sublevado, y todos se llenaron de espanto. Las tropas de Josefo, que esta- 129 ban acampadas cerca de Séforis, junto a una ciudad llamada Garis[78], cuando se enteraron de que la guerra estaba próxima y de que ya casi los romanos estaban encima de ellos, huyeron y se dispersaron no sólo antes de entablar combate, sino incluso antes de ver al enemigo. Josefo se quedó solo 130

[77] Más bien se trataría de un centurión por cada legión.

[78] En Galilea, a poco menos de 2 Km al este de Séforis. *Autobiografía* 395 y 412 la llama aldea, en lugar de ciudad.

con unos pocos hombres y tenía miedo sobre el resultado de la guerra, al ver que no tenía fuerzas suficientes para enfrentarse a los enemigos, que los judíos estaban desanimados y que muchos, de buen grado, firmarían unos tratados de paz,
131 si los romanos confiaran en ellos. Por eso, determinó apartarse lo más lejos posible del peligro y con los soldados que le quedaban se refugió en Tiberíades.

Toma de Gadara. Inquietud de Josefo

132 Vespasiano se dirigió contra la ciudad de Gadara[79] y se apoderó de ella al primer asalto, pues no encontró en ella un grupo
133 de gente que luchara. Pasó al interior de la ciudad y ejecutó a todas las personas, jóvenes o ancianas, ya que los romanos no se compadecieron de ninguna edad por el odio que sentían hacia la nación judía y por el recuerdo que tenían de las atrocidades come-
134 tidas contra Cestio[80]. Prendió fuego no sólo a la ciudad, sino también a todas las aldeas de alrededor y a las pequeñas ciudades: algunas de ellas estaban totalmente abandonadas, pero hay otras en las que el propio Vespasiano esclavizó a sus habitantes.

135 Pero Josefo, cuando huyó a aquella ciudad, que él mismo había elegido para protegerse, hizo que sus habitantes se llenaran de miedo. Pues los ciudadanos de Tiberíades estaban convencidos de que Josefo no se habría refugiado allí,
136 si no hubiera perdido toda esperanza de ganar la guerra. Y en este aspecto no se equivocaron sus pensamientos. Josefo

---

[79] Aunque todos los manuscritos mantienen esta forma, sin embargo algunos editores, como THACKERAY, corrigen con *Garábōn*. En efecto, esta última ciudad estaba situada en Galilea, al este de Ptolemaida, y era contraria a los romanos (cf. *Autobiografía* 123 y 234), mientras que Gadara se hallaba en la Decápolis y estaba a favor de Roma (cf. IV 413).

[80] Cf. II 513-556.

veía cómo iba a acabar la situación de los judíos y era consciente de que la única posibilidad de salvación era que reconsideraran su decisión. Y aunque él tenía la esperanza de 137
que los romanos le perdonaran, sin embargo prefería morir muchas veces antes que traicionar a su patria, deshonrar el cargo de general que se le había encomendado y así vivir prósperamente entre aquellos contra los que había sido enviado a luchar. Por consiguiente, decidió escribir a las auto- 138
ridades de Jerusalén una carta donde detallaba con exactitud la situación. Para no ser calificado de cobarde, no ensalzó demasiado la fuerza de los enemigos, pero tampoco minimizó su importancia para no excitar los ánimos de unas personas que seguramente iban a arrepentirse de su decisión inicial. Les pedía que le escibieran enseguida, si optaban 139
por firmar un acuerdo de paz, o que le enviasen tropas capaces de luchar contra los romanos, en el caso de que decidieran seguir en la guerra. Josefo escribió esta carta y man- 140
dó rápidamente a unos mensajeros para que la llevaran a Jerusalén.

La ciudad de Jotapata es sitiada por las tropas de Vespasiano

Vespasiano deseaba destruir Jotapata, 141
pues sabía que en ella se había refugiado la mayoría de los enemigos y que, además, esta ciudad era para ellos una fortaleza que les servía de base de operaciones. Por ello, envió infantería y caballería para que allanaran el camino[81], que era montañoso y rocoso, difícil para los soldados de a pie e imposible para los jinetes. Éstos llevaron a cabo su tarea en cuatro días y dejaron 142
expedito el camino para el ejército. Al quinto día, que era el

[81] Es el camino que une Gabara con Jotapata, unos 40 estadios, es decir, algo más de 7 Km, según se expresa en *Autobiografía* 234.

vigésimo primero del mes de Artemisio[82], Josefo se apresuró a llegar a Jotapata desde Tiberíades y levantó los ánimos
143 de los judíos, que entonces estaban decaídos. Un desertor informa a Vespasiano de la llegada de Josefo a Jotapata y le instiga para que ataque la ciudad, pues con ella se apoderará
144 de toda Judea, si consigue someter a Josefo. Vespasiano recibió esta noticia como el mayor éxito y creyó que su enemigo, que parecía el más inteligente de todos, se había metido voluntariamente en una prisión por obra de la Providencia divina[83]. Envió inmediatamente con mil jinetes a Plácido y al decurión Ebucio[84], hombre destacado por su actividad y por su inteligencia, y les ordenó que rodearan la ciudad para que Josefo no se escapara de ella sin ser visto.

145 Al día siguiente, el propio Vespasiano salió detrás de ellos con todo el ejército y, después de andar hasta el atar-
146 decer, llegó a Jotapata. Acampó con sus tropas en la parte norte de la ciudad, en una colina que estaba a siete estadios de allí, e intentó que estuvieran lo más a la vista posible de
147 los enemigos para así darles miedo. Inmediatamente los judíos se asustaron tanto que ninguno de ellos se atrevió a sa-
148 lir de las murallas. Por su parte los romanos, que habían caminado durante todo el día, de momento no quisieron atacar, sino que rodearon la ciudad con dos líneas de infantería y, detrás de ellas, con otra de caballería para cerrar todas las
149 salidas. Pero esto, que suponía la pérdida de toda esperanza

---

[82] Concretamente sería el 8 de junio del 67. La fecha no parece concordar con los datos expuestos en III 316, 339 y 406. El asedio de Jotapata duró cuarenta y siete días y acabó el primer día del mes de Panemo, lo que evidencia un desfase de siete u ocho días.

[83] Sobre el concepto de Providencia en Josefo, así como su relación con la clásica Fortuna, vid. el apartado 5 de la Introducción.

[84] Según *Autobiografía* 115 ss., Ebucio estaba a las órdenes del rey Agripa y en su campaña en la Gran Llanura de Esdrelón había tenido algún enfrentamiento con Josefo.

de salvación, hizo que los judíos, se llenaran de valor, pues en una guerra no hay nada que empuje más a luchar que la necesidad.

Al día siguiente tuvo lugar el ataque. Al principio los judíos, que habían acampado delante de las murallas, enfrente 150
de los romanos, consiguieron mantenerse en el lugar. Sin 151
embargo, Vespasiano dispuso frente a ellos a sus arqueros, sus honderos y todos sus tiradores y les ordenó disparar contra los judíos, mientras él con la infantería se subió a una pendiente desde donde era fácil atacar la muralla. Entonces Josefo, que temía por la ciudad, salió fuera con toda la multitud de judíos que había dentro. Atacaron todos juntos a los 152
romanos y les obligaron a apartarse de la muralla: hicieron una gran demostración de acciones valerosas y audaces, pero lo que sufrieron no fue menor que los daños que causaron al enemigo. Pues a los judíos les animaba el hecho de haber 153
perdido toda esperanza de salvación, tanto como a los romanos el miedo por la vergüenza; estos últimos estaban armados de experiencia y de fuerza, mientras que los otros lo estaban de valor y coraje[85]. Después de haber luchado du- 154
rante todo el día, por la noche se separaron. Habían herido a un gran número de romanos y habían matado a trece, mientras que en el bando judío habían perecido diecisiete y estaban heridos seiscientos.

Al día siguiente, como los romanos volvieron a atacar, 155
los judíos salieron contra ellos y lucharon con más fuerza todavía. Les llenaba de valor el hecho de haber resistido el día anterior, en contra de lo que esperaban, y el ver a los romanos también más combativos que antes. La vergüenza ha- 156
bía encendido la ira de estos últimos, ya que para ellos era

---

[85] Algunos autores, como THACKERAY y PELLETIER, ven aquí una reminiscencia de la expresión de la *Electra* de SÓFOCLES, 995, *thrásos... hoplíszei*. Más adelante veremos otras posibles influncias del texto sofocleo.

157 una derrota el no haber vencido al instante. Durante cuatro días se sucedieron constantes ataques de los romanos, salidas de los habitantes de Jotapata para hacerles frente y combates muy duros delante de las murallas. Ni los judíos se amedrentaban ante la fuerza de los enemigos, ni los romanos se desanimaban ante el difícil asedio de la ciudad.

158 Casi toda Jotapata está levantada sobre un lugar escarpado. Por tres lados está totalmente rodeada por barrancos tan inmensos que la vista se pierde en ellos, cuando se intenta ver el fondo. Sólo se puede entrar por el norte, por donde la ciudad está construida en pendiente en las estriba-
159 ciones del monte. Josefo también rodeó esta parte, cuando amuralló la ciudad[86], para que los enemigos no se apodera-
160 ran de la cima que hay sobre ella. Jotapata, cercada por otros montes que la ocultan, no puede verse hasta que no se llega a ella. Así estaba de fortificada la ciudad.

161 Vespasiano, para combatir la naturaleza del lugar y la audacia de los judíos, decidió emprender un asedio más intenso. Llamó a sus generales y deliberó sobre el ataque. Tras
162 decidir levantar un terraplén en la parte de la muralla que tenía un acceso más fácil, envió a todo el ejército a recoger el material necesario para construirlo. Talaron los árboles de los montes próximos a la ciudad y, además de madera, reu-
163 nieron una gran cantidad de piedras. Unos tendieron techados de mimbre[87] sobre empalizadas para protegerse de las flechas lanzadas desde arriba, y así debajo de ellos levantaban el terraplén sin ser alcanzados, o muy poco, por los dis-
164 paros que se hacían desde la muralla. Otros, en cambio, sacaban tierra de las colinas de alrededor y sin parar la transportaban al lugar. Divididos así en tres grupos, nadie

[86] Cf. II 573.

[87] Este tipo de defensas se denominaban *vineae*, por su parecido con una plantación de viñas, según describe Vegecio, IV 15.

estaba sin hacer nada. Los judíos, mientras, desde los muros 165
lanzaban grandes piedras y todo tipo de proyectiles sobre los techados que protegían a los enemigos. Y aunque los disparos no les alcanzaban, sin embargo producían un espantoso ruido que molestaba a los que trabajaban en el terraplén.

Vespasiano colocó las máquinas de artillería, un total de 166
ciento sesenta[88], alrededor de la ciudad, y ordenó disparar
contra los judíos de la muralla. Entonces las catapultas arro- 167
jaban sus jabalinas, que al salir producían un enorme estruendo, y, al mismo tiempo, las balistas[89] tiraban grandes piedras, de un talento de peso[90], fuego y una gran cantidad de flechas, que no sólo impedían a los judíos acercarse a las murallas, sino también a toda la zona interior a donde al-
canzaba el disparo. Pues numerosos arqueros árabes y todos 168
los tiradores de dardos y honderos actuaban a la vez que las
máquinas. Por su parte, los judíos, aunque no podían defen- 169
derse desde arriba, no permanecían sin hacer nada. Salían por grupos, como si fueran bandidos[91], destruían las defensas de los que estaban trabajando en el terraplén y, tras dejarlos al descubierto, les atacaban. Cuando los romanos se retiraban de allí, los judíos destruían el terraplén y prendían fuego a las empalizadas y a las techumbres de mimbre[92].

---

88 Más o menos coincide con los datos ofrecidos por Vegecio, II 25, que asigna cincuenta y cinco catapultas a cada legión. En este caso el número total de máquinas sería ciento sesenta y cinco, ya que Vespasiano tenía tres legiones.

89 Cf. nota a III 80.

90 Seguramente se trata del talento ático, que alcanzaba un peso de 36 kilos y que era la unidad de peso más utilizada en esta época en Palestina.

91 Seguramente Josefo alude aquí al tema de los «bandidos» (cf., por ejemplo, I 304), a esos grupos de resistencia que se oponían a la presencia de Roma en Palestina por los procedimientos típicos de las guerrillas, más que estrictamente militares, como se están utilizando en este caso.

92 Cf. III 163.

170 Hasta que, por fin, Vespasiano se dio cuenta de que aque-
llos contratiempos se debían a la separación que había entre
las obras, pues estos espacios proporcionaban a los judíos
un lugar idóneo para sus ataques. Unió los sistemas de pro-
tección y, agrupadas también sus tropas, rechazó las incur-
siones de los judíos.

171 Cuando el terraplén había ya avanzado y tenía una altu-
ra casi como la de las murallas, Josefo, que pensaba que se-
ría terrible, si no ingeniaba una forma de salvar a la ciudad,
convocó a sus obreros y les ordenó que hicieran más altos
172 los muros. Pero como éstos le dijeran que no era posible ha-
cer esta obra, mientras les atacasen con tantos disparos, in-
173 ventó para ellos el siguiente sistema de defensa: les mandó
clavar estacas y extender encima de ellas pieles de bueyes
recién arrancadas, para que aguantaran en sus plieges las
piedras lanzadas por las balistas[93], hicieran resbalar también
los demás proyectiles y su humedad apagara el fuego. Este
es el tipo de protección[94] que Josefo colocó delante de sus
174 obreros. De esta forma ellos trabajaban seguros por el día y
por la noche. Elevaron la altura de la muralla veinte codos
más, construyeron más torres y levantaron, además, un
175 fuerte parapeto. Este hecho produjo un gran desánimo entre
los romanos, que ya se creían dentro de la ciudad. Se queda-
ron asombrados del ingenio de Josefo y de la audacia de los
que estaban en el interior.

176 Vespasiano se llenó de furor ante la astucia de esta es-
tratagema y ante la osadía de los habitantes de Jotapata. Los
177 judíos, que habían cobrado nuevos ánimos con el refuerzo
de sus defensas, hacían salidas contra los romanos. Diaria-

---

[93] Cf. nota a III 80.

[94] Tal sistema de defensa era ya conocido por los romanos, como testimonia VEGECIO, IV 15, y VITRUVIO, X 15, 6, cuyo libro X de su tratado *Sobre la arquitectura* aborda el tema de las máquinas de guerra.

mente se producían choques entre pequeños grupos de soldados y tenían lugar todas las astucias propias de los bandidos[95]: saqueaban todo lo que se encontraban y quemaban las demás obras de los romanos. Hasta que, finalmente, Ves- 178
pasiano mandó a su ejército dejar de luchar y decidió asediar la ciudad y, así, tomarla por la falta de víveres. De esta 179
manera, forzados por la falta de alimentos, los judíos acudirían a él en actitud suplicante o bien morirían de hambre, si persistían en su orgullo hasta el final. Creía que los comba- 180
tiría con más facilidad, si dejaba pasar un tiempo y los volvía a atacar cuando estuvieran agotados por el asedio. Por ello ordenó establecer vigilancia en todas las salidas de la ciudad.

En el interior había una gran cantidad de trigo y de to- 181
das las demás provisiones, salvo de sal. Sin embargo, faltaba el agua, pues en la ciudad no había ninguna fuente y sus habitantes se conformaban con el agua de la lluvia. Pero en aquella zona es escasa la lluvia en verano. Por eso, al produ- 182
cirse el asedio en esta estación, se apoderó de ellos un terrible desánimo ante la idea de pasar sed, y estaban ya afectados como si les faltara totalmente el agua. Josefo, que veía 183
que la ciudad estaba bien provista de los demás víveres y que los hombres que estaban allí tenían un espíritu valiente, quiso prolongar el asedio, en contra de lo que esperaban los romanos, y les racionó inmediatamente el agua. Pero los 184
judíos consideraron este racionamiento más duro que la falta de agua, pues el no poder beber libremente excitaba más su sed. Desfallecían, como si ya hubieran llegado al punto extremo de sed. Esta situación no les pasó desapercibida a los romanos. Pues desde la ladera de enfrente, por 185
encima de la muralla, los veían acudir siempre al mismo lu-

[95] Cf. nota a III 169.

gar y racionar allí el agua. Apuntaron también con sus oxibelas[96] hacia esta zona y mataron a muchos judíos.

186 Vespasiano tenía la esperanza de que la ciudad no tardaría mucho tiempo en entregarse, obligada por la necesidad,
187 cuando las cisternas se quedaran vacías. Josefo, dispuesto a arrebatarle esa esperanza, ordenó que la mayoría de sus hombres mojase su ropa y la colgase en las almenas con el fin de que toda la muralla de repente se pusiera a chorrear agua.
188 Ante este hecho los romanos se llenaron de desánimo y de miedo, cuando vieron que, para reírse de ellos, gastaban tanta cantidad de agua aquellos que, según creían, no tenían ni para beber[97]. Como consecuencia de este hecho, incluso el propio general, que había perdido ya toda esperanza de tomar la ciudad por la falta de víveres, volvió de nuevo a
189 hacer uso de las armas y de la fuerza. Esto es lo que deseaban los judíos, pues, una vez que habían desistido de salvarse ellos y la ciudad, preferían morir en el combate antes que de sed y de hambre.

190 Sin embargo Josefo planeó otra estratagema para obte-
191 ner abundantes provisiones. Por un desfiladero, de difícil paso, que estaba en la parte occidental del barranco y que, por ello, los guardias romanos no le prestaban atención, enviaba y recibía a mensajeros con cartas de parte de los judíos que él quería del exterior de la ciudad. Asimismo, por este medio se aprovisionó bien de todo lo necesario que
192 faltaba en la ciudad. A los que salían a buscar viveres les dio la orden de arrastrarse el mayor tiempo posible al pasar junto a los guardias y cubrirse la espalda con pieles de ove-

[96] Cf. nota a II 553.

[97] Esta peculiar estratagema había sido empleada ya por los propios romanos: Manlio, al verse asediado por los galos en el Capitolio, les arrojó panes con el fin de confundir al enemigo, según relatan Tito Livio, V 48, 4, y Floro, I 7, 15.

ja, para que si alguien los veía de noche, creyera que eran perros. Hasta que los centinelas se dieron cuenta de la treta y cortaron el desfiladero.

Cuando Josefo vio que la ciudad no resistiría por mucho 193
tiempo y que su salvación sería difícil si continuaba allí, se reunió con los principales ciudadanos para tomar una decisión sobre la huida. Nada más enterarse de ello la muchedumbre, le rodeó y le pidió que no la abandonase, pues dependía sólo de él. Si Josefo se quedaba, todavía le restaba a 194
la ciudad una esperanza de salvación, pues por él todos lucharían valerosamente, y, en el caso de ser vencidos, él sería su consuelo. A Josefo no le convenía ni huir ante los ene- 195
migos, ni abandonar a sus amigos ni, como si estuviera en una tempestad, saltar de la nave a la que había embarcado cuando hacía buen tiempo. Su ciudad volvería a hundirse, 196
pues ya no habría nadie que se atreviera a enfrentarse a los enemigos, si se iba aquel que les daba ánimos para ello.

Josefo guardó silencio sobre su propia seguridad y dijo 197
que iba a abandonar la ciudad por el bien de ellos mismos. Pues, si se quedaba en la ciudad no les sería de gran ayuda, 198
en el caso de que se salvaran, y, si fueran derrotados, perecería también con ellos inútilmente. En cambio, si conseguía escapar del asedio, les sería muy provechoso. Reuniría 199
a los galileos de la región, lo más rápidamente que pudiera, y con otro frente de guerra obligaría a los romanos a abandonar el cerco de su ciudad. No veía qué utilidad había en 200
que él se quedara entonces allí, salvo provocar aún más a los romanos a asediarlos, pues éstos ponían todo su empeño en capturarle. Por el contrario, si los romanos se enteraban de que él había escapado, aminorarían en gran medida el ataque a la ciudad. No les convenció, sino que les movió a 201
aferrarse a él con más fuerza. Niños, ancianos y mujeres con sus bebés se postraban ante él con lamentos y todos le co-

202 gían abrazados a sus pies. Le suplicaban con llantos que se quedara y que compartiera su suerte con ellos[98]. Me parece que los habitantes de Jotapata no hacían esto porque envidiaran la salvación de Josefo, sino por la esperanza que tenían de su propia salvación, pues creían que no les pasaría nada malo si Josefo se quedaba con ellos.

203 Josefo comprendió que, si se dejaba convencer, esto no sería más que una súplica, mientras que, si insistía en irse, se convertiría en una amenaza de vigilancia para él. Además, su compasión por los lamentos del pueblo había redu-
204 cido en gran medida sus deseos de huir de allí. Decidió quedarse, se armó de la común desesperación de la ciudad y les dijo: «Ahora es el momento de empezar a luchar, ahora que no hay esperanza de salvación. Es hermoso perder la vida a cambio de obtener la fama y morir por haber realizado hazañas valerosas para ser recordado por la posteridad». Tras
205 estas palabras, pasó a la acción. Salió con sus hombres más belicosos, dispersó a los guardias y bajó corriendo hasta el campamento romano. Arrancó las techumbres de pieles que había en los terraplenes, donde los romanos se refugiaban, y
206 quemó sus instalaciones[99]. Continuó así al día siguiente y al otro, y durante muchos días y noches no se cansó de luchar.

207 Los romanos se veían perjudicados por estas incursiones, pues sentían vergüenza de retirarse ante los judíos y no les era fácil perseguirlos por el peso de sus armas, cuando aquéllos, tras hacer sus correrías, huían a la ciudad antes de

[98] *Autobiografía* 210 ss. describe una escena muy similar, cuando Josefo se dispone a abandonar Galilea. THACKERAY, *ad loc.*, observa en este pasaje ecos de Homero, en concreto de *Ilíada* XXII 408, cuando Aquiles acaba de matar a Héctor.

[99] Este sistema de protección por medio de pieles de animales, llamado *pluteus*, es descrito también por VEGECIO, IV 15.

ser alcanzados. Por ello, Vespasiano ordenó a sus soldados 208
que evitaran estos ataques y que no trabaran combate con
unas personas que querían morir. Pues no hay nada que ten- 209
ga más fuerza que la desesperación: su ímpetu se apagará,
cuando ya no tengan un blanco para sus ataques, como pasa
con el fuego cuando le falta la leña. A los romanos les con- 210
venía tanto vencer como tener seguridad, dado que no lu-
chaban por necesidad, sino para ampliar sus dominios. La 211
mayor parte de las veces Vespasiano rechazó a los judíos
mediante los arqueros árabes, los honderos y los lanzadores
de piedra sirios, y la totalidad de sus máquinas de artillería
no dejaba de funcionar. Los judíos, al ser alcanzados por los 212
disparos, retrocedían, pero, cuando atravesaban la zona de
tiro de las máquinas, que hacían sus lanzamientos a gran dis-
tancia, se arrojaban con dureza contra los romanos y com-
batían sin dar importancia a su vida[100] ni a su cuerpo y, se-
gún se iban fatigando, se relevaban unos a otros.

Vespasiano, que creía que la larga duración del asedio y 213
las incursiones le convertían a él en la persona sitiada, y,
como los terraplenes estaban ya cerca de las murallas, de-
terminó emplear el ariete. Se trata de una viga muy grande, 214
parecida al mástil de un navío. Su extremo tiene una espesa
cubierta de hierro en forma de carnero, de donde toma su
nombre este artefacto. Por el medio estaba colgado con unas 215
cuerdas, como en una balanza, de otra viga, que se apoya, a
un lado y a otro, en dos postes bien sujetos en el suelo. Es 216
arrastrado hacia atrás por una gran cantidad de hombres,
que de nuevo, todos a la vez, le empujan hacia adelante y
así golpea contra los muros con el hierro que sobresale por
delante. No hay torre tan fuerte ni muro tan sólido que resis- 217

[100] Los comentarios de THACKERAY y PELLETIER ven en esta expresión otra reminiscencia de SÓFOCLES, *Electra* 980, *psychês apheidêsante*.

ta a sus continuas embestidas, aunque soporte los primeros
218 golpes[101]. El general romano optó por intentar este método,
pues tenía prisa por apoderarse a la fuerza de la ciudad, dado que el asedio era perjudicial mientras los judíos no deja-
219 sen de realizar sus incursiones. Los romanos hicieron avanzar
las catapultas y las otras máquinas de artillería y dispararon con ellas, para alcanzar a los que intentaban impedir su avance desde la muralla. También se acercaron los arqueros
220 y los honderos. Como ningún judío se atrevió a subir a los
muros a causa de esta amenaza, los otros acercaron el ariete, cubierto por varios parapetos unidos y por arriba por pieles
221 para protegerse ellos y el propio artefacto[102]. A la primera
embestida el muro tembló y se produjo un gran griterío entre la gente que había dentro, como si la ciudad hubiera sido ya tomada.

222 Josefo, al ver que la muralla se iba a venir abajo enseguida, si los romanos golpeaban muchas veces en el mismo lugar, se las ingenió para detener por algún tiempo la vio-
223 lencia del ariete. Mandó llenar unos sacos de paja y bajarlos
con cuerdas hasta el lugar donde veía que daba siempre el ariete, para desviar el golpe y para que los sacos, al recibir las embestidas, las amortiguaran con el mullido de la pa-
224 ja[103]. Esto supuso un gran retraso para los romanos: a cual-
quier sitio que dirigieran la máquina, los judíos desde arriba les hacían frente mediante la colocación de los sacos delante de sus impactos, de modo que por este sistema de amorti-
225 guación la muralla no fue dañada. Hasta que los romanos pla-

[101] Una descripción de ariete, en términos similares a los aquí expuestos, puede verse en Vitruvio, X 15.

[102] Cf. Vitruvio, X 60-62.

[103] Esta argucia no es invención de Josefo ni de los judíos, puesto que los romanos conocían ya algo similar, aunque en este caso se trataba de unos sacos llenos de trapos; cf. Vegecio, X 15.

nearon un método para contrarrestar el de los judíos: en el extremo de unos palos largos ataron unas hoces y así cortaron las cuerdas que ataban los sacos. De esta forma la he- 226
lépolis[104] volvió a estar activa y la muralla, que había sido construida recientemente[105], empezó ya a ceder. Entonces, los hombres de Josefo echaron mano al fuego como único recurso que les quedaba para defenderse. Cogieron toda la 227
leña seca que tenían, salieron por tres frentes y prendieron fuego a las máquinas, a los parapetos y a los terraplenes de los romanos. Éstos no pudieron impedirlo, pues se quedaron 228
atónitos ante la audacia de los judíos y las llamas les impedían defenderse. El fuego, con leña seca, pez, betún e, incluso, azufre, corría más rápido que el pensamiento y en una hora se consumió lo que los romanos habían preparado con tanto trabajo.

Entonces destacó de entre los judíos un hombre, que 229
merece ser mencionado y recordado. Era hijo de Sameas, su nombre Eleazar, su patria era Saba[106], en Galilea. Tomó una 230
piedra muy grande y la arrojó desde la muralla contra la helépolis[107] con tanta fuerza que rompió la cabeza del ariete. Eleazar bajó al medio de los enemigos, recogió la cabeza y sin inmutarse la llevó al muro. Se convirtió en el blanco de 231
todos los enemigos, recibió los golpes en su cuerpo, que no estaba protegido, y fue alcanzado por cinco disparos. Sin embargo, no hizo caso a ninguno de ellos. Cuando subió a 232
la muralla y se puso a la vista de todos, como ejemplo de audacia, se retorció entonces de dolor por las heridas y cayó

---

[104] Como ocurría en III 121, el término helépolis está usado aquí en sentido genérico para referirse al ariete y no propiamente a la torre que se utilizaba para tomar una ciudad.

[105] Cf. II 573.

[106] Población desconocida.

[107] Cf. nota a III 121.

233 con la cabeza del ariete. Después de Eleazar sobresalieron,
como los más valerosos, dos hermanos, Netira y Filipo, am-
bos galileos de la aldea de Ruma[108]. Estos judíos salieron con-
tra los soldados de la décima legión y se lanzaron contra los
romanos con tanto ardor y con tanta fuerza que deshicieron el
orden de sus filas y obligaron a huir a todos los que atacaban.

234 A continuación, Josefo y el resto de la gente cogieron
fuego y de nuevo incendiaron las máquinas, los refugios y
las obras de la quinta y de la décima legión, que habían hui-
do. Los demás soldados se adelantaron para enterrar las má-
235 quinas de guerra y toda la madera. Pero de nuevo, al atarde-
cer, los romanos levantaron el ariete y lo aproximaron hacia
el lugar de la muralla que ya había sufrido antes sus golpes.
236 Entonces, uno de los defensores disparó desde allí y alcanzó
con una flecha a Vespasiano en la planta del pie. Le produjo
una herida superficial, ya que la distancia había debilitado
el impacto, y estalló un inmenso tumulto entre los romanos.
237 La gente que estaba cerca de él se asustó al ver la sangre y
por todo el ejército se extendió esta noticia. La mayoría aban-
donó el asedio y llena de consternación y de temor corrió
238 junto a su general. Tito fue el primero que se presentó, pues
temía por su padre. En consecuencia, todos estaban con-
movidos por el afecto que sentían hacia su jefe y por la an-
gustia de su hijo. Pero el padre fácilmente calmó el temor
239 de su hijo y la intranquilidad de su ejército. Vespasiano se
sobrepuso a su dolor, se apresuró para que le vieran todos
los que estaban inquietos por él e impulsó un ataque más
duro contra los judíos. Cada uno de sus hombres, para ven-
gar a su general, quería ser el primero en enfrentarse al peli-
gro. Unos a otros se animaron con gritos y se lanzaron con-
tra la muralla.

---

[108] Entre Jotapata y Séforis, al sur de la llanura de Asoquis.

Los hombres de Josefo, aunque sucumbían unos sobre 240
otros por acción de las catapultas y las balistas[109], sin embargo no abandonaron la muralla, sino que con fuego, hierro y piedras alcanzaban a los que, protegidos debajo de las cubiertas, empujaban el ariete. Pero poco o nada era lo que con- 241
seguían: los judíos caían sin cesar al ser descubiertos por unos enemigos que ellos no podían ver[110]. Pues al ser ilumi- 242
nados por el fuego, que ellos mismos lanzaban, se convertían en un blanco tan visible para los enemigos como si fuera de día. Y difícilmente se defendían de los disparos de las máquinas, que desde lejos no veían. La fuerza de las oxibe- 243
las[111] y de las catapultas alcanzaba a muchos a la vez. Las piedras lanzadas con un gran estruendo por las máquinas rompían los parapetos y destrozaban las esquinas de las torres. No hay tropa de soldados tan fuerte que no sucumba 244
hasta su última fila ante la violencia y el tamaño de estas piedras. Se podría saber cuál era la potencia de estas máqui- 245
nas a partir de lo que ocurrió esta noche. Uno de los que estaba con Josefo en lo alto de la muralla fue alcanzado por una de estas piedras, que le arrancó la cabeza, y su cráneo fue lanzado a una distancia de tres estadios[112]. Al día si- 246
guiente, una mujer embarazada recibió el golpe en su vientre, cuando acababa de salir de casa, y el feto fue a parar a medio estadio de allí. Tan grande era la fuerza de esta máquina lanzadora de piedras. Más terrible que las máquinas 247
era el estruendo que provocaban al entrar en funcionamien-

[109] Cf. nota a III 80.

[110] Como se dirá en III 245 y 250, el ataque tuvo lugar de noche y la única luz que había procedía de las llamas del fuego.

[111] Sobre la diferencia entre catapulta y oxibela puede verse la nota a II 553.

[112] Esta distancia, aproximadamente 555 metros, así como la que se expresa a continuación, parece bastante exagerada.

to, y también lo era más el ruido del impacto que los pro-
248 pios disparos. Resonaban los cadáveres al ser arrojados unos sobre otros desde la muralla. Dentro estalló un tremendo griterío entre las mujeres, y fuera le acompañaba el
249 eco de los lamentos de los que morían. El recinto de la batalla estaba cubierto de sangre, y se podía cruzar la muralla
250 subiendo por encima de los cadáveres. La montañas hacían con su eco más espantosos los gritos. Aquella noche no
251 faltó nada que inspirara terror al oírlo o al verlo. Fueron muchísimos los que cayeron valientemente en su lucha por Jotapata y también muchísimos los heridos. A duras penas, en la guardia de la primera hora del día[113] cedió ante las máquinas la parte de la muralla que había sido golpeada una
252 y otra vez. Pero los judíos protegieron con sus cuerpos y con sus armas la brecha del muro, y de esta forma la cubrieron antes de que los romanos hubieran echado sus máquinas para escalar al interior.

253 Al amanecer, Vespasiano reunió a su ejército para la toma de la ciudad, después de haberles permitido descansar
254 un poco de los trabajos de la noche. Como quería expulsar de las brechas de la muralla a los judíos que las defendían, ordenó a sus jinetes más valientes bajarse de los caballos y los dispuso en tres filas frente a las partes del muro que habían sido derribadas, protegidos totalmente por sus armaduras y con sus lanzas en las manos, para que iniciasen ellos la entrada en la ciudad, cuando se tendieran las máquinas de
255 escalada. Detrás de ellos colocó a los soldados más fuertes de su infantería. Desplegó el resto de la caballería en línea con la muralla, a lo largo de toda la montaña, para que no pudiera escapar sin ser visto ninguno de los que huían de la

[113] Según el cómputo horario seguido por Josefo serían las 7 de la mañana, después de la última vigilia o turno de guardia de la noche; cf. nota a III 319.

toma de la ciudad. A continuación situó en círculo a los ar- 256
queros con la orden de tener preparadas sus flechas para disparar, y lo mismo hizo con los honderos y los encargados de las máquinas. A otros les encomendó tender las escaleras 257
y colocarlas sobre los muros que aún quedaban en pie, para que unos, al intentar impedir su acceso, abandonaran la vigilancia de las brechas abiertas, y los demás, obligados por los numerosos proyectiles que disparaban, se retiraran de la entrada. Josefo, que se dio cuenta de la estratagema, colocó 258
en la parte de muralla que aún quedaba entera a los más mayores y a los que estaban agotados, pues pensaba que en este lugar no iban a sufrir ningún daño. Por el contrario, en los lugares más demolidos de la muralla situaba a los más fuertes y, delante de todos, a seis hombres por cada grupo, entre los que se encontraba él mismo, que había sido designado por la suerte para enfrentarse al peligro en los primeros puestos[114]. Para que no se asustaran, les ordenó taparse 259
los oídos, cuando las legiones dieran su grito de guerra, y, cuando les cayera encima una gran cantidad de proyectiles, les recomendó que se arrodillaran, que se cubrieran por arriba con sus escudos y que retrocedieran un poco hasta que los arqueros vaciaran sus aljabas. Pero les mandó que, en el 260
momento en que los romanos tendieran sus máquinas para escalar la muralla, saltaran e hicieran frente al enemigo con sus propios medios. Cada uno tenía que luchar no para salvar a la patria, sino para vengarse por ella, pues ya se la daba por perdida. Y debían tener muy presente ante sus ojos a 261
los ancianos que iban a ser degollados y los niños y mujeres que iban a ser capturados enseguida por el enemigo. Por ello

[114] Estos combatientes de primera línea serán mencionados de nuevo en III 270.

les dijo que tenían que llenarse de coraje por las futuras desgracias y descargarlo contra los responsables de las mismas.

262 Estas son las precisiones que hizo a los unos y a los otros. Pero cuando la muchedumbre de la ciudad que no combatía, es decir, las mujeres y los niños, se percataron de que estaban rodeados por una triple línea de soldados, pues los romanos no habían hecho intervenir en la lucha a ninguno de los que desde el principio montaban la guardia[115], y delante de los muros demolidos vieron que los enemigos estaban con las espadas en la mano, que la montaña, arriba, resplandecía por el brillo de las armas y que las flechas de los arqueros árabes estaban ya apuntándoles, entonces dieron todos a la vez un último grito de lamento por la conquista de la ciudad, no como si les amenazara el peligro, sino
263 como si ya lo estuvieran padeciendo. Josefo encerró a las mujeres en sus casas, para que con su llanto no ablandaran el ímpetu de los suyos, y les ordenó con amenazas que se estuvieran tranquilas. Él, por su parte, se fue al lugar que le había tocado por suerte en las zonas demolidas de la mura-
264 lla. No se preocupó de los enemigos que acercaban las escaleras por otros sectores, sino que esperó con impaciencia el lanzamiento de las flechas.

265 Las trompetas de todas las legiones sonaron a la vez, el ejército dio un terrible grito de guerra y, cuando se dio la señal de lanzar las flechas en todas las direcciones, se obscu-
266 reció la luz del día. Los hombres de Josefo se acordaron de sus recomendaciones, y así protegieron sus oídos ante el clamor de las legiones y sus cuerpos ante el disparo de las fle-
267 chas. Cuando los romanos acercaron sus máquinas, los judíos salieron al ataque antes de que subieran a ellas los enemigos

[115] Cf. III 148.

que las habían aproximado allí. En su lucha con los asaltan- 268
tes dieron prueba de todo tipo de acciones, por el valor de su cuerpo y por el de su espíritu. En esta situación extrema intentaban no parecer inferiores a aquellos que, sin hallarse en peligro, combatían contra ellos de una forma tan valiente.
En consecuencia, no se libraban de los romanos hasta que 269
caían muertos o hasta que acababan con ellos. Pero, mien- 270
tras los judíos se agotaban en esta continua defensa de la ciudad y no podían sustituir a los que luchaban en la primera línea[116], en cambio en el ejército romano soldados nuevos relevaban a los que estaban cansados y, cuando unos eran obligados a retroceder, rápidamente venían otros en su lugar. Se daban ánimos unos a otros, iban pegados entre sí y se cubrían con sus escudos[117]. Formaban una columna indestructible y, como un solo cuerpo, toda la tropa empujaba hacia adentro a los judíos y avanzaba ya sobre la muralla.

Ante estas dificultades, Josefo tomó como consejera a la 271
necesidad, que es terriblemente ingeniosa cuando la desesperación obliga a ello, y ordenó echar aceite hirviendo sobre
los soldados que se protegían con los escudos[118]. Muchos 272
judíos, que tenían preparado el aceite, enseguida lo arrojaron en gran cantidad contra los romanos por todos los lados y además les lanzaron los calderos que aún estaban ardiendo
de calor. Este aceite hirviendo deshizo las filas de la forma- 273
ción romana y los soldados con tremendos dolores cayeron
rodando desde la muralla. Pues el aciete corría fácilmente 274
por todo el cuerpo, debajo de la armadura, desde la cabeza

[116] Cf. III 258.

[117] Es la formación conocida con el nombre de *testudo;* cf. II 537.

[118] Este procedimiento era ya suficientemente conocido y utilizado en la Antigüedad. Para el caso concreto de los romanos, vid. PLINIO, *Historia natural* II 108, y VEGECIO, IV 8.

hasta los pies y devoraba la carne como si fuera fuego, ya que por naturaleza se calienta con rapidez y tarda en en-
275 friarse a causa de su grasa. No había posibilidad de librarse de las quemaduras, dado que las corazas y los cascos les oprimían. Obligados por el dolor, saltaban y se arrojaban desde los puentes. Los que retrocedían se encontraban con sus compañeros que les obligaban a ir de nuevo hacia adelante, y así se convertían en un buen blanco para los judíos que les herían por la espalda.

276 Pero en este desastre ni a los romanos les faltó fuerza, ni a los judíos inteligencia. Los primeros, aunque veían lo mucho que sufrían sus hombres, cuando les echaban el aceite encima, sin embargo se lanzaban contra los que se lo tiraban y cada uno de ellos maldecía al que tenía delante por ser un
277 obstáculo para su ataque. Por su parte, los judíos con una segunda estratagema impidieron su entrada en la ciudad: esparcieron fenogreco[119] cocido sobre las rampas, con lo
278 cual resbalaban y se desplomaban abajo. Ninguno de los que retrocedían ni de los que atacaban quedó en pie, sino que unos eran pisoteados al caer de espaldas sobre las rampas de
279 escalada y muchos se precipitaban sobre el terraplén. Y los que se desplomaban eran asaeteados por los judíos, pues, al resbalar los romanos, ellos se veían libres de la lucha cuerpo
280 a cuerpo y acertaban en sus tiros con mayor facilidad. Al atardecer el general de los romanos dio la orden de retirada a sus soldados, que habían sufrido muchas pérdidas en el
281 ataque. Perecieron no pocos romanos y fueron heridos un gran número de ellos. En cambio, sólo murieron seis hombres de los que había en la ciudad de Jotapata y se recogie-

[119] Es la alholva o *Trigonella foenum-graecum*, planta leguminosa que al ser hervida produce un agua gelatinosa.

ron más de trescientos heridos. Esta batalla tuvo lugar el día 282
veinte del mes de Daisio[120].

Vespasiano, que consolaba a su ejército por lo sucedido, 283
cuando vio que sus hombres estaban indignados y que pedían,
no ya que les animaran, sino entrar en acción, mandó hacer 284
más altos los terraplenes y levantar tres torres de cincuenta
pies de altura cada una, recubiertas de hierro por todas partes,
para que se mantuvieran firmes por su peso y fueran inexpug-
nables por el fuego. Las colocó sobre los terraplenes y sobre 285
ellas dispuso a lanzadores de jabalina, arqueros y máquinas
ligeras de tiro, además de los más fuertes honderos. Estos úl- 286
timos, sin que el enemigo reparara en ellos a causa de la altu-
ra y de las cubiertas de las torres, disparaban contra los que
estaban a la vista sobre la muralla. Pero los judíos no podían 287
evitar fácilmente las flechas que les lanzaban a la cabeza ni
defenderse de enemigos invisibles. Al ver que era difícil de
alcanzar la altura de las torres con proyectiles lanzados a ma-
no y que el hierro que las protegía era inexpugnable por el
fuego, huyeron de la muralla y se pusieron a hacer salidas pa-
ra atacar a los que intentaban asaltar la ciudad. Así resistían 288
los habitantes de Jotapata: todos los días morían muchos de
ellos y no podían devolver ningún daño a sus enemigos, pues
no eran capaces de contenerlos sin correr peligro.

Trajano y Tito se apoderan de Jafa

En estos mismos días Vespasiano en- 289
vió a Trajano[121], legado de la décima le-
gión, con mil jinetes y dos mil infantes
contra una de las ciudades vecinas de Jo-
tapata, llamada Jafa, que se había suble-
vado impulsada por la inesperada resistencia de aquella ciu-

[120] Mes del calendario macedónico que corresponde al hebreo Siván y a parte de nuestros mayo y junio.

[121] Éste es el padre del futuro emperador Trajano.

290 dad. Trajano se encontró con que la ciudad era difícil de tomar, pues además de estar protegida por la naturaleza del lugar estaba fortificada por una muralla doble[122]. Cuando vio que sus habitantes habían salido a su encuentro, dispuestos a entrar en combate, luchó contra ellos y los persiguió, después de que aquéllos le presentaran una breve resisten-
291 cia. En el momento en que los judíos de Jafa se refugiaron en la primera muralla, los romanos, que les iban pisando los
292 talones, entraron a la vez que ellos. Sin embargo, cuando se disponían a atravesar la segunda muralla, sus conciudadanos les cerraron el acceso a la ciudad, pues temían que los
293 enemigos penetraran con ellos. Dios era el que ofrecía a los romanos el sufrimiento de los galileos, él era el que entonces también entregaba a unos enemigos sanguinarios[123] la totalidad de los habitantes de la ciudad, que habían sido dejados fuera y enviados a la muerte por las manos de sus
294 conciudadanos[124]. Todos en masa se precipitaron sobre las puertas y sin cesar llamaban por su nombre a los que las custodiaban, pero fueron degollados en medio de sus súpli-
295 cas. Los enemigos les cerraron el primer muro, y sus con-
296 ciudadanos el segundo. Aprisionados en masa por las dos murallas, muchos se mataron entre sí, muchos también se clavaron sus propios puñales y una cantidad innumerable de ellos perecieron a manos de los romanos, sin tener valor para defenderse. Además del miedo que tenían a los enemigos,

[122] En *Autobiografía* 230 se añade que esta ciudad estaba «sólidamente fortificada».

[123] Ésta es una de las pocas veces en que Josefo se expresa con dureza contra los romanos, ya que en la inmensa mayoría de los casos justifica la actuación de Roma y aplica calificativos negativos solamente a esa minoría judía que provocó el conflicto; cf. apartados 2 y 5 de la Introducción.

[124] Sobre la concepción del Destino y de la Providencia divina en Josefo, vid. el apartado 5 de la Introducción, así como los pasajes I 390, II 390 y V 367, por ejemplo.

la traición de los suyos les había partido el alma. Al final 297
murieron maldiciendo, no a los romanos, sino a sus propios conciudadanos, hasta que perecieron todos ellos, un total de
doce mil. Trajano, que pensaba que la ciudad no tenía ya 298
combatientes y que, si aún quedaban algunos dentro, no se atreverían a hacer nada debido al miedo, dejó para el general la toma de la ciudad[125]. Envió mensajeros a Vespasiano con la petición de que le mandara a su hijo Tito para coronar la victoria. Vespasiano, que se imaginaba que aún habría 299
alguna dificultad, remitió a su hijo con un ejército de quinientos soldados de caballería y mil de infantería. Cuando 300
Tito llegó a la ciudad, lo más rápido que pudo, y organizó sus tropas, colocó a Trajano al frente del ala izquierda, mientras él mismo con el ala derecha dirigía el asedio. Los 301
soldados tendieron escaleras por todas las partes de la muralla y los galileos, aunque desde arriba resistieron durante un corto espacio de tiempo, se retiraron de allí. El ejército de 302
Tito saltó al interior y enseguida se apoderó de la ciudad. Se produjo una encarnecida batalla entre los romanos y los judíos que se habían agrupado dentro. Los que tenían fuerza 303
para ello les atacaban en las calles estrechas y las mujeres, desde sus casas, les arrojaban todo lo que encontraban. Re- 304
sistieron la lucha durante seis horas, pero cuando sucumbieron los que podían combatir, los romanos degollaron al resto de la población, en plena calle o en las casas, tanto jóvenes como ancianos, pues no quedó ningún varón, excepto los niños pequeños, que junto con sus madres fueron escla-

[125] Esta tradición de cortesía militar, que dejaba el honor de tomar una ciudad en manos de un superior, es común a judíos y romanos. Como apunta Pelletier, *ad loc.*, Joab concedió esta prerrogativa a David en el asedio de Rabbah (cf. *II Samuel* 12, 26-28), y algo similar ocurrió cuando Claudio acudió en persona a las Islas Británicas a tomar Camulodonum (cf. Dión Casio LX 21).

305 vizados. Murieron quince mil hombres, tanto en la ciudad como en el combate previo, y dos mil ciento treinta fueron
306 hechos prisioneros. Los galileos sufrieron esta desgracia el día vigésimo quinto del mes de Daisio[126].

Matanza de samaritanos en el monte Garizim

307 Tampoco los samaritanos se vieron libres de calamidades. Se habían congregado en el llamado monte Garizim[127], que para ellos es sagrado, y allí permanecieron, aunque su reunión y su actitud su-
308 ponía una amenaza para la guerra. Pero las desgracias de sus vecinos no les sirvieron de advertencia, sino que ante el éxito de los romanos ellos se vanagloriaban insensatamente de su propia debilidad y estaban dispuestos a sublevarse[128].
309 Vespasiano consideró oportuno adelantarse a esta revuelta y truncar sus tentativas. Pues a pesar de que por toda Samaria había distribuidas guarniciones, sin embargo el número de la gente que allí había y el hecho de que se hubiera agrupa-
310 do producía temor. Así pues, Vespasiano envió a Cereal[129], legado de la quinta legión, con seiscientos jinetes y con tres
311 mil infantes. A este personaje no le pareció adecuado subir a la montaña y desde allí entablar combate, ya que había

---

[126] Cf. nota a III 282.

[127] Monte de 881 metros de altura al sur de Siquem. Los samaritanos edificaron aquí su templo tras separarse del culto de Jerusalén; cf. I 63 y Abel, *Géographie...*, I, págs. 360-370.

[128] Josefo muestra aquí, como en otros pasajes (II 232 ss., *Antigüedades* IX 290-291), una aversión a los samaritanos, que era tradicional en todos los judíos; cf. nota a I 64 y R. J. Coggins, «The Samaritans in Josephus», en L. H. Feldman y G. Hata (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, Detroit, 1989, págs. 257-273.

[129] Sexto Cereal Vetuleno, que desempeñará un destacado papel más adelante contra los idumeos, IV 552-555, y en la toma de Jerusalén, VI 131 y 237.

muchos enemigos en la parte superior. Por ello, rodeó con su ejército toda la falda del monte y montó guardia durante todo el día. Pero, cuando los samaritanos ya no tenían agua, 312
sobrevino un terrible calor, pues era verano y la muchedumbre no estaba provista de lo necesario. Como conse- 313
cuencia de ello, algunos murieron de sed ese mismo día y muchos prefirieron la esclavitud a esta forma de muerte y se entregaron a los romanos. A través de esta gente Cereal se 314
enteró de que los que aún permanecían allí reunidos estaban deshechos por las desgracias. Subió a la montaña y colocó sus tropas en círculo en torno a los enemigos: en primer lugar les exhortó a llegar a un acuerdo de paz y les invitó a salvarse mediante la promesa de seguridad para los que entregaran sus armas. Pero como no le obedecieron se lanzó 315
sobre ellos y mató a todos, un total de once mil seiscientos hombres. Estos hechos tuvieron lugar el día vigésimo séptimo del mes de Daisio[130]. Tal fue la desgracia que padecieron los samaritanos.

Toma de Jotapata

Entretanto[131] los habitantes de Jotapa- 316
ta aguantaban y resistían la adversidad contra toda esperanza, pero en el día cuadragésimo séptimo los terraplenes romanos alcanzaron la altura de la muralla. En esa misma fecha un judío desertó y le informó a Vespasiano 317
de la poca gente que había en la ciudad y de su debilidad. Le comentó que estaban agotados por la continua falta de 318
sueño y por los sucesivos combates, y que a causa de ello no serían capaces de hacer frente a otro ataque, por lo cual se les podría coger con alguna estratagema, si iban a por

---

[130] Según el cálculo de NIESE, en su edición *ad loc.*, el 15 de julio del año 67 d. C.; cf. nota a III 282.

[131] Josefo reanuda ahora la narración de los hechos de III 288.

319 ellos. Le decía que aproximadamente en la última guardia[132], cuando creen que remiten sus males y cuando el sueño de madrugada se apodera intensamente de los que ya están cansados[133], los guardias se quedaban dormidos, y por
320 ello le aconsejó atacar en ese momento. No obstante, el desertor era sospechoso para Vespasiano, porque conocía la fidelidad que los judíos se tenían entre ellos y el desprecio
321 que sentían a los castigos[134]. Pues ya antes un prisionero de Jotapata había soportado toda la crueldad de los tormentos y se rió de la muerte, cuando fue crucificado, sin haber revelado nada de lo que ocurría dentro de la ciudad a los enemigos
322 que le interrogaban con fuego. No obstante, la verosimilitud de los hechos daba crédito al traidor. El propio Vespasiano creyó que tal vez aquél dijera la verdad y que, aunque aquello fuera un engaño, sin embargo no por ello iba a correr un gran riesgo. En consecuencia, ordenó vigilar a este individuo y dispuso el ejército para tomar la ciudad.

323 A la hora fijada se dirigieron a la muralla en silencio.
324 Tito fue el primero que se subió a ella con Domicio Sabino, uno de sus tribunos, y con unos pocos soldados de la legión
325 decimoquinta. Tras matar a los centinelas, entraron en la

[132] Los romanos dividían la noche en cuatro *vigiliae,* es decir, en cuatro turnos de guardia militar de tres horas cada uno de ellos. En esta época los judíos seguían este cómputo de las horas nocturnas, como lo testimonia el *Nuevo Testamento (Mateo* 14, 25, o *Marcos* 13, 35), si bien en origen los hebreos se guiaban por un sistema de tres vigilias solamente *(Éxodo* 14, 24, o *I Samuel* 11, 11).

[133] Algunos autores, como THACKERAY, han visto aquí y un poco más adelante, en III 325 y 327, reminiscencias épicas de la toma de Troya relatada por VIRGILIO, *Eneida* II 265-267; cf. el apartado 6 de la Introducción.

[134] Esta actitud de desprecio hacia la muerte ha sido tradicional en el enfrentamiento de los judíos frente a los poderes opresores, como muy bien lo demuestra el caso de los Macabeos y alguno de los opositores al reinado de Herodes; cf. nota a II 153.

ciudad, y detrás de ellos un tal Sexto Calvario, que era tribuno, y Plácido introdujeron a los hombres que estaban a sus órdenes. A pesar de que la ciudadela ya había sido to- 326
mada, de que los enemigos se hallaban en medio de ella y de que ya había amanecido, sin embargo los vencidos no se percataban de que la ciudad había sido conquistada. Pues la 327
mayoría de ellos estaban deshechos por la fatiga y el sueño, y una densa niebla, que daba la casualidad de que entonces se había extendido por la localidad, cegaba la vista de los que estaban despiertos. Hasta que al final, cuando todo el 328
ejército había entrado en la ciudad, sus habitantes se levantaron, pero solamente para darse cuenta de sus desgracias, y sólo se convencieron de que la ciudad había sido conquistada en el preciso momento de ser ejecutados. Los romanos no tu- 329
vieron compasión ni piedad por nadie, en recuerdo de lo que habían sufrido en el asedio, sino que empujaban a la gente por la cuesta de la ciudadela y los iban matando. En este lugar, las 330
dificultades del terreno impedían que se defendieran los que aún podían luchar. Pues, efectivamente, al apiñarse en calles estrechas y resbalar por la pendiente, se vieron arrastrados por la ofensiva que se precipitaba desde la ciudadela. Esto llevó a 331
suicidarse incluso a muchos de los soldados escogidos de Josefo. Como veían que no podían matar a ningún romano, se adelantaron para no caer en manos enemigas y, reunidos en la parte extrema de la ciudad, se dieron a sí mismos la muerte.

Todos los guardias que se apresuraron a huir, nada más 332
darse cuenta de que la ciudad había sido tomada, subieron a una de las torres de la zona norte y allí se defendieron durante un cierto tiempo[135]. Pero más tarde, cuando fueron rodeados por una multitud de enemigos, se rindieron y llenos de valor

[135] Como se ha dicho en III 162 los romanos entraron por la parte norte de la ciudad, ya que ésta era la única zona accesible entre los barrancos y pendientes que la rodeaban; cf. III 158.

333 ofrecieron su cuello a los opresores. Los romanos podrían haberse jactado de haber concluido el asedio de la ciudad sin derramamiento de sangre entre sus hombres, si no hubiera perecido uno solo de ellos en el asalto, el centurión Antonio,
334 que murió a causa de un engaño. Uno de los muchos judíos que se habían escondido en las cuevas pidió a Antonio que le tendiera la mano derecha como prueba de protección y para
335 ayudarle a salir fuera de la cueva. Antonio, sin tomar precauciones, le da la mano, mientras el otro rápidamente le hiere con la lanza por debajo de la ingle y al instante lo mata.

336 Aquel día los romanos ejecutaron a todos los que estaban a la vista. Los días siguientes buscaron los escondites y fueron contra los que estaban en los subterráneos y en las cuevas, sin respetar ninguna edad, excepto a los niños pe-
337 queños y a las mujeres. Hicieron mil doscientos prisioneros de guerra y los muertos de la toma de la ciudad y de las
338 contiendas previas alcanzó el número de cuarenta mil. Vespasiano dio la orden de demoler la ciudad y quemar todas
339 sus fortificaciones. Esta fue la conquista de Jotapata, que tuvo lugar en el año decimotercero del reinado de Nerón, en el primer día del mes de Panemo[136].

Josefo se esconde en una cueva. Los romanos le descubren

340 Los romanos iban a la caza de Josefo, rebuscaban entre los cadáveres y en los lugares ocultos, por el odio que sentían hacia él y porque su general tenía grandes deseos de ello, ya que, si se le capturaba, se solucionaría la mayor parte de la gue-
341 rra. Sin embargo, durante la toma de la ciudad Josefo se ha-

[136] En el calendario macedónico este mes equivalía al hebreo Tammuz, es decir, parte de nuestros junio y julio. Según reseña NIESE en su edición, este día sería el 20 de julio del 67 d. C.. Sobre el desfase de fechas entre el comienzo y el final del asedio, véase nota a III 142.

bía escapado de en medio de los enemigos mediante cierta colaboración sobrenatural[137] y había saltado al interior de una profunda cisterna, con la que estaba comunicada por uno de sus lados una amplia cueva que no era visible desde arriba. En este lugar halló escondidos a cuarenta personajes 342
destacados y una provisión de víveres suficiente para bastantes jornadas. Por el día Josefo permanecía allí oculto, 343
mientras los enemigos se distribuían por toda la ciudad. Por la noche, en cambio, salía fuera a buscar la forma de huir y observaba a los guardias. Pero, como no era posible pasar desapercibido, dado que había vigilancia en todos los sitios por su culpa, bajaba de nuevo a la cueva. Estuvo así en se- 344
creto durante dos días, pero al tercero, al ser capturada una de las mujeres que estaba con ellos, fue delatado y Vespasiano al instante envió a toda prisa a dos tribunos, Paulino[138] y Galicano, con la orden de ofrecer garantías a Josefo y recomendarle que se fuera de la ciudad.

Una vez que llegaron estos tribunos, dieron tales conse- 345
jos a Josefo y le prometieron seguridad personal, pero éste no se dejó convencer. Él tenía sus sospechas no por la natu- 346
raleza pacífica de las personas que le exhortaban, sino porque era natural que él sufriera las consecuencias por todo lo que había hecho y, por eso, temía que le quisieran castigar. Hasta que Vespasiano le envió a un tercer tribuno, Nicanor[139], conocido de Josefo y amigo suyo desde hacía tiem-

---

[137] Constantemente Josefo está recurriendo a la intervención de fenómenos sobrenaturales en su narración, si bien, de acuerdo con su propia teología, hay que entender aquí una clara manifestación de la intervención divina en el desarrollo de esta historia.

[138] Tal vez, siguiendo la nota de Reinach, se trate de Valerio Paulino, amigo de Vespasiano, que, según Tácito (*Historias* III 43), en el año 69 fue gobernador de la Galia Narbonense.

[139] En V 261 se hablará con más detalle de este personaje, que caerá herido con Josefo en la toma de Jerusalén.

347 po. Cuando este personaje llegó ante él, le expuso la natural bondad de los romanos con aquellos que antes han sometido; también añadió que él, por su valor, causaba a los jefes
348 romanos admiración más que odio, y que el general deseaba sacarlo de allí no para castigarlo, pues podría hacerlo aunque no saliera fuera, sino porque prefería salvar a un valien-
349 te. Le dijo, además, que Vespasiano no le habría mandado un amigo, si pretendiera tenderle una trampa, para que así lo más bello que existe, la amistad, se pusiera al frente de la peor acción de todas, es decir, la perfidia, ni él mismo habría accedido a venir para engañar a un amigo.

350 Mientras Josefo dudaba ante las palabras de Nicanor, el ejército, en un arrebato de furor, se dispuso a prender fuego a la cueva, pero el comandante se lo impidió, ya que había
351 puesto todo su empeño en cogerlo vivo. Mientras Nicanor seguía insistiendo en sus peticiones, Josefo se dio cuenta de las amenazas de la turba enemiga y le vino a la mente el recuerdo de uno de los sueños que había tenido por la noche, por medio del cual Dios le había anunciado las desgracias que iban a ocurrirles a los judíos y el futuro de los sobera-
352 nos romanos[140]. En la interpretación de los sueños Josefo era capaz de entender lo que Dios expresaba de una forma ambigua. Conocía bien las profecías de los libros sagrados, puesto que él mismo era sacerdote y descendía también de
353 sacerdotes. Así, inspirado por Dios en aquel momento, recordó las terroríficas visiones de los sueños últimos y diri-
354 gió a Dios una plegaria secreta con estas palabras: «Ya que has decidido aplastar a la raza judía, tú que eres su creador, ya que toda la Fortuna se ha puesto del lado de los roma-

[140] Sobre la importancia de los sueños en la obra de Josefo, vid. nota a I 328.

nos[141], y has elegido mi alma para revelar el futuro, me rindo voluntariamente y conservo la vida, y te pongo a ti por testigo de que no lo hago como traidor, sino como servidor tuyo[142]».

Tras decir esto, se entregó a Nicanor. Pero cuando los 355
judíos, que estaban escondidos con él en la cueva, se dieron cuenta de que Josefo cedía a las peticiones de los romanos, se congregaron todos en torno a él y le gritaron: «¡Ay!, mu- 356
cho se lamentarán las leyes de nuestra patria, y Dios, que creó en los judíos un alma que desprecia la muerte, se sentirá decepcionado. ¡Ay Josefo!, amas la vida, pero ¿cómo so- 357
portas ver la luz como un esclavo? ¡qué pronto te has olvidado de ti mismo! ¡A cuánta gente has convencido para morir en defensa de la libertad! Tienes una falsa fama de 358
valiente, y también de persona inteligente, si esperas conservar tu vida entre aquéllos contra los que tanto has luchado, y si llegas a aceptar de ellos la salvación, en el caso de que esto fuera seguro. Pero si la Fortuna de los romanos ha 359
hecho que tú te olvides incluso de ti mismo, nosotros hemos de mirar por la gloria de nuestra patria. Te daremos una mano y una espada. Si tú mueres voluntariamente, lo harás como general de los judíos, pero si lo haces obligado, morirás como un traidor». Nada más decir estas palabras, levan- 360

[141] Como hemos señalado en la Introducción, apartado 5, es ésta una de las frases que mejor recoge la «teología» flaviana sobre el Destino. En este caso concreto se personifica la Fortuna en una súplica dirigida al Dios judío.

[142] Con estas palabras Josefo se identifica con Jeremías. La postura de este profeta parecía la de un partidario de Babilonia, aunque en realidad era la de un mensajero del castigo que Dios tenía preparado contra los pecados de Israel por medio de los babilonios. Ahora nuestro autor quiere demostrar que no es partidario de Roma, sino mero transmisor del futuro que aguarda a los judíos.

taron las espadas y amenazaron con matarlo, si se rendía a los romanos.

Discurso de Josefo a sus compañeros

361 Josefo, que temía ser atacado y que creía que traicionaría las órdenes de Dios, si moría antes de anunciarlas, empezó a hacerles las siguientes reflexiones filosó-
362 ficas en esta extrema situación: «Compañeros, ¿por qué nos empeñamos tanto en matarnos entre nosotros? ¿Por qué vamos a separar dos elementos que se aman
363 tanto, a saber, el cuerpo y el alma? Alguno dirá que yo he cambiado. Bien saben esto los romanos. Es hermoso morir en la guerra, pero según lo mandan las leyes militares,
364 es decir, a manos de los vencedores. Ahora bien, si evito el hierro de los romanos, verdaderamente merezco yo mismo darme la muerte con mi propia mano y con mi propia espada. En cambio, si aquéllos están dispuestos a perdonar a un enemigo, ¿cómo no va a ser más justo que nos perdonemos los unos a los otros? En realidad es una insensatez que nosotros mismos llevemos a la práctica aquello por cuya causa
365 luchamos contra nuestros adversarios. Pues es bello perder la vida por la libertad, yo también opino lo mismo, aunque, eso sí, cuando luchamos y cuando morimos a manos de los que nos la quitan. Pero ahora, ni los enemigos están frente a nosotros en la batalla ni nos van a matar. Es igualmente cobarde aquel que no quiere morir, cuando debe, como aquel
366 que lo desea, cuando no es necesario. ¿Cuál es el temor que
367 nos impide acudir ante los romanos? ¿Acaso no será la muerte? ¿Entonces nos vamos a imponer a nosotros mismos ese castigo que tememos y que sospechamos que nos impondrán nuestros enemigos? Pero alguien dirá que esto es la esclavitud. ¡Realmente ahora somos muy libres! Otro dirá que
368 lo noble es matarse a sí mismo. No es así, sino que es lo más

innoble de todo. De igual forma yo, por mi parte, considero que el piloto más cobarde es aquel que por temor a la tempestad hunde voluntariamente su barco antes de la tormenta. Pero, realmente, el suicidio es contrario a la naturaleza de 369
todo el conjunto de los seres vivos y es un acto de impiedad contra Dios, que es nuestro creador. No hay ningún viviente 370
que se quite la vida premeditadamente o por sí mismo. En todos ellos el deseo de vivir es una firme ley natural. Por eso consideramos enemigos a los que abiertamente nos despojan de la vida y castigamos a los que lo hacen con traición. ¿Pensáis que Dios no se enfada, cuando un hombre 371
desprecia el don que él le ha concedido? Pues de Dios hemos recibido la existencia y, a su vez, de él depende que dejemos de existir. Todos nosotros tenemos cuerpos morta- 372
les, hechos de materia que se corrompe, mientras que el alma es siempre inmortal y es como una parte de Dios que habita en nuestros cuerpos[143]. Así, si uno hace desaparecer o administra mal lo que un hombre le ha dejado en depósito, será tenido por un malvado y por una persona no de fiar, pero si uno expulsa de su cuerpo el depósito confiado por Dios, ¿creerá que va a pasar desapercibido a aquel a quien ha ofendido? Se considera justo castigar a los esclavos, que 373
se han escapado, aunque huyan de unos amos malvados, y en nuestro caso, ¿no pareceremos impíos, si abandonamos a Dios, el mejor de todos los señores? ¿Es que no sabéis que 374
los que abandonan esta vida, de acuerdo con la ley de la naturaleza, y devuelven el préstamo que han recibido de Dios, cuando el que se lo ha dado quiere recuperarlo, recibirán una gloria eterna, sus casas y sus familias estarán seguras y sus almas permanecerán limpias y sumisas, pues obtendrán

[143] Esta idea, que coincide con la expuesta en la doctrina de los esenios (II 154 ss.), bebe seguramente de una fuente pitagórica y platónica.

en el cielo un lugar muy sagrado, desde donde volverán de
nuevo a habitar en cuerpos purificados por el continuo re-
375 torno de las edades?[144]. En cambio, las almas de todos los
que, por locura, han utilizado sus manos contra sí mismos
serán recibidas por el tan tenebroso Hades[145], y su padre
Dios castigará a sus hijos por las ofensas de sus progenito-
376 res. Por ello Dios odia este acto y es castigado por el más
377 sabio de los legisladores[146]. Entre nosotros está establecido
que sean dejados fuera sin sepultar hasta la puesta del sol
aquellos que se hayan suicidado[147], mientras que se consi-
378 dera lícito enterrar incluso a los enemigos[148]. Otros pueblos
ordenan cortar a los cadáveres de tales personas la mano de-
recha, con la que han atentado contra sí mismos, pues creen
que de la misma manera que el cuerpo se ha hecho ajeno al

[144] Esta creencia en una nueva vida después de la muerte se repite con palabras similares en el tratado *Contra Apión* II 218 al hablar de los castigos y las recompensas de la ley. La doctrina farisea sobre el más allá coincide en gran parte con esta idea; cf. II 163.

[145] En nota a II 165 ya hemos hablado de la relevancia de este término de la ultratumba griega en la narración de Josefo.

[146] Es decir, Moisés, el legislador por excelencia del pueblo judío; cf. II 145. No obstante, Ricciotti, en el comentario a la traducción italiana, sugiere la hipótesis de que tal vez este «legislador» no sea Moisés, sino Platón, habida cuenta de la similitud con la normativa sobre el entierro de un suicida expuesta en las *Leyes*, IX 873 del filósofo griego.

[147] El *Deuteronomio* no da ninguna prescripción acerca del suicidio, por lo cual Thackeray, en su comentario *ad loc.*, sugiere que en este punto Josefo está siguiendo una fuente rabínica. No obstante, en las rebeliones judías anteriores se han detectado ya casos de personajes destacados que se han suicidado, tal es el caso de Razis ante Nicanor y Judas (*II Macabeos* 14, 41-46), o que han mostrado su disposición a hacerlo, según hemos visto en aquellos que se oponían radicalmente a la colocación de las estatuas de Calígula en el Templo (II 197); cf. L. D. Hankoff, «The theme of suicide in the works of Flavius Josephus», *Clio Medica* 11 (1976), 15-24.

[148] Cf. *Josué* 8, 29 y 10, 27.

alma, así también la mano lo ha de ser del cuerpo[149]. Com- 379
pañeros, conviene que razonemos con justicia y que no aña-
damos a las desgracias humanas la ofensa contra nuestro
creador. Si los romanos nos permiten conservar la vida, ha- 380
gámoslo, pues no es una deshonra recibir la salvación de
aquellos a quienes hemos demostrado nuestro valor por
medio de tantas acciones. En cambio, si deciden matarnos,
es hermoso hacerlo a manos de nuestros vencedores. Yo no 381
me pasaré a las filas enemigas para no traicionarme a mí
mismo. En ese caso sería más imprudente que los desertores
que se pasan al adversario: pues mientras ellos lo hacen pa-
ra salvarse, yo lo hago para encontrarme con mi propia des-
trucción. Sin embargo, ojalá que los romanos me estén ten- 382
diendo una trampa, porque, si me matan, después de haber
hecho un acuerdo con ellos, moriré con alegría y me llevaré
la perfidia de los que me han engañado como consuelo más
importante que una victoria.»

Muchos razonamientos de este tipo expresó Josefo para 383
evitar que se suicidaran. Pero ellos, que por la desesperación 384
ya no escuchaban nada, como personas que desde hace tiempo
se habían entregado a la muerte, se encendieron contra él. Co-
rrieron hacia Josefo, unos por un lado y otros por otro, con sus
espadas en la mano, le echaron en cara su cobardía y parecía
evidente que cada uno de ellos iba a golpearle de inmediato.
Pero Josefo llamó a uno por su nombre, a otro le miró con los 385
ojos de jefe, a otro le cogió de la mano derecha, a otro le hizo
avergonzarse con sus súplicas y, aturdido por todo tipo de sen-
timientos en tal estado de necesidad, consiguió apartar de su
cuello la espada de todos. Hizo frente, a un lado y a otro, a los
que iban a por él, como suelen hacer las fieras cuando se ven

[149] Esta costumbre parece ser algo habitual entre los atenienses, según transmite el discurso de ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 244.

386 rodeadas. Pero sus soldados, que incluso en las circunstancias extremas sentían respeto por su general, bajaron sus brazos, dejaron deslizar sus espadas y muchos de los que habían levantado contra él sus armas las soltaron de forma espontánea.

387 En esta situación apurada, a Josefo no le faltó inventiva: puso su confianza en la ayuda de Dios y arriesgó su salva-
388 ción con estas palabras: «Dado que hemos decidido morir, venga, dejemos que la suerte determine cómo hemos de ma-
389 tarnos los unos y los otros. El que en el sorteo sea designado el primero caerá a mano del que salga el segundo, y así el destino pasará por todos nosotros y nadie perecerá por su propia mano. Pues no sería justo que, cuando los demás hayan muerto, alguno cambiara de opinión y se quedara vivo.» Con esta propuesta les pareció que decía la verdad. Una vez conven-
390 cidos, se sometió a sorteo con ellos. La persona señalada por la suerte ofrecía su cuello al que era elegido detrás de él, con la convicción de que también iba a morir enseguida el general. Sus soldados pensaban que la muerte con Josefo sería más
391 dulce que la vida. Sin embargo, Josefo quedó el último con otro; tal vez haya que hablar del Destino, tal vez de la Providencia divina[150]. No quería ser condenado por la suerte ni manchar su mano con el asesinato de un compatriota, en caso de que le tocara a él al final; por ello convenció al otro para que también conservara la vida mediante un juramento.

Josefo se entrega a los romanos

392 De esta forma Josefo escapó de la guerra contra los romanos y contra sus propios compañeros y fue conducido por Ni-
393 canor ante Vespasiano. Todos los romanos fueron corriendo a verle. Era de muy diversa índole el tumulto de la muchedumbre que se agolpaba

[150] Vuelve a repetirse la equiparación de la Fortuna, en sentido clásico, con la Providencia divina, en sentido judío; cf. nota a III 354.

en torno al general: unos se alegraban de que lo hubieran cogido, otros le amenazaban y otros se empujaban para verlo más de cerca. Los que se hallaban lejos gritaban que se cas- 394
tigara al enemigo, y los de cerca recordaban sus hazañas y se quedaban maravillados ante el cambio de su suerte. No había 395
ningún oficial que, aunque antes hubiera estado airado contra él, no aplacara su cólera al verlo en este momento. La firme- 396
za de Josefo en las adversidades llamó sobre todo la atención de Tito de una manera extraordinaria y se sintió compadecido por su edad[151]. Al recordar al que antes había luchado y al ver al que ahora acababa de caer en las manos enemigas, tuvo la ocasión de reflexionar sobre el poder del Destino, sobre lo rápido que se suceden los acontecimientos de la guerra y la inseguridad de los hechos humanos. Por ello Tito en aquel 397
momento hizo que la mayor parte de los romanos se compadeciera de Josefo junto con él, y la intervención ante su padre influyó decisivamente en su salvación. Sin embargo, 398
Vespasiano ordenó custodiarle con toda vigilancia, pues tenía la idea de enviarlo enseguida a Nerón[152].

Josefo ante Vespasiano. Su profecía

Cuando Josefo oyó esto último, le di- 399
jo que quería hablar con él a solas. Una vez que Vespasiano mandó salir a todos los demás, excepto a su hijo Tito y a dos amigos, dijo Josefo: «Tú, Vespasiano, crees 400
que con Josefo has capturado sólo a un prisionero de guerra;

[151] Josefo tenía en este momento treinta años, de acuerdo con la fecha de su nacimiento señalada en *Autobiografía* 5.

[152] El envío ante el emperador de prisioneros destacados era un hecho habitual en Palestina. En II 243 ss. hemos visto el caso de los judíos, entre los que se hallaban los sumos sacerdotes Jonatán y Ananías, enviados por Cumano ante Claudio, o el caso del propio San Pablo reseñado en la nota a II 308.

pero yo vengo ante ti como un mensajero de hechos importantes. Pues si yo no hubiera sido enviado por Dios, sabría lo que prescribe la ley de los judíos y cómo debería morir
401 un general. Me envías a Nerón. ¿Por qué? Después de Nerón no quedará ningún sucesor hasta llegar a ti. Tú, Vespasiano, serás César y emperador, y también lo será tu hijo
402 que está aquí presente. Encadéname con mayor seguridad y consérvame junto a ti. Pues tú, César, no sólo eres dueño mío, sino también de la tierra y del mar y de todo el género humano. Y yo, te pido que me castigues con una prisión
403 más severa, si oso bromear con las palabras de Dios.» Cuando acabó de hablar, Vespasiano al principio no creyó a Josefo y
404 pensó que había inventado esto para salvarse. Pero, poco a poco, empezó a darle crédito, pues Dios había suscitado en él el deseo del mando y le había mostrado el cetro del poder
405 por otras señales[153]. Además comprobó que Josefo había acertado en otras predicciones. Uno de los amigos de Vespasiano, que había estado en esta conversación secreta, dijo que se asombraba de que Josefo no hubiera profetizado a los habitantes de Jotapata la destrucción de la ciudad ni su propia captura como prisionero de guerra, a no ser que en este caso se tratara de una invención para evitar el castigo

---

[153] TÁCITO, *Historias* I 10, II 1 y V 13, y SUETONIO, *Vespasiano* 4, confirman la existencia de estas predicciones en Oriente. El mesianismo judío, que estaba en plena efervescencia en esta época, insistía a través de ambiguas profecías en la llegada de una nueva monarquía y de un nuevo reino. Flavio Josefo interpreta en su propio beneficio estos oráculos, a los que otros grupos judíos darán un sentido bastante distinto a éste. No obstante, la tradición rabínica menciona a otro judío que también habría predicho el futuro gobierno de Vespasiano, Yohanan ben Zakkai. Este individuo, que saludó a Vespasiano como emperador, obtuvo de él permiso para fundar una escuela rabínica en Jamnia; cf. H. R. MOEHRING, «Joseph ben Mattia and Flavius Josephus: the Jewish prophet and Roman historian», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 21.2 (1984), 864-944.

que le venía encima. Pero Josefo respondió que él había 406
anunciado que Jotapata sería tomada después de cuarenta y siete días y que él mismo sería cogido vivo por los romanos.
Vespasiano, después de interrogar individualmente a los 407
prisioneros sobre estos hechos, vio que era verdad y, de esta forma, empezó a creer en las predicciones que había formulado sobre él. No obstante, Vespasiano no liberó a Josefo ni 408
de la vigilancia ni de las cadenas, sino que le regaló ropa y otros objetos de valor. Le trataba con afecto y atención, mientras que Tito colaboraba mucho con él en estas consideraciones.

Vespasiano en Cesarea Marítima y Escitópolis. Fin de los piratas judíos de Jope

El cuarto día del mes de Panemo[154] 409
Vespasiano levantó el campamento y se dirigió a Ptolemaida, y de allí a la ciudad costera de Cesarea[155], la más grande de Judea, en su mayor parte habitada por griegos. La gente del lugar recibió al ejército 410
y al general con todo tipo de bendiciones y de muestras de afecto, por el aprecio que sentían hacia los romanos, pero, sobre todo, por el odio hacia los vencidos[156]. En consecuencia, toda la muchedumbre reunida pedía a gritos que se castigara a Josefo. Sin embargo, Vespasiano respondió con 411
el silencio a esta petición, que había sido formulada por una multitud incapaz de reflexionar. Dejó dos legiones[157] en Ce- 412
sarea para que pasaran allí el invierno, pues vio que esta ciudad era adecuada para ello, y envió la decimoquinta a Escitópolis, para no agobiar a Cesarea con todo el ejército.

---

[154] El 23 de julio del 67, según el cálculo de Niese; cf. nota a III 339.

[155] Cesarea Marítima; cf. nota a I 80.

[156] Sobre las rivalidades entre judíos y gentiles en Cesarea Marítima, véase II 284-290.

[157] La V *Macedonica* y la X *Fretensis*; cf. III 65.

413 También esta última[158] ciudad es cálida en invierno, de la
misma forma que en ella en verano hace un calor sofocante,
por estar en una llanura cerca del mar.
414 Mientras tanto, los que habían sido desterrados de sus
ciudades por sublevarse y los que habían huido de su destruc-
ción se reunieron y formaron una gran multitud. Reconstru-
yeron Jope, que antes había sido devastada por Cestio[159], y
415 crearon allí su base de operaciones. Al ver que estaban se-
parados del resto de la región, que era ya territorio enemigo,
416 decidieron salir al mar. Fabricaron un gran número de em-
barcaciones piratas y realizaron actividades de bandidaje en
el trayecto que hay de Siria y Fenicia hasta Egipto[160]. De
esta manera, convirtieron este mar en intransitable para todos.
417 Cuando Vespasiano tuvo noticia de esta actividad, envió a
Jope soldados de infantería y de caballería, que entraron de
418 noche en la ciudad, pues ésta se hallaba desguarnecida. Sus
habitantes se habían enterado previamente del ataque y, lle-
nos de miedo, desistieron de hacer frente a los romanos. Se
refugiaron en las naves y pasaron la noche lejos del alcance
de los proyectiles.
419 Jope no tiene puerto natural, pues descansa sobre una
costa abrupta. Toda ella se extiende en línea recta, excepto
en sus extremos, donde tiene una ligera curva en cada uno
420 de sus lados. En estos dos puntos hay profundos acantilados
y rocas que se adentran en el mar. Las marcas de las cade-

---

[158] El pronombre *kakeínē* no puede referirse más que a Cesarea, ya que Escitópolis no está cerca del mar. No obstante, REINACH cree que alude a Escitópolis, para lo que propone otra lectura del adjetivo *parálios*, «marítimo», «cerca del mar».

[159] Cf. II 507-508.

[160] Jope, la actual Jafa, puerto de Tel-Aviv, era el principal centro portuario de la costa de Palestina, hasta la construcción de Cesarea. Por ello constituía un importante punto estratégico en las rutas comerciales de Egipto con Siria y Fenicia; cf. ABEL, *Géographie...*, II, págs. 355 ss.

nas de Andrómeda, que aún se ven allí, testimonian la anti-
güedad de la leyenda[161]. Cuando el bóreas sopla de frente 421
contra la costa y entre las rocas levanta olas muy altas, su
fondeadero se convierte en un lugar más peligroso que el alta
mar[162]. En el momento en que los habitantes de Jope se en- 422
contraban fondeando en aquella zona, descargó sobre ellos un
fuerte viento, que los marineros de aquel lugar llaman el «bó-
reas negro». Allí mismo algunas naves chocaron entre sí, otras 423
contra las piedras y muchas se esforzaban por hacer frente a
las olas y adentrarse en alta mar, pues tenían miedo de la es-
carpada costa y de los enemigos que estaban en ella. Sin em-
bargo, las olas, que alcanzaban gran altura, las hacían hundir-
se. No había posibilidad de huir ni de salvarse si se quedaban 424
allí: la fuerza del viento les echaba del mar, y la de los ro-
manos de su ciudad. Se producían grandes lamentos, cuan-
do colisionaban entre sí las embarcaciones, y un tremendo
estrépito, cuando se resquebrajaban. De toda esta gente unos 425
murieron engullidos por las olas, y muchos arrastrados por
los restos del naufragio. Algunos se adelantaron al mar y se
quitaron la vida con su propia espada, como si ésta fuera
una muerte más fácil de soportar. La mayoría de ellos, em- 426
pujados por las olas, se daban contra los peñascos, de modo
que gran parte del mar estaba cubierto de sangre y la costa
estaba llena de cadáveres, pues los romanos, que vigilaban
la orilla, mataban a los judíos que llegaban a ella. El número 427
de muertos que el mar arrastró a tierra ascendió a cuatro mil

---

[161] La ubicación en Jope de este mito de Andrómeda está perfectamente atestiguado por las fuentes greco-latinas: Estrabón, XVI 2, 28; Plinio, *Historia natural* V 69; Pausanias, IV 35, 9, y San Jerónimo, *Comentario a Jonás* I 3.

[162] Literalmente, el griego *erēmías* significa «desierto», «lugar solitario», que en este contexto puede aludir tanto a una costa desierta como al hecho de estar aislado en alta mar.

doscientos. Los romanos tomaron la ciudad sin batalla y a continuación la destruyeron totalmente.

428 De esta forma, en poco tiempo los romanos se apodera-
429 ron dos veces de Jope[163]. Para que los piratas no volvieran a reunirse en esta ciudad, Vespasiano estableció un campamento en la acrópolis y dejó allí la caballería y unos pocos
430 soldados de infantería. Estos últimos se quedarían en el lugar con el fin de custodiar el campamento, mientras que la caballería desolaría los alrededores y destruiría las aldeas y
431 pequeñas poblaciones próximas a Jope. Según lo ordenado, estos soldados con sus recorridos diarios saquearon la región y la convirtieron en un completo desierto.

Jerusalén ante la noticia de la caída de Jotapata

432 Cuando se tuvo noticia en Jerusalén del desastre de Jotapata, al principio la mayoría no se lo creía, ya sea por la magnitud de la desgracia o ya porque ninguno de los que lo contaban había sido testigo
433 ocular de los hechos. No hubo nadie que se salvara para contar lo ocurrido, sino que fue el rumor, que por naturaleza es aficionado a contar las noticias más tristes, el que divulgó
434 de forma espontánea la toma de la ciudad[164]. No obstante, poco a poco, la verdad se extendió por las poblaciones vecinas y para todos la noticia fue ya más cierta que dudosa. Además, a lo ocurrido se añadieron otros hechos que no habían tenido lugar, pues se decía que también Josefo había
435 muerto en la toma de la ciudad. Este anuncio llenó de un inmenso dolor a Jerusalén. A los muertos se los lloraba en las casas y en las familias a las que cada uno de ellos perte-

[163] La primera vez fue Cestio el que tomó esta ciudad; cf. II 507-508.

[164] Como ya comentamos en I 371 tal vez nos encontremos también aquí con una reminiscencia virgiliana, *Eneida* IV 173-190, donde la Fama o Rumor aparecen personificados.

necía. En cambio, para el general el duelo fue público: unos 436
lloraban a sus huéspedes, otros a sus parientes, otros a sus amigos, pero todos lloraban a Josefo. Treinta días duraron 437
los llantos fúnebres en la ciudad[165], y muchísima gente contrató a flautistas para que acompañaran sus cantos fúnebres[166].

Cuando con el tiempo se descubrió la verdad y se vio 438
que los sucesos de Jotapata eran tal y como habían ocurrido, pero que la muerte de Josefo había sido una invención, y cuando se enteraron de que estaba vivo, de que se hallaba con los romanos y de que recibía de los oficiales un trato más afortunado del que correspondía a un prisionero de guerra, se irritaron entonces contra él, ahora que estaba vivo, tanto como el afecto que antes habían sentido por él, cuando creían que estaba muerto. Unos le acusaban de cobardía, 439
otros de traición, y la ciudad estaba llena de indignación y de injurias contra él. Estaban irritados por las derrotas y, 440
además, encendidos por las calamidades. La desgracia, que a las personas sensatas suele llevarles a ser prudentes y a tomar precauciones ante hechos similares, sin embargo para aquéllos se convirtió en un estímulo para otras catástrofes y el final de sus males fue de nuevo el comienzo de otras desgracias. De esta forma tenían aún más deseos de ir contra 441
los romanos, pues pensaban que al vengarse de ellos se vengarían también de Josefo. Tal era la agitación que se 442
había apoderado de los habitantes de Jerusalén.

[165] Según la costumbre judía, el luto ordinario era de siete días (*Génesis* 50, 10, o *Eclasiástico* 22, 12), mientras que cuando se trataba de una personalidad importante el período de duelo llegaba a treinta días. Así lo testimonia *Números* 20, 29, para Aarón, y *Deuteronomio* 34, 8, para Moisés.

[166] Estas ruidosas manifestaciones del duelo popular eran frecuentes en Palestina; cf., por ejemplo, la escena de la resurrección de la hija de Jairo en *Mateo* 9, 23.

Vespasiano es recibido por el rey Agripa. Rebelión de Tariquea y Tiberíades

443 Vespasiano levantó el campamento y se trasladó de la Cesarea Marítima a la llamada Cesarea de Filipo para visitar el reino de Agripa[167]. El rey le había llamado porque tenía previsto recibir al general y a su ejército con la magnificencia propia de su casa real y, a la vez, poner fin
444 con su ayuda a los males de su reino. Permitió que su ejército descansara allí durante veinte días, y él mismo participó en banquetes e hizo sacrificios a Dios para dar gracias por el
445 éxito de sus empresas. Cuando le llegó la noticia de la revuelta de Tiberíades y de que Tariquea se había sublevado —ambas ciudades formaban parte del reino de Agripa—, Vespasiano, que había tomado la decisión de someter a los judíos en todos los lugares, pensó que era el momento oportuno de enviar contra ellos una expedición militar. Y también lo hacía por Agripa, pues reprimiría la insurrección de estas
446 ciudades, para así corresponder a su hospitalidad. Envió a su hijo Tito a Cesarea para trasladar su ejército desde allí a Escitópolis, la ciudad más importante de la Decápolis y próxima a
447 Tiberíades[168]. El propio Vespasiano también acudió allí, recibió a su hijo y con tres legiones avanzó hasta acampar a treinta estadios de Tiberíades, en un lugar elevado, perfecta-

[167] Los territorios que formaban este reino han sido definidos en III 57. Sobre Cesarea de Filipo, cf. II 168.

[168] La Decápolis era un grupo de diez ciudades, casi todas helenísticas, de la Transjordania, que Plinio, *Historia natural* V 18, enumera como Damasco, Filadelfia, Rafana, Escitópolis, Gadara, Hipo, Dión, Pela, Gerasa y Canata. No obstante, según Abel, *Géographie...*, II, págs. 14 ss., es posible que en lugar de Rafana fuera Abila. Alejandro Janeo incorporó este territorio al reino judío, hasta que Pompeyo le concedió la libertad y lo puso bajo la tutela del gobernador de Siria; cf. H. Bietenhard, «Die syrische Dekapolis von Pompeius bis Traian», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 220-261. Escitópolis se hallaba a unos 40 kilómetros al sur de Tiberíades.

mente visible por los rebeldes, llamado Sennabris[169]. Mandó, 448
entonces, al decurión Valeriano con cincuenta jinetes para
parlamentar sobre la paz con los habitantes de la ciudad e
instarles a un pacto. Pues él había oído que el pueblo ansiaba
la paz, pero que andaba revuelto porque algunos le obligaban
a luchar. Valeriano se acercó a la muralla, bajó del caballo e 449
hizo que sus jinetes hicieran lo mismo para que no diera la
impresión de que habían ido allí a sostener una escaramuza.
Pero antes de que empezaran a hablar, los rebeldes más desta-
cados salieron con sus armas contra él. Al frente de ellos iba 450
un individuo llamado Jesús, hijo de Safias[170], el jefe más im-
portante de la banda de ladrones. Valeriano creyó que no era 451
conveniente entablar combate en contra de las órdenes de su
general, aunque la victoria era segura, y pensó que era arries-
gado enfrentarse con unos pocos hombres contra tanta gente,
que estaba tan bien preparada, mientras que ellos no lo esta-
ban. Asombrado, además, de la inesperada audacia de los ju- 452
díos, huyó a pie y otros cinco de sus jinetes también abando-
naron sus caballos, que los hombres de Jesús llevaron a la
ciudad llenos de alegría, como si se hubieran apoderado de
ellos en la batalla y no por medio de una emboscada.

Los ancianos del pueblo y los ciudadanos de mayor pres- 453
tigio huyeron, asustados, al campamento romano. Se gana- 454
ron el apoyo del rey y acudieron como suplicantes a postrar-
se ante Vespasiano para pedirle que no les despreciara y que
no considerara la locura de unos pocos como obra de toda la
ciudad, sino que perdonara al pueblo, que siempre había sido 455
amigo de los romanos, y castigara a los culpables de la re-
vuelta, que les habían tenido prisioneros hasta ese momento,
porque ellos desde hacía tiempo estaban dispuestos a nego-

---

[169] Al suroeste del lago de Gennesar, cerca de Tariquea.

[170] Seguramente se trata del magistrado de Tiberíades citado en II 599 y en *Autobiografía* 66 y 134.

456 ciar con los romanos. El general accedió a sus peticiones, a pesar del enfado que tenía contra toda Tiberíades por el robo de los caballos, pues veía que Agripa estaba preocupado por
457 la ciudad. Cuando los ancianos y los notables llegaron a un acuerdo en nombre de su pueblo, Jesús y su banda, que ya no veían seguro permanecer en Tiberíades, huyeron a Tariquea.
458 Al día siguiente Vespasiano envió por delante a Trajano con unos jinetes a lo alto de un cerro para que se enterara de si
459 toda la población deseaba la paz. Cuando comprobó que el pueblo tenía los mismos sentimientos que los que habían acudido a suplicar a Vespasiano, avanzó con su ejército hacia la ciudad. La gente le abrió las puertas, salió a su encuen-
460 tro con vítores y le aclamó como salvador y benefactor. Como el ejército tuviera dificultades para entrar por la estrechez de las puertas, Vespasiano ordenó derribar una parte del lado sur de la muralla y así hizo más ancho el acceso para sus
461 hombres. Además, para contentar al rey, recomendó a los suyos que se abstuvieran de hacer saqueos y cometer actos violentos. Por este motivo no tocó las murallas, pues Agripa le había garantizado que su población permanecería fiel a los romanos a partir de ese momento. De esta manera revitalizó a la ciudad, que tanto había padecido con esta rebelión.

Tito ante la toma de Tariquea

462 A continuación Vespasiano siguió en su marcha y acampó entre Tiberíades y Tariquea[171]. Fortificó el campamento más que en otras ocasiones, pues sospechaba que la guerra se alargaría allí mucho tiem-
463 po. En efecto, todos los revolucionarios habían acudido a

[171] Tradicionalmente se ha situado Tariquea al sur del lago de Tiberíades, basándose en las ruinas de Majdal; cf. Abel, *Géographie...*, II 476 ss. No obstante, Reinach opta por ubicar a Tariquea al norte del lago; cf. sus argumentos en el comentario *ad loc.*

Tariquea, pues confiaban en sus defensas y en el lago que la
gente del lugar llamaba Gennesar. Esta ciudad, al igual que 464
Tiberíades, estaba situada al pie de una montaña y había sido
fuertemente amurallada por Josefo[172] por todos los lados me-
nos la parte que daba al lago, aunque con menor solidez que
Tiberíades. En los inicios de la revuelta Josefo había levanta- 465
do el muro de esta última ciudad cuando gozaba de abundante
dinero e influencia, mientras que Tariquea había obtenido
los restos de su prodigalidad[173]. Los habitantes de Tibería- 466
des tenían muchas embarcaciones preparadas en el lago para
refugiarse en ellas, en el caso de que fueran vencidos en tie-
rra firme, y, si fuera necesario, estaban perfectamente equi-
padas para entablar un combate naval. Cuando los romanos 467
estaban fortificando el campamento, Jesús y sus hombres[174],
sin temer el gran número ni la disciplina de los enemigos,
salieron contra ellos. En la primera incursión dispersaron a 468
los que estaban levantando las fortificaciones[175] y deshicie-
ron algunas de sus construcciones, pero, al ver que los sol-
dados romanos se agrupaban, se retiraron con los suyos an-
tes de que sufrieran ningún daño. Los enemigos fueron de-
trás de ellos y los empujaron hasta las embarcaciones. Los 469
judíos se adentraron en el lago hasta donde podían alcanzar
a los romanos con sus proyectiles, echaron las anclas, colo-
caron sus naves pegadas las unas contra las otras, como si se
tratara de un ejército en línea de batalla, y emprendieron
una batalla naval contra los enemigos que estaban en tierra.
Cuando Vespasiano se enteró de que la mayor parte de los 470

[172] Cf. II 573 y *Autobiografía* 188.

[173] Este pasaje entra en contradicción con el relato de *Autobiografía* 156, ya que allí se precisa que fue Tariquea la primera ciudad en ser fortificada.

[174] Cf. III 450 y 457.

[175] Cf. nota a III 117.

enemigos se había reunido en la llanura que hay delante de la ciudad, mandó allí a su hijo con seiscientos jinetes escogidos.

471 Pero Tito, al comprobar que era inmenso el número de los enemigos, envió un mensajero a su padre para que le comunicara la necesidad de un ejército mayor. Y cuando vio que la mayoría de sus jinetes deseaba atacar, incluso antes de que llegaran las tropas de refuerzo, y que había algunos que, aunque no decían nada, estaban asustados por la multitud de los judíos, él mismo se colocó en un lugar desde
472 donde se le pudiera escuchar y les dijo estas palabras: «Romanos, al comienzo de este discurso es bueno recordaros vuestra raza, para que sepáis quiénes sois y contra quiénes
473 vais a luchar. Ningún pueblo del mundo habitado ha escapado a nuestras manos[176], pero los judíos, para que también hagamos un elogio de ellos, hasta ahora no han sucumbido, a pesar de sus derrotas. Sería terrible que, mientras aquéllos soportan con firmeza las adversidades, nosotros nos relajá-
474 ramos en la prosperidad. Me alegro al ver el valor que demostráis, pero temo que el elevado número de enemigos
475 produzca un miedo encubierto en alguno de vosotros. Que tales personas vuelvan a pensar quiénes son y contra quiénes van a luchar, pues son judíos, y a pesar de su gran audacia y de su desprecio de la muerte, sin embargo son gente indisciplinada, con poca experiencia en la guerra y mejor sería llamarles muchedumbre desordenada que no ejército. ¿Qué necesidad hay de hablar de nuestra experiencia y de nuestra disciplina? Además, somos los únicos que incluso en tiempo de paz practicamos con las armas, para que en la guerra no tengamos que contar nuestros efectivos frente a

[176] Repite la idea central del discurso del rey Agripa II en el libro II 345-407.

los del enemigo[177]. ¿De qué nos serviría este continuo en- 476
trenamiento militar, si fuéramos a enfrentarnos en igualdad numérica a soldados que nunca se han ejercitado en esta práctica? Tened en cuenta también que vais a luchar bien 477
armados contra hombres equipados de forma ligera, jinetes frente a soldados de infantería, tropas dirigidas por un general frente a otras que no lo tienen. Pensad que estas ventajas aumentan vuestros efectivos, mientras que estos inconvenientes hacen que el número de los enemigos sea bastante inferior. El resultado de las guerras no depende del número 478
de los soldados, a pesar de que éstos sean combativos, sino de la valentía, aunque sea de unos pocos hombres. Pues estos últimos fácilmente pueden mantener el orden de batalla y ayudarse entre sí, mientras que las tropas demasiado numerosas reciben más daños de sus propios hombres que de los enemigos. A los judíos les guía la audacia, la osadía y la de- 479
sesperación, pasiones que cobran fuerza con la prosperidad, pero que desaparecen al menor contratiempo. A nosotros, en cambio, nos dirige el valor, la disciplina y la nobleza, que, aunque alcanzan su esplendor en las situaciones favorables, sin embargo en la adversidad no llegan a desaparecer. Ade- 480
más, vais a luchar por causas mayores que las de los judíos: pues si ellos en esta guerra se arriesgan por su libertad y por su patria, ¿qué es más importante para nosotros que la gloria y el hecho de no parecer que tenemos a los judíos por enemigos, después de haber conseguido el poder sobre todo el mundo habitado? Pensad que no existe el miedo de que nos 481
ocurra una desgracia irremediable, pues son muchos los refuerzos que están a punto de llegarnos. Podemos obtener la victoria y es preciso que nos adelantemos a las tropas en-

[177] La disciplina militar romana, tanto en la guerra como en la paz, ha sido descrita con detalle en el *excursus* sobre el ejército en III 70-109.

viadas por mi padre para que el éxito, sin compartirlo con
482 nadie, sea aún mayor. Yo, por mi parte, creo que esta es la
ocasión de juzgar a mi padre, a vosotros y a mí: a él, por si
es merecedor de los triunfos anteriores, y a nosotros, por si yo
soy digno de ser su hijo y vosotros de ser mis soldados. Mi
padre está acostumbrado a ganar y yo no soportaría presen-
483 tarme ante él, si soy derrotado. ¿Cómo no os vais a avergonzar
vosotros de ser vencidos, si vuestro general es el primero
que se enfrenta al peligro? Sabedlo bien, yo seré el prime-
ro que corra el riesgo y el primero que arremeta contra los
484 enemigos. Y vosotros no me dejéis; estad convencidos de
que Dios[178] es un aliado que da fuerza a mi ardor y estad
seguros de que nuestro triunfo será más grande que la bata-
lla que hemos librado fuera de la ciudad».

485 Cuando Tito acabó de hablar, se apoderó de sus hom-
bres un coraje divino, pero, al llegar Trajano con cuatrocien-
tos jinetes antes de entablar combate, aquellos soldados se
sintieron disgustados, como si su victoria se viera aminora-
486 da por el hecho de compartirla con estos últimos. Vespasia-
no también envió a Antonio Silón con dos mil arqueros y
les ordenó tomar el monte que estaba frente a la ciudad y así
487 rechazar a los judíos que había en la muralla. Los romanos,
según se les había encomendado, impidieron la salida a los
que intentaban salir por allí para ir en ayuda de los suyos.
Tito fue el primero que dirigió su caballo contra los enemi-
gos y, detrás de él, los demás se extendieron con grandes
gritos por la llanura a lo largo de toda la línea enemiga y de
488 esta forma parecían más numerosos. Aunque los judíos es-
taban asustados ante el ardor y el buen orden de los roma-

[178] El cruce de ideas sobre la Fortuna y Dios queda patente en esta frase puesta en boca de Tito, que invoca directamente a Dios, como motor de los acontecimientos que están sucediendo, en una concepción plenamente judía.

nos, sin embargo resistieron sus ataques durante un corto espacio de tiempo, pero, alcanzados por las jabalinas y arrastrados por la embestida de la caballería, fueron pisoteados por ella. Cuando el lugar estuvo lleno de cadáveres, los ju- 489 díos se dispersaron hacia la ciudad y cada uno de ellos huía lo más rápido que podía. Tito acosaba y mataba a los que se 490 quedaban atrás, y se abría camino a través de los que estaban agrupados; cargaba de frente contra aquellos a los que adelantaba con su caballo y, al saltar sobre ellos, destrozaba a muchos que caían amontonados los unos sobre los otros. A todos les impedía huir hacia las murallas y les obligaba a 491 volver a la llanura, hasta que gracias a su elevado número pudieron abrirse paso a la fuerza y refugiarse en la ciudad[179].

Pero dentro les sorprendió de nuevo otra dura discordia. 492 Los habitantes del lugar, debido a sus posesiones y a la propia ciudad, no habían estado de acuerdo desde el principio con la guerra y, ahora, con más razón a causa de la derrota. Sin embargo, los forasteros, que eran muchos, eran 493 más violentos[180]. En la discusión entre ambos bandos se produjo tanto griterío y alboroto que casi llegaron a hacer uso de las armas. Cuando Tito, que no estaba lejos de la 494 muralla, escuchó el tumulto, gritó: «Esta es la ocasión. ¿Por qué vamos a detenernos, compañeros, en el momento en que Dios nos entrega a los judíos[181]? Aceptad la victoria. ¿No 495 escucháis los gritos? Están discutiendo los que han escapado a nuestras manos. La ciudad es nuestra, si nos damos prisa. Además de la rapidez es preciso esfuerzo y valor, pues normalmente nada importante se lleva a cabo sin co-

---

[179] La intervención personal de Tito en esta batalla es relatada con algún detalle más por SUETONIO, *Tito* 4.

[180] En especial la gente que había venido de Tiberíades; cf. III 457.

[181] Cf. nota III 484.

496 rrer un riesgo[182]. No sólo debemos anticiparnos a que los enemigos hagan las paces, pues la necesidad les reconciliará rápidamente, sino también a que lleguen los refuerzos de los nuestros, para que, además de vencer unos pocos a tanta gente, nos apoderemos nosotros solos de la ciudad».

497 Nada más decir estas palabras, Tito se montó de un salto en su caballo y se dirigió hacia el lago. Lo cruzó y así fue el primero que entró en la ciudad seguido de los demás solda-
498 dos[183]. Esta osadía produjo miedo en los judíos que estaban en la muralla, y ninguno se atrevió a luchar o a hacerles frente. Algunos de los hombres de Jesús abandonaron la
499 guardia y huyeron por el campo, otros corrieron hacia el lago y se encontraron con los enemigos que venían por allí. Algunos perecieron al subir a las barcas, y otros, cuando intentaban llegar a nado junto a los que ya se habían aden-
500 trado en el lago[184]. Hubo una gran matanza entre la gente que estaba en la ciudad: tanto entre los forasteros que no tuvieron tiempo de escapar y que ofrecieron resistencia, como entre los propios habitantes del lugar que no quisieron luchar. Estos últimos se abstuvieron de entrar en combate, pues tenían la esperanza de llegar a un acuerdo y eran conscientes de
501 que no habían aprobado esta guerra. Finalmente Tito ejecutó a los culpables, pero, compadecido de la gente de la ciu-
502 dad, detuvo la matanza. Aquellos que se habían refugiado en el lago, cuando vieron que la ciudad había sido tomada, se alejaron por el agua lo más lejos posible de los enemigos.

503 Tito envió a uno de sus jinetes para que diera a su padre
504 la buena noticia de su hazaña. Como es natural, Vespasiano

---

[182] THACKERAY ve aquí una paráfrasis de la expresión sofoclea *hóra pónou toi chōrìs oudèn eutycheî, Electra* 945; cf. también III 153 y 212.

[183] Como se ha descrito en III 464, esta ciudad no tenía muralla por la parte que daba al lago de Gennesar.

[184] Se refiere a los citados en III 469.

se alegró mucho del valor y del éxito de su hijo, pues con
ello se había superado la parte más importante de la guerra.
Acudió entonces allí y ordenó montar guardia alrededor de
la ciudad, para que nadie saliera de ella sin ser visto, y eje-
cutar ***. Al día siguiente bajó al lago y mandó hacer unas 505
embarcaciones para ir en busca de los que habían huido.
Rápidamente estuvieron preparadas debido a la abundancia
de madera y al gran número de obreros.

El lago de Gennesar. El Jordán y sus fuentes

Este lago se llama Gennesar por la 506
región que le rodea[185]. Su anchura es de
cuarenta estadios y su longitud de ciento
cuarenta[186]. A pesar de ello, su agua es
dulce y muy potable. Y es más ligera que 507
el agua espesa que suele haber en los pantanos y está lim-
pia, ya que está rodeada por todas las orillas de playas y
arena. Además, al sacarla de allí, tiene una buena tempera-
tura: es más agradable que el agua de un río o de una fuente
y se mantiene siempre más fresca de lo que esperaríamos
para la extensión de este lago. Cuando esta agua se expone 508
al aire libre, como suelen hacer en verano por la noche los
habitantes de la zona, se queda tan fría como la nieve. En el
lago hay tipos de peces diferentes de los de otros lugares
por su sabor y su forma. El Jordán atraviesa por medio de 509
él. Aparentemente la fuente de este río es el Panion[187], si
bien llega hasta allí, oculto debajo de tierra, desde la fuente
llamada Fiale. Ésta se encuentra a ciento veinte estadios de 510

---

[185] Cf. III 463.

[186] Estas dimensiones, unos 7'5 Km de ancho por casi 26 de largo, no se corresponden con las de la actualidad, 12 por 21 Km.

[187] Cf. nota a I 404. Cerca de esta fuente, en la región de Panias, el tetrarca Filipo había fundado la ciudad de Cesarea de Filipo, como se ha relatado ya en II 168.

Cesarea[188], según se sube a Traconítide, no lejos del cami-
511 no, a mano derecha. A Fiale se la denomina así etimológicamente por su aspecto redondo[189], pues el lago tiene forma de rueda. El agua llega siempre hasta su borde, sin que baje su nivel ni se desborde.

512 No se sabía que el Jordán nacía en este lugar, hasta que
513 lo descubrió Filipo, el tetrarca de Traconítide. Este personaje echó paja en el lago Fiale y luego la encontró en el Panion, donde los antiguos creían que estaba el origen del río.
514 La belleza natural del Panion se ha visto aumentada por la magnificencia del rey, pues Agripa lo había embellecido
515 con abundancia[190]. El Jordán empieza su curso al descubierto a partir de esta cueva[191] y atraviesa los pantanos y marjales del lago Semeconitis[192]. Luego recorre ciento veinte estadios y, después de la ciudad de Julia, cruza por el medio el lago Gennesar; desde allí desemboca en el lago Asfaltitis[193], tras haber pasado por un amplio desierto.

516 A lo largo del lago de Gennesar se extiende una región, que lleva su mismo nombre[194], digna de ver por su belleza

---

[188] Cesarea de Filipo.

[189] En griego *phiálē* significa «copa». Esta fuente ha sido identificada con la moderna Birket er-Ran, con un diámetro máximo de 628 metros y una profundidad de 60. Abel, *Géographie*..., I, págs. 161 y 489-490, niega la posibilidad de que Fiale estuviera conectada con Panion a través de una vía subterránea, como dice Josefo.

[190] Cf. III 443. El propio Herodes el Grande también había erigido un templo de mármol blanco en Panion, cerca de las fuentes del Jordán (cf. I 404).

[191] En I 405 se ha descrito esta cueva, por donde sale al exterior el río Jordán después de su curso subterráneo desde Fiale hasta Panion.

[192] Es el lago pantanoso de El-Hule, seguramente el que en *Josué* 11, 5 recibe el nombre de «aguas de Merom».

[193] Es el Mar Muerto. Josefo hará una descripción detallada en IV 476-482; cf. también nota a I 657.

[194] Es la llanura de Gennesar, al occidente del lago, una zona actualmente llamada Ghuweir.

natural. A causa de su fertilidad esta tierra no rechaza ninguna planta, y los agricultores cultivan en ella de todo, pues la temperatura suave del aire es apropiada para diversas especies. Los nogales, que son, más bien, árboles de climas 517
fríos, florecen aquí en abundancia. Y junto a ellos también germinan las palmeras, que crecen en zonas calurosas, y las higueras y los olivos, que requieren un aire más templado. Podríamos hablar de un orgullo de la naturaleza, que se ha 518
esforzado por unir en un solo lugar especies tan contrarias, y de una hermosa competencia de las estaciones, donde cada una de ellas parece aspirar a imponerse en esta tierra. Pues esta región no sólo produce los frutos más diversos, en contra de lo que se esperaría, sino que también los conserva. Durante diez meses sin interrupción suministra los conside- 519
rados reyes de todos los frutos, es decir, las uvas y los higos, mientras que el resto de los productos maduran a lo largo de todo el año. Además de la buena temperatura del aire, la zona está regada por una fuente[195] muy caudalosa, que la gente de allí llama Cafarnaún[196]. Algunos creían que 520
ésta era una rama del Nilo, pues en ella se cría un pez parecido al corvino[197] del lago de Alejandría. Esta región se ex- 521
tiende por la orilla del lago que lleva su mismo nombre con una longitud de treinta estadios y con una anchura de veinte. Ésta es la naturaleza del lugar.

---

[195] La actual Ain Et-Tabigha, conocida en época bizantina como *Heptapegon*, «siete fuentes», a 3 kilómetros al sur de Cafarnaún, en la orilla del lago de Gennesar.

[196] Esta *Kephar Nahum* o «Aldea de Nahum», ha sido identificada con Tell Hum; cf. ABEL, *Géographie...*, II, págs. 292-293.

[197] Es el *Claris lacera,* que se hallaba en el lago de Gennesar y en la laguna Mareótide (o lago de Alejandría).

522 *Combate naval en el lago de Gennesar. Final de los judíos de Tariquea*

Una vez preparadas las embarcaciones[198], Vespasiano hizo subir a ellas a todas las tropas que le parecieron suficientes para hacer frente a los judíos del lago y salió a su encuentro. Los enemigos, acosados de esta forma, no podían huir a tierra, pues toda ella estaba en manos de sus adversarios, ni
523 sostener un combate naval en igualdad de condiciones. Sus barcas, pequeñas y aptas para la piratería, no servían para enfrentarse a las naves romanas. Además, como iban en cada una de ellas pocos judíos, temían acercarse a los romanos
524 que venían en grupos numerosos. Sin embargo, cuando navegaban alrededor de las naves, en ocasiones se aproximaban a ellas, tiraban desde lejos piedras contra los romanos y, al rozar sus embarcaciones con ellos, los golpeaban de cer-
525 ca. No obstante, en ambos casos los judíos eran los que peor lo tenían: con las piedras no hacían más que un incesante ruido, ya que daban contra las armaduras de los romanos, y se convertían en blanco fácil para sus flechas. Cuando se atrevían a acercarse, antes de que ellos pudieran hacer nada,
526 eran heridos y hundidos junto con sus barcas. Los romanos mataron con sus lanzas a muchos de los que intentaban abrirse paso entre ellos, a otros con sus espadas, al saltar al interior de sus barcas, y a otros, atrapados en medio de las naves romanas que los rodeaban, los cogieron junto con sus
527 embarcaciones. Si alguno de los que había caído al agua sacaba la cabeza, enseguida le alcanzaba una flecha o le cogía una nave; y si alguno, al verse sin salida, intentaba subirse a las barcas enemigas, los romanos le cortaban la cabeza o las
528 manos. Fue muy grande y muy diversa la matanza que se produjo en todos los lugares, hasta que, finalmente, los que

[198] Cf. III 505.

quedaban, cuando ya los enemigos rodearon sus balsas, se vieron obligados a huir a tierra. Un gran número de judíos 529
pereció en el lago bajo las lanzas enemigas, al arrojarse al agua, y los romanos también ejecutaron a muchos de ellos que habían saltado a tierra. Se podía ver todo el lago cubierto de sangre y lleno de cadáveres, pues nadie pudo escapar.
En los días siguientes se extendió por la región un hedor y 530
un panorama terribles. Las costas estaban llenas de restos de naufragios y también de cadáveres hinchados. Los muertos, descompuestos por el calor y en estado de putrefacción, corrompían el aire, de modo que esta catástrofe no sólo daba pena a los judíos, sino que también hizo que la aborrecieran sus propios autores. Éste fue el resultado de la batalla na- 531
val[199]: hubo seis mil setecientas bajas, además de los que habían caído antes en la ciudad.

Después de la batalla, Vespasiano formó un tribunal en 532
Tariquea. Hizo distinción entre los habitantes del lugar y los forasteros, pues parecía que estos últimos habían iniciado la guerra, y consultó con sus oficiales si también debía perdonarlos. Ellos le dijeron que sería peligroso dejarlos absuel- 533
tos, pues al verse libres estos individuos, que carecían de patria, no se quedarían quietos, sino que serían capaces de obligar a entrar en guerra a aquellos que les dieran refugio.
Vespasiano sabía que no merecían salvarse y que, si fueran 534
perdonados, se volverían contra sus propios libertadores, pero dudaba sobre la forma en que les iba a matar. Pues sos- 535
pechaba que, si los ejecutaba allí mismo, se ganaría la enemistad de la población del lugar, dado que no permitirían que en su tierra se produjera una matanza de tanta gente que

---

[199] Este triunfo naval fue conmemorado en la procesión triunfal de los Flavios en Roma en el año 71 d. C., tras la victoria en Judea; cf. VII 147. Asimismo, Reinach, en su comentario, apunta el dato de que se acuñaron monedas de bronce de Vespasiano y Tito con la leyenda *Victoria navalis*.

había acudido a ellos en petición de ayuda. Además, él no
aceptaba atacarles en su retirada, después de haberles dado
536 su palabra[200]. Sin embargo, se impusieron sus amigos, que
decían que no era ninguna impiedad ir contra los judíos y
que había que preferir lo útil antes que lo conveniente, cuan-
537 do no era posible optar por estos dos valores a la vez. Ves-
pasiano les prometió unas garantías poco claras, y les per-
mitió salir solamente por el camino que lleva hasta Tiberíades.
538 Los judíos inmediatamente confiaron en aquello que tanto
deseaban y partieron con sus riquezas al descubierto por
donde les habían mandado, pues estaban convencidos de su
seguridad. Los romanos ocuparon todo el camino hasta Ti-
beríades, para que ninguno se saliera de él, y los encerraron
539 en la ciudad. Acudió allí Vespasiano y los puso a todos en
el estadio[201]. Ordenó ejecutar a los ancianos y a los inútiles,
540 mil doscientas personas. Escogió a los seis mil jóvenes más
fuertes y se los envió a Nerón para que trabajasen en el Ist-
mo[202]. Al resto, un total de treinta mil cuatrocientos, los
541 vendió como esclavos, excepto los que regaló a Agripa. A
éste último le permitió que hiciera lo que quisiera con la
gente de su reino. Pero el rey Agripa también los vendió co-
542 mo esclavos. Los demás eran de la Traconítide, Gaulanítide,
Hipo y Gadara, en su mayor parte rebeldes y fugitivos, cu-
yos ultrajes de la paz eran una preparación para la guerra.

---

[200] Cf. III 456-457.

[201] Este estadio ha sido mencionado en II 618 y, como dijimos en nota a I 415, este tipo de construcciones evidencia el grado de desarrollo que alcanzaron en Palestina las competiciones atléticas griegas.

[202] SUETONIO, *Nerón* 19, refiere esta ingente obra del emperador Nerón para intentar abrir un canal en el Istmo de Corinto. Los *Oráculos Sibilinos* V 28-35, 138ss. y 216 ss. aluden también a esta actividad como una de las fechorías de Nerón contra el pueblo judío, ya que se utilizó como mano de obra a prisioneros de la guerra de Palestina.

Estos judíos fueron capturados el octavo día del mes de Gorpieo[203].

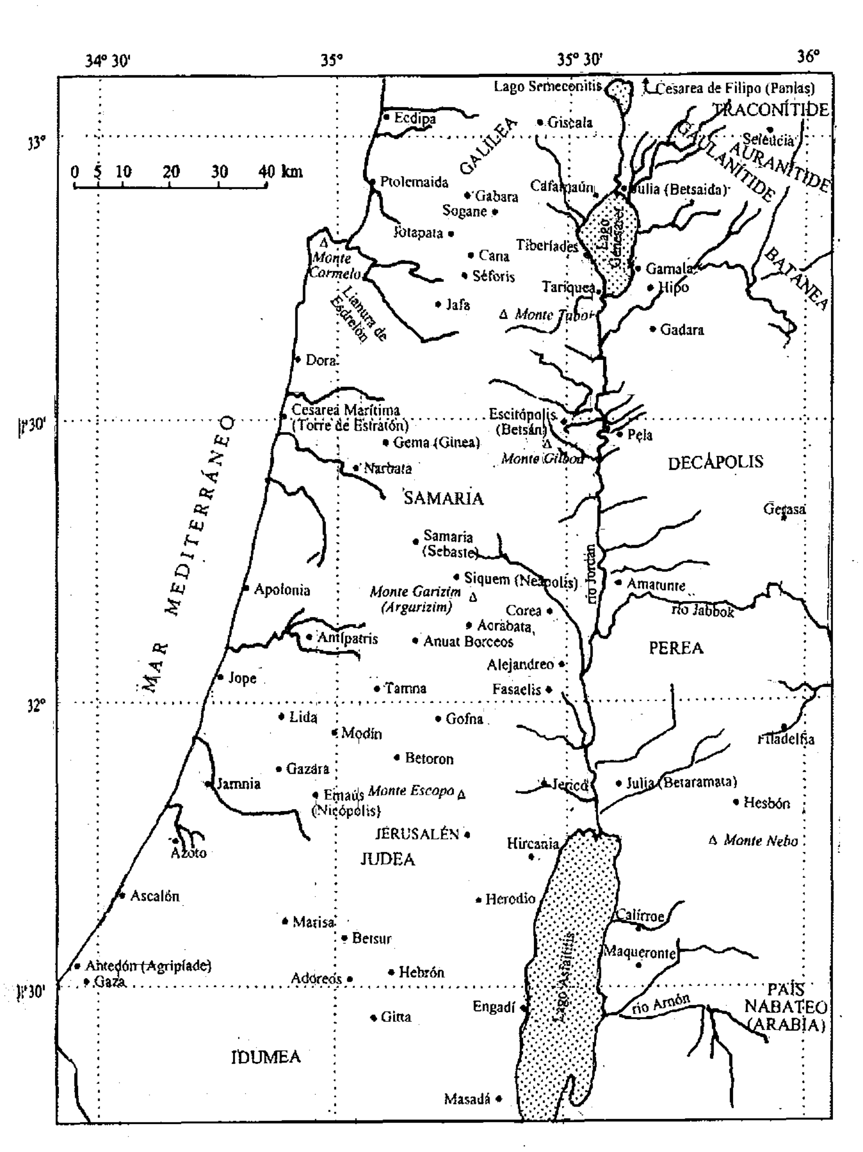
---

[203] Según el cálculo que presenta NIESE en su edición, esta fecha se corresponde con el 26 de septiembre del año 67 d. C. Sobre el mes de Gorpieo, vid. nota a II 440.

ÍNDICE DE NOMBRES *

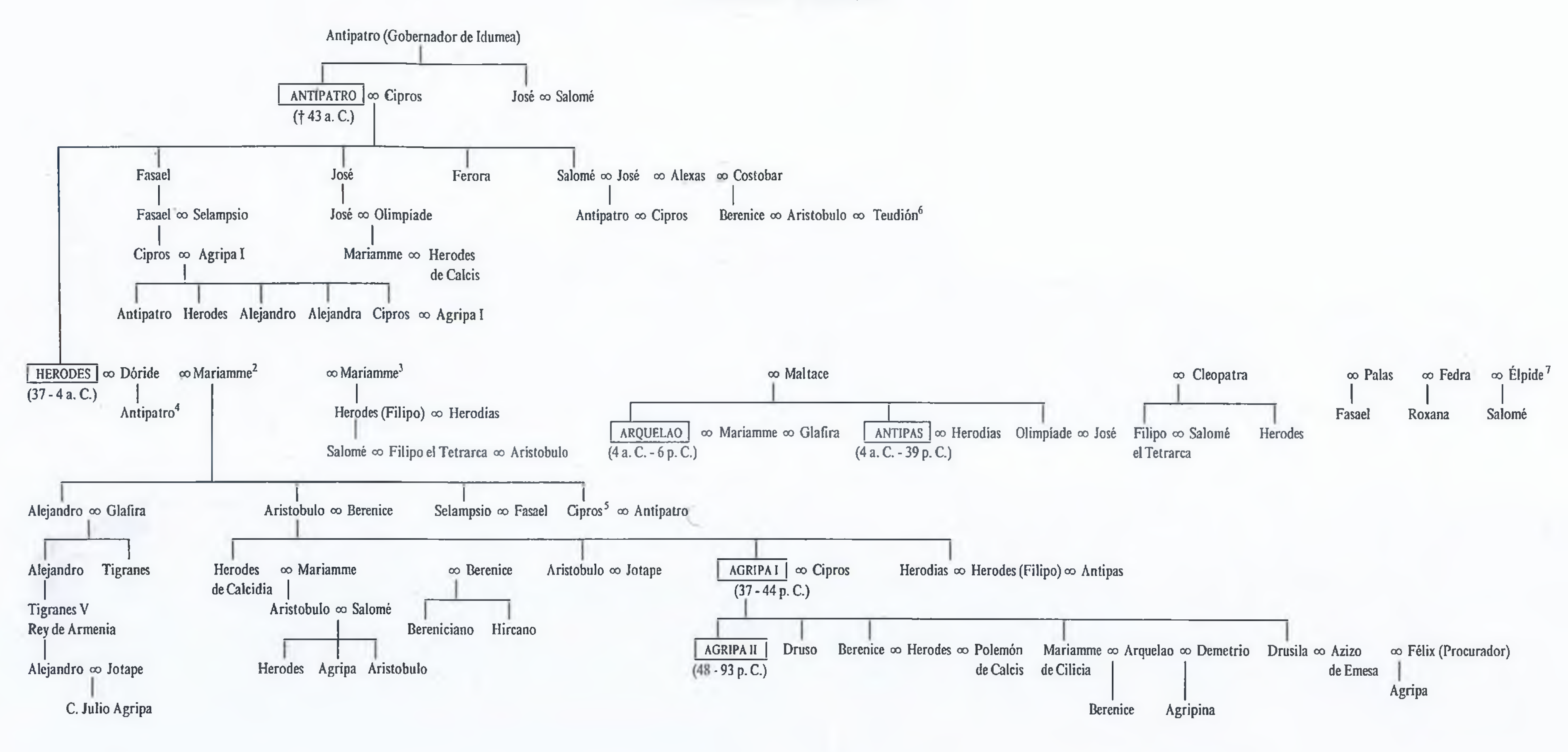
* En este índice no sólo se han incluido los nombres propios de persona o de lugar, sino también las personificaciones, los gentilicios y aquellos términos más destacados desde el punto de vista institucional, histórico y religioso.

APÉNDICE



Palestina en el siglo I d. C.

LA FAMILIA[1] DE HERODES



[1] Los datos de este cuadro genealógico proceden del propio relato de Flavio Josefo (*Guerra* I 181, 562-563, II 220-222 y *Antigüedades* XIV 121, XVII 19-22 y XVIII 130-142) y de la obra de A. Schalit, *König Herodes und sein Werk*, Berlin 1969.

[2] Mariamme la Asmonea, hija de Alejandro y Alejandra, descendientes ambos de Aristobulo II e Hircano II respectivamente, *vid.* el cuadro de la dinastía de los Asmoneos

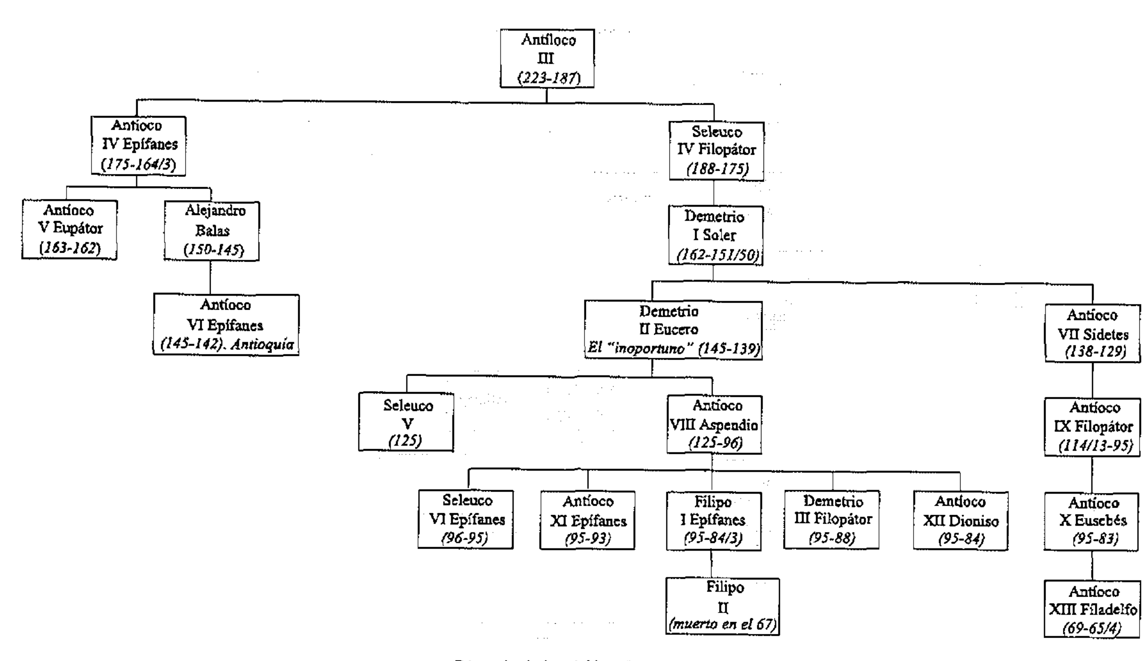
[3] Hija de Simón, el sumo sacerdote.

[4] Estaba casado con una hija, cuyo nombre desconocemos, de Antigono, descendiente de Aristobulo II; *vid.* el cuadro de la dinastía de los Asmoneos.

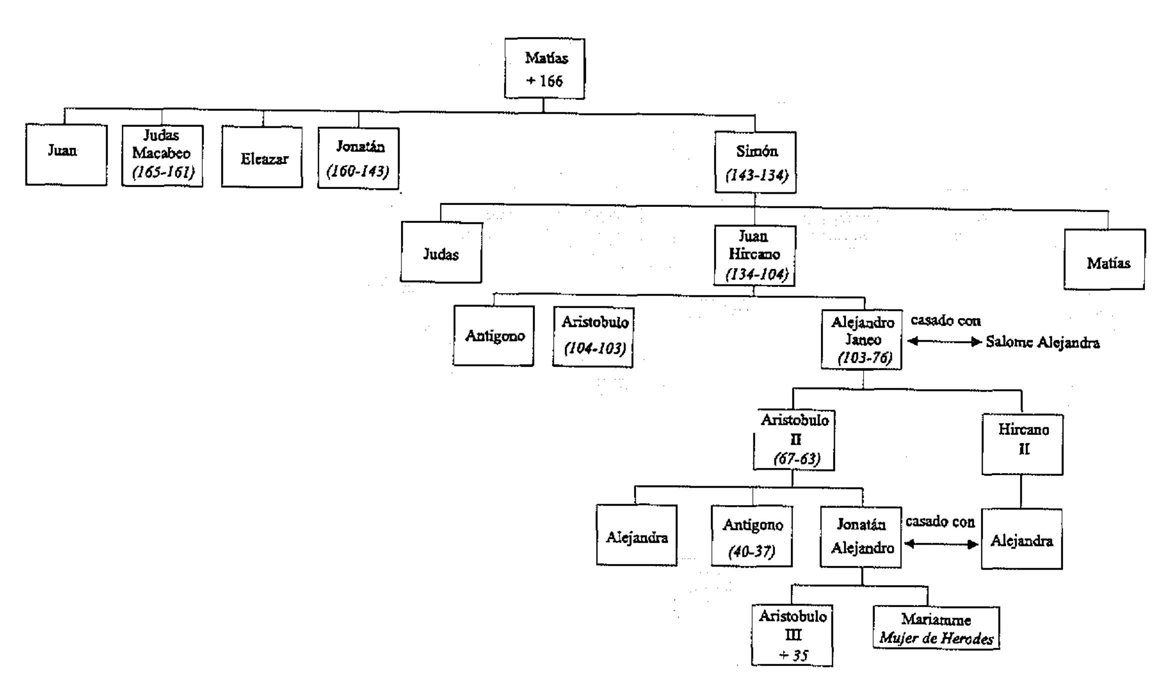
[5] Además de estos hijos Mariamme tuvo otro varón, del que sólo sabemos que murió joven en Roma.

[6] Es el hermano de Dóride, la primera mujer de Herodes.

[7] A esta serie se añaden otras dos mujeres de Herodes, de las que no tenemos noticias de sus nombres.



Dinastía de los Seléucidas
(a partir de Antíoco III)



Dinastía de los Asmoneos

ÍNDICE GENERAL